

IDAD
CCIÓN

LIBRARY OF
CONGRESS
PHOTODUPLICATIONS
SERIES
PC 800-840000

VIAGE

A ORIENTE

DS48

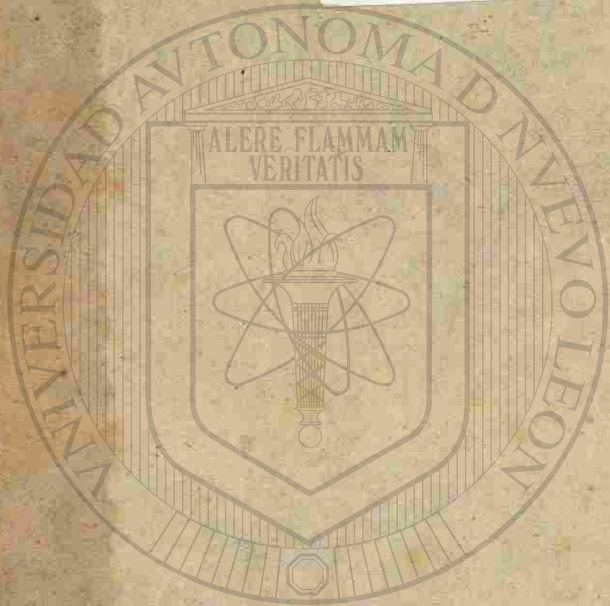
L3

V.2

C.1



1080074727

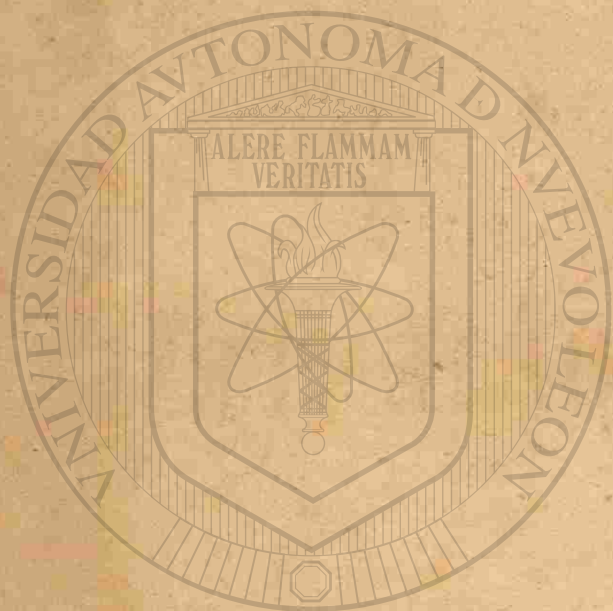


U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





VIAGE

A ORIENTE.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VIAGE

A ORIENTE,

1832-1833.

Por M. Alfonso de Lamartine.

TRADUCIDO

POR E. DE OCHOA.

TOMO II.

Edición del Siglo XIX.

MEXICO.

IMPRENTA DE IGNACIO CUMPLIDO.

Calle de los Rebeldes núm. 2.

1856.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

DSM 48
V. M. N.

Biblioteca Central Magna
UANL
FONDO
A. B. PÚBLICA DEL ESTADO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VIAGE
A ORIENTE

PAISAGES

PENSAMIENTOS EN SIRIA.

El 28 de Marzo salgo de Berut para Balbek y Damasco: la caravana se compone de veintiseis caballos y ocho ó diez árabes a pié, para servirnos y escoltarnos.

Al salir de Berut, se suben unos caminos abiertos, a manera de carriles, en una arena roja, cuyos bordes están festoneados por todas las flores del Asia;—todas las formas, todos los perfumes de la primavera; —nópalos, arbustos espenisios con racimos de flores amarillas como el oro, semejantes a la ginesta de nuestras montañas;—parras entrelaza-

das con los árboles; hermosos algarrobos;—árbol de hojas de un color verde muy oscuro, cuyo tronco tiene una corteza parda, lisa, reluciente, el árbol mas hermoso de estos climas; al cabo de media hora se llega a la cima de la península que forma el cabo de Berut: remata en una punta redondeada en el mar, y forma su base una hermosa y anchallanura, atravesada por el Narh-Berut. Esta llanura, regada, cultivada, plantada de hermosas palmeras, de verdes moreras, de pinos de ancha y frondosa copa, va a espirar bajo los primeros peñascos del Líbano. En el punto culminante de la llanura de Berut se estiende la magnífica escena de Fakar-el-Din ó Fakardin, que es el paseo de Berut, adonde los ginetes turcos, árabes y los europeos, van a ejercitar sus caballos y correr el djerid, y adonde yo iba todos los dias a pasear algunas horas a caballo, ya galopando por las desiertas arenas que dominan el horizonte azul é inmenso del mar, ya al paso, meditando bajo las calles de pinos nuevos que cubren una parte de este promontorio:—no conozco un sitio mas hermoso en el mundo:—aquellos pinos gigantescos, cuyos vigorosos troncos, ligeramente inclinados a impulso del viento marino, alzan como medias naranjas sus anchas copas redondas en forma de quitasol, están sembrados en grupos de dos ó tres árboles, ó aislados de veinte en veinte pasos sobre una arena de oro que corta de trecho en trecho un ligero vello verde de césped y anémonas. Plan-

tólos Fakar-el-Din, cuyas maravillosas aventuras han difundido su fama por Europa: todavía conservan su nombre. Todos los dias veía yo con dolor a un héroe mas moderno derribar aquellos árboles que plantó otro grande hombre: Ibrahim-bajá hacia cortar algunos para su marina, pero todavía quedan bastantes para señalar a lo léjos el promontorio a la vista del navegante y à la admiracion del hombre aficionado a las hermosas escenas de la naturaleza.

Desde allí es, en mi concepto, desde donde se disfruta la mas espléndida aparicion del Líbano: se halla uno á sus piés, pero a bastante distancia sin embargó para que no le caiga encima su sombra, y para que la vista pueda abarcarlo en toda su altura, penetrar en la oscuridad de sus gargantas, discernir la espuma de sus torrentes, y circular libremente al rededor de los primeros conos de que está flanqueado, y que sostienen cada cual un monasterio de maronitas; encima de un bosque de pinos, de cedros ó de negros cipreses.

El Sannin, la cima mas alta y piramidal del Líbano, domina todas las cimas inferiores, y forma con su nieve casi eterna, el fondo magestuoso, dorado, morado y rosado del horizonte de las montañas que nada en el firmamento, no como un cuerpo sólido, sino como un vapor, un humo trasparente, al traves de los cuales se cree distinguir el otro

lado del cielo,—fenómeno encantador de las montañas de Asia, que no he visto en ninguna otra parte y de que disfruto todas las tardes, sin acertar á explicármelo.

Por el lado del Mediodia, el Líbano va rebajándose gradualmente hasta el cabo avanzado de Saide, la antigua Sidon; sus cimas no están cubiertas de nieve sino en dos ó tres puntas mas distantes y elevadas que las otras y que lo restante de la cordillera libánica; siguen, como una muralla de ciudad arruinada, ora subiendo, ora bajando, la línea de la llanura y del mar, y van a morir en el vapor del occidente, hácia las montañas de Galilea, en las orillas del mar de Gennesaret, ó sea el lago de Tiberiades.

Por el lado del norte, se ve una punta del mar que avanza, como un dormido lago, en el llano, medio tapada por las verdes arboledas de la deliciosa colina de san Dimitri, la colina mas hermosa de Siria. En este lago, cuya confluencia con el mar no se ve, están siempre anclados algunos buques meciéndose graciosamente sobre las olas, cuya espuma va á mojar los lentiscos, las adelfas y los nópalos.

Desde la rada, un puente construido primeramente por los romanos y restaurado por Fakar-el-Din, tiende sus ojos, elevados en forma de arcos diagonales, sobre el rio de Berut que corre por

grado en grado, como un torrente de cascada en cascada; luego, de pronto, torciendo hácia el poniente, y formando un gracioso y flexible marco, como un arroyo que entra en un rio, ó que se convierte en rio, entra en un valle mas ancho y se convierte en valle; estiéndose en una anchura de sobre media legua, entre dos cordilleras de la montaña; precipítase hácia el mar por un regular y suave declive, se ahonda ó se alza en colinas, segun los obstáculos de peñascos que encuentra en su carrera; sobre aquellas colinas, sostiene aldeas separadas por barrancos, inmensas mesetas rodeadas de negros pinabetes y bien cultivadas, en las cuales se alza un hermoso monasterio; en aquellas barrancas derrama todas las aguas de sus mil cascadas y las arrastra en brillante y estruendosa espuma. Los costados de las dos paredes del Líbano que le forman estas cubiertas de bellos grupos de pinabetes, y de conventos y altos pueblos, cuyo humo azul se mece encima de sus precipicios. A la hora en que me apareció este valle, el sol se estaba poniendo sobre el mar, y sus rayos, dejando en misteriosa oscuridad las gargantas y los derrumbaderos, rasaban solamente los conventos, los tejados de las aldeas, las copas de los pinabetes y las mas altas cabezas de los peñascos que salen del nivel de las montañas; las aguas, que iban muy crecidas, caian de todas las cornisas de las dos montañas, y saltaban en torrentes de espu-

ma de todas las grietas de los peñascos, ciñendo con dos anchos brazos de plata ó nieve la hermosa meseta, las aldeas, los conventos y los bosques de pinabetes. Su estruendo, semejante al de los cañones de órgano en una catedral, resonaba por todas partes y atronaba los oídos. Rara vez he sentido tan profundamente la belleza especial de las vistas de montañas,—belleza triste, grave y dulce de una naturaleza muy distinta de la de las bellezas del mar ó de las llanuras;—belleza que encoge el corazón en vez de dilatarle; y que parece que participa del sentimiento religioso en la desgracia;—recogimiento melancólico,—en vez del sentimiento religioso en la felicidad;—expansion, amor y alegría.

A cada paso, por las vertientes de la cornisa que seguíamos, las cascadas caen sobre la cabeza del transeunte ó se deslizan por las rendrijas de las peñas vivas que han abierto,—goteras de aquel sublime tejado de las montañas que filtran sin cesar á lo largo de sus pendientes. El tiempo estaba nebuloso, la tempestad rugía entre los pinabetes, y nos traía, de cuando en cuando, ráfagas de polvo de nieve que atravesaban colorándole, el fugitivo rayo del sol de Marzo. Me acuerdo del efecto nuevo y pintoresco que producía el paso de nuestra caravana por una de las barrancas de aquellas cascadas. Las laderas de los peñascos del Líbano se

ahuecaban de repente como una profunda ensenada del mar entre las rocas; un torrente, retenido por algunos enormes pedazos de granito, llenaba con sus rápidos y estrepitosos borbotones aquella desgarradura de la montaña; el polvo de la cascada que caía á algunas toesas encima, ondeaba á merced de los vientos sobre los dos promontorios de tierra árida y gris que rodeaban la ensenada, y que, inclinándose de pronto rápidamente, bajaban al cauce del torrente que era preciso pasar; una estrecha cornisa, labrada en la ladera de aquellos montes, era el único camino por donde se podía bajar al torrente para atravesarle. No podíamos pasar sino uno á uno, en hilera, por aquella cornisa; yo era uno de los últimos de la caravana: la larga fila de caballos, de bagages y de viajeros bajaba sucesivamente al fondo de aquella sima, girando y desapareciendo completamente en las tinieblas de la neblina de las aguas, y volvía á asomar lentamente por el otro lado y en la otra cornisa del paso; primero, velada por un vapor sombrío, pálido y amarillento como el vapor del azufre; luego rodeada por un vapor blanco y leve como la plateada espuma de las aguas, luego en fin, espléndida y colorada por los rayos del sol, que empezaba á iluminarla mas, á medida que subía por las laderas opuestas:—era aquello una escena del *Infierno* del Dante, realizada á la vista en uno de los mas terribles círculos que hubiera podido in-

ventar su imaginacion; pero ¿quién es poeta delante de la naturaleza? ¿quién inventa despues de Dios?

La aldea de Hammana, aldea drusa adonde íbamos á hacer noche, brillaba ya en la abertura superior del valle que lleva su nombre. Situada sobre un pico de peñascos agudos y aglomerados, contiguos á las nieves eternas, está dominada por la casa del jeque, colocada sobre un pico mas elevado, en medio del pueblo. Dos profundos torrentes encajonados en las rocas y obstruidos por peñascos que rompen su espuma, rodean por todas partes el pueblo; se pasan sobre unos troncos de pinabetes sobre los cuales han echado un poco de tierra, sin antepechos, y se sube a las casas. Las casas, como todas las del Líbano y de la Siria, presentan á lo lejos una apariencia de regularidad, y cierto carácter pintoresco y arquitectónico, que engaña a primera vista, y las hace parecerse a grupos de quintas italianas con sus tejados de azoteas y sus balcones decorados con balaustradas; pero el castillo del jeque de Hammana escede en elegancia, en gracia y nobleza a cuanto he visto en este género, despues del palacio del emir Beschir en Deir-el-Kamar: solo es comparable á uno de nuestros mas maravillosos castillos góticos de la edad media, tales a lo ménos cuales nos los hacen concebir, sus ruiuas ó como nos los representa la pin-

tura. Ventanas de arco diagonal decoradas con balcones; una puerta alta y ancha coronada por un arco diagonal tambien, que avanza como un pórtico encima del atrio; dos bancos de piedra labrados con arabescos, y unidos á los dos largueros de la puerta; siete ú ocho escalones de piedra circular que forman una escalinata sobre un ancho terrado á que dan sombra dos ó tres inmensos sicomoros y donde siempre mana una agua pura en una fuente de mármol: tal es la escena. Siete ú ocho drusos armados, cubiertos de su noble trage de brillantes colores, con su gigantesco turbante y en marciales actitudes, parece que esperan las órdenes de su gefe; uno ó dos negros, vestidos con chaquetas azules; algunos jóvenes esclavos ó pages sentados ó jugando en las gradas de la escalinata; y en fin, mas arriba, bajo el arco mismo del porton, el jeque sentado con la pipa en la mano, cubierto con un manto de escarlata, y mirándonos pasar en la actitud del poderío y del reposo: — tales son los personajes.

—Añádanse á ellos dos mugeres jóvenes y hermosas, una asomada á un alto balcon del edificio y apoyada en la baranda, otra de pié en un balcon encima de la puerta.

Dormimos en Hammana en un cuarto que nos habian preparado hace algunos dias.

Levantámonos antes de salir el sol, y subimos la última cima del Líbano. Hora y media dura la subida; llegamos en fin á las nieves, y así seguimos en una elevada llanura, ligeramente variada por las ondulaciones de las colinas, como en la cumbre de los Alpes, la garganta que conduce al otro lado del Líbano.

Al cabo de dos horas de penosa marcha por un terreno cubierto de dos ó tres piés de nieve, se descubren primeramente las altas y nevadas cimas del Anti-Líbano, luego sus áridas y peladas laderas, luego en fin la hermosa y ancha llanura del Bka, que es la continuacion del valle de Balbek á la derecha. Esta llanura empieza en el desierto de Homs y de Hama, y no acaba hasta las montañas de Galilea hácia Safad; solamente allí deja un estrecho paso al Jordan que va á desaguar en el mar de Galilea.

Esta llanura es una de las mas hermosas y fértiles del mundo, pero apénas está cultivada; siempre infestada por los árabes errantes, los habitantes de Balbek, de Jaklé ó de las otras aldeas del Líbano apénas se atreven á sembrarla. Riéganla numerosos torrentes y muchos mantiales inagotables, y, cuando la vimos, mas bien presentaba el aspecto de un pantano ó de un lago mal desecado que no de una campiña.

En cuátro horas bajamos á la ciudad de Zaklé,

y el obispo griego natural de Alepo nos recibe y nos da algunas habitaciones. Proseguimos nuestro camino el 30 para atravesar el llano de Bka é ir á hacer noche en Balbek.

RUINAS DE BALBEK.

Saliendo de Zaklé, gracioso pueblo cristiano situado al pié del Líbano, en el bordo de la llanura, en frente del Anti-Líbano, se siguen primeramente, las raices del Líbano subiendo hácia el norte; se pasa por junto á un edificio arruinado, sobre cuyas ruinas han construido los turcos una casa de dervis y una mezquita de un efecto grandioso y pintoresco.

Las tradiciones árabes dicen que aquellas ruinas son las del sepulcro de Noé, cuya arca arribó á la cima del Sanio, y que habitó el hermoso valle de Balbek, donde murió y fué enterrado. Algunos restos de arco y de estructuras antiguas, de los tiempos griegos y romanos, confirman aquí las tradiciones; á lo menos se vé que en todos tiempos este sitio ha estado consagrado por algun gran recuerdo: la piedra sirve aquí de testigo á la historia. Pasamos, no sin trasportar nuestra men-

Levantámonos antes de salir el sol, y subimos la última cima del Líbano. Hora y media dura la subida; llegamos en fin á las nieves, y así seguimos en una elevada llanura, ligeramente variada por las ondulaciones de las colinas, como en la cumbre de los Alpes, la garganta que conduce al otro lado del Líbano.

Al cabo de dos horas de penosa marcha por un terreno cubierto de dos ó tres piés de nieve, se descubren primeramente las altas y nevadas cimas del Anti-Líbano, luego sus áridas y peladas laderas, luego en fin la hermosa y ancha llanura del Bka, que es la continuacion del valle de Balbek á la derecha. Esta llanura empieza en el desierto de Homs y de Hama, y no acaba hasta las montañas de Galilea hácia Safad; solamente allí deja un estrecho paso al Jordan que va á desaguar en el mar de Galilea.

Esta llanura es una de las mas hermosas y fértiles del mundo, pero apénas está cultivada; siempre infestada por los árabes errantes, los habitantes de Balbek, de Jaklé ó de las otras aldeas del Líbano apénas se atreven á sembrarla. Riéganla numerosos torrentes y muchos mantiales inagotables, y, cuando la vimos, mas bien presentaba el aspecto de un pantano ó de un lago mal desecado que no de una campiña.

En cuátro horas bajamos á la ciudad de Zaklé,

y el obispo griego natural de Alepo nos recibe y nos da algunas habitaciones. Proseguimos nuestro camino el 30 para atravesar el llano de Bka é ir á hacer noche en Balbek.

RUINAS DE BALBEK.

Saliendo de Zaklé, gracioso pueblo cristiano situado al pié del Líbano, en el bordo de la llanura, en frente del Anti-Líbano, se siguen primeramente, las raices del Líbano subiendo hácia el norte; se pasa por junto á un edificio arruinado, sobre cuyas ruinas han construido los turcos una casa de dervis y una mezquita de un efecto grandioso y pintoresco.

Las tradiciones árabes dicen que aquellas ruinas son las del sepulcro de Noé, cuya arca arribó á la cima del Sanio, y que habitó el hermoso valle de Balbek, donde murió y fué enterrado. Algunos restos de arco y de estructuras antiguas, de los tiempos griegos y romanos, confirman aquí las tradiciones; á lo menos se vé que en todos tiempos este sitio ha estado consagrado por algun gran recuerdo: la piedra sirve aquí de testigo á la historia. Pasamos, no sin trasportar nuestra men-

te á aquellos antiguos dias en que los hijos del patriarca, aquellos nuevos hombres nacidos de un solo hombre, habitaban estas moradas primitivas, y fundaban civilizaciones y edificios que ahora son problemas para nosotros.

Siete horas empleamos en cruzar oblicuamente la llanura que conduce á Balbek. Al pasar el rio que divide la llanura, nuestras escoltas árabes quisieron obligarnos á tomar hácia la derecha y á dormir en una aldea turca, á tres leguas de Balbek. Mi dragoman no pudo hacerse obedecer, y tuve que lanzar mi caballo á galope al otro lado del rio, para obligar á los dos gefes de la caravana á seguirnos. Adelantéme hácia ellos con el látigo en la mano, y esta sola amenaza bastó para que se tirasen de sus caballos al suelo y nos siguiesen refunfuñando.

Al acercarse al anti-Líbano, la llanura se eleva, y va siendo seca y pedregosa.

El suelo está cubierto de anémonas y campanillas blancas tan numerosas como los guijarros.— Empezamos á ver una mole inmensa que se destacaba en sombra sobre las laderas blanquesinas del Anti-Líbano:—aquella mole era Balbek, pero nada distinguíamos aún.

En fin, llegamos á la primera ruina, que es un templillo octógono, sustentado por columnas de granito rojo egipcio, columnas evidentemente cor-

tadas en las columnas mas elevadas, de las cuales unas tienen una voluta en el chapitel, al paso que las otras no presentan ningun rastro de tales adornos, y que fueron, en mi concepto, trasportados, cortados y empuados allí en tiempos muy modernos, para sostener la bóveda de una mezquita turca ó el techo de un santón:—debió ser en tiempo de Fakar-el-Din.

Los materiales son bellos; en las labores de la cornisa y de la bóveda, hay vestigios de algun sentimiento del arte, pero aquellos materiales son evidentemente fragmentos de ruina, retocados por una mano mas inhábil y por un gusto ya corrompido. Este templo está a un cuarto de hora de camino de Balbek. Impacientes por ver lo bello, grande y misterioso que nos ha dejado la mas semota antigüedad, acelerábamos el paso de nuestros caballos cansados, cuyos pies empezaban a tropezar; aquí y allí, en pedazos de mármol, en fragmentos de columnas y capiteles derribados; todas las cercas de las heredades inmediatas a Balbek están construidas con estos despojos: nuestros anticuarios hallarian un enigma en cada piedra. Empezábamos ya á ver algun cultivo, y entre Balbek y nosotros se alzaban, hasta entre las ruinas de los templos, pomposos negales, los primeros que ví en Siria. Aquellos templos no son mas que ruinas, ó por mejor decir, forman un collado de ruinas que sale de repente del llano, a alguna distancia de las

verdaderas colinas del Antí-Líbano. Siempre se anda entre escombros en la aldea árabe arruinada que se llama Balbek. Seguimos uno de los lados de aquel collado de ruinas, sobre el cual se alzaba una selva de graciosas columnas, dorada por el sol poniente y embellecida con las tintas amarillas y mates del mármol del Partenon ó del Coliseo de Roma. Entre aquellas columnas, algunas en fila elegante y prolongada, conservan todavía sus capiteles intactos, sus cornisas ricamente esculpidas, y rodean las paredes de mármol que cierran los santuarios; otras están reclinadas enteras en aquellas paredes que la sostienen, como un árbol cuya raíz ha muerto, pero cuyo tronco está todavía sano y vigoroso; otras, en mayor número, están diseminadas aquí y allí, en inmensos montones de mármol ó de piedra, en las laderas de la colina, en los profundos fosos que la rodean; y hasta en el cauce del río que corre a sus piés. En la cima de la meseta de la montaña de piedra, seis columnas mas gigantescas se alzan aisladas, no léjos del templo inferior, y todavía conservan sus colosales cornisa-; luego veremos lo que indican en aquel apartamiento de los otros edificios. Si se continúa siguiendo el pié de los monumentos, las columnas y la arquitectura acaban, y no se ven ya mas que paredes gigantescas, construidas con piedras enormes, y casi todas mas ó menos labradas;—despojos de otra época de que se sirvieron en la remota

época en que se elevaron los templos ahora arruinados.

• No pasamos mas adelante aquel día; el camino se separaba de las ruinas y nos conducia, tambien entre ruinas, y sobre bóvedas en que resonaban las pisadas de nuestros caballos, hácia una casita construida entre los escombros, que era el palacio del obispo de Balbek, el cual, vestido con su ropon morado, y rodeado de algunos labradores árabes, salió a recibirnos y nos condujo à su humilde puerta. La menor cabaña de un labriego de Borgoña ó de Auvernia tiene mas lujo y elegancia que el palacio del obispo de Balbek:—unos paredones sin ventana ni puerta, y cuyo techo, medio desmoronado, deja chorrear la lluvia sobre un piso de barro, tal es el edificio; en el fondo del patio sin embargo, una tapia limpia y nueva, una puerta y una ventana de arco diagonal, de arquitectura moruna, y cuyas ogivas estaban formadas con piedras admirablemente labradas, atraian mis ojos:—aquello era la iglesia de Balbek, la catedral de aquella ciudad donde otros dioses tuvieron espléndidos asilos;—es la capilla adonde los pocos cristianos árabes que viven sobre aquellas ruinas de tantos cultos, van a adorar, bajo una forma mas pura, aquella misma Divinidad cuyo pensamiento ha agitado a los hombres de todos los siglos y les ha hecho revolver tantas piedras y tantas ideas. Dejamos nuestras capas bajo aquel techo hospitalario; atamos

nuestros caballos á una estaca, en la espaciosa pradera que se extiende entre la casa del sacerdote y las ruinas; encendimos una hoguera de retamas para secar nuestros vestidos, mojados por la lluvia del día, y cenamos en el pequeño patio del obispo, en una mesa formada con algunas piedras de los templos, mientras que en la vecina capilla resonaban las letanías de la oracion de la tarde en un canto lastimero, y la voz grave y sonora del obispo recitaba las piadosas oraciones á su rebaño, compuesto de algunos pastores árabes y de algunas mugeres.

Cuando aquellos hijos del desierto salieron de la iglesia y se pararon alrededor nuestro para contemplarnos, no vimos mas que caras amigas y miradas benévolas,—no oimos mas que palabras amables y afectuosas, aquellos dulces saludos, aquellos votos prolongados y sencillos de los pueblos primitivos que todavia no han hecho una vana fórmula del saludo del hombre al hombre, y que han concentrado en un corto número de palabras aplicables a los varios encuentros de la mañana, del medio día ó de la tarde, todo lo mas tierno y eficaz que puede desear la hospitalidad á sus huéspedes, todo o que un viagero puede desear al viagero para el día, la noche, el camino, el regreso. Eramos cristianos, y esto bastaba para ellos:—las religiones comunes son la mas poderosa simpatía de los pueblos:—una idea comun entre los hombres es mas

que una patria común! y los cristianos de Oriente, ahogados en el mahometismo que los rodea, los amenaza, los persigue muchas veces, ven siempre en los cristianos de Occidente protectores actuales y libertadores futuros. La Europa no sabe bastante cuán poderosa palanca tiene en esas poblaciones cristianas para remover el Oriente el día en que quiera volver a él sus miradas, y volver á aquel país, que se acerca a una trasformacion necesaria é inevitable, la libertad y la civilizacion de que es tan capaz y tan digno: ya es tiempo, en mi dictámen, de lanzar una colonia europea al corazon de Asia, de llevar la civilizacion moderna á los sitios de donde salió la civilizacion antigua, y de formar un imperio inmenso con aquellos grandes fragmentos del imperio turco que se desmorona bajo su propia mole, y que no tiene mas heredero que el desierto y el polvo de las ruinas en que se ha hundido. Nada es mas fácil que levantar un monumento nuevo sobre aquellos terrenos escombrados, y volver á abrir á fecundas razas humanas aquellas inagotables fuentes de poblacion que el mahometismo ha cegado con su execrable administracion.

Y cuando digo execrable, no es mi ánimo acusar al carácter del mahometismo de una ferocidad brutal que no está en su naturaleza, sino de una desidia culpable, de un fanatismo irremediable que, sin destruir nada, deja que perezca todo en

derredor suyo. La poblacion turca es sana, buena y moral; su religion no es ni tan supersticiosa, ni tan esclusiva como nos la pintan; pero su resignacion pasiva, pero el abuso de su fé en el reinado sensible de la Providencia, mata las facultades del hombre cometiéndolo todo á Dios;—Dios no obra por el hombre encargado de obrar en su propia causa;—es espectador y juez de la accion humana;—el mahometismo ha tomado el oficio divino;—cruza los brazos al hombre y el hombre perece voluntariamente en esa inaccion. Salvo esto es preciso hacer justicia al culto de Mahoma,—culto muy filosófico, que no ha impuesto mas que dos grandes deberes al hombre,—la oracion y la caridad:—estas dos grandes ideas son en efecto las dos mas altas verdades de toda religion, y de ellas ha hecho emanar el mahometismo su tolerancia, que otros cultos han escluido tan cruelmente de sus dogmas. Bajo este concepto, está mas adelante en la senda de la perfeccion religiosa que muchas religiones que le insultan y que le desconocen. El mahometismo puede entrar sin esfuerzo ni trabajo en un sistema de libertad religiosa y civil, y formar uno de los elementos de una grande aglomeracion social en Asia; es moral, sufrido, resignado, caritativo y tolerante por naturaleza; todas estas prendas le hacen apto para una fusion necesaria en el pais que ocupa, y donde es preciso ilustrarle y no esterminarle; tiene costumbre de vivir en paz

y armonía con los cultos cristianos, que ha dejado subsistir y obrar libremente en el seno mismo de sus mas santas ciudades, como Damasco y Jerusalem; el imperio importa poco, con tal que tenga la oracion, la justicia y la paz, está contento. En la civilizacion europea, humana, politica y ambiciosa fácilmente se le puede dejar su sitio en la mezquita y su sitio á la sombra y al sol.

Alejandro conquistó el Asia con treinta mil soldados griegos y macedonios:—Ibrahim ha derribado el imperio turco con treinta ó cuarenta mil egipcios que no sabian mas que cargar un fusil y andar al paso militar. Un aventurero europeo, con cinco ó seis mil soldados de Europa, puede fácilmente derribar á Ibrahim, y conquistar el Asia, desde Esmirna hasta Basora, y desde el Cairo hasta Bagdad, andando paso á paso; tomando á los maronitas del Líbano por eje de sus operaciones; organizando á sus espaldas, á medida que fuese avanzando y haciendo de los cristianos del Oriente su medio de accion, de administracion y de reclutamiento; hasta los mismos árabes del desierto serán suyos el dia en que pueda pagarlos, pues no tienen mas culto que el dinero, y su divinidad será siempre el sable y el oro:—con este vicio se los puede tener por auxiliares bastante tiempo para que su sumision sea luego inevitable; luego se rechazarán sus tiendas mas léjos en el interior del desierto, que és su única patria, y al cabo se los

atrae poco á poco á una civilizacion, mas suave de que no han tenido ejemplo en derredor de sí.

Levantámonos con el sol cuyos primeros rayos herian los templos de Balbek, y daban á aquellas misteriosas ruinas aquel brillo de eterna juventud que la naturaleza sabe dar á su arbitrio aun á lo que ha destruido el tiempo. Despues de un breve almuerzo fuimos á tocar con la mano lo que todavía no habíamos hecho mas que ver; acercámonos lentamente á la colina artificial para abarcar bien con la vista las diferentes masas de arquitectura que la componen;—pronto llegamos, por la parte del Norte bajo la sombra misma de las gigantescas paredes que, por aquel lado, rodean las ruinas;— un hermoso arroyo, derramado fuera de su cauce de granito, corría bajo nuestros piés, y formaba de trecho en trecho, laguitos de agua corriente y límpida que murmuraba y espumaba alrededor de las enormes piedras desprendidas de lo alto de las paredes, y de las esculturas sepultadas en el cauce del arroyo. Pasamos el torrente de Balbek á favor de aquellos puentes que el tiempo ha echado sobre él, y subimos por una angosta y escarpada brecha hasta la azotea que rodeaba aquellas tapias: á cada paso, á cada piedra que tocaban nuestras manos, que median nuestras miradas, la admiracion y el asombro nos arrancaban una esclamacion de sorpresa y maravilla. Cada uno de los morillos de aquella tapia

posterior tenia por lo menos de ocho á diez piés de longitud, sobre cinco ó seis de anchura é igual altura. Aquellos cantos, enormes para la mano del hombre, estriban sin argamasa, uno sobre otro, y casi todos llevan rastro de escultura de una época india ó egipcia. Se ve, á la primera ojeada, que aquellas piedras desmoronadas ó demolidas sirvieron primitivamente á un uso muy distinto del de formar tapias exteriores, y que eran los preciosos materiales de los monumentos primitivos, de que luego se ha hecho uso para cercar los monumentos de los tiempos griegos y romanos. Era uso comun, y aun creo que religioso, entre los antiguos, cuando un edificio sagrado era derribado por la guerra ó por el tiempo, ó querian las artes mas adelantadas renovrle perfeccionándole, servirse de las materiales para las construcciones accesorias de los monumentos restaurados, á fin sin duda de no dejar profanar, con usos vulgares, las piedras que habia tocado la sombra de los dioses, y tambien, tal vez, por respeto á los antepesados, y á fin de que el trabajo humano de las diferentes épocas no quedase sepultado bajo tierra, sino antes bien diese testimonio de la devocion de los hombres y de los progresos sucesivos del arte; lo mismo sucede en el Paternon, donde los muros del Acrópolis, reedificados por Pericles, contienen los materiales lebrados del templo de Minerva. Varios viajeros modernos han sido inducidos á error,

por no reconocer este piadoso uso de los antiguos, y han tomado por construcciones bárbaras de los turcos ó de los cruzados, edificios contruidos de este modo desde la mas remota antigüedad.

Algunas de las piedras de la pared tenian veinte y treinta piés de longitud, sobre siete ú ocho de altura.

Cuando llegamos á la cima de la brecha no sabian nuestros ojos donde fijarse de preferencia; por do quiera veiamos puertas de mármol de una altura y de una longitud prodigiosas ventanas ó nichos rodeados de las mas admirables esculturas, arcos decorados con los mas primorosos ornatos; pedazos de cornisas, de entablamentos ó de capiteles tirados por los suelos, bóvedas artesonadas; todo en derredor nuestro era misterio, confusion, desórden, obras maestras del arte, despojos del tiempo, inexplicables maravillas; apenas habiamos hechado una mirada de admiracion á un lado, cuando una nueva maravilla nos atraia al oiro: cada interpretacion de la forma ó del sentido religioso de los monumentos quedaba destruida por otra. En aquel laberinto de congeturas nos perdiamos inútilmente; es imposible reconstruir con la mente los edificios sagrados de una época ó de un pueblo cuya religion y costumbres ne se conocen á fondo. El tiempo se lleva consigo sus secretos y deja sus enigmas á la ciencia humana, para bularse de ella y engañarla. Pronto renunciemos á labrar ningun sistema sobre

el conjunto de aquellas ruinas; resignámonos á mirar y admirar, sin comprender otra cosa mas que el poder colosal del genio del hombre, y la fuerza de la idea religiosa que habian podido remover tales moles y llevar á cabo tan grandes portentos.

Todavía nos separaban de la segunda escena de las ruinas algunas construcciones interiores que nos ocultaban la vista de los templos; segun todas las apariencias, no estábamos mas que en las habitaciones de los sacerdotes ó en el solar de algunas capillas particulares, consagradas á usos desconocidos. Atrabesamos aquellas construcciones monumentales, mucho mas rica que los muros exteriores, y nos hallamos delante de la segunda escena de las ruinas. Mucho mas ancha, mucho mas larga, mucho mas decorada que la primera de donde salimos, ofrecia a nuestras miradas una inmensa plataforma cuadrilonga; cuyo nivel interrumpian a menudo restos de piedras mas elevadas, que parecia que habian pertenido a templos totalmente destruidos, ó a templos sin techo en los que el sol, adorado en Balbek, podia ver su altar. En derredor de aquella plataforma se estiende una serie de capillas, decoradas con nichos, admirablemente labrados; de frisos, de cornisas, de artesones del mas acabado trabajo, pero del trabajo de una época ya corrompida de las artes; obsérvase en él el gusto recargado de ornatos, de las

épocas de decadencia de los griegos y de los romanos,—pero para sentir esta impresion, es preciso tener el ojo ejercitado ya por la contemplacion de los puros monumentos de Atenas ó de Roma; no siendo así, cualquiera quedaria fascinado por el esplendor de las formas y lo acabado de los adornos. El único vicio aquí es un exceso de riqueza; la piedra desaparece bajo su propio lujo, y los encajes de mármol circulan por todas partes sobre las paredes. Todavía ecsisten, casi intactas ocho ó diez de esas capillas que parece que siempre han ecsistido así, abiertas sobre el cuadrilongo que rodean y donde sin duda se celebraban de día los misterios del culto de Baal. No trataré de describir los mil objetos de asombro y admiracion que cada uno de aquellos templos, que una de aquellas piedras, ofrecen a la vista del espectador. No soy ni escultor ni arquitecto; ignoro hasta el nombre que toma la piedra en tal ó cual sitio, en tal ó cual forma: hablaria mal una lengua desconocida,—pero entiendo esa lengua universal en que habla lo bello a los ojos, aun del ignorante,—que lo misterioso y lo antiguo hablan a la mente y al alma del filósofo,—y jamas renosó tan clara en mis oidos como en aquel caos de mármoles, de misterios que atestan aquel maravilloso patio.

Y sin embargo todavía era nada aquello en comparacion de lo que íbamos a descubrir.

Multiplicando con el pensamiento los restos de los templos de Júpiter Stator, en Roma, del Colisco, del Partenon, podria uno representarse aquella escena arquitectural; lo único verdaderamente pasmoso que habia aún era la prodigiosa aglomeracion de tantos monumentos, de tantas riquezas y de tanto trabajo en un solo recinto, en medio del desierto y sobre las ruinas de una ciudad casi desconocida:—arrancámonos lentamente de aquel espectáculo y anduvimos hácia el mediodia, donde se alzaba la cabeza de seis gigantescas columnas como un faro sobre aquel horizonte de ruinas; para llegar a ellas, tuvimos todavía que atravesar paredes exteriores, altos atrios, pedestales y cimientos de altares que por todas partes obstruian el espacio entre aquellas columnas y nosotros; al cabo llegamos á su pié. El silencio es el único language del hombre cuando lo que siente escede la ordinaria medida de sus impresiones, y así permanecemos mudos contemplando aquellas seis columnas, midiendo con la vista su diámetro, su elevacion y la admirable escultura de sus arquitraves y de sus cornisas: tienen siete piés de diámetro y mas de setenta de altura; compónense solamente de dos ó tres pedazos, tan perfectamente unidos entre sí que apenas se pueden discernir las líneas de juntura; su materia es una piedra de un color amarillo ligeramente dorado, algo menos brillante que el mármol: el sol las heria entonces

por un solo lado, y nos sentamos un momento à su sombra: grandes pájaros, parecidos à àguilas, volaban asustados del ruido de nuestros pasos, encima de los capiteles donde tienen sus nidos, y volviendo à posarse sobre los acantos de las cornisas, los golpeaban con el pico y batian las alas como animados adornos de aquellos restos maravillosos. — Aquellas columnas, que algunos viajeros han tomado por los restos de un ingreso de ciento cuatro pies de largo y de cincuenta y seis de ancho que conducia antiguamente à un templo, me parecen evidentemente haber sido la decoracion exterior del mismo templo. Ecsaminando mas atentamente el templo mas pequeño que ecsiste entero al lado, se reconoce que fué construido con arreglo al mismo plan. Lo que me parece probable, es que despues de la ruina del primero de resultas de un terremoto, se construyó el segundo sobre el mismo modelo, y hasta que se empleó en su construccion una parte de los materiales conservados del primer templo: que únicamente se disminuyeron sus proporciones, demasiado gigantescas para una época de decadencia; que se mudaron las columnas que se rompieron al desmoronarse; que dejaron subsistir las que no habian padecido detrimento, como un sagrado recuerdo del antiguo edificio; si así no fuera, quedarian otros restos de grandes columnas alrededor de las seis que subsisten en pié. Todo indica por el contrario que el area que las rodea estaba vacía y

escombrada desde los tiempos mas remotos, y que un rico atrio servia para las ceremonias de un culto en derredor de ellas.

En frente teniamos, por el lado de medio dia, otro templo, colocado en la orilla de la plataforma, à cosa de cuarenta pasos de nosotros, que es el monumento mas completo y magníficos de Balbek, y aun me atreveré à decir, del mundo entero; si se levantaran una ó dos columnas del perístilo que han rodado sobre las laderas de la plataforma y que todavía están con la cabeza apoyada en las paredes intactas del templo; si se repusieran en su sitio algunos de los enormes artesonos que han caido del techo al vestíbulo; si se restaurase la puerta interior, à la que faltan dos ò tres pedazos esculpidos y volviese el altar à su forma y à su sitio, se podria restablecer à los dioces en él y llamar à los sacerdotes y al pueblo; todos ellos reconoceran su templo, tan completo, tan intacto, tan brillante como el dia en que salió de manos del arquitecto. Este templo tiene proporciones inferiores al que recuerdan las seis columnas colosales; le rodea un pórtico sostenido por columnas de órden corintio, cada una de las cuales tiene sobre cinco piés de diámetro y cuarenta y cinco de altura, contando solo la caña; las columnas se componen cada una de tres pedazos puestos unos sobre otro; están à nueve piés una de otra y à la misma distancia de la pared interior del templo; sobre los capiteles de

las columnas se estienden un rico alquitrave y una cornisa admirablemente esculpida.

Forman el techo de este peristilo anchos pedazos de piedra cóncava labrados a cincel, formando artesones, cada uno de los cuales representa la figura de un Dios, de una diosa ó de un héroe; entre aquellas figuras reconocimos un Ganimedes arrebatado por el águila de Júpiter: algunos de aquellos pedazos de piedra han caído al suelo al pie de las columnas; los medimos y vimos que tienen diez y seis pies de longitud y sobre cinco de grueso! Tales son las tejas de aquellos monumentos. La puerta interior del templo, formada de pedazos igualmente enormes, tiene veintidos pies de anchura; no pudimos medir la altura porque en aquel sitio se han desmoronado otras piedras que casi la cubren. El aspecto de las piedras labradas que componen las caras de aquella puerta, y su desproporción con los restos del edificio, me hacen presumir que es la puerta del gran templo destruido que se ha incluido en este; las misteriosas esculturas que la decoran, son, en mi concepto, de una época muy distante de la época Antonina y de un trabajo infinitamente menos puro; un águila, que lleva un caduceo en sus garras, estiende sus alas sobre la abertura; de su pico salen festones de cintas ó de cadenas sostenidos en su estremidad por dos famas. El interior del monumento está decorado con pilares y nichos de la mas rica y re-

cargada escultura: nos llevamos algunos fragmentos de aquellas esculturas que andaban esparcidos por el atrio. Hay nichos perfectamente intactos y que parece que acaban de salir del taller del escultor. No lejos de la entrada del templo, hallamos inmensas aberturas y escaleras subterráneas que nos condujeron á otras construcciones inferiores, cuyo uso no puede determinarse; todo en ellas es igualmente vasto y magnífico;—sin duda eran las viviendas de los pontífices, los colegios de los sacerdotes, las salas de las iniciaciones, y acaso tambien sitios reales; recibían la luz de arriba, ó por las laderas de la plataforma en las que remataban aquellas salas. Temiendo perdernos en aquellos laberintos, no visitamos mas que una pequeña parte de ellos, pero parece que se estienden por toda el area de aquel monte. El templo que acabo de describir está colocado en la estremidad sudoeste de la colina monumental de Balbek, y forma el ángulo mismo de la plataforma. Saliendo de aquel peristilo, nos hallamos en la orilla de precipicio, y pudimos medir las piedras ciclopeas que forman el pedestal de aquel grupo de monumentos; este pedestal tiene sobre treinta pies de altura sobre el nivel de la llanura de Balbek; está construido con piedras cuya dimension es à tal punto prodigiosa, que si no la atestiguasen viajeros fidedignos, nadie la creeria; la imaginacion de los mismos árabes, continuos testigos de aquellas

maravillas, no las atribuye al poder del hombre sino al de los genios ó potestades sobrenaturales. Cuando se considera que algunos de aquellos pedazos de granito labrado tienen hasta cincuenta y seis pies de longitud sobre quince ó diez y seis de anchura, y un espesor desconocido, y que aquellas enormes moles están elevadas unas sobre otras á veinte ó treinta pies del suelo, que se han sacado de canteras lejanas, que ha habido que acarrearlas allí y levantarlas a tanta elevacion para formar el pavimento de los templos, la imaginacion se espanta de semejante prueba de las fuerzas humanas; la ciencia de nuestros dias no tiene nada que la explique, y no hay que admirarse de que se tenga que recurrir entonces a lo sobrenatural. Estas maravillas no son evidentemente contemporáneas de los templos, y eran un misterio para los antiguos como para nosotros; pertenecen á una época desconocida, a una época antediluviana tal vez; verosimilmente han sostenido muchos templos consagrados a cultos sucesivos y diversos. A la simple vista, se reconocen cinco ó seis generaciones de monumentos, pertenecientes a diversas épocas, en la colina de las ruinas de Balbek. Algunos viajeros y algunos escritores árabes, atribuyen estas construcciones primitivas a Salomon, tres mil años antes de nuestra edad, y dicen que construyó en el desierto a Tadmor y a Balbek. La historia de Salomon exalta la imaginacion de los orientales,

pero esta suposicion, á lo menos en lo tocante a las gigantescas construcciones de Heliópolis, no es nada verosimil.

¿Cómo un rey de Israel, que no poseia ni un puerto de mar á diez leguas de sus montañas, que tenia de valerse de la marina de Hiram, rey de Tiro, para traerle los cedros del Líbano, hubiera podido dilatar su dominio mas allá de Damasco y hasta Balbek? ¿Cómo un príncipe, que queriendo erigir el templo de los templos, la casa del Dios único en su capital, no empleó en ella mas que materiales frágiles y que no pudieron resistir al tiempo, ni dejar ningun vestigio duradero, hubiera podido erigir, á cien leguas de su pueblo, en desiertos desconocidos, monumentos contruidos con materiales imperecederos? ¿no hubiera empleado mas bien su fuerza y su riqueza en Jerusalem? ¿y qué queda en Jerusalem por donde pueda rastrearse la existencia de monumentos semejantes á los de Balbek? Nada: — luego no pueden ser obra de Salomon; mas bien me inclino á creer que aquellas gigantescas piedras fueron removidas, ya por aquellas primeras razas de hombres que todas las historias primitivas llaman gigantes, ya por los hombres antediluvianos. Se asegura que, no lejos de allí, en un valle del anti-Líbano, se descubren huesos humanos de un tamaño inmenso, y esta voz tiene tanta consistencia entre los árabes vecinos, que el cónsul gene-

ral de Iglaterra en Siria, M. Farren, hombre de alta instruccion, se propone ir muy pronto á visitar aquellas misteriosas sepulturas. Las tradiciones orientales, y aun el mismo monumento erigido sobre la supuesta sepultura de Noé, á corta distancia de Balbek, signan esta residencia al patriarca. Los primeros hombres salidos de ella pudieron conservar mucho tiempo todavía la estatura y las fuerzas que tenia la humanidad antes de la submersion total ó parcial del globo, y es posible que estos monumentos sean obra suya. Aun suponiendo que la raza humana nunca haya pasado de sus actuales proporciones, las proporciones de la inteligencia humana pueden haber cambiado; ¿quién nos dice que aquella inteligencia mas jóven no habia investido procedimientos mecánicos mas perfectos para remover, como un grano de arena, aquellas moles que un ejército de mil hombres no removeria hoy? Como quiera que sea, algunas de aquellas piedras de Balbek, que tienen hasta sesenta y dos piés de longitud y veinte de anchura sobre quince de densidad, son las mas prodigiosas moles que la humanidad ha puesto jamas en movimiento. Las mayores piedras de las pirámides de Egipto no pasan de diez y ocho piés, y no son mas que pedazos excepcionales colocados para un fin de solidez especial en ciertas partes de aquellas construcciones.

Torciendo el ángulo norte de la plataforma,

las paredes que la sostienen están igualmente bien conservadas, pero la masa de los materiales que la componen es menos asombrosa, á pesar de que las piedras tienen en general de veinte á treinta piés de longitud sobre ocho ó diez de anchura. Esas paredes, mucho mas antiguas que los templos superiores, están cubiertas de una tinta gris y presentan de trecho en trecho algunos agujeros en sus ángulos de juntura: aquellos boquetes están llenos de nidos de golondrinas y dejan pender ramilletes de arbustos y de flores parietarias. El color grave y sombrío de las piedras de la base contrasta con la tinta espléndida y dorada de las paredes de los templos y de las hileras de columnas de la cima. Al ponerse el sol, cuando sus rayos se deslizan entre los pilares y chorrean en ondas de fuego entre las volutas y los acantos de los capiteles, los templos resplandecen como oro puro sobre un pedestal de bronce. Bajamos por una brecha formada en el ángulo sud de la plataforma, donde han rodado algunas columnas del pequeño templo, con su arquitrave, al torrente que corre a lo largo de las tapias ciclopeas. Aquellos enormes fragmentos de columnas, agrupados a la casualidad en el cauce del torrente, y en la rápida pendiente del foso, se han quedado y se quedarán sin duda eternamente donde se encuentran; algunos nogales y otros árboles han germinado entre aquellas piedras, las cubren con sus ramas y las

ciñen con sus anchas raices. Los árboles mas gigantescos parecen juncos de ayer al lado aquellos troncos de columnas de veinte pies de circunferencia y de aquellos pedazos de acanto de los cuales uno solo cubre la mitad del torrente. No lejos de allí, por el lado del norte, abriase delante de nosotros una inmensa boca en las laderas de la plataforma; bajamos a ella.

La luz exterior que penetraba en su centro por las dos estremidades la iluminaba suficientemente; seguimosla en toda su longitud de quinientos pies, pues circula por toda la estension de los templos; tiene unos treinta pies de elevacion, y las paredes y la bóveda están formadas con piedras cuya mole nos admiró, aun despues de las que acabábamos de contemplar. Aquellos pedazos de piedra de silleria labrada a cincel, tienen tamaños desiguales, pero casi todos varian de diez a veinte pies de longitud; la bóveda es circular, y las piedras están unidas sin argamaza: — no pudimos adivinar el destino de aquel recinto. En la estremidad occidental, aquella bóveda tiene un ramal mas elevado y vasto todavía, que se prolonga bajo la plataforma de los pequeños templos que visitamos los primeros; allí volvimos á hallar mucha luz, el torrente girando entre innumerables pedazos de arquitectura desmoronados de las alturas, y hermosos nogales alzándose en el polvo de aquellos mármoles. Los otros edificios antiguos de Bal-

bek, diseminados delante de nosotros en el llano, atraian nuestras miradas, pero nada bastaba a interesarnos despues de lo que acabábamos de recorrer. Echamos al paso una ojeada superficial sobre cuatro templos que todavía serian maravillas en Roma y que aquí parecen obras de enanos. Aquellos templos, unos de forma octógona y con muy elegantes ornatos, otros de forma caudrada con peristilos de columnas de granito egipcio y aun de columnas de pórfido, me parecen de época romana. Uno de ellos sirvió de iglesia en los primeros tiempos del cristianismo; todavía se distinguen en él símbolos cristianos. Actualmente está descubierto y arruinado; los árabes le van despojando a medida que necesitan una piedra para sostener su techo ó un pilon para abreviar sus camellos.

Un mensajero del emir de Balbek nos andaba buscando y nos encontró allí: venia de parte del príncipe á darnos la bienvenida y a suplicarnos que asistiésemos a una carrera de djerid, especie de torneo, que daría en nuestro obsequio al día siguiente por la mañana en la llanura situada al pie de los templos. Dímosle las gracias y aceptamos; luego envié a mi dragoman, acompañado por algunos de mis genízaros, a hacer de mi parte una visita al emir. Volvimos a casa del obispo a descansar de nuestra escursion, pero apenas habíamos comido

un pedazo de torta y el carnero con arroz preparado para nuestros camelleros, cuando ya todos andábamos vagando sin guía y a la ventura al rededor del monte de las ruinas, ó en los templos cuyo camino habíamos aprendido por la mañana. Cada uno de nosotros se fijaba en las ruinas ó en el punto de vista que acababa de descubrir, y llamaba de lejos a sus compañeros para que fuesen a disfrutarle, pero no podía uno arrancarse de un objeto sin perder otro también interesante, y así acabamos por abandonarnos, cada cual por su lado, a la ventura de nuestros descubrimientos. Las sombras de la tarde, que descendían lentamente de las montañas de Balbek é iban sepultando una a una las columnas y las ruinas en su oscuridad, añadian un misterio más, y efectos más pintorescos, a aquella obra mágica y misteriosa del hombre y del tiempo; allí conocíamos lo que somos, comparados a la grandeza y a la eternidad de aquellos monumentos,—pobres golondrinas que se anidan por una estación en las grietas de aquellas piedras, sin saber para quien y por quien han sido reunidas. Las ideas que han removido aquellas moles, que han acumulado aquellas piedras, nos son desconocidas; el polvo de mármol que pisamos sabe más que nosotros, pero no puede decirnos nada, y dentro de algunos siglos, las generaciones que visiten a su vez las ruinas de nuestros monumentos de hoy, se pre-

guntarán igualmente, sin poder responderse, porque hemos labrado y esculpido.

Las obras del hombre duran más que su pensamiento; el movimiento es la ley del espíritu humano; lo definitivo es el sueño de su orgullo ó de su ignorancia; Dios es un fin que se va alejando a medida que la humanidad se acerca a él; siempre avanzamos y nunca llegamos; la gran figura divina, que el hombre procura desde su infancia fijar definitivamente en su imaginación y encerrar en sus templos, se ensancha, se agranda siempre, escapa a los pensamientos estrechos y a los templos limitados, y deja vacíos los templos y desmoronarse los altares, para llamar al hombre a buscarla y verla donde se manifiesta cada vez más, en el pensamiento, en la inteligencia, en la virtud, en la naturaleza y en lo infinito!

La misma fecha, al anoecer.

¡Feliz el que tiene alas para alzarse y volar sobre los siglos transcurridos, para posarse sin vértigos sobre esos maravillosos monumentos de los hombres, para sondear desde esa altura los abismos del pensamiento, del destino humano; para medir con la vista el camino de la inteligencia humana, caminando paso á paso en esa media luz de las filosofías, de las religiones, de las legislaciones sucesivas;

para orientarse, como el navegante, en unos mares sin orillas visibles, y adivinar en qué punto de los tiempos vive y á qué manifestacion de verdad y de divinidad llama Dios á la generacion de que forma parte!

Balbeck, 29 de Marzo, á media noche.

Ayer fuí solo á la colina de los templos, á la luz de la luna, á pensar, llorar y hacer oracion. Dios sabe lo que lloro y lo que lloraré mientras me queden un recuerdo y una lágrima. Despues de haber rogado por mí y por los que forman parte de mí, he rogado por todos los hombres. Aquella gran tienda derribada de la humanidad, sobre cuyas ruinas estaba sentado, me inspiró sentimientos tan enérgicos y ardientes, que casi espontáneamente se ecshalaron en versos, language natural de mi pensamiento, siempre que mi pensamiento me domina.

Esta mañana los escribí en el sitio mismo y en la piedra donde los sentí anoche:

VERSOS

ESCRITOS EN BALBEK.

Desiertos misteriosos,
Cuyas anchas colinas son los huesos
De pueblos, cuyo nombre ha perecido;
Colosales peñones
Que ha arrastrado el torrente de las ruinas;
De un pueblo, inmenso cause desecado;
Templos que, como un árbol, las montañas
Desarraigado habeis, para que fueran
Vuestros firmes cimientos;
Timas donde cabrian
Rios enteros; altas columnatas
Esparcidas sin orden por el suelo;
Profundas calles de arcos y pilares
Donde como el seno de las nubes,
Se pierde la luz clara de la luna;
Capiteles que ofuscan mis miradas;
Inmensos caracteres estampados
Del globo en la corteza,
Solo para tocaros con la mano,
Solo para sondar vuestros misterios,
Un viagero ha venido de Occidente!

para orientarse, como el navegante, en unos mares sin orillas visibles, y adivinar en qué punto de los tiempos vive y á qué manifestacion de verdad y de divinidad llama Dios á la generacion de que forma parte!

Balbeck, 29 de Marzo, á media noche.

Ayer fuí solo á la colina de los templos, á la luz de la luna, á pensar, llorar y hacer oracion. Dios sabe lo que lloro y lo que lloraré mientras me queden un recuerdo y una lágrima. Despues de haber rogado por mí y por los que forman parte de mí, he rogado por todos los hombres. Aquella gran tienda derribada de la humanidad, sobre cuyas ruinas estaba sentado, me inspiró sentimientos tan enérgicos y ardientes, que casi espontáneamente se ecshalaron en versos, language natural de mi pensamiento, siempre que mi pensamiento me domina.

Esta mañana los escribí en el sitio mismo y en la piedra donde los sentí anoche:

VERSOS

ESCRITOS EN BALBEK.

Desiertos misteriosos,
 Cuyas anchas colinas son los huesos
 De pueblos, cuyo nombre ha perecido;
 Colosales peñones
 Que ha arrastrado el torrente de las ruinas;
 De un pueblo, inmenso cause desecado;
 Templos que, como un árbol, las montañas
 Desarraigado habeis, para que fueran
 Vuestros firmes cimientos;
 Timas donde cabrian
 Rios enteros; altas columnatas
 Esparcidas sin orden por el suelo;
 Profundas calles de arcos y pilares
 Donde como el seno de las nubes,
 Se pierde la luz clara de la luna;
 Capiteles que ofuscan mis miradas;
 Inmensos caracteres estampados
 Del globo en la corteza,
 Solo para tocaros con la mano,
 Solo para sondar vuestros misterios,
 Un viagero ha venido de Occidente!

Cien veces el camino que su nave
 Ha seguido en las olas,
 Desplegó sus variados horizontes!
 A la ventura abandonó su vida.
 Y desgastó sus piés trepando montes;
 Los ardores estivos
 La lona de su tienda han abrasado.
 Sus hermanos y amigos
 Se consumen cansados de esperarle,
 Y si algun día á sus hogares vuelve,
 Ni su voz ni su mano
 Podrá reconocer su mismo perro.
 En su camino el mísero ha perdido
 La estrella de sus ojos, la querida
 Hija que en sus hogares
 Vida y luz esparcía!... sin memoria
 Morirá, morirá sin descendencia!...
 Y aquí ahora sentado entre estas ruinas
 Oye solo del viento el silvo triste;
 Su frente un peso insoportable abrumba
 Y su pecho sofoca;
 El pensamiento, el corazon han muerto!

Lo que sigue es demasiado íntimo.

La misma fecha.

Depues de transmontar las cumbres de Sannin, cubiertas de nieves eternas, bajé del Líbano, coronado de su diadema de cedros, al pelado y estéril desierto de Heliópolis, al fin de una larga y penosa jornada. En el horizonte todavía distante, en las últimas gradas de las negras montañas del Anti-Líbano, un grupo inmenso de ruinas amarillas dorado por el sol poniente, se destacaba de la sombra de las montañas y repercutaba los rayos de la tarde. Nuestros guías nos le señalaban con el dedo y exclamaban ¡Balbek! ¡Balbek! Era en efecto la maravilla del desierto, la fabulosa Balbek que salía toda esplendente de su sepulcro desconocido, para hablarnos de unos siglos cuyo recuerdo ha perdido la historia. Auanzábamos lentamente al paso de nuestros caballos fatigados, fijos los ojos en las gigantescas paredes, en las deslumbradoras y colosales columnas que parecia que iban agrandándose à medida que nos acercábamos; un profundo silencio reinaba en toda nuestra caravana; cada cual hubiera temido perder una impresion de aquella hora comunicando la que acababa de tener. Los mismos árabes callaban, y parecia que recibian tambien un fuerte y grave pensamiento de aqual espectáculo que nivela todos los pensamientos. En

fin, llegamos á los primeros fragmentos de columnas, á los primeros pedazos de mármol que los torrentes han sacudido hasta á mas de una milla de los monumentos á que pertenecieron, como las hojas secas arrastradas lejos del árbol despues del huracan; las profundas y anchas cantera que hienden, como gargantas de valles, las negras laderas del Anti-Líbano, abrian ya sus abismos bajo los piés de nueetros caballos; aquellos vastos boquerones de piedra, cuyas paredes conservan las profundas huellas del cincel que los abrió para sacar de ellos otras colinas de piedra, mostraban todavía algunos otros peñones gigantescos medio desprendidos de su base, y otros labrados en sus cuatro caras y que no esperan mas que los carros ó los brazos de las generaciones de gigantes para removerlos. Uno solo de aquellos cantos de Balbek tenia sesenta y dos piés de largo sobre veinticuatro de anchura y diez y seis de espesor. Uno de nuestros árabes, apeándose de su caballo, se dejó resbalar dentro de la cantera y, trepándose sobre aquella piedras, agarrándose á las entalladuras del cincel y á los musgos que crecen en ellas, subió sobre aquel pedestal y corrió de un lado á otro sobre aquella plataforma dando gritos, pero el pedestal aniquilaba con su mole al hombre de nuestros dias; el hombre desaparecia delante de su obra; se necesitaria la fuerza reunida de sesenta mil hombres de nuestros tiempos solo para levantar aquella piedra,—y las

plataformas de Balbek sostienen algunas mas colosales todavía, elevadas á veinticinco ó treinta pies del suelo, para sustentar columnas proporcionadas a aquellas bases.

Seguimos nuestro camino, entre el desierto á la izquierda y las ondulaciones del Anti-Líbano á la derecha, atravesando algunos campos cultivados por los árabes pastores y el cauce de un ancho torrente que serpea entre las ruinas y en cuya orilla se alzan algunos hermosos nogales. El Acrópolis, ó la colina artificial que sostiene todos los grandes monumentos de Heliópolis nos aparecia, aquí y allá, entre las ramas y sobre las copas de los árboles; en fin, la descubrimos en su totalidad y toda la caravana se paró, como por un instinto eléctrico, Ninguna pluma, ningun pincel podrian describir la impresion que aquella sola mirada produce en los ojos y en el alma. Bajo nuestros piés, en el cauce del torrente, en medio de los campos, alrededor de todos los troncos de árboles, veiamos enormes pedazos de granito rojo ó gris, de pórfido sanguíneo, de mármol blanco, de piedra amarilla tan reluciente como el mármol de Paros;—fragmentos de columnas, capiteles cincelados, arquivadas, volutas, cornisas, entablamentos, pedestales;—miembros esparcidos; y que parecen palpitantes, de las estátuas caidas, —todo esto confuso, hacinado; disperso y fluyendo por todas partes como las lavas de un volcan que

vomitase los restos de un grande imperio; apenas se hallaba un sendero para deslizarse entre aquellas barreduras de las artes que cubren todo el suelo. Las herraduras de nuestros caballos resbalaban y se rompian á cada instantes en los lisos acantos de las cornisas, ó en el nevado seno de un torso de muger; solo el agua del rio de Balbek se abria paso entre aquellos fragmentos y lavaba con su murmurante espuma aquellos rotos mármoles que oponen un obstáculo á su corriente.

Mas allá de aquellas espumas de despojos que forman unos verdaderos méganos de mármol, está la colina de Balbek, plataforma de mil pasos de longitud y de setecientos de anchura, construida todo por mano del hombre con piedras labradas, algunas de las cuales tienen de cincuenta á sesenta piés de longitud sobre quince ó diez y seis de elevacion, pero la mayor parte de quince á treinta. Aquella colina de granito tallado se presentaba á nosotros por su estremidad oriental con sus profundas bases, y sus inconmensurables moles, donde tres pedazos de granito forman ciento ochenta piés de estension y cerca de cuatro mil de superficie; con las anchas embocaduras de sus bóvedas subterráneas, donde se precipitaba el agua del rio, donde el viento arrojaba, con el agua, murmullos semejantes á los lejanos repiqueteos de las campanas mayores de nuestras catedrales. Sobre

aquella inmensa plataforma, la estremidad de los grandes templos se mostraban á nuestros ojos, destacada del horizonte azul y rosado, ó de color de oro. Algunos de aquellos monumentos desiertos parecian intactos y hubiera podido creerse que acababan de salir de manos del obrero; otros no presentaban mas que restos todavía en pié, columnas aisladas, paredes inclinadas y frontis desmantelados; la vista se perdía en las esplendentes hileras de las columnatas de aquellos diversos templos, y el horizonte, demasiado elevado, nos impedia ver donde acababa aquel pueblo de piedra. Las seis gigantescas columnas del gran templo, sobre las cuales se alzaba todavía su rico y colosal entablamento, dominaban toda aquella escena, y se perdian en el cielo azul del desierto, como un altar aéreo para los sacrificios de los gigantes.

Solo nos detuvimos algunos minutos para reconocer únicamente lo que íbamos a visitar arrojando tantos peligros y distancias; y seguros en fin de poseer, para el dia siguiente, aquel espectáculo que no podian presentarnos ni aun los sueños, proseguimos nuestro camino. La tarde se acercaba; era preciso buscar un asilo, ó bajo la tienda, ó bajo algunas bóvedas de aquellas ruinas, para pasar la noche y descansar de una jornada de catorce horas. Dejamos á la izquierda la montaña de ruinas y una espaciosa playa, toda blan-

queada con fragmentos de mármoles, y, cruzando algunos herbosos prados, pastados por las cabras y los camellos, nos dirigimos hácia una columna de humo que se alzaba á unos cien pasos de nosotros de entre un grupo de ruinas interpoladas con algunas chozas árabes. El suelo era desigual y montuoso, y resonaba bajo las herraduras de nuestros caballos como si los subterráneos que pisaban fuesen á entreabrirse bajo sus piés. Llegamos á la puerta de una cabaña baja y medio tapada por las paredes de mármol degradadas, y cuya puerta y angostas ventanas, sin vidrios ni maderas, estaban construidas con mármol y pórfido, mal pegados entre sí con un poco de argamasa. Un pequeño arco diagonal de piedra se elevaba á cosa de uno ó dos piés sobre la meseta que servía de techo á aquella vivienda; y una campanita, semejante á la que se pinta sobre las grutas de los hermitaños, se mecía en ella á impulso de las bocanadas del viento;—aquel era el palacio episcopal del obispo árabe de Balbek, que vigilaba, en aquel desierto, un escaso rebaño de doce á quince familias cristianas, de la comunión griega, perdidas en medio de aquellas soledades y de la tribu feroz de los árabes independientes de Bka. Hasta entonces no habíamos visto ningun ser vivo, mas que los chacales que corrían entre las columnas del gran templo, y las pequeñuelas golondrinas, de collar de seda rosada, que ceñían, como un ornato de arquitec-

tura oriental, las cornisas de la plataforma. El obispo, prevenido por la bulla que metía nuestra caravana, acudió al instante, y saludándonos desde su puerta, me ofreció la hospitalidad. Era el obispo un anciano de hermosa presencia; tenía el cabello y la barba blancos como la plata, una fisonomía grave y dulce, un metal de voz y un modo de hablar noble, suave y armónico: era, por último, enteramente semejante a la idea del sacerdote en el poema ó la novela, y digno en todo, de mostrar su semblante lleno de paz, de resignacion y de caridad en aquella solemne escena de ruinas y meditaciones. Hízonos entrar en un pequeño patio interior, empedrado tambien con pedazos de estatuas, de mosaico y de jarrones antiguos, y entregándonos su casa, es decir, dos cuartitos bajos, sin muebles ni puertas, se retiró y nos dejó, según la costumbre oriental, dueños absolutos de su vivienda. Mientras que nuestros árabes clavaban en el suelo, alrededor de la casa, las clavijas de hierro, para atar a ellas con argollas las piernas de nuestros caballos, y encendían otros una hoguera en el patio para disponernos el piló y cocer las tortas de cebada, salimos para echar una segunda mirada sobre los monumentos que nos rodeaban. Los grandes templos estaban delante de nosotros, como estatuas sobre sus pedestales; el sol los hería con un postrer rayo vagaroso, que se retiraba lentamente

de una a otra columna, como el resplandor de una lámpara que el sacerdote se lleva al fondo del santuario; las mil sombras de los pórticos, de los pilares, de las columnatas, de los altares, se extendían sobre la vasta selva de piedra, y reemplazaban poco á poco, en el Acrópolis, las vivas claridades del mármol y del jaspe; mas léjos, en la llanura, veíase un océano de ruinas que no se perdía sino en el horizonte; —parecía aquella una marejada de piedra estrellándose en un arrecife y cubriendo una inmensa playa con su blanca espuma. Nada se alzaba encima de aquella mar de ruinas; y la noche que caía de las alturas, ya pardas, de una cordillera de montañas, las sepultaba sucesivamente en su sombra. Algunos instantes estuvimos sentados silenciosamente delante de aquel espectáculo, y luego volvimos, con lentos pasos, al pequeño patio del obispo, alumbrado por la hoguera de los árabes.

Sentados en algunos fragmentos de cornisas y de capiteles que servían de bancos en el patio, despachamos rápidamente la sóbria comida del viage-ro en el desierto, y estuvimos un rato conversando, antes de dorminos, acerca de lo que llenaba nuestros pensamientos. La hoguera se iba apagando, pero la luna se alzaba llena y espléndida en el límpido cielo; y pasando por entre los recortes de una gran pared de piedras blancas, y los menudos en-

cajes de un agimez arabesco, que limitaban el patio por el lado del desierto, iluminaba el recinto con una claridad que irradiaba sobre todas las piedras. Al cabo todos quedamos silenciosos y pensativos; lo que pensábamos en aquella hora, en aquel sitio, tan lejos del mundo vivo, en aquel mundo muerto, en presencia de tantos mundos testigos de un pasado desconocido, pero que echa por tierra todas nuestras mezquinas teorías de historia y de filosofía de la humanidad; lo que pasaba entonces en nuestras cabezas y en nuestros corazones, solo Dios lo sabe, y nuestras lenguas no probaban à decirlo; hubieran temido profanar la solemnidad de aquella hora, de aquel astro, y aun de aquellos pensamientos; —por eso callábamos. De repente, como una dulce y amorosa queja, un murmullo grave y acentuado por la pasión salió de entre las ruinas, detras de aquella gran pared cortada por arcos diagonales y cuyo techo nos había parecido á punto de desplomarse; aquel vago y confuso murmullo fué creciendo y prolongándose mas y mas, y al cabo percibimos un canto formado por muchas voces en coro, —canto monótono, melancólico y tierno, que subía, bajaba, moría y renacía alternativamente y se respondía á sí mismo: —era la oracion de la tarde que hacia el obispo árabe con su pequeña grey, en el ruinoso recinto de lo que había sido su iglesia, montones de ruinas

recientemente hacinados por una tribu de árabes idólatras. Nada nos habia preparado a aquella música del alma, cada nota de la cual es un sentimiento ó un suspiro del corazon humano, en aquella soledad, en el fondo de los desiertos, saliendo de aquella suerte de las mudas piedras, acumuladas por los terremotos, por los bárbaros y por el tiempo. Sobrecogidos quedamos todos, y acompañamos con las aspiraciones de nuestro pensamiento, de nuestra oracion y de nuestra poesía interior, los acentos de aquella santa poesía hasta que las letanías cantadas apuraron su monótono estribillo, y se apagaron los últimos suspiros de aquellas piadosas voces en el acostumbrado silencio de aquellas antiguas ruinas.

La misma fecha.

Los templos nos han hecho olvidar el djerid que queria darnos el príncipe de Balbek; toda la mañana hemos pasado recorriéndolos de nuevo. A las cuatro han venido algunos árabes á avisarnos que los ginetes estaban en el llano contiguo á los templos, pero que impacientes por nuestra tardanza iban á retirarse; que el príncipe creia que aquel espectáculo no era de nuestro agrado, pues diferiamos acudir á él, y que nos suplicaba que subiésemos á

su serrallo luego que hubiésemos satisfecho nuestra curiosidad, pues nos preparaba en su palacio otra diversion. Aquella tolerancia del caudillo de una tribu feroz de los árabes mas temidos de aquel desierto nos admiraba. En general, los árabes y aun los mismos turcos no permiten visitar solos ninguna ruina de antiguos monumentos; creen que estas ruinas encierran inmensos tesoros guardados por los genios ó los demonios, y que los europeos conocen las palabras mágicas con que se descubren, y como no quieren que se los lleven, observan la mayor vigilancia sobre los francos en estos paises; nosotros, por el contrario estábamos enteramente abandonados á nosotros mismos; ni siquiera teniamos con nosotros un guía árabe, y los hijos de la tribu se habian apartado por respeto. No sé en qué consiste esta respetuosa deferencia del emir de Balbek en esta circunstancia; acaso nos toma por emisarios de Ibrahim-Bajá; lo cierto es que somos harto poco numerosos para inspirar temor á una tribu entera de quinientos á seiscientos hombres acostumbrados á pelear y á vivir del fruto de sus rapiñas, y sin embargo no se atreven á acercarse á nosotros, ni hacernos preguntas, ni á oponerse á ninguno de nuestros pasos; podiamos quedarnos un mes en los templos, hacer escavaciones, llevarnos los mas preciosos fragmentos de aquellas esculturas, sin que nadie se opusiera á ello. Mucho siento; como en el mar Muerto, no haber sabido de ante-

mano la disposicion de estas tribus con respecto á nosotros, pues hubiera traído obreros y camellos de carga y enriquecido la ciencia y los museos.

Fuimos, á la salida de los templos, al palacio del emir. Un intervalo de ruinas desiertas, pero ménos importantes, separa la colina de los grandes templos, ó el Acrópolis del Balbek, de la nueva Balbek habitada por los árabes. Esta no es mas que una aglomeracion de miserables paredones, mil veces derribados en continas guerras; la poblacion se ha hospedado como ha podido en las cavidades formadas por tantas ruinas; algunas ramas de árboles, algunos techos de paja cubren aquellas viviendas, cuyas puertas y ventanas suelen cerrarse con pedazos de obras artísticas admirables.

El espacio ocupado por estas ruinas de la ciudad moderna es inmenso; se estiende á cuanto alcanza la vista y flanquea dos colinas bajas que ondean sobre el gran llano; el efecto es triste y duro. Estas modernas ruinas recuerdan las de Aténas, que ví un año ántes. El color blanco crudo y mate de aquellas paredes caídas por el suelo y de aquellas piedras diseminadas, no tiene nada de la magestad de las ruinas verdaderamente antiguas; aquello se parece á una inmensa playa cubierta por la espuma del mar. El palacio del emir es un patio bastante espacioso, rodeado de construcciones de di-

ferentes formas, presentando un conjunto bastante parecido al patio de un miserable cortijo de una de nuestras provincias mas pobres; algunos árabes armados guardaban la puerta, á la que se agolpaba la multitud para entrar; los centinelas nos abrieron paso y nos introdujeron. El patio estaba ya ocupado por todos los caudillos de la tribu y por una gran muchedumbre de pueblo; el emir y su familia, igualmente que los principales jeques, cubiertos de caftanes y albornoces magníficos, pero llenos de girones, estaban sentados en un tablado elevado encima de la multitud y contiguo al edificio principal: detras de ellos habia cierto número de servidores, de hombres armados y de esclavos negros. El emir y su comitiva se levantaron al acercarnos; ayudáronnos á escalar algunas enormes gradas formadas con piedras irregulares que servian de escalera para subir al tablado, y despues de los usados cumplimientos, el emir nos hizo sentar en el divan á su lado; me trageron una pipa y empezó el espectáculo.

Una música compuesta de tambores, de tamboriles, de agudos pífanos, y de triángulos de hierro que golpeaban con una varita del mismo metal, dió la señal: cuatro ó cinco actores, vestidos de modo mas grotesco, unos de hombres, otros mugeres se adelantaron, hasta en medio del patio y ejecutaron las danzas mas estrañas y lascivas que pueden imaginarse. Mas de una hora duraron aquellas monótonas danzas, interpeladas de vez en

cuando con algunas palabras, ademanes y mudanzas de trages y que parecian denotar una inteligencia dramática; pero lo único inteligible era la horrible y asquerosa depravacion de las costumbres públicas, indicada por el movimiento de los bailarines. Volví los ojos à un lado, y aun el mismo emir parecia que se avergonzaba de aquellos escandalosos placeres de su pueblo, y hacía, como yo, ademanes de desprecio; pero los gritos y los aplausos del resto de los espectadores se alzaban siempre en los momentos en que se revelaban las mas sucias obscenidades en las figuras del baile, y recompensaban á los actores.

Estuvieron estos bailando de aquel modo hasta que, rendidos de cansancio é inundados de sudor, no pudieron ya soportar la rapidez, cada vez mayor, de la medida, y cayeron al suelo, de donde los sacaron en brazos. Las mugeres no asistian á aquel espectáculo; pero las del emir, cuyo harem daba sobre el patio, disfrutaban de él desde sus cuartos, y las veiamos por entre los enrejados de madera agolparse á las ventanas para mirar á los bailarines. Trajéronnos los esclavos del emir sorbetes y dulces de toda especie, como tambien bebidas esquisitas, compuestas de zumo de granada y de azahar helado en copas de cristal; otros esclavos nos presentaban, para limpiarnos los labios, servilletas de muselina bordadas de oro. Tambien

nos sirvieron café y pipas varias veces. Converse media hora con el emir, y me pareció hombre de seso y de talento, muy superior á la idea que habian podido darme de él los groseros placeres de su pueblo: es un hombre de sobre cincuenta años, de hermoso rostro, de modales nobilísimos, y muy cortés y solemne, cosas todas que el último de los árabes posee como un don del clima, ó como la herencia de una antigua civilizacion. Su vestimenta y sus armas eran singularmente magníficas. Sus admirables caballos andaban diseminados por los patios y el camino; me ofreció uno de los mas hermosos, y me preguntó con la mas delicada discrecion acerca de la Europa, de Ibrahim, y del objeto de mi viage en medio de aquellos desiertos; respondíle con una afectada circunspeccion, que pudo hacerle creer que en efecto llevaba algun otro objeto que el de visitar colinas y escombros.

Ofrecióme toda su tribu para acompañarme a Damasco, atravesando la cordillera desconocida del Anti-Líbano, que yo queria reconocer. Solamente acepté algunos ginetes para que me sirviesen de guías y de proteccion, y me retiré acompañado por todos los jeques, que nos siguieron a caballo hasta la puerta del obispo griego. Dí la orden de la partida para la mañana siguiente, y pasamos la tarde conversando con el venerable

huésped a quien íbamos a dejar; algunos centenares de piastras que le dejé de limosna para su grey, pagaron la hospitalidad que de él habíamos recibido. Tuvo la bondad de encargarse de despachar un camello cargado con algunos fragmentos de escultura que yo deseaba llevar a Europa, comision que desempeñó fielmente, y a mi vuelta a Siria me hallé con aquellas preciosas reliquias, que habían llegado antes que yo a Berut.

31 de Marzo de 1833.

Salimos de Balbek a las cuatro de la mañana. La caravana se compone de nuestro ordinario número de camelleros, de árabes, de criados, de escolta, y de ocho ginetes de Balbek, que van a doscientos ó trescientos pasos delante de la caravana: empieza a amanecer en el momento en que traspasamos la primera colina que sube hacia la cordillera del Anti-Líbano: toda esta colina está surcada por inmensas y hondas canteras de donde han salido los prodigiosos monumentos que acabamos de visitar. El sol empezaba a dorar sus cimas, y brillaban bajo nuestros piés, en el llano, como rocas de oro: no acertábamos á separar de ellos nuestras miradas; veinte veces nos paramos antes de perderlos enteramente de vista;—en fin,

desaparecen para siempre bajo la colina, y no vemos ya, mas allá del desierto, mas que las negras ó nevadas cumbres de las montañas de Trípoli y de Latakié, que se desvanecen en el firmamento.

Las montañas, poco elevadas al principio, que atravesamos, están enteramente peladas y casi desiertas. El suelo, en general, es pobre y estéril; la tierra, donde está cultivada, es de color rojo. Hay lindos valles, de suaves declives, por donde el arado podría pasar sin obstáculo. No hallamos ni viageros, ni aldeas, ni habitantes, hasta cosa de medio día. Hacemos alto bajo nuestras tiendas, á la entrada de una profunda garganta por donde corre un torrente, en seco á la sazón. Hallamos bajo una peña un manantial de agua abundante y deliciosa, de que llenamos los cántaros colgados de las sillas de nuestros caballos. Despues de dos horas de descanso, nos ponemos en marcha.

Costeamos, por un rápido y escarpado sendero, la falda de una alta montaña de roca pelada, por espacio de sobre dos horas. El valle, que se abre cada vez mas á nuestra derecha, está surcado por un ancho cauce de río sin agua. Una montaña de roca gris, y completamente pelada, se alza al otro lado, como una pared perpendicular:—empezamos á bajar hacia la otra embocadura de aquella garganta. Dos de nuestros

caballos, cargados de bagage, ruedan en el precipicio; los colchones y las alfombras que llevan encima amortiguan la violencia del golpe, y logramos sacarlos sin lesion notable. Nos acampamos á la salida de la garganta junto á un manantial escelente.

Noche pasada en medio de aquel laberinto desconocido de las montañas del Anti-Líbano: las nieves no están ya mas que á cincuenta pasos sobre nuestras cabezas. Nuestros árabes han encendido una fogata de retama, bajo una gruta, á diez pasos de la loma donde está plantada nuestra tienda. El resplandor de la hoguera atraviesa la loma é ilumina el interior de la tienda, donde nos refugiamos huyendo del frio. Los caballos, aunque cubiertos de sus *libets*, manta de fieltro, relinchan de dolor. Toda la noche estamos oyendo á los ginetes de Balbek y á los soldados egipcios que gimen bajo sus capas; y aun nosotros mismos, aunque cubiertos de una capa y de una manta muy tupida, no podemos soportar la impresion de aquel aire helado de los Alpes. Montamos á caballo á las siete de la mañana, con un sol resplandeciente que nos hace irnos quitando sucesivamente las capas y los caftanes. Pasamos á las ocho, en una llanura muy elevada, por un poblachon árabe, cuyas casas son grandes, y cuyos patios están llenos de ganado y de aves, como en Europa. No nos detenemos en él, porque aquel

pueblo es enemigo del de Balbek y de los árabes de Siria, compónenle unas tribus casi independientes, que tienen mas analogía con las poblaciones de Damasco y de la Mesopotamia. Parecen ricas y laboriosas; todas las llanuras al rededor del pueblo están cultivadas. Vemos hombres, mugeres y niños en los campos. Aran con bueyes. Encontramos al paso jeques ricamente montados y equipados, que van ó vienen de Damasco; su fisonomía es áspera y feroz; nos miran con malos ojos y pasan de largo sin saludarnos. Los muchachos nos gritan denuestos. En una segunda aldea, á dos horas de la primera, compramos á duras penas unas gallinas y un poco de arroz para la comida de la caravana; nos acampamos, á las seis de la tarde, en un campo elevado encima de una garganta de montañas que baja hácia un rio que vemos brillar á lo lejos; un pequeño torrente corre saltando por la garganta, y en él damos de beber á los caballos. Todavía es allí duro el clima: delante de nosotros, en la embocadura de la garganta, se alzan unos picos de peñascos, agrupados en pirámides, y se pierden en el cielo. Ninguna vegetacion hay en aquellos picos: el color gris ó negro del peñasco contrasta con la espléndida limpidez del cielo en que se pierden.

1 de Abril, 1833.

Montamos á caballo á las seis de la mañana.—Día hermosísimo.—Caminamos todo el día, sin parar, entre unas escarpadas montañas, separadas solamente por estrechas gargantas donde ruedan torrentes de nieve derretida.—Ni un árbol, ni un musgo, se ven en las laderas de aquellas montañas: sus formas singulares figuran monumentos humanos. Una de ellas se alza inmensa y perpendicularmente tajada por todos lados, como una pirámide; puede tener sobre una legua de circunferencia: no se puede descubrir como ha sido nunca posible subir á la cima; no hay resto alguno visible de senderos ni de escalones, y sin embargo, en todas sus laderas hay cavernas de todos tamaños, abiertas por mano del hombre. Hay una multitud de celdas, grandes y chicas, cuyas puertas están labradas á cincel. Algunas de aquellas grutas, cuyas bocas se abren sobre nuestras cabezas, tienen unos pequeños terrados de rocas vivas delante de sus puertas; se ven restos de capillas ó de templos, columnas todavía en pié sobre la roca: —parece aquello una columna de hombres abandonada. Los árabes dicen que los que han abierto aquellas cavernas son los cristianos de Damasco,

y creo en efecto que esta es una de aquellas Tebaidas donde se refugiaron los primeros cristianos en los tiempos de cenobitismo ó de persecucion. San Pablo habia fundado una grande iglesia en Damasco, y aquella iglesia, por mucho tiempo floreciente, corrió los azares y sufrió las persecuciones de todas las demas iglesias de Oriente.

Dejamos esta montaña á nuestra izquierda y pronto á nuestra espalda. Bajamos rápidamente, y por precipicios casi intransitables, hácia un valle mas abierto y mas ancho, que llena un hermoso rio. En sus orillas vuelve á empezar la vegetacion; —sauces, abedules, inmensos árboles de singular ramaje y hoja negra, crecen en las grietas de los peñascos que ciñen el rio. Seguimos por espacio de una hora aquellas encantadas márgenes, bajando siempre, pero insensiblemente. El rio nos acompaña murmurando y levantando espuma bajo los piés de nuestros caballos. Las altas montañas que forman la garganta de donde baja el rio, se alejan y se redondean en anchas y frondosas grupas, heridas por los rayos del sol occidental: ya es aquella una primera vista de la Mesopotamia; vemos cada vez mejor los anchos valles que van á desembocar en la gran llanura del desierto de Damasco á Bagdad. El valle donde estamos circula blandamente y se va ensanchando. A derecha é izquierda del rio, empezamos á ver rastros de cultivo y oimos lejanos mugidos de rebaños. Vergeles

de albericoques, tan grandes como nogales, ciñen el camino: pronto, con gran sorpresa nuestra, vemos separados con setos vivos, como en Europa, los vergeles y los huertos, sembrados estos de verduras y aquellos de árboles frutales en flor: unas vallas, ó unas puertas de madera, dan paso á aquellos lindos vergeles. El camino es ancho, llano, bueno, como en las cercanías de una gran ciudad de Francia: ninguno de nosotros conocia la existencia de aquel hechicero jardín en medio de aquellas inaccesibles montañas del Anti-Líbano;—evidentemente nos acercamos á una ciudad ó á una aldea de árabes cuyo nombre ignoramos; un gineete árabe á quien encontramos, dice que estamos en las cercanías de un muy estenso lugar, cuyo nombre es *Zebdani*; ya vemos el humo de sus casas que se alza entre las copas de los corpulentos árboles de que está sembrado el valle; entramos en las calles del pueblo, que son anchas, rectas y tienen una acera de losas á cada lado. Las casas que las ciñen son grandes y están rodeadas de patios llenos de ganados, y de huertos perfectamente regados y cultivados. Las mugeres y los muchachos se asoman á las puertas para vernos pasar y nos acogen con caras francas y halagüeñas. Preguntamos si hay en el pueblo alguna plaza cubierta donde podamos hacer noche, y nos respondén que no, porque como *Zebdani* no está junto á ningun camino, nunca pasan por él caravanas. Llegamos despues

de haber circulado mucho tiempo por las calles del pueblo, á una gran plaza en la orilla del rio, donde una casa mayor que las otras, precedida de un terrado, y rodeada de árboles, nos anuncia la habitacion del jeque. Me presento con mi dragoman y pido una casa para pasar la noche: los esclavos van á avisar al jeque, que al punto acude en persona; es un venerable anciano, de barba blanca y fisonomía afable y franca: me ofrece toda su casa con una cordialidad que rara vez he encontrado. Al instante sus numerosos esclavos y los principales vecinos del pueblo se apoderan de nuestros caballos, los llevan á un espacioso cobertizo, los descargan y traen sacos de cebada y de paja. El jeque hace salir á sus mugeres de su habitacion y nos introduce primeramente en su divan, donde nos sirven café y sorbetes, y luego nos abandona todas las piezas de su casa. Me pregunta si quiero que los esclavos nos aderecen una comida; pero le ruego que permita que mi cocinero les evite esa molestia, y que nos proporcionen solamente una ternera y algunos carneros para renovar nuestras provisiones, apuradas desde *Balbek*. A los pocos minutos el carnicero del pueblo trae y mata la ternera y los carneros, y miéntras que nuestra gente nos dispone la cena, el jeque nos presenta los principales vecinos del pueblo, sus parientes y sus amigos, y aun me pide permiso para hacer introducir á sus mugeres á presencia de madama *Lamartine*, pues desea-

ban vivamente, me dijo, ver á una muger de Europa y contemplar sus vestidos y sus joyas. En efecto pasaron las mugeres del jeque, tapadas con sus velos, por el divan donde estábamos y entraron en el cuarto de mi muger: eran tres, y una de ellas parecia por su edad la madre de las otras dos. Las dos jóvenes eran singularmente hermosas, y parecian llenas de respeto, de deferencia y cariño hácia la mas anciana. Mi muger les hizo algunos regalillos, á que correspondieron ellas con otros. Durante aquella entrevista, el venerable jeque de Zebdani nos llevó á un terrado que ha dispuesto al lado de su casa, en la orilla del rio: varios pilares plantados en el cauce mismo del rio, sostienen un tablado, cubierto de alfombras y rodeado de un divan: un árbol inmenso, semejante á los que ya habia visto yo á la vera del camino, cubren con su sombra el terrado y todo el rio: allí es donde el jeque, como todos los turcos, pasa sus horas de solaz disfrutando el murmullo y la frescura de las espumantes aguas del rio, la sombra del árbol y los gorgoros de los mil pajarillos que le pueblan: un puente de tablas conduce á aquella especie de azotea colgante. Este es uno de los mas hermosos sitios que he contemplado en mis viages. La vista resbala sobre las últimas grupas combas y sombrías del Anti-Líbano, que señorean las pirámides de roca negra ó los picos de nieve; baja con el rio y sus olas de espuma

por entre las desiguales cimas de los bosques de variados árboles que trazan su curso, y va á perderse con él en las llanuras en declive de la Mesopotamia, que entran, como un golfo de verdura, en las sinuosidades de las montañas.

Cuando estuvo pronta la cena, supliqué al jeque que se sentase á la mesa con nosotros, lo que aceptó de muy buena gana, y le divirtió mucho el modo de comer de los europeos, pues nunca habia visto ninguno de los utensilios de nuestras mesas. No bebió vino y no probamos á violentarle; la conciencia del musulman es tan respetable como la nuestra: hacer pecar á un turco contra la ley que su religion le impone, me ha parecido siempre cosa tan culpable y absurda como tentar á un cristiano. Largo rato hablamos de Europa y de nuestros usos, de los que nos parecia grande admirador, y él nos habló de su modo de administrar su pueblo. Su familia gobierna hace siglos este canton privilegiado del Anti-Líbano, y los progresos de propiedad, agricultura, policia y limpieza que habiamos admirado al cruzar el territorio de Zebdani, eran debidos á aquella excelente raza de jeques. Lo mismo sucede en todo el Oriente: todo es escepcion y anomalías; el bien, como el mal, se perpetúan en él sin término. Por aquel pueblo encantador pudimos juzgar de lo que serian aquellas provincias bien administradas.

El jeque admiró mucho mis armas, y sobre todo

un par de pistolas de piston, y disfracó mal el placer que le causaria la posesion de aquella arma; pero yo no podia ofrecérsela, pues aquellas eran mis pistolas de batalla, que queria conservar hasta mi vuelta à Europa. Le regalé un reloj de oro para su muger, regalo que recibió con toda la cortés resistencia que pondriamos en Europa para aceptar uno semejante, y aun afectó quedar completamente satisfecho, aunque para mí era evidente su predileccion por el par de pistolas. Trajéronnos una multitud de almohadones y de alfombras para acostarnos; los tendimos sobre el divan donde él dormia tambien, y nos dormimos al rumor del rio que murmuraba bajo nuestras camas.

Salimos al dia siguiente con el alba,—cruzamos la segunda mitad de la aldea de Zebdani, mas hermosa aún que la que habiamos visto la víspera. El jeque nos hace escoltar hasta Damasco por algunos hombres à caballo de su tribu: allí despedimos à los ginetes del emir de Balbek, que no estarian seguros en el territorio de Damasco. Andamos durante una hora por caminos cercados de cetos vivos, tan anchos como en Francia y perfectamente cuidados. Una bóveda de albericoques y de perales cubre el camino; à derecha é izquierda se estienden vergeles sin fin, luego campos cultivados, llenos de hombres y de ganados: todos estos vergeles están regados por arroyos que bajan de las montañas à la izquierda. Las

montañas están cubiertas de nieve en sus cimas; la llanura es inmensa y nada la limita à nuestra vista mas que las arboledas en flor. Despues de haber caminado así tres horas como en medio de los mas deliciosos paisages de Inglaterra ó de Lombardía, sin que nada nos recordase el desierto y la barbarie, llegamos à un país estéril y mas quebrado: la vegetacion y el cultivo desaparecen casi del todo. Colinas de roca, apenas cubiertas de un musgo amarillento, se estienden delante de nosotros, limitadas por montañas grises mas altas, é igualmente peladas. Hacemos alto bajo nuestras tiendas, al pié de aquellas montañas, lejos de toda habitacion: allí pasamos la noche à la orilla de un torrente profundamente encajonado que resuena como un trueno sin fin en una garganta de peñascos y arrastra aguas fangosas y copos de nieve.

A las seis montamos à caballo: como aquella va à ser nuestra última jornada, completamos nuestros trages turcos para no ser reconocidos por Francos en las cercanías de Damasco. Mi muger se viste como las mugeres árabes y un largo velo de lienzo blanco la rodea de pies à cabeza. Nuestros árabes se acicalan tambien un poco y nos enseñan con el dedo las montañas que aun nos falta pasar, gritando: Scham! Scham! que es el nombre árabe de Damasco.

La fanática poblacion de Damasco y de los países circunvecinos ecsige estas precauciones de parte de los Francos que se aventuran à visitar esta ciudad. Solos entre los orientales, los damasquinos abrigan en sus pechos cada vez mas activo el odio religioso y el horror al nombre y al trage europeos; tambien son los únicos que constantemente se han negado à admitir los cónsules y aun los agentes consulares de las potencias cristianas. Damasco es una ciudad santa, fanática y libre, y nada debe mancillarla.

A pesar de las amenazas de la Puerta, à pesar de la intervencion mas temida de Ibrahim-Bajá y de una guarnicion de doce mil soldados egipcios ó estrangeros, la poblacion de Damasco se ha obstinado en negar al cónsul general de Inglaterra en Siria la entrada en su recinto: dos sediciones terribles ha habido en el pueblo por solo haber corrido la voz de que se acercaba dicho cónsul, y si no se hubiera vuelto atras, hubiera sido hecho pedazos. Las preocupaciones sobre este punto continúan siendo siempre las mismas; la llegada de un europeo en trage franco seria la señal de un nuevo alboroto, y aun tememos que haya llegado à Damasco la nueva de nuestro viage y nos esponga à serios peligros. Hemos tomado todas las precauciones posibles; todos vamos vestidos rigorosamente à la turca. Un solo europeo, que ha adoptado las costumbres y el trage árabe,

y que pasa por un comerciante armenio, se ha espuesto de muchos años à esta parte al peligro de habitar semejante ciudad, para ser útil al comercio del litoral de la Siria y à los viajeros à quienes su destino impele à estas regiones inhospitalarias: este es M. Baudin, agente consular de Francia y de toda Europa. Antiguo agente de lady Stanhope, à quien acompañó en sus primeros viages à Balbek y à Palmira, empleado luego por el gobierno francés para la adquisicion de caballos en el desierto, M. Baudin habla el árabe como un árabe, ha entablado relaciones de amistad y de comercio con todas las tribus errantes de los desiertos que rodean à Damasco, y se ha casado con una muger árabe, de origen europeo. Diez años hace que vive en Damasco, y à pesar de las numerosas relaciones que ha formado, muchas veces ha visto amenazada su vida por el fanático furor de los habitantes del pueblo. Dos veces ha tenido que huir para evitar una muerte segura. Se ha construido una casa en Saklé, pueblecito cristiano situado en las faldas del Líbano, y allí es donde se refugia en los tiempos de alboroto popular. M. Baudin, cuya vida está continuamente en peligro en Damasco, y que es, en esta gran capital, el único medio de comunicacion, el único eslabon de la política y del comercio de Europa, recibe del gobierno francés por única retribucion de sus inmensos servicios un módico sueldo de 1500

francos (sobre 6.000 reales de bellon), al paso que algunos cónsules, rodeados de todas las seguridades y de todo el lujo de la vida en las otras escalas de Levante, reciben honrosas y pingües retribuciones. No puedo comprender por efecto de qué indiferencia y qué injusticia los gobiernos europeos y el gobierno francés sobre todo, desatienden y desheredan así á un jóven, inteligente, probo, servicial, animoso y activo que hace y podria hacer, mas y mas utilísimos servicios á su patria.

Yo habia conocido á M. Baudin en Siria, el año anterior, y habia concertado con él mi viage á Damasco. Hoy por la mañana le despacho un árabe para informarle de la hora á que llegaré á las cercanías de la ciudad y suplicarle que me envíe un guia para dirigirme.

A las nueve de la mañana, costeamos una montaña cubierta de caseríos y huertos de los vecinos de Damasco: un hermoso puente cruza un torrente al pié de la montaña. Vemos numerosas hileras de camellos que acarrean piedras para construcciones nuevas; todo indica la procsimidad de una gran capital; una hora despues vemos, en la cima de un collado, una pequeña mezquita aislada, residencia de un solitario musulman; hay una fuente junto á la mezquita, y varias tazas de cobre, atadas con cadenillas al pilon, brindan al viagero á apagar la sed; hacemos alto un momento en aquel sitio, á la sombra de un sicomoro; ya el camino es-

tá cubierto de viageros, de laboradores y de soldados árabes; volvemos á montar á caballo, y despues de haber subido algunos centenares de pasos, entramos en un profundo desfiladero, limitado á la izquierda por una montaña de esquita, perpendicular sobre nuestras cabezas, y á la derecha, por un peñasco de treinta á cuarenta piés de elevacion; la bajada es rápida, y las piedras rodadizas resbalan bajo los piés de nuestros caballos. Yo iba á la cabeza de la caravana, á algunos pasos detras de los árabes de Zebdani; de pronto se paran y prorumpen en gritos de alegría enseñándome una abertura en el realce del camino; me acerco, y veo por el escote de la roca, el mas magnífico y singular horizonte que jamas ha asombrado una mirada humana;—era Damasco y su desierto sin límites, á algunos centenares de piés bajo mis pisadas; la mirada caia primeramente sobre la ciudad, que rodeada de sus murallas de mármol amarillo y negro, flanqueada por sus innumerables torres cuadradas de trecho en trecho, coronada de sus almenas esculpidas, dominada por su selva de minaretes de todas formas, surcada por los siete ramales de su rio y sus arroyos sin número, se estendia hasta perderse de vista en un laberinto de jardines en flor, tendia sus inmensos brazos, aquí y allí, en la llanura, por todas partes cubierta de sombra, por todas partes ceñida por el bosque de diez leguas de circuito de sus albericoques, de sus si-

comoros, de sus árboles de todas formas y de toda verdura; parecía perderse de cuando en cuando bajo la bóveda de sus árboles, y luego volvía á aparecer mas lejos en anchos lagos de casas, de arrabales, de aldeas;—laberintos de huertos, de vergeles, de palacios, de arroyos, donde el ojo se perdía y no dejaba un encanto mas que para hallar otro: suspendimos nuestra marcha; todos apiñados en el estrecho boquete del peñasco abierto como una ventana, contemplábamos, ya con exclamaciones, ya en silencio, el magnífico espectáculo que se desplegaba así súbitamente y todo entero á nuestros ojos, en el término de un camino por en medio de tantos riscos y áridas soledades, al principio de otro desierto que no tiene por límites mas que á Bagdad y á Basora, y que no se puede atravesar en ménos de cuarenta días; en fin proseguimos nuestra marcha; el parapeto de peñascos que ocultaba la llanura y la ciudad se iba rebajando insensiblemente y pronto nos dejó disfrutar plenamente de todo el horizonte; ya no estábamos mas que á quinientos pasos de los muros de los arrabales; estos muros, rodeados de lindos kioskos y de caseríos de las formas y arquitectura mas orientales, brillan como un ceñidor de oro al rededor de Damasco; las torres cuadradas que los flanquean y sobresalen encima de su línea, están incrustadas de arabescos, taladrados en ogivas ó arcos diagonales de columnillas sutiles como manojos de juncos y ceñidas de

almenas en formas de turbantes; las murallas están cubiertas de piedras ó de mármoles amarillos y negros, alternados con elegante simetría; las cimas de los cipreses y de los otros grandes árboles que se elevan de los jardines y del interior de la ciudad se abalanzan por cima de las murallas y de las torres, y las coronan con una sombría verdura; las innumerables cúpulas de las mezquitas y de los palacios de una ciudad de cuatrocientas mil almas, repercutaban los rayos del sol poniente, y las azules resplandecientes aguas de los siete rios brillaban y desaparecían sucesivamente por entre las calles y los jardines; el horizonte detras de la ciudad no tenía límites, como el mar, confundiéndose con los purpúreos bordes de aquel cielo de fuego que inflamaba mas y mas la reverberacion de las arenas del gran desierto:—á la derecha, las altas y anchas grupas del Anti-Líbano huían como inmensas olas de sombras, unas detras de otras, ya avanzando como promontorios en la llanura, ya abriéndose como profundos golfos en que se internaba la llanura con sus bosques y sus pueblos, algunos de los cuales tienen hasta treinta mil habitantes; algunos ramales de los rios y dos grandes lagos resplandecían allí, en la oscuridad de la tinta general de verdura en que Damasco parece como sumergida; á nuestra izquierda la llanura era mas anchurosa, y solo á una distancia de doce à quince leguas se hallaban cimas de montañas, encanecidas con la

nieve, que brillaban en el azul del cielo, como nubes sobre el Océano; la ciudad está enteramente rodeada de una selva de vergeles de árboles frutales, en que las vides se entretajan como en Nápoles, y circulan formando guirnaldas entre las higueras, los albericoques, los perales y los cerezos; debajo de estos árboles, la tierra, rica, fértil y siempre regada, está alfombrada de cebada, de trigo, de maiz, y de todas las plantas leguminosas que produce aquel suelo; numerosas casitas blancas brillan de trecho en trecho entre la verdura de aquellos bosques, y sirven de vivienda al hortelano ó de quinta de recreo á la familia del propietario; aquellos huertos están poblados de caballos, de carneros, de camellos, de tórtolas, de todo lo que anima las escenas de la naturaleza; ocupan en general una ó dos fanegas de tierra y están separados unos de otros por tapias de barro ó por hermosos setos vivos; una multitud de caminos, cubiertos de sombra y ceñidos por arroyuelos, circulan entre aquellos huertos, pasan de un arrabal á otro ó conducen á algunas puertas de la ciudad, formando un radio de veinte á treinta leguas de circunferencia al rededor de Damasco.

Hacia algunos momentos que caminábamos en silencio, por aquellos primeros laberintos de vergeles, inquietos por no ver venir al guia que nos estaba anunciado; hicimos alto y al fin llegó; era un pobre armenio mal vestido, y tocado con un turban-

te negro como lo llevaban por obligacion los cristianos de Damasco; acercóse, sin afectacion, á la caravana, dirigió una palabra, hizo una seña, y en vez de entrar en el pueblo por el arrabal y por la puerta que teniamos delante, le seguimos en la direccion de las murallas, á las que casi dimos vuelta por entre aquel dédalo de huertos y de kioskos, y entramos por una puerta casi desierta, inmediata al barrio de los Armenios. La casa de M. Baudin, donde este habia tenido la bondad de disponernos posada, está en este barrio. Nada nos dijeron en la primera puerta de la ciudad; despues de haberla pasado, seguimos largo rato á la vera de unas altas tapias con ventanas enrejadas; el otro lado de la calle estaba ocupado por un profundo canal de agua corriente que hacia girar las ruedas de varios molinos. Al cabo de aquella calle, nos hallamos detenidos y ví una disputa entre mis árabes y los soldados que guardaban una segunda puerta interior, porque todos los barrios tienen una puerta distinta. Yo deseaba no ser conocido y que nuestra caravana pasase por una caravana de tratantes de Siria; pero como la disputa se prolongaba, cada vez mas bulliciosa, y empezaba á agolparse la gente alrededor nuestro, metí espuelas á mi caballo y me puse á la cabeza de la caravana. Provenia el tumulto de que habiendo reparado el piquete de tropas egipcias en dos escopetas de caza que mis criados árabes habian

tapado mal con las mantas de los caballos, no querian dejarnos entrar: una órden de Scherif-Bey, actual gobernador de Damasco, prohibia la introduccion de armas en la ciudad, donde todas las noches se temia una insurreccion y la matanza consiguiente de las tropas egipcias. Por fortuna llevaba yo en el pecho una carta reciente de Ibrahim-Bajá, que saqué y entregué al oficial que mandaba el piquete; leyóla, la puso sobre su frente y en sus labios, y nos hizo entrar, con muchas disculpas y cumplidos. Anduvimos errantes un buen rato por un laberinto de callejuelas sucias y angostas, formadas por dos hileras de casucas bajas, cuyas tapias de barro parecian próximas á desmoronarse sobre nuestras cabezas; veíamos en las ventanas, por entre las tejas, hechiceras caras de jóvenes armenias, que acudiendo al ruido de nuestra larga hilera de camellos, nos miraban pasar, y nos dirigian espresiones de saludo y amistad. Parámonos en fin junto á una puertecilla baja y angosta en una calle por donde apenas se podía pasar; apeámonos, y despues de haber atravesado un corredar bajo y oseuro, nos hallamos, como por encanto, en un patio empedrado de mármol, sombreado por sicomoros, refrescado por dos fuentes morunas y rodeado de pórticos de mármol y de salones ricamente decorados:—estábamos en casa de M. Baudin. Esta casa es, como las de todos los cristianos de Damasco, una choza por fuera y un

palacio delicioso por dentro: la tiranía de la poblacion fanática obliga á estos infelices á ocultar su riqueza y su bienestar bajo las apariencias de la miseria y de la ruina. Descargaron nuestros bagages á la puerta; llenóse el patio con nuestros paquetes, nuestras tiendas, nuestras sillas, y los criados llevaron al kan del bazar.

Diónos á cada uno M. Baudin una linda habitacion amueblada al uso de los orientales, y descansamos en sus divanes y á su mesa hospitalaria de las fatigas de tan largo viage. Un hombre conocido y querido, hallado en medio de una multitud desconocida y de gentes extranjeras, es toda una patria como lo experimentamos al hallarnos en casa de M. Baudin: las dulces horas que pasamos hablando de Europa y de Asia, por la noche, á la luz de su lámpara y al rumor del surtidor de su patio, han quedado impresas en mi memoria y en mi corazon, como uno de los mas deliciosos descansos de mis viages.

M. Baudin es uno de aquellos hombres raros que la naturaleza ha hecho aptos para todo; inteligencia clara y rápida, corazon recto y firme, infatigable actividad:—la Europa ó el Asia, Paris ó Damasco, la tierra ó el mar, á todo se acomoda, y en todas partes halla la dicha y la serenidad, porque su alma está resignada, como la del árabe, á la gran ley que forma el fondo del cristianismo y del islamismo, sumision á la voluntad de Dios y tam-

bien porque lleva en sí aquella ingeniosa actividad de espíritu que es la segunda alma del europeo. Su lengua, su figura, sus modales, han tomado todos los pliegues que la fortuna ha querido darles. Quien le hubiera visto con nosotros hablando de la Francia y de nuestra política inconstante, le hubiera tomado por un hombre llegado ayer de Paris y que debia volverse mañana; quien le hubiera visto por la tarde tendido en su divan, entre un traficante de Bacora y un peregrino turco de Bagdad, fumando la pipa ó el narguilé, revolviendo indolentemente entre sus dedos las cuentas de ámbar del rosario oriental, con el turbante en la cabeza y las babuchas en los piés, pronunciando una palabra cada cuarto de hora sobre el precio del café ó de las pieles, le hubiera tomado por un mercader de esclavos ó por un peregrino de vuelta de la Meca. No hay hombre completo sino el que ha viajado mucho y ha mudado veinte veces la forma de sus pensamientos y de su vida. Los hábitos estrechos y uniformes que adquiere el hombre en su vida regular y en la monotonía de su patria son unos moldes que lo achican todo;—pensamiento, filosofia, religion, carácter, todo es mas grande, todo es mas razonable, todo es mas verdadero en el que ha visto la naturaleza y la sociedad desde muchos puntos de vista. Hay una óptica para el universo material è intelectual. Viajar para buscar la filosofia era una gran sentencia

de los antiguos; pero ellos no viajaban solamente para buscar dogmas desconocidos y lecciones de los filósofos, sino para verlo y juzgarlo todo. Yo por mí siempre me he admirado del modo estrecho y mezquino como consideramos de las cosas, las instituciones y los pueblos; y si se ha ensanchado mi inteligencia, si se han estendido mis miras, si he aprendido á tolerarlo todo comprendiéndolo todo, lo debo únicamente á que muchas veces he mudado de de escena y de punto de vista. Estudiar los siglos en la historia, á los hombres en los viages y á Dios en la naturaleza, es la gran escuela; nosotros lo estudiamos todo en nuestros miserables libros y lo comparamos todo á nuestros ruines hábitos locales; y ¿quién ha hecho nuestros hábitos y nuestros libros? Hombres tan pequeños como nosotros. Abramos el libro de los libros; vivamos, viajemos; el mundo es un libro del cual cada paso que damos nos vuelve una página; el que no ha leído mas que una ¿qué sabe?

DAMASCO.

2 de Abril 1832.

Vestido con el traje árabe mas rigoroso, he recorrido esta mañana los principales barrios de Damasco, acompañado solamente de M. Baudin, por miedo de que una reunion algo numerosa de caras desconocidas llamase la atencion sobre nosotros. Hemos circulado primero bastante tiempo por las oscuras, sucias y tortuosas calles del arrabal Armenio, que parece por cierto una de las mas miserables aldeas de nuestras provincias. Las casas son de barro, y tienen sobre la calle algunas raras y estrechas ventanas enrejadas, cuyas persianas están pintadas de colorado: son muy bajas, y las puertas parecen puertas de establos; un monton de inmundicias y una charca de agua y de fango se hallan casi à la puerta de todas las casas: sin embargo hemos entrado en algunas de los principales comerciantes armenios, y me han asombrado la riqueza y la elegancia de estas habitaciones por dentro. Después de haber pasado la puerta y atrevesado un os-

curo corredor, se halla uno en un patio adornado con soberbias fuentes de mármol con surtidores, y á que dan sombra uno ó dos sicomoros ó sauces de Persia. Este patio está embaldosado con anchas losas de piedra pulimentada ó de mármol; las paredes están entapizadas de emparrados. Estas paredes están cubiertas de mármol blanco y negro; cinco ó seis puertas, cuyos largueros son tambien de mármol y están muy bien labrados, conducen á otras tantas salas ó salones donde se reúnen los hombres y las mugeres de la familia. Estos salones, muy espaciosos, están embovedados: tienen muchas ventanitas muy altas para que siempre circule libremente el aire exterior. Casi todos constan de dos planos; el primero, inferior, donde están los criados y los esclavos; el segundo, á que se sube por unos cuantos escalones y separado del primero por una baranda de mármol ó de palo de cedro maravillosamente labrado. En general, una ó dos fuentes con altos surtidores murmuran en el centro ó en los ángulos del salon. Los bordes están guarnecidos con jarrones de flores; multitud de gondrias ó de palomas domesticadas van libremente á beber en ellas y á posarse en las orillas de los salones. Las paredes de la estancia son de mármol hasta cierta altura; mas arriba están cubiertas de estuco y pintadas de arabescos de mil colores, y muchas veces con molduras de oro sumamente recargadas. El mueblage consiste en magníficas al-

Tomo II. 9

fombras de Persia ó de Bagdad que por todas partes cubren el pavimento de marmol ó de cedro, y en una gran cantidad de cogines y de colchones de seda esparcidos en medio de la estancia, y que sirven de sillas ó de reclinatorios à las personas de la familia. Un divan, cubierto de telas preciosas y de alfombras infinitamente mas finas, guarnece el fondo y los contornos de la sala: generalmente las mugeres y los muchachos están sentados ó tendidos en él, ocupados en diferentes trabajos caseros. Las cunas de los niños de pecho están en el suelo entre aquellas alfombras y aquellos cogines; el dueño de la casa tiene siempre uno de aquellos salones para sí solo y allí es donde recibe à los forasteros; generalmente se le halla sentado en su divan, con su tintero en el suelo à su lado, una hoja de papel apoyada en su rodilla ó en su mano izquierda, y escribiendo ó calculando todo el dia, porque el comercio es la sola ocupacion y el único ingenio de los habitantes de Damasco. Adonde quiera que hemos ido à pagar las visitas que nos habian hecho la víspera, el propietario nos ha recibido con agrado y cordialidad; nos ha hecho traer las pipas, el café, los sorbetes, y nos ha llevado al salon donde están las mugeres. Por ventajosa que era la idea que yo llevaba de la hermosura de las Sirias, à pesar de lo grande que es la que me ha dejado la hermosura de las mugeres de Roma y de Atenas, la vista de las mugeres armenias de Damasco las

ha escedido à todas. Casi en todas las casas hemos hallado caras que jamas ha representado el pincel europeo, ojos en que la serena luz del alma toma un color azul sombrío y espide rayos de húmedos terciopelos que nunca habia yo visto brillar en ojos mugeriles; facciones de una delicadeza y de una pureza tan esquisitas que la mas ligera y suave mano no podria imitarlas, y un cútis tan trasparente y tan colorado al mismo tiempo por vivaces tintas, que ni aun los mas delicados matices de la hoja de rosa pueden representar su pálida frescura; la dentadura, la sonrisa, la natural morbidez de las formas y de los movimientos; el metal claro, sonoro, argentino de la voz, todo está en armonía en aquellas admirables apariciones; hablan con gracia y con un modesto recato, pero sin cortedad y como acostumbradas à la admiracion que inspiran; parece ser que conservan mucho tiempo su belleza en este clima conservador, y en una vida casera y serena, en la que no desgastan el alma ni el cuerpo las pasiones facticias de la sociedad. En casi todas las casas en que he sido admitido, he hallado à la madre tan hermosa como à sus hijas, aunque pareciese que estas tenian de quince à diez y seis años; à los doce ó trece se casan.

Los trages de estas mugeres son los mas elegantes y nobles que hemos admirado todavía en Oriente:—la cabeza desnuda y cargada de cabellos cuyas trenzas, mezcladas con flores, dan muchas

vueltas sobre la frente y caen en largas madejas á ambos lados del cuello y sobre los hombros desnudos;—festones de piezas de oro y sartas de perlas interpoladas con el cabello; una gorrita de oro cincelado en lo mas alto de la cabeza;—el pecho casi desnudo; una chaquetita con mangas anchas y abiertas, de una tela de seda recamada de plata ó de oro; un ancho pantalon blanco con pliegues que baja hasta el empeine; los piés desnudos, calzados con unas pantuflas de tafete amarillo; un largo vestido de seda de color brillante que baja de los hombros, abierto sobre el pecho y la delantera del pantalon, y prendido solamente al rededor de las caderas con un cinturon cuyas puntas llegan hasta el suelo. No acertaba yo á separar mis ojos de aquellas hechiceras mugeres; en todas partes se han prolongado nuestras visitas y nuestras conversaciones, y siempre las he hallado tan amables como hermosas; los usos de Europa, los trages y costumbres de las mugeres de Occidente han sido en general el tema de nuestras pláticas; parece que nada envidian de la vida de nuestras mugeres, y cuando habla uno con estas encantadoras criaturas, cuando se halla en sus conversaciones y en sus modales aquella gracia, aquella perfecta naturalidad, aquella benevolencia, aquella serenidad, aquella paz del ánimo y del corazon que tan bien se conservan en la vida de familia, no sabe uno qué podrian envidiar á nuestras mugeres munda-

nas que lo saben todo, escepto lo que hace feliz en el interior de una familia, y que dilapidan en pocos años, en el bullicioso movimiento de nuestras sociedades, su alma, su hermosura y su vida. Estas mugeres suelen visitarse entre sí, y ni aun están separadas de la sociedad de los hombres; pero esta sociedad se limita á algunos parientes jóvenes ó amigos de la casa, entre los cuales, consultando su inclinacion y las relaciones de la familia, se les escoge desde la niñez un esposo, que ya desde entonces va de cuando en cuando, como un hijo, á mezclarse á los placeres de la casa.

Aquí he encontrado un gefe de los armenios de Damasco, hombre muy apreciable é instruido; Ibrahim le ha puesto al frente de la nacion en el consejo municipal que gobierna actualmente la ciudad. Este hombre, aunque nunca ha salido de Damasco, tiene las mas claras y juiciosas nociones sobre el estado político de Europa, sobre la Francia en particular, sobre el movimiento general de la mente humana en nuestra época, sobre la trasformacion de los gobiernos modernos, y sobre el porvenir probable de la civilizacion. No he encontrado en Europa un hombre cuyas miras en este punto fuesen mas esactas é inteligentes, cosa tanto mas sorprendente, cuanto no sabe mas que el latin y el griego, y nunca ha podido leer aquellas obras ó aquellos periódicos del Occidente en que estas cues-

tiones se hallan puestas al alcance aun de los que las repiten sin comprenderlas. Tampoco ha tenido nunca ocasion de hablar con hombres eminentes de nuestros climas, pues Damasco es un pais sin relaciones con Europa; todo lo ha comprendido, por medio de las cartas geográficas y de algunos grandes hechos históricos y políticos que han tenido un eco hasta en aquella ciudad, y que su natural y meditativo ingenio ha interpretado con maravillosa sagacidad. Este hombre me ha encantado; he pasado una parte de la mañana hablando con él; vendrá esta noche y todos los dias; él entreve, como yo, lo que la Providencia parece preparar para el Oriente y para el Occidente, por el inevitable roce de estas dos partes del mundo dándose mutuamente espacio, movimiento, vida y luz. Tiene una hija de catorce años, que es la mas preciosa criatura que hemos visto hasta ahora; la madre, jóven todavía, es tambien hermosísima. Me ha presentado su hijo, muchacho de doce años, cuya educacion le ocupa mucho.

—Deberia vd., le he dicho, enviarle à Europa y hacerle dar una educacion como la que siente vd. no haber recibido; yo cuidaria de él.

—¡Ah! me respondió, ya lo he pensado; siempre estoy pensando en eso, pero si el estado del Oriente no cambia todavía, ¿qué servicio habré hecho à mi hijo elevándole demasiado, por sus conocimientos,

sobre el nivel de su época y del pais en que ha de vivir? ¿Qué hará en Damasco cuando vuelva con las luces, las costumbres y el amor à la libertad, propios de Europa? ¿Si es preciso ser esclavo, mas vale no haber sido nunca mas que esclavo!

Despues de estas diferentes visitas, salimos del arrabal armenio, separado de otro barrio por una puerta que se cierra todas las noches. Hallé una calle mas ancha y mas hermosa, formada por los palacios de los principales agás de Damasco, que forman la nobleza del pais; las fachadas de estos palacios sobre la calle parecen largas tapias de cárceles ó de hospicios, tapias de barro pardo, con pocas ó ninguna ventana; de cuando en cuando, una puerta abierta sobre un patio; gran número de esclaveros, de criados y de esclavos negros están tendidos à la sombra de la puerta. He visitado à dos de aquellos agás, amigos de M. Baudin; el interior de su palacio es admirable;—un patio espacioso, adornado con soberbios surtidores, y plantado de árboles que le dan sombra:—salones mas hermosos y mas espléndidamente decorados todavía que los de los armenios. La decoracion de muchos de aquellos salones ha costado cien mil piastras; la Europa no tiene nada mas magnífico; todo es de estilo árabe; algunos de aquellos palacios tienen ocho ó diez salones de este género. Los agás de Damasco son en general descendientes ó hijos de bajás que

han empleado en la decoracion de sus casas los tesoros adquiridos por sus padres;—es el nepotismo de Roma bajo otra forma. Son numerosos, y ocupan los principales empleos de la ciudad bajo el mando de los bajás enviados por el gran-Señor: tienen vastas posesiones eterritoriales en las aldeas que rodean á Damasco. Su lujo consiste en palacios, en jardines, en caballos y en mugeres; á una seña del bajá ruedan sus cabezas, y aquellos caudales, aquellos palacios, aquellos jardines, aquellas mugeres, aquellos caballos pasan á algun nuevo favorito de la suerte. Semejante legislacion naturalmente convida á gozar y á resignarse: molicie y fatalismo son los dos resultados necesarios del despotismo oriental.

Los dos agás en cuyos palacios he entrado, me han recibido con la mas refinada cortesía; el fanatismo brutal del populacho de Damasco no sube tan arriba: Saben que soy un viagero europeo; me creen un embajador secreto, encargado de recoger informes para los reyes de Europa sobre la contienda de los turcos é Ibrahim. He manifestado á uno de ellos el deseo de ver sus mas hermosos caballos y de comprarle algunos, si queria vendérmelos; al instante me hizo llevar por su hijo y su escudero á una espaciosa cuadra, donde tiene treinta ó cuarenta de los mas admirables brutos del desierto de Palmira. Jamas cosa tan bella se

ha ofrecido á mis ojos; en general todos eran caballos de mucha talla, de pelo gris-oscuro ó gris-claro; de crines como de seda negra, con ojos saltones, de color castaño oscuro, de una fuerza y de una elasticidad admirables; tienen el lomo ancho y chato, cuellos de cisne. Apenas aquellos caballos me vieron entrar y oyeron hablar una lengua estrangera, volvieron la cabeza hácia mi lado, se estremecieron, relincharon y manifestaron su asombro y su espanto con sus oblicuas y azoradas miradas y con un rápido movimiento de la nariz, que daban á sus hermosas cabezas la fisonomía mas inteligente y extraordinaria. Ya habia tenido yo ocasion de observar cuanto mas rápido es y cuanto mas llega á desarrollarse el instinto de los brutos en Siria que en Europa. Una asamblea de creyentes, sorprendidos en la mezquita por un cristiano, no hubiera espresado mejor, en sus actitudes y semblantes, la indignación y el espanto, de lo que lo hicieron aquellos caballos, viendo una cara estraña y oyendo hablar una lengua desconocida. Acaricié á algunos, los estudié á todos y los hice salir al patio; no sabia en cuál fijar mi eleccion, tan perfectos eran todos; en fin, me decidí por un potrillo blanco, de tres años, que me pareció la perla de todos los caballos del desierto. Discutieron el precio M. Baudin y el agá, y al cabo se fijó en seis mil piastras, que hice pagar al agá. El caballo

habia llegado de Palmira, hacia poco tiempo, y el árabe que se lo habia vendido al agá habia recibido cinco mil piastras y una magnífica capa de seda y oro. Como todos los caballos árabes, aquel llevaba al cuello su genealogía, suspendida en un saquito de cerda, y varios amuletos para preservarle de ser aojado.

Hemos recorrido los mercados de Damasco. El gran bazar tiene sobre media legua de largo. Los bazares ó mercados son unas largas calles, cubiertas con entablados muy altos, y ceñidas por tiendas, puestos, almacenes y cafés; estas tiendas son angostas y poco profundas; el tratante está sentado sobre sus talones delante de su tienda, con la pipa en la boca ó el narguilé á su lado. Los almacenes están llenos de toda especie de mercancías, y particularmente de tejidos de las Indias, que afluyen á Damasco por las caravanas de Bagdad. Los barberos instan á los transeuntes á hacerse cortar el pelo; sus tiendecillas están llenas de gentes. Una multitud, tan numerosa como las de las galerías del *Palais-Royal* (*), circula todo el dia en el bazar; pero el aspecto de esta multitud es infinitamente mas pintoresco. Compónese de agás, vestidos con largos ropones de seda carmesí, forrados

(*) El Palacio Real, grandioso edificio situado en el centro de Paris, y que tiene un hermoso jardin público, rodeado de arcos ó sopor tales llenos de variadas y riquísimas tiendas.—(N. del T.)

de marta, con sables y puñales enriquecidos con diamantes, pendientes de sus fajas: los siguen cinco ó seis cortesanos, criados ó esclavos, que van silenciosamente detras de ellos, y llevan sus pipas y su narguilé; van á sentarse, una parte del dia, en los divanes exteriores de los cafés construidos á la orilla de los arroyos que cruzan la ciudad; hermosos plátanos dan sombra al divan; allí fuman y hablan con sus amigos, y este es el único medio de comunicacion, escepto la mezquita, para los habitantes de Damasco. Allí se preparan, casi en silencio, las frecuentes revoluciones que ensangrientan esta capital; la fermentacion muda está encubierta mucho tiempo y luego estalla en el momento en que menos se espera. El pueblo vuela á las armas bajo la bandera de un partido cualquiera, mandado por uno de los agás, y el gobierno pasa, por algun tiempo, á manos del vencedor. Los vencidos son sacrificados ó huyen á los desiertos de Balbek y de Palmira, donde las tribus independientes les dan asilo. Los oficiales y los soldados del bajá de Egipto, vestidos casi á la europea, arrastran sus sables sobre las aceras del bazar; hallamos á varios que nos paran y hablan en italiano. En Damasco siempre están muy alerta; el pueblo los ve con horror y todas las noches puede estallar el motin. Scherif-Bey, uno de los hombres mas capaces del ejército de Mehemet-Alí, los manda, y gobierna momentáneamente la ciudad: ha formado

un campamento de cerca de diez mil hombres fuera de los muros, á la orilla del rio, y tiene una guarnicion en el castillo; él habita en el serrallo. La nueva del menor reves sufrido en Siria por Ibrahim, seria la señal de un levantamiento general, y de una encarnizada refriega en Damasco. Los treinta mil cristianos armenios que habitan la ciudad están aterrados, y serian sacrificados si vencieran los turcos, porque estos están furiosos de la igualdad que ha establecido Ibrahim-Bajá entre ellos y los cristianos. Algunos de estos abusan de este momento de tolerancia é insultan á sus enemigos con una violacion de sus hábitos, que eesaspera su fanatismo. M. Baudin está siempre pronto, al primer aviso, á refugiarse en Zarklé.

Los árabes del gran desierto y los de Palmira acuden en gran número á esta ciudad y circulan por el bazar; su única vestimenta consiste en una gran manta de lana blanca, en la que se embozan á la manera de las estatuas antiguas. Tienen la tez curtida, la barba negra, la mirada feroz; forman corros delante de las tiendas de los mercaderes de tabaco y delante de los silleros y de los armeros. Sus caballos, siempre ensillados y con bridas, están trabados en las calles y en las plazas. Desprecian a los Egipcios y á los Turcos; pero en caso de una sublevacion, marcharian contra las tropas de Ibrahim. Este no ha podido rechazar-

los mas que hasta una jornada de Damasco, y eso dirigiéndose en persona contra ellos con artillería, cuando pasó por esta ciudad. Actualmente son sus enemigos. Mas adelante hablaré con mas estension de esas poblaciones desconocidas, del gran desierto y del Eufrátes.

Cada género de comercio y de industria tiene su distrito aparte en los bazares. A un lado están los armeros, cuyas tiendas distan mucho de ofrecer las magníficas y afamadas armadas que Damasco entregaba antiguamente al comercio del Levante. Aquellas fábricas de sables admirables, si alguna vez han ecsistido en Damasco, han caido completamente en olvido; ya no se fabrican en esta ciudad mas que sables de un temple comun, y no se ven en las armerías mas que armas viejas de ningun valor: vanamente he buscado un sable y un puñal del antiguo temple. Estos sables vienen ahora de Korassan, provincia de Persia, y aun allí ya no se fabrican; ecsiste cierto número de ellos que pasan de mano en mano como reliquias preciosas, y que son de inestimable precio. La hoja del que me han regalado le costó al bajá cinco mil piastras. Los turcos y los árabes, que estiman estas hojas mas que los diamantes, lo sacrificarian todo en el mundo por una arma semejante; sus miradas centellean de entusiasmo y veneracion cuando ven la mía, y la llevan á su frente como si adorasen un instrumento de muerte tan perfecto.

Los joyeros no tienen ningun arte ni ningun gusto en el engarse de sus piedras preciosas ó de sus perlas; pero poseen, en este género, inmensas colecciones. Toda la riqueza de los Orientales es mueble, á fin de poderla enterrar ó trasportar. Hay muchos plateros. Ponen muy pocos objetos á muestra, todo lo tienen encerrado en cajitas que abren cuando se les pide una joya.

Los silleros son los mas numerosos é ingeniosos obreros de estos bazares; nada en Europa iguala el gusto, la gracia y la riqueza de los arneses de lujo que trabajan para los caballos de los jeques árabes ó de los agás del pais. Las sillas están cubiertas de terciopelo y de seda recamada de oro y perlas: los pretales de tafíete rojo que caen en franja sobre el pecho, están adornados igualmente con bellotas de plata y oro y borlas de perlas. Las bridas, infinitamente mas elegantes que las nuestras, son tambien todas de tafíete de varios colores, y están decoradas con bellotas de seda y oro. Todos estos objetos se venden comparativamente con en Europa, á ínfimo precio: he comprado dos de estas bridas las mas magníficas, por ciento veinte piastras las dos (sobre doscientos reales).

Los vendedores de comestibles son los que presentaban en sus almacenes mas órden, elegancia, aseo y atractivo para la vista. La delantera de sus tiendas está ocupada por canastos llenos de ver-

duras, de frutas secas y de simientes leguminosas, cuyos nombres ignoro; pero que tienen formas y colores barnizados admirables, y que brillan como guijarrillos recién sacados del agua. Los panecillos y molletes de todas calidades y tamaños, están de muestra delante de la tienda; hay una innumerable variedad para las diferentes horas y las diferentes comidas del dia; todos están calientes como bollos, y tienen un sabor exquisito. En ninguna parte he visto tan gran perfeccion del pan como en Damasco; no cuesta casi nada. Algunas fondas ofrecen tambien de comer á los traficantes y á los transeuntes del bazar. No hay en ellas mesas ni cubiertos, ni mas manjares que unos tasajos de carnero, gordos como nueces y asados al horno, ensartados en unas agujas de lardear, que el comprador pone encima de los molletes dorados de que ya he hablado, y se los come de pié: las numerosas fuentes del bazar le ofrecen la única bebida de los árabes. Un hombre puede mantenerse perfectamente en Damasco por dos piastras ó sobre dos reales diarios: no gasta el pueblo la mitad de esta suma en su sustento. Se puede tener una bonita casa por dos ó trescientas piastras al año: con mil doscientos ó mil seiscientos reales de renta se puede pasar la vida muy holgadamente aquí, y lo mismo sucede en toda la Siria. Recorriendo el bazar, he llegado al distrito de los cajeros y cofreros, que es aquí la grande industria, porque todo el mueblage de una

familia árabe consiste en uno ó dos cofres donde se guardan las ropas y las alhajas. La mayor parte de estos cofres son de cedro y están pintados de colorado con adornos diseñados con clavos de oro: algunos están admirablemente labrados de relieve y cubiertos de arabescos elegantísimos. Tres he comprado y los he despachado por la caravana de Tarabourlous. El olor del palo de cedro embalsama por todas partes el bazar, y esta atmósfera, compuesta de mil perfumes diversos que se escapan de las carpinterías, de las especerías y de las tiendas de los droguistas, de las cajas de ámbar ó de gomas perfumadas, de los cafés, de las pipas siempre humeantes en el bazar, me recuerda la impresión que esperimé la primera vez que pasé por Florencia, donde los maderages de ciprés llenan las calles de un olor muy parecido á este.

Sherif-Bey, gobernador de Siria por Mehemet-Alí ha salido hoy de Damasco. La noticia de la victoria de Konia, alcanzada por Ibrahim sobre el visir, ha llegado esta noche, y Sherif-Bey ha querido aprovechar, para ir á Alepo, la impresión de terror que ha sobrecogido á Damasco: deja el gobierno de la ciudad á un general egipcio, asistido por un consejo municipal, compuesto de los principales comerciantes de todas las diferentes naciones; un campamento de seis mil egipcios y de tres mil árabes se queda á las puertas de la ciudad. La

perspectiva que ofrece este campamento es sumamente pintoresca; á la sombra de los corpulentos árboles frutales, á la orilla del rio, se ven alzadas tiendas de todas formas y de todos colores; los caballos, en general admirables, están atados en largas filas á unas cuerdas tendidas de un extremo á otro del campamento. Los árabes no disciplinados están allí en toda la estraña diversidad de sus razas, de sus armaduras, de sus trages; unos semejantes á asambleas de reyes ó de patriarcas, otros á bandideros del desierto. Las lumbradas de vivac espiden sus azules columnas de humo que el viento impele sobre el rio ó sobre los jardines de Damasco.

He asistido á la partida de Sherif-Bey; todos los principales agás de Damasco y los oficiales de los cuerpos que se quedan de guarnicion se habian reunido en el serrallo. Los espaciosos patios que rodean las ruinosas tapias del alcázar y del serrallo, estaban llenos de esclavos, que tenian asidos del freno los mas hermosos caballos de la ciudad, ricamente ataviados; Sherif-Bey estaba almorzando en las habitaciones interiores. No entré en ellas, y habiéndome quedado con algunos oficiales egipcios é italianos en el patio principal, veíamos desde allí la muchedumbre de fuera, á los agás que iban llegando por grupos, y á los esclavos negros que pasaban, llevando sobre sus cabezas inmensas bande-

jas de estaño, que contenian los diferentes *pilós* del almuerzo.

Allí habia algunos caballos de Sherif-Bey, que son los mas hermosos animales que he visto hasta ahora en Damasco; son turcomanes, de una raza infinitamente mas alta y robusta que los caballos árabes; parecen grandes caballos normandos, con los miembros mas delicados y musculosos, la cabeza mas ligera, y el ojo ancho, ardiente, fiero y dulce al mismo tiempo del caballo de Oriente. Todos son bayos oscuros y de larga crin, verdaderos caballos homéricos. A las doce se ha puesto en camino acompañado de una inmensa cabalgata hasta cosa de dos leguas de la ciudad.

En medio del bazar de Damasco, hallo el mas hermoso kan del Oriente, el kan de Hassad-Bajá: fórmale una inmensa cúpula cuya atrevida bóveda recuerda la de San Pedro de Roma, y sostenida, como esta, sobre pilares de granito. Detras de estos pilares hay almacenes y escaleras que conducen á los pisos superiores donde están los cuartos de los comerciantes: cada comerciante de alguna importancia alquila uno de estos cuartos y en él guarda sus mercancías preciosas y sus libros. Hay una guardia que vela dia y noche por la seguridad del kan, y al lado hay grandes cuadras para los caballos de los viajeros y de las caravanas; refréscanle hermosas fuentes con agua de pié: es aque-

llo una especie de Bolsa del comercio de Damasco. La puerta del kan de Hassad-Bajá que da sobre el bazar, es uno de los trozos de arquitectura moruna mas ricos de pormenores y de mas grandioso efecto que pueden verse en el mundo: en ella se halla la arquitectura árabe toda entera. Sin embargo este kan no cuenta arriba de cuarenta años de existencia: un pueblo cuyos arquitectos son capaces de dibujar y cuyos jornaleros pueden ejecutar un monumento como el kan de Hassad-Bajá, no ha muerto para las artes. Construyen en general estos kanes ricos bajás que se los dejan á su familia ó á la ciudad que quieren enriquecer: rentan muy buenas sumas.

Un poco mas lejos ví, desde una puerta que da sobre el bazar, el gran patio ó el atrio de la principal mezquita de Damasco, que fué en otro tiempo la iglesia consagrada á San Juan Damasceno. El monumento parece coetáneo del Santo Sepulcro de Jerusalem; masacote, grande, y de aquella arquitectura bizantina que imita el género griego degradándole y parece construida con ruinas. Las grandes puertas de la mezquita estaban cerradas con densas cortinas, y como hay peligro de muerte para el cristiano que osa profanar una mezquita entrando en ella, me quedé sin ver el interior: solo nos detuvimos un momento en el atrio, fingiendo que bebiamos en la fuente.

La misma fecha.

Hoy ha llegado la caravana de Bagdad, compuesta de tres mil camellos, y se ha acampado á las puertas de la ciudad. He comprado algunas cargas de café de Moka, que ya no se puede hallar mas aquí, y algunos chales de la India.

La caravana de la Meca se ha suspendido á causa de la guerra: el bajá de Damasco está encargado de conducirla. Los Wahabitas la han dispersado varias veces; pero ya Mehemet-Alí los ha rechazado hácia Medina. La última caravana, atacada por el cólera en la Meca, rendida de cansancio y sin agua, ha perecido casi toda entera: cuarenta mil peregrinos han quedado en el desierto: el polvo del desierto que conduce á la Meca es polvo de hombres. Se espera que este año podrá partir la caravana bajo los auspicios de Mehemet-Alí; pero ántes, de pocos años, los progresos de los Wahabitas imposibilitarán para siempre esta piadosa peregrinacion. Los Wahabitas son la primera gran reforma armada del mahometismo. Un filósofo de las cercanías de la Meca, llamado Abul-Wahiab, ha acometido la empresa de convertir el islamismo á su pureza de dogma primitiva; de estirpar, primero con la palabra, luego con la fuerza de los

árabes convertidos á su fé, las supersticiones populares con que la credulidad ó la impostura, alteran todas las religiones, y de hacer de la religion del Oriente un deismo práctico y racional. Poco hábia que hacer para esto, porque Mahoma no se dió por un Dios, sino por un hombre lleno del espíritu de Dios, y no predicó mas doctrina que la unidad de Dios y la caridad para con los hombres: el mismo Abul-Wahiab no se ha dado por profeta, sino por un hombre iluminado por la sola razon. La razon esta vez ha fanatizado á los árabes como lo han hecho otras veces la mentira y la supersticion: se se han armado en su nombre, han conquistado la Meca y Medina, han despojado al culto de veneracion tributado al profeta de toda la adorcion que se habia sustituido á él, y cien mil misioneros armados han amenazado cambiar la faz del Oriente. Mehemet-Alí ha opuesto una barrera momentanea á sus invasiones, pero el whahibismo subsiste y se propaga en las tres Arabias, y, á la primera ocasion, estos pueblos purificadores del islamismo, se estenderán hasta Jerusalem, hasta Damasco y hasta Egipto. Así es como las ideas humanas perecen por las mismas armas que las han propagado; nada es impenetrable á la progresiva luz de la razon, esta ravelacion gradual é incesante de la humanidad. Mahoma salió de los mismos desiertos que los Wahabitas para derribar los ídolos y establecer el culto, sin sacrificios, del Dios único é in-

material. Abul-Wahiab llega á su vez, y destruyendo las credulidades populares, convierte el mahometismo á la razon pura. Cada siglo levanta una punta del velo que esconde la gran imágen del Dios de los dioses, y le descubre detras de todos los símbolos que se desvanecen, solo, eterno, evidente en la naturaleza y pronunciando sus oráculos en la conciencia.

Damasco, 3 de Abril.

He pasado el dia recorriendo la ciudad y los bazares.—Recuerdos de San Pablo presentes á los cristianos de Damasco.—Ruinas de la casa de donde se escapó de noche en un cesto colgado.—Damasco fué una de las primeras tierras donde sembró la palabra que cambió la faz del mundo, y en donde aquella palabra fructificó rápidamente. El Oriente es la tierra de los cultos, de los prodigios, y aun de las supertisiones; la grande idea que trabaja en él las imaginaciones en todo tiempo es la idea religiosa. Todo este pueblo, costumbres y leyes, está fundado sobre religiones. Nunca ha sucedido lo mismo en Occidente. ¿Por qué?—Raza menos noble, hijos de bárbaros que se resienten todavía de su origen. Las cosas no están en su ór-

den en Occidente: la primera de las ideas humanas no viene en él sino despues de las otras.—Pais de oro y de hierro, de movimiento y de ruido. ¡El Oriente, pais de meditacion profunda, de intuicion y de adoracion! Pero el Occidente anda á pasos de gigante, y cuando la religion y la razon que la edad media separó en las tinieblas, se hayan confundido en la verdad, en la luz y en el amor, el espíritu religioso, el aliento divino, volverá á ser en Occidente el alma del mundo, y producirá sus prodigios de virtud, de civilizacion y de genio.

¡Así sea!

4 de Abril, Damasco.

Treinta mil cristianos hay en Damasco y cuarenta mil en Bagdad: los cristianos de Damasco son Armenios ó Griegos: algunos sacerdotes católicos sirven á los de su comunión. Los habitantes de Damasco toleran á los frailes católicos; están acostumbrados á su trage y los consideran como orientales. Muchas veces he visto estos dias á dos sacerdotes lazaristas franceses que tienen un pequeño convento escondido en el pobre arrabal de los Armenios: uno de ellos, el P. Poussous, viene por la noche á mi casa. Es un sugeto escelente, devoto, instruido y amable; me ha llevado á su

convento, donde instruye a los niños pobres árabes cristianos. La sola consideracion del bien que puede hacer le retiene en este desierto de hombres, donde siempre tiene que temer por su seguridad, y sin embargo está alegre, sereno y resignado con su suerte. De cuando en cuando recibe, por las caravanas de Siria, noticias y socorros de sus superiores de Francia, y algunos diarios católicos; me ha prestado varios, y nada me parece mas singular que leer esas chismografías piadosas ó políticas del barrio de San Sulpicio de Paris, á las orillas del desierto de Bagdad, detras del Líbano y del Anti-Líbano, cerca de Balbek, en el centro de un inmenso hormiguero de otros hombres ocupados en muy distintas ideas, y donde nunca ha resonado el ruido que metemos y los nombres de nuestros efimeros grandes personajes. ¡Vanidad de vanidades! Todo es vanidad, escepto servir á Dios y á los hombres por Dios! Nunca se penetra uno de esta verdad mas que cuando viaja, y ve cuan poca cosa es un movimiento que ataja un mar! El ruido que intercepta una montaña! La fama que una lengua estrangera no puede pronunciar siquiera! Nuestra inmortalidad no está seguramente en esta falsa y breve inmortalidad de nuestros nombres terrenos!

Hemos comido hoy con un anciano católico de Damasco, que tiene mas de noventa años y goza

de la plenitud de sus facultades físicas y morales: excelente y admirable viejo en cuyo semblante se ve estampada aquella serenidad de la benevolencia y de la virtud que da el sentimiento de una vida pura y piadosa cercana á su término! Nos colma de todo género de favores: anda corriendo por nosotros como un muchacho. El P. Poussous, su compañero, dos comerciantes de Bagdad y un gran señor persa que va á la Meca, contemplaba la agradable reunion de la noche, en los divanes de M. Baudin, enmedio de los vapores del tabaco que anublaban y perfumaban la atmósfera. Con ayuda de M. Baudin y de M. Mazoyer, mi dragoman, conversábamos con bastante facilidad: la cordialidad y la mas perfecta sencillez reinaban en aquella tertulia de hombres de los cuatro ángulos del mundo. Las costumbres de la India, de la Persia, los acontecimientos recientes de Badgad, la rebelion del bajá contra la Puerta, eran los temas de nuestras conversaciones. El habitante de Bagdad habia tenido que huir al desierto de cuarenta dias, en sus dromedarios, con sus tesoros y dos jóvenes Francos, y aguardaba con impaciencia noticias de su hermano cuya muerte recelaba; pero mientras estaba hablando de él con nosotros, le entraron una carta de aquel hermano:—habia logrado salvarse é iba á llegar con la retaguardia de la caravana. Lloraba de alegría el buen hom-

bre; nosotros llorábamos tambien, á causa de él y á causa de los tristes recuerdos que se agolpaban á nuestra mente. Aquellas lágrimas, derramadas juntamente por ojos que nunca debian encontrarse en el hogar comun de un amigo, en medio de una ciudad donde todos no hacíamos mas que pasar, aquellas lágrimas unian nuestros corazones, y queríamos como á amigos á aquellos hombres de quienes ni siquiera se nos han quedado los nombres en la memoria!

4 de abril de 1833.

Terrible tempestad durante la noche: el alto pabellon, con numerosas ventanas sin vidrios, donde dormíamos, temblaba como un buque batido por el huracan. En pocos momentos la lluvia deshizo el barro que cubre el terrado del pabellon, é inundó el piso: por fortuna nuestros colchones estaban puestos sobre unas tablas encima de unas cajas de Damasco, y las mantas nos han guarnecido de la lluvia. Estas borrascas son frecuentes en Damasco, y suelen derribar las casas cuyos cimientos no son de mármol. El clima es frio y húmedo durante los meses de invierno; copiosas nevadas caen de las montañas. Este invierno, la mitad de los bazares se ha hundido con el peso de las nieves, y

los caminos han estado interceptados por espacio de dos meses. Dicen que los calores del verano son insoportables; hasta ahora no lo echamos de ver. Casi todas las noches encendemos braseros, llamados *mangales* en el pais.

Compro un segundo potro árabe a un Beduino, a quien encuentro en la puerta de la ciudad. El animal, mas pequeño que el que compré al agá, es mas fuerte y de un pelo mas raro, flor de albérchigo; es de una raza cuyo nombre significa *rey del jarrete*. Me le cede su dueño por cuatro mil piastras. Le monto para probarle: es menos manso que los otros caballos árabes, pero parece infatigable. Haré que lleve á *Tedmor* (este es el nombre árabe de Palmira, que dí al caballo del agá) uno de mis sais a pié y yo montaré a *Scham* en el camino. *Scham* es el nombre árabe de Damasco.

Un gefe de tribu del camino de Palmira, á quien ha enviado a buscar M. Baudin, ha llegado aquí; se encarga de conducirme á Palmira y de volverme a traer, sano y salvo, á condicion de que irá solo y vestido de Beduino del desierto; dejará a su hijo en rehenes en Damasco hasta mi vuelta. Deliberamos: mucho deseaba yo ver las ruinas de *Tedmor*; sin embargo, como son menos admirables que las de *Balbek*, como necesitamos por la parte mas corta diez dias para ir y volver, y mi muger no puede acompañarme; ademas, como ya ha llegado

el momento de acercarnos á la orilla del mar, donde debe aguardarnos nuestro buque, renuncio con sentimiento á aquella escursion por el desierto, y nos preparamos á partir dentro de dos dias.

6 de Abril 1833.

Salimos de Damasco á las ocho de la mañana; atrevesamos la ciudad y los bazares atestados de gente; oimos algunos murmullos y algunos apóstrofes injuriosos; nos toman por secuaces de Ibrahim. Salimos de la ciudad por otra puerta que por la que hemos entrado: seguimos á la vera de unos jardines deliciosos por un camino contiguo á un torrente, á que dan sombra soberbios árboles: subimos la montaña, desde donde disfrutamos una vista tan hermosa de Damasco; nos paramos para contemplarla de nuevo. Comprendo que las tradiciones árabes haban de Damasco el sitio del paraiso perdido: ningun lugar de la tierra recuerda mejor el Eden. La vasta y fecunda llanura, los siete ramales del rio azul que la riegan, el magestuoso ceñidor de las montañas, los lagos deslumbradores que reflejan el cielo en la tierra, la situacion geográfica entre los dos mares, la perfeccion del clima, todo indica á lo menos que Damasco fué una de las primeras ciudades construidas por los hijos de

los hombres, una de las paradas naturales de la humanidad errante en los primeros tiempos; es una de aquellas ciudades escritas por el dedo de Dios sobre la tierra, una capital predestinada como Constantinopla. Estas son las dos únicas ciudades que no parecen arbitrariamente colocadas en la carta de un imperio, sino invenciblemente indicadas por la configuracion de los sitios. Mientras haya imperios en la tierra, Damasco será una gran ciudad y Stumbal la capital del mundo.

A la salida del desierto, en la embocadura de las llanuras de la Cele-Siria y de los vallés de Galilea, de la Idumea y del litoral de los mares de Siria, se necesitaba un reposo encantado para las caravanas de la India: tal es Damasco. El comercio ha llamado a este pueblo a la industria; Damasco es, como Leon, una inmensa fábrica; la poblacion es de cuatrocientas mil almas, segun unos, de doscientas mil, segun otros; no lo sé de cierto, y en imposible averiguarlo; en Oriente no hay estadísticas exactas, es preciso juzgar a ojo. Por el movimiento de la muchedumbre que inunda los bazares y las calles, por el número de hombres armados que se lanzan de las casas á la primera señal de las revoluciones ó de los motines, por la estension del terreno que ocupan las casas, me inclinaria á creer que la poblacion es de tres á cuatrocientas mil almas; pero si no se limita arbitrariamente la

ciudad, si se cuentan como vecinos á todos los que pueblan los inmensos arrabales y las aldeas que se confunden á la vista con las casas y los jardines de esta grande aglomeracion de hombres, creeria que el territorio de Damasco sustenta un millon. Tendiendo sobre este pueblo una postrera mirada, haciendo, interiormente votos por M. Baudin y por todos los excelentes sugetos que han protegido y hecho grata nuestra residencia, y algunos pasos de nuestros caballos nos hacen perder para siempre las cimas de tus árboles y de sus minaretes.

El árabe que va al lado de mi caballo me enseña en el horizonte un gran lago que brilla al pié de las montañas, y me cuenta una historia de la que entiendo algunas palabras; y que me interpreta mi dragoman.

Habia un pastor que guardaba los camellos de una aldea en la orillas de aquel lago, en un canton desierto de aquella alta sierra. Un dia, mientras estaba abrevando su ganado, advirtió que el agua del lago huia, por una salida subterranea, y la cerró con una gran piedra, pero en esta operacion se le cayó en el lago su cayado.

Poco tiempo despues, se secó un rio en una de las provincias de Persia. El sultan, viendo su pais amenazado del hambre por falta de agua para los riegos, consultó á los sabios de su imperio, y por dictámen de estos, se enviaron emisarios á todos los reinos circunvecinos para descubrir co-

o se habia torcido ó cegado la fuente de su rio: aquellos embajadores llevaban el cayado del pastor que habia acarreado el rio. Hallábase aquel pastor en Damasco cuando llegaron aquellos enviados: acordóse de su cayado que se le habia caido en el lago, se acercó y le reconoció entre sus manos; comprendió que su lago era la fuente del rio y que la riqueza y la vida de un pueblo dependian de su voluntad.

—¿Qué hará el sultan por el que le vuelva su rio? preguntó á los embajadores.

—Le dará, respondieron, su hija y la mitad de su reino.

—Pues volveos, replicó, y antes de que esteis de vuelta, el rio perdido regará la Persia y regocijará el corazon del sultan.

Subió el pastor á la sierra, quitó la gran piedra; y las aguas, tomando su curso por aquel canal subterraneo, fueron á llenar de nuevo el cauce del rio. El sultan envió nuevos embajadores con su hija al dichoso pastor, y le dió la mitad de sus provincias.

Estas maravillosas tradiciones se conservan con entera fé entre los árabes; ninguno de ellos duda, porque la imaginacion no duda nunca.

7 de Abril.

Nos acampamos por la tarde en la falda de una alta montaña, despues de dos horas de marcha por un pais muntuoso, pelado, estéril y frio. Se nos reúne una caravana menos numerosa que la nuestra, que es la del cadi de Damasco, enviado todos los años á Constantinopla; ahora vuelve para embarcarse en Alejandreta. Sus mugeres y sus hijos viajan en un cofre doble puesto sobre el lomo de un macho; en cada mitad del cofre van una muger y varios chiquillos, todos tapados. El cadi camina á un cuarto de hora detras de sus mugeres, acompañado de algunos esclavos á caballo; esta caravana nos deja atras y va á acamparse mas lejos.

Dura jornada de diez horas, con un frio rigoroso y por valles completamente desiertos; caminamos una hora por el cauce de un torrente donde las grandes piedras derrumbadas de las montañas interceptan á cada instante el paso de los caballos.

Monto una hora ó dos mi hermoso caballo *Tedmor* para que descanse *Scham*. A pesar de dos dias de fatigoso camino, este magnífico bruto vuela como una gacela por el pedregoso terreno del desierto; en un momento deja atras á los mejores

corredores de la caravana; es manso é inteligente como el cisne, cuya blancura y airoso cuello posee.

- Pienso llevarle á Europa con *Scham* y *Saide*; apenas me apeo se me escapa y va dando corcovos á buscar al árabe *Mansurs*, que le cuida y le conduce; apoya la cabeza sobre sus hombros como un perro cariñoso:—hay completa fraternidad entre el árabe y el caballo, como entre nosotros y el perro. *Mansurs* y *Daher*, mis dos principales sais árabes que tomé en las cereanías de Berut y que me sirven hace cerca de un año, son sumamente leales y buenos; sobrios, incansables, inteligentes, apegados á su amo y á sus caballos, siempre prontos á pelear por nosotros si se anuncia un peligro. ¡Qué no haria un gefe hábil con semejante raza de hombres! Si yo tuviera la cuarta parte de las riquezas de algunos banqueros de Paris ó de Lóndres, renovaria en diez años la faz de la Siria; todos los elementos de una regeneracion se hallan aquí; solo falta una mano para reunirlos, un buen ojo para darles una base, una voluntad firme para conducir á ella á un pueblo.

Hacemos noche en una especie de venta aislada en una llanura elevada; el frio es insoportable, pero hallamos un poco de leña para encender una lumbrada en el cuarto bajo donde tendemos nuestras alfombras. Se nos han acabado las provisiones de Damasco; hacemos amasar un poco de ha-

rina de cebada destinada para nuestros caballos y comemos unas tortas amargas y negruzcas que nos aderezan con ella.

Salimos con el alba y andamos doce horas; llegamos, andando siempre por un pais estéril y despoblado, á un lugarejo donde hallamos un asilo, gallinas y arros. La lluvia nos ha inundado todo el día, ya no estamos mas que á ocho horas del valle de Beka, pero nos dirigimos á él por su estrechidad oriental mucho mas abajo de Balbek.

La misma fecha.

Llegamos á las tres de la tarde á la vista del desierto de Beka.

Parada é indecision en la caravana. La llanura, desde el punto donde estamos hasta el pié del Líbano que se alza como una tapia al otro lado, parece un inmenso lago de cuyo centro brotan algunas islas negruzcas, copas de árboles sumergidos, y vastas ruinas antiguas sobre una colina á tres leguas de nosotros. ¿Cómo lanzarse sin guías, á la ventura, á aquella llanura inundada? Es preciso, sin embargo, só pena de no poder pasar mañana, porque la lluvia continúa, y los torrentes derraman por todas partes sus aguas en el desierto. Caminamos por espacio de dos horas por los pun-

tos mas elevados de la llanura, que nos acercan á la colina donde nos aparecen las grandes ruinas del templo. Dejamos á nuestra izquierda estas desconocidas reliquias de alguna ciudad, sin nombre hoy, contemporanea de Balbek. Varios pedazos de columnas gigantescas han rodado sobre las vertientes de la colina, y yacen tendidos en el lado á nuestros piés. La luz disminuye, la lluvia aumenta, y no tenemos tiempo para subir al templo.

Pasada aquella colina, andamos con agua hasta las rodillas de los caballos. A cada instante alguno de nuestros machos resbala y rueda con nuestros bagages en zanjas de donde los sacan los camelleros á duras penas. Hacemos que vaya un árabe á veinte pasos delante de la caravana para sondear el terreno; pero, llegado que hemos en medio de la llanura, al sitio donde ha abierto su cauce el arroyo de Balbek, nos falta el piso, y tenemos que atravesar á nado un trecho de treinta á cuarenta pies. Mis árabes, tirándose al agua, y sosteniendo la cabeza de los caballos, consiguen pasar á mi muger y á una doncella inglesa que la acompaña; nosotros pasamos á nado. La oscuridad es casi completa; nos damos prisa á cruzar lo restante del valle mientras tenemos bastante crepúsculo para guiarnos. Pasamos por junto á unos paredones, habitados por una tribu feroz de árabes

de Balbek. Si nos atacasen en este momento, éramos perdidos; todas nuestras armas de fuego están por el pronto inservibles. Los árabes nos miran desde lo alto de sus azoteas, y no bajan al pantano.

En fin, en el momento en que cae enteramente la noche, empieza la llanura á subir en cuesta, y nos hallamos en seco á las faldas del Líbano: nos dirigimos por la luz lejana que brilla á tres leguas de nosotros, en una garganta de montañas y que debe salir de la ciudad de Zarklé. Rendidos de cansancio, traspasados de frío y calados hasta los huesos, llegamos, en fin, á las primeras colinas que sustentan la ciudad. Allí, llamándonos y contándonos, echamos de ver que uno de nuestros amigos, M. de Capmas, nos falta: hacemos alto, llamamos, destacamos algunos tiros:—nadie responde. Destacamos dos ginetes que para vayan en su busca y entramos en Zarklé. Una hora empleamos en costear un río que atraviesa la ciudad y en hallar un puente único que pasa de un arrabal á otro. Nuestros caballos despeados apenas pueden tenerse en el resbaladizo empedrado de aquel puente, empinadísimo y sin pretil. En fin, nos recibe la casa del obispo griego.

Encienden hogueras de retamo en las chozas que rodean el patio; el obispo nos presta algunas estereras y alfombras: nos secamos á la lumbre.

Los dos árabes enviados en busca de nuestro amigo vuelven con él; le colocan casi desmayado junto á la lumbre y pronto vuelve en sí. Hallamos en el fondo de nuestras cajas, inundadas de agua, una botella de rom; el obispo nos da azúcar, y reanimamos con algunos vasos de ponche á nuestro compañero moribundo, mientras que nuestros árabes nos aderezan el piló. El pobre obispo no tiene absolutamente mas que el asilo que ofrecemos, y aun es tal la curiosidad de las mugeres y de los muchachos de Zarklé, que á cada instante atestan el patio y abren las puertas de nuestros cuartos para ver á las dos mugeres francas. Me veo precisado á poner dos árabes armados á la puerta del patio para impedir la entrada.

Al día siguiente, descansamos en Zarklé para secar nuestras ropas y renovar nuestras provisiones de camino, deterioradas por la inundacion de la víspera. Zarklé es una ciudad enteramente cristiana, fundada hace pocos años en un desfiladero, en las últimas raíces del Líbano; debe su rápido y prodigioso incremento á las familias perseguidas de los cristianos armenios y griegos de Damasco y de Homs. Cuenta de ocho á diez mil habitantes, hace un gran comercio de sedería, y aumenta diariamente: protegida por el emir Beschir, soberano del Líbano, no se ve ya molestada por las correrías de las tribus de Balbek y del Anti-Líbano. Los habitantes industriosos, agricolas y activos, culti-

van las partes mas inmediatas al desierto. El aspecto de la ciudad es muy extraordinario; es una confusa reunion de casas negras, hechas con tierra, sin simetría ni regularidad, en dos rápidas pendientes de dos collados separados por un rio. La garganta de donde baja el rio antes de llegar á la ciudad y al llano, es un ancho y profundo desfiladero de peñascos perpendiculares que se separan para dejar pasar el torrente; precipítase este de meseta en meseta y forma tres ó cuatro cascadas que ocupan todo el ancho de aquellas mesetas, especies de escalones sucesivos. La espuma del torrente cubre enteramente los peñascos, y el estruendo de sus cataratas llena las calles de Zarklé de un sordo y continuo murmullo. Algunas casas bastante elegantes brillan entre la verdura de los abedules y de las altas vides, encima de las cataratas del rio. Allí está la casa de refugio de nuestro amigo, M. Baudin; otra es un convento de monges maronitas. El rio, despues de haber atravesado las casas de la ciudad, que están agrupadas y suspendidas del modo mas singular, sobre sus altas márgenes, y pendientes sobre su cauce, va á regar tierras y prados angostos, donde la industria de los pobladores distribuye sus aguas en mil arroyos. Inmensas cortinas de altos abedules de Persia se estienden hasta donde alcanza la vista por sus riberas, y dirigen el ojo, como una verde calle, hasta el desierto de Balbek y

las nevadas cimas del Anti-Líbano. Casi todos los vecinos son griegos, siriacos ó griegos de Damasco. Las casas parecen miserables chozas de labradores saboyanos; pero en cada casa se ve una tienda, un taller, donde silleros, armeros, y aun relojeros, trabajan con groseros instrumentos en obras de su oficio. El pueblo nos ha parecido bueno y hospitalario: el aspecto de los extranjeros, como nosotros, lejos de asustarlos ó incomodarlos, parece serles agradable. Nos han ofrecido todos los favores que comporta nuestra situacion, y parecen ufanos con la prosperidad cada vez mayor de su pueblo. Zarklé parece el primer apéndice de una gran plaza de comercio, destinada á ser rival de Damasco para el comercio de la raza cristiana con la raza mahometana. Si la muerte del emir Beschir no destruye la unidad de poder que hace la fuerza del Líbano, Zarklé, de aquí á veinte años, será la primera ciudad de Siria. Todas se arruinan, ella sola medra; todas duermen, ella sola trabaja: el genio griego lleva á donde quiera el principio de actividad que reside en esta raza europea; pero la actividad del griego asiático es útil y fecunda, la del griego de la Morea y de las islas no es mas que una estéril agitacion. El aire del Asia suaviza la sangre de los griegos; aquí es un pueblo admirablemente manso, pero en otras partes suele ser muy bárbaro. Lo mismo sucede con respecto á la belleza física de la raza. Las mu-

geres griegas del Asia son la obra maestra de la creacion, lo ideal de la gracia y del encanto de los ojos; las mugeres griegas de la Morea tienen formas puras, pero duras, y ojos cuyo fuego, áspero y sombrío, no está bastante templado por la dulce molicie del alma y la sensibilidad del corazon; los ojos de estas son dos ascuas; los de aquellas son una llama velada por húmedos vapores.

La misma fecha.

El pobre obispo griego de Zarklé es de una familia de Alepo, donde ha pasado su vida en la elegancia y la molicie de las costumbres de esta ciudad, la Aténas de la Asia; se halla como desterrado en este pueblo, sin sociedad y sin recursos morales. Sus modales han conservado la dignidad peculiar de los Alepianos, pero en la suma miseria en que se halla, no puede ofrecernos mas que su humilde vivienda. Hablamos en italiano con él. Le hago al irme una limosna de quinientas piastras para sus pobres ó para él, porque me pareció verdaderamente necesitado. Algunos libros árabes y griegos, revueltos en su cuarto, y un arca que contiene sus magníficas vestiduras episcopales, eran toda su riqueza. Tomé guías en Zarklé para pasar el Líba-

no, por senderos desconocidos; el camino ordinario estaba interceptado por la prodigiosa cantidad de nieve que ha caído durante este invierno. Subimos primero unas cuestas bastante suaves, atravesando unas colinas sembradas de viñas y de moreras. Pronto llegamos a la region de las rocas y de los torrentes sin cauce; sobre unos treinta por lo menos pasamos en el espacio de seis horas. Deslizábase por pendientes tan rápidas, que no tienen tiempo para abrirse un cauce; parecen cortinas de espuma que resbalan sobre la roca pelada y pasan con la rapidez de las alas de un pájaro.

El cielo se cubría de pálidas nubes que interceptaban ya la luz, aunque el día estaba aun poco adelantado; nos hallábamos completamente envueltos en aquellas rodantes oleadas de nubes, y muchas veces no veíamos la cabeza de la caravana sepultada en aquellas tenebrosas masas. También la nieve empezaba á caer en gruesos copos, y cubría el rastro de los senderos que nuestros guías buscaban en vano; sosteníamos con trabajo nuestros caballos fatigados, y cuyas herraduras resbalaban en los escarpados realces que teníamos que seguir. El magnífico horizonte inferior del valle de Balbek y de las cimas del Anti-Líbano, con las grandes ruinas de los templos de Beka, heridos por la luz, no nos aparecían mas que de cuando en cuando por entre las rasgadas nubes; parecia que navegábamos en el cielo, y que el pedestal desde

donde veíamos la tierra no pertenecía ya á esta. Entre tanto los sonoros vientos que dormían en las profundas y altas gargantas de las montañas, empezaban á espedir sonos lúgubres y subterráneos, semejantes al rugido de una mar encrespada despues de la tempestad; pasaban como rayos, ya sobre nuestras cabezas, ya por regiones inferiores, bajo nuestros piés, arrastrando como hojas secas, masas de nieve y granizos de piedras, y aun pedazos de roca bastante gruesos, cual si los hubiera lanzado la boca de un cañon; aquellos pedazos hirieron á dos de nuestros caballos que rodaron con los bagages al precipicio. A ninguno de nosotros le tocaron; mis potros árabes, que los sais llevaban del freno, parecían petrificados de terror; parábanse de pronto, levantaban la nariz y espedían, no relinchos, sino unos gritos guturales semejantes al estertor de un moribundo; caminábamos muy apretados unos contra otros, para vigilarnos y asistirnos en caso de accidente. La oscuridad iba aumentando, y la nieve que nos daba en los ojos nos robaba la poca luz que podia guiarnos todavía. Las bocanadas de viento llenaban toda la garganta, en que nos hallábamos, de nieve revuelta, que se alzaba en columnas hasta el cielo, y volvía á caer formando inmensas sábanas como la espuma de las grandes olas sobre los arrecifes; habia momentos en que era imposible respirar; nuestros guias se paraban á cada instante, titubeando, y dis-

parando sus escopetas para dirigirnos; pero la furia del viento no dejaba que resonase nada, y la detonacion de nuertras armas se parecia al ligero chasquido de un látigo. Sin embargo, á medida que nos íbamos internando en aquella alta garganta de las últimas grupas del Líbano, oíamos con terror un rugido grave, continuo, sordo, que crecía por momentos y formaba como la base de aquel horrible concierto de los elementos desencadenados; no sabíamos á que atribuirle; parecia que una parte de la montaña se desmoronaba y rodaba en torrentes de peñascos. Las densas nubes contiguas al suelo nos lo tapan todo; no sabíamos donde estábamos, cuando vimos pasar de pronto, á nuestro lado, varios caballos sin ginetes y machos sin cargas con varios camellos que huían por las nevadas faldas de la montaña. Pronto los siguieron algunos árabes dando voces; advirtiéronnos que nos paráramos, enseñándonos con la mano, á cuarenta ó cincuenta pasos debajo de nosotros, una casa contigua á un peñasco, que las nubes nos habian ocultado hasta entonces; una columna de humo y el resplandor de una hoguera salían de la puerta de aquella casa ó cabaña, cuyo tejado, hecho de enormes ramas de cedro acababa de ser medio arrebatado por el huracan y pendía sobre la pared; aquél era el único asilo que habia para nosotros en aquella parte del Líbano,—el kan de Murat-Bey; un pobre árabe le habita durante el verano para ofre-

cer cebada y un asilo á las caravanas de Damasco, que van por este camino á Siria. Bajamos al kan con dificultad por unos escalones de roca escondidos bajo un pié de nieve; el torrente que corre á cien pasos debajo del kan, y que es preciso atravesar para subir á la última region de las montañas, se habia convertido de pronto en un rio inmenso que arrastraba con sus aguas pedruzcos y despojos de la tempestad. Sorprendidos en sus orillas por los remolinos de viento, y medio sepultados bajo la nieve; los árabes á quienes habiamos encontrado habian tirado los fardos de sus camellos y de sus machos y los habian dejado allí para refugiarse en el kan de Murat, que hallamos ocupado ya por aquellos hombres y sus caballerías, no quedando sitio ninguno para nosotros ni para nuestros caballos. Sin embargo, al abrigo del peñasco mas grande que una casa, el viento se hacia sentir menos, y las ráfagas de nieve arrastradas de la cima del Líbano, que pasaban por encima de nuestras cabezas, empezaban á ser ménos, densas, y nos dejaban alguna vez dïvisar una punta del cielo donde ya brillaban estrellas. Pronto se aplacó el viento enteramente; apeámonos, y tratamos de proporcionarnos un abrigo para pasar, no solo la noche, sino acaso algunos dias, si el torrente que oïamos, sin verle, continuaba cerrando el paso. Bajo las tapias del kan desmoronado, al abrigo de una parte de las ramas de cedro que formaban poco antes

el tejado, habia un espacio de diez pies cuadrados atestado de nieve y lodo; barrimos la nieve, y debajo quedaba un pié de barro blando donde podiamos tender las alfombras; arrancamos del techo algunas ramas, que estendimos como un zarzo sobre el suelo barrido, y que preservaban nuestras esteras del contacto del agua; nuestros colchones, nuestras alfombras, nuestras capas, formaban un segundo piso; encendimos una hoguera en un rincon de aquel asilo, y así pasamos la larga noche del 17 al 18 de Abril de 1833. De cuando en cuando volvia el huracan y parecia que la montaña iba á desmoronarse; el enorme peñasco á que estaba pegado el kan temblaba como un tronco de arbol sacudido por el vendabal, y los rugidos del torrente llenaban el mar y el cielo de lamentables ahullidos: con todo, acabamos por dormirnos, y nos despertamos tarde á los brillantes rayos de un sol sereno sobre la nieve. Los árabes, nuestros compañeros, se habian ido; habian intentado dichosamente atravesar el torrente; los vimos de lejos trepando las colinas adonde debiamos seguirlos; pusímonos tambien en camino, y caminamos cuatro horas por un valle superior, donde no veíamos, como en la cima del Monte-Blanco, mas que la nieve bajo nuestros pies y el cielo sobre nuestras cabezas. El deslumbramiento de los ojos, el silencio tétrico, el peligro de cada paso en aquellos desiertos de nieve reciente, sin ningun sendero trazado, hacen del paso de

aquellos altos pilares de la tierra, espina dorsal de un continente, un momento solemne y religioso. Involuntariamente observa uno cada punto del horizonte y del cielo, cada fenómeno de la naturaleza; uno ví que me sorprendió como una hermosa imagen y que nunca había observado. Enteramente en la cumbre del Líbano, en las laderas de una loma medio guarecida del sol matinal, ví un magnífico arco-iris, no en forma de puente aéreo y uniendo el cielo á la cima de la montaña, sino tendido sobre la nieve y arrollado en círculos concéntricos como una serpiente de espléndidos colores; era como el nido del arco-iris sorprendido en la cima mas inaccesible del Líbano.

A medida que el sol se elevaba y heria con sus blancos rayos la loma, los círculos del arco-iris parecia que se movian y se levantaban, la estremidad de aquellas luminosas volutas se alzaba en efecto de la tierra, subia algunas toesas hácia el cielo, cual si hubiera intentado lanzarse hácia el sol, y se fundia en vapores blanquecinos y en líquidas perlas que caían en derredor nuestro. Sentámonos mas allá de la region de las nieves para sacar al sol nuestros zapatos mojados; empezábamos á ver los profundos y negros valles de los Maronitas. Al cabo de dos horas ya habíamos bajado la aldea de Hamana y estábamos sentados en lo alto del magnífico valle de este nombre, donde ya habíamos he-

cho noche, yendo a Damasco. El jeque nos hizo dar tres casas del pueblo. El sol en la tarde brillaba bajo las anchas hojas del moral y de la higuera; los labradores volvian con sus aperos; mugeres, niños, circulaban por los caminos entre las casas y nos saludaban con una sonrisa hospitalaria; los ganados volvian de las dehesas con sus campanillas; las palomas y las gallinas cubrian los tejados de las azoteas, y las campanas de dos iglesias maronitas tañian lentamente por entre las copas de los cipreses para anunciar las piadosas ceremonias del dia siguiente, que era un domingo; de repente hallábamos el aspecto, el rumor, la paz de un lindo pueblecillo de Francia ó de Italia, al salir de los precipicios del Líbano, de los desiertos de Balbek, de las calles inhospitalarias de Damasco; jamas transicion fué mas rápida ni mas dulce; resolvimos pasar el domingo entre aquellas buenas gentes y descansar un dia de nuestras largas fatigas.

Dia pasado en Hamana; el jeque y el mercado del pueblo nos suministran abundantes provisiones; las mugeres de Hamana vienen a visitarnos todo el dia; son infinitamente menos hermosas que las Sirias de las orillas del mar:—esta es la raza maronita pura; todas parecan fuertes y sanas, pero tienen las facciones demasiado marcadas, el ojo un poco duro, la tez demasiado colorada; su trage es un pantalon blanco y encima un vestido largo de paño azul, abierto por delante y que deja el pecho

desnudo; collares de innumerables piastras les penden al rededor del cuello, sobre la garganta y por las espaldas. Las mugeres casadas completan este traje con un cuerno de plata de sobre un pie y a veces pie y medio de largo, que hincan encima de sus cabellos trenzados y que se eleva sobre su frente un poco oblicuamente. Este cuerno esculpido y cincelado, está cubierto con un velo de musolina que cuelga de él, y con el que suelen taparse la cara; nunca se quitan este cuerno ni aun para dormir. Este extravagante uso, cuyo origen no puede buscarse sino en las aberraciones del entendimiento humano, las desfigura y afea todos los movimientos de la cabeza y del cuello.

Salimos de Hamana á las cinco de la mañana, con un tiempo muy nebuloso. Caminamos dos horas por unas ásperas y peladas vertientes de las altas crestas del Líbano que descienden hácia las llanuras de la Siria. El valle que dejamos á la derecha se va ensanchando cada vez mas, hasta llegar á tener sobre unas dos leguas de anchura y una por lo ménos de profundidad. Las transparentes olas de los vapores de la mañana circulan blandamente sobre su horizonte, y no dejan pasar encima de ellas mas que las altas cimas de los montes, las co-

pas de los cipreses y algunas torres de aldeas y de monasterios maronitas; pero pronto la brisa marina que se alza y sube insensiblemente con el sol, desarrolla lentamente todas aquellas olas de vapores y las repliega en blancas velas que van á confundirse con las cimas de nieve sobre las cuales forman ligeras manchas grises. El valle aparece todo entero. ¿Por qué no tiene el ojo un lenguaje que pinte con una sola palabra, como ve con una sola mirada? Yo quisiera conservar eternamente en mi memoria las escenas y las impresiones incomparables del valle de Hamana. Estoy encima de uno de los mil torrentes que surcan sus laderas con su blanca espuma, y van, por entre los peñascos, las praderas suspendidas, los troncos de cipreses, las ramas de abedules, las vides silvestres y los negros algarrobos, á deslizarse hasta el fondo del valle y á unirse con el rio central que le sigue en toda su longitud. El valle es tan profundo que no veo su fondo; solamente oigo subir de cuando en cuando los mil zumbidos de sus aguas y de sus enramadas, los balidos de sus rebaños, los lejanos y argentinos tañidos de las campanas de sus monasterios. La sombra de la mañana está todavía en el fondo de la garganta donde arrastra sus aguas el torrente principal; de trecho en trecho, al torcer algunos collados, veo la blanca línea de espuma que traza en aquella sombra oscura. Del mismo lado del valle en que estamos,

veo subir á un cuarto de legua de distancia unas de otras, tres ó cuatro anchas mesetas semejantes à pedestales naturales; sus laderas parecen tajadas perpendicularmente y son de granito parduzco. Esas mesetas, de media legua de circuito, están enteramente cubiertas de cedros y de pinares; se distinguen los corpulentos y airosos troncos de estos árboles, entre los cuales circula la luz de la mañana. Sus negros é inmóviles follages están interrumpidos de trecho en trecho por las leves columnas de humo azul de las cabañas de labradores maronitas, y por los arcos diagonales de piedra donde está suspendida la campana de las aldeas. Dos espaciosos monasterios, cuyas tapias brillan como cobre, se extienden sobre dos de aquellas mesetas cubiertas de pinares; parecen fortalezas de la edad media. Vense, al pie de los conventos, varios monges maronitas, con sus capuchas negras, cavando entre las cepas y los castaños. Dos ó tres aldeas, agrupadas al rededor de los peñascos se alzan mas abajo como colmenas al rededor de los troncos de añosos árboles. Al lado de cada cabaña se alzan algunas masas de verdura mas pálida, que son los granados, las higueras ó los olivos, que empiezan á fructificar en aquel escalon del valle; la vista se pierde en la impenetrable sombra del fondo de la garganta: si pasa por cima de aquella sombra y se eleva sobre la opuesta ladera de las montañas, ve en algunas partes, paredes perpendiculares de

roca granítica que se lanzan hasta las nubes. Encima de estas paredes, que parecen almenadas por la naturaleza, ve mesetas cubiertas de la mas espléndida vegetacion, cimas de pinos pendientes sobre los realces de aquellos abismos, inmensas copas de sicomoros que forman grandes manchas en el cielo, y detras de aquellas almenas de vegetacion, nuevos campanarios de aldeas y monasterios cuyo acceso no se puede adivinar. En otros sitios, las laderas de granito de las montañas presentan grandes roturas por donde la mirada se pierde en la sombra de los bosques, y no distingue, aquí y allí, mas que puntos luminosos y móviles que son los cauces de los torrentes y los pequeños lagos de los manantiales. En otras partes, los peñascos cesan de repente; inmensos bastiones redondeados los flanquean como fortificaciones eternas y rematan sus ángulos en cubos y torreonos. Altos valles, y que el ojo sondea apenas, se abren y se internan entre las paredes de nieve y de selvas; allí descende el principal torrente de Hamana, que se ve chorrear primero como una gotera del vasto techo de nieve, luego perderse en el sonoro pilon de las cascadas, donde se divide en siete ú ocho espléndidos ramales, luego desaparecer detras de los riscos y de los collados negruzcos, luego volver á aparecer formando una sola cinta de espuma que se arrolla y se despliega á merced de los movimientos del suelo por las lentas ó rápidas pen-

dientes de sus colinas: al fin se interna en el valle principal y cae á él en una cascada de cien pasos de anchura y de doscientos pies de elevacion. Su espuma, que salta y que el viento impele de un lado á otro, cubre de flotantes arcos-iris las cimas de los anchos pinos que ciñen aquella cascada.

A mi izquierda, el valle, bajando hácia las orillas del mar, se ensancha y presenta á los ojos las faldas de sus colinas mas frondosas y mas cultivadas; su rio serpentea entre montes coronados de monasterios y de aldeas. Mas lejos, las palmeras de la llanura elevan, detras de las colinas bajas de olivos, sus penachos de una verdura amarillenta, y cortan la larga línea de arena dorada que limita el mar. La mirada va á perderse en fin, en una lontananza indecisa entre el cielo y las olas. No son ménos bellos los pormenores de este mágico conjunto que el conjunto en general. A cada recodo de los peñascos, á cada cima de las colinas adonde le lleva á uno el sendero, se halla un horizonte nuevo donde las aguas, los árboles, el peñasco, las ruinas de puentes ó de acueductos, las nieves, el mar ó la arena de fuego del desierto, engastados, por decirlo así, de un modo inesperado, arrancan una exclamacion de sorpresa, y lo deslumbra á uno. He visto á Nápoles y sus islas, los valles de los Apeninos y los de los Alpes, de Saboya y de Suiza, pero el valle de Hamana y algunos otros del Líbano eclipsan todos aquellos re-

cuertos. La enormidad de las masas de peñasco, las repetidas cascadas, la pureza y la profundidad del cielo, el horizonte de los vastos mares, lo pintoresco de las líneas de las aldeas y de los conventos maronitas, suspendidos como nidos de hombres á alturas á que apenas alcanza la vista, en fin la novedad, la estrañeza, el color ya negro, ya pálido de la vegetacion, la magestad de los copudos árboles, algunos troncos de los cuales parecen columnas de granito; todo esto dibuja, colora, solemniza el paisage, y arroba el alma mas profunda y religiosamente que los mismos Alpes.

Todo paisage donde no entra el mar por elemento, no es completo.

Aquí el mar, el desierto, el cielo, son el magestuoso del cuadro y el ojo encantado pasa sin cesar del fondo de las selvas seculares, de la orilla de las umbrosas fuentes, de las cimas de los picos aéreos, de las sosegadas escenas de la vida moral ó cenobítica, al espacio azul surcado por los bajeles, á las cimas de nieve perdidas en el éter junto á las estrellas, ó á las amarillas y doradas olas del desierto, donde las caravanas describen á lo léjos sus onduladas líneas. ¡De este incesante contraste nacen el choque de los pensamientos y las solemnnes impresiones que hacen del Líbano montañas de oracion, de poesia y de arrobamientos!

A medio dia, nos acampamos bajo nuestras tien-

das á media altura del Líbano, para dejar pasar el ardor del dia. Me traen un correo árabe que iba á buscarme á Damasco, y me entrega un paquete de cartas de Europa que me anuncian mi nombramiento para la cámara de diputados: — nueva afición añadida á tantas otras. Desgraciadamente he deseado esta mision en otra época y solicitado una confianza que no puedo sin ingratitud, renunciar hoy. Iré; pero ¡cuánto desearia ahora que pasase ese cáliz lejos de mí! Ya no tengo porvenir personal en ese drama del mundo político y social, cuya principal esena está en nuestro pais. No tengo ninguna de esas pasiones de gloria, de ambicion ó de dinero, que son la fuerza impulsiva de los hombres políticos; el único interes que llevaré á aquellas apasionadas discusiones será el de la patria y la humanidad. La patria y la humanidad son seres abstractos para hombres que quieren poseer la hora presente, y hacer triunfar, á todo trance, intereses de familia, de casta ó de partido. ¿Qué es la voz serena é imparcial de la filosofía en el tumulto de los hechos que se mezclan y se combaten? ¿Quién ve el porvenir y su horizonte sin límites detras del polvo de la lucha actual! No importa; el hombre no elige ni su camino, ni su obra; Dios le da su carga por las circunstancias y por sus convicciones. ¡Es preciso aceptarla!... pero no preveo para mí mas que un martirio moral en la dolorosa faena que hoy me impone. Yo

naí para la accion; la poesía no ha sido en mi mas que acción repelida; he sentido, he espresado ideas y sentimientos, en la impotencia de obrar; pero en el dia ya no me llama la acción, ¡He ahondado demasiado las cosas humanas para no comprender su sentido! He perdido demasiados seres á quienes podia responder mi vida activa, para no estar disgustado de toda personalidad en la acción! Una vida de contemplacion, de filosofía, de poesía y de soledad, seria el único lecho donde podria reposar mi corazon, antes de quebrantarse enteramente.

VUELTA A BERUT,

Y PARTIDA PARA LOS CEDROS DE SALOMON.

10 de Abril, 1833.

Ayer llegamos aquí. Pasamos dos horas en el convento franciscano, junto á la sepultura donde he enterrado todo mi porvenir. El bergantin el *Alceste*, que debe llevar á Francia estas queridas reliquias, no ha llegado aun hoy he fletado otro bergantin para nosotros. ¡Navegarémos de conserva, para la madre, á lo menos, no se hallará en la estancia en que se vaya el cuerpo de su hija! Mientras disponen lo necesario para el transporte de tan gran número de pasajeros al bergantin del capitán Coulonne, irémos á visitar el Kesroan, Trípoli de Siria, Latakié, Antioquía y los cedros del Líbano, en las últimas cumbres de las montañas, detras de Trípoli. He recibido esta mañana las numerosas visitas de todos nuestros amigos de Berut. El gobernador, príncipe maronita; Habib-Bárbara, nuestro vecino de campo, que nos ha

mostrado desde nuestra llegada, y sobre todo desde nuestra desgracia, el corazón de un verdadero amigo; el señor Bianco, el cónsul de Cerdeña, y el señor Borda, jóven y amable piemontés, agregado al consulado religioso, por una suerte estraña, en los desiertos del Oriente, mientras que su instruccion, sus gustos, su carácter, harian de él un diplomático distinguido en una corte de Europa; el señor Laurella, cónsul de Austria; M. Fan-
 • nen, cónsul-general, y M. Abbot, cónsul especial de Inglaterra en Siria; un jóven comerciante frances, M. Humann, cuya sociedad nos ha sido tan útil como agradable desde que llegamos aquí; M. Caillé, viagero frances, M. Jorelle, primer dragoman del consulado, mozo criado en Francia, trasladado en su niñez á Oriente, que posee las lenguas de la Turquía y la Arabia como sus lenguas maternas; honrado, activo, inteligente, servicial por instinto; en fin, M. Guys, cónsul de Francia en Siria, respetable representante de la probidad nacional en estos países, donde su carácter es venerado por los árabes, pero recién llegado aquí, y á quien hemos visto mucho menos que á sus colegas.

Todas estas personas nos dejan excelentes y queridos recuerdos. Sin la carta que recibí ayer, sin mi anciano padre cuya memoria me llama sin cesar á Francia, si tuviera que elegir un destierro

para acabar en él mis cansados días, en el seno de la soledad y de la naturaleza encantada, me quedaria donde estoy.

11 de Abril, 1833.

Sali esta mañana á las cuatro con la misma caravana que formé para Damasco; seguimos la orilla del mar hasta el cabo Batrun, sitios que ya he descrito;—hacemos noche en Djail, en un kan fuera de la ciudad, sobre una eminencia que domina el mar. La ciudad no es notable mas que por una mezquita de arquitectura cristiana, que fué en otro tiempo una iglesia construida verosíblemente por los condes de Trípoli. Se cree que Djail es el antiguo pais de los Gíblitas, que suministraban al rey Biram las grandes piedras destinadas para la construccion del templo de Salomon. El padre de Adonis tenia allí su palacio, y el culto del hijo era el culto de toda la Siria circunvecina. A la izquierda de la ciudad hay un castillo notable por la elegancia y elevacion de sus diferentes planos de fortificacion.

Bajamos á la ciudad por ver el pequeño puerto donde se mecian algunas barcas árabes: la habitan casi esclusivamente los maronitas. Una muger árabe hermosísima, ricamente ataviada, vino á vi-

sitar á mí muger, y le hicimos algunos regalillos. Al dia siguiente, continuamos costeano la playa y el pié de las montañas del Castravan, bañado todo por el mar; dormimos bajo nuestras tiendas, en un sitio admirable, á la entrada del territorio de Trípoli; el camino se separa de la costa y tuerce bruscamente á la derecha; intérnase en un angosto valle regado por un arroyo á cosa de una legua del mar, el valle se estrecha enteramente, y lo cierra del todo un peñasco de cien pies de elevacion y de quinientos á seiscientos de circunferencia; este peñasco, natural ó tallado fuera de las laderas de la montaña que le toca, sostiene en su cima un casti lo gótico perfectamente conservado, habitacion de los chacales y de las águilas; escaleras labradas en la peña viva se elevan á terrados sucesivos, cubiertos de torres y de muros almenados, hasta la meseta superior, de donde se lanza un torreón con ventanas de arco diagonal; por todas partes se ha apodera la vegetacion del castillo, de los muros, de las almenas; inmensos sicomoros han echado raiz en las salas y lanzan sus anchas copas por cima de los techos desmoronados; las enredaderas cayendo en enormes ramales, las yedras asidas á las ventanas y á las puertas, los líquenes que por do quiera revelan la piedra, dan á ese hermoso monumento de la edad media la apariencia de un castillo de musgo y de yedra; una hermosa fuente corre al pié del peñasco, sombreada por tres de los mas her-

mosos árboles que pueden verse, y que son unas especies de olmos; la sombra de uno solo cubria nuestras tiendas, nuestros treinta caballos y todos los grupos diseminados de nuestros árabes.

Al día siguiente, subimos una rápida cuesta de un terreno blanco y jabonoso, donde apenas podían tenerse los caballos; desde la cima, se disfrutó una vista sin límites de todo el litoral occidental de la Siria hasta el golfo de Alejandreta y el monte Tauro, y un poco á la derecha, de las llanuras de Alepo y de las colinas de Antioquía, con la corriente del Oronte; tres horas de marcha nos llevan á las puertas de Trípoli, donde nos esperaban, y á una legua de la ciudad encontramos una cabalgata de jóvenes comerciantes francos, de diferentes naciones, y de algunos oficiales del ejército de Ibrahim que salían á recibirnos. El hijo de M. Lombard, comerciante francés, establecido en Trípoli, nos ofreció la hospitalidad en nombre de su padre; —temimos serle molestos y fuimos al convento de los padres franciscanos; un solo religioso habitaba aquella inmensa casa, y nos recibió en ella.

Pasamos dos días en Trípoli; —comemos en casa de M. Lombard; —satisfacción de hallar una familia francesa donde todo compatriota es recibido como un hijo; —por la noche, pasamos una hora en la casa de los señores Katchiffsse, comerciantes griegos y cónsules de Rusia, familia establecida

desde tiempo inmemorial en Trípoli de Siria, donde posee un magnífico palacio. Las señoras Katchisse, madre é hijas, son las tres mugeres mas célebres de Siria por su hermosura y buen trato, mezcla *picante* de la circunspección asiática con el gracioso donaire de las griegas y la perfecta finura de las mas elegantes europeas; nos recibieron en un espacioso salon abovedado, alumbrado por una cúpula y refrescado por una fuente; estaban sentadas en un divan semi-circular que se estendia en el fondo de la sala; todo estaba cubierto de ricas alfombras, y estas cubiertas de narguilés, de pipas, de jarros de flores y de sorbetes; aquellas tres mugeres, vestidas á la manera oriental ofrecian, cada cual en su carácter de belleza, el mas admirable conjunto que puede contemplar un hombre; pasamos una noche deliciosa con su conversacion, y nos propusimos volverlas á ver á nuestro regreso.

El jeque de Eden, último pueblo habitado en la cima del Líbano, era tío, por su madre, de M. Mazoyer, mi intérprete. Prevenido por su sobrino de nuestra llegada á Trípoli, el venerable jeque bajó de la montaña con su hijo mayor y una parte de sus criados; fué á visitarme al convento de los franciscanos, y me ofreció la hospitalidad en su casa, en Eden. De Eden á los cedros de Salomon no habia mas que tres horas de marcha; y si las nieves que todavia cubrian la montaña nos lo permitian, podriamos desde allí ir á visitar aquellos

árboles seculares que han derramado su gloria sobre todo el Líbano y son contemporáneos del gran rey; aceptamos, y la partida se fijó para el día siguiente.

A las cinco de la mañana estábamos á caballo. La caravana, mas numerosa aún de lo ordinario, iba precedida del jeque de Eden, admirable anciano cuya elegancia de modales, noble y amena cortesía y magnífica vestimenta, estaban muy distantes de recordar un gefe árabe; parecia un patriarca, caminando al frente de su tribu;—montaba una yegua del desierto, cuyo pelo bayo-dorado y flotante crin le hubieran hecho digno palafren de un héroe de la *Jerusalén*; su hijo y sus principales servidores caracoleaban en magníficos potros á algunos pasos delante de él; luego seguíamos nosotros, y detras iba la larga hilera de nuestros camellos y de nuestros sais. La salida de Trípoli ofrece un admirable punto de vista; se siguen las orillas de un rio acanalado entre dos colinas; los mas hermosos árboles y bosques enteros de naranjos sombrean las márgenes del agua; un kiosko público, construido bajo aquellos árboles, ofrece su embalsamada azotea á los paseantes; allí se va á fumar y á tomar café para respirar la frescura del rio; desde aquella azotea se ve el mar, que está á media legua de la ciudad: las hermosas torres cuadradas, construidas por los árabes á ambos lados del puerto, y los numerosos buques que están en la rada; cruzamos una ancha llanura cultivada y plantada de oli-

vos; en el primer collado que se eleva de aquella llanura hácia el Líbano, en medio de un bosque de olivos y de árboles frutales de todas especies, encontramos una inmensa multitud de hombres, mugeres y niños que rodeaban el camino;—eran los vecinos de un gran pueblo esparcido bajo aquellos árboles y que pertenece al jeque de Eden: este pasa los veranos en Eden y los inviernos en este pueblo del llano;—aquellos árabes saludaron respetuosamente á su príncipe, nos ofrecieron refrescos, y algunos de ellos se pusieron en camino con nosotros para llevarnos terneras y carneros, y ayudarnos á pasar los precipicios de las montañas; luego por espacio de cuatro horas anduvimos, ya por profundos valles, ya por la cresta de montañas casi estériles; hicimos alto en la orilla de un torrente que baja de las cumbres del Eden, y que arrastraba pedazos de nieve medio derretida; al abrigo de un peñasco, el jeque nos habia hecho encender una gran lumbrada; almorzamos é hicimos descansar nuestros caballos en aquel sitio; la pendiente es luego tan rápida, sobre peñascos pelados y resbaladizos como mármol pulimentado, que es imposible comprender cómo los caballos árabes logran subirlas, y sobre todo, bajarlas: cuatro árabes á pie rodeaban á cada uno de los nuestros y los sostenian con la mano y los hombros: á pesar de esta asistencia, varios rodaron sobre el peñasco; pero sin que ocurriese accidente de gravedad: aquel horrible camino, ó mas

bien, aquella pared casi perpendicular nos condujo, al cabo de dos horas de afan, á una meseta de roca, desde donde tendimos la vista sobre un ancho valle interior y sobre la aldea de Eden, que está construida en su estremidad mas elevada y en la region de las nieves; no hay encima de Eden mas que una inmensa pirámide de roca pelada, que es el último diente de esta parte del Líbano; una capillita arruinada corona su cima, los vientos de invierno roen sin cesar este peñasco y desprenden de él enormes pedazos que ruedan hasta la aldea; todos los campos de las cercanías están salpicados de ellas, y aun rodean el castillo mismo del jeque; este castillo, al que nos acercábamos, es de una arquitectura completamente árabe; las ventanas son unos agimeses separados por elegantes columnillas; las azctecas, que sirven de tejados y de salones, están coronadas de almenas; la puerta abovedada está flanqueada de dos altos asientos de piedra cincelada, y las jambas mismas de la puerta están cubiertas de arabescos; el jeque se habia apeado el primero y nos esperaba á la puerta de su casa; el mas jóven de su hijos tenia un pebete de plata en la mano en el quemaba perfumes delante de nuestros caballos, mientras sus hermanos nos echaban esencias perfumadas en el pelo y en los vestidos; una magnífica comida nos esperaba en la sala donde ardian árboles enteros en el ancho hogar; los mas esquisitos vinos del Líbano y de Chipre y una

inmensa cantidad de caza componian aquel festin; nuestros árabes no se hallaban peor tratados en el patio. Por la noche recorrimos las cercanías del pueblo; todavía cubrian las nieves una parte de los campos: por todas partes vimos vestigios de un rico cultivo; el menor rincon de tierra vegetal entre las peñas tenia su cepa ó su nogal; innumerables fuentes corrian por todas partes bajo nuestros piés, y el agua iba á sus tierras por acequias artificiales; estas tierras en declive estaban sostenidas por terrados formados con inmensas piedras; veíamos un monasterio á nuestra izquierda, y numerosas aldeas, muy inmediatas unas á otras, en todas las laderas de los valles.

La misma fecha.

El jeque ha enviado tres árabes al camino de los cedros para saber si las nieves nos permiten llegar hasta estos árboles; los árabes, de vuelta, dicen, que el paso está intransitables; hay catorce pie de nieve en un angoso valle que es preciso atravesar para llegar á los árboles; á fin de acercarnos á ellos lo mas posible, suplico al jeque que me dé su hijo y algunos ginetes; dejo en Eden á mi muger y á mi caravana, monto el mas vigoroso de mis caballos, *Scham*, y nos ponemos en camino al

salir el sol;—caminamos tres horas por crostas de montañas ó por campos cubiertos de nieve derretida; llegõ á las orillas del valle de los Santos, profundo desfiladero metido entre peñascos, valle mas hondo, mas oscuro, mas solemne aún que el de Hamana; en la cima de este valle, en el sitio en que, subiendo siempre, linda con las nieves, se halla una soberbia cascada que se derrumba de cien pies de altura sobre dos ó trescientas toesas de anchura; todo el valle retumba con el fragor de aquella cascada y del torrente que alimenta; por todas partes, el peñasco de las laderas de la montaña chorrea espuma; divisamos muy á lo lejos, en el fondo del valle, dos grandes pueblos cuyas casas se distinguan apenas de los peñascos arrastrados por el torrente; las cimas de los álamos y de las moreras parecen, desde allí, matas de juncos ó de yerbas; se baja á la aldea de Beschierai por unos senderos labrados en la roca, y tan rápidos que no se puede concebir como hay hombres que se aventuren en ellos; muchos perecen al bajarlos ó subirlos; una piedra lanzada de la cresta donde estamos caeria sobre un tejado de esos pueblos, adonde no llegaríamos en una hora de bajada; encima de la cascada y de las nieves se estienden inmensos campos de hielo que ondulan como vapores de una tinta ya verdosa, ya azul; á cosa de un cuarto de hora sobre la izquierda, en una especie de valle semi-circular, formado por las últimas grupas del Líbano, ve-

mos una gran mancha negra sobre la nieve formada por los famosos grupos de los cedros, que coronan, como una diadema, la fuente de la montaña, ellos ven el nacimiento de los numerosos y grandes valles que descienden de ella; el mar y el cielo son su horizonte. Lanzamos nuestros caballos á galope por la nieve para acercarnos lo mas posible al bosque, pero á los quinientos ó seicientos pasos de los árabes nos hundimos hasta la barriga de los caballos; reconocemos que tenian razon los árabes y que es fuerza renunciar á tocar con la mano aquellas reliquias de los siglos y de la naturaleza; nos apeamos y nos sentamos en una peña para contemplarlas.

Estos árboles son los monumentos naturales mas célebres del universo: la religion, la poesía y la historia los han consagrado igualmente. La Santa Escritura los celebra en varios pasages; son una de las imágenes que los profetas emplean con predileccion. Salomon quiso consagrarlos al ornato del templo que erigió el primero al Dios único, sin duda á causa de la fama de magnificencia y santidad que ya en aquella época tenian esos prodigios de la vejetacion. Seguramente son estos, porque Ezequiel habla de los cedros del Eden como de los mas hermosos del Líbano. Los árabes de todas las sectas profesan á estos árboles una veneracion tradicional; les atribuyen, no solo una fuerza vegetativa que los hace vivir eternamente, mas tambien

una alma que les hace dar señales de sabiduría y de prevision, semejantes á las del instinto en los brutos y la inteligencia en los hombres. Conocen anticipadamente las estaciones, mueven sus grandes ramas como miembros, las elevan al cielo ó las inclinan á la tierra segun que va á nevar ó que va á derretirse la nieve. Son unos seres divinos con forma de árboles. Crecen en este solo punto del Líbano; echan raiz muy encima de la region donde espira toda gran vegetacion. Todo esto sorprende y cautiva la imaginacion de los pueblos de Oriente, y no sé si la misma ciencia no se pasmaria.

¡Ah! y entretanto, Basan languidece, el Carmelo y la flor del Líbano se marchitan.

Estos árboles disminuyen de siglo en siglo. Los viajeros contaron en otro tiempo treinta ó cuarenta de ellos, luego diez y siete, luego una docena.

En el dia no hay mas que siete, que por su corpulencia parecen contemporaneos de los tiempos bíblicos. Al rededor de estos añosos testigos de las pasadas edades que conocen la historia de la tierra mejor que la historia misma; que nos contarían, si pudieran hablar, tantos imperios destruidos, tantas religiones, tantas razas humanas desvanecidas, todavía queda un bosquecillo de cedros muy amarillos que, á lo que me pareció, formaban un grupo de cuatrocientos ó quinientos árboles ó arbustos. Todos los años, en el mes de Julio, las poblaciones de Beschierai, de Eden, de Kanobin y

de todas las aldeas de los vecinos valles, suben á los cedros y hacen celebrar una misa á sus pies. ¿Qué de oraciones no han resonado bajo estas ramas? ¿Y qué templo hay mas hermoso, qué altar mas vecino al cielo? ¿Qué dosel mas magestuoso y mas santo que la última meseta del Líbano, el tronco de los cedros y el cimborio de esas sagradas copas que han dado sombra y la dan todavía a tantas generaciones humanas, que pronuncian en distintas lenguas el nombre de Dios; pero que todas le reconocen en sus obras y le adoran en natural manifestaciones! Y yo tambien imploré al Señor en presencia de aquellos árboles. El armonioso viento que resonaba en sus sonoras ramas agitaba mis cabellos y helaba en mis párpados lágrimas de dolor y adoracion.

Volvimos á montar á caballo, anduvimos tres horas por las mesetas que señorean los valles del Kadisha; bajamos á Kanodin, el mas célebre monasterio maronita en el valle de los Santos.

Vista del monasterio de Deir-Serkis, abandonado ahora á uno ó dos solitarios. Buchard, en 1810, halló en él un anciano ermitaño toscano que acababa allí sus dias despues de haber sido misionero en las Indias, en Egipto y en Persia.

Vista del monasterio de Kanobin desde lo alto de un pico que avanza sobre el valle como un promontorio. Entrego mi caballo á los árabes, y me tiendo al sol en una punta de peñasco desde donde

se ve el hondo abismo del valle de los Santos. El río Kadisha corre al pié de este peñasco; su cauce no es mas que una línea de espuma, pero estoy á tanta altura que su jestruido no sube hasta mis oídos. Kanobin fué fundado, dicen los monges maronitas, por Teodosio el Grande. Todo el valle de los Santos se parece á una vasta nave natural cuyo cimborio es el cielo, cuyos pilares son la cresta del Líbano y cuyas capillas son las innumerables celdas de los ermitaños labradas en las laderas del peñasco. Esas ermitas están suspendidas sobre precipicios que parecen inaccesibles; las hay como nidios de golondrinas, á todas las alturas de las paredes del valle. Unas no son mas que una gruta labrada en la piedra, otras son casitas construidas entre las raices de algunos árboles sobre las cornisas avanzadas de las montañas. El gran convento está abajo, á la vera del torrente. Hay cuarenta ó cincuenta religiosos maronitas ocupados, unos en labrar la tierra, otros en imprimir libros elementales para la educacion del pueblo. Ecse-lentes religiosos, que son los hijos y los padres del pueblo, que no viven de su sudor, sino que trabajan noche y dia para el provecho de sus hermanos; hombres sencillos que no codician ninguna riqueza, ninguna fama en este mundo: trabajar, orar, vivir en paz, morir en gracia y desconocidos de los hombres; esta es toda la ambicion de los religiosos maronitas.

La misma fecha.

Ayer bajé de las últimas cumbres de estos Alpes, era el huésped del jeque de Eden, aldea árabe maronita suspendida bajo el mas agudo diente de estas montañas, en los límites de la vegetacion, y que no es habitable mas que en verano. El noble y respetable anciano vino á buscarme con su hijo y algunos de sus servidores, hasta las cercanías de Trípoli de Siria, y me recibió en su castillo de Eden, con la dignidad, el agasajo y la elegancia que pudiera esperarse de uno de los antiguos señores de la corte de Luis XIV. Árboles enteros ardan en el ancho hogar; corderos, cabritillos, ciervos estaban amontonados en rimeros en las espaciosas salas, y las odres seculares de los vinos de oro del Líbano, traídas del sótano por sus criados, corrian pasa nosotros y para nuestra escolta. Despues de haber pasado algunos dias estudiando aquellas hermosas costumbres homéricas, poéticas como los mismos sitios donde las hallá-bamos, el jeque me dió su hijo primogénito y cierto número de ginetes árabes para conducirnos á los cedros de Salomon; árboles famosos que todavía consagran la mas alta cima del Líbano, y que hace siglos van los hombres á venerar como los úl-

timos testigos de la gloria de Salomon. No los describiré aquí. De vuelta de aquella jornada memorable para un viagero, nos estraviámos en las sinuosidades de peñascos y en los numerosos y altos valles que surcan por todas partes este grupo del Líbano, y nos hallamos de pronto en el borde tajado de una inmensa pared de peñascos, de unos mil piés de profundidad que ciñen el valle de los Santos. Las paredes de aquel balaurte de granito eran tan perpendiculares, que los mismos gamos de la montaña no hubieran podido hallar en ellas un sendero, y que nuestros árabes tenían que tenderse de bruces en el suelo y vencerse sobre el abismo para descubrir el fondo del valle. El sol iba declinando, y ya habíamos caminado unas dos horas; hubiéramos tenido que caminar todavía otras muchas para hallar nuestro sendero perdido y volver á Eden; apeámonos de nuestros caballos, y confiándonos á uno de nuestros guías, que conocia no lejos de allí una escalera de roca viva, labrada antiguamente por los monges maronitas, inmemorables moradores de este valle; seguimos un buen trecho los bordes de la cornisa, y bajamos en fin por aquellos resbaladizos escalones, á una meseta desprendida de la roca y que dominaba todo aquel horizonte.

Descendia el valle primeramente por anchos y suaves declives del pie de las nieves y de los cedros que formaban una mancha negra sobre aquellas

nieves; allí se desarrollaba sobre praderas de una verdura amarillenta y delicada como la de las altas grupas del Jura ó de los Alpes, una multitud de espumosos arroyuelos, que arrancan al pié de las nieves, surcaban aquellas herbosas pendientes é iban á reunirse en una sola masa de agua y de espuma al pié del primer escalon de peñascos. Allí el valle se internaba de repente á cuatrocientos ó quinientos piés de profundidad, el torrente se precipitaba con él, y estendióse sobre una ancha superficie, ora cubria el peñasco como un líquido y trasparente velo, ora se desprendia de él formando airosas bóvedas, y cayendo en fin sobre inmensos y agudos peñones de granito arrancados de la cima, se despedazaba en ellos y resonaba como un eterno trueno; el viento de su caída llegaba hasta nosotros, llevándose como ligeras neblinas el humo del agua de mil colores, la mecía por todo el valle ó la suspendia en rocío á las ramas de los arbustos y á las asperezas de la roca. Prologándose hácia el norte, el valle de los Santos se abria y se ensanchaba cada vez mas: luego, á cosa de dos millas del punto en que estábamos situados, dos montañas peladas y cubiertas de sombras se acercaban inclinándose una hácia otra, dejando apenas un boquete de algunas toesas entre sus dos estrechidades, donde iba á rematar el valle y á perderse con sus praderas, sus altas vides, sus álamos,

sus cipreses y su torrente de leche. Encima de los dos montes que le comprimian, como queda dicho, veíase en el horizonte como un lago de un azul mas sombrío que el cielo, que era un pedazo del mar de Siria, ceñido por un golfo fantástico de otras montañas del Líbano; aquel golfo estaba á veinte leguas de nosotros; pero la transparencia del aire nos le mostraba como si estuviera á nuestros piés, y aun distinguíamos dos buques á la vela, que, suspendidos entre el azul del cielo y el del mar, y achicados por la distancia, parecían dos cisnes nadando en nuestro horizonte. Aquel espectáculo nos pasmó de tal suerte en el primer momento, que no fijamos nuestras miradas en ningun pormenor del valle; pero cuando pasó el primer deslumbramiento, y pudimos traspasar con la vista el flotante vapor de la tarde y de las aguas, una escena de otra naturaleza se fué poco á poco desarrollando delante de nosotros.

A cada recodo del torrente donde dejaba su espuma un poco de trecho á la tierra, veíase un convento de monges maronitas, labrado con piedras de un color pardo sanguíneo, sobre el gris del peñasco, y su humo se alzaba en los aires entre copas de abedules y de cipreses. Al rededor de los conventos, pequeñas tierras conquistadas sobre la roca ó el torrente, parecían cultivadas como los huertos mas cuidados de nuestras quintas, y de

trecho en trecho se veía á aquellos maronitas vestidos con sus hábitos negros, que volvían del trabajo del campo, unos con la azada al hombro, otros conduciendo reducidas manadas de potros árabes, cuales manejando el arado y picando sus bueyes entre las moreras. Muchas de aquellas casas de oracion y de trabajo estaban suspendidas, con sus capillas y sus ermitas, en los cabos avanzados de dos inmensas cordilleras de montañas; otras estaban labradas como grutas de fieras en el peñasco mismo; de estos solo se veían la puerta coronada de un arco diagonal de donde pendía la campana, y algunas pequeñas azoteas labradas bajo la bóveda misma de la roca adonde los frailes viejos y achacosos iban á respirar el aire y á ver un poco de sol y de verdura. En ciertos realces de los precipicios, el ojo no podía reconocer ningun camino, pero aun allí se veían un convento, una soledad, un oratorio, una ermita, y algunas figuras de solitarios circulando entre los peñascos y los arbustos, trabajando, leyendo ó haciendo oracion. Uno de aquellos conventos era una imprenta árabe para la instruccion del pueblo maronita, y se veía en la azotea una multitud de frailes que iban y venían, y estudiaban en zarzos de caña los pliegos blancos del papel húmedo.

Nada puede representar, como no sea el príncel, la muchedumbre y lo pintoresco de aquellos retiros; cada piedra parecía haber producido su celda,

cada gruta su ermita, cada fuente tenia su moyimiento y su vida, cada árbol su solitario bajo su sombra; por dó quiera donde caian sus ojos, veian el valle, la montaña, los precipicios, animarse, por decirlo así, bajo su mirada, y una escena de vida, de oracion, de contemplacion, desprenderse de aquellas eternas moles ó mezclarse á ellas para consagrarlas; pero pronto se hundió el sol en el horizonte, cesaron los trabajos del dia, y todas las figuras negras esparcidas por el valle entraron en las grutas ó en los monasterios. En todas partes tocaron las campanas la hora del recogimiento y del oficio de la tarde;—unas con la voz fuerte y vibrante de los recios vendabales en el mar, otras con las voces leves y argentinas de los pájaros en los trigos; estas lastimeras y lejanas, como suspiros en la noche y en el desierto; todas aquellas campanas se respondian de las dos márgenes opuestas del valle, y los mil ecos de las grutas y de los precipicios, se enviaban sus sonidos en confusos murmullos repercutados, mezclados con el rugido del torrente, el rumor de los cedros y las mil sonoras cascadas que surcaban las dos faldas de los montes. Luego hubo un momento de silencio, á que siguió un nuevo rumor mas blando, grave y melancólico; era el canto de los salmos que, alzándose al mismo tiempo de cada monasterio, de cada iglesia, de cada oratorio, de cada celda, se mezclaba, se confundia, subiendo hasta nosotros como un vasto murmullo y parecía

una sola melodiosa queja del valle entero que acababa de tomar un alma y una voz: luego una nube perfumó aquel aire que hubieran podido respirar los ángeles; quedamos mudos y encantados como aquellos espíritus celestiales cuando, volando por primera vez en el golfo que creian desierto, oyeron subir de aquellas mismas orillas la primera oracion de los hombres; comprendimos lo que era la voz del hombre para vivificar la naturaleza mas muerta, y lo que será la poesía al fin de los tiempos cuando, absortos y confundidos en uno solo todos los sentimientos del corazon humano, no será en la tierra mas que una adoracion y un himno!

12 de abril 1833. (1)

Hemos bajado á Trípoli de Siria con el jeque y su tribu; doy á su hijo una pieza de seda para hacer un divan; paso un dia recorriendo las deliciosas cercanías de Trípoli; salimos para Berut por la ribera del mar; empleamos cinco dias en embarcar nuestros bagages en el bergantin que he fletado, *la Sofia*;—preparativos para una vuelta por Egipto;—despedida de nuestros amigos Francos y árabes,

[1] Esta fecha está sin duda equivocada, pues el autor dice en la página 159 que se detuvo *algunos dias* en el castillo de Eden.—N. del T.

regalo varios caballos; hago partir seis de los mas hermosos á cargo de un picador árabe y de tres de mis mejores sais para que vayan, atravesando la Siria y la Caramania, á esperarme el 1.º de Julio en la orilla del golfo de Macri, frente por frente de la isla de Ródas, en el Asia-Menor. Al rayar el día, el 15 de Abril de 1833, salimos de la casa donde Julia nos abrazó por última vez y nos dejó por el cielo!

¡Cuántas veces he besado, con cuántas lágrimas he bañado el piso de su cuarto! Aquella casa era para mí como una reliquia consagrada; todavía la veía en ella por do quiera; allí veía sus palomas, su caballo, su jardín, las dos hermosas niñas sirias que venían á jugar con ella!... Se levantan antes de amanecer, y vestidas con sus mas ricos atavíos, lloran y arrancan las flores de sus cabellos; les doy á cada una, para recuerdos de sus amigos estrangeros, á quienes ya no volverán á ver mas que en sus pensamientos, un collar de piezas de oro para el día de su boda: una de ellas, Anastasia, es la muger mas hermosa que he visto en Oriente.

El mar está como un espejo; las chalupas cargadas de nuestros amigos que van á acompañarnos hasta el buque, siguen la nuestra; damos la vela con una buena ventolina de Este; las costas de Siria, ceñidas de sus franjas de arena, desaparecen con las copas de las palmeras; las blancas cimas

del Líbano nos siguen largo tiempo sobre el mar; doblamos de noche el cabo Carmelo; al rayar el alba, estamos á la altura de San Juan de Acre, enfrente del golfo de Kaifá; la mar está hermosa y multitud de delfines saltan al rededor de nuestro buque, todo tiene una apariencia de fiesta y de alegría en la naturaleza y en las olas, al rededor de este buque que lleva unos corazones muertos á toda alegría y á toda serenidad: he pasado la noche sobre cubierta, ¿en qué pensamientos? ¡Mi corazón lo sabe! Seguimos las costas bajas de la Galilea; Jafa brilla como un peñasco de yeso en el horizonte, sobre una playa de arena blanca; nos dirigimos á ella; allí hacemos escala algunos dias: mi muger y aquellos de entre mis amigos que no pudieron acompañarme en mi viage á Jerusalem, no quieren pasar tan cerca del Santo Sepulcro sin ir á llevar á él algunos gemidos mas. Por la tarde refresca el viento, y echamos el ancla á las siete en la borrascosa rada de Jafa; la mar está demasiado picada para que podamos botar una lancha; al dia siguiente desembarcamos todos; disponen una caravana los señores Damiani, mis antiguos amigos, agentes de Francia en Jafa; se ponen en camino á las once para ir á hacer noche en Ramla: me quedo solo en casa de M. Damiani.

Paso cinco dias recorriendo solo los alrededores; los amigos árabes á quienes conocí en mis dos primeros viages, me llevan á los jardines que tienen

en las cercanías del pueblo; ya he descrito estos jardines; son unos profundos bosques de naranjos, de limoneros, de granados y de higueras, tan grandes como los nogales en Francia; el desierto de Gaza rodea por todas partes estos jardines: una familia de labradores árabes vive en una cabaña contigua; junto á ella hay una cisterna ó un pozo, camellos, cabras, carneros, palomas y gallinas. El suelo está cubierto de naranjos y de limones dulces caídos de los árboles;—se levanta una tienda en el borde de uno de los canales de regadío que fertilizan el terreno, sembrado de melones y de pepinos;—debajo se extienden alfombras; la tienda está abierta del lado del mar para recibir la brisa que sopla desde las diez de la mañana hasta la tarde, se perfuma pasando entre las copas de los naranjos y arrastra una lluvia de azahar. Desde allí se ven las puntas de los minaretes de Jafa y los bajeles que van y vienen del Asia Menor á Egipto. Así paso mis días; escribo algunos versos sobre el único pensamiento que me ocupa:—quisiera quedarme aquí:—Jafa, pueblo separado de todo el universo, á la márgen del gran desierto de Egipto, cuya arena forma blancos collados alrededor de estos bosques de naranjos, bajo un cielo siempre puro y tibio, seria una morada perfecta para un hombre cansado de la vida y que no desea mas que un rincón al sol.

La caravana vuelve en fin.

Pido á mi muger algunos pormenores sobre Belen y sobre los puntos circunvecinos que la peste me impidió visitar en mi primer viage: me los da y los inserto aquí:

“Al salir de los jardines de Jafa atravesamos á galope una inmensa llanura, cubierta entónces de cardos amarillos y morados. De trecho en trecho grandes rebaños que picaba un árabe á caballo, armado de una larga lanza, como en las Lagunas Pontinas buscaban un raro sustento entre las yerbas que todavía no habia calcinado el sol enteramente. Mas lejos, á nuestra derecha, y como á la entrada del desierto de El-Arish, algunos montones de barro, cubiertos de yerba seca, se alzaban del suelo, como hacinas de heno amarilleadas por la tempestad ántes de que haya podido recogerlas el cosechero:—aquello era una aldea.

“Cuando nos acercamos á ella vimos una multitud de chiquillos encueros salir como lapones, de aquellos pequeños conos volcados que formaban sus habitaciones; algunas mugeres, muy desgñadas, cubiertas apenas con una camisa azul, dejaban la lumbre que estaban encendiendo sobre dos piedras para preparar la comida, y subian á lo alto de su choza para vernos desfilar.

“Al cabo de cuatro horas de marcha llegamos á Ramla, donde nos aguardaba el agente del consu-

lado sardo, que tenia la bondad de prestarnos su casa;—las mugeres no podian hospedarse en el convento latino. Por la tarde visitamos una antigua torre á medio cuarto de legua de la ciudad, llamada la Torre de los cuarenta Mártires, ocupada ahora por los dervis giradores.

“Era un viérnes, día de ceremonia para su culto, y asistimos á ella.

“Unos veinte dervis, vestidos de un largo ropon y de un gorro puntiagudo de fieltro blanco, estaban acurrucados en corro en un recinto rodeado de una barandilla; el que parecia ser el gefe, venerable anciano de larga barba blanca, estaba, por distincion sentado sobre un cojin y dominaba á los otros. Una orquesta compuesta de un *nahi* ó bajon, de un *shoukabé*, especie de clarinete, y de dos tamborcillos reunidos, llamados *nacariate*, tocaba los mas discordantes cantos para nuestros oidos europeos. Los dervis se levantan con gravedad uno á uno, pasan por delante del superior, le saludan, y empiezan á dar vueltas con los brazos estirados, y alzados los ojos al cielo. Su movimiento pausado al principio, se va animando poco á poco, llega á una estremada rapidez y acaba por formar una especie de torbellino en que todo es confusion, deslumbramiento; miéntras que la vista puede seguirlos, sus miradas parece que espresan una gran ec-saltacion; pero en breve ya no se distingue nada.

No podré determinar el tiempo que duró aquel extraño waltz, pero me pareció larguísimo. Poco á poco sin embargo iba disminuyendo el número de los que daban las tales vueltas; rendidos de cansancio se iban dejando caer uno despues de otro y quedaban en su primera actitud; los últimos parecia que ponian gran persistencia en girar lo mas posible, y me daba lástima ver los esfuerzos que hacia un viejo dervis, jadeando y no pudiéndose tener al cabo de aquella dura prueba, para no ceder sino el último. Entretanto nuestros árabes nos hablan de sus supersticiones; aseguran que un cristiano recitando continuamente el *credo*, obligaria al musulman á girar sin fin por efecto de impulso irresistible hasta morir, que de ello habia muchos ejemplos, y que una vez habiendo descubierta los dervis al que empleaba este sortilegio, le obligaron á recitar el *credo* al revés, y destruyeron el hechizo en el momento en que iba á espirar el que daba las vueltas; y nosotros hacemos tristes reflexiones sobre la flaqueza de la razon humana, que busca á tientas, como el ciego, su senda hácia el cielo, y yerra tantas veces el camino. Estas raras estravagancias que degradan en cierto modo à la inteligencia humana, tenian sin embargo un fin digno de respeto y un noble principio. Aquello representaba al hombre queriendo honrar à Dios,—la imaginacion ansian-do ec-saltarse por movimiento fisico, y llegar, como

llega por medio del opio, á aquel aturdimiento divino, á aquel completo anonadamiento del sentimiento y del yo, que le permite creer que se ha abismado en la unidad infinita y que comunica con Dios!

“Era acaso una imitacion devota, en el origen, de los movimientos de los astros girando en torno del Criador; era, acaso, un efecto de aquella misma inspiracion entusiasta y apasionada que hizo antiguamente á David bailar delante del Arca del Señor. Algunos de nosotros hacian lo que la muger del rey profeta, y estaban tentados de burlarse de los dervis. ¡Les parecian insensatos! como á hombres que ignorasen el fondo de nuestro culto podrian parecerles absurdas algunas observaciones monacales,—la mendicidad de nuestros frailes, las maceraciones de ciertas órdenes ascéticas; pero por mas absurda que sea á la primera ojeada de la razon una práctica religiosa, una razon mas profunda y mas alta halla siempre algo que respetar en ella,—el motivo que la inspira. Nada de lo que se roza con la idea de Dios es ridículo; es á veces atroz, muchas veces insensato, pero siempre serio. La conciencia del dervis está en paz cuando ha llevado á cabo su piadoso waltz, y cree que sus piruetas han honrado á la Divinidad; pero si no le miramos como ridículo, estamos á veces tentados de tenerle lástima, y no sé si tenemos mas derecho para lo uno que para lo otro. Nosotros mismos,

¿qué seria de nosotros sin las enseñanzas del cristianismo que han venido á iluminar nuestra razon? ¿Seria mas luminosa que la suya? Ahí está la historia para responder. Se halla un Platon por millares de idólatras.

“Al salir de la torre, entramos en las galerías de un claustro arruinado, que conducen á una iglesia subterránea; bajamos por algunas gradas á una bóveda rebajada sostenida por una hermosa columnata. El aspecto de una iglesia subterránea me ha parecido siempre de un efecto imponente y patético al mismo tiempo: la oscuridad misteriosa, la soledad de aquellas silenciosas bóvedas, trasportan la imaginacion á los primeros tiempos del culto, cuando los cristianos se retiraban á profundas grutas para ocultar sus misterios á los ojos profanos, y sustraerse á la persecucion. En Oriente, la mayor parte de estas iglesias parecen construidas para embellecer aquellos primitivos asilos, y adornar, con todo el lujo de la arquitectura, aquellos humildes retiros donde la fé se escondió largo tiempo, como para vengar, con una brillante reparacion, las humillaciones y las injurias de la dominacion pagana; pero el tiempo de las persecuciones debia renacer para los infelices cristianos, y el nombre de este monumento, *Los Cuarenta mártires*, haria creer que sirvió de refugio á los fieles, sin poder protegerlos: Ahora está todo arruinado; las naves y las colum-

natas construidas por los emperadores no han inspirado mas respeto à los vencedores que las humildes grutas de los primeros discípulos de la cruz; las bóvedas sirven de caballerizas y los claustros de cuarteles.

“Todavía se ven algunas sepulturas del tiempo de los cruzados, pero la noche nos impidió detenernos mas, pues teniamos que volvernos para disponer la caravana del dia siguiente. El agá de Ramla nos dió una escolta, y recomendó à los *Cawas* en gefe que no se separasen de mí un momento en los desfiladeros de las montañas en que íbamos à entrar, y que para todo tomasen mis órdenes. El respeto de los musulmanes à las mugeres europeas forma un contraste singular con la dependencia en que tienen à las suyas: en efecto quedamos contentísimos de la suma córtesia de aquel jenízaro, siempre al lado de mi yegua, no comprendia como podia tenerme en equilibrio en los escarpados senderos que íbamos trepando; mas adelante nos fué muy útil, cuando encontramos, precisamente en aquellas gargantas, innumerables peregrinos que volvian de Jerusalem, que nos cerraban el paso; él los obligó à cedernos el sendero menos malo entre los peñones de granito y las raices de los arbustos que ceñian el barranco y nos impedian rodar al precipicio; à no mediar su autoridad, hubieran ocurrido mil percances en aquel angosto y difeíl paso:

“Al salir de Ramla, el camino continúa por un llano durante dos leguas; nos paramos en los Pozos de Job, pero como no llevábamos cántaros para sacar agua, y esta estaba muy baja, proseguimos nuestra marcha. Todo este pais conserva vestigios tan vivos de los tiempos bíblicos, que ninguna sorpresa, ninguna dificultad experimenta uno en admitir las tradiciones que dan el nombre de Jacob à un pozo que todavía ecsiste, y se espera uno à ver al patriarca abreviar en él los rebaños de Raquel, lejos de dudar de su edentidad. Solo por la reflexion llega uno al asombro ó à la duda, cuando los cuatro mil años trascurridos y las diferentes fases por donde ha pasado la humanidad se presentan à la imaginacion y vienen à hacer titubear la fè; por lo demas, en una llanura en que no se encuentra agua mas que de tres en tres ó de cuatro en cuatro horas, un pozo, un manantial, ha debido ser un objeto tan importante en los siglos pasados como hoy, y su nombre ha podido conservarse tan religiosamente como el de las torres de David ó el de las cisternas de Salomon. Pronto entramos en las montañas de la Judea; el camino es cada vez peor; ya el borde de un precipicio no deja à los caballos mas que el espacio preciso para poner la planta; ya las peñas rodadas y hacinadas en mitad del sendero forman una empinada escalera que solo pueden subir los caballos árabes; pero, por malo que sea

este camino, no presenta ningun peligro comparable á los de la subida del valle de Hamana.

“En lo alto de la primera cima, nos volvemos un instante para disfrutar de una vista magnífica sobre todo el pais que acabamos de recorrer hasta la playa mas allá de Jafa: aunque todo estaba sereno al rededor nuestro, el horizonte del mar, rojo y cargado, anunciaba á un ojo esperto una próxima tempestad; ya las olas agitaban los buques en la rada, y procuramos distinguir el nuestro, pensando en los que se han quedado á bordo. Mis tristes previsiones no eran infundadas; al dia siguiente varios buques fueron arrojados á aquella peligrosa costa, y el nuestro, despues de haber garado largo tiempo sobre el ancla, rompió su cable en medio de un espantoso vendabal. Despues de aquella breve parada, bajamos la vertiente de la montaña para subir otras nuevas, ya entre avenidas de piedras que ruedan bajo los piés de nuestros caballos, ya por el borde de una estrecha cornisa. Las costas, á derecha é izquierda, son á veces muy frondosas; la brillante verdura de los fresales y de los durillos contrasta con el pálido color de los lentiscos y de los olivos. Muchas veces solo faltaba agua para que fuese el paisaje completo; pero otro espectáculo de distinta naturaleza nos aguardaba. Una procesion de innumerables peregrinos de todas nociones, que volvian de Jerusa-

len, desfilaba en frente de nosotros, desde la cumbre de una pelada y árida montaña hasta la garganta donde nos hallábamos. Nada podria representar el pintoresco efecto de aquella escena. La variedad de los colores, de los trages, de las aposturas, desde el rico armenio hasta el mas pobre monge griego, todo contribuia á embellecerla. Despues de haber admirado el efecto general, pudimos á todo nuestro sabor examinar sus pormenores en las dos horas que tardamos en cruzarnos mutuamente: ya pasaba un patriarca griego, con su lujosa vestimenta, magestuosamente sentado en una silla de grana de oro, llevándole el caballo de la rienda dos saís, y seguido de una muchedumbre á pié, comitiva parecida á la marcha triunfal de un legado del papa en la edad media;—ya una pobre familia cuyo padre conducia con el báculo de peregrino un macho cargado de chiquillos; el mayor montado en el pescuezo del animal, llevaba un cordel por brida y un cirio por estandarte. Otros niños, hacinados en canastos á modo de aguaderas, mordiscaban algunos restos de pan bendito; la madre, pálida y estenuada, seguia á duras penas, dando el pecho al mas chiquito, suspendido de su cuello en una ancha faja; luego seguia una larga hilera de neófitos, cada uno de los cuales llevaba un enorme cirio pascual conforme al rito griego y salmodiando con acento nasal y monótono;—mas lejos, los judíos con turbantes colorados, con

largas barbas negras, notables por sus ojos penetrantes y siniestros, parecia que maldecian interiormente un culto que les habia desheredado. ¿Por qué se hallaban en aquella muchedumbre de cristianos? Unos se habian aprovechado de la caravana para ir à visitar la sepultura de David ó el valle de Tiberiades; otros habian especulado sobre el lucro probable suministrando víveres à la multitud.

De cuando en cuando interrumpian la hilera pedestre algunos camelleros cargados de inmensos fardos, y acompañados de sus camelleros vestidos al uso árabe,—ancho calzon pardo bordado de azul, y el *cafié* amarillo en la cabeza; luego seguian las familias armenias; las mugeres tapadas con su gran velo blanco, viajaban en un *tatrewan*, especie de jaula colocada sobre dos machos; los hombres, con largos ropones de color oscuro, la cabeza cubierta con el gran *calpach* cuadrado de los habitantes de Esmirna, llevaban de la mano à sus hijos, cuyo aspecto grave, reflexivo, calculador, en nada deja traslucir la natural ligereza de la infancia;—multitud de marineros griegos y de patronos de bajeles piratas, recién llegados de los puertos del Asia Menor y del Archipiélago, cargados de peregrinos como un negrero de esclavos, juraban en su lengua enérgica y aceleraban la marcha para volver à embarcar cuanto antes su cargamento de hombres. Un niño enfermo iba en una litera, rodeado de su familia, que lloraba su esperanza frustrada del mi-

lagro de la súbita cura que esperaban de su devota peregrinacion.

• ¡Ah! yo tambien lloraba, y habia esperado é implorando à Dios como ellos; pero mas desgraciada que ellos todavia, no tenia ni aun la incertidumbre de mi desventura!

“Al fin iba una muchedumbre de miserables cotos andrajosos, mugeres y niños, arrastrándose con trabajo cual si salieran de un hospital. Toda aquella turba, tostada por el sol, jadeando de sed, andaba lo mas aprisa que podia para alcanzar la caravana y no quedarse abandonada en los desfiladeros de las montañas. Vergüenza me daba verme à caballo, escoltada por jenízaros, acompañada por buenos amigos que me evitan todo peligro, toda molestia, mientras que una fe tan viva habia arrastrado à millares de individuos à arrostrar fatigas, enfermedades, todo linage de privaciones. Aquellos eran verdaderos peregrinos; yo no era mas que una viagera.

“Entre aquella primera cordillera y las últimas montañas que dominan à Jerusalem, se hallan un gracioso valle y la aldea de Jeremías. Acabábamos de pasar por delante de la antigua iglesia griega que, como tantas otras, es ahora un establo, cuando vimos como hasta unos cincuenta árabes dispuestos en anfiteatro en la ladera de la colina y sentados bajo hermosos olivos. En medio del cor-

ro, y sobre un cerro que dominaba los otros, estaba el gefe, el famoso Abugosh, en pié; á ambos lados de él, se veian su hermano y su hijo bien armados y fumando sus pipas; sus caballos, atados á los árboles detras de ellos completaban el cuadro. Al llegar nuestra caravana, envió á su hijo á parlamentar con nuestro dragoman que caminaba á la cabeza, y cuando supo que la escolta conducia a Jerusalem á la muger del emir franco á quien habia conocido hacia seis meses, me suplicó que nos detuviésemos y aceptásemos el café.

“Guardámonos muy bien de rehusar, y habiendo distribuido á nuestros *cawas* y á nuestros camelleros las provisiones para la parada, nos dejamos conducir á una pequeña distancia del grupo de los árabes. Allí, nuestra dignidad escigia que nos detuviésemos para esperar que ellos anduviesen la mitad del camino, y con efecto, Abugosh se puso en pié y se llegó á M. de Parseval. Despues de habernos hecho mil cumplimientos y ofreciéndonos el café, me pidió una audiencia reservada. Hice que se retirasen los míos á cuatro pasos, y por medio de mi intérprete, supe que un hermano suyo se hallaba prisionero en poder de los Egipcios, y que creyendo que mi marido tenia un inmenso influjo en los consejos de Ibrahim-Bajá, me rogaba que solicitase su intervencion en su favor para que le pusiesen en libertad. Muy distantes estábamos seguramenta de tener el crédito que nos su-

ponia, pero la casualidad quiso que me fuese posible hacerle aquel servicio.

“Cuando llegamos junto á Jerusalem, interceptaba la vista de las murallas un gran campamento de tropas de Ibrahim-Bajá. Los centinelas se adelantan, nos ecsaminan, hablan á nuestro dragoman, y nos abren paso por entre el campamento: pronto nos hallamos en frente de la tienda del general. Las cortinas levantadas nos lo dejan ver, tendido en un divan de cachemira, rodeado de sus oficiales, unos de pié, otros sentados sobre alfombras de Persia; sus vestidos de espléndidos colores, guarnecidos de ricas pieles y recamados de oro, sus brillantes armas, los esclavos negros que le presentaban el café en bandejas de plata, formaban para nosotros una escena vistosa y nueva. Al rededor de las tiendas, los sais paseaban los mas hermosos caballos árabes, para que se secase la espuma de su reluciente pelo: otros sujetos con trabas, relinchaban de impaciencia, herian la tierra con el casco, y lanzaban miradas de fuego á un piquete de caballería pronto á partir. Las tropas egipcias, formadas de reclutas nuevos, mezquinamente vestidos de colorado, medio á la europea, medio á la oriental, contrastaban con los árabes cuyos trages eran hermosos y muy holgados. Y sin embargo, aquellos egipcios pequeños, feillos y de mala facha, marchaban de conquista en con-

quista, y hacian temblar al sultan hasta en las puertas de Constantinopla!

“Entramos en la ciudad santa por la puerta de Belén, torciendo inmediatamente à la izquierda para pasar el barrio donde está el convento latino. Como no se recibe en él à las mugeres, tomamos posesion de una casa generalmente desocupada; pero que sirve para alojar à los estrangeros cuando está ya lleno el convento de los padres de la Tierra-Santa. Tendemos nuestros colchones sobre unos bancos dispuesto para este efecto, esperando descansar de las emociones del dia y hallar fuerzas para soportar otras nuevas y mas palpitantes todavía; pero asaltados por millares de insectos, de mosquitos, de pulgas, de chinches, que sin duda carecian de sustento hacia mucho tiempo en aquellos cuartos desiertos, ó que, suposicion mas funesta todavía, eran las reliquias que habian dejado allí algunos de aquellos peregrinos desarrapados que encontramos en el camino, no pudimos cerrar los ojos y pasamos la noche entera mudando de sitio para huir de aquella peste; así fué que uno de nuestros compañeros de viage, à pesar de nuestras exhortaciones para que tuviese paciencia, acabó por ir à refugiarse en el convento. Vino à vernos el procurador general, y nos dijo que, si le hubieran avisado, hubiera hecho disponer mejor posada para recibirnos, y prometió arreglarlo para el dia si-

guiente:—me deshago en excusas, le aseguro que no carecemos de nada, y todavía me avergüenzo de nuestro poco sufrimiento delante de aquel humilde apóstol de la pobreza y de la abnegacion.

“El procurador general era un español de superior capacidad, dotado de una alta inteligencia de los hombres y de las cosas. Durante nuestra residencia en Jerusalem, tuve ocasion de apreciar particularmente su indulgente bondad, su mérito y la utilidad de su influjo en la Tierra-Santa; pero de edad apenas de cincuenta años, su carrera de pruebas debia acabar en este mundo por el martirio,—en el momento tal vez en que esperaba disfrutar algun descanso en su pais natal. Habiéndose embarcado, poco tiempo despues de nuestra partida, para volver à España, fué asesinado con otros quince religiosos por unos marineros griegos, no lejos de la costa de Chipre. Un muchacho musulman, el único que escapó de la matanza, persiguió y denunció à los asesinos, que fueron cogidos en Caramania.

“Al amanecer del dia siguiente empezamos à visitar los Santos lugares; pero aquí debo detenerme y callar las íntimas sensaciones que me inspiraron aquellos sitios porque todas me son personales. Tampoco hablaré del aspectode las calles de Jerusalem, ya descritas por mis compañeros de viage. Encerré en mi corazon todas mis impresiones, y cier-

to que ninguna necesidad tenia de escribirlas, pues eran harto profundas para que se borren nunca de mi memoria; si hay sitios en el mundo que tienen la dolorosa facultad de despertar todo lo que hay de tristeza y de luto en el corazon humano y de responder al dolor interior con un dolor, por decirlo así, material, estos son seguramente. Cada paso que se da aquí resuena hasta el fondo del alma, como la voz de las lamentaciones, y cada mirada cae sobre un monumento de santa tristeza que absorbe nuestras tristezas individuales en aquellas inefables miserias de la humanidad que fueron padecidas, espiadas y consagradas aquí!

Salimos de Jerusalem á las cinco de la mañana á fin de llegar á Belén á la hora en que se dice misa en la gruta de la Natividad; un anciano religioso español, de larga barba, cubierto de un *machlah* (1) listado con anchas rayas negras y blancas, y cuyos pies tocaban el suelo, pues iba montado en un borriquillo muy pequeño, iba delante y nos servia de guía. Aunque estábamos en el mes de Abril, un viento glacial soplabá con violencia y amenazaba derribar á mi caballo y á mí con él aquella ventisca era el último resto del huracan que habia revuelto el mar de Jafa. El polvo que se alzaba en remolino me cegaba, abandoné las

[1] Capa beduina.

riendas de mi yegua á mi sais árabe, y embozándome bien en mi *machlah*, me concentré en las reflexiones que inspiraban naturalmente el camino que seguíamos y los objetos consagrados por la tradicion; pero estos objetos son demasiado conocidos, y no me pararé á describirlos;—el olivo del profeta Elías,—la fuente donde se volvió á aparecer la estrella á los magos,—el sitio de Rama, de donde salia la amarga voz que resonaba en mi propio corazon, todo excitaba en mí sensaciones demasiado íntimas para espresarlas.

“El convento latino de Belén! habia estado cerrado once meses á causa de la peste; pero ya hacia algun tiempo que no habia habido nuevas víctimas, y cuando nos presentamos en la puertecilla baja que da entrada al monasterio, se abrió para nosotros; despues de haber pasado uno á uno, agachándonos bajo la estrecha abertura, nuestro primer movimiento fuè de sorpresa al hallarnos en una magestuosa iglesia; cuarenta y ocho columnas de mármol, cada cual de una sola pieza, colocadas en dos hileras á cada lado, formaban cinco naves, coronadas por un macizo maderámen de palo de cedro; pero en vano buscamos el altar y el púlpito, todo estaba hecho pedazos, y una pared groseramente labrada, dividia aquel hermoso buque en el nacimiento de la cruz; y ocultaba así la parte reservada al culto, que todavía se disputan las diver-

sas comuniones cristianas. La nave pertenece à los Latinos, pero no sirve mas que de vestíbulo para el convento; se ha tapiado la puerta principal, y la poterna baja por donde penetramos se habia abierto para preservar aquellas veneradas reliquias de la profanacion de las hordas de árabes vandoleros que entraban à caballo hasta el pié del altar para coger à los religiosos y escogirles luego buenos rescates.

“El padre superior nos recibe con cordialidad; — su rostro afable, sereno y contento está tan distante de la austeridad del anacoreta, como de la jovial incuria de que se acusa à los frailes, nos hace varias preguntas acerca del país que acabamos de recorrer y de las tropas egipcias acampadas tan cerca de ellos. Once meses de reclusion le tenian sediento de noticias, y se tranquilizó enteramente cuando supo que Ibrahim-Bajá concedia proteccion à las poblaciones cristianas de Siria.

“Despues de algunos momentos de descanso, nos preparamos à oír misa en la capilla del Pesebre; encienden una linterna, y bajamos, siguiendo à los padres, hasta un largo laberinto de corredores subterráneos que es preciso atravesar para llegar à la gruta sagrada. Estos subterráneos están poblados de sepulturas y de recuerdos; — aquí está el sepulcro de S. Gerónimo, allí el de santa Paula, aquí el de santa Eustoquia, allí el Pozo de los Inocentes;

pero nada puede fijar nuestra atencion en este momento: la brillante claridad de treinta ó cuarenta lámparas, bajo una pequeña bóveda, en el fondo del pasadizo, nos muestra el altar construido en el sitio mismo de la Natividad, y dos pasos mas abajo, à la derecha, el del Pesebre; estas grutas naturales están en parte tapizadas de marmol para sustraerlas à la indiscreta devocion de los peregrinos, que desgarraban sus paredes para llevarse algunos fragmentos, pero todavía se puede tocar la roca pelada detras de las losas de mármol con que se ha cubierto, y el subterráneo en general ha conservado la irregularidad de su forma primitiva; los ornatos no han alterado aquí la naturaleza, como en algunos lugares santos, hasta el punto de inspirar dudas acerca de su autenticidad, y solo sirven para preservar el recinto natural; así es que, pasando bajo estas bóvedas y estas aberturas en la roca, se comprende sin dificultad que han debido servir de establos para los rebaños que apacentaban los pastores en el llano, cubierto todavía hoy de verdes praderas, que se estienden à lo lejos bajo la meseta de peñascos que coronan la iglesia y el convento, como una ciudadela; la salida exterior de los subterráneos que comunicaba con la pradera se ha cerrado; pero algunos pasos mas adelante se puede visitar otra caverna del mismo género y que debia tener el mismo destino.

“Asistimos à la misa.

“La disposicion de ánimo en que desgraciadamente me hallaba yo entonces me imposibilita expresar lo que deben inspirar estos sitios y estas ceremonias; todo para mí se reasumia en un profundo y doloroso enternecimiento. Una muger árabe que fué á hacer bautizar su hijo de pocos dias al altar del Pesebre, aumentó la agitacion de mi alma. Acabada la misa volvemos al convento, no ya por el subterráneo sino por una escalera ancha y cómoda que remata en el crucero de la iglesia, detras de la tapia de separacion de que he hablado; esta escalera pertenecia en otro tiempo igualmente á las dos comuniones griega y latina; ahora la disfrutaban los griegos solos, y oimos las enérgicas quejas de los padres de Belen sobre tamaña usurpacion; querian que nos encargásemos de apoyar sus reclamaciones en Europa, y nos costó trabajo persuadirles que, aunque franceses, ninguna autoridad teniamos para conseguir que se les hiciese justicia.

“Las dos naves laterales que formaban el crucero de la antigua iglesia están constituidas en capillas particulares; la una pertenece á los armenios, y la otra á los latinos. En el centro está el altar mayor colocado inmediatamente encima de la gruta; el coro está separado de él por una verja y un tabique de madera dorada que oculta el santuario de los griegos.

“La iglesia griega en Oriente es mucho mas ri-

ca que la romana; en esta todo es humilde y modesto, en aquella todo es brillante y fastuoso; pero la rivalidad que nace de su posicion respectiva produce una impresion muy dolorosa:—es muy triste ver chismes y discordias en sitios que no deberian inspirar mas que caridad y amor.

“La construccion primitiva de la iglesia se atribuye á Santa Elena, igualmente que la de la mayor parte de los edificios cristianos de la Palestina. Verdad es que á esto oponen algunos que siendo ya de bastante edad cuando visitó la Siria, no pudo hacer ejecutar tan numerosas obras; pero el pensamiento no esige ni tiempo ni espacio; me parece que su voluntad creadora y su piadoso celo han podido presidir á monumentos empezados por órden suya y terminados despues de su muerte. Volvemos al convento; el buen padre superior nos ofrece una escelente comida en el refectorio, y dejamos con sentimiento aquel anciano, deseosos de aprovechar las horas que nos quedan para visitar las cercanías.

Al bajar al llano, nos enseñan una gruta adonde dice la tradicion que se retiró la Santa Virgen en el momento de su partida para Egipto. Sobre algunas alturas que señorean á Belen, se ven restos de torres que señalan diferentes posiciones del campamento de los cruzados y que conservan los nombres de aquellos héroes. Los dejamos á la iz-

quiera y bajamos por ásperos y encrespados senderos.

“Al cabo de una hora de camino llegamos á un vallecito estrecho, regado por un límpido arroyo: este es el huerto de Salomon, el *hortus conclusus*, cantado en el Cantar de los Cantares: efectivamente entre las cimas de las montañas de peñascos que le rodean por todas partes, este solo sitio ofrece medios de cultivo, y en todo tiempo es este valle un delicioso jardín, cultivado con el mayor esmero, cuya hermosa y húmeda verdura presenta el mas vivo contraste con la pedregosa aridez de cuando le circunda. Puede tener sobre media legua de largo. Seguimos el serpeante curso del arroyo sombreado por frondosos sauces, ya costeano sus herbosas márgenes, ya bañando los piés de nuestros caballos en sus aguas trasparentes sobre las tersasguijas del fondo, á veces pasando de una á otra orilla por una tabla de cedro, y llegamos en fin bajo unos peñascos que cierran naturalmente el valle. Un labrador se ofrece á servirnos de guía para subirlos; pero á condicion de que echaremos pié á tierra, y daremos nuestros caballos á sus mozos, que nos lo llevarán á la cima dando largos rodeos.

“Torcemos á la derecha, y subimos penosamente por espacio de una hora; cuando llegamos á la altura, descubrimos los mas hermosos restos de an-

tigüedades que hemos visto todavía,—tres inmensas cisternas, abiertas en la peña viva y siguiendo el declive de la montaña, una encima de otra, en anfiteatro. Las paredes están tan lisas, las esquinas tan enteras como si acabasen de recibir la última mano. Sus bordes, cubiertos de losas como un muelle, resuenan bajo los piés de los caballos. Estos hermosos estanques, llenos de una agua diáfana, en la cima de una árida montaña, asombran é inspiran una alta idea del poder que concibió y ejecutó tan vasto proyecto; así es que se atribuyen á Salomon. Mientras los contemplo, mis compañeros de viage los miden, y hallan que tiene cada uno alrededor de cuatrocientos piés sobre ciento setenta y cinco; el primero es el mas largo, el último el mas ancho, y tiene lo menos doscientos piés de abertura: van agrandándose hasta la cumbre: —encima de la mas alta de aquellas gigantescas cisternas, un pequeño manantial, escondido entre la verdura, es el *fons signatus* de la Biblia, y alimenta él solo aquellos receptáculos, que antiguamente se derramaban en acueductos que llevaban el agua hasta el templo de Jerusalem; á cada paso hallábamos en el camino restos de aquellos acueductos. No lejos de allí, antiguos muros almenados, probablemente del tiempo de las cruzadas, rodean un espacio donde la tradicion supone que habia un palacio habitado por las mugeres de Salomon; ya no queda de él ningun vestigio, y el solar,

cubierto de estiércol y de inmundicias, sirve actualmente de corral adonde se recogen de noche los pastores y el ganado que van á pasar en las montañas la estacion de los pastos, como en los Alpés, en Suiza. Volvimos á Jerusalem por un antiguo camino, ancho y empedrado, llamado la *via Salomon*, camino mucho mas corto y directo que el que tomamos por la mañana, pero ya estaba muy adelantada la noche cuando pasamos por debajo de la bóveda de la puerta de los peregrinos.

“El 25 de Abril, despues de haber visitado por última vez el Santo sepulcro, pedimos al eclesiástico que nos acompañaba, que nos hiciese dar la vuelta por fuera de la iglesia, para darnos cuenta clara de las desigualdades de terreno que esplican la reunion del sepulcro y del calvario en el mismo monumento. Este circuito es difícil, porque la iglesia está rodeada de edificios que obstruyen las comunicaciones; pero atravesando algunos patios y algunas casas, conseguimos satisfacernos sobre los puntos que nos interesaban.

Luego montamos á caballo para seguir los muros de la ciudad y visitar las sepulturas de los reyes.

Al norte de Jerusalem, saliendo por la puerta de Damasco, á cosa de media legua, se halla una escavacion en la roca que forma un patio de sobre veinte pies de profundidad, cerrada por tres lados de las paredes de la peña tajadas á cincel, que

ofrecen el aspecto de tapias adornadas de esculturas cinceladas en la misma piedra, representando puertas, pilastras, frisos de primoroso trabajo; puede presumirse que el levantamiento gradual del terreno ha disminuido muchos piés la altura de aquella escavacion, porque el boquete que ecsiste á la izquierda para entrar en el santuario es tan bajo, que no se puede penetrar en él sino á rastras.

Conseguimos con suma dificultad introducirnos y encender hachas; con lo que una infinidad de murciélagos, despertados por nuestra invasion, nos acometieron y pelearon, por decirlo así, para defender su territorio; y si la retirada hubiera sido fácil, creo que hubiéramos retrocedido ante ellos: poco á poco se fué restableciendo el sosiego, y pudimos ecsaminar aquellas estancias sepulcrales, escavadas y labradas en la peña viva: los ángulos están tan limpios y las paredes tan tersas cual si los hubiera pulimentado el artífice en la cantera. Cinco visitamos, que comunicaban entre sí por medio de aberturas á las que se aplicaban, sin la menor duda, algunas piedras labradas en forma de puertas, que yacian por el suelo, y hacian presumir que cada estancia estaba cerrada y sellada cuando los nichos abiertos en las paredes para recibir los sarcófagos ó las urnas cinerarias estaban llenos. ¿Quiénes eran ó debian ser los habitantes de aquellas moradas dispuestas con tanto dispen-

dio? Todavía está esto en duda; muchas son las opiniones en punto á su origen; el interior, que es sencillo y grandioso, puede ascender á la mas remota antigüedad; nada determina su época. La escultura exterior parece de un trabajo harto acabado y de un gusto harto puro, para pertenecer á los remotos tiempos de los reyes de Judea; pero desde que he visto á Balbek, mis ideas se han modificado mucho en punto á la perfeccion á que llegó el arte antes de las épocas conocidas.

“Proseguimos nuestro paseo entre algunos olivares, y volviendo á bajar al valle de Josafat, subimos luego hácia medio día por los muros de Sion.

“La sepultura de David, el santo Cenáculo y la iglesia armenia que posee la piedra sellada en la entrada del Santo Sepulcro, nos determinaron á volver por esta puerta, *Bab el Daoud*; pero cuando quisimos visitar el subterráneo donde la tradición pone los huesos del Rey profeta, los turcos se opusieron á ello y nos dijeron que estaba absolutamente prohibida la entrada: suponen que hay inmensas riquezas enterradas en esa sepultura real, que los extranjeros saben donde están y que vienen con objeto de descubrirlas y robarlas.

“El santo cenáculo es una gran sala abovedada, sostenida por columnas y ennegrecida por el tiempo; si la vejez se admite como prueba, presenta las señales de una remota antigüedad: situado sobre

el monte Sion, fuera de los muros de la ciudad de entonces, sería muy posible que los discípulos se hubiesen retirado á él despues de la resurreccion, y que se hallasen reunidos allí en la época de Pentecostés, como aseguran las tradiciones populares. Aunque el saco de Jerusalem, en tiempo de Tito, no dejó en pié mas que las torres y una parte de las murallas, los solares quedaron suficientemente indicados, y los primeros cristianos debieron dar grande importancia á perpetuar su memoria por medio de construcciones sucesivas, en los mismos sitios, y muchas veces con los escombros de los antiguos mooumentos; pero es inútil entrar en pormenores sobre Jerusalem, asunto sobre el cual está ya dicho cuanto hay que decir; solo añadiré cuatro palabras, en un todo independientes de los recursos religiosos, sobre el aspecto de aquella aldea de sepulcros (Siloa) que se me ha quedado impresa como un cuadro. Esta poblacion toda de árabes salvajes, que viven en cuevas y en grutas sepulcrales, ofrecería á un pintor una escena de las mas originales;—figúrese el lector, en el profundo valle de Siloa unas cavernas que presentan sus aberturas como bocas de hornos puestos unos sobre otros, diseminados en la ladera de un peñasco, ó como secciones irregulares de una colmena partida y de estas cuevas sepulcrales, de esta morada de los muertos, saliendo, como fantasmas, seres vivos, hombres, mugeres niños.

“No sé si este asunto ha sido manejado por algun pintor, pero me parece que ofrece al pincel todos los contrastes y todas las armonías juntamente.

El 26 de Abril echamos las últimas miradas sobre Jerusalem, y tomamos tristemente el camino de Jafa.

“Al entrar en el valle de Jeremías, llama nuestra atención los sonidos de una música agreste, y vemos á lo lejos una tribu árabe desfilando por la ladera del collado;—envio al dragomon á averiguar qué significa aquello y vuelve á decirnos que toda aquella muchedumbre está reunida para el entierro de un caudillo, y que podemos avanzar sin recelo.

“Luego nos cuenta que aquel caudillo habia muerto de repente la víspera la en caza; por haber respirado una planta venenosa, pero el carácter conocido de los árabes de Naplusa, cuyo trage llevaban los que veíamos, nos hizo creer que mas bien habria sucumbido víctima de la animosidad de algun caudillo rival.

“A pesar de sus hábitos guerreros y de su ademán imponente, la credulidad de estos sencillos pueblos se parece á la de los niños; todo lo maravilloso los cautiva y no escita en ellos la menor desconfianza.

“Un árabe amigo nuestro, hombre de mucha inteligencia y saber, nos ha asegurado muchas veces,

en tono de convicción, que un jeque del Líbano poseia el secreto de las mágicas palabras que se emplearon en los tiempos primitivos para remover las gigantescas moles de Balbek; pero que era demasiado buen cristiano para servirse nunca de ellas ó para dibujarlas.

“Acelaramos el paso de nuestros caballos, y pronto alcanzamos á la procesion; en el centro iba el ataud sobre unas andas, cubierto con ricos paños, y encima de ellos puesto el turbante de los Osmanlis; varias mugeres árabes, desnudas hasta la cintura, con el cabello suelto sobre los hombros, los pechos acardenalados, los brazos en alto, precedian el cuerpo dando alaridos, entonando lúgubres cánticos, retorciéndose las manos y arrancándose los pelos; unos músicos, tocando el *tanble* y el *dahiere* (1), acompañan las voces con sordo y continuo redoble.

“Al frente de la procesion iba el hermano del difunto; su caballo, cubierto de hermosas pieles de angola, adornado con borlas de grana y oro que se mecían sobre la cabeza y el pecho, se ponía de manos asustado por el estruendo de aquella desacorde música; los sacerdotes, vestidos de gran gala, aguardaban la comitiva, delante de la puerta de un sepulcro coronado por una cúpula que sostenia una ligera columnata;—enfrente se hallaba la iglesia.

(1) Especie de tamboril.

arruinada cuyo tejado, en forma de azotea, estaba cubierto de mugeres tapadas con largos velos blancos, semejantes á las sacerdotisas de los antiguos sacrificios, ó á las plañideras de los monumentos de Memfis.

“Cuando el gefe llegó á la sepultura, se apeó de su caballo y se echó en los brazos del gran sacerdote con vivas demostraciones de dolor; este le exhortó á someterse á la voluntad de Dios, y á mostrarse digno de suceder á su hermano en el mando de la tribu. Llegó entre tanto la comitiva, formóse al rededor del templete; y resonaron los cantos de muerte mas penetrantes que hasta entonces;—aquellas lúgubres pantomimas, aquella pompa fúnebre aquellos himnos de desesperacion expresados en otra lengua, con otros ritos, nos parecen un vivo recuerdo de aquellas lamentaciones de que llenó Jeremías este mismo valle, y cuyo eco es todavía el mundo bíblico.”

SALIDA DE JAJA.

La misma fecha.

Nos embarcamos con muy mal tiempo; las oleadas se estrellan en los peñascos levantando colinas de espuma; esperamos un momento detras de las peñas á que pase la marejada, y nos lanzamos á alta mar á fuerza de remos; las olas vuelven y nos levantan como un corcho; bajamos al abismo y perdemos de vista el bergantin y la playa.

Volvemos á subir y á bajar, y la espuma nos cubre con un velo de lluvia.

Al fin llegamos á los costados; del buque pero sus movimientos son tan recios que no nos atrevemos á acercarnos;—esperamos un momento favorable; nos tiran una cuerda, ponen la escalera y subimos al puente. El viento se vuelve contrario; permanecemos sobre dos anclas, espuestos á cada instante á naufragar si llega á romperlas el movimiento enorme de las olas.

Horas de angustias físicas y morales en aquel horrible vaiven; por la tarde y por la noche el viento silba, como en un órgano, entre los palos y las jarcias; el buque bate como un carnero que hiriese la

arruinada cuyo tejado, en forma de azotea, estaba cubierto de mugeres tapadas con largos velos blancos, semejantes á las sacerdotisas de los antiguos sacrificios, ó á las plañideras de los monumentos de Memfis.

“Cuando el gefe llegó á la sepultura, se apeó de su caballo y se echó en los brazos del gran sacerdote con vivas demostraciones de dolor; este le exhortó á someterse á la voluntad de Dios, y á mostrarse digno de suceder á su hermano en el mando de la tribu. Llegó entre tanto la comitiva, formóse al rededor del templete; y resonaron los cantos de muerte mas penetrantes que hasta entonces;—aquellas lúgubres pantomimas, aquella pompa fúnebre aquellos himnos de desesperacion expresados en otra lengua, con otros ritos, nos parecen un vivo recuerdo de aquellas lamentaciones de que llenó Jeremías este mismo valle, y cuyo eco es todavía el mundo bíblico.”

SALIDA DE JAJA.

La misma fecha.

Nos embarcamos con muy mal tiempo; las oleadas se estrellan en los peñascos levantando colinas de espuma; esperamos un momento detras de las peñas á que pase la marejada, y nos lanzamos á alta mar á fuerza de remos; las olas vuelven y nos levantan como un corcho; bajamos al abismo y perdemos de vista el bergantín y la playa.

Volvemos á subir y á bajar, y la espuma nos cubre con un velo de lluvia.

Al fin llegamos á los costados; del buque pero sus movimientos son tan recios que no nos atrevemos á acercarnos;—esperamos un momento favorable; nos tiran una cuerda, ponen la escalera y subimos al puente. El viento se vuelve contrario; permanecemos sobre dos anclas, espuestos á cada instante á naufragar si llega á romperlas el movimiento enorme de las olas.

Horas de angustias físicas y morales en aquel horrible vaiven; por la tarde y por la noche el viento silba, como en un órgano, entre los palos y las jarcias; el buque bate como un carnero que hiriese la

tierra con los cuernos, la popa se hunde en el mar y parece prócsima á sumergirse siempre que llega la marejada y levanta la popa.

Oímos los gritos de los marineros árabes de algunos otros barcos, que han llevado á Jerusalem á los pobres peregrinos griegos. Aquellos pequeños barcos, cargados algunos de dos ó trescientas mugeres y niños, intentan dar la vela para huir de la costa; algunos pasan junto á nosotros; las mugeres lanzan gritos tendiéndonos las manos; las oleadas los sacuden como una pelota.

Algunos de aquellos barcos consiguen alejarse de la costa;—dos son arrojados á los bajos de la rada por la parte de Gaza; nuestras anclas ceden, y somos arrastrados hácia las peñas del puerto interior: el capitan hace echar otra. El viento calma, se vuelve un poco á nuestro rumbo, y huimos, con un cielo gris y brumoso, hácia el golfo de Damietta; perdemos de vista toda tierra, navegamos con mucha pestreza; pero el capitan y el teniente descubren con angustia signos precursores de una tempestad, que estalla en fin al anochecer; el viento refresca por horas, las olas parecen montañas; el buque resuena como si se rajara, todas las jarcias silban y vibran á impulso de los vendabales como fibras de metal;—aquellos agudos y lastimeros sonos se parecen á los lamentos de las mugeres griegas en las essequias de sus muertos; recogemos to-

das las velas, el buque rueda de uno á otro abismo, y cada vez que cae sobre el costado, parece que sus palos se derrumban en el mar como árboles tronchados; y las aguas salen al embate y cubren el puente; todos, escepto la tripulacion y yo, han bajado á los entrepuentes; se oyen los gemidos de los enfermos y el bamboleo de las cajas y de los muebles, que se golpean en el interior del bergantin; el mismo bergantin, á pesar de su rara solidez, parece que va á rajarse. El batir de las olas en la popa retumba como una salva de cañonazos; á las dos de la mañana la tempestad arrecia todavía; me ato con cuerdas al palo mayor, para que no me arrastren las oleadas, cuando el puente se ve casi perpendicular. Embozado en mi capa, contemplo aquel sublime espectáculo, y bajo de cuando en cuando al entrepuente para tranquilizar á mi muger que está tendida en su hamaca. El teniente, en medio de aquella horrible tormenta, no deja la faena mas que para pasar de un camarote á otro y llevar á cada cual los auxilios que escige su situacion;—hombre de hierro para el peligro y corazon de muger para la compasion;—así se pasa toda la noche. La salida del sol, de que no nos apercibimos sino en vista de la mustia claridad que se estiende sobre las olas y en las nubes confundidas, lejos de confundir la fuerza del viento, parece que la arrecia; vemos venir, desde tan lejos como al-

canza la vista, colinas de agua espumante detras de otras colinas.

Miéntas pasan, el bergantin voltea en todos sentidos, agobiado por una, levantado por otra, impelido á cada instante en una direccion nueva; hunde la proa como si fuera á sumergirse, y las olas le embisten por la popa y le cruzan en toda su longitud; de cuando en cuando se levanta: la mar, aplanada por el viento, parece á veces que no tiene olas y que no es mas que un campo de espumantes remolinos; luego empiezan las oleadas, y el buque va dando tumbos de precipicio en precipicio. En estas horribles alternativas se pasa el dia; el capitán me consulta: las costas de Egipto son muy bajas y el viento puede echarnos á ellas sin haberlas visto; las costas de Siria no tienen rada ni puerto; es preciso resolverse á ponerse al paio en medio de este mar, ó seguir el viento que nos impele hácia Chipre. Allí tendríamos una rada y un asilo, pero estamos á mas de ochenta leguas de este punto; mando enderezar la barra del timon hácia la isla de Chipre, el viento nos hace navegar tres leguas por hora; pero la mar no se sosiega. Algunas gotas de caldo frio sostienen las fuerzas de mi muger y de mis compañeros, que siguen tendidos en sus hamacas; yo tambien como algunos pedazos de bizcocho y fumo con el capitán y el teniente, siempre en la misma actitud sobre cubierta, junto

á la vitácora, asido á las jarcias, que me sostienen contra los embates del viento. La noche se echa encima, mas horrible todavía; los nubarrones pesan sobre el mar, todo el horizonte arde en relámpagos, todo es fuego en derredor nuestro; las crestas de las olas confundidas con las nubes parece que fulminan rayos; tres caen junto á nosotros, y uno en el momento en que una ola colossal tumba el bergantin de costado; las vergas se hunden en el agua, los palos golpean las olas, y la espuma que hacen botar se lanzan como una capa de fuego rasgada, cuyos girones dispersa el viento, semejantes á serpientes de llama: toda la tripulacion lanza un grito: parece que nos precipitamos en el crater de un volcan;—aquel fué el efecto de tempestad mas tremendo y admirable que ví en aquella larga noche; nueve horas pasamos así; á cada minuto creemos ver nuestros mástiles inflamados caer sobre nosotros y abrasar la nave.

Por la mañana, el cielo aparece menos cargado; pero el mar semeja una hirviente lava; el viento que se aplanaba un poco y que ya no sostiene el buque, hace mas pesado el balance:—debemos hallarnos á treinta leguas de la isla de Chipre. A las once empezamos á ver tierra, y de hora en hora va blanqueando mas, estamos en frente de Limasol, uno de los puertos de aquella isla; navegamos á todo trapo: la mar va sosegándose mas y mas, y

seguimos la direccion de las costas á dos leguas de la playa buscando la rada de Larnaca, donde ya vemos los mástiles de muchos buques que han buscado en ella un refugio, como nosotros; el viento recobra su furia y en pocos instantes nos impele á aquel asilo; el impulso del buque es tan recio que tememos que se nos rompan los cables al echar el ancla; pero al cabo la echamos, garra algunas brazas y muerde el fondo. Nos hallamos en una mar todavía picada, pero cuyas olas no hacen mas que mecernos sin peligro; veo los mástiles del pabellon de los cónsules europeos de Chipre que nos saludan, y la azotea del consulado de Francia, donde nuestro amigo, M. Bottu, nos hace seña de reconocimiento: todos se quedan á bordo:—mi muger no podria volver á ver, sin desgrrarsele el corazon, á aquella escelente y feliz familia de M. Bottu que, hace quince meses, la agasajó tanto cuando ella tambien era feliz.

Salto en tierra con el capitan; recibo de M. y Madama Bottu, de los señores Perthier y Guillois, jóvenes franceses agregados al consulado, las muestras de bondad y afecto que aguardaba de ellas; visito al señor Mathei, banquero griego á quien voy recomendado; enviamos provisiones de todo género á bordo, y á ellas añade el señor Mathei regalos de vinos de Chipre y carneros de Siria. Miéntras recorro las cercanías del pueblo con M. Bottu, vuelve á empezar la tempestad; ya no se

puede comunicar con los buques fondeados en la rada: las olas cubren los muelles y lanzan su espuma hasta las ventanas de las casas;—paso una noche horrible asomado á la ventana de mi cuarto, en el consulado de Francia, mirando el bergantin donde está mi muger, bamboleada en la rada por inmensas oleadas, temblando á cada instante de que garren las anclas y arrojen el buque en los arrecifes con todo lo que me resta de mi felicidad en este mundo.

A la tarde siguiente, el mar se calma en fin; volvemos á bordo y pasamos tres horas en la rada aguardando mejores vientos, y visitados sin cesar por el señor Mathei y M. Bottu. Este jóven y amable cónsul era de todos los agentes franceses en Oriente el que mas cordialmente recibia á sus compatriotas, y mas honraba el nombre de su nacion; yo le estaba agradecidísimo por lo mucho que me habia agasajado las dos veces que estuve en Chipre; era feliz, rodeado de una esposa cara á su corazon, y de hijos que formaban toda su delicia:—ahora me dicen que la muerte le hirió pocos dias despues de nuestra partida; su empleo era el único caudal de su familia, y él consagraba ese caudal todo entero á llenar sus deberes de cónsul: su pobre viuda y sus interesantes hijos se hallan ahora á merced de la Francia, á la que supo servir y honrar.—¡Ojalá piense en ellos la Francia acordándose de él!

30 de Abril, 1833.

Damos la vela con vientos variables, y empleamos tres dias en doblar la punta Occidental de la isla dando bordadas hácia tierra.

Vemos el monte Olimpo, y Pafos y Amatonte:—hechicero aspecto de las costas y de las montañas de Chipre por este lado; esta isla seria la mas hermosa colonia del Asia-Menor; en el dia no tiene mas que treinta mil almas y podia sustentar y enriquecer millones de hombres; cultivable en todos sus puntos, fecunda, regada, con radas y puertos naturales en todos sus costados; colocada entre la Siria, la Caramania, el Archipiélago, el Egipto y las costas de Europa, seria el jardin del mundo.

3 de Mayo 1833.

Esta mañana descubrimos las primeras cimas de la Caramania, y el monte Tauro á lo lejos,—cimas desiguales y cubiertas de nieve como los Alpes vistos desde Leon:—vientos suaves y variables;—noches bellísimas;—cielo espléndido tachonado de estrellas.

Entramos de noche en el golfo de Satalia:—aspecto de este golfo semejante á un mar interior:—el viento se aplana:—el buque duerme como sobre un lago;—á cualquier lado que se vuelva la vista, cae sobre el montañoso engarse de las bahías:—planos de montañas de todas las formas y alturas huyen unos detras de otros, dejando á veces entre sus desiguales cimas altos valles donde nada la plateada luz de la luna;—blancos vapores se deslizan sobre sus laderas, y sus crestas se pierden entre olas de pálida púrpura:—detras se alzan las angulosas cimas de Tauro con sus dientes de nieve:—algunos cabos bajos y frondosos se prolongan de trecho en trecho dentro del mar, y pequeñas islas, semejantes á buques al ancla, se destacan á veces de la orilla:—un profundo silencio reina en el mar y en la tierra:—no se oye mas que el ruido que hacen los delfines lanzándose de cuando en cuando del seno de las aguas para triscar como cabritillos en un prado; las olas tersas y jaspeadas de plata y oro parecian istriadas como columnas jónicas tendidas por el suelo:—el bergantin no experimenta la menor oscilacion; á media noche se alza una brisa de tierra que nos hace salir lentamente del golfo de Satalia y rasar las costas del Asia-Menor hasta la altura de Castelrozzo.

Entramos en todos los golfos, y casi tocamos la costa:—las ruinas de esta tierra que formaba varios reinos, el Ponto, la Capadocia, la Bitinia, tierra

vacía y solitaria ahora, se dibujan sobre los promontorios; los valles y los llanos están cubiertos de selvas donde los turcomanos plantan sus tiendas en invierno:—en verano está desierto, excepto algunos puntos de la costa, como Tarsus, Satala, Castelrozzo y Marmorizza, en el golfo de Macri.

Mayo 1833.

La corriente que reina á lo largo de la Caramania nos impele hácia la punta de este continente y al desembocadero del golfo de Macri; durante la noche, damos bordadas para acercarnos á la isla de Rodas:—el capitan, temiendo la proximidad de la costa de Asia con el viento de oeste que empieza á soplar, nos echa á alta mar:—nos despertamos casi a la vista de Rodas.

Vemos á corta distancia de nuestro bergantín de conserva el *Alceste*, pero el calmazo nos impide acercarnos á él en todo el día;—al anochecer, una fresca ventolina nos interna en el golfo de Marmorizza, y al rayar el día fondeamos en el puerto de Rodas.

Mayo, 1833.

Pasamos tres días recorriendo las cercanías de Rodas:—sitios bellísimos en las laderas de la montaña que mira al Archipiélago. Al cabo de dos horas de marcha por la playa, entro en un valle al que dan sombra hermosos árboles y que riega un arroyuelo; siguiendo las orillas del arroyo trazadas por los oleandros, llego á una reducida meseta que forma el último escalon del valle, donde hay una casita habitada por una pobre familia griega;—la casa, casi enteramente cubierta por las ramas de las higueras y de los naranjos, tiene, en su huerto, las ruinas de un templete de las ninfas, una gruta y algunas columnas y capiteles esparcidos, medio tapados por la yedra y las raíces de los arbustos: encima hay una praderita de dos ó trescientos pasos de anchura, con una fuente donde crecen dos ó tres sicomoros, uno de los cuales da sombra el solo á toda la pradera:—este es el árbol sagrado de la isla; los turcos le respetan, y por haber un día un pobre labrador griego cortado una rama de aquel árbol, el bajá de Rodas le hizo dar una paliza. No es cierto que los turcos degraden la naturaleza ó las obras del arte; todo lo dejan como está: su único medio de arruinarlo todo es no mejo-

rar nada. Encima de la pradera y de los sicomoros, las colinas que se alzan verticalmente ostentan pinares y abundan en torrentillos que abren barrancas en sus faldas; luego las altas montañas de la isla señorean y dan sombra á las colinas, al prado y á la fuente. Desde las orillas de la fuente, donde estoy tendido, veo, por entre las ramas de los pinos y de los sicomoros, el mar del Archipiélago de Asia, que parece un lago sembrado de islas, y los profundos golfos que se internan entre las altas y sombrías montañas de Macri, todas coronadas de almenas de nieve; no oigo mas que el rumor de la fuente, el del viento en las hojas, el vuelo de un *bulbul* (ruiseñor) asustado de mi presencia, y el triste canto de la labradora griega que está cunando á su hijo en el techo de su cabaña.

¡Cuán delicioso me hubiera parecido este sitio hace seis meses!

Encuentro en un sendero de las altas montañas de Rodas á un caudillo chipriota, vestido á la europea, pero con gorro griego y larga barba blanca. Le reconozco; se llama Teseo; es sobrino del patriarca de Chipre; y se ha distinguido en la guerra de la independencia. De vuelta en Chipre despues de la pacificación de la Morea, su nombre, su talento, su actividad, le han ganado la población griega de Chipre. En la época del levantamiento que hubo en esta isla, los montañeses se pusieron

á sus órdenes; empleó su influjo para sosegarlos, y despues de haber obtenido, de acuerdo con M. Bottu, el cónsul de Francia, la reparacion de algunas ofensas, dispersó su gente y se refugió en el consulado de Francia para sustraerse á la venganza de los turcos. Un buque griego le ha traído á Rodas, donde no está en seguridad; le ofrezco un camarote en uno de mis bergantines, donde en efecto se refugia.

Le llevaré á Constantinopla, á Grecia ó á Europa, como quiera. Es un hombre que constantemente ha jugado su vida y su hacienda contra el destino,—hombre lleno de ingenio y de audacia, que habla todas las lenguas, conoce todos los países, tiene una conversacion amena é inagotable, y en quien la accion es tan rápida como el pensamiento; uno de esos hombres, cuya naturaleza es el movimiento, y que se elevan, como los pájaros de las tempestades, con el torbellino de las revoluciones para caer con ellas. La naturaleza forma pocas almas de este temple:—los hombres de esta disposición son generalmente desgraciados: se los teme, se los persigue; serian admirables instrumentos si se supiese emplearlos bien.

Envio una barca á Marmorizza con un jóven griego que se quedará á esperar mis caballos y dará orden á mis sais de que vayan á reunirse conmigo en Constantinopla. Nos decidimos á ir por

mar, visitando las islas de la costa de Asia y las orillas del continente.

Damos la vela á media noche con buen viento; doblamos el cabo Krio en la tarde del primer dia; —hermosa y dulce navegacion entre las islas de Piscopia, de Nisyra y la isla encantada de Cos, patria de Esculapio. Despues de Rodas, Cos me parece la isla mas risueña y graciosa de este archipiélago; —bellísimas aldeas, sombreadas por hermosos plátanos, ciñen sus márgenes; la ciudad es alegre y muy elegante. Por la tarde, nos hallamos como extraviados con nuestros dos bergantines, en medio de un laberinto de islitas desiertas, todas alfombradas de espesa y alta verdura; hay entre ellas lindísimos canales, y casi todas tienen pequeñas ensenadas donde podrian fondear los buques:—¡qué de encantadoras moradas para los hombres que se quejan de que les falta espacio en Europa! Estas islas tienen el clima y la fertilidad de Rodas y de Cos: un inmenso continente está á dos leguas; damos bordadas sin fin entre este continente y esas islas, y vemos al sol brillar sobre las grandes ruinas de las ciudades griegas y romanas del Asia Menor. Al dia siguiente nos despertamos en el estrecho Boghaz de Samos, entre esta isla y la de Ikaria; la alta montaña que forma casi sola la isla de Samos, está sobre nuestras cabezas, cubierta de peñascos y de pinares; en medio de esas peñas vemos mugeres y niños. La

poblacion de Samos, sublevada este momento contra los turcos, se ha refugiado en la montaña; los hombres están armados en la ciudad y en las costas. Samos es una montaña del lago de Lucerna, iluminada por el cielo de Asia: solo un angosto canal la separa del continente. Una tempestad nos sorprende en el golfo de Scala-Nova, no lejos de las ruinas de Efeso; entramos por la mañana en el canal de Scio, y buscamos un asilo en la rada de Tchesmé, célebre por la destruccion de la armada otomana por Orloff. La bellísima isla de Scio se estiende como una verde colina al otro lado de un gran rio; sus casas blancas, sus ciudades, sus aldeas, agrupadas en las umbrosas cumbres de sus collados, brillan entre los naranjos y los pámpanos; lo que subsiste anuncia una inmensa prosperidad reciente y una numerosa poblacion. El régimen turco, salva la servidumbre, no habia podido sofocar la índole activa, industriosa, mercantil, cultivadora de las poblaciones griegas de estas hermosas islas; no conozco nada en Europa que presente mayor aspecto de riqueza que Scio; es un jardin de sesenta leguas de circuito.

VIAGE DE UN DIA

A LAS RUINAS Y A LAS AGUAS MINERALES DE
TCHESME.

La mar se ha serenado y damos la vela con rumbo á Esmirna:—dia de viento favorable, empleado en seguir lentamente la costa de Scio.

Los bosques bajan hasta la orilla del mar;— todos los golfos tienen sus ciudades fortificadas, con sus puertos llenos de buques menores;—la menor ensenada tiene su aldea; una innumerable multitud de pequeñas velas rasan las aldeas, llevando matronas y doncellas griegas que van á sus iglesias; en todas las cumbres, en todas las gargantas de las colinas, se ve blanquear una iglesia ó un lugarcillo; doblamos la punta de la isla, y hallamos un contra-viento que nos impele al golfo de Esmirna; hasta la noche disfrutamos del aspecto de los hermosos bosques y de los grandes pueblos alpinos que lindan con la costa occidental del golfo; altas murallas almenadas coronan la parte superior de la ciudad, y hermosas campiñas

llenas de arbolados se extienden á la izquierda hasta las montañas.

Allí corre el rio Melés; el recuerdo de Homero anima para mí todas las riberas de Esmirna; busco con los ojos aquel árbol en la orilla del rio, desconocido entonces, donde la pobre esclava depuso su fruto entre los juncos; aquel niño debia llevarse un dia en su eterna gloria el nombre del rio, y el continente y las islas. Aquella imaginacion, que el cielo daba á la tierra, debia reflejar para nosotros toda la antigüedad divina y humana. Homero nació abandonado en la orilla de un rio, como el Moisés de la poesía; vivió miserable y ciego como aquellas encarnaciones de las Indias, que atravesaban el mundo con ropas de mendigos, y á quienes no se reconocia por dioses hasta despues de su paso. La erudicion moderna afecta no ver un hombre, sino un tipo, en Homero; esta es una de esas cien mil sabias paradojas en que los hombres quieren combatir la evidencia de su instinto íntimo; para mí Homero es un solo hombre, un hombre que tiene el mismo acento en la voz, las mismas lágrimas en el corazon, los mismos colores en la palabra; admitir una raza de hombres homéricos me parece mas difícil que admitir una raza de gigantes.

La naturaleza no produce sus prodigios por se-

ries; produce á Homero, y desafia á los siglos á que produzcan un conjunto tan perfecto de razon, de filosofía, de sensibilidad y de genio.

Bajo á Esmirna para recorrer la ciudad y las cercanías con M. Salzani, banquero y comerciante de Esmirna, hombre tan bondadoso como amable é instruido: por espacio de tres dias abuso de su bondad; todas las noches volvemos á dormir á bordo de nuestro bergantin. Esmirna no corresponde en nada á lo que espero de una ciudad de Oriente; es Marsella en la costa de Asia Menor,—vasta y elegante factoría donde los cónsules y los comerciantes europeos pasan la vida de Paris y de Londres: la vista del golfo y de la ciudad es hermosa desde lo alto de los cipreses de la montaña; en bajando, hallamos á la orilla del rio, que me complazco en tomar por el Melés, un sitio eucantador, no lejos de una puerta de la ciudad: este sitio es el puente de las caravanas; el rio es un límpido arroyo que duerme bajo la apacible bóveda de los sicomoros y de los cipreses; nos sentamos en sus orillas, y unos turcos nos traen pipas y café; si estas aguas han oido los primeros vagidos de Homero, yo gozo en oirlas murmurar dulcemente entre las raices de las plantas; las llevo á mis labios, lavo con ellas mi abrasada frente.

¡Ojalá renazca para el mundo de Occidente el

hombre que debe hacer el poema de su historia, de sus devaneos y de su cielo! Un poema así es el sepulcro de los tiempos pasados, adonde el porvenir va á dorar las tradiciones muertas y á eternizar por su culto los grandes actos y los grandes pensamientos de la humanidad; el que le construye graba su nombre al pié de la estatua que erige al hombre, y vive en todas las imágenes con que ha llenado el mundo de las ideas.

Esta tarde me han llevado á casa de un anciano que vive solo con dos criados griegos, en una casita en el muelle de Esmirna: la escalera, el zaguan y los cuartos están llenos de restos de escultura, de planos de Atenas en relieve y de fragmentos de mármol y de pórfido:—este anciano es M. Fauvel, nuestro antiguo cónsul en Grecia; echado de Aténas, que habia llegado á ser su patria, y cuyo polvo habia barrido toda su vida, como un hijo, para volver su estatua al mundo, vive ahora pobre y desconocido en Esmirna, adonde se ha traído sus dioses, y donde les tributa un culto de todas las horas: M. de Chateaubriand le vió, en su juventud, feliz en medio de las admirables ruinas del Partenon; yo le veia viejo y desterrado, y herido por la ingratitude de los hombres, pero firme y alegre en la desgracia y lleno de aquella filosofía natural que hace sobrellevar con paciencia el infortunio á los que han hecho su fortuna en su corazon; pasé una hora de olvido delicioso escuchando aquel escelente anciano.

Hallé en Esmirna un jóven de talento que conocí en Italia, M. Deschamps, redactor del diario de Esmirna; los restos del san simonismo habian sido arrojados por la tempestad á Esmirna; reducidas al último trance, soportan sus reveses con la resignacion y la constancia de una conviccion firme.

No se debe juzgar de las ideas nuevas por el desden que inspiran al siglo; todos los grandes pensamientos son recibidos como extranjeros en este mundo; el san simonismo tiene en sí algo de verdadero, de grande y de fecundo; la aplicacion del cristianismo á la sociedad política; la legislacion de la fraternidad humana: bajo este punto de vista soy san simoniano: no es la idea lo que ha faltado á esta secta eclipsada, pero no muerta; tampoco le han faltado los discípulos; lo que le ha faltado, en mi concepto, es un gefe, un maestro, un regulador; no dudo que si un hombre de genio y de virtud, un hombre juntamente religioso y político, confundiendo los dos horizontes en una sola mirada profunda, se hubiera hallado á la cabeza de esta idea naciente, la hubiera convertido en una poderosa realidad; los tiempos de anarquía de ideas son estaciones favorables para la germinacion de los pensamientos fuertes y nuevos; la sociedad, á los ojos del filósofo, está en un momento de derrota; no tiene ni direccion, ni objeto, ni gefe; está reducida al

instinto de conservacion; una secta religiosa, social y política que tuviese un símbolo, una bandera, un objeto, un gefe, una mente, y que caminase compacta y derecha en medio de estas filas desbandadas, conseguiria inevitablemente la victoria; pero era preciso traerle á la sociedad su salvacion y no su ruina, no atacar en ella mas que lo que la perjudica y no lo que la sirve, convertir la religion á la razon y al amor, la política á la fraternidad cristiana, la propiedad á la caridad y á la utilidad universales, su único título y su única base;—un legislador les ha faltado á esos jóvenes llenos de celo, devorados por una necesidad de fé, pero á quienes han predicado dogmas insensatos; los organizadores del san simonismo han tomado por primer símbolo: Guerra á muerte entre la familia, la propiedad, la religion y nosotros!—y por fuerza debian perecer; no se conquista el mundo con la fuerza de una palabra, se le convierte, se le agita, se le cambia; miéntras que una idea no es práctica, no es presentable al mundo social; la humanidad procede de lo conocido á lo desconocido, pero no de lo conocido á lo absurdo.

Algun dia se consumarán grandes revoluciones, de que ya se ven señales en la tierra y en el cielo, y los san simonianos han sido una de ellas; estos se disolverán como corporacion, y formarán en adelante, como individuos, gefes y soldados del nuevo ejército.

15 de Mayo.

Salimos à toda vela del golfo de Esmirna y al llegar à la altura de Vourla, dando una bordada en la embocadura del golfo, encalla el bergantin en un banco de arena por torpeza del piloto griego; el buque recibe una sacudida que hace temblar los mástiles, y queda inmóvil à tres leguas de tierra:— todos subimos al puente:— momento de serena y solemne ansiedad en que tantas vidas aguardan su sentencia del logro incierto de las maniobras que se intentan; reina un completo silencio— ni una señal de terror: ¡el hombre es grande en las grandes circunstancias! al cabo de algunos minutos de esfuerzos impotentes, nos favorece el viento y nos hace girar sobre la quilla; el bergantin se desprende y no se declara ninguna via de agua:— entramos en alta mar; à nuestra derecha está la isla de Mitilene:— dia delicioso:— nos acercamos al canal que separa la isla del continente, —pero el viento se aplana:— las nubes se amontonan en alta mar; al anochecer, el viento se escapa de aquellos nubarrones con el rayo;— furiosa tempestad:— oscuridad total:— los dos bergantines se hacen señas, y buscan la rada de Foglieri, la antigua Focea, entre los peñascos que forman la punta norte del

golfo de Esmirna: en dos horas, la fuerza del viento nos echa à diez leguas à lo largo de las costa: à cada instante cae y silba el rayo en las olas: el cielo, el mar y los retumbantes peñascos de la costa se ven iluminados por relámpagos que suplen la luz del dia, y nos muestran de cuando en cuando nuestro rumbo; los dos bergantines se tocan casi, y temblamos de que se estrellen uno contra otro; en fin, una maniobra atrevida en alta mar, nos hace tomar la estrecha embocadura de la rada de Focea; oímos bramar à derecha é izquierda las olas sobre las peñas; un descuido del timonel podria hacernos pedazos en ellas; todos estamos mudos sobre cubierta, aguardando à que se declare nuestra suerte; no vemos nuestros propios mástiles, tan oscura es la noche; de repente sentimos que el bergantin se desliza sobre una superficie inmóvil; algunas luces brillan al rededor nuestro en los contornos del golfo en que afortunadamente hemos entrado; echamos el ancla sin saber donde:— el viento ruge toda la noche en nuestros mástiles y en nuestras vergas como si fuera à arrancarlos; pero la mar está inmóvil.

Delicioso golfo de la antigua Focea, de media legua de circuito, abierto como una fortaleza circular entre graciosas colinas cubiertas de casas revocadas de colorado, de cabañas bajo los olivos, de huertos, de emparrados y sobre todo de magníficos campos de cipreses, à cuyo pié se ven las blan-

cas sepulturas de los cementerios turcos:—bajamos á tierra:—visitamos las ruinas de la ciudad que produjo á Marsella. Nos reciben con sumo agasajo en dos casas turcas, y pasamos el dia en sus jardines de naranjos.

La mar se calma al tercer dia, y salimos á media noche del puerto natural de Focea.

17 de Mayo 1833.

Hemos seguido todo el dia el canal de Mitilene, donde estuvo Lesbos.

Recuerdo poético de la única muger de la antigüedad cuya voz ha sido bastante robusta para atravesar los siglos. Solo quedan algunos versos de Safo, pero esos versos bastan para probar un ingenio de primer orden:—un fragmento del brazo ó del dorso de Fidias nos revela la estatua toda entera: el corazon de donde han fluido las estancias de Safo debia ser un abismo de pasion y de imágenes.

La isla de Lesbos es mas hermosa todavía á mis ojos que la isla de Scio. Los grupos de sus altas y verdes montañas cubiertas de pinabetes, son mas altas y pintorescas: la mar se insinúa más profundamente en su ancho golfo interior:

los grupos de sus colinas que penden sobre la mar y ven el Asia de tan cerca, están mas solitarios, son mas inaccesibles, en vez de aquellas numerosas aldeas que pueblan los huertos de Scio; solo rara vez se ve el humo de una cabaña griega alzarse entre las copas de los castaños y de los cipreses, y algunos pastores en la punta de un peñasco, apacentando grandes rebaños de cabras blancas.

Por la tarde doblamos, con viento próspero, la estremidad norte de Mitilene, y vemos en el horizonte delante de nosotros, en la rosada bruma del mar, dos manchas negras,—Lemnos y Tenedos.

La misma fecha.

Son las doce de la noche: el mar está límpido como un espejo, y el bargantin resbala como una sombra inmóvil sobre la resplandeciente superficie: Tenedos sale de las olas á nuestra izquierda y nos oculta la mar; á nuestra derecha, y muy cerca de nosotros, se estiende, como una barra negruzca, la playa baja y desigual de la llanura de Troya. La luna llena que se alza en la cumbre del monte Ida, manchado de nieve, derrama una serena y dudosa luz sobre las cimas de las

montañas, sobre las colinas y sobre el llano, y luego va á herir el mar y le hace brillar hasta la sombra de nuestro bergantin como un espléndido camino donde no osan resbalar las sombras. Distinguimos los túmulos que la tradicion designa como las sepulturas de Patroclo y de Héctor. La luna ancha y colorada que rasa las ondulaciones de las colinas, semeja el sangriento escudo de Aquiles; ninguna luz se distingue en toda aquella costa mas que una hoguera lejana encendida por los pastores en una ladera del Ida; ningun rumor se oye mas que el latido de la vela que no tiene viento y que el vaiven del mástil hace resonar de cuando en cuando contra la verga; todo parece muerto como lo pasado en aquella escena descolorida y muda. Inclinado sobre los obenques del buque, veo aquella tierra, aquellas montañas, aquellas ruinas, aquellas sepulturas, salir, como la sombra evocada de un mundo acabado, aparecer, del seno del mar, con sus formas vaporosas y sus contornos indecisos, á los dormidos y silenciosos rayos del astro de la noche, y desvanecerse á medida que la luna se hunde detras de las cimas de otras montañas. Esto es una hermosa página mas del poema homérico; es el fin de toda historia y de todo poema;—nuevas sepulturas, ruinas sin nombre cierto, una tierra pelada y sombría, iluminada confusamente por astros inmortales;—y nuevos espectadores pasando indiferentes por

delante de aquellas riberas, y repitiendo por milésima vez el epitafio de todas las cosas: Aquí yacen un imperio, una ciudad, un pueblo, unos héroes: ¡solo Dios es grande! y el pensamiento que le busca y que le adora es el único que no perece.

No experimento ningun deseo de ir á visitar mas de cerca y de dia los dudosos restos de las ruinas de Troya; mas me gusta esta aparicion nocturna que permite al pensamiento poblar nuevamente estos desiertos y que no se ilumina mas que con la pálida antorcha de la luna y con la poesía de Homero; ademas, ¿qué me importan Troya y sus dioses y sus héroes? Esta página del mundo heroico es una página vuelta para siempre.

Empieza á soplar el viento de tierra, y de él nos aprovechamos para irnos acercando á los Dardanelos. Ya varios buques mayores que buscan, como el nuestro, esta difícil entrada, se acercan á nosotros; sus grandes velas grises como las alas de los pájaros nocturnos; resbalan en silencio entre nuestro bergantin y Tenedos; bajo á los entrepuentes y me duermo.

18 de Marzo 1833.

Me despierto al amanecer, oigo el rápido surcar del buque y el vivo oleage de la mañana, que resuena como los trinos de los pajarillos al rededor de los costados del bergantin; abro una tronera, y veo, sobre una cordillera de colinas bajas y combas, los castillos de los Dardanelos con sus murallas blancas, sus torres y las inmensas bocas de sus cañones; el canal no tiene arriba de una legua de anchura en este punto; serpentea, como un hermoso rio, entre la costa de Asia y la costa de Europa, perfectamente semejantes. Los castillos cierran este mar, como las dos hojas de una puerta, pero en el estado presente de la Turquía y la Europa, es fácil forzar el paso por mar, ó efectuar un desembarque y tomar los castillos por la espalda; el paso de los Dardanelos no es inespugnable sino defendido por los rusos.

La corriente rapidísima nos hace pasar, como una flecha, por delante de Gallipoli y de las aldeas que ciñen el canal; vemos las islas del mar de Mármara; seguimos la costa de Europa por espacio de dos dias y dos noches, contrariados por vientos nortes. Por la mañana vemos las islas de los Príncipes en el fondo del mar de Mármara, en el golfo

de Nicea, y á nuestra izquierda el castillo de las siete torres y las aéreas puntas de los innumerables minaretes de Estambul, que sobresalen por cima de las siete colinas de Constantinopla. A cada bordada que damos descubrimos otros nuevos. A aquella primera aparicion de Constantinopla no espermenté mas que una triste sensacion de sorpresa y desencanto. ¡Cómo! me decia yo entre mí, ¿son esos aquellos mares, aquellas playas, aquella ciudad maravillosa por los cuales abandonaron los señores del mundo á Roma y las costas de Nápoles? Es esa aquella capital del universo, sentada sobre Europa y Asia, que todas las naciones conquistadoras se han disputado sucesivamente, como el signo de la monarquía del mundo? Es esa la ciudad que los pintores y los poetas se imaginan como la reina de las ciudades, alzada sobre sus colinas y sobre un doble mar; ceñida de sus golfos, de sus torres, de sus montañas, y encerrando en sí todos los tesoros de la naturaleza y del lujo de Oriente? ¿Es eso lo que se compara al golfo de Nápoles, que ostenta una blanca ciudad en su seno abierto como un vasto anfiteatro? ¿Con el Vesubio, cuya dorada cumbre se pierde entre nubes de humo y púrpura, con los bosques de Castellamare que internan sus negras enramadas en un mar azul, y con sus islas de Prócida y de Ischia, con sus cimas volcánicas y sus laderas doradas por los pámpanos y blanqueadas por las villas, cerran;

do la inmensa bahía como gigantescos muelles puestos por el mismo Dios en la embocadura de aquel puerto? No veo aquí nada comparable con aquel espectáculo que siempre tengo presente; navego, es verdad, por un hermoso mar, pero las orillas son bajas ó se alzan en colinas monótonas y redondas: las nieves del Olimpo de Tracia que blanquean, es cierto, en el horizonte, no son mas que una nube blanca en el cielo, y no solemnizan de bastante cerca el paisaje. En el fondo del golfo no veo mas que las mismas colinas combas al mismo nivel, sin peñascos, sin ensenadas, sin sesgaduras; y Constantinopla, que el piloto me enseña con el dedo, no es mas que una ciudad blanca y circunscrita sobre un gran collado de la costa de Europa. ¿Merecia la pena de venir á buscar tan lejos un desengaño? Ni aun mirar queria yo lo que tenia delante, mientras las continuas bordadas del buque nos acercaban insensiblemente á la playa: pasamos ras con ras del castillo de las siete torres, inmensa mole gris de severa construccion de la edad media, que flanquea sobre el mar el ángulo de las murallas griegas de la antigua Bizancio, y fuimos á fondear bajo las casas de Estambul en el mar de Mármara, en medio de una multitud de buques y de botes retenidos como nosotros fuera del puerto, por la violencia de los vientos del norte. Eran las cinco de la tarde; el cielo

estaba despejado y el sol brillante; ya iba yo arrepiñiéndome de la pobre idea que tenia de Constantinopla; las murallas de aquella parte de la ciudad, pintorescamente construidas con restos de antiguos muros y coronadas de pensiles, de kioskos y de casitas de madera revocadas de colorado, formaban el primer término del cuadro; encima, las azoteas de infinitas casas se alzaban como escalones de una alta pirámide, interpoladas con copas de naranjos y agudas y negras cimas de cipreses; mas arriba, siete ú ocho grandes mezquitas coronaban la colina; y flanqueadas por sus calados minaretes, por sus columnatas morunas, alzaban al cielo sus dorados cimborios que inflamaba la reverberacion del sol; las paredes de aquellas mezquitas pintadas de azul, los cobertizos de plomo de las cúpulas que las rodean, les daban la apariencia y el trasparente barniz de monumentos de porcelana. Los cipreses seculares acompañaban á aquellos cimborios con sus inmóviles y sombrías copas; y las pinturas de diversos colores de las casas de la ciudad, hacian brillar la vasta colina con todas las tintas de un jardin de flores.

Ningun rumor salia de las calles, ninguna reja de las innumerables ventanas se abria; ningun movimiento revelaba la habitacion de tan grande multitud de hombres:—todo parecia dormido bajo el ardiente sol de la tarde; solo el golfo, [surcado en todos sentidos por velas de todas formas y

tamaños, daba señal de vida. Veíamos á cada instante desembocar del Cuerno de Oro (abertura del Bósforo), del verdadero puerto de Constantinopla, buques á toda vela que pasaban por junto á nosotros huyendo hácia los Dardanelos; pero no podíamos ver la entrada del Bósforo, ni aun formarnos idea de su posicion. Comemos sobre cubierta, en frente de ese mágico espectáculo; varios caiques turcos vienen á traernos provisiones; los barqueros nos dicen que ya casi no hay peste: envío mis cartas á la ciudad:—á las siete, M. Truqui, cónsul general de Cerdeña, acompañado de los oficiales de su legacion, viene á visitarnos y á ofrecernos la hospitalidad en su casa de Pera; no hay posibilidad de hallar posada en la ciudad, recientemente incendiada; la franca cordialidad de M. Truqui y la confianza que nos inspira desde el primer momento, nos mueven á aceptar. Como siguen soplando vientos contrarios, los bergantines no pueden levantar el ancla esta noche, y tenemos que dormir á bordo.

CONSTANTINOPLA.

20 de Mayo 1833.

A las cinco ya estaba yo de pié en el puente, el capitán hace botar al agua una lancha, salto en ella con él, y damos la vela hácia la embocadura del Bósforo, costeano los muros de Constantinopla, que lame la mar; al cabo de media hora de navegacion por entre una multitud de buques al ancla, llegamos á las tapias del Serrallo, que son una continuacion de las de la ciudad, y forman, en la estremidad de la colina que sostiene á Estambul, el ángulo que separa el mar de Mármara del canal del Bósforo y del Cuerno de Oro, ó gran rada interior de Constantinopla:—allí es donde Dios y el hombre, la naturaleza y el arte, han colocado ó creado de comun acuerdo, el punto de vista mas maravilloso que humana mirada puede contemplar en la tierra;—lancé un grito involuntario y olvidé para siempre el golfo de Nápoles y todos sus encantos;—comparar algo á este magnífico y gracioso conjunto, es injuriar á la creacion.

tamaños, daba señal de vida. Veíamos á cada instante desembocar del Cuerno de Oro (abertura del Bósforo), del verdadero puerto de Constantinopla, buques á toda vela que pasaban por junto á nosotros huyendo hácia los Dardanelos; pero no podíamos ver la entrada del Bósforo, ni aun formarnos idea de su posicion. Comemos sobre cubierta, en frente de ese mágico espectáculo; varios caiques turcos vienen á traernos provisiones; los barqueros nos dicen que ya casi no hay peste: envío mis cartas á la ciudad:—á las siete, M. Truqui, cónsul general de Cerdeña, acompañado de los oficiales de su legacion, viene á visitarnos y á ofrecernos la hospitalidad en su casa de Pera; no hay posibilidad de hallar posada en la ciudad, recientemente incendiada; la franca cordialidad de M. Truqui y la confianza que nos inspira desde el primer momento, nos mueven á aceptar. Como siguen soplando vientos contrarios, los bergantines no pueden levantar el ancla esta noche, y tenemos que dormir á bordo.

CONSTANTINOPLA.

20 de Mayo 1833.

A las cinco ya estaba yo de pié en el puente, el capitan hace botar al agua una lancha, salto en ella con él, y damos la vela hácia la embocadura del Bósforo, costeano los muros de Constantinopla, que lame la mar; al cabo de media hora de navegacion por entre una multitud de buques al ancla, llegamos á las tapias del Serrallo, que son una continuacion de las de la ciudad, y forman, en la estremidad de la colina que sostiene á Estambul, el ángulo que separa el mar de Mármara del canal del Bósforo y del Cuerno de Oro, ó gran rada interior de Constantinopla:—allí es donde Dios y el hombre, la naturaleza y el arte, han colocado ó creado de comun acuerdo, el punto de vista mas maravilloso que humana mirada puede contemplar en la tierra;—lancé un grito involuntario y olvidé para siempre el golfo de Nápoles y todos sus encantos;—comparar algo á este magnífico y gracioso conjunto, es injuriar á la creacion.

Las tapias que sostienen los terrados circulares de los inmensos jardines del gran serrallo, estaban á algunos pasos de nosotros á nuestra izquierda, separadas del mar por una estrecha acera que las aguas lavan sin cesar y donde la corriente perpetua del Bósforo forma azules y murmurantes oleaditas como las del Ródano en Ginebra; estos terrados, [que se alzan en declives insensibles hasta los palacios del sultan, cuyos dorados cimborios se ven por entre las gigantescas copas de los plátanos y de los cipreses, están tambien plantados de cipreses y de enormes plátanos cuyos troncos dominan los muros, y cuyos ramos penden sobre el mar en graciosas enramadas y dan sombra á los caiques; de cuando en cuando se paraban los remeros á su sombra; de trecho en trecho, interrumpen estos grupos de árboles, palacios, pabellones, kioskos, puertas esculpidas y doradas que se abren sobre el mar, ó baterías de cañones de cobre y de bronce, de estrañas y antiguas formas; las ventanas enrejadas de estos palacios marítimos, que forman parte del serrallo, dan sobre las olas, y se ve, por entre las persianas, relucir las arañas y los dorados de los techos de las habitaciones; á cada paso tambien, elegantes fuentes morunas, embutidas en las tapias del serrallo, caen desde lo alto de los jardines, y murmuran en conchas de mármol, brindando una agua pura á los transeuntes; algu-

nos soldados turecos están tendidos junto á esas fuentes, y una porcion de perros sin amo vagan por el muelle; algunos están echados en las bocas de cañones de enormes calibres. A medida que avanzaba el bote á lo largo de aquellas tapias, el horizonte se ensanchaba ante nuestros ojos, la costa de Asia se acercaba, y la embocadura del Bósforo empezaba á destacarse á la vista, entre colinas de una verdura sombría y otras colinas opuestas que parecen pintadas con todos los matices del arco iris: allí hicimos una nueva parada; la risueña costa de Asia, distante de nosotros cosa de una milla, se dibujaba á nuestra derecha, ceñida de anchas y altas colinas, cuyas cimas eran negros bosques, cuyas faldas eran campos rodeados de franjas de árboles, y sembradas de casas revocadas de colorado, y cuyos bordes eran barrancos tajados casi perpendicularmente, alfombrados de plantas verdes y de sicomoros cuyas ramas caen en el agua; mos lejos aquellas colinas se elevaban mas, y luego estendiéndose como una verde playa, formaban un ancho cabo avanzado que sostenia como una gran ciudad; aquello era Scutari con sus grandes cuarteles blancos, semejantes á un alcázar real, sus mezquitas rodeadas de sus resplandecientes minaretes, sus muelles y sus ensenadas ceñidas de casas, de bazares, de caiques á la sombra bajo los emparrados ó los plátanos, y el profundo y sombrío bosque de cipreses que cubre la ciudad, por entre

cuyas ramas brillaban con lúgubre aspecto los innumerables monumentos blancos de los cementerios turcos; mas allá de la punta de Scutari, rematada por un islote que sostiene una capilla turca y que se llama el *sepulcro de la Niña*, el Bósforo, como un río acanalado, se entreabria y parecía huir entre oscuras montañas, cuyas laderas de peñascos, cuyos ángulos salientes y entrantes, y cuyos barrancos y selvas se correspondían en ambas márgenes, y á cuyo pié se distinguía hasta cuanto alcanzaba la vista, una serie no interrumpida de aldeas, de escuadras fondeadas, ó á la vela, de pequeños puertos sombreados por hermosas arboledas, de casas diseminadas y de vastos palacios con sus jardines de rosas sobre el mar.

Un recio empuje de los remeros nos lleva al punto del Cuerno de Oro, desde donde se disfruta á la vez de la vista del Bósforo y del mar de Mármara, y en fin, de la vista entera del puerto ó mas bien del mar interior de Constantinopla; allí nos olvidamos de Mármara, de la costa de Asia y del Bósforo para contemplar con una sola mirada el ámbito mismo del Cuerno de Oro y las siete ciudades suspendidas sobre las siete colinas de Constantinopla, convergiendo todas hácia el brazo de mar que forma la ciudad única é incomparable, juntamente ciudad, campos, mar, puerto, orillas de ríos, jardines, montañas selvosas, valles profundos, océano de casas, hormiguero de buques

y de calles, lagos serenos y soledades encantadas; vista que ningún pincel puede representar sino en pormenores, y en que cada impulso del remo lleva los ojos y el alma á un aspecto, á una impresion opuestos.

Damos la vela hácia los collados de Gálata y de Pera; el serrallo se alejaba de nosotros y parecía mas grande, alejándose á medida que la vista abarcaba mas los vastos contornos de sus tapias y la multitud de sus declives, de sus árboles, de sus kioskos y de sus palacios. Su estension es la de una gran ciudad. El puerto se abría cada vez mas delante de nosotros, circulando como un canal entre laderas de montañas arqueadas. En nada se parece este puerto á los otros; es mas bien un ancho río como el Támesis, ceñido á ambos lados por colinas cargadas de ciudades, y cubierto en una y otra margen de una interminable flota de naves al ancla, agrupadas á lo largo de las casas. Pasábamos por entre una innumerable multitud de buques, unos fondeados, otros ya á la vela, navegando con rumbo al Bósforo, al mar Negro ó al mar de Mármara; buques de todas formas, de todos tamaños, de todos los pabellones, desde la barca árabe cuya proa se lanza y se eleva como el espolon de las galeras antiguas, hasta el navío de tres puentes con sus espléndidas paredes de bronce. Tropeles de caíques turcos montados por uno

ó dos remeros con mangas de seda, pequeñas barcas que sirven de carruages en las calles marítimas de esta ciudad anfibia, circulaban entre aquellas grandes moles, cruzándose, tropezándose sin volcarse, codeándose como la muchedumbre en las plazas públicas, y al acercarse algunas de ellas alzábanse del mar bandadas enteras de albatros, semejantes á hermosos palomos blancos, para ir á posarse mas lejos y hacerse mecer por las olas. No intentaré contar los buques, navíos, bergantines, fragatas y barcas que duermen ó vogan en las aguas del puerto de Constantinopla, desde la embocadura del Bósforo y la punta del serrallo hasta el arrabal de Eyoub y los deliciosos valles de las aguas dulces. El Tàmesis en Lóndres no ofrece nada comparable á esto. Baste decir que, independientemente de la escuadra turca y de los buques de guerra europeos, fondeados en medio del canal, las dos orillas del Cuerno de Oro están cubiertas de navés dispuestas de dos ó tres en línea sobre una longitud de hasta una legua, con corta diferencia, por ambos lados. No hicimos mas que entrever aquellas prolongadas hileras de proas que miran al mar, y nuestra vista fué á perderse, en el fondo del golfo que se estrechaba internándose en las tierras, entre una verdadera selva de mástiles. Arribamos al pié de la ciudad de Pera, no lejos de un soberbio cuartel de bombarderos cuyas azoteas cubiertas estaban atestadas de cureñas y de cañones. Una

admirable fuente moruna construida en forma de pagoda india, y cuyo mármol cincelado y pintado de brillantes colores se recortaba como encaje sobre un fondo de seda, derrama sus aguas en una placita, llena á la sazón de fardos, de mercancías, de caballos, de perros vagamundos y de turcos que estaban sentados en gran número en los brocales del muelle, esperando á sus amos ó solicitando á los transeuntes; — esta es una hermosa raza de hombres, cuyo traje realza su natural belleza. Usan un calzon blanco con pliegues tan anchos como los de un jubon, ceñido á la cintura con una faja de seda carmesí; llevan en la cabeza un gorrito griego de lana roja coronado por una gran borla de seda que les cuelga sobre la nuca. Tienen el cuello y el pecho al aire; una ancha camisa, con grandes mangas bobas, les cubre los hombros y los brazos. Sus caiques son unos botes muy angostos, de veinte ó treinta pies de longitud sobre dos ó tres de anchura, de madera de nogal barnizada y reluciente como cañoba. La proa de estas barcas es tan aguda como la punta de una lanza, y corta el mar como un cuchillo. La forma estrecha de estos caiques los hace peligrosos é incómodos para los francos, que no esten acostumbrados á ellos, pues zozobran al menor balance que les imprime un movimiento del cuerpo hecho fuera de tiempo. Es preciso estar tendido, como los turecos, en el fondo

da los caiques, y cuidar de que el peso esté repartido con igualdad entre los dos lados de la barca. Los hay de diferentes tamaños, que pueden contener desde uno hasta cuatro ú ocho pasajeros, pero todos tienen la misma forma. Se cuentan por millaras en los puertos de Constantinopla; y además de los que, como los coches simones, están al servicio del público á todas horas, cada particular acomodado de la ciudad tiene uno para su uso, cuyos remeros son sus criados. Todo hombre que circula por el pueblo para sus negocios tiene que atravesar el mar varias veces al día.

Quando salimos de aquella placita, entramos en las sucias y populosas calles de bazar un de Pera. Salvo los trages, presentan, con corta diferencia, el mismo aspecto que las cercanías de los mercados de nuestras ciudades;—puestos de madera en que se hacen freir carnes y buñuelos para el pueblo;—barberías, tiendas de tabaco, fruterías y verdulerías;—una multitud apiñada y activa en las calles; todos los trages y todas las lenguas de Oriente confundándose á la vista y al oído, y en medio de esa barahunda, los ladridos de los numerosos perros que llenan las plazas y los bazares y se disputan los despojos que se tiran á las puertas. De allí pasamos á una larga calle, solitaria y estrecha, que sube por una escarpada pendiente encima de la colina de Pera; las ventanas enrejadas no dejan ver

nada del interior de las casas turcas, que parecen pobres y abandonadas; de cuando en cuando la verde copa de un ciprés sale de un recinto de tapias grises y arruinadas y se alza inmóvil en un cielo trasparente; palomas blancas y azules andan esparcidas por las ventanas y los tejados de las casas, y llenan las silenciosas calles con sus melancólicos arrullos. En lo alto de esas calles se estienda el hermoso arrabal de Pera, habitado por los europeos, los embajadores y los cónsules, arrabal en un todo semejante á un pobre pueblecito de nuestra provincias:—antes habia algunos hermosos palacios de los embajadores encima de los pendientes terrados de Gálata, pero ya no quedan mas que columnas tendidas por el suelo, tapias ennegrecidas, jardines abandonados: todo lo han consumido las llamas del último incendio. Pero no tiene carácter, ni originalidad, ni belleza; no se puede ver desde sus calles ni el mar, ni las colinas, ni los jardines de Constantinopla; es preciso subir á lo alto de sus tejados para disfrutar de la magnífica perspectiva de que le han rodeado la naturaleza y el hombre.

M. Truqui nos recibió como á sus hijos; su casa es espaciosa, elegante y está admirablemente situada; la ha puesto toda entera á nuestra disposición. Los muebles mas ricos, la esquisita cocina de Europa, los afectuosos desvelos de la amistad, la

sociedad mas dulce y amable reemplazaron para nosotros las alfombras ó la estera del desierto, el *piló* del árabe, la áspera dureza de la vida marítima. Apénas instalado en su casa, recibo una esquila del señor almirante Roussin, embajador de Francia en Constantinopla, que tiene la bondad de ofrecernos la hospitalidad en Terapia. Estas afectuosas señales de interés, recibidas de compatriotas desconocidos, á mil leguas de la patria y en el aislamiento y la desgracia, dejan una profunda huella en los recuerdos del viagero.

21, 22 y 23 de Mayo.

Desembarque de los dos bergantines.—Descanso, visitas de los principales comerciantes de Pera.—Dias pasados en el encanto y la intimidad de M. Truqui y de sus amigos.—Paseos por Constantinopla.—Vista general de la ciudad.—Visita al embajador en Terapia.

23 de Mayo 1833.

Quando de repente se ha dejado la instable y borrascosa escena del mar, el oscuro y móvil camarote de un bergantin, el cansado vaiven de las olas

quando se siente uno el pié firme en una tierra amiga, rodeado de hombres, de libros, de todas las comodidades de la vida; quando tiene uno delante de sí bosques, campiñas que recorrer, toda la existencia terrestre á que volver despues de un largo desuso, se siente un placer instintivo y puramente fisico de que no puede uno cansarse; una tierra cualquiera, aun la mas agreste, aun la mas remota, es como una patria que se ha recobrado. einte veces he experimentado esto desembarcando, aun por algunas horas, en una costa desconocida y desierta; un peñasco que le guarece á uno del viento; un arbusto que le ofrece su sombra; un rayo de sol que calienta la arena en que está uno sentado; algunos lagartos que corren entre las piedras; los insectos que vuelan en rededor de uno; un inquieto pajarillo que se acerca y luego huye asustado,—todas estas circunstancias insignificantes para un hombre que habita la tierra, son un mundo entero para el navegante cansado que sale del mar;—pero el bergantin está ahí, en una mar agitada, y pronto hay que volver á él. Los marineros están en las vergas, ocupados en secar ó componer las grandes velas rasgadas; el bote que sube y desaparece en las espumantes barrancas formadas por las olas, va y viene sin cesar del buque á la playa; trae provisiones á tierra ó lleva agua fresca al buque; los grumetes lavan sus camisas de lienzo de color y las cuelgan de los lentiscos de la ribera; el capitán

estudia el cielo espera el viento que va á volverse, para llamar con un cañonazo á los pasajeros á su vida de miseria, de tinieblas y de movimiento. Aunque se tenga prisa de llegar, se hacen votos en secreto porque el viento contrario siga soplando todavía, para que la necesidad le deje á uno saborear un dia mas aquel íntimo halago que le apega al hombre á la tierra: traba uno amistad con la costa, con la estrecha cenefa de césped ó de arbustos que se estiende entre el mar y las peñas, con la fuente escondida bajo las raices de una añosa encina; con aquellos líquenes, con aquellas florecillas silvestres que el viento sacude sin cesar entre las grietas de los escollos, y que nunca volverá uno á ver. Cuando parte del buque el tiro de leva, cuando se alza en el mástil el pabellon en señal de llamada, y se estaca la chalupa para venir á buscar á los pasajeros, casi lloraria uno por aquel rincón del mundo sin nombre, donde no ha hecho mas que estirar algunas horas sus miembros embotados. Muchas veces he experimentado ese amor innato del hombre á un abrigo cualquiera, solitario, desconocido, en una playa desierta.

Pero aquí experimento dos cosas contrarias, una dulce, otra penosa. Primeramente ese placer que acabo de pintar, de tener el pié firme sobre el suelo, una cama que no se cae, un piso que no le hace á uno bambolearse de una pared á otra, mucho espacio libre por donde andar cuanto uno quiera,

grandes ventanas cerradas ó abiertas á voluntad de uno, sin miedo de que las asalte la espuma; las delicias de oír al viento circular entre las cortinas sin inclinarse la casa, sin resonar las velas, sin temblar los palos, sin hacer correr á los marineros por el puente con el ruido atronador de sus pisadas;—mas aún, experimento el placer de tener amistosas comunicaciones con Europa, viageros, comerciantes, periódicos, libros, todo lo que pone al hombre en comunión de ideas y de vida con el hombre,—esa participacion al movimiento general de las cosas y del pensamiento, de que estamos privados hace tanto tiempo. Y mas aún que todo esto, tengo la hospitalidad amabilísima, mejor diré, la amistad de nuestro escelente huésped M. Truqui, que parece tan contento con colmarnos de atenciones y agasajos como nosotros con recibir las muestras de su cordial afecto. ¡Esclente hombre! hombre raro, cual no he hallado dos tal vez en mi larga vida de viagero! Su memoria me será dulce mientras me acuerde de estos años de peregrinacion, y mi pensamiento le seguirá siempre á las costas de Asia ó de Africa, donde la fortuna le condena á acabar sus dias.

La misma fecha.

Pero cuando se han saboreado como instintivamente estas primeras delicias del regreso á tierra, está uno tentado muchas veces de echar de ménos la inseguridad y la agtacion perpetuas de la vida marina. En ella á lo ménos, el pensamiento no tiene tiempo para replegarse en sí mismo y sondear los abismos de tristeza que ha abierto la muerte en nuestro pecho! Siempre mora en él el dolor, es cierto, pero á cada instante le aligera algun nuevo pensamiento; el ruido, el movimiento que á uno le cercan; el aspecto siempre cambiante del buque y del mar; las olas que se hinchan ó se aplanan: el viento que se muda, que arrecia ó se calma; las velas de la nave que es preciso orientar veinte veces al dia; el espectáculo de las faenas en que es preciso á veces tomar parte uno mismo en los temporales; los mil accidentes de un dia ó de una noche de tempestad; el vaiven, las velas que se lleva el huracan, los muebles rotos que ruedan por los entrepuentes; los golpes sordos, irregulares, del mar en los frágiles costados del camarote donde en vano quiere uno dormir; los precipitados pasos de los marineros de guardia, que corren de uno á otro bordo; el lastimero piar de los pollos, à quienes la

espuma inunda en sus jaulas atadas al pié del palo mayor; el canto de los gallos, que ven los primeros la aurora, al fin de una noche de tinieblas y de borrascas; el silbido de la corredera de la guíndola que se echa para medir el camino andado; el aspecto extraño, desconocido, vano, agreste ó gracioso de una costa que no se sospechaba la víspera y que se sigue al rayar el dia, midiendo las alturas de sus montañas ó designando con el dedo sus ciudades y sus aldeas, brillantes como montones de nieve entre grupos de pinabates;—todo esto le roba un poco mas ó menos de su afliccion á nuestra alma, alivia un poco el corazon, deja evaporar parte del dolor, acalla la tristeza mientras dura el viage; todo ese dolor agobia con todo su peso el alma, apenas ha puesto uno el pié en la orilla, y apenas el sueño, en un lecho tranquilo, vuelve al hombre á la intensidad de sus impresiones. El corazon, no distraido ya por objetos exteriores, se halla cara á cara con sus sentimientos mutilados, sus ideas de desesperacion, su porvenir perdido! No sabe uno como soportará la vida antigua, la vida monótona, la vida vana de las ciudades y de la sociedad. Esto es lo que yo experimento, hasta el punto de desear ahora una eterna navegacion, un viage sin fin, con todos sus azares y sus distracciones, aun las mas penosas. ¡Ah! es porque leo en los ojos de mi muger, mas aún que en mi corazon. El dolor de un hombre

es nada en comparacion del de una muger, de una madre; una muger vive y muere con un solo pensamiento, para un sentimiento solo; la vida para una muger, es una cosa poseida; la muerte, es una cosa perdida! Un hombre vive de todo, bien ó mal; Dios no lo mata de un solo golpe.

24 de Mayo 1833

Me he rodeado de periódicos y de folletos recién llegados de Europa y que me prodiga la bondad de los embajadores de Francia y de Austria. Despues de haber leído todo el día, me confirmo en las ideas con que salí de Europa: veo que los hechos marchan enteramente en el sentido de las previsiones políticas que la analogía histórica y filosófica permite asignar al camino de las cosas en este hermoso siglo. La Francia agitada se sosiega, la Europa inquieta, pero tímida, mira con zelos y odio, pero no se atreve á impedir; conoce por instinto, y este instinto es profético, que perderia acaso el equilibrio haciendo un movimiento. Nunca he creído en la guerra de resultas de la revolucion de Julio; hubiera sido preciso que la Francia estuviese entregada á consejos insensatos para atacar, y no atacando la Francia, la Europea no podia ir desa-

cordadamente á arrojarse en un foco revolucionario, donde se quema todo el que quiere sofocarle. El gobierno de Julio habia merecido bien de la Francia y de la Europa, por el solo hecho de haber sofrenado el ciego é impaciente ardor del espíritu belicoso en Francia, despues de los tres dias. (1)

La Europa y la Francia eran igualmente perdidas: —no teniamos ejércitos, ni espíritu público, porque no le hay sin unanimidad; la guerra extranjera hubiera acarreado inmediatamente la guerra civil en el Mediodia y el Oeste de la Francia y por consiguiente la persecucion y el despojo en todas partes: el gobierno no hubiera podido sostenerse en Paris con el impulso revolucionario del centro: mientras que flacos ejércitos improvisados por un patriotismo sin guia y sin freno se hubieran hecho devorar en nuestras fronteras del Este, el Mediodia hasta Leon hubiera enarbolado la bandera blanca, y el Oeste hasta el Loira hubiera reconstruido las guerrillas vandeanas; las poblaciones fabriles de Leon, Ruan, Paris, ecsasperadas por la miseria en que las habria sumergido la suspension del trabajo, habrian hecho esplosion en el centro y precipitádose

(1) Sabido es que tres dias duró la revolución de Julio, el 27, el 28 y el 29.—N. del T.

en indisciplinadas muchedumbres sobre Paris y las fronteras, eligiéndose caudillos de un dia é imponiéndoles sus caprichos por planes de campaña. La propiedad, el comercio, la industria, el crédito, todo hubiera perecido à la vez; se hubiera necesitado recurrir à la violencia para obtener empréstitos y contribuciones. Escondidos el oro, muerto el crédito, la desesperacion habria impulsado à la resistencia y la resistencia à la espoliacion, al asesinato y à los suplicios populares; una vez puesto el pié en la senda de la sangre, no habia mas salida posible que la anarquía, la dictadura y la desmembracion. Todo esto ademas se hubiera complicado con movimientos inesperados y espontáneos de algunas partes de Europa, España, Italia, Polonia, riberas del Rhin, Bélgica, todo hubiera ardidido al mismo tiempo ó sucesivamente; la Europa entera se habria visto arrastrada en una fluctuacion de insurrecciones, de compresiones, que à cada instante habrian cambiado el aspecto de las cosas. Hubiéramos entrado, mal preparados, en una nueva guerra de treinta años. El génio de la civilizacion no lo ha querido; ha sucedido lo que debia suceder. No se peleará hasta despues de haberse preparado al combate, hasta despues de haberse reconocido, de haberse contado, de haberse puesto en órden de batalla, la lucha será regular, y tendrá un resultado previsto y seguro; no será un combate nocturno.

De lejos se ven mejor las cosas porque los por menores no ofuscan la vista, y los objetos se presentan en grandes masas principales. Esta es la razon porque los profetas y los oráculos vivian solos y lejos del mundo;—eran verdaderos filósofos que estudiaban las cosas en su conjunto y cuyo juicio no turbaban las mezquinas pasiones del dia. Es preciso que un hombre político se aleje con frecuencia de la escena en que se representa el drama de su tiempo, si quiere juzgarle y preveer su desenlace. Predecir es imposible: la prediceion no pertenece mas que à Dios; pero preveer es posible; la prevision le pertenece al hombre.

Muchas veces me pregunto en qué parará ese gran movimiento de las cabezas y de los hechos que, emanado de Francia, agita al mundo y arrastra de grado ó por fuerza todas las cosas en su torbellino. Yo no soy de los que no ven en ese movimiento mas que el movimiento mismo, es decir, el tumulto y el desórden de las ideas, que creen al mundo moral y político en aquellas convulsiones finales que preceden à la muerte y la descomposicion. Este es evidentemente un movimiento doble de descomposicion y de organizacion juntamente; el espíritu creador trabaja à medida que destruye el espíritu destructor: una fé, en todo, reemplaza à la otra; una forma se sustituye à otra forma; dó quiera que lo pasado se desmorona, el porvenir ya preparado

aparece detrás de las ruinas; la transición es lenta y ardua como toda transición, en que las pasiones y los intereses de los hombres tienen que combatir marchando; en que las clases sociales, en que las naciones diversas caminan con paso desigual, en que algunos quieren retroceder obstinadamente mientras que la mayoría avanza; hay confusión, polvo, ruinas, oscuridad á veces; pero de cuando en cuando también, el viento levanta esa nube de polvo que esconde el camino y la meta, y los que están sobre la altura distinguen la marcha de las columnas, reconocen el terreno del porvenir y ven el gol recién salido iluminar vastos horizontes. Continuamente oigo decir, y aun aquí mismo se dice: "Los hombres ya no tienen creencias; todo está entregado á la razón individual; ya no hay fé comun en nada; ni en religion, ni en política, ni en sociabilidad. Las creencias, una fé comun, son el resorte de las naciones; roto este resorte, todo se descompone; no hay mas que un medio de salvar á los pueblos, que es volverles sus creencias." Volver creencias, resucitar dogmas populares muertos en la conciencia de los pueblos, rehacer lo que ha deshecho el tiempo, es una pretension insensata, es querer luchar contra la naturaleza y contra la índole de las cosas; es caminar en sentido inverso de la Providencia y de los hechos, que son las huellas de sus pisadas;—no se puede llegar á un fin como no sea caminando en el

sentido en que Dios conduce los sucesos y las ideas; la corriente del tiempo jamás retrocede; puede uno dirigirse y dirigir al mundo por su idomable corriente; no es posible pararse ni hacerla ir hácia atrás. Pero ¿es cierto en efecto que ya no hay ni luz en la inteligencia del hombre, ni creencia comun en el espíritu de los pueblos, ni fé íntima é insignificante en la conciencia del linage humano? Palabras son estas que todos respetan sin haberlas sondeado, y que no tienen ningun sentido. Si el mundo no tuviera ya ni idea comun, ni fé, ni creencia, el mundo no se agitaría tanto; nada no produce nada: *mens agitat molem*. Hay, por el contrario, una inmensa convicción, una fé fanática; una esperanza confusa, pero indefinida; un ardiente amor; un símbolo comun, aunque no redactado todavía, que impulsa, agita, atrae, condensa, hace gravitar juntas todas las inteligencias, todas las conciencias, todas las fuerzas morales de esta época:—esas revoluciones, esas sacudidas, esas caídas de imperios, esos movimientos repetidos y gigantes de todos los miembros de la antigua Europa; esos estruendosos ecos en América y en Asia; ese impulso no reflexionado é irresistible que imprime, á despecho de las voluntades individuales, tanta agitación y concierto á las fuerzas colectivas, todo eso no es un efecto sin causa; todo eso tiene un sentido, un sentido profundo y oculto, pero evidente para los ojos del filósofo. Ese sentido es cabal-

mente lo que el vulgo se queja de haber perdido, es lo que niega en el mundo de hoy; es una idea comun, es una conviccion, es una ley social; es una verdad que, introducida involuntariamente en todas las cabezas, y aun sin saberlo ellas, en el espíritu de las masas, trabaja por producirse en los hechos con la fuerza de una verdad divina, es decir, con una fuerza invensible. Esa fé es la razon general; la palabra es su órgano; la imprenta es su apóstol; se difunde sobre el mundo con la infalibilidad y la intensidad de una religion nueva; quiere rehacer á su imágen las religiones, las civilizaciones, las sociedades, las legislaciones imperfectas ó alteradas por los errores y la ignorancia de las tenebrosas edades que han atravesado; quiere volver á sentar, en religion:—Dios uno y perfecto por dogma, la moral eterna por símbolo, la adoracion y la caridad por culto;—en política, la humanidad encima de las nacionalidades;—en legislacion, el hombre igual al hombre, el hombre hermano del hombre, la sociedad como un trueque fraternal de servicios y de deberes recíprocos, regularizados y garantidos por la ley; el cristianismo legislado! (1).

(1) *Legislaté*, voz que no es francesa, y que hemos traducido con otra que tampoco es castellana, pero que espresa exactamente la idea del autor.—*N. del T.*

Esto quiere y esto hace—¡que nos vengan todavía diciendo que no hay creencias, que no hay fé comun en los hombres de este siglo! Desde el establecimiento del cristianismo, jamas obra tan grande se ha consumado en el mundo con tan flacos medios. Una cruz y una imprenta, hé aquí los dos instrumentos de los dos mas grandes movimientos civilizadores del mundo.

25 de Mayo.

Esta noche, á la luz de una espléndida luna que se reverberaba en el mar de Mármara y hasta en las moradas líneas de las nieves eternas del monte Olimpo, me he sentado solo bajo los cipreses de la escala de los Muertos. Estos cipreses, que dan sombra á las innumerables sepulturas de los musulmanes, bajan desde las alturas de Pera hasta las orillas del mar, y están cortados por algunos senderos mas ó menos rápidos que suben del puerto de Constantinopla á la mezquita de los dervis *giradores*. Nadie pasaba por allí á aquella hora, y hubiera podido creerme á cien leguas de una gran ciudad, si los mil rumores de la noche, traídos por el viento, no hubieran venido á morir en las trémulas ramas de los cipreses. Todos aquellos rumores, algo apagados

ya por lo avanzado de la hora,—cantos de los marineros en los buques, batir de los remos de los caiques en las aguas, sonidos de los rústicos instrumentos de los Búlgaros, tambores de los cuarteles y de los arsenales, voces de mugeres que cantan para adormecer á sus hijos en las ventanas enrejadas, largos murmullos de las populosas calles y de los mercados de Gálata;—de cuando en cuando, el grito de los muzlimes en lo alto de los minaretes, ó un cañonazo, señal de la retirada, que partía de la escuadra fondeada à la entrada del Bósforo, y venia, repercutado por las mezquitas sonoras y por las colinas, à perderse en las olas del Cuerno de Oro y bajo los apacibles sauces de las aguas dulces de Europa:—todos estos rumores, digo, se confundian à veces en un solo zumbido sordo è indeciso, y formaban como una armoniosa música en que las voces humanas, la tarda respiracion de una gran ciudad que se duerme, se mezclaban, sin que se pudiese distinguir, con los rumores de la naturaleza, el lejano estruendo de las olas y las bocanadas del viento que doblégaba las agudas cimas de los cipreses. Esta es una de las impresiones mas infinitas y graves que puede soportar un alma poética:—todo se mezcla en ella, el hombre y Dios, la naturaleza y la sociedad, la agitacion interior y el melancólico reposo del pensamiento. No sabe uno si participa mas de ese gran movimiento de seres ani-

mados que gozan ó sufren en ese tumulto de voces que se alzan, ó de esta paz nocturna de los elementos que murmuran tambien y elevan el alma encima de las ciudades y de los imperios en la simpatía de la naturaleza y de Dios.

El serrallo, vasta península, ennegrecida con sus plátanos y sus cipreses, se adelantaba como un cabo de bosques entre los dos mares, ante mi vista. La luna blanqueaba los numerosos kioskos, y las antiguas paredes del palacio de Amurat salian, como un risco, de entre la sombría verdura de los plátanos; tenia presente á los ojos y en el pensamiento la escena en que hace siglos se han desarrollado tantos dramas siniestros ó gloriosos. Todos estos dramas se me aparecian con sus personajes y sus rastros de sangre ó de gloria.

Veia salir del Cáucaso una horda arrojada de él por ese instinto de peregrinacion que Dios dió á los conquistadores, como se le ha dado à las abejas que salen del tronco del árbol para producir nuevos enjambres: veia la gran figura patriarcal de Otma en medio de sus tiendas y de sus rebaños, derramando un pueblo por el Asia Menor, avanzando sucesivamente hasta Brusa, muriendo entre los brazos de sus hijos que ya eran sus lugartenientes y diciendo á Orchan:

“Muero sin sentimiento porque dejo un suce-

“ sor como tú; ¡vé á propagar la ley divina, el
 “ pensamiento de Dios, que ha venido á buscar-
 “ nos de la Meca al Cáucaso; sé caritativo y ele-
 “ mente como ella; así es como los príncipes
 “ atraen sobre su nacion la bendición de Dios! No
 “ dejes mi cuerpo en esta tierra, que no es para
 “ nosotros mas que un camino, y ve á depositar
 “ mis despojos mortales en Constantinopla, en el
 “ sitio que yo mismo me designo en mi postrera
 “ hora.”

Algunos años despues Orchan, hijo de Otman, estaba acampado en Scútari, en esas mismas colinas que tiñe de negro la sombra de los cipreses. El emperador griego, Cantacuceno, vencido por la necesidad, le dió la hermosa Teodora, su hija, por quinta esposa en su serrallo. La jóven princesa cruzaba al son de los instrumentos ese brazo de mar donde veo flotar ahora las naves rusas, é iba, como una víctima, á inmolarse inútilmente por prolongar unos pocos dias la vida del imperio. Pronto los hijos de Orchan se acercan á la playa, seguidos de algunos valientes soldados; construyen en una noche tres balsas sostenidas por vejigas de buey infladas, y pasan el estrecho á favor de las tinieblas; los centinelas griegos están dormidos. Un muchacho labrador que salia con el alba para ir al trabajo, encuentra á los otomanos estraviados, y les indica la entrada de un subterráneo que conduce al in-

terior del castillo, y ya con esto tienen los turcos el pié y una fortaleza en Europa.

Cuatro reinados habian transcurrido, y Mahometo II respondia á los embajadores griegos:

“Yo no emprendo cosa alguna contra vosotros;
 “ el imperio de Constantinopla está limitado por
 “ sus murallas.”

Pero Constantinopla, aunque tan estrechamente limitada, impide dormir al sultan, y enviando á despertar á su visir, le dice:

—“Te pido á Constantinopla; no puedo conciliar el sueño en esta almohada; Dios quiere darme los romanos.”

En su brutal impaciencia, lanza su caballo á las olas que amenazan tragarle.

—“Eal dijo á sus soldados; el dia del último
 “ asalto, no me reservo mas que la ciudad; el oro y
 “ las mugeres son para vosotros. Prometo el go-
 “ bierno de mi mejor provincia al primero que pon-
 “ ga pié el en las murallas.” Toda la noche, innumerales hogares que remplazan la claridad del dia iluminan la tierra y las aguas, tanto anhelaban los otomanos aquel dia que debia entregarnos su presa.

Entre tanto, bajo esa negra cúpula de Santa Sofia, el valeroso y desventurado Constantino iba, en su postrera noche, á implorar al Dios del imperio y á comulgar con lágrimas en los ojos; al rayar la aurora, salia del templo á caballo, acompañado de

los clamores y de los gemidos de su familia, é iba á morir, como un héroe, en la brecha de su capital:—aquel dia era el 29 de Mayo de 1453.

Pocas horas despues, las puertas de Santa Sofia caian deshechas á hachazos; los ancianos, las matronas, las doncellas, los frailes, las religiosas, inundaban aquella espaciosa basílica, cuyos atrios, capillas, galerías, subterráneos, inmensas tribunas, cimborios y azoteas, podian contener la poblacion de una ciudad entera;—un último grito se elevó al cielo, como la voz del cristianismo agonizante; en pocos instantes, sesenta mil ancianos, mugeres ó niños, sin distincion de clase, edad ni sexo, fueron amarrados de dos en dos, los hombres con cuerda, las mugeres con sus velos ó sus cinturones. Aquellas parejas de esclavos fueron echadas en las naves, llevadas al campamento de los otomanos, insultadas, trocadas, vendidas como viles rebaños. Jamas semejantes lamentaciones se oyeron en las dos orillas de Europa y de Asia; las mugeres se separaban para siempre de sus esposos, los hijos de sus madres, y los turcos arrojaban, por diferentes caminos, aquel vivo botin de Constantinopla, hácia el interior del Asia. Constantinopla fué saqueada por espacio de ocho horas; luego Mahometo II entró por la puerta de S. Roman, rodeado de sus visires, de sus bajás y de su guardia; echó pié á tierra delante de la puerta de Santa Sofia, é hirió con su alfange á un

soldado que estaba rompiendo los altares. El emperador no quiso destruir nada; trasformó la iglesia en mezquita, y un muzlin subió por primera vez á lo alto de esa misma torre donde le oigo cantar á esta hora, para llamar á los musulmanes á la oracion y glorificar, bajo otra forma, al Dios á quien otros hombres adoraban en esta ciudad la víspera. Desde allí Mahometo II pasó al palacio desierto de los emperadores griegos, y recitó, al entrar, estos versos persas:

“ La araña hila su tela en el palacio de los emperadores, y el mochuelo entorna su canto nocturno sobre las torres Erasiab!”

Aquel dia se encontró el cuerpo de Constantino debajo de un monton de cadáveres: varios jenízaros habian oido á un griego magníficamente vestido y luchando con la agonía, esclamar:

—“ ¿No habrá un cristiano que quiera quitarme la vida?” Los jenízaros le cortaron la cabeza;—dos águilas de oro bordadas en sus borzegués y las lágrimas de algunos griegos leales, no dejaron duda de que aquel soldado desconocido era el valiente y desgraciado Constantino. Su cabeza fué espuesta en la punta de una lanza para que los vencidos no conservasen ni duda acerca de su muerte, ni esperanza de volver á verle; luego se le enterró con los honores debidos al trono, al heroismo y á la muerte.

No abusó Mahometo de su victoria; la tolerancia religiosa de los turcos se reveló en sus primeros actos. Dejó à los cristianos sus Iglesias y la libertad de su culto público; conservó en sus funciones al patriarca griego; él mismo, sentado en su trono, entregó el cayado pastoral al monge Genadio y le dió un caballo ricamente enjaezado. Los griegos fugitivos pasaron á Italia, adonde llevaron la afición à las controversias teológicas, à la filosofía y à las letras. La antorcha apagada en Constantinopla lanzó sus chispas al otro lado del Mediterráneo, y se encendió de nuevo en Florencia y en Roma. En el espacio de treinta años de un reinado que no fué mas que una conquista, Mahometo II añadió al imperio doscientas ciudades y doce reinos: murió en medio de sus triunfos y recibió el dictado de Mahometo el-Grande: todavía ilustra su memoria los últimos años del pueblo que lanzó á Europa, y que pronto llevará su tumba al Asia. Aquel príncipe tenia la tez de un tártaro, los ojos hundidos, la mirada profunda y penetrante: — siempre tuvo todas las virtudes y todos los vicios que le impuso la política.

Bayaceto II, el Luis XI de los tártaros, hace arrojar á sus hijos al mar, y lanzado del tronco por Selin, huye con sus mugeres y sus tesoros, y muere del veneno preparado por su hijo. Este Selin, por única respuesta al visir que le pregun-

taba donde habia de colocar sus tiendas, hace ahorcar al visir: el sucesor de éste hace la misma pregunta y sufre el mismo castigo; el visir siguiente manda colocar las tiendas, sin preguntar nada, mirando hácia los cuatro puntos del universo, y cuando Selin pregunta donde está su campamento: “En todas partes,” le responde el visir; “tus soldados te seguirán á dó quiera que dirijas tus armas.”

—“Así es como quiero que se me sirva,” dijo el terrible sultan. El fué quien conquistó el Egipto, y quien, sentado en un magnífico trono, erigido en la orilla del Nilo, se hizo traer la raza entera de los opresores de aquel hermoso territorio, y mandó sacrificar á veinte mil mamelucos à su vista,—todo esto sin crueldad personal, y solo en virtud de aquel sentimiento de fatalismo que cree en su misión, y que, por cumplir la voluntad de Dios, de la que se tiene por instrumento, mira el mundo como su conquista y á los hombres como el polvo de sus piés. Aquella misma mano, teñida en la sangre de tantos millares de hombres, escribia versos llenos de resignacion, de dulzura y de filosofía. Todavía subsiste el pedazo de mármol blanco en que escribió estas sentencias:

—“Todo emana de Dios; él nos dá á su arbitrio ó nos rehusa lo que le pedimos. Si alguno en la tierra pudiera algo, por sí mismo, seria igual á Dios.”

Mas abajo se lee:—"Selin, el servidor de los pobres, compuso y escribió estos versos." Conquistador de la Persia, muere encargando á su visir que haga piadosas restituciones á las familias persas arruinadas por la guerra. Su sepultura está colocada junto á la de Mahometo II, con este arrogante epitafio:—"En este dia, el sultan Selin pasó al reino eterno, dejando el imperio del mundo á Soliman."

Desde aquí veo relucir, entre los cimborios de las mezquitas, la resplandeciente cúpula de la mezquita de Soliman, una de las mas magníficas de Constantinopla. Acababa Soliman de perder su primer hijo, Mahometo, que tuvo de la célebre Rojelana, y esta mezquita recuerda un tierno testimonio del dolor de aquel príncipe. Para honrar la memoria de su hijo, dió libertad á una multitud de esclavos de ambos sexos, deseando asociar de este modo simpatías á su dolor.

Pronto las cercanías de aquella misma mezquita fueron ¡ay! teatro de un drama terrible. Soliman, irritado contra un hijo suyo habido en otra muger, Mustafá, llama al Mufti y le pregunta:—"¿Qué castigo merece Zair, esclavo de un mercader de esta ciudad, que le ha confiado, durante un viage su esposa, sus hijos, sus tesoros? Zair ha desatendido los negocios de su amo, ha intentado seducir á su muger, ha tendido emboscadas

"contra los hijos; ¿qué castigo merece el esclavo Zair?"

"El esclavo Zair merece la muerte," escribe el Mufti. "Dios sea el mejor."

Soliman, armado con esta respuesta, llama á Mustafá á su campamento. Llega el jóven, acompañado de Zeangir, un hijo de Rojelana, pero que, léjos de participar del odio de su madre, profesaba á su hermano Mustafá el mas tierno cariño. Apénas llega ante la tienda de Soliman, Mustafá es desarmado: penetra solo en el primer recinto, donde reinaban una completa soledad y un mustio silencio. Cuatro mudos se precipitan sobre él y forcejean por ahogarle; pero él los tira al suelo, y ya está á punto de escaparse y de llamar en su auxilio al ejército que le adora, cuando el mismo Soliman, que seguia con los ojos la lucha de los mudos contra su hijo, levanta una punta de la cortina de su tienda, y les lanza una mirada de furor; entónces los esclavos se levantan y consignan ahogar al jóven príncipe: su cuerpo fué espuesto sobre una alfombra delante de la tienda del sultan. Zeangir espira de desesperacion sobre el cadáver de su hermano, y el ejército contempla con despavoridos ojos la implacable venganza de una muger de quien el amor ha hecho esclavo al desgraciado Soliman. Mustafá tenia un hijo de diez años, y Rojelana arran-

có al sultan la órden de su muerte. Un emisario secreto está encargado de burlar la vigilancia de la madre de aquel niño; se discurre un pretesto para llevarla á una quinta de recreo, poco distante de Brusa: el niño iba á caballo delante de la litera de la princesa. Rómpe se la litera; el joven príncipe continúa su camino, seguido del ennuco encargado de la órden secreta de su muerte: apénas entra en la quinta, el eunuco le detiene y le presenta el fatal cordon.

“El sultan manda que mueras ahora mismo, le dice.

“Esa órden es tan sagrada para mí, como la “ del mismo Dios,” responde el niño, y presenta su cabeza al verdugo. La madre llega y encuentra el cuerpo palpitante de su hijo en el dintel de la puerta. El insensato amor de Soliman á Roxelana, llenó el serrallo de mas crímenes que los que vió el palacio de Argos.

Las Siete Torres me recuerdan la muerte del primer sultan inmolado por los jenízaros. Otman, llevado por ellos á aquella fortaleza, cae dos dias despues bajo la cuchilla de Daoud, visir. Este visir, poco tiempo despues, es conducido tambien á las Siete Torres, y allí le arrancan su turbante, le hacen beber en la misma fuente en que bebió el desgraciado Otman, y le ahorcan en la misma estancia en que él asesinó á su

señor. El *ada* de los jenízaros, de los cuales un soldado osó poner la mano sobre Otman, es anulada, y hasta la abolicion de este cuerpo, cuando un oficial llamaba la secsagésima quinta *ada*, otro oficial respondia:

“Perezca la voz de esa *ada*! quede destruida “ para siempre la voz de esa *ada*!”

Los jenízaros, arrepentidos del asesinato de Otman, deponen á Mustafá, y van á pedir de rodillas al serrallo un niño de doce años para darle el imperio. Vestido con un magnífico ropage de tela de plata, el turbante imperial en la cabeza, sentado en un trono portátil, cuatro oficiales de los jenízaros le levantan en hombros y pasean al emperador niño en medio de su pueblo. Aquel emperador fué Amurat IV, digno del trono á que le hicieron subir en tan temprana edad la rebelion y el arrepentimiento.

Aquí acaban los dias de gloria del imperio otomano.

La ley de Soliman, que mandaba que los hijos de los sultanes viviesen prisioneros entre eunucos y mugeres, enervó la sangre de Otman, é hizo presa al imperio de los amaños de los eunucos y de las rebeliones de los jenízaros. De tarde en tarde brillan en la historia del imperio turco algunos nobles caracteres, pero son impotentes, por-

que se han acostumbrado temprano á no tener voluntad. Dígase lo que se quiera en Europa, es evidente que el imperio ha muerto y que un héroe podria todo lo mas volverle una apariencia de vida.

El serrallo, ya abandonado por Mahmud, no es mas que una brillante sepultura: pero ¡cuán dramática y terrible seria su historia, si pudieran contarlos sus padres!

Una de las mas graves y dulces figuras de ese misterioso drama, es la del desgraciado Selin que, depuesto y preso en el serrallo por no haber querido derramar la sangre de sus sobrinos, fué en su prision el maestro del actual sultan Mahmud. Selin era filósofo y poeta; el preceptor habia sido rey, el filósofo debia serlo algun dia. Durante aquella larga cautividad de los dos príncipes, Mahmud, irritado por la negligencia de un esclavo, se dejó llevar de la cólera hasta el punto de darle un bofetón.

—“Ah! Mahmud, dijo Selin, cuando hayas pasado por el horno del mundo, no te arrebatara de ese modo: cuando hayas sufrido como yo, sabrás compadecer todas las desgracias, y aun las de un esclavo.”

La suerte de Selin fué desgraciada hasta el fin. Mustafá Baraictar, uno de sus leales bajás, armado por su causa, llega hasta Constantinopla y se presenta en las puertas del serrallo. El sultan

Mustafá se dormia en las delicias, y aun en aquel momento estaba en uno de sus kioskos sobre el Bósforo. Los bostangis defienden las puertas, Mustafá acude al serrallo; y mientras Baraictar batia las puertas con su artillería, pidiendo que le entregasen su amo Selin, este desventurado príncipe cae bajo el puñal del Kislar aga y de sus eunucos. El sultan Mustafá hace arrojar su cuerpo á Baraictar, quien se precipita sobre el cadáver de Selin y le cubre de besos y de lágrimas. Buscan los insurrectos á Mahmud, que estaba escondido en el serrallo, temiendo que Mustafá haya derramado en él la última gota de la sangre de Otman, y le hallan en fin, metido debajo de unos rollos de alfombras, en un oscuro rincon del serrallo. Cree que le buscan para matarle,—pero le sientan en el trono y Baraictar se prosterna delante de él: espone encima de las murallas las cabezas de los partidarios de Mustafá; cosen en sendos sacos de cuero á sus mugeres y las tiran al mar: pero pocos dias despues, Constantinopla se convierte en un campo de batalla; los jenizaros se rebelan contra Baraictar, y proclaman sultan á Mustafá, á quien la clemencia de Mahmud habia perdonado la vida. El serrallo es sitiado, el incendio devora la mitad de Stambul; los amigos de Mahmud le piden la muerte de su padre Mustafá, que es lo único que puede salvar la vida del sultan y la de ellos: la sentencia espira en sus labios; se cubre la cabeza con un chal

y cae sin fuerzas en un sofá; sus parciales se aprovechan de su silencio, y asesinan á Mustafá. Mahmud, último y único vástago ya de la sangre de Otman, era un ser inviolable y sagrado para todos los partidos. Baraictar habia hallado la muerte en las llamas, peleando al rededor del serrrallo, y Mahmud dió principio á su reinado.

La plaza de Atmeidan, que se destaca desde aquí en negro sobre las blancas paredes del serrrallo, recuerda el acto mas grande del reinado de este príncipe, la estinsion de la raza de los jenízaros. Esta medida, que era la única que podia rejuvenecer y revivificar el imperio, nada produjo mas que una de las mas sangrientas y lúgubres escenas que ofrecen los anales del mundo: todavía está escrita en todos los monumentos del Atmeidan con ruinas y vestigios de cañonazos y de incendios. Mahmud la preparó cual profundo político y la ejecutó como un héroe:—un accidente determinó la última rebelion.

Un oficial egipcio dió un sablazo á un soldado turco; los jenízaros derriban sus ollas; el sultan, noticioso de esto, y preparado á todo, se hallaba con sus principales consejeros en uno de sus jardines en Beschiktasch, sobre el Bósforo. Acude al serrrallo, empuña el estandarte sagrado de Mahoma; el mufti y los ulemas, reunidos al rededor del estandarte sagrado, pronuncian la abolicion de los

jenízaros; las tropas regulares y los fieles musulmanes se arman y se reunen á la voz del sultan; él mismo se adelanta á caballo al frente de las tropas del serrrallo; los jenízaros reunidos en el Atmeidan le respetan:—el sultan atraviesa varias veces por en medio de su muchedumbre amotinada, solo, á caballo, arrostrando mil muertes; pero animado de aquel valor sobrenatural que inspira una resolucion decisiva:—aquel dia debia ser el último de su vida; ó el primero de su emancipacion y de su poderío. Los jenízaros sordos á su voz se niegan á reconocer á sus agas, y acuden de todos los puntos de la capital, en número de cuarenta mil hombres. Las tropas leales del sultan, los artilleros y los botangis ocupan las bocas de las calles contiguas al hipódromo; el sultan manda romper el fuego, pero les artilleros titubean; un oficial resuelto, Kara-Djehennem, se precipita á uno de los cañones, dispara su pistola sobre el cebo de la pieza y hace caer bajo la metralla los primeros grupos de los jenízaros. Estos retroceden; la artillería barre la plaza; el incendio devora los cuarteles; prisioneros en aquel estrecho espacio, millares de hombres perecen bajo las tapias desmoronadas, bajo la metralla y entre las llamas;—empieza la matanza y no acaba sino con la muerte del último jenízaro. Ciento veinte mil hombres, en la capital solamente, alistados en este cuerpo, son presa del furor del

pueblo y del sultan. Las aguas del Bósforo arrastran sus cadáveres al mar de Mármara; los demas son enviados al Asia Menor, y perecen en el camino; el imperio respira en libertad. El sultan, mas absoluto que lo fué jamas príncipe alguno, solo tiene esclavos obedientes, puede á su arbitrio regenerar el imperio; pero ya es tarde: su genio no está á la altura de su valor; ya ha llegado la hora de la decadencia del imperio otomano, como le llegó la suya al imperio griego: Constantinopla aguarda nuevos fallos del destino. Desde aquí veo la escuadra rusa, como el flotante campamento de Mahometo II, estrechar mas y mas cada dia la ciudad y el puerto; veo las hogueras de los vivagues de los kalmucos sobre las colinas del Asia. Los griegos vuelven con el nombre y los arreos de los rusos, y la Providencia conoce el dia en que un último asalto, dado á las murallas de Constantinopla, que es hoy todo el imperio, cubrirá de fuego, humo y ruinas esa resplandeciente ciudad que duerme ante mis ojos su último sueño.

El mas hermoso punto de vista de Constantinopla está encima de nuestra habitacion, en lo alto de un belveder construido por M. Truqui sobre la azotea de su casa, que domina el grupo entero de las colinas de Pera, de Gálata y de los collados que rodean el puerto por el lado de las aguas dulces;—es el vuelo del águila encima de Constantino-

pla y del mar. La Europa, el Asia, la entrada del Bósforo y el mar de Mármara se ven á un mismo tiempo: la ciudad está debajo. Si no tuviese uno mas que una mirada que echar sobre la tierra, deberia elegir este punto para contemplarla. No puedo comprender, cada vez que subo á ese belveder, y subo varias veces al dia, y paso en él noches enteras;—no puedo comprender como, de tantos viajeros como han visitado á Constantinopla, tan pocos han sentido el encanto que tiene esta escena para mis ojos y para mi alma; como ninguno la ha descrito. ¿Será porque la palabra no tiene ni espacio, ni horizonte, ni colores; y porque el único lenguaje del ojo es la pintura? Pero ni aun la misma pintura ha reproducido nada de esto: solo ha dado líneas muertas, escenas truncadas, colores sin vida; pero la innumerable gradacion y la variedad de esas tintas segun el estado del cielo y la hora; pero el armonioso conjunto y la colossal grandeza de esas líneas; pero los movimientos, las fugas, los enlaces de esos diversos horizontes; pero el movimiento de esas velas sobre los tres mares; pero el murmullo de vida de esas poblaciones entre esas orillas; pero esos cañonazos que truecan y suben de los navíos, esos pabellones que se amainan ó se izan en los palos, la muchedumbre de los caiques, la vaporosa reverberacion de los cimborios, de las mezquitas, de las torres, de los

minaretes en en el mar:—todo eso ¿dónde está?— Pero probemos á bosquejarlo.

Las colinas de Gálata, de Pera, y otras tres ó cuatro, se deslizan desde mil piés hasta el mar, cubiertas de ciudades de diferentes colores; unas tienen sus casas revocadas de encarnado, otras de negro con una multitud de cúpulas azules que interrumpen aquellas tintas sombrías; entre cada dos cúpulas se lanzan grupos de verdura formados por los plátanos, las higueras y los cipreses de los huertecillos contiguos á cada casa. Unos grandes espacios vacíos entre las casas son campos cultivados y jardines donde se ve á las mugeres turcas cubiertas con sus velos negros, y jugando con sus hijos y sus esclavas á la sombra de los árboles; bandadas de tórtolas y de palomas blancos nadan en el aire azul encima de esos jardines y de esos tejados, y se destacan, como flores blancas nacidas por el viento, del azul del mar que forma el fondo del horizonte.

Se distinguen las calles que serpentean bajando hácia el mar como barrancas, y mas abajo, el vaiven de la población en los bazares que rodea un velo de leve y trasparente humo; estas ciudades ó estos arrabales de ciudad están separados entre sí por promontorios de verdura coronados de palacios de madera pintados y de kioskos de todos colores, ó por hondas gargantas en que la mirada se pierde

entre las raíces de los collados, y desde donde se ve alzarse solamente las copas de los cipreses y la agudas y brillantes puntas de los minaretes; en llegando al mar, el ojo se estravía en su azul superficie, en medio de un laberinto de buques al ancla ó á la vela; los caiques, semejantes á aves acuáticas que nadan ora en grupos, ora aisladamente por el canal, se cruzan en todas direcciones, yendo de Europa á Asia, ó de Pera á la punta del serrallo. Algunos grandes navíos de guerra pasan á toda vela, desembocan del Bósforo, saludan al serrallo con sus andanadas, cuyo humo los envuelve un instante como unas olas grises, y doblan, pareciendo que los tocan, los altos cipreses y los anchos plátanos del jardín del Gran Señor, para entrar en el mar de Mármara. Otros buques de guerra de la armada del sultan, están surtos en número de treinta ó cuarenta á la entrada del Bósforo; sus inmensas moles proyectan una sombra sobre las aguas por el lado de tierra: no se ven enteramente mas que cinco ó seis; la colina y los árboles ocultan una parte de los demas cuyos altos costados, cuyos palos y vergas, que parecen entrelezados con los cipreses, forman una calle circular que huye hácia el fondo del Bósforo. Allí, las montañas de la costa opuesta ó de la orilla de Asia forman el fondo del cuadro; se alzan mas enhiestas y verdes que las de Europa, coronadas de densos bosques que se deslizan por sus faldas; sus cimas, cultiva-

das como jardines, sostienen solitarios kioskos, galerías, aldeas; pequeñas mezquitas cercadas de arboledas: sus ensenadas están llenas de buques anclados, de caiques remeros, de barquillas con velas: la gran ciudad de Scútari se extiende á sus pies sobre una ancha márgen, dominada por sus frondosas cimas y ceñida de su negro bosque de cipreses. Una hilera no interrumpida de caiques y de lanchas cargadas de soldados asiáticos, de caballos ó de griegos cultivadores que van á llevar sus verduras á Constantinopla, se extiende entre Scútari y Gálata, y se abre sin cesar para dar paso á otra hilera de buques mayores que desembocan del mar de Mármara.

Volviendo á la costa de Europa, pero del otro lado del canal del Cuerno de Oro, el primer objeto que encuentra la vista despues de haber atravesado la azul superficie del canal, es la punta del serrallo, que es el sitio mas magestuoso, ameno, magnífico y agreste juntamente que puede elegir un pintor. La punta del serrallo avanza como un promontorio, ó como un cabo llano entre estos mares, en frente del Asia; este promontorio, contando desde la punta del serrallo en el mar de Mármara, hasta el gran kiosko del sultan, enfrente de la escala de Pera, puede tener tres cuartos de legua de circunferencia:—es un triángulo cuya base es el palacio ó el serrallo mismo cuya punta penetra en

el mar, cuyo lado mas estenso da sobre el puerto interior ó canal de Constantinopla; desde el punto en que me hallo, se le domina todo entero:—es un bosque de árboles gigantescos cuyos troncos salen, como columnas, de las tapias y de los terrados del recinto y extienden sus ramas sobre los kioskos, sobre las baterías y los buques del mar; estos bosques, de un color verde sombrío y barnizado, están interpolados con hermosas praderas, florestas, banderas, escalinatas de piedra, cúpulas de oro ó de plomo, minarettes tan sutiles como los palos de los buques, y anchos cimborios de los palacios, de las mezquitas y de los kioskos que rodean estos jardines,—vista parecida con corta diferencia á la que ofrece la campiña de Saint-Cloud (1) desde las colinas de Meudon,—solo que estos sitios campestres están rodeados, por tres lados, por las cúpulas de las numerosas mezquitas y por un océano de casas y de calles que forman la verdadera Constantinopla ó la ciudad de Stambul. La mezquita de Santa Sofia, el San Pedro de la Roma del Oriente, alza su macizo y gigantesco cimborio encima de las tapias del serrallo: Santa Sofia es una informe colina de piedra acumuladas y coronadas por una media naranja que reluce al sol como un mar de plomo; mas lejos, las mezquitas mas modernas, de Acmet, de Bayaceto, de Soliman, de Sultanié, se lanzan al cielo

(1) Sitio real inmediato á Paris.

con sus minaretes interpolados con galerías morunas; cipreses tan corpulentos como los minaretes las acompañan, y contrastan por do quiera, con su negra hoja; con el resplandeciente brillo de los edificios; en la cima de la colina achatada de Stambul, se ven, entre las tapias de las casas y los minaretes, una ó dos colinas antiguas ennegrecidas por los incendios y bronceadas por el tiempo, que son algunos restos de la antigua Bizancio que se conservan en la plaza del Hipódromo ó del Atmeidan; tambien allí se estienden las vastas líneas de varios palacios del Sultan ó de sus visires: el Divan, con su puerta que ha dado nombre al imperio, está en aquel grupo de edificios; mas arriba destacándose sobre el cerúleo horizonte del cielo, una espléndida mezquita corona la colina y mira á los dos mares; su cúpula de oro, herida por los rayos del sol, parece que reverbera un incendio, y la transparencia de su cimborio y de sus paredes, coronadas de aéreas galerías, le da la apariencia de un monumento de plata ó de porcelana; aquí acaba por el horizonte, y la vista vuelve á bajar sobre otras dos anchas colinas cubiertas de sin interrupcion de mezquitas, de palacios, casas revocadas, hasta el fondo del puerto, donde el mar disminuye insensiblemente de anchura, y se pierde á la vista bajo los árboles en el valle árcaico de las aguas dulces de Europa: si se vuelven los ojos al canal, se ve una multitud de mástiles agrupados en la ori-

lla de la escala de los Mnertos del arsenal, y bajo los bosques de cipreses que cubren las faldas de Constantinopla; se ve la torre de Gálata, construida por los genoveses, salir como el palo mayor de un buque, de un océano de tejados, y blanquear entre Gálata y Pera, semejante á un pilar colosal entre dos ciudades, y el ojo vuelve á reposar en fin en las serenas aguas del Bósforo, incierto en Europa y Asia. Tal es la parte material del cuadro; pero si se añaden á estos principales rasgos de que se compone el inmenso marco que le rodea y le hace resaltar del cielo y del mar, las negras líneas de las montañas de Asia, las bajos y vaporosos horizontes del golfo de Nicomedia, las crestas de las montañas del Olimpo de Brusa que aparecen detras del serrallo mas allá del mar de Mármara, y que estiende sus vastas nieves como blancas nubes en el firmamento; si se agregan á este magestuoso conjunto la gracia y el color infinito de esos innumerables pormenores; si se representa uno en el pensamiento los variados efectos del cielo, del viento, viento de las horas del dia sobre el mar y sobre la ciudad; si ve uno las flotas de los buques mercantes desprenderse, como bandadas de aves marinas, de la punta de los negros bosques del serrallo, tomar el medio del canal, é internarse lentamente en el Bósforo formando grupos siempre nuevos; si los rayos del sol en ocaso vienen á rasar las cimas de los árboles y de los minaretes, y á inflamar, como

reverberaciones de un incendio, las rojas tapias de Scútari y de Stambul; si el viento que refresca ó se aplana alisa el mar de Mármara como un lago derretido, ó rizando ligeramente las aguas del Bósforo, parece que tiende sobre ellas las resplandecientes mallas de una inmensa red de plata; si el humo de los barcos de vapor se alza y gira en medio de las grandes velas temblorosas de los navíos ó de las fragatas del sultan; si el cañonazo de la oracion retumba, en prolongados ecos, desde el puente de los buques de la armada hasta bajo los cipreses del campo de los Muertos; si los innumerables rumores de las siete ciudades, de los millares de embarcaciones se alzan en bocanadas de la tierra y del mar, y le llegan á uno en alas de la brisa, hasta á lo alto de la columna donde se halla; si se considera que ese cielo es casi siempre tan profundo y tan puro; que esos mares y esos puertos naturales están siempre sosegados; que cada casa de esas largas riberas es una enserada donde los buques pueden fondear en todos tiempos debajo de las ventanas, donde se construyen y se botan al agua navíos de tres puentes bajo la sombra misma de los plátanos de la orilla; si se acuerda uno de que está en Constantinopla, en esta ciudad reina de Europa y Asia, en el punto precisamente adonde estas dos partes del mundo han venido de cuando en cuando, á abrazarse ó á lidiar; si la noche le sorprende en esta contemplacion, de la que nunca se cansa la vista; si se encienden los

faros de Gálata, del serrallo, de Scútari, y las luces de los navíos; si las estrellas se van destacando poco á poco, una á una ó en grupos, del firmamento azul, y circundan las negras cumbres de las costas de Asia, las nevadas cimas del Olimpo, las islas de los Príncipes en el mar de Mármara; la sombría meseta del serrallo, las colinas de Stambul y los tres mares, como de una randa azul sembrada de perlas en que aparece que nada toda esa naturaleza; si la claridad mas templada del firmamento adonde sube la luna naciente, deja bastante luz para ver las grandes masas de ese cuadro, borrando ó esfuminando los pormenores, tiene uno á todas las horas del dia y de la noche el mas magnífico y delicioso espectáculo que puede abarcar una mirada humana;—es una embriaguez de los ojos que se comunica al pensamiento, un deslumbramiento de la mirada y del alma;—es el espectáculo que disfruto todos los dias y todas las noches hace un mes.

El embajador de Francia me ha propuesto que le acompañe en la visita que todos los embajadores recién llegados tienen derecho á hacer á Santa Sofia, y á este fin me hallé esta mañana, á las ocho, en una puerta de Stambul que da sobre el mar, detras de las tapias del serrallo. Uno de los principales oficiales de Su Alteza nos aguardaba en la playa, y nos llevó primeramente á su casa, donde nos habia hecho disponer una colacion. Las habitaciones eran numerosas y estaban elegante-

mente adornadas, pero sin mas muebles que divanes y pipas: los primeros están contiguos à las ventanas que dan sobre el mar de Mármara. El almuerzo se sirvió à la europea; solo los manjares eran nacionales, y tan numerosos como esquisitos; pero todos nuevos para nosotros. Despues del almuerzo, las señoras fueron à ver à las mugeres del coronel turco, encerradas por aquel dia en una estancia inferior: el harem ó habitacion de las mugeres era la sala en que nos habian recibido. Todos llevàbamos babuchas de tafilete amarillo para ponérnoslas en la mezquita, sin lo cual hubiéramos tenido que quitarnos las botas y andar descalzos. Entramos en el ante-patio de la mezquita de Santa Sofia, en medio de un piquete de guardias, que nos abrian paso entre el gentío que habia acudido à vernos. Las caras de los osmanlis tenian una espresion de recelo y enojo, pues todos los buenos musulmanes miran la introduccion de los cristianos como una profanacion de sus santuarios. Apenas entramos, cerraron la puerta de la mezquita.

La gran basílica de Santa Sofia, construida por Constantino, es uno de los mas grandes edificios que ha hecho salir de la tierra el genio de la religion cristiana; pero se conoce, por la barbarie del arte que ha presidido à la disposicion de aquella gran mole de piedra, que fué la obra de una

época de corrupcion y de decadencia:—es el recuerdo confuso y grosero de un gusto que ya no ecsiste; es el bosquejo informe de un arte que se está ensayando. Precede al templo un largo y ancho peristilo cubierto y cerrado como el de San Pedro de Roma: varias columnas de granito, de prodigiosa altura, pero encajadas en las tapias, separan este vestíbulo del atrio. Una gran puerta se abre sobre el interior; el ámbito de la iglesia está decorado en sus costados con soberbias columnas de pórfido, de granito, egipcios y de preciosos mármoles; pero estas columnas, de grueso, de proporcion y de órdenes diversos, son evidentemente restos sacados de otros templos, y colocados allí sin simetría y sin gusto, como una obra de bárbaros. Pilares gigantescos, de mampostería vulgar, sostienen un cimborio aéreo como el de San Pedro, y cuyo efecto es por lo menos igualmente majestuoso; este cimborio, cubierto en otro tiempo de mosaicos que formaban cuadros en la bóveda, se revocó cuando Mahometo II se apoderó de Santa Sofia para convertirla en mezquita. Algunas partes del baño de color están descascaradas y dejan traslucir la antigua decoracion cristianas. Al rededor de la basílica, à la altura del arranque de la bóveda, se estienden galerías circulares, apoyadas en vastas tribunas. El aspecto del edificio es bello, espacioso, sombrío, sin ornatos; con sus rasgadas bóvedas y sus co-

lumnas bronceadas, semeja el interior de una colosal sepultura cuyas reliquias ha dispersado el tiempo: inspira el terror, el silencio, la meditacion sobre la inestabilidad de las obras del hombre que edifica para ideas que cree eternas, y cuyas ideas sucesivas, ya con un libro, ya con un sable en la mano, vienen cada cual á su vez á habitar ó á arruinar los monumentos. En su estado presente, Santa Sofía parece un gran almacén de Dios; allí están las columnas del templo de Efeso, allí las imágenes de los apóstoles con sus aureolas de oro en la bóveda, mirando las lámparas suspendidas del iman. Luego que salimos de Santa Sofía, fuimos á visitar las siete mezquitas principales de Constantinopla, todas menos grandiosas pero infinitamente mas bellas. Se conoce que el mahometismo tenia su arte propio, su arte enteramente conforme con la luminosa sencillez de su idea, cuando crigió estos templos, sencillos, regulares, espléndidos, sin sombras para sus misterios, sin altares para sus víctimas. Estas mezquitas se parecen todas, salvo el tamaño y el color; precedenlas grandes patios rodeados de claustros donde están las escuelas y las viviendas de los imanes: soberbios árboles dan sombra á estos patios, y numerosas fuentes derraman en ellos el rumor y la voluptuosa frescura de sus aguas: en las cuatro esquinas de la mezquita se alzan, como aéreos pilares, cuatro minaretes de primoroso trabajo; pe-

queñas galerías circulares con un antepecho de piedra calado como encaje, rodean á diferentes alturas el cuerpo del minarete:—allí se coloca, en las diferentes heras del día, el muzlin que grita la hora y llama á la ciudad al pensamiento constante del mahometano, el pensamiento de Dios. Un pórtico por entre el cual se ven los jardines y los patios, y al que se sube por unos cuantos escalones, conduce á la puerta del templo. Este es un atrio cuadrado ó redondo, coronado por una cúpula sostenida por elegantes pilares ó hermosas columnas istriadas: un púlpito está apogado á uno de los pilares: forman el friso algunos versículos del koran escritos en la pared. Las paredes están pintadas de arabescos. De uno á otro pilar cruzan la mezquita unos alambres que sostienen una multitud de lámparas, de huevos de avestruz suspendidos, de manojos de espigas ó de flores: las losas del pavimento están cubiertas de esteras ó de ricas alfombras. El efecto es sencillo y grandioso: no es aquello un templo donde mora un Dios; es una casa de oracion y de contemplacion donde se reúnen los hombres para adorar al Dios único y universal. Lo que se llama culto no ecsiste en la religion: Mahoma predicó á unas tribus bárbaras en quienes los cultos ocultaban al Dios. Los ritos son sencillos; una fiesta anual, abluciones y la oracion, en las cinco divisiones del día, á esto se reduce todo.

Ningun dogma fuera de la creencia en un Dios creador y remunerador;—las imágenes suprimidas por miedo de que tienten la flaca imaginacion humana, y conviertan el recuerdo en culpable adoracion:—ningun sacerdote, á lo menos, la facultad para todo fiel de hacer oficio de sacerdote: el cuerpo sacerdotal no se formó sino con el trascurso del tiempo y por corrupcion. Siempre que he entrado en las mezquitas, he hallado en ellas un corto número de turcos acurrucados ó tendidos en las alfombras, y orando con todas las señales exteriores del fervor y de un completo arrobamiento.

En el patio de la mezquita de Bayaceto veo el sepulcro vacío de Constantino, que es un vaso de pórfido de prodigiosa magnitud, en el que cabrian veinte héroes. El trozo de pórfido es evidentemente de la época griega, y sin duda es también algun resto arrancado de los templos de Diana en Efeso. Los siglos se prestan sus templos como sus sepulcros, y se les vuelven vacíos. ¿Dónde están los huesos de Constantino? Los turcos han encerrado su sepulcro en un kiosko, y no le dejan profanar. Las sepulturas de los sultanes y de sus familias están en los jardines de las mezquitas que ellos han construido, bajo kioskos de mármol sombreados por copudos árboles y perfumados por las flores. Hermosos surtidores murmuran al

lado ó dentro del kiosko mismo, y el culto del recuerdo es tan inmortal entre los musulmanes, que nunca he pasado por delante de una de esas sepulturas sin hallar ramilletes de flores recién cogidas puestos en la puerta ó en las ventanas de esos numerosos monumentos.

Acabo de bajar y de volver á subir el canal del Bósforo de Constantinopla en la desembocadura del mar Negro, y voy á bosquejar para mí, algunos rasgos de esta encantada naturaleza. No creía yo que el cielo, la tierra, el mar y el hombre pudiesen producir juntos tan hechiceros paisajes. El trasparente espejo del cielo ó del mar es el único que puede verlos y reflejarlos enteros; mi imaginacion los vé y los conserva así; pero mi memoria no puede guardarlos y pintarlos sino por medio de algunos pormenores sucesivos. Escribamos, pues, vista por vista, cabo, por cabo, ensenada por ensenada, minuto por minuto. Años enteros necesitaría un pintor para reproducir una sola de las orillas del Bósforo; el pais muda á cada nueva mirada, y siempre se renueva igualmente hermoso variando. ¿Qué puedo decir en algunas palabras?

Conducido por cuatro remeros arnautas en uno de estos largos caiques que hienden la mar como un pez, me he embarcado solo á las siete de la mañana con un sol y un cielo hermosísimos. Un intérprete, tendido en la barca entre los remeros y

yo, me iba diciendo los nombres y las cosas. . Primeramente costeamos los muelles de Tofana, con su cuartel de artillería. La ciudad de Tofana, alzándose en escalones de casas revocadas, como ramilletes de flores, agrupados al rededor de la mezquita de mármol, iba á morir bajo los altos cipreses del gran campo de los muertos de Pera: esta cortina de sombría verdura remata las colinas por este lado. Deslizábamonos por entre una multitud de buques al ancla de innumerables caiques que llevaban á Constantinopla los oficiales del serrallo, los ministros y sus kiaias, y las familias de los armenios que la hora del trabajo llamaba á sus factorías. Estos armenios son una raza de hombres soberbios, noble y sencillamente vestidos, con un turbante negro y un largo ropon azul ceñido al cuerpo con un chal de cachemira blanco. Sus formas son atléticas; sus fisonomías inteligentes; pero vulgares; tienen la tez colorada, los ojos azules, la barba rubia; son los suizos del Oriente; laboriosos, pacíficos, regulares como ellos, pero como ellos calculadores y codiciosos; ponen su ingenio traficante al servicio del sultan ó de los turcos; nada hay de heroico ni de belicoso en esta raza de hombres. El comercio es su vida y bajo todos los gobiernos serán comerciantes: son, de todos los cristianos los que mas simpatizan con los turcos. Prosperan y acumulan las riquezas que estos desatienden y que se les escapan á los griegos y á los judíos; todo es-

tá aquí entre sus manos. Son los dragomanes de todos los bajás y de todos los visires. Sus mugeres, cuyas facciones tan puras; pero mas delicadas, recuerdan la serena hermosura de las inglesas ó de las labradoras de los montes de Suiza, son admirables, lo mismo que los niños. Los caiques en que van están llenos de canastillos de flores que traen de sus caseríos.

Empezamos á torcer la punta de Tofana y á resbalar á la sombra de los grandes navíos de guerra de la armada otomana, surta en la costa de Europa: estas enormes moles duermen aquí como en un lago. Los marineros, vestidos, como los soldados turcos, con chaquetas coloradas ó azules, están indolentemente reclinados en los obenques, ó se bañan al rededor de la quilla. Grandes chalupas cargadas de tropas van y vienen de la tierra á los navíos, y los elegantes botes del capitan-bajá, conducidos por veinte remeros, pasan, como flechas, junto á nosotros. El almirante Tahir-Bajá y sus oficiales van vestidos con unas levitas oscuras, llevan en la cabeza el fez ó gran gorro de lana roja que se encasquetan hasta las cejas, como corridos de haberse despojado del noble y gracioso turbante. Estos hombres tienen un ademan melancólico y resignado; van fumando en sus largas pipas con boquilla de ámbar. Ahí se ven hasta unos treinta buques de guerra bien contruidos, y

que parecen á punto de dar la vela; pero no hay ni oficiales ni marineros, y esta magnífica armada no es mas que una decoracion del Bósforo. Mientras que el sultan la contempla desde su kiosko de Beglierbey, situado frente por frente, en la costa de Asia, las dos ó tres fragatas de Ibrahim-Bajá poseen en paz el Mediterraneo, y las barcas de Samos dominan el Archipiélago. A pocos pasos de estas naves, en la orilla de Europa que voy siguiendo, paso por debajo de las ventanas de un largo y magnífico palacio del sultan, no habitado á la sazón y que parece un palacio de amphibios; las olas del Bósforo, por poco que las arremoline el viento, rasan las ventanas y lanzan su espuma á las habitaciones del piso bajo. Los escalones del ingreso llegan á las aguas, y las puertas enrejadas dan entrada al mar hasta los patios y los jardines, donde se amarran los caiques, y donde están los baños de las sultanas que pueden nadar en el mar al abrigo de las persianas de sus salas.

Detras de estos patios marítimos, los jardines de lilas y de rosas se alzan en escalones sucesivos, sustentando terrenos y kioskos enrejados y dorados. Esas graciosas florestas van á perderse en grandes bosques de encinas, de laureles y de plátanos, que cubren las cuestas y se alzan con los peñascos hasta la cumbre de la colina. Las habitaciones del sultan están abiertas, y veo por las

ventanas, las ricas molduras doradas de los techos, las arañas de cristal, los divanes y las colgaduras de seda:—las del harem están cerradas con densos enrejados de madera elegantemente labrados. Inmediatamente despues de este palacio, empieza una serie no interrumpida de palacios, de casas y de jardines de los principales validos, ministros ó bajás del Gran-Señor. Todos duermen sobre el mar, como para respirar su frescura. Sus ventanas están abiertas; los amos están sentados en divanes, en espaciosas salas resplandecientes con oro y sedas, fumando, conversando, tomando sorbetes y mirándonos pasar: sus salas dan tambien sobre unos terrados cubiertos de arbustos y de flores que se siguen formando anfiteatro. Los numerosos esclavos, ricamente ataviados, están, por lo comun, sentados en los escalones que baña el mar; y los caiques, montados por sus remeros, están en el borde de aquellas escalinatas, prontos á recibir y á llevarse á los dueños de aquellas suntuosas moradas. Dó quiera los harenes forman un ala un poco separada por jardines ó patios, de la habitacion de los hombres; todos están enrejados;—solamente veo de cuando en cuando la cabeza de un hermoso niño que asoma entre las flores de las enramadas para mirar el mar, y el blanco brazo de alguna muger que entorna ó cierra una persiana. Estos palacios, estas casas son todas de madera, pero muy ricamente trabajada, con aleros, galerías y

barandillas infinitas, y todos están cubiertos y rodeados de sombras, de plantas rastreras y de bosques de jazmines y de rosas: todos están bañados por la corriente del Bósforo, y tienen patios interiores donde penetra el agua del mar y se renueva, y donde están á cubierto los caiques. El Bósforo es tan profundo en todas partes, que pasamos bastante cerca de la orilla para respirar el embalsamado ambiente de las flores, y para que descansen nuestros remeros á la sombra de los árboles. Los mas grandes buques pasan tan cerca como nosotros, y muchas veces una verga de un bergantín ó de un navío se enreda en las ramas de un árbol, en un emparrado, ó aun en las persianas de un balcon, y huye llevándose pedazos del follage ó de las casas. Estas casas no están separadas unas de otras mas que por grupos de árboles, ó por algunos ángulos de peñascos cubiertos de yedra y de musgo, que descenden de las cumbres de las colinas y se internan algunos piés dentro del agua: solo de cuando en cuando una ensenada mas ancha y profunda se abre entre dos colinas separadas y hendidas por el hueco cauce de un torrente ó de un arroyo. Entónces se estiende una aldea en las llanas orillas de estos golfos, con sus hermosas fuentes morunas, su mezquita con cúpulas doradas y azules, y su ligero minarete, que confunde su cima con la de los altos plátanos. Las casitas revocadas se alzan formando anfiteatro á ambos lados y

en el fondo de estos reducidos golfos, con sus fachadas y sus kioskos de mil colores; en la cima de las colinas, se estienden grandes caseríos, flanqueados por jardines suspendidos y grupos de pinabetes de anchas copas, y limitan los horizontes. Al pié de estas aldeas hay una plaza ó un muelle de granito de algunos pies de anchura: estas playas están plantadas de sicomoros, de vides, de jazmines y forman toldos hasta en el mar, bajo los cuales se ponen á la sombra los caiques: allí están surtos multitud de barcos y de bergantines del comercio de todas las naciones: fondean enfrente de la casa ó de los almacenes del armador, y muchas veces un puente echado desde el del buque hasta la ventana de la casa sirve para trasportar las mercancías. Una turba de muchachos, de vendedores de dátiles, de frutas y de verdura, circula por estos muelles, que vienen á ser el mercado de la aldea y del Bósforo; allí se ven reunidos marineros de todos los paises en medio de los osmanlis, que fuman sentados en sus alfombras, junto á las fuentes, al rededor del tronco de los plátanos.

Ninguna vista de las aldeas de Lucerna ó de Intersaken pueden dar una idea de la gracia y de la pintoresca originalidad de estas pequeñas ensenadas del Bósforo; es imposible no pararse un momento para contemplarlas. De cinco en cinco minutos, con corta diferencia, se hallan de estos pueblos, puertos ó aldeas, en la primera mitad de

la costa de Europa, es decir, por espacio de dos ó tres leguas; luego van siendo menos frecuentes, y el pais toma un carácter mas agreste á causa de la elevacion cada vez mayor, de las colinas y de la profundidad de los bosques. No hablo aquí mas que de la costa de Europa, porque á la vuelta describiré la costa de Asia, mucho mas hermosa todavía; pero es preciso no olvidar, para formarse una imágen esacta, que esta costa de Asia no está mas que á algunas brazas de la colina que voy siguiendo; que muchas veces me hallo tan cerca de una como de otra, y que las mismas escenas que pinto en Europa arrebatan los ojos cada vez que se vuelvan á la costa de Asia;—pero volvamos á la orilla que tengo mas cerca. Hay un sitio, pasado el último de estos puertos naturales, en que el Bósforo se acanala, como un ancho y rápido rio, entre dos cabos de peñascos que bajan perpendicularmente de lo alto de sus dobles montañas; el canal, que serpentea, parece á la vista enteramente cerrado allí; solo á medida que uno avanza le ve desarrollarse y torcer detras del cabo de Europa, luego ensancharse y abrirse como un lago, para sustentar en sus márgenes las dos ciudades de Terapia y de Buyukderé. Del pié á la cima de estos dos cabos de peñascos cubiertos de árboles y de espesa vegetacion suben unas fortificaciones medio arruinadas, y se lanzan unas enormes torres blancas, almenadas, con puen-

tes levedizos y torreones, de la forma de las hermosas construcciones de la edad media: estos son los famosos castillos de Europa y de Asia, desde donde Mahometo II sitió y amenazó por tanto tiempo á Constantinopla antes de penetrar en ella; se alzan, como dos blancas fantasmas, del negro seno de los pinos y de los cipreses, como para cerrar la entrada de estos dos mares. Sus torres y sus cubos, suspendidos sobre los buques navegando á toda vela; los largos ramos de yedra que penden, como mantos de guerreros, sobre sus tapias medio arruinadas; los peñascos grises que los sostienen y cuyos ángulos salen del bosque que los rodea; las grandes sombras que proyectan sobre las aguas, hacen de este sitio uno de los puntos mas caracterizados del Bósforo: aquí pierde parte de su aspecto esclusivamente gracioso, para presentar uno ya gracioso, ya sublime. Algunos cementerios turcos se estienden á sus piés, y los turbantes labrados de mármol blanco salen de trecho en trecho de entre las enramadas, bañados por las olas. ¡Felices los turcos! siempre reposan en el lugar de su predileccion, á la orilla de la corriente cuyo murmullo los ha encantado, visitados por las palomas que sustentaban en vida, embalsamados por las flores que ellos plantaron; si no poseen la tierra durante su vida, la poseen despues de su muerte,—y no se arrojan los restos de las personas á quienes se ha amado, en

esos muladares públicos de donde el horror rechaza al culto, á la piedad de los recuerdos.

Mas allá de los castillos, el Bósforo se ensancha; las montañas de Europa y de Asia se elevan mas ásperas y mas desiertas; solo las orillas del mar están todavía sembradas de trecho en trecho de casitas blancas y de pequeñas mezquitas rústicas sentadas sobre un collado junto á una fuente ó bajo la copa de un plátano. La aldea de Terapia, residencia de los embajadores de Francia y de Inglaterra, ciñe la playa un poco mas léjos; las altas selvas que la dominan proyectan sus sombras sobre los terrados y las praderas de ambos palacios, pequeños valles, encajonados entre los peñascos, forman límites de las dos potencias. Dos fragatas, una inglesa y otra francesa, surtas en el canal en frente de cada palacio, están constantemente allí para aguardar la señal de los embajadores, y llevar á las escuadras del Mediterráneo los mensajes de guerra ó de paz. Buyukderé, lindísimo pueblo situado en el fondo del golfo que forma el Bósforo en el momento en que se tuerce para ir á perderse en el mar Negro, se estiende como una cortina de palacios y de quintas por las faldas de dos sombrías montañas. Un hermoso muelle separa los jardines y las casas del mar. La escuadra rusa, compuesta de cinco navíos, de tres fragatas y de dos barcos de vapor, está surta delante de las azoteas de los palacios de Rusia, y forma una ciudad encima de las aguas,

en frente de la ciudad y de las deliciosas florestas de Buyukderé. Las lanchas que llevan órdenes de un buque á otro, las embarcaciones que van á hacer aguada á las fuentes ó á pasear á los enfermos por la playa; los yatchs de los jóvenes oficiales, que luchan como caballos de carrera, y cuyas velas, inclinadas bajo el viento, mojan las olas; los cañonazos que retumban en las profundidades de los valles de Asia, y anuncian que nuevos bajeles desembocan del mar Negro; un campamento ruso establecido en las abrasadas faldas de las montañas del Gigante en frente de la escuadra: la hermosa pradera de Buyukderé, á la izquierda, con su grupo de maravillosos plátanos, uno solo de los cuales da sombra á un regimiento entero; los magníficos bosques de los palacios de Rusia y de Austria, que coronan la cumbre de las colinas; una multitud de casas elegantes y adornadas con balcones, que ciñen los muelles, y cuyas rosas y lilas penden, en festones, del borde de las azoteas; los armenios con sus hijos, llegando ó partiendo sin cesar en sus caiques llenos de ramos y de flores; el brazo del Bósforo, mas sombrío y mas estrecho, que empieza á descubrirse estendido hácia el brumoso horizonte del mar Negro; otras cordilleras de montañas, enteramente desnudas de aldeas y de caseríos, y alzándose entre las nubes con sus negras selvas, como formidables límites entre las revueltas del mar, de las tempestades, y la magnífica-

ca serenidad de los mares de Constantinopla; dos castillos uno en frente de otro, en cada orilla, coronando con sus baterías, sus torres y sus almenas las alturas avanzadas de dos sombríos cabos; luego, en fin, una doble línea de peñascos cubiertos de selvas, que van á morir en las azules aguas del mar Negro:—tal es el punto de vista que se disfruta desde Buyukderé. Añádase à esto el tránsito perpetuo de una hilera de naves que van á Constantinopla ó salen del canal, segun que el viento sopla del Norte ó del Mediodía; estas naves son á veces tan numerosas que, un dia, volviendo en mi caique conté cerca de doscientas en ménos de una hora. Suelen navegar en grupos, como aves que cambian de clima; si el viento varía, dan bordadas de una á otra orilla, yendo á virar bajo las ventanas ó bajo los árboles de Asia ó de Europa; si refresca la brisa, fondean en una de las innumerables ensenadas ó en la punta de los pequeños cabos del Bósforo, y un momento despues vuelven á cubrirse de velas. A cada minuto, el paisaje, vivificado y modificado por estos grupos de buques á la vela ó al ancla, y por las diversas posiciones que toman à lo largo de las costas, muda de aspecto, y hace del Bósforo un maravilloso kaleidoscopo.

Quando llegué á Buyukderé, tomé posesion de la lindísima casita en el muelle donde M. Truqui tuvo la bondad de ofrecermé su doble hospitalidad, y en la que pasarémos el verano.

La misma fscha.

Parece, despues de la descripcion de esta costa del Bósforo, que la naturaleza no podrá sobrepujarse á sí misma, y que ningun paisaje puede esceder en hermosura al que acabo de admirar; y sin embargo, al volver esta noche á Constantinopla, he seguido la costa de Asia y me parece mil veces mas hermosa que la de Europa. La costa de Asia, no le debe casi nada al hombre; la naturaleza lo ha hecho todo en ella! No hay allí ni Buyukderé, ni Terapia, ni palacios de embajadores, ni ciudad de armenios ó de francos; no hay mas que montañas, desfiladeros que las separan, graciosos valles alfombrados con praderas que se alzan entre las raices de los peñascos, arroyos que serpean por ellas, torrentes que los blanquean con su espuma, bosques suspendidos en sus faldas, que se deslizan por sus quebradas, que descenden hasta las orillas de los numerosos golfos de la costa; una variedad de formas y de tintas, que el pincel de un pintor de paisajes no podria inventar; algunas casas aisladas de marineros ó de hortelanos turcos, esparcidas de trecho en trecho por la playa, ó en la cumbre de una frondosa colina, ó agrupadas en la punta de los peñascos á cuyos piés se desata la corriente en olas azules como un cielo nocturno; algunas blancas ve-

las de pescadores que se internan en profundas ensenadas, y que se ven resbalar de un plátano á otro como un lienzo seco que recogen las lavanderas; innumerables bandadas de pájaros blancos que se enjugan á la vera de los prados; grandes águilas que tienden el vuelo desde las montañas al mar; los mas misteriosos ancones, enteramente cerrados por peñascos y árboles gigantescos, cuyas ramas inundadas de hojas, se doblan sobre las aguas, y forman encima del mar anchas bóvedas en que se meten los caiques.

Una ó dos aldeas escondidas en la sombra de estos ancones, con sus huertos situados á sus espaldas en verdes pendientes, y sus grupos de árboles al pié de los peñascos, con sus barcas medidas por el agua serena á sus puertas, sus bandadas de palomas sobre los tejados, sus mugeres y sus niños á las ventanas, sus ancianos sentados al pié de un plátano junto á un minarete;—los labradores que vuelven de los campos en sus caiques; otros que llenan sus barcas de fagotes verdes, de mirtos ó de brezos en flor, para secarlos y quemarlos en invierno;—escondidos detras de aquellos montes de verdura pendientes de los costados de la barca, no se distinguen ni la barca ni el remero, y cree uno ver un pedazo de la orilla, arrancado por la corriente, flotar á la ventura sobre el mar, con sus verdes hojas y sus olorosas

flores. Este aspecto ofrece la orilla hasta el castillo de Mahometo II que, tambien por este lado, parece que cierra el Bósforo como un lago de Suiza; allí, cambia de caracter; las colinas menos ásperas son tambien mas bajas, y abren mas suavemente sus estrechos valles; ya allí se estienden mas ricas y frecuentes algunas aldeas asiáticas; las aguas dulces de Asia, bellísima llanura cubierta de árboles, de kioskos y de fuentes morunas, se abren á la vista;—gran número de carruages de Constantinopla, especies de jaulas de madera dorada, sostenidas sobre cuatro ruedas y tiradas por dos bueyes, circulan por las praderas; de ellas salen algunas mugeres turcas cubiertas con sus velos, y se sientan al pié de los árboles ó en la orilla del mar, con sus hijos y sus esclavas negras; varios grupos de hombres están sentados mas lejos, tomando café ó fumando; la variedad de los colores de los trages de los hombres y de los niños, el color oscuro del velo monótono de las mugeres, forman bajo todos estos árboles el mas extraño y gracioso mosaico de colores; los bueyes y los búfalos rumian en las praderas; los caballos árabes, cubiertos de jaeces de terciopelo, de seda y de oro, bracean junto á los caiques que abordan en tropel, llenos de mugeres armenias y judías;—estas se sientan destapadas sobre la yerba, á la márgen del arroyo, formando una cadena de matronas y doncellas con diversos arreos y acti-

tudes; algunas son hermosísimas, y lo parecen mas á causa de la estraña variedad de los tocados y de los trages:—allí he solido ver muchas mugeres turcas de los harenes, destapadas; casi todas son bajitas, muy pálidas; tienen los ojos tristes y una traza delicada y enfermiza. En general, el clima de Constantinopla, á pesar de todas sus aparentes condiciones de salubridad, me parece malo; las mugeres á lo menos distan mucho de merecer la reputacion de hermosura de que disfrutan; solo las armenias y las judías me han parecido hermosas,—pero ¡qué diferencia no obstante con la hermosura de las judías y de las armenias de la Arabia, y sobre todo con el indescriptible encanto de las mugeres griegas de la Siria y del Asia Menor! Un poco mas allá, enteramente en la orilla de las aguas del Bósforo, se alza el magnífico palacio nuevo, habitado ahora por el Gran-Señor: Beglierbey es un edificio en el gusto italiano, mezclado con recuerdos indios y morunos:— es una inmensa construccion de varios pisos, con alas y jardines interiores:— grandes jardines llenos de rosas y regados por numerosos surtidores se extienden su á espalda hasta la montaña; un estrecho muelle de granito separa las ventanas del mar. Pasé lentamente por junto á este palacio, donde velan bajo el marmol y el oro tantos cuidados y tantos terrores, y ví al gran-señor sentado en un divan, en uno de los kioskos sobre el mar; Acmet-

Bajá, uno de sus jóvenes validos , estaba de pié á su lado; el sultan, sorprendido en vista de nuestros trajes europeos, nos señaló con el dedo á Acmet-Bajá, como para preguntarle quiénes éramos:— saludé al señor del Asia al uso oriental, y me volvió mi salud con mucha afabilidad:—todas las ventanas del palacio estaban abiertas, y se veian relucir las ricas decoraciones de aquella magnífica y deliciosa morada:—el ala habitada por las mugeres, ó el harem, estaba cerrada; es inmensa, pero no se sabe el número de las mugeres que la habitan; dos caiques enteramente dorados, y montado cada uno por veinticuatro remeros, estaban á la puerta del palacio, sobre el mar; estos caiques son dignos del gusto mas esquisito del dibujo de Europa y de la magnificencia del Oriente; la proa de uno de ellos, que avanzaba lo ménos veinticinco piés, estaba formada por un cisne de oro, con las alas tendidas, que parecia que arrebatava sobre las olas la barca de oro; un pabellon de seda tendido sobre columnas de oro formaba la popa, y ricos chales de cachemira servian de asiento para el sultan; la proa del segundo caique era una flecha de oro que parecia que volaba desprendida del arco sobre el mar.

Largo rato me paré fuera de la vista del sultan, para admirar aquel palacio y aquellos jardines, donde todo parece dispuesto con esquisito gusto; no conozco en Europa ningun sitio real mas mag-

nífico y verdaderamente mágico:—todo parecia que acababa de salir de manos del artífice, puro y radiante: — los tejados de los palacios están cubiertos con barandillas doradas, y hasta las chimeneas, que en Europa desfiguran las líneas de todos nuestros edificios públicos, eran columnas doradas é istriadas, cuyos elegantes capiteles realzaban la hermosura del conjunto. Este príncipe que ha pasado su infancia en la sombra de los calabozos del serrallo, me inspira una viva simpatía: amenazado de muerte todos los dias: instruido en el infortunio por el justo y desgraciado Selim; elevado al trono por muerte de su hermano: —madurando por espacio de quince años en su mente el proyecto de emancipar el imperio y restaurar el islamismo con la destruccion de los jenízaros; ejecutándolo con el heroismo y la calma de la fatalidad; arrojando sin cesar la ira de su pueblo para regenerarle; osado é impasible en el peligro; blando y misericordioso cuando puede consultar á su corazon; pero sin apoyo en derredor de sí; sin instrumentos para ejecutar el bien que medita; desconocido por su pueblo; vendido por sus bajás; arruinado por sus vecinos; abandonado por la fortuna, sin la cual el hombre no puede nada; asistiendo en pié á la ruina de su trono y de su imperio: abandonándose en fin á sí mismo; apresurándose á consumir en las delicias del Bósforo su parte de ecstas-

tencia y su sombra de soberanía! Hombre de buen deseo y de voluntad recta, pero hombre de genio insuficiente y de voluntad demasiado débil; semejante á aquel último emperador griego, cuyo puesto ocupa, y cuyo destino parece que representa digno de otro pueblo y de mejores tiempos, y capaz á lo menos de morir como un héroe! Un dia fué grande hombre. La historia no tiene páginas comparables á las de la destruccion de los jenízaros; no conozco revolucion mas firmemente concebida, ni mas heroicamente consumada. Esa página pertenece á Mahmud; pero ¿por qué es la sola? Lo mas difícil estaba hecho; derribados los tiranos del imperio, solo se necesitaban voluntad y constancia para vivificar este imperio civilizándole. Mahmud se paró en la mitad del camino; ¿será tal vez porque el genio es todavía mas raro que el heroismo?

Pasado el palacio de Beglierbey, la costa de Asia vuelve à aparecer arbolada y solitaria hasta Scútari, que brilla, como un jardin de rosas, en la estremidad de un cabo, á la entrada del mar de Mármara. Enfrente se presenta á la vista la verde punta del serrallo; y entre la costa de Europa, coronada de sus tres ciudades pintadas, y la costa de Stambul, toda resplandeciente con sus cúpulas y sus minarettes, se abre el inmenso puerto de Constantinopla, donde los buques, surtos en las

dos orillas, no dejan mas que una ancha calle á los caiques. Me deslizo por entre este laberinto de embarcaciones, como la góndola veneciana bajo la sombra de los palacios, y desembarco en la Escala de los Muertos, bajo una calle de cipreses.

29 de Mayo.

Un jóven de Constantinopla me llevó esta mañana al mercado de los esclavos. Despues de haber atravesado las largas calles de Stambul que siguen las tapias del antiguo serrallo, y pasado por varios magníficos bazares llenos de una innumerable multitud de mercaderes y de compradores, subimos, por unas angostas callejuelas, hasta una fangosa plaza en que se abre la puerta de otro bazar. Gracias al trage turco que llevábamos, y á lo bien que hablaba nuestro guia, nos dejaron entrar en aquel mercado de hombres. ¡Cuánto tiempo, cuantas revelaciones sucesivas ha necesitado la razon del hombre para que la fuerza haya dejado de ser un derecho á sus ojos, y para que la esclavitud haya llegado á ser un crimen y una blasfemia para su inteligencia! ¡Qué progreso! ¡y cuánto no prometel ¡Cuántas cosas hay que nos parecen muy naturales, y que serán crímenes incomprendibles á los ojos de nuestros descendientes!

En esto iba yo pensando cuando entré en aquel bazar donde se vende la vida, el alma, el cuerpo, la libertad del prógimo, como vendemos el buey ó el caballo, y donde el hombre se cree legítimo posesor del hombre á quien compra! ¡Qué de legitimidades de este género de que no nos damos cuenta! Lo son sin embargo, porque no se le puede pedir al hombre mas de lo que sabe: sus convicciones son sus verdades, y para él no hay otras: solo Dios las posee todas, y nos las distribuye á proporcion y á medida de nuestras inteligencias sucesivas.

El mercado de esclavos es un gran patio à cielo raso, y rodeado de un pórtico cubierto. Bajo este pórtico, que circunda por el lado del patio un antepecho de mampostería, se abren varias puertas que comunican con los cuartos donde los mercaderes tienen sus esclavos; estas puertas están abiertas para que los compradores, paseándose, epuedan verlos. Los hombres y las mugeres están en estancias separadas; las mugeres no llevan velo. Ademas de los esclavos encerrados en estas piezas bajas, hay otros muchos agrupados en la galería debajo del pórtico y en el patio. Empezamos por recorrer estos diferentes grupos. El mas notable era un puñado de jóvenes abisinias en número de doce ó quince; colocadas de espaldas unas á otras como aquellas antiguas cariátides que sostiene una

jarron sobre sus cabezas, formaban un círculo vueltas todas de cara á los espectadores. Casi todas eran hermosísimas; tenían los ojos rasgados, la nariz aguileña, los labios sutiles, el rostro ovalado, el cabello negro y reluciente como las alas del cuervo. La espresion pensativa, triste y lánguida de la fisonomía, hace de las abisinias, á pesar del color atezado de su cutis, una raza de mugeres admirables; son altas, delgadas de cintura, y airosas como las palmeras de su hermoso país. Sus brazos tienen actitudes hechiceras. Aquellas muchachas no tenían mas vestido que una camisa de lienzo tosco y amarillento: llevaban en las piernas brazaletes de cuentas de vidrio azul. Sentadas sobre los talones, inmóviles, apoyada la cabeza en la mano ó en la rodilla, nos miraban con ojos tan dulces y tristes como los de la cabra ó el cordero que llevan á vender las labradoras á las férias de los lugares; á veces hablaban unas con otras y se sonreian. Una habia que tenia en brazos un niño, y que lloraba porque el mercader queria venderle sin ella á un revendedor de niños. Habia no léjos de este grupo, siete ú ocho negrillos de ocho á doce años, bastante bien vestidos, y que parecian sanos y bien tratados; estaban jugando á un juego del Oriente cuyos iustrumentos son unas chinitas que se combinan de diferentes modos en unos hoyitos que se hacen en la arena:—entre tanto los mercaderes y revendedores circulaban al rededor de

ellos, y cogian ora á uno, ora á otro por el brazo, le eesaminaban con atencion de piés á cabeza, le palpaban, le hacian enseñar los dientes para juzgar de su edad y de su salud; luego el muchacho, distraido un momento de sus juegos, volvia á ellos á toda prisa. En seguida entré en los pórticos cubiertos, llenos de una multitud de esclavos y de compradores. Los turcos que hacen este comercio se pasean magníficamente vestidos con pellizas forradas de pieles, por entre los grupos, con su larga pipa en la mano, el rostro inquieto y cuidadoso, y espiando con ojo avisor la menor mirada que penetra en sus almacenes de hombres y de mugeres; pero tomádonos por árabes ó egipcios, no se atrevieron sin embargo á impedirnos entrar en ningun cuarto. Vendedores ambulantes de bollos y de frutas pasas recorrian la galería, vendiendo á los esclavos sus mercancías: á uno de ellos le dí unas cuantas piastras para que distribuyese su cesta á un grupo de muchachos negros, que devoraban aquellas golosinas.

Allí me llamó la atencion una pobre negra de diez y ocho ó veinte años, estraordinariamente hermosa; pero de un aspecto duro y displicente. Estaba sentada en un banco de la galería, con la cara descubierta y ricamente vestida, en medio de como hasta una docena de negras muy andrajosas, puestas en venta á ínfimos precios: tenia sobre sus rodillas un precioso muchacho de tres ó cuatro

años magníficamente vestido tambien. Aquel muchacho, que era mulato, era de lo mas lindo é inteligente que pueda imaginarse: hícele algunas caricias y le di bizcochos y almendras que compré en un puesto inmediato; pero su madre se los arrancó de la mano y los tiró al suelo, con vivo despecho. Tenia los ojos bajos y estaba llorando; creí que seria por miedo de que la vendieran sin su hijo, y compadecido de su desgracia, rogué á M. Morlach, mi amable conductor, que la comprase con el niño por mi cuenta. Dirigímonos á un corredor conocido de M. Morlach, que entró en trato con el amo de la hermosa esclava y del niño; al principio hizo el amo como si efectivamente pensase venderla, y la pobre muger empecé á sollozar, lo mismo que el chiquillo; pero aquel trato no era mas que valor entendido por parte del mercader, y cuando vió que dábamos sin regatear el subido precio que nos habia pedido, llamó á parte al corredor y le confesó que la negra no estaba de venta, que era esclava de un turco muy rico, de quien era hijo el mulatillo; que la tal negra tenia un carácter indómito, y que para corregirla y castigarla, su amo la habia mandado al bazar como para deshacerse de ella; pero con secreta órden de no venderla. Este castigo es muy comun, y cuando un turco está descontento con alguna esclava, su primer amenaza suele ser enviarla al mercado. Seguimos adelante y pasamos por varias estancias, que contenian cada cual

cuatro ó cinco mugeres, casi todas negras y feas, pero sanas y robustas al parecer. La mayor parte parecian indiferentes á su situacion, y aun sollicitaban á los compradores; hablaban, se reian entre sí, y hacian observaciones críticas sobre la traza de los que las regateaban:—una ó dos lloraban y se escondian en el fondo de la estancia, y acudian de malísima gana á ponerse en evidencia en el tablado donde estaban las otras.

Vimos á varias de ellas irse muy contentas con el turco que acababa de comprarlas, cogiendo su hatillo debajo del brazo y tapándose el rostro con sus velos blancos. Dos ó tres actos de misericordia presenciarnos, que la caridad cristiana envidiaria á la de los buenos musulmanes; algunos turcos compraron las esclavas viejas á quienes sus amos habian echado por inútiles ó gravosas, y cuando preguntamos para qué podian servir aquellas infelices.

—Para dar gusto á Dios, nos respondió el corredor; y M. Morlach me dijo que muchos musulmanes solian enviar á comprar á los mercados los pobres esclavos enfermos de ambos sexos, con el solo objeto de mantenerlos por caridad en sus casas. Nunca el espíritu de Dios abandona enteramente á los hombres.

Las últimas estancias que visitamos estaban medio cerradas, y no sin trabajo logramos que nos dejasen entrar en ellas; no habia en cada una mas

que una sola esclava custodiada por una muger. Todas eran jóvenes y hermosas circasianas, recién llegadas de su país; estaban vestidas de blanco con estremada elegancia y aliño: sus bellos rostros no manifestaban dolor ni asombro, y sí solo una desdenosa indiferencia. Estas hermosas esclavas blancas de Georgia y de Circasia han llegado á ser rarisimas, desde que las griegas no pueblan ya los serrallos, y la Rusia ha prohibido el tráfico de las mugeres; mas con todo las familias georgianos continúan criando á sus hijas para ese infame comercio, y no faltan de cuando en cuando en los mercados algunos cargamentos de contrabando. El precio de esas bellísimas criaturas ascienden de doce á veinte mil reales, al paso que las esclavas negras de regular belleza no cuestan arriba de dos á tres mil reales, ó á todo lo mas de cuatro á seis mil. En Arabia y en Siria son mucho mas baratas. Una de aquellas georgianas era perfectamente hermosa; pero en general las mugeres de este país distan mucho de la hermosura de las árabes el tipo septentrional se descubre en sus fisonomías. La hermosa esclava de que acabo de hablar fué vendida á nuestra vista para el harem de un joven; bajá de Constantinpla. Dolorido el corazón y los ojos húmedos salimos de aquella escena que se renueva todos los días y á todas las horas en las ciudades de Oriente, y volvimos pensativos al bazar de Stam-

bul. ¡Estos son los efectos de las legislaciones inmóviles!

Consagran las barbaries seculares, y dan el derecho del tiempo y de la legitimidad á todos los crímenes! Los fanáticos de lo pasado tan culpables y funestos á la humanidad como los del porvenir; los unos inmolan al hombre á sus ignorancias y á sus recuerdos; los otros á sus esperanzas y á su precipitación. Si el hombre hiciese, pensase y creyese lo que hacian y creian sus padres, el linage humano todo entero estaria aún en la idolatría y en la esclavitud. La razon es el sol de la humanidad, es la infalible y perpetua revelacion de las leyes divinas, aplicable á las sociedades. Es preciso andar para seguirla, so pena de quedarse en el mal y en las tinieblas; pero no hay que tomarle la delantera so pena de caer en precipicios. Comprender lo pasado sin echarlo de ménos; tolerar presente lo mejorándolo; esperar el porvenir preparándolo; tal es la ley de los verdaderos filósofos y de las instituciones benéficas. El pecado contra el Espíritu Santo es ese combate de ciertos hombres contra la mejora de las cosas; es ese esfuerzo egoista y estúpido para hacer que retroceda sin cesar el mundo moral y social, que Dios y la naturaleza impelen in cesar hácia adelante. Lo pasado es el sepulcro de la humanidad; es preciso respetarlo, pero no encerrarse y vivir en él.

Los grandes bazares de diferentes mercancías, y el de las especerías sobre todo, son unas largas y anchas galerías abovedadas, con aceras levantadas y ceñidas de puestos llenos de toda especie de objetos de comercio. Armaduras, jaeces de caballos, joyería, comestibles, tafiletería, chales de las Indias y de Persia, tejidos de Europa, alfombras de Damasco y de Caramania, esencias y perfumes de Constantinopla, narguiles y pipas de todas formas y de singular magnificencia: ámbar y coral labrados al uso de los orientales para fumar el *tumbach*; muestras de tabaco picado ó doblado como resmas de papel amarillo; puestos de pasteles apetitosos por su forma y variedad; hermosas confiterías, con innumerable variedad de dulces; droguerías de donde se echala un perfume que embalsama todos los bazares; capas árabes tejidas de oro y pelo de cabra; velos de mugeres recamados de lentejuelas de plata y oro;—en medio de todo esto una inmensa muchedumbre y renovada á cada instante de turcos á pié, con la pipa en la boca ó en la mano seguidos de esclavos, de mugeres tapadas, acompañadas de negras con mugeres con hermosos niños en los brazos;—bajás á caballo atravesando al paso por entre aquella multitud apiñada y silenciosa, y carruages turcos, cerrados con sus doradas rejillas, conducidos al paso por cocheros turcos de largas barbas, y llenos de mugeres que se paran de trecho en trecho á las puertas de los joyeros;

—tal es el aspecto de estos bazares. Si estuvieran reunidos en una sola galería, formarían muchas leguas de longitud. Estos bazares, donde el roce es forzoso, y donde los judíos ponen de muestra y venden vestidos deapestados, son los mas activos vehículos del contagio. Ahora acaba de declararse la peste en Pera, con cinco ó seis accidentes mortales, y no sin alguna inquietud pasamos por entre esta multitud que puede diezmar mañana.

18 de Junio.

Dias pasados en nuestra soledad de Buyukderé con el Bósforo y el mar Negro á la vista; estudio, lectura. Por la tarde, paseos en caiques à Constantinopla, á Belgrada y á sus incomparables selvas; á la costa de Asia, á la desembocadura del Euxinio, y al valle de las Rosas, situado detras de las montañas de Buyukderé, sitio á donde voy con frecuencia. Riega este delicioso valle una fuente adonde los turcos van á disfrutar los encantos del agua de la frescura, del olor, de las rosas y de los cantos del bulbul ó ruiseñor; hay junto á la fuente cinco árboles inmensos; y á su sombra un café cubierto de enramadas; mas allá, el valle estrechándose conduce á una pendiente de la montaña, donde dos pequeños lagos artificiales duermen bajo las anchas bóvedas de los plátanos. Los armenios vie-

nen por la tarde con sus familias à sentarse en sus orillas, à merendar ó à cenar;—hechiceros grupos al rededor de los troncos;—bailes de doncellas;—placeres decentes y silenciosos de los orientales. Se ve que el pensamiento íntimo goza en sí mismo:—estos hombres sienten la naturaleza mejor que nosotros:—en ninguna parte tienen los árboles mas sinceros adoradores. Hay una simpatía profunda entre sus almas y las bellezas de la tierra, del mar y del cielo. Cuando vuelvo por la noche de Constantinopla en caique, y costeo las márgenes de Europa, à la luz de la luna, veo una cadena de una legua de matronas, doncellas y niños, sentados en silencio, formando grupos, en los bordes del muelle de granito, ó en los antepechos de los terrados de los jardines; donde pasan horas deliciosas contemplando el mar, los bosques, la luna,—respirando la serenidad de la noche. Nuestro pueblo no siente ninguna de estas delicias naturales; ha desgastado sus sensaciones; necesita placeres facticios; solo los vicios pueden conmovérle. Aquellos en quienes la naturaleza habla todavía con bastante fuerza para ser comprendida, son los filósofos y los poetas:—miserables á quienes bastan la voz de Dios en sus obras, la naturaleza, el amor y la contemplacion silenciosa.

En Buyukderé y en Terapia encuentro varios conocidos entre los rusos y los diplomáticos; el

conde Orloff, M. de Boutenieff, embajador de Rusia en Constantinopla, hombre amabilísimo, filósofo y hombre de estado. El baron de Sturmer, internuncio de Austria, me colma de bondades. Recibimos noticias políticas de Europa; este es ahora el punto importante. Los rusos, acampados en Asia, y surtos bajo nuestras ventanas ¿se retirarán por ventura? Me parece indudable: nadie se apresura á asir una presa que no puede escapársele. El conde Orloff me hacia leer ayer una carta admirable que le escribe el emperador Nicolás, en que le dice en sustancia:

—Mi estimado Orloff, cuando la Providencia ha colocado á un hombre al frente de cuarenta millones de hombres, es para que dé desde mayor altura al mundo el ejemplo de la probidad y de la fidelidad à su palabra. Yo soy ese hombre, y quiero ser digno de la mision que he recibido de Dios. Apenas se allanen las desavenencias entre Ibrahim y el Gran-Señor, no demoréis ni un solo dia el retirar mi armada y mi ejército.

Noble language, situacion bien comprendida, generosidad fecunda! Constantinopla no se echará à volar, y la necesidad traerá á ella de nuevo á los rusos, á quienes su probidad política aleja por un momento.

20 de Junio.

Aquí he conocido un hombre amable y de provecho, uno de esos hombres mas fuertes que su mala fortuna y que se sirven de la ola que debia sumergirlos para abordar á la playa. El señor Calosso, oficial piamontés, comprometido, como muchos de sus compañeros, en la ventolera de revolucion militar del Piamonte en 1820, proscrito como los otros, sin asilo ni simpatías en parte alguna, se vino á Turquía, se presentó al sultan ofreciéndose á organizar su caballería, y llegó á ser su valido y su inspirador militar. Honrado hábil y circunspecto, él mismo moderó una privanza peligrosa que podia esponerle á demasiadas envidias; su modestia y su cordialidad agradaron á los bajás de la corte y á los ministros del divan. En todas partes ha sabido ganar amigos y conservarlos: el sultan le ha elevado en dignidad sin pedirle que abjure su nacionalidad ni su culto. Ahora es para todos los turcos Rustem-Bey, y para los francos un franco servicial y amable: ha procurado relacionarse conmigo y me ha ofrecido todos los servicios que puede proporcionarme merced á su familiaridad en el divan y en el serrallo. A él he debido muchas altas relaciones, y la facilidad de ver-

lo y conocerlo todo,—cosas que nunca ha podido obtener ningun viagero cristiano, y que no consiguen ni aun los mismos embajadores. Con su asistencia ha preparado una visita completa del serrallo, donde nadie ha penetrado desde que le visitó lady Worchley-Montagu. Mañana procuraremos recorrer juntos ese misterioso recinto, que él no conoce, pero donde tiene amigos poderosos.

Empezamos por hacer una visita á Namuk-Bajá, uno de los jóvenes privados del gran-señor, que me convidó dias pasados á un almuerzo en su cuartel de Scútari, y puso á mi disposicion sus caballos para visitar las montañas de Asia. Namuk-Bajá estaba aquel dia de servicio en el palacio del sultan en Beglierbey, en las orillas del Bósforo, adonde fuimos á desembarcar. Merced al grado y á la privanza de Rustem-Bey, nos dejaron entrar y ecsaminar los contornos de la morada del gran-señor, que se disponia á la sazón á ir á una pequeña mezquita de una aldea de Europa, al otro lado del Bósforo, en frente de Beglierbey. Sus caiques, soberbiamente equipados, estaban amarrados al muelle que ciñe el palacio, y sus caballos árabes, de rara hermosura, le aguardaban en los patios teniéndolos del freno los saís para que los montase el sultan al atravesar sus jardines. Entramos en una ala del palacio, separada del cuerpo principal, y donde están los bajás, los oficiales de servicio y el estado mayor del palacio. Cruzamos

unas grandes salas por donde circulaba una multitud de militares, de empleados y de esclavos: todo estaba en movimiento, como en un ministerio ó en un palacio de Europa un dia de ceremonia. El interior de este palacio no estaba magníficamente amueblado; divanes y alfombras, paredes pintadas al fresco, y arañas de cristal, formaban toda su decoracion. Los trages orientales, el turbante, la pelliza, el pantalon ancho, la faja, el caftan de oro, abandonados por los turcos por un miserable trage europeo, mal cortado y ridículamente llevado, han convertido el aspecto grave y solemne de este pueblo en una pobre parodia de los Francos. La estrella de diamantes que reluce en el pecho de los bajás y de los visires, es la única decoracion que los distingue y recuerda su antigua magnificencia. Lleváronnos cruzando varios salones llenos de gente, à una salita que da sobre los jardines exteriores del palacio del gran-señor, donde se nos reunió Namuk-Bajá; se sentó con nosotros, nos hizo traer pipas y sorbetes, y nos presentó varios jóvenes bajás que poseen tambien el favor del amo; algunos coroneles del *nisam*, ó de las tropas regulares de la guardia, vinieron à reunirse con nosotros y à tomar parte en la conversacion. Namuk-Bajá, recien llegado de su embajada en Petersburgo, hablaba el francés con gusto y facilidad: sus modales, estudiados de los rusos, eran los de un elegante diplomá-

tico europeo: me pareció hombre de talento y travesura. Calil-Bajá, capisan-bajá à la sazón, y que luego se ha casado con la hija del sultan, habla igualmente muy bien el frances. Acmet-Bajá es tambien un jóven elegante osmanli, que tiene todos los modales de un europeo. Nada en aquel palacio recuerda una corte asiática, escepto los esclavos negros, los eunucos, las ventanas enrejadas de los harenes, las hermosas sombras y las azules aguas del Bósforo que veiamos por entre los jardines. Hablamos con discrecion, pero con franqueza, del estado de las negociaciones entre el Egipto, la Europa y la Turquía; de los progresos de los turcos, hechos y por hacer, en la táctica, en la legislacion y en la política de las diversas potencias relativamente à la Turquía. Nada hubiera anunciado en nuestra conversacion que hablábamos de los que llaman bárbaros con unos bárbaros, y que el eco de nuestras palabras podia llegar à oídos del gran-señor, de la *sombra de Alá* no hubiera sido mas íntima, mas elegante, ni mas profunda en un salon de Lóndres ó de Viena.

Aquellos jóvenes, ansiosos de luces y de progresos, hablaban de su situacion y de sí propios, con noble y candorosa modestia. Como se acercaba la hora de la oracion, nos despedimos de nuestros huéspedes, remitiendo à otro momento la solicitud de nuestra presentacion directa al sultan.

Namuk-Bajá nos confió à un coronel de la guardia imperial, à quien encargó que nos dirigiese y nos introdujese en el antepatio de la mezquita adonde pensaba ir el Gran-Señor. Atravesamos el Bósforo, y nos colocamos junto á la puerta misma de la mezquita, en las gradas que conducen á ellas. Pocos minutos despues oimos resonar los cañonazos de la escuadra y de los castillos, que anuncian todos los viernes á la capital que el sultan va á la mezquita, y vimos los dos caiques imperiales desprenderse de la costa de Asia y atravesar el Bósforo como una flecha. Ningun lujo de caballos y de coches puede compararse con el lujo oriental de estos caiques dorados, cuyas proas se lanzan, como águilas de oro, á veinte pasos delante del cuerpo del caique; cuyos veinticuatro remeros, alzando y dejando caer sucesivamente sus largos remos, imitan el batir de dos grandes alas, y levantan cada vez un velo de espuma que rodea los costados del caique; y en fin, de este pabellon de seda, de oro y de plumas, cuyas cortinas descorridas dejan ver al Gran-Señor sentado en un trono de cachemira, con sus bajás y sus almirantes á sus piés. Cuando llegó á la orilla, saltó en tierra el sultan con presteza, apoyando sus manos en los hombros de Acmet y de Namuk-Bajá; la música de su guardia, formada en frente de nosotros en la plaza de la mezquita, rompió en una hermosa marcha, miéntras él avanzaba rápidamente entre dos líneas de oficiales y de

espectadores. El sultan Mahmud es un hombre de cuarenta y cinco años, de estatura regular, de noble y elegante porte; tiene los ojos azules y la mirada dulce, la tez animada y morena, una boca agraciada é inteligente; su barba negra y reluciente como el azabache descende en espesas ondas sobre su pecho. Este es el único resto del traje nacional que ha conservado; por lo demas, á escepcion del sombrero, podría tomarse por un europeo. Llevaba pantalones y botas, una levita de paño oscuro con un cuello bordado de diamantes, y un gorro de lana roja coronada por una borla de piedras preciosas. Parecia inquieto y cuidadoso, y hablaba con vehemencia á los bajás que le acompañaban; acortó el paso cuando llegó junto á nosotros, nos echó una mirada afectuosa, inclinó ligeramente la cabeza, hizo seña á Namuk-Bajá de que tomase el memorial que le presentaba una mujer tapada, y entró en la mezquita, en la que no se detuvo mas que veinte minutos. La música militar estuvo tocando durante todo aquel tiempo trozos de óperas de Mozart y de Rossini. Salió en seguida con el rostro mas despejado y sereno, saludó á derecha é izquierda, se encaminó lentamente hácia el mar y entró en su barca; en un momento le vimos abordar á la costa de Asia y volver á sus jardines de Beglierbey. Es imposible no interesarse por la fisonomía de Mahmud, y no hacer secretos votos por un príncipe cuyas facciones re-

velan una energía varonil y una profunda sensibilidad;—pero ¡ah! esos votos espiran en los labios cuando se piensa en el triste porvenir que le espera. Si fuera un verdadero grande hombre, cambiaría su destino y vencería la fatalidad que le rodea. Todavía es tiempo; mientras existe un pueblo, hay en su religión y en su nacionalidad un principio de energía y de resurrección que un genio hábil y fuerte puede fecundizar, remover, regenerar, y conducir á una gloriosa transformación; pero Mahmud no tiene de un grande hombre mas que el corazón.

Intrépido para pelear y morir, el resorte de su voluntad flaquea cuando es preciso obrar y reinar: cualquiera que sea su suerte, la historia le compadecerá y le honrará. Ha intentado grandes cosas; ha comprendido que su pueblo perecía si él no le transformaba; ha aplicado la hoz á las ramas muertas del árbol;—no sabe dar la savia y la vida á lo que queda en pie de ese tronco sano y vigoroso:—¿es culpa suya? Creo que sí.

Lo que restaba hacer era nada, comparado á la destrucción de los jenízaros; nada oponía resistencia en Turquía. La Europa, tímida y ciega, le favorecía con su cobardía y su inercia. Se han perdido excelentes circunstancias; los años han pasado: el audaz Ibrahim ha convertido en provecho propio la impopularidad del sultan; la Rusia

ha sido aceptada como protectora;—esta vergonzosa protección de un enemigo natural contra un esclavo rebelde, ha indignado al islamismo; Mahmud no tiene ya nada en su favor mas que su denuedo personal. Rodeado de cortesanos y de traidores, un motin puede derribarle del trono y precipitar al imperio en una anarquía final. La Turquía estriba en la vida de Mahamud; el imperio y él perecerán el mismo día. Grande y fatal destino de un príncipe que se llevará consigo las dos mas hermosas mitades de Europa y Asia!

21 de Junio.

A las once arribamos á la escala del antiguo serrallo, y entramos en las calles que le rodean. Visité de paso el divan de la Puerta, vasto palacio donde vive el gran visir y donde se discute la política del imperio; pero que nada notable tiene mas que la impresión que causa el pensar en las escenas de que ha sido teatro: nada en el carácter del edificio recuerda tantos sangrientos dramas. Es un gran palacio de madera pintada, con una escalera exterior, cubierta por un alero con festones al uso de las Indias ó de la China. Las salas están desnudas y esteradas;—de allí bajamos á la plaza donde tantas veces se abrió la tremenda puer-

ta del serrallo para vomitar las sangrientas cabezas de los visires y aun de los sultanes. Pasamos aquella puerta sin obstáculo; el público entra en el primer patio del serrallo, que está plantado de hermosos árboles y baja por la izquierda á un magnífico edificio, que es la casa de la moneda; construccion moderna, sin ningun carácter oriental. Los armenios directores de la moneda, nos recibieron muy bien, y nos abrieron las arcas donde se guardan las joyas que hacen fabricar para el serrallo:—lluvia de perlas y de diamantes, ¡pobres riquezas que arruinan un imperio! Apenas un Estado se civiliza, esas representaciones ideales de la riqueza se truecan en una riqueza real y productiva, la tierra y el crédito. Despues de una breve parada, entramos en el último patio del serrallo, inaccesible á todo el mundo, escepto á los empleados del serrallo, y á los embajadores en los dias de su recepcion; le rodean varias alas de palacios y kioskos, separados unos de otros, habitaciones de los eunucos, de los guardias y de los esclavos; todo está lleno de árboles y fuentes. Cuando llegamos á la tercera puerta, los soldados de guardia debajo de la bóveda rehusan obstinadamente dejarnos entrar. En vano Rustem-Bey se hizo reconocer por el oficial turco que mandaba el piquete, pues le opuso su consigna, y le dijo que espondria su cabeza si me dejaba penetrar. Ya nos volviamos muy cabizbajos cuando se nos llegó el kesnedar ó tesorero

mayor, que salia de la casa de moneda é iba al serrallo donde vive: amigo de Rustem-Bey, entró en conversacion con él, é informado de lo que nos pasaba, nos dijo que le siguiésemos, y nos introdujo sin ninguna dificultad en el patio de los icoglanes. Forman este patio, menos espacioso que los primeros, varios pequeños palacios en forma de kioskos, muy bajos de techo, sustentados por columnitas ó pilares morunos de madera pintada: las columnas, los pilares, las paredes y los techos son tambien de madera labrada y pintada de varios colores. Los patios y jardines, formados por los vacios que dejan entre sí los kioskos, irregularmente diseminados en el espacio, están plantados irregularmente tambien, de árboles hermosísimos y en extremo añosos; sus ramas caen sobre los edificios y cubren los tejados y las azoteas. Forman el ala derecha de esas construcciones las cocinas, que son inmensas. Para formarse idea de la magnitud de este edificio, basta saber que el sultan mantiene á todas las personas dependientes de la corte y del palacio, y que este número de comensales asciende por lo menos á diez mil por dia.

Delante de las cocinas hay un lindísimo palacio, rodeado de una galería ó pórtico, que es el de los pages ó icoglanes del serrallo, donde el gran-señor mantiene y hace educar á los hijos de las familias de su corte, ó á jóvenes esclavos destinados á los

empleos del serrallo ó del imperio. Este palacio, que sirvió en otro tiempo de residencia á los sultanes, está decorado por fuera y por dentro con una profusion de cinceladuras, de esculturas y de molduras doradas de muy buen gusto; los techos son tan ricos como los de los mas hermosos palacios de Francia ó de Italia: los pisos son de mosaico. Está dividido en varias salas, casi iguales, y todas obstruidas à derecha é izquierda, con nichos y sitios de madera tallada, muy parecidos á las mejores sillerías de los coros de nuestras antiguas catedrales. Cada una de ellas forma el cuarto de un icoglan; en el fondo hay una tarima donde recoge sus cojines y sus alfombras, y donde sus vestidos están colgados ó metidos en un cofre de madera dorada:—encima de los sitios se estiende una especie de tribuna saliente que contiene otros tantos sitios como la sala inferior; todo ello está iluminado por claraboyas ó ventanillas abiertas en lo alto del edificio. Los jóvenes icoglanes, que todos eran antiguos discípulos de Rustem-Bey, le recibieron con la mayor alegría y con una verdadera ternura, cual á un padre querido y por largo tiempo esperado. El excelente corazon de aquellos muchachos le conmovió á punto de arrancarle lágrimas, y hasta á mí mismo me conmovian aquellas muestras tan espontáneas y francas de cariño y gratitud; todos le cogian las manos y besaban los faldones de su levita.

—¡Rustem-Bey! Rustem-Bey! exclamaban, y todos acudian à recibir a su amigo, palpitando de júbilo é impaciencia, colmándole de caricias, y diciéndole ya unos, ya otros: Rustem-Bey ¿por qué nos abandonas hace tanto tiempo? Tú eras nuestro padre, y no podemos vivir sin tí: todo cuanto sabemos, te lo debemos a tí. Alá y el sultan te han enviado para hacer de nosotros unos hombres, porque antes no éramos mas que esclavos é hijos de esclavos. El nombre de los Osmanlis era una injuria, un sarcasmo en Europa; ahora sabrémos defenderle y honrarle, pero dí al sultan que te envíe otra vez con nosotros; ya no estudiamos, y nos consumimos de tedio y de tristeza.

Cinco ó seis de aquellos mancebos, de rostro agraciado, franco, inteligente, admirable, nos cogieron de la mano y nos llevaron por todas partes: luego pasamos á su sala de recreo, que es un kiosko rodeado de divanes y de fuentes que caen de las paredes en copas de mármol; una escalera, labrada en el grueso de las paredes, conduce á las piezas de servicio, donde una multitud de esclavos, á las órdenes de los icoglanes, tiene continuamente lumbre encendida para las pipas y café, como tambien sorbetes y bebidas heladas para ellas. En este salon hay toda especie de juegos; algunos estaban jugando al ajedrez. Hiciéronnos servir sorbetes y helados; y, tendidos en el divan, hablamos

largamente de sus estudios y de sus adelantos, de la política de Europa, del destino del imperio, sobre todo lo cual discurrían perfectamente; temblaban de indignación pensando en su estado actual, y hacían votos por el triunfo del sultán en sus empresas de innovaciones; jamás he visto un ardor más vivo por la regeneración de un país que el que inflamaba los ojos y las palabras de aquellos mancebos. No palpitan con más entusiasmo los jóvenes italianos á quienes se habla de independencia y de luces:—sus ojos brotaban fuego mientras les hablábamos. Los de más edad podían tener de veintidos años; los menores de doce á trece. Escepto en el hospicio militar de los huérfanos de la marina en Greenwich, nunca he visto caras más admirables que las de algunos de aquellos muchachos;—no querían dejarnos salir y nos acompañaron hasta donde les está permitido ir, por todos los jardines, patios y kioscos circunvecinos. Uno ó dos lloraron al separarse de Rustem-Bey. Entre tanto el kesnedar había ido á dar órdenes á los eunucos y guardas de los jardines y de los palacios para que nos dejaran circular y nos introdujesen donde quisiésemos.—En el fondo del patio, un poco más lejos que el patio de los icoglannes, un ancho palacio nos cerraba la vista y el paso: este segundo palacio, que es el que habitan los sultanes, está rodeado, como los otros que acaba-

mos de visitar, de una galería formada por una prolongación de los tejados:—en esta galería desembocan las puertas y las infinitas ventanas de las habitaciones: el palacio no tiene más que un piso bajo. Entramos en las grandes salas que sirven de vestíbulo y dan entrada á las diferentes piezas. Este vestíbulo, muy irregular, es un laberinto formado por los pilares que sustentan los techos y dan nacimiento á vastos corredores circulares para el servicio de las habitaciones. Los pilares, los techos, las paredes, todo es de madera pintada y tallada en el gusto moruno. Las puertas de las estancias imperiales estaban abiertas, y vimos muchas de ellas, todas casi iguales en la disposición y ornato de los artesonados: todas tienen cúpulas caladas de madera ó de mármol, por donde penetra una templada luz, anchos y bajos divanes al rededor de las paredes, ventanas á cosa de medio pié sobre el nivel del piso, que dan sobre los patios, las galerías, los terrados y los jardines,—alfombras, esteras y almohadones:—á esto se reducen todas ellas. En el lado del palacio opuesto á la fachada por donde entramos, hay una gran meseta á manera de azotea, hecha de piedra y enlosada de mármol, sobre la cual se alza un hermoso kiosco, donde se sienta el sultán cuando recibe á los embajadores, y que parece una capillita moruna: desde él se disfruta una vista deliciosa de Constantinopla, del puerto, del mar de Mármara.

ra y del Bósforo: en la galería abierta entre este kiosko y el palacio hay varias fuentes de mármol con hermosos surtidores. Es un paseo encantador; las ramas de los arbustos y de los rosales de los jardincillos que cubren los terrados inferiores, ras-trean sobre las barandas y embalsaman el palacio. Penden de las paredes algunas pinturas en mármol y en madera que representan vistas de la Meca y de Medina, que ecsaminé con suma curiosidad. Estas vistas son como unos planos sin perspectiva, y perfectamente conformes á lo que refiere Ali-Bey (1) de la Meca, de la Kaaba, y de la disposicion de los varios monumentos sagrados de la ciudad santa, que prueban que este viagero fué realmente á visitarlos. Lo que dice de la galería circular que rodea el area de las diferentes mezquitas, se halla comprobado en estas pinturas, donde se ve aquel pórtico que recuerda el de San Pedro de Roma.

Siguiendo la meseta del palacio, á la izquierda, se llega, por un estrecho balcon sostenido por altos terrados, al harem ó palacio de las sultanas, que estaba cerrado á la sazón, y solo contenia un corto

(1) Acaso no todos nuestros lectores sabrán que este Ali-Bey fué un célebre y sabio viagero español del siglo pasado, llamado D. Domingo Badia, que recorrió gran parte de Asia y de Africa, logrando pasar por turco bajo aquel nombre: tan familiarizado llegó á estar con la lengua y los usos de los musulmanes.

número de odaliscas. No nos acercamos mas á aquel recinto vedado.—Únicamente vimos las ventanas enrejadas, y los deliciosos balcones rodeados tambien de verjas y de persianas entretejidas con flores, donde pasan las mugeres los dias contemplando los jardines, la ciudad y el mar. Desde donde estábamos veíamos una multitud de jardincillos rodeados de paredes de mármol, regados por abundantes surtidores, y dispuestos con la mayor simetría, á los que se baja por unas escaleras, y que comunican unos con otros: algunos tienen elegantes kioskos; allí es donde se pasean y disfrutan de la naturaleza las mugeres y los niños del harem.

Llegamos á la cuesta del serrallo, al punto donde empieza á bajar hácia el puerto y hácia el mar de Mármara, que es el terreno mas elevado de este sitio, único en el mundo, y desde donde abarca la vista todas las colinas y todos los mares de Constantinopla. Largo rato nos detuvimos allí, disfrutando una perspectiva inversa de la que he descrito desde lo alto del belveder de Pera. Mientras estábamos en aquel terrado del palacio, dió la hora de la comida, y vimos pasar una muchedumbre de esclavos que llevaban sobre la cabeza grandes bandejas de estaño en que iba la comida de los oficiales, de los empleados, de los eunucos y de las mugeres del serrallo. Asistimos á varias de aquellas comidas, compuesta de *pilós*, de aves, de hu-

bés, especies de albondiguillas hechas con arroz y carne picada, asadas en una hoja de parra, de panecillos y de un vaso de agua. Donde quiera que el esclavo encontraba á su amo, allí servia la comida, ya en un rincon de una sala del palacio, ya en el terrado, á la sombra del tejado, ya en los jardines, á la sombra de un árbol, junto á una fuente.

Vino el kesnedar á buscarnos, y nos llevó al kiosko donde vive, enfrente del tesoro del serrallo. Este tesoro, donde están sepultadas tantas riquezas incalculables, desde la creacion del imperio, es un gran edificio de piedra, precedido de un pórtico cubierto, y muy poco elevado; las puertas son bajas y las estancias subterráneas; enormes arcas de madera pintada de colorado contienen las monedas de oro y plata. Todas las semanas se saca cierta cantidad para el servicio del imperio. No solicitamos entrar, pero se dice que ademas del metálico en oro y plata, este *kesné* contiene montones de perlas y diamantes, lo que es muy probable, atendida la costumbre que tienen los sultanes de depositar en este sitio todas sus riquezas y de no recurrir á ellas sino en los últimos apuros del estado; pero como estos valores en piedras preciosas no son mas que convencionales, si el gran-señor quisiese beneficiarlos vendiéndolas, disminuiria su precio á causa de la profusion de ellas, que introduciria en el comercio, y este recurso, que parece inmenso para su hacienda, es tal vez ilusorio.

El kesnedar, hombre franco, jovial y discreto, me introdujo en la habitacion que ocupa, y en la que hallé por primera vez, en Turquía, algun lujo de muebles y de comodidades á la europea: los divanes eran altos y estaban cubiertos de almohadones de seda; habia mesas, aparadores, y en ellos, libros, mapas y un globo terraqueo. Nos trajeron dulces y sorbetes: hablamos de las artes y de las ciencias de Europa comparadas al estado de los conocimientos humanos en el imperio otomano. El kesnedar me pareció tan instruido y escento de preocupaciones como un europeo. Todo lo comprendia; deseaba el triunfo de Mahmud en sus tentativas de mejoras; pero viejo ya, y habiendo pasado su vida en los empleos de mayor confianza del serrallo, bajo cuatro sultanes, esperaba poco y se resignaba filosóficamente al porvenir, viviendo tranquilo y solitario en el fondo de aquel serrallo abandonado. Hízome muchas preguntas sobre todo, — filosofía, religion, poesía, creencia popular de Europa, régimen de los diferentes estados, monarquías ó repúblicas, — política, táctica, á todo pasó revista con una rectitud de juicio, un tino y una sensatez de reflexiones que claramente me manifestaron que estaba oyendo á uno de los hombres mas instruidos del imperio. — Trájome una esfera y su globo terraqueo, y quiso que le esplicase los movimientos de los astros y las divisiones de la tierra: de todo tomó nota y verdaderamente pare-

cia encantado de lo que oía: luego me rogó que me quedase á cenar y á pasar la noche con él. Mucho trabajo nos costó resistir á sus instancias, y no pudimos vencerlas sino diciéndole que mi muger y mis amigos, que sabian que yo me hallaba en el serrallo, estarian en la mayor inquietud si no me veian volver.

—Vd. es en efecto, me dijo, el primer franco que ha pnesto aquí los piés, y esta es una razon para que sea tratado como amigo. El sultan es grande y Alá vela por todos! Acompañónos hasta las escaleras interiores que bajan, desde la meseta ó terrado del palacio del sultan, al laberinto de jardincillos del harem, de que ya he hablado, y nos confió al cuidado de un gefe de bostangis, que nos hizo pasar de kiosko en kiosko, de terrado en terrado, todos llenos de flores y de fuentes, hasta la puerta de una alta tapia que separa los palacios interiores del serrallo de los grandes prados exteriores. Allí nos hallamos al pié de los enormes plátanos que se alzan á mas de cien piés de altura contiguos á las tapias y á los encumbrados balcones del harem: mas allá hay árboles frutales y grandes huertos cultivados por esclavos negros, cuyas cabañas están debajo de los árboles: numerosos arroyos riegan estos irregulares plantíos. No léjos del harem hay un antiguo y magnífico palacio de Bayaceto, abandonado á las yedras y á los pájaros nocturnos, todo de piedra, y de admirable arquitectura árabe.

No seria difícil restaurarle y entónces valdria él solo tanto como todo el serrallo; pero la tradicion asegura que le habitan los espíritus infernales, y ningun Osmanli penetra en él. Como estábamos solos, entré en dos galerías subterráneas de aquel hermoso palacio, atestadas de escombros; las tapias y las escaleras me parecieron de primoroso trabajo. Llegado que hubimos á una puerta de las tapias del antiguo serrallo, retrocedimos, siguiendo un bosque de plátanos, sicomoros y cipreses, los mas corpulentos que he visto en mi vida, y dimos vuelta á los jardines exteriores que nos condujeron hasta las orillas del mar de Mármara, donde hay dos ó tres magníficos palacios que los sultanes habitan en verano: las habitaciones se abren sobre la corriente del canal, y de continuo las refresca la brisa. Mas lejos, se alzan sobre collados de césped pequeñas mezquitas, kioskos y estanques rodeados de antepechos de mármol y sombreados por gigantescos árboles. Allí nos sentamos entre las flores y las sonoras fuentes: teniamos á nuestras espaldas las altas paredes del serrallo, y delante, una pendiente de césped que remataba en el mar; entre el mar y nosotros se alzaba una cortina de cipreses y de plátanos, por entre los cuales entreveiamos las olas del mar de Mármara, las islas de los príncipes, los buques á la vela, cuyos mástiles se deslizaban de uno á otro árbol; Scútari, enrojecido por los rayos del sol en Occidente; las doradas cimas del monte

de los Gigantes, y las cumbres de nieve de los montes de Frigia que servian de marco á aquel divino cuadro.

Tal es el interior de este misterioso recinto, la mas deliciosa habitacion de la tierra,—escena de tantos sangrientos dramas, donde nació y se robustió el imperio otomano; pero donde no quiere morir, porque desde la destruccion de los jenízaros, el sultan Mahmud ya no le habita. Hombre de costumbres sueves y dado á los placeres, esas manchas de sangre de su reinado le repugnan; acaso tambien no se cree aquí seguro en medio de la poblacion fanática de Stambul, y prefiere tener un pié en el Asia y un pié en su armada, en sus treinta palacios de las orillas del Bósforo. El carácter general de esta admirable residencia no es ni la grandeza, ni la comodidad, ni la magnificencia; su carácter es el del pueblo turco,—la inteligencia y el amor de la naturaleza. Este instinto de los sitios hermosos, de los mares esplendentes, de las sombras, de las fuentes, de los horizontes inmensos ceñidos por nevadas cumbres, es el instinto predominante de este pueblo:—en él se siente el perenne recuerdo de un pueblo pastor y labrador que se complace en acordarse de su origen, y cuyos gustos todos son sencillos é instintivos. Este pueblo ha colocado el palacio de sus señores, su ciudad imperial, en la falda de la mas hermosa colina que hay en todo el imperio, y acaso en el mundo

entero. Este palacio no tiene ni el lujo exterior, ni las misteriosas delicias de un palacio de Europa; no tiene mas que vastos jardines, donde las árboles crecen libres y eternos como en una selva vírgen, donde las aguas murmuran, donde arrulla las palomas; estancias llenas de ventanas siempre abiertas; azoteas sobre los jardines y el mar, y enrejados kioskos, donde los sultanes, sentados detras de sus persianas, pueden disfrutar juntamente de la soledad y del encantado aspecto del Bósforo. Lo mismo sucede por do quiera en Turquía; emperador y pueblo, grandes y pequeños, no tienen mas que una necesidad, mas que un sentimiento, en la eleccion y el arreglo de sus viviendas,—disfrutar la vista de un hermoso horizonte,—ó si la situacion y la pobreza de la casa lo impiden, tener por lo menos un árbol, pájaros, palomas, un cordero, en un rincon de tierra al rededor de su cabaña. Así es que donde quiera que hay un sitio elevado, sublime, gracioso, indefectiblemente se hallan una mezquita, un santón, un caserío; no hay un punto bello en la orilla del Bósforo, un collado, un risueño golfo de la costa de Asia y de Europa, donde un bajá ó un visir no haya construido una quinta ó plantado un jardin. Sentarse á la sombra, delante de un magnífico horizonte, con una frondosa enramada sobre la cabeza, con una fuente al lado; con la campiña ó el mar á la vista, y allí pasar las horas ó los dias embebecido en una vaga y silen-

ciosa contemplacion, tal es la vida del musulman: esta aficion esplica la disposicion de sus habitaciones;—ella esplica tambien por que este pueblo permanece inactivo, hasta que alguna gran pasion le subleva y le vuelve su energía nativa, que deja dormir en su pecho, pero que nunca pierde. No es locuaz como el àrabe; hace poco caso de los placeres del amor propio y de la sociedad; los de la naturaleza le bastan;—contempla, medita y hace oracion. Es un pueblo de filósofos; todo lo saca de la naturaleza, todo lo convierte á Dios. Dios está sin cesar en su mente y en sus labios, y no como una idea estéril, sino como una realidad palpable, evidente, práctica. Su virtud es la adoracion perpetua de la voluntad divina; su dogma, la fatalidad. Con esta fé, se conquista al mundo; y se pierde con la misma facilidad y con la misma indiferencia.

Salimos por la puerta que da sobre el puerto, y entro en el hermoso kiosko, situado en el muelle, à donde viene à sentarse el sultan cuando parten sus escuadras ó vuelven de alguna espedicion, y saludan al paso à su señor.

22 de Junio.

Dos de mis amigos me dejan y salen para Europa: me quedo solo en Buyukderé con mi muger y M. de Capmas.

25 de Junio.

Hemos pasado dos dias en Belgrado, aldea situada en medio de la selva de este nombre, á cuatro leguas de Constantinopla;—inmenso robredal que cubre una serie de colinas entre el Bósforo y el mar de Mármara, á igual distancia de ambos, y que se prolonga casi sin interrupcion hasta los Balkans;—sitio tan agreste y gracioso como cualquier bosque de Inglaterra, con un lindo pueblecillo griego construido en un ancho valle en mitad de la espesura;—praderas arcades:—un rio entre los árboles:—magníficos lagos artificiales, formados entre las colinas mas altas para retener las aguas y surtir las fuentes de Constantinopla. Recibimos la mas amable hospitalidad de M. y madama Aleon, banqueros franceses establecidos, de padre à hijo, en Constantinopla, que poseen una deliciosa quinta en Buyukderé, y una casa de caza en Belgra-

do,—familia excelente, en quien la elegancia de los hábitos, la elevacion de los sentimientos, la discrecion y el tacto se unen á la gracia y afectuosa sencillez del Oriente. Otra sociedad enteramente francesa encuentro en Constantinopla en casa de M. Salzani, hermano de mi banquero de Esmirna, hombre de bien, amable é instruido, que nos trata como á compatriotas y amigos. En general, la sociedad franca de Constantinopla, compuesta de los empleados en las embajadas y en los consulados de los dragomanes y de los comerciantes de las diferentes naciones europeas, es muy superior á su reputacion. Constituida en pueblo pequeno, tiene los defectos de los pueblos de provincia, chismes y envidias,—pero hay probidad, instruccion, elegancia y mucha hospitalidad con los extranjeros. Aquí se está al corriente de cuanto pasa en Europa, como en Viena ó en Paris, y se participa mucho del movimiento vital que anima al Occidente. Hay hombres de mérito, y mugeres apreciables por todos conceptos. Reuniones he visto en Pera, en Terapia, en Buyukderè, en que hubiera podido uno creerse en los mas brillantes salones de nuestras capitales de Europa, á no tender la vista sobre el Bósforo ó sobre el Cuerno de Oro que relucia, al pié de los jardines, entre las hojas de los árboles.

29 de Junio 1833.

Excursion á las aguas dulces de Europa.—En el fondo del puerto de Constantinopla, las colinas de Eyub y las que sustentan á Pera y á Gálata se acercan insensiblemente, y no dejan mas que un estrecho brazo de mar entre las dos orillas;—á la izquierda se estiende el arrabal de Eyub con su mezquita, adonde van los sultanes en la época de su advenimiento al trono, á ceñir el sable de Mahoma, emblema de sangre, consagracion de la fuerza, religion del despotismo musulman. Esta mezquita se alza graciosamente encima de las pintadas casas del arrabal, y la cima de sus minaretes va á confundirse en el horizonte con las altas murallas griegas arruinadas de Constantinopla: en la orilla se estiende un hermoso palacio de los sultanes: las ventanas están al nivel del agua, y las anchas copas de los árboles del jardin señorean el tejado y se reflejan en el mar. Mas allá, el mar no es ya mas que un rio que pasa por entre dos praderas, llenas de colinas, de jardines y de arbolados, donde algunos zagales búlgaros tañen sus caramillos, sentados en los peñascos, pastoreando sus manadas de caballos y de cabras:—luego el rio no es en fin mas que un arroyo, en cuyas dos márgenes se ro-

zan los remos de los caiques, y donde oponen frecuentes obstáculos à la navegacion las raices de los hermosos olmos que se cruzan en las orillas. Una espaciosa dehesa, à que dan sombra robustos grupos de plátanos, se extiende à la derecha; à la izquierda se alzan frondosas colinas, y en el fondo, la vista se pierde entre las verdes é irregulares columnatas de los árboles que sombrean el arroyo y serpean con él. Así acaba el hermoso puerto de Constantinopla; así acaba el grande, bello y tempestuoso Mediterráneo:—siguiéndole hasta el cabo, encalla uno en una sombría ensenada, en el fondo de un golfo de verdura, en un banco de yerba y flores, lejos del ruido y del movimiento del mar y de la ciudad. ¡Oh! cuán bien acabaria de esta suerte la vida de un hombre! ¡Plegue à Dios dar un fin como éste à la vida de mis amigos que se agitan y brillan hoy en el teatro del mundo!

Silencio despues del bullicio, dulce oscuridad despues de una gran luz, descanso despues de la agitación;— un nido de sombra y de soledad para recapacitar sobre la vida pasada, y morir en paz y en amistad con la naturaleza y los hombres.

¿Qué mas se puede apetecer? Yo por mí, ni aun esto, ni nada pido; mi soledad no seria ni tan bella, ni tan dulce.

Salgo del caique, y sigo las márgenes del arroyo hasta un blanco kiosko que diviso entre los ár-

boles. Junto à cada tronco veo un grupo de mugeres turcas y armenias, que rodeadas de hermosos niños que juegetean sobre la yerba, están comiendo à la sombra: por todo el prado se ven caballos de montar, ricamente enjaezados, árabes, y carruages de Constantinopla tirados por bueyes. Preceden y rodean al kiosko un canal y varios estanques, en que nadan cisnes. Los jardines son pequeños, pero el prado entero es un jardin. Aquí solia venir en otro tiempo el sultan actual à pasar las estaciones calurosas, atraido à esta deliciosa morada, porque era la que preferia una odalisca favorita. El amor habia penetrado en aquel corazon, despues de las matanzas del Almeidan, y en medio de las sensualidades del harem:—la hermosa odalisca murió aquí. Desde entónces, Mahmud ha abandonado este sitio encantado;—es fama que muchos días visita la sepultura de la odalisca.

Paso un dia en el fondo del valle, à la sombra de los árboles.

Versos escritos à V. . . .

3 de Julio.

Esta mañana me embarqué para Constantinopla. Subí la corriente del Bósforo, entré en el mar de Mármara, y despues de haber seguido por espacio de dos horas las tapias exteriores que separan á Stambul de este mar, desembarqué al pié del castillo de las Siete Torres: no teniamos ni *tetheré*, ni guia. Despues de muchas dificultades, los soldados turcos nos dejaron entrar en el primer patio de este castillo de sangre, adonde, arrastrados por el populacho, iban los sultanes destronados á esperar la muerte, que nunca tarda cuando el pueblo es juntamente juez y verdugo. Seis ó siete cabezas de emperadores degollados han rodado sobre estas escaleras: millares de cabezas mas vulgares han cubierto las almenas de esta torre. El guarda rehusa dejarnos pasar mas adelante: miéntras va á pedir órdenes al comandante del castillo, se entreabre la puerta de una sala baja y abovedada en la torre oriental; doy algunos pasos, oigo un rugido que hace vibrar la bóveda, y me hallo frente á frente con un soberbio leon amarrado, que se abalanza sobre un hermoso galgo que me seguia: por fortuna logra este escaparse y se refugia entre mis piernas:—el leon se ponía de manos como para

tirarse á nosotros; pero la cadena le sujetaba junto á la pared. Salí y cerré la puerta. El guarda vino á decirme que espondria su cabeza si me introducía mas adelante, por lo que hube de retirarme, y salí del recinto de la ciudad por una puerta de los antiguos muros, que comunica con la campiña. Los muros de Constantinopla arrancan del castillo de las Siete Torres, sobre el mar de Mármara, y se estienden hasta las cimas de las colinas que cubren el arrabal de Eyub, hácia la estremidad del puerto en las aguas dulces de Europa,—ciñendo de esta suerte toda la ciudad antigua de los emperadores griegos, y la ciudad de Stambul de los emperadores tūrcos, por el único lado del triángulo que no protege el mar: por este lado nada defenderia á Constantinopla mas que las insensibles pendientes de sus colinas, que van á rematar en una hermosa llanura cultivada. Allí se construyó esa triple hilera de murallas, en que se estrellaron tantos asaltos, y detras de las cuales se creyó por tanto tiempo seguro el miserable imperio griego. Esas admirables murallas ecsisten todavia, y son, despues del Paternon y de Balbek, las mas magestuosas ruinas que atestiguan el asiento de un imperio. Esta mañana las seguí en toda su longitud por la parte exterior:—son unos terrados de piedra, de cincuenta á sesenta piés de elevacion, y á veces de quince á veinte piés de anchura, tan tersos y blan-

cos en algunos puntos; cual si acabara de labrarlos el cincel del artífice:—me separan de ellos unos antiguos fosos llenos de escombros y de tierra vegetal, donde han echado raíces, hace siglos, multitud de árboles y de plantas parietarias, que forman un impenetrable glacis, ó mas bien una selva virgen de treinta ó cuarenta piés de anchura, llena de nidos de pájaros y poblada de reptiles. A veces esta selva oculta enteramente los muros y las torres cuadradas que la flanquean, ó no deja ver mas que las mas altas almenas: á veces tambien la muralla aparece en toda su altura, y reverbera, con un brillo dorado, los rayos del sol; la festonean en su borde superior brechas de todas formas, de donde desciende la verdura como en las quebradas de los montes, y va á confundirse con la de los fosos. Casi en todas partes corona su cima un frontal de espesa vegetacion que forma como un aéreo edificio de yedra y enredaderas. De trecho en trecho, del centro de las torres cegadas con piedras y polvo, se lanza un plátano ó un ciprés;—el peso de sus ramas y de sus hojas, y los vendabales que baten de continuo esos árboles, inclinan sus troncos hácia el Mediodia, cargados de nidos de una multitud de pajarillos. De cuarto en cuarto de hora se encuentra una torre, de magnífica construccion, de que arrancan enormes bóvedas que van á rematar en otra torre, formando puertas y arcos antiguos. La mayor parte de estas puertas están tapiadas en la

actualidad, y la vegetacion, que todo lo ha invadido, tapias, puertas, almenas, cubos y torreones, forma en estos sitios los mas singulares y hermosos ayuntamientos con las ruinas y las obras del hombre. Hay planos de yedra que bajan de lo alto de las torres, como pliegues de inmensas capas; hay enredaderas que forman puentes de verdura de cincuenta piés de arco de brecha á brecha; hay pensiles de alelíes, sembrados en paredes perpendiculares, que el viento mece sin cesar como olas de flores; millares de arbustos forman almenas de hojas y de colores diversos.—De todo ese conjunto salen bandadas de pájaros, cuando se tira una piedra á las tapias entapizadas de verdura ó á los abismos de vegetacion que hay en los fosos. Vimos sobre todo una multitud de águilas que habitan en las torres, y se ciernen todo el dia al sol encima de sus nidos, &c.

Julio.

Seguimos pasando la misma vida solitaria en *Buyukderé*; al anochecer nos paseamos por el mar ó por el valle de las Rosas.

Visitas de *M. Truqui* todas las semanas: los buenos corazones tienen en sí una virtud que consuela. Dios les ha dado el único bálsamo que ec-

siste para las heridas incurables del corazón;—la simpatía.

Ayer el conde Orloff, comandante de la escuadra y del ejército rusos, y embajador extraordinario del emperador de Rusia, cerca de la Puerta, celebró su triunfo y su partida con una función militar dada al sultán en el Bósforo. Los jardines de la embajada de Rusia, en Buyukderé, cubren las faldas de una montaña que cierra el golfo y cuyo pie baña el mar; desde las azoteas del palacio se disfruta la vista del Bósforo en su doble corriente hacia Constantinopla y hacia el mar Negro. Todo el día la artillería de la escuadra rusa, surta al pie de los jardines delante de nuestras ventanas, ha estado haciendo salvas de minuto en minuto, y sus mástiles empavesados se han confundido con la verdura de los grandes árboles de ambas orillas: desde el amanecer, ha cubierto el mar una innumerable muchedumbre de barcos y de caiques en que salían de Constantinopla quince ó veinte mil espectadores, que pronto se esparramaron por los kioscos, los prados y los montes circunvecinos: muchos se quedaron en los caiques, que llenos de mugeres judías, turcas y armenias, vestidas de brillantes colores, circulaban por el mar como ramilletes de flores. El campamento de los rusos, situado en las vertientes de la montaña del Gigante, à media legua de la escuadra, se destaca con sus tiendas

blancas y azules sobre la sombría verdura y las abrasadas laderas de la montaña. Por la noche, los jardines de la embajada rusa estaban iluminados con millares de candilejas pendientes de todas las ramas; los navíos iluminados también en todos los mástiles, en todas las vergas, en todas las jarcias, parecían buques de fuego cuyas baterías hacían estallar un incendio. Sus costados vomitaban torrentes de relámpagos, y el campamento de las tropas de desembarco, iluminado por grandes fogatas encendidas en todos los cabos y en todos los montes de la costa de Asia, se reflejaba en luminosos regueros en el mar y proyectaba las llamadas de un incendio en toda la inmensa superficie del Bósforo, mientras llegaba el Gran-Señor, en medio de aquella esplendente noche, en un barco de vapor, é iba à situarse bajo las azoteas del palacio de Rusia, para gozar del espectáculo que se le preparaba. Véíasele en el puente de su buque, rodeado de su visir y de sus bajás favoritos; él se quedó à bordo y envió al gran visir à asistir à la cena del conde Orloff. Inmensas mesas, dispuestas bajo las largas calles de plátanos, y otras mesas escondidas en todos los espejillos de los jardines, estaban cubiertas de oro y plata que repercutaban las luces de los árboles iluminados. En la hora mas sombría de la noche, un poco àntes de salir la luna, se alza en los aires y discurre sobre las olas un gran fuego artificial preparado sobre bal-

sas, en medio del Bósforo, á igual distancia de las tres orillas; y tiñe de una sangrienta claridad las montañas, la escuadra y aquella innumerable muchedumbre de espectadores, cuyos caiques cubrían el mar. Nunca he presenciado mas hermoso espectáculo; parecia que se rasgaba la bóveda de la noche y dejaba ver un mundo encantado, con elementos, montañas, mares y cielos de una forma y de un color desconocidos, y millares de sombras vaporosas y fugitivas flotando sobre olas de luz y fuego. Luego todo quedo sepultado en silencio y tinieblas; las candilejas apagadas como al soplo del viento, desaparecieron de todas las vergas, de todas las troneras de los navíos, y la luna, saliendo de un valle entre las cimas de dos montes, vino á derramar su luz mas templada sobre el mar, y á destacar sobre un fondo de perlas las enormes moles negras, y los espectros disecados de los palos, de las vergas y de los obenques de los navíos. El sultan se volvió á su palacio en su ligero barco de vapor, cuya columna de humo arrastraba sobre el mar, y se desvaneció en silencio como una sombra que hubiera ido á asistir á la ruina de un imperio.

No recordaba aquella escena á Sardanápalo iluminado con los resplandores de su hoguera los despojos de su trono derruido; aquello era el asesinato de su imperio agonizante, precisado á pedir á sus enemigos apoyo y proteccion contra un esclavo rebelde y asistiendo a la gloria de aquellos y a su pro-

pia humillacion. ¿Qué podian pensar los graves y fieles osmanlis que veian los fulgores del campamento de los bárbaros cristianos y las luminarias de su regocijo resplandecer sobre las montañas sagradas de Asia, sobre las mezquitas y hasta sobre las murallas de los antiguos serrallos? ¿Qué pensaba el mismo Mahmud bajo la afectada sonrisa de sus labios?

¿Qué serpiente le devora el corazon? ¡Ah! habia en aquello algo que era profundamente triste, algo que partia el corazon para él, y que, en mi concepto, hubiera debido bastar para suscitar en su alma el heroismo por medio del remordimiento.

Y tambien habia algo que era profundamente consolador para el pensamiento del filósofo que reconoce á la Providencia y ama á los hombres, en contemplar esa irresistible fuerza del tiempo y de las cosas que hacia caer desmoronado un imperio inmenso, obstáculo á la civilizacion de la mitad del Oriente, y llevaba paso á paso, á aquellos hermosos paisajes, razas de hombres mas activos, dominaciones mas humanas y religiones mas progresivas.

®

AL DE BIBLIOTECAS

Julio.

Hoy he comido en casa del baron de Sturmer, con el príncipe real de Baviera, que vuelve de Grecia y se detiene algunos dias en Constantinopla. Este jóven príncipe, sediento de instruccion, y bastante sensato para olvidar en la apariencia el trono que le espera, solicita la conversacion de los hombres que no tienen interes en adularle y se forma escuchàndolos:—él por su parte se esplica perfectamente.

—El rey mi hermano (1), me dijo, está indeciso aun en la eleccion de su capital, y deseo saber su opinion de vd.

—La capital de la Grecia, le respondí, está designada por la naturaleza misma del suceso que ha reconstruido á la Grecia.

—La Grecia es una resurreccion; cuando se resucita, es preciso renacer con la misma forma y el mismo nombre, con una completa individualidad. Atenas con sus ruinas y sus recuerdos, es la señal de reconocimiento de la Grecia; preciso es, pues, que

(1) Oton I, rey de Grecia, hijo segundo del rey de Baviera.
—N. del T.

renazca en Atenas, ó nunca será mas que lo que es hoy,—una pobre tribu diseminada en los riscos del Peloponeso y de las Islas.

Julio

Partida de la escuadra y del ejército ruso. Ya saben ahora el camino, ya han acostumbrado á los turcos à verlos.—El Bósforo queda desierto é inanimado.

Mis caballos árabes llegan por el Asia Menor. Tedmor, el mas hermoso, y el que yo mas queria de todos, ha muerto en Magnesia, casi en el término del camino: los sais le han llorado, y todavia lloran contándome su fin: este noble bruto fué la admiracion de todas las ciudades de la Caramania por donde pasó. Los otros están tan flacos y tan molidos, que necesitarian un mes de descanso para ponerse en estado de hacer el viage de la Turquía, de Europa y de Alemania. Vendo los dos mas hermosos á M. de Boutenief para las caballerizas del emperador de Rusia, y los otros tres à diferentes personas de Constantinopla. Siempre me acordaré con sentimiento de Tedmor y de Saide.

Acabo de ajustarme con unos turcos de Stambul y del arrabal de Eyub, poseores de esos carruages en que van las mugeres por las calles de

Constantinopla; me alquilan cinco *arabas*, tirados cada uno por cuatro caballos, para llevarnos en veinticinco dias de marcha hasta Belgrado, á mi muger y á mí, á M. de Capmas, á mis criados y todo el equipage. Alquilo dos tártaros para dirigir la caravana, y los camellos y machos necesarios, con sus conductores, para llevar las camas, la cocina, los cajones de libros, &c.; y en fin, seis caballos de montar para nosotros, para cuando los caminos no nos permitan viajar en *araba*.

El coste de todos estos caballos y carruages es de sobre cuatro mil francos (diez y seis mil reales). Un escelente intérprete nos acompaña á caballo. Fijamos la partida para el 23 de Julio.

Julio.

Esta madrugada salimos de Constantinopla á las dos; los caballos y los equipages nos aguardaban en el arrabal de Ayub, en una placita, no lejos de una fuente rodeada de plátanos, al lado de un café turco. Se reune mucha gente para vernos salir, pero no experimentamos insulto ni pérdida de ninguna especie:—la probidad es la virtud de las calles; en Turquía es ménos comun en los palacios. Los turcos que están sentados bajo los árboles junto al café, los muchachos que pasan, nos ayudan

á cargar nuestros *arabas* y nuestros machos, y recogen y nos traen los objetos que se caen ó que se nos olvidan.

Nos ponemos en camino al salir el sol, todos á caballo, y subiendo las largas y empinadas calles solitarias que van del arrabal de Eyub á las murallas griegas de Stambul. Pasamos á un cerro pedado y desierto, dominado por un soberbio cuartel: dos batallones del *nysam djerid*, tropas regulares, están haciendo el ejercicio delante del cuartel. M. Ruqui y los jóvenes griegos de su consulado han querido acompañarnos, y allí nos separamos de ellos:—abrazamos á aquel hombre escelente que ha sido para nosotros una Providencia en nuestros dias de aislamiento. En la desesperacion, una amistad de dos meses es como una amistad de largos años. ¡Quiera Dios premiar y consolar los últimos años de este hombre de consuelo! ¿Quién sabe si nos volveremos á ver en la tierra? Partimos para una larga y azarosa peregrinacion; él se queda triste y enfermo, lejos de su esposa y de su patria. En vano quiere ocultarnos sus lágrimas,—y las nuestras mojan sus manos trémulas.

Hacemos alto á tres leguas de Constantinopla, para dejar pasar las horas mas calurosas.—Hemos cruzado un pais cubierto de collados que señorean el mar de Mármara;—pocas casas, diseminadas en los campos;—ningun pueblo.—A las cuatro proseguimos nuestro camino, y siguiendo siempre una

cordillera de cerros bajos, anchos y pelados, llegamos a un pueblecito donde nuestros tártaros, que han tomado la delantera, nos han hecho disponer una casa, perteneciente á una excelente familia griega:—tres mugeres amabilísimas:—niños admirablemente hermosos.—Tienden alfombras y cogenes sobre el piso de madera, para que pasemos la noche. Mi cocinero se proporciona arroz, gallinas y verduras en abundancia.—A las tres de la madrugada ya está la caravana en pié.—Unos de mis tártaros sale algunas horas antes. Después del descanso de medio día, en la orilla de una fuente ó á la sombra de algunas ruínas, nuestro tártaro batidor toma mis órdenes, va á galope á la ciudad ó á la aldea donde pensamos hacer noche, y lleva mis cartas del gran visir al bajá, al agá, al *ayam* ó señor del pueblo. Estos eligen la mejor casa griega, armenia ó judía de la poblacion y avisan al dueño que la prepare para unos estrangeros: á ella hacen llevar los forrages necesarios para los treinta y dos caballos de que se compone nuestra caravana, y á veces una buena cena para todos. El *ayam*, acompañado de los principales vecinos y de algunos ginetes, si hay tropas en el pueblo, sale á recibirnos á cierta distancia y nos acompaña á nuestra posada, se apea con nosotros, nos introduce, hace traer pipas y café, y á los pocos momentos se retira con su comitiva. En seguida voy á pagarle su visita.

De Constantinopla á Andrinópolis, nada hallamos notable y pintoresco mas que la inmensa estension de las llanuras sin habitaciones ni árboles, cruzadas de trecho en trecho, por un rio acanalado y medio seco, que pasa bajo los arcos de algun puente arruinado. Por la noche, apenas se halla una mala aldea, en el fondo de algun valle rodeado de huertecillos:—los vecinos son todos griegos, armenios ó búlgaros. Los *kans* de estas aldeas son unos miserables corralones.

Así continúa el camino por espacio de cinco dias sin que encontremos alma viviente: esto parece un desierto de Siria.

Solo una vez nos hallamos en medio de treinta ó cuarenta labradores búlgaros, vestidos como europeos, y con gorros negros de piel de carnero, que van á Constantinopla y caminan al son de dos gaitas. Prorrumpen en gritos al vernos, y se precipitan hácia nosotros pidiéndonos algunas pias-tras: estos infelices son los saboyanos de la Turquía de Europa; suelen emplearse en guardar los caballos del Gran Señor y de los bajás en las dehesas de las aguas dulces de Asia y de Bnyukderé, y son los hortelanos y jardineros de Stambul.

El sexto día por la mañana vemos á Andrinópolis en el remate de estas llanuras, en una hermosa hondonada entre dos montañas. La ciudad parece inmensa y la señorea su hermosa mezquita, que

es el mas bello monumento religioso de la Turquía despues de Santa Sofia; construyóle Bayaceto en los tiempos en que Andrinópolis era la capital del imperio. Los campos, dos leguas antes de la ciudad, están sembrados de trigo, viñas, y toda especie de árboles frutales; numerosos arroyos serpentean por el llano. Entramos en un largo arrabal, atravesamos la ciudad en medio de una muchedumbre de turcos, de mugeres y de muchachos que se agolpan para vernos; pero que, lejos de importunarnos, nos manifiestan suma atencion y respeto. Las personas que han salido á recibirnos nos conducen á la puerta de una hermosa casa, perteneciente al señor Vernazza, cónsul de Cerdeña en Andrinópolis.

Pasamos dos dias en Andrinópolis en la deliciosa casa de este cónsul. Su familia está algunas leguas de aquí, en las orillas del rio Maritza (el Ebro de los antiguos):—hechicera vista de Andrinópolis, por la tarde desde la azotea del señor Vernazza. Tres rios riegan la ciudad, que es bastante grande,— el Ebreo, el Arda y el Tundicha, y por todas partes está cercada de bosques y de agua, que limitan hermosas cordilleras.

Visita á la mezquita, edificio parecido á todas las mezquitas; pero mas elevado y espacioso: nuestras artes no han producido nada mas atrevido, mas original, ni de mas efecto que este monumen-

to y su minarete, columna calada de mas de cien pies de cuerpo.

Salimos de Andrinópolis para Filipópolis; el camino atraviesa por desfiladeros y risueñas cañadas llenas de árboles, aunque desiertas, entre las altas cordilleras de los montes del Rodopo y del Hemo:—tres dias de marcha:—graciosas aldeas;—por la tarde, á tres leguas de Filipópolis veo en la llanura una muchedumbre de ginetes turcos, armenios y griegos, que acuden hácia nosotros á galope. Un bizarro mancebo, montado en un soberbio caballo llega primero y me toca con el dedo; luego se pone á mi lado, me habla en italiano, y me explica que habiéndome él tocado primero debo aceptar su casa, cualesquiera que sean las instancias de los demas para llevarme consigo. En seguida llega el kiaia del gobernador de Filipópolis, me saluda en nombre de su señor, y me dice que el gobernador me ha hecho disponer una casa espaciosa y cómoda y una cena, y que quiere que me detenga algunos dias en la ciudad; pero insisto en aceptar la casa del jóven griego llamado Maurides.

Entramos á Filipópolis en número de sesenta ú ochenta ginetes; las ventanas y las calles están llenas de gente que sale á vernos;—nos reciben la hermana y las tias del señor Maurides:—casa espaciosa y elegante;—hermoso divan con veinticua-

tro ventanas y amueblado á la europea, adonde el gobernador y los principales vecinos de la ciudad vienen á visitarnos y á tomar café. Pasamos tres dias en Filipópolis, disfrutando la admirable hospitalidad de Maurides, recorriendo las cercanías y recibiendo y pagando las visitas de los turcos, los griegos y los armenios.

Filipópolis es una ciudad de treinta mil almas, situada á cuatro jornadas de Andrinópolis y á ocho de Sofía, en la orilla de un rio, sobre un cerro aislado en medio de un ancho y fértil valle: es uno de los mas hermosos asientos naturales de una ciudad que es posible imaginarse; la cima de la montaña está coronada de casas y de jardines, y las calles bajan serpeando circularmente para que no sean tan rápidos los declives, hasta las orillas del rio, que circula al pié de la ciudad y la cerca con un foso de agua corriente; el aspecto de los puentes, de los jardines, de las casas, de los corpulentos árboles que se alzan en las márgenes del rio, de la llanura arbolada que separa al rio de las montañas de la Macedonia, y de esas mismas montañas cuyas laderas están cortadas por torrentes cuya blanca espuma se alcanza á divisar, y salpicadas de aldeas ó de grandes monasterios griegos, hace del jardín de nuestro huésped uno de los puntos de vista mas admirables del mundo; la ciudad está poblada, en igual proporción, por griegos, armenios, y turcos. Los griegos son en general instruidos y comercian-

tes; los mas acomodados envian á sus hijos á educarse en Hungría, con lo que luego se les hace mas pesada la opresión de los turcos: aspiran por la independencia de sus hermanos de la Morea.

Salimos de Filipópolis, y llegamos en dos dias á una linda ciudad, en una llanura cultivada, llamada *Tatar-Bazargik*, que pertenece, lo mismo que la provincia circunvecina, á una de aquellas grandes familias feudales turcas, de que existian cinco ó seis razas en Asia y en Europa, respetadas por los sultanes. El jóven príncipe que posee y gobierna á *Tatar-Bazargik*, es hijo del antiguo visir Huseim-Bajá. Nos recibe con una hospitalidad caballeresca, nos da una casa recién construida en la orilla de un rio que rodea la ciudad; casa grande, elegante y cómoda, perteneciente á un armenio muy rico:—apenas estamos instalados en ella, cuando vemos llegar quince ó veinte esclavos, cada cual con una bandeja de estaño sobre la cabeza, y que ponen en el suelo á nuestros piés una multitud de arrozadas, de pasteles, de platos de caza y de dulces de toda especie, procedentes de las cocinas del príncipe;—me traen de regalo dos hermosos caballos, que rehuso;—y varias reses para el sustento de mi comitiva.—Al dia siguiente empezamos á ver los Balkans, hermosas montañas cubiertas de árboles, de aldeas, de plantíos, pobladas por los búlgaros. Seguimos todo el día las

orillas de un torrente que forma numerosos pantanos en la llanura: cuando llegamos al pié del balkan, me encuentro con los principales vecinos árabes de la aldea búlgara de *Jenikeui*, que nos están esperando; cogen las riendas de nuestros caballos, se colocan á derecha è izquierda de nuestros carriages, los sostienen con las manos y con los hombros, los levantan a veces para evitar que vuelquen en la vera de los precipicios, y así llegamos al miserable pueblo donde ya nos han precedido mis tártaros. Las casas, esparcidas por las laderas ó las cimas de dos cerros separados por una barrera, están rodeadas de huertecillos y de prados: todas las montañas están cultivadas en su base, y cubiertas en su cima de hermosos arbolados: las casas son unas verdaderas chozas, cubiertas de retama, ocupamos siete ú ocho, y nuestros camelleros y mozos de mulas se acomodan en los huertos: cada casa no tiene mas que una pieza, sin mas piso que la tierra pelada.—El cansancio y las pesadumbres me ocasionan una furiosa calentura; paso veinte dias tendido sobre una estera en una miserable choza sin ventanas, entre la vida y la muerte. Mi pobre muger pasa quince dias y quince noches sin pegar los ojos junto á mi cama de paja; envia á los pantanos del llano en busca de sanguijuelas, y al fin acaban los búlgaros por encontrarlas; sesenta sanguijuelas aplicadas en la boca del estómago y las sienes disminuyen el peligro:—conozco mi si-

tuacion, y dia y noche pienso en mi muger abandonada si llego à faltarle, á cuatrocientas leguas de todo consuelo, en las montañas de la Macedonia: ¡horas terribles! Llamo á M. de Capmas, y le doy mis últimas instrucciones para el caso de mi muerte; le encargo que me haga enterrar junto á un árbol que ví, al llegar, á la vera del camino, con una sola palabra escrita sobre la losa, superior á todos los consuelos.—Dios.—Al sexto dia de calentura, pasado ya el peligro, oimos un rumor de caballos y armas en el patio; se apean varios ginetes y vemos entrar en la estancia al jóven y amable griego de Filipópolis; el señor Maurides, en compañía de un médico macedon y de varios criados que traen provisiones, muebles y medicamentos. Un tártaro que cruzaba el balkan, de camino para Andrinópolis, se habia parado en el kan de Filipópolis, y habia estendido la voz de que un viagero franco habia caido enfermo y estaba muriéndose en Jenikeui:—esta noticia llegó á oidos del señor Maurides á las diez de la noche;—sospecha que aquel franco puede ser su huésped, envia á llamar á su amigo el médico, reúne sus criados, manda cargar en sus caballos todo lo que su caritativa prevision le hace conceptuar necesario para un enfermo, se pone en camino á media noche, corre sin detenerse, y en dos jornadas llega á traer consuelos y remedios á un desconocido á quien nunca volverá á ver. Este es uno de aquellos rasgos de bondad que re-

frescan el alma, y revelan la generosa naturaleza del hombre en todos los países y en todos los climas. El señor Maurides me halló casi convaleciente, y como sus asuntos le llamaban à Filipópolis, el mismo día se puso de nuevo en camino, dejándome su médico macedon, mozo muy instruido, que habia hecho sus estudios en Semlin, en Hungría; y hablaba en latin. Su saber nos fué inútil; la ternura, la presencia de ánimo y la enérgica resolución de mi muger, habian suplido á todo; pero su compañía nos fué muy grata durante los veinte mortales dias que pasamos en Jenikeui, necesarios para acabar de restablecerme.

El príncipe de Tatar-Bazargik, noticioso, desde el primer momento, de mi enfermedad, me dió las mas cordiales pruebas de interes y de hospitalidad. Todos los dias me envió carneros y terneras para mis criados, y durante todo el tiempo que me detuve en Jenikeui, cinco ó seis ginetes de su guardia estuvieron constantemente en mi patio, prontos á ejecutar todas mis órdenes. Durante los últimos dias de mi convalecencia, me acompañaron en mis paseos á caballo por el magnífico valle y las montañas de las cercanías de Jenikeui: el príncipe me hizo ofrecer hasta esclavos:—un destacamento de su guardia me acompañó, cuando proseguimos nuestro viage, hasta los límites de su gobierno. Allí tuve ocasion de estudiar, en el interior mismo

de las familias, las costumbres de los búlgaros, que son las mismas de nuestros labradores:—estos hombres son sencillos, mansos, laboriosos, llenos de respeto á sus sacerdotes y de celo por su religion, que es la griega.

Los sacerdotes son unos meros labradores, como ellos. Los búlgaros forman una poblacion de muchos millones de hombres, y que aumenta continuamente; viven en grandes aldeas ó pequeñas ciudades separadas de las de los turcos: un turco ó dos comisionados por el bajá ó el ayam recorren todo el año estos pueblos para recaudar las contribuciones; fuera de esto y de algunas cargas, viven en paz y con bastante libertad. Su traje es el de los labradores de Alemania; las casadas y las doncellas se visten con corta diferencia como las serranas suizas; son bonitas, vivas y graciosas. Las costumbres me han parecido puras, aunque las mugeres no van tapadas, como en Turquía, y tratan libremente con los hombres; he visto bailes campestres entre los búlgaros como en nuestras campiñas de Francia;—desprecian y aborrecen á los turcos, están completamente maduros para la independenciam, y formarán con los servios, sus vecinos, la base de los futuros estados de la Turquía de Europa. El país que habitan seria en breve un delicioso jardin si la ciega y estúpida opresion, no del gobierno, sino de la administracion tur-

ca, les dejase cultivarlo con alguna mas seguridad:—estos pueblos tienen pasion por la tierra.

Dejo con sentimiento á Jenikeui y á sus honrados y bondadosos labradores: este lugar es una residencia deliciosa para el verano:—todo el pueblo nos acompañó hasta una legua en el interior del Balkan y nos colmó de votos y de bendiciones. En un dia cruzamos el primer Balkan:—quinientos jornaleros trabajando bien en una sola estacion abririan en estas hermosas montañas un magnífico camino real.

En tres dias llegamos á Sofia, ciudad grande situada en un llano que riega un rio, y en que residia un bajá: hizo que saliese á recibirme su kaia y que se me diese la casa de un comerciante griego, en la que pasé un dia entero; el bajá me envió abundantes provisiones y no quiso admitir ningun regalo. El pueblo no tiene nada de particular.

En cuatro jornadas, ya por montañas de fácil paso, ya por valles y llanos admirablemente fértiles, pero despoblados, llegué á la llanura de Nisa, última ciudad turca, casi en las fronteras de la Servia: hacia un sol abrasador; á cosa de una legua de la ciudad, ví alzarse en medio del llano una alta torre blanca, brillante como mármol de Paros; el sendero que yo seguia, á media hora de marcha delante de la caravana, me conducia a ella, y cuando llegué á su pié, dí mi caballo á un muchacho

turco que me acompañaba, y me tendí á la sombra para dormir un rato; pero no bien me hube echado, cuando levantando los ojos al monumento que me prestaba su sombra, ví que sus tapias, que me habian parecido de mármol o de piedra blanca, estaban formadas con sillares regulares de cráneos humanos. Aquellos cráneos y aquellos rostros de hombres, descarnados y blanqueados por la lluvia y el sol, cimentados con un poco de arena y cal, formaban enteramente el arco triunfal que me cubria;—podria haber de quince á veinte mil; algunas calaveras conservaban todavía mechones de pelo que flotaban como líquen y musgo al soplo del viento; la brisa de las montañas soplaba viva y fresca, y colándose por las innumerables cavidades de los huesos les hacian espedir largos y lastimeros silbos. No tenia yo nadie que me explicase la significacion de aquel horrible monumento; el muchacho que tenia del freno los dos caballos estaba jugando con los huesos de las calaveras desmoronadas al pié de la torre; yo estaba tan rendido por el cansancio, el calor y el sueño, que me dormí con la cabeza apoyada en aquellas paredes hechas con cabezas cortadas: al despertarme me hallé rodeado de la caravana y de varios ginetes turcos que habian salido de Niza para acompañarnos á la ciudad; por ellos supe que aquellas eran las cabezas de quince mil servios, sacrificados por el bajá en el último levantamiento de la Servia. La llanura en

que nos hallábamos habia sido el campo de muerte de aquellos generosos insurgentes, y aquel monumento era su sepulcro; saludé con los ojos y el corazón las reliquias de aquellos hombres heróicos, cuyas cabezas cortadas son el origen de la independencia de su patria. La Servia, en la que íbamos á entrar, es ahora libre, y el eco que hacia espedir á la torre de los servios muertos por su patria el viento de las montañas, era un canto de libertad y gloria! Pronto poseerán la misma ciudad de Niza, y entónces harán bien en dejar subsistir ese monumento, que enseñará á sus hijos lo que vale la independencia de un pueblo, manifestándole á qué precio la compraron sus padres!

Niza se parece á Sofia y no tiene ningun carácter.—Pasamos un dia en este pueblo.

Pasada Niza, se entra en las hermosas montañas y en el oceano de bosques de la Servia. Estos bosques vírgenes se estienden por todas partes tanto como el horizonte, dejando serpear solamente un ancho camino recién abierto por el príncipe Milosch, gefe independiente de la Servia. Por espacio de seis dias seguimos internándonos en esas magníficas y perpetuas espesuras, sin mas espectáculo que las columnatas sin fin de los altos y enormes troncos de las hayas, las oleadas de hojas mecidas por el viento, y las calles de colinas y de montañas uniformemente cubiertas de sus encinas seculares.

Solo de cinco en cinco, ó de seis en seis leguas, al bajar á algun valle algo mas ancho que los demas, y por donde corre un rio, se ven entre los árboles graciosas aldeas con sus casitas de madera blancas y nuevas, y una iglesita, que se estienden á la orilla del agua, en medio de verdes praderas y melonares. Los vecinos, sentados en divanes de madera delante de sus tiendas, trabajan en diferentes oficios; su fisonomía, aunque afable y bondadosa, tiene algo de septentrional, de enérgico, de altivo, que al instante recuerda un pueblo ya libre y digno de serlo:—en todas partes nos reciben con hospitalidad y respeto; — nos preparan la casa mejor del pueblo;—el cura sale á conservar con nosotros; — ya se empiezan á hallar en las casas algunos muebles de Europa; las mugeres no van tapadas; — se hallan en los prados y en los bosques cuadrillas de mancebos y de muchachos que salen juntos á la labranza y van entonando canciones nacionales que recuerdan el *ranz* de las vacas (1). Estas muchachas llevan una camisa muy ancha que les cubre el pecho y los hombros y un zagalejo corto de lana parda ó colorada; su frescura, su alegría, la limpidez de sus frentes, y de sus ojos las

(1) Bellísimo canto nacional de los pastores suizos, que Rosini ha insertado entre las melodías de su admirable *Guillermo Tell*.—N. del T.

hacen parecerse á las hermosas mugeres de Berna ó de las montañas de Lucerna.

Allí nos abandonan nuestros fieles compañeros de todos los konaks de Turquía; ya no vemos las cigüeñas cuyos anchos nidos, semejantes á cunas de juncos, coronan la cima de todas las mezquitas en la Turquía de Europa y sirven de techo á los minaretes derruidos; todas las tardes, al llegar á las aldeas ó á los kans desiertos, las veíamos rondar de dos en dos al rededor de nuestra tienda; los polluelos, sacando sus largos cuellos fuera del nido como una camada de serpientes, tienden el pico á la madre que, medio suspendida sobre sus anchas alas, les reparte su sustento que trae de los vecinos pantanos; y el padre, cerniéndose inmóvil á una grande altura encima del nido, parece que se recrea en contemplar aquel tierno espectáculo. Estas hermosas aves no son nada hurañas, antes bien son las centinelas del tejado, como los perros lo son del hogar; viven en paz con las bandadas de tórtolas que en todas partes blanquean las cimas de los kans y de las mezquitas, y no espantan á las golondrinas. Los turcos por su parte viven en paz con toda la creacion animada é inanimada; árboles, pájaros, perros, todo lo que es obra de Dios lo respetan, estendiendo su caridad hasta esas pobres especies abandonadas ó perseguidas entre nosotros. En todas las calles hay de trecho en trecho jarros llenos de agua para los perros del barrio, y muchas ve-

tes los turcos dejan en su testamento piadosas mandas para que se siga echando trigo á las tórtolas que ellos sustentaban en vida.

2 de Septiembre de 1833.

Esta mañana salimos de las eternas selvas de la Servia que descenden hasta la márgen del Danubio. El punto desde donde se empieza á ver eses rey de los rios es un cerro cubierto de soberbios robles; despues de haberle pasado, descubre uno á sus piés como un vasto lago de una agua azul y trasparente, acanalado entre arbolados y espadañas, y salpicado de verdes islas; siguiendo adelante se ve al rio estenderse á derecha é izquierda, lamiendo primero las altas y escarpadas costas de la Servia, y perdiéndose á la derecha en las llanuras de la Hungría. Las últimas pendientes de bosques que se deslizan hácia el rio son uno de los mas hermosos sitios del universo. Hacemos noche á la orilla del Danubio, en un pueblecito servio.

Al dia siguiente, dejamos de nuevo el rio durante cuatro horas de marcha. El país, como todos los países fronterizos, va presentándose árido, inculto, desierto; subimos hácia el Mediodia unos collados estériles desde donde descubrimos en fin, á Belgrado á nuestros piés. Belgrado, ciudad tantac

veces demolida por las bombas, está asentada en una ribera alta del Danubio.

Todo el pueblo está lleno de ruinas; y, semejante á todos los pueblos turcos, baja en estrechas y tortuosas calles hácia el rio. Semlin, primera ciudad de la Hungría, brilla al otro lado del Danubio con toda la magnificencia de una ciudad de Europa; los campanarios se alzan en frente de los minaretes. Cuando llegamos á Belgrado, y mientras estábamos descansando en una posada, la primera que hemos hallado en Turquía, el príncipe Milosch me envia algunos de sus principales oficiales para convidarme á ir á pasar algunos dias en la fortaleza donde él reside á pocas leguas de Balgrado.— pesisto á sus instancias, y encargo los barcos para pasar el Danubio.

A las cuatro bajamos hácia el rio; en el momento en que íbamos á embarcarnos veo un grupo de ginetes, vestidos casi á la europea, que acuden galopando hácia la playa;—era el hermano del príncipe Milosch, gefe de los servios, que venia de parte de su hermano á reiterarme sus instancias para que me detuviese con él algunos dias. Siento en extremo no poder aceptar una hospitalidad ofrecida con tan bondadoso empeño, pero mi compañero de viaje, M. de Capmas está gravemente enfermo hace algunos dias, y apénas puede sostenerse á caballo; es urgente para él hallar el sosiego y los recursos

que ofrecerá una ciudad europea, y el auxilio de los médicos de un lazareto. Hablo sobre media hora con el príncipe, que me parece hombre tan instruido como afable y bondadoso; s. ludo en él y en su noble nacion la cercana esperanza de una civilizacion independiente, y pongo por fin el pié en la barca que nos trasporta á Semlin.

La travesía es de una hora: el rio, ancho y profundo, tiene olas como el mar.

Luego se siguen las paredés y los vergeles que rodean á Semlin.

El 3 por la noche entramos en el lazareto, donde tenemos que pasar diez dias: cada uno de nosotros tiene una celdita y un patio con árboles. Despedido á mis tártaros, á mis camelleros y á mis dragomanes que se vuelven á Constantinopla; todos nos besan la mano con tristeza, y yo no puedo separarme sin ternura y gratitud de aquellos hombres sencillos y honrados, de aquellos fieles y generosos servidores que me han guiado, asistido y cuidado como verdaderos hermanos, y que me han probado, en las innumerables vicisitudes de diez y ocho meses de viages en suelo extranjero, que todas las religiones tienen su divina moral, todas las civilizaciones su virtud, y todos los hombres el sentimiento de lo justo, de lo bueno y de lo bello, grabado con diferentes caracteres en su corazon por la mano de Dios.

APUNTES

SOBRE LA SERVIA.

Lazareto de Semlin, 12 de Setiembre.

Apenas sale el viajero de esas selvas donde germina un pueblo nuevo y libre, siente no conocerle mas á fondo; deseara vivir y pelear con él por su naciente independencia, y busca con amor su origen, y el destino que le preparan sus virtudes y la Providencia. Nunca se me olvidará la escena de lagodina, donde en una cabaña de servios, admirábamos á una muger dando el pecho á dos niños gemelos, y á cuyos piés estaba por el suelo otro chiquillo jugando con el alfange de su padre. El pope y algunos de los principales vecinos del lugar puestos en corro en torno nuestro, nos hablaban con sencillez y entusiasmo de la prosperidad naciente de su nacion bajo aquel gobierno de libertad; de los bosques que se descuajaban: de las casas de

madera que se multiplicaban en los valles; de las muchas y pobladas escuelas que en todos los pueblos se abrian. Cada uno de ellos, alzando la cabeza por encima de los que estaban delante de él se mostraba orgulloso y contento de la admiracion que le manifestábamos; sus ojos brillaban animados, y su frente revelaba la noble altivez con que veian la gloria y la libertad de su patria. En aquel momento volvió del campo el marido de la hermosa serviana, en cuya casa estábamos hospedados, y acercándose á nosotros, nos saludó con aquel respeto y al mismo tiempo con aquella nobleza de modales que es natural en los pueblos agrestes; y mezclándose en seguida al grupo de aldeanos, se puso, como los demas, á escuchar la relacion que estaba haciéndonos el *pope* de los combates por la independenciam. Al llegar el narrador á la batalla de Niza y á la historia de las treinta banderas ganadas á un ejército de cuarenta mil turcos, por tres mil montañeses, se lanzó el recién entrado campesino fuera del círculo de los aldeanos y arrancando de los brazos de su muger á sus dos hermosos niños, alzó las manos al cielo y exclamó:

¡Hé aquí dos soldados de Milosch! Mientras sean fecundas las mugeres, habrá servios libres en las selvas de la Schamudia!

Semejante en esto á las primeras historias de todos los pueblos heróicos, la de este pueblo ecsiste solo en verso. La tradicion ha conservado aquí

aquellos cantos de entusiasmo nacional, nacidos en el campo de batalla, repetidos de fila en fila por los soldados, é introducidos en las aldeas al terminarse la campaña. Escritos luego por el cura ó por el maestro de escuela, estos cantos sencillos, pero vibrantes como el corazon de los guerreros, ó como la voz del padre de familias que saluda de lejos el humo que despide el tejado de su choza; estos cantos, digo, los acompañan por donde quiera, y acaban por ser la historia popular de la nacion. El príncipe Milosch ha hecho imprimir dos colecciones de ellos que se han repartido por las poblaciones rurales. Desde su infancia aprende el esclavon á leer en estos libros las hazañas de sus abuelos, y el nombre del libertador de la Servia queda para siempre impreso en su memoria. Mal puede someterse al yugo de la esclavitud el hombre que ha nacido y se ha formado en esta atmósfera. En medio de aquellas selvas vírgenes, en las hondas cañadas que nadie suponía habitadas mas que por fieras, he encontrado mas de una vez mancebos y doncellas que juntos iban entonando aquellos cantos nacionales de los que nos traducian nuestros intérpretes algunas palabras. Al vernos, interrumpian por un instante su canto para saludarnos y vernos desfilar; pero no bien habíamos desaparecido, proseguian su camino, y las sombrías bóvedas de robles seculares, las rocas en que se despeñaba el torrente, volvían á conmoverse y á

retumbar con los grandiosos ecos, y con los monótonos ritornelos de aquella gente, imágen de la felicidad de su tierra. ¿Qué dicen? pregunté un día al dragoman que comprendia su lengua. — Hospodar, me respondió, lo que dicen es tan necio, que no merece la pena de repetírselo á francos. — No importa, veamos, tradúzcame vd. literalmente las palabras que cantan en este momento. — Pues bien, dicen: “Bendiga Dios las aguas del Morawa, pues en ellas han perecido los enemigos de los servios, y multiplíquense las bellotas de las encinas de la Schumadia, pues cada uno de esos árboles es un servio.” — Y ¿qué quieren decir con esto? — Quieren decir, hospodar, que durante la guerra, los servios encontraban una muralla detras de cada tronco: que sus bosques eran y son aún sus fortalezas, y que cada uno de estos árboles es para ellos un compañero de combates. Por eso los quieren como á hermanos, por eso han maldecido miles de veces los viejos servios al príncipe Milosch, que los gobierna hoy, cuando hizo cortar tantos árboles para trazar, por medio de estas selvas, la laga carretera que seguimos. Derribar robles, decian ellos, es lo mismo que matar servios. En Servia el árbol es el amigo del hombre.

Al atravesar aquellos magníficos desiertos, en donde, despues de muchos dias de marcha, no distingue la vista, por do quiera que se esplaya, más que la uniforme y sómbría agitacion de las copas

de los robles que cubren los valles y los montes, verdadero océano de hojas, sobre el cual no descuella siquiera la aguda punta de una torre de alcázar ó de iglesia, al bajar de cuando en cuando á aquellas hondas cañadas donde mugia un torrente, donde la selva se abria un momento para dejar lugar á algunos campos bien cultivados, á algunas nuevas y lindas casas de madera, á algunos establecimientos para aserrar, ó á los molinos que se estaban construyendo á la orilla del rio; al ver aquellos innumerables rebaños, conducidos por tiernas y lindas y hasta elegantes pastoras, salir de aquellas inmensas columnatas de árboles, y volverse por la tarde á sus habitaciones; al ver á los muchachos salir de la escuela, al pope sentado en un banco de madera a la puerta de su linda casa, a los ancianos entrar para deliberar en la casa de ayuntamiento ó en la iglesia; créame trasportado al fondo de las selvas del norte de América, en el momento del nacimiento de un pueblo ó del establecimiento de una nueva colonia. Las fisonomías de aquellos hombres eran un vivo testimonio de la dulzura de sus costumbres, de la urbanidad de su antigua civilizacion, de la salud y del bienestar de aquel pueblo. El búlgaro es bondadoso y sencillo, pero, bien que dispuesto á emanciparse, se ve que pesa sobre él todavia un resto del yugo que no ha llegado á sacudir; en la actitud de su cabeza, en su acento y en la humilde resignacion de su mirada,

se ve algo que recuerda al turco; tambien recuerda al saboyano, á ese pueblo de los Alpes, bueno por escelencia, a quien nada falta para ser completo, mas que la dignidad de semblante y de palabra que hace resaltar todas las demas virtudes.

El servio, por el contrario, recuerda al suizo de los pequeños cantones donde las costumbres puras y patriarcales conservan en el semblante del pastor una armonía perfecta con la libertad, distintivo del hombre, y con el valor sereno que es el atributo del héroe.

Las muchachas de este pais se parecen á las hermosas mugeres de los cantones de Lucerna y de Berna: su trage es casi el mismo, — vestidos muy cortos y de colores vistosos, y el pelo trenzado colgando hasta los talones. Sus costumbres son puras como las de todos los pueblos pastores y religiosos; su lengua como todas las derivadas del esclavon, es armónica y cadenciosa. Entre los servios hay poca desigualdad de caudal; el bienestar es general; sus armas son sus únicos objetos de lujo; su gobierno actual es una especie de dictadura representativa. El príncipe Milosch, libertador de la Servia, ha conservado el poder discrecional que, por necesidad, habia reasumido durante la guerra. Proclamado, en 1829, príncipe de los servios, este pueblo le juró fidelidad á él y á sus sucesores. Los turcos, que aun conservan una parte

de la administracion y de las guarniciones de los castillos, han reconocido tambien al príncipe Milosch y se entienden directamente con él; él ha constituido un senado y asambleas deliberantes de distrito, que concurren á la discusion y á la decision de los negocios generales; el senado se convoca todos los años; los diputados de los pueblos se reunen en las inmediaciones del palacio del príncipe, y semejantes en esto á los hombres de los tiempos heróicos, celebran á la sombra de algun corpulento árbol, sus asambleas deliberativas. El príncipe baja del sillón donde está sentado, se adelanta hácia cada uno de los diputados, les hace preguntas, escucha sus contestaciones, toma apuntes de sus quejas ó de sus consejos, les habla de los negocios, les esplica con bondad su política, se justifica de las disposiciones que han podido parecer severas ó abusivas; todo se hace con la familiaridad noble y grande del hombre del campo que conversa con su señor, que no es mas que un patriarca labrador y guerrero. La idea de Dios preside á sus consejos como á sus combates; estos hombres pelean y gobiernan por sus altares como por sus selvas, al paso que la influencia del clero está limitada á las cosas de la religion. El principal influjo reside en los gefes militares, en esa aristocracia, á cuyos individuos llaman ellos weyvodes. La dominacion sacerdotal no empieza nunca sino cuando ha cesado el estado de guerra, y cuando el sue-

lo de la patria pertenece sin litigio al pueblo. Hasta entónces, la patria honra sobre todo á los que la han defendido, y solo despues confiere honores á los que la civilizan.

La poblacion de la Servia, que asciende en el dia á un millon de habitantes, aumenta con rapidez. La dulzura del clima, parecido al del Este de la Francia, la fertilidad de su suelo virgen y profundo, cubierto por todas partes de la vegetacion de las praderas de Suiza, la abundancia de rios y de arroyos que, bajando de los montes, y circulando por los valles, forman numerosos lagos en medio de las selvas, que desmontadas dejan, como en América, terrenos para el cultivo é inagotables materiales para las construcciones; las costumbres apacibles y puras del pueblo; leyes protectoras, vivo reflejo de nuestras mejores leyes europeas; los derechos de los ciudadanos garantizados por representantes locales y asambleas deliberativas: el poder supremo, en fin, concentrado en términos razonables, en las manos de un hombre digno de su mision, el príncipe Milosch, y trasmitiendo á sus descendientes todos estos elementos de paz, de civilizacion y de prosperidad, hacen esperar que antes de medio siglo ascenderá á muchos millones la poblacion de la Servia. Si, por su reunion con la Bosnia, con una parte de la Bulgaria y con las hordas belicosas de los montenegrinos, este pueblo llega á ser, como desea y espera, el núcleo de un

nuevo imperio esclavon, la Europa verá elevarse un nuevo estado sobre las ruinas de la Turquía; y cubrir las vastas y hermosas regiones que se estien den entre el Danubio, el Adriático y los altos Balkans. Si á esta fusion se resisten demasiado las diferencias de costumbres y de nacionalidad, se verá, en la Servia por lo menos, uno de los elementos para la federacion de estados libres ó de protectorados europeos, destinados á llenar el vacío que va á dejar, tanto en Europa como en Asia, la desaparicion del imperio otomano. Esto es cuanto puede pedir la política europea.

23 de Setiembre de 1833.

La historia de este pueblo debería cantarse, no escribirse, pues es un poema que dura todavía. Yo he recogido sus principales episodios, en el pais, de boca de nuestros amigos de Belgrada que vienen á visitarnos á la verja del lazareto. Sentados á la sombra de un tilo, sobre la yerba que dora el templado y hermoso sol de estos climas, al murmullo vecino de las rápidas ondas del Danubio, á la vista de las hermosas praderas y de las frondosas selvas que sirven de antemurales á la Servia por la parte de la Hungría; estos hombres de traje semi-oriental, de semblante varonil y apacible

como el de los pueblos guerreros, me cuentan con sencillez las hazañas en que han tomado parte. (1)

Bien que todavía jóvenes y cubiertos ya de heridas, parecen haber olvidado enteramente la guerra, y no se ocupan mas que en la instruccion pública, en las escuelas para el pueblo, en las mejoras rurales y administrativas, en los progresos que pueden hacerse en la legislacion; modestos y celosos aprovechan todas las ocasiones que se les presentan para perfeccionar sus instituciones nacientes; preguntan á los viajeros, los detienen á su lado el mayor tiempo posible, y recogen con avidéz quanto dicen estos hombres venidos de léjos como enviados por la Providencia; esto es lo que yo he podido investigar sobre la historia de estos últimos años.

Despues de los grandes alborotos suscitados por Passwanoglow, bajá de Widin, y terminados por la dominacion de los jenizaros, fué cuando por los

(1) Despues he tenido pormenores mas circunstanciados y auténticos sobre la historia moderna de la Servia, y debo á la bondad de un viajero que me ha precedido, y á quien he encontrado en Jafa, de Palestina á M. Adolfo de Caraman, la comunicacion de estas notas sobre la Servia, notas recogidas por él durante su residencia en el palacio del príncipe Milosch. A estas notas, mucho mas dignas que las mias de fijar la atencion del público, por el talento y la conciencia con que están redactadas, acompañaba una traduccion de la historia de los servios por un indígena de aquel pais.

años de 1804, se levantaron los servios contra sus tiranos; tres caudillos se reunieron en la parte central de la Servia, llamada la Schumadia, region inmensa cubierta de impenetrables selvas. El primero de estos caudillos era Kara Jorge, los otros dos Tanko-Kalisch y Vasso Tcharapitsch. Kara Jorge habia pertenecido á los Heiduks, que eran á los servios lo que los Kleptos á los griegos, una raza de hombres independientes y aventureros, que vivian en montes inaccesibles, y bajaban al menor indicio de guerra para tomar parte en las luchas de las facciones, y vivir como lo tenian por costumbre entre la sangre y el pillaje. A ejemplo de la Schumadia se insurreccionó todo el pais; cada canton eligió por su caudillo al mas valiente y considerado de sus Weyvodes, y estos, reunidos en consejo de guerra, confirieron á Kara Jorge el título de generalísimo. Este título le daba pocas atribuciones; pero el genio en tiempo de agitacion, prontó da la soberanía de hecho al hombre audaz. El valor no transige jamas con el peligro, y la obediencia al talento y al arrojo es el instinto de los pueblos.

Jorge Petrowistch, apellidado Kara ó Zrin, es decir Jorge el Negro, nació en 1765, en un lugar del distrito de Kragusewatz, de un simple labriego y pastor llamado Petroni. Otra tradicion, que nada tiene de verosimil, supone á Kara Jorge nacido en Francia. Niño todavía, Kara Jorge fué conducido por su padre á los montes de Tópoli. Malogra-

da la insurreccion de 1787, que el Austria debia haber apoyado, los insurgentes, perseguidos por los turcos y los bosnios, se vieron obligados á huir. Petroni y Jorge, su hijo, que habian ya peleado con valor, reunieron sus ganados, que eran su única riqueza, y se dirigieron hácia el Save, cuyas orillas pisaban ya, é iban por consiguiente á encontrar su salvacion en el territorio austriaco; cuando Petroni, anciano débil y mas apegado que su hijo al suelo de su patria, se volvió, y mirando los montes donde dejaba todas las huellas de su vida, sintió partírsele el corazon á la idea de alejarse de ellos, para pasar á un pais desconocido y sentándose en el suelo, conjuró á su hijo que se rindiese primero que espatriarse. Siento que mi memoria no me permita referir una á una las sentidas y pintorescas súplicas del anciano, tales cuales las cantan las estrofas populares de la Servia. Esta es una de aquellas escenas en que los naturales impulsos, tan vivamente sentidos y tan candorosamente expresados por el genio de un pueblo que no ha salido aún de la infancia, dejan atras á todas las invenciones del arte empleadas por los pueblos cultos. Páginas de esta sublimidad se ven solo en Homero y en la Biblia.

Enternecido por el dolor y las súplicas de su padre, no tardó Kara Jorge en hacer volver atras á sus gentes y á sus ganados. Consagrado al imperio de la obediencia filial, que es en los orientales

una segunda religion, doblaba la cabeza á la voz de su padre é iba triste á tomar de nuevo el camino que le conducia á la esclavitud porque no faltase la tierra de Servia á los huesos de Petroni, cuando oyeron voces y tiros, que les anunciaron la proximidad á que estaban de los bosnios y el inevitable suplicio que los aguardaba.

— Padre mio, dice Kara Jorge, decidíos; un solo instante nos queda, mi brazo os sostendrá, mi cuerpo os escudará contra las balas de los osmanlis; viviréis, y en el territorio de un pueblo amigo aguardaréis que luzcan mejores dias;—pero el inflexible anciano, que su hijo se esforzaba por llevarse consigo, resistia á todos sus esfuerzos, resuelto á morir en el suelo de su patria. Desesperado Kara Jorge, y no queriendo que el cuerpo de su padre cayese en poder de los turcos, hincó la rodilla en tierra, pidió al anciano su bendicion, le mató de un pistoletazo y le arrojó en el Save, en el que precipitándose él en seguida, pasó á nado á la orilla austriaca.

Poco tiempo despues volvió a entrar en Servia como sargento mayor de un cuerpo franco. Descontento de que se le hubiera escluido de una distribucion que se hizo de medallas de honor, abandonó aquel cuerpo, y se fué, como Heiduck, a los montes; reconciliado mas adelante con su gefe, le acompañó á Austria, firmada que fué la paz, y ob-

tuvo un destino de guarda bosque en el monasterio de Krushedal; pero cansado en breve de aquel género de vida, volvió a Servia, siendo gobernador de ella Hadgi-Mustafá. Dedicado desde aquella época à la vida pastoril, volvió sin embargo a tomar las armas siempre que se presentó ocasion de hacerlo.

Kara Jorge era hombre de alta estatura, de constitucion robusta, de fisonomía noble y franca. Cuando no estaba escitado por el vino, ni por el estruendo de los combates, ni por la contradiccion en las asambleas; se le veia a menudo pasar un dia entero sin proferir una palabra.

Casi todos los hombres que han hecho ó que están destinados a hacer grandes cosas, son pocos de palabras; conversan consigo mismos, mas bien que con los demas, y alimentándose con sus propias ideas, adquieren en estas conferencias íntimas la energía de inteligencia y de accion que es el distintivo de los hombres fuertes. Napoleon no dejó de ser taciturno hasta que empezó su decadencia. Defensor inflexible del órden y de la justicia, Kara Jorge mandó ahorcar a su propio hermano por haber atentado contra el honor de una doncella.

En 1806, cuando varios ejércitos penetraron en Servia al mismo tiempo, Bekir, bajá de Bosnia, é Ibrahim, bajá de Scútari, recibieron de la Sublime Puerta órden de dirigirse a aquella provincia con todas sus fuerzas. Bekir mandó dos cuerpos de

unos cuarenta mil hombres, é Ibrahim avanzó por el lado de Niza al frente de un ejército formidable. Kara Jorge, con fuerzas muy inferiores en número pero animadas por un patriotismo invencible, llenas de confianza en sus gefes, y protegidas por las selvas que ocultaban sus movimientos, rechazó todos los ataques parciales de Bekir y de Ibrahim. Deespues de haber derrotado cerca de Petzka à Hadgi-Bey, marchó contra el ejército principal, que se retiró sobre Schabez, el 8 de Agosto de 1806. En esta accion parecieron Kulmi y el anciano Mehemet; los restos del ejército huyeron en direccion de Schabez, y los Bosnios que quisieron pasar el Drina fueron hechos prisioneros. Kara Jorge, que no llevaba consigo mas que siete mil infantes y dos mil caballos, se dirige rápidamente contra Ibrahim Bajá que estaba asediando à Daligrad, ciudad serviana, defendida por otro gefe llamado Pedro Dobrinyas. Al saber su llegada envia Ibrahim á pedir entrar en conferencias, que se celebraron efectivamente en Smaraderewo, y cuyo resultado fué por de pronto la pacificacion de la Servia bajo condiciones ventajosas al pais. Esta paz no fué mas que uno de aquellos entreactos que dan un poco de respiro à la insurreccion, y que acostumbra insensiblemente à las naciones à aquella semi-independencia que pronto se trueca en impaciencia de libertad. Kara Jorge, que no habia licenciado sus tropas, porque las decisiones del Muf-

tí no habia ratificado las condiciones de Smaraderewo, no tardó en marchar sobre Belgrada, capital de la Servia, plaza fuerte sobre el Danubio, y en apoderarse de ella, de su ciudadela y de su guarnicion turca. Guseharez-Alí, que mandaba la ciudad, obtuvo de Kara Jorge permiso para ir á Widin, siguiendo el curso del Danubio. Soliman Bajá se quedó en la ciudadela; pero, habiéndose puesto en camino á principios de 1817 con doscientos jenizaros que le quedaban para ir á reunirse con los turcos, fué asesinado con su gente por la escolta misma que Kara Jorge le habia dado para proteger su retirada. No se acusa sin embargo á Kara Jorge de esta barbarie, efecto solo de la venganza de los servios contra la raza de los jenizaros, cuya feroz dominacion los habia acostumbrado á atrocidades de este género.

Estos triunfos obtenidos en la guerra de la independencia le valieron á la Servia una constitucion enteramente municipal. Los gefes militares, llamados weyvodes, habian instituido por todas partes autoridades civiles, y estos weyvodes estaban apoyados por una caballería compuesta de los jóvenes mas ricos, que no recibian sueldo alguno, pero que vivian á costa de sus gefes y dividian con ellos el botin. Algunos weyvodes contaban á su lado hasta cincuenta de aquellos jóvenes. Jacobo Nenadowitsch, Milenko, Dobrinyas, Ressava, y sobre todos ellos Kara Jorge, eran los caudillos mas nota-

bles. Un senado, compuesto de doce individuos elegidos por cada uno de los doce distritos, debía dirigir los intereses generales de aquella especie de confederacion armada, y servir de contrapeso á su usurpado poder. Este senado se mostró digno de su mision, regularizando la hacienda, arreglando las contribuciones, consagrando la del diezmo al pago de las tropas, y ocupándose en la enseñanza del pueblo con un celo y una inteligencia que desde luego indicaban un profundo instinto de civilizacion. A la enseñanza rutinera de los conventos sustituyeron escuelas populares en cada cabeza de distrito. Por desgracia aquellos senadores, en vez de estar investidos de su mision por el pais entero, no representaban mas que á los weyvodes, á cuya influencia estaban por consiguiente exclusivamente sometidos.

Otro cuerpo político deliberante, compuesto de weyvodes y de hospodares, entendia en los negocios mas importantes, y la soberanía porque se litigaba, estaba dividida entre esta corporacion y Kara Jorge. Todos los años, por Navidad, los weyvodes que la componian, se reunian en Belgrada, y allí, á vista de aquel caudillo, y en medio de los amaños en que estaban envueltos, conferenciaban de la paz, de la guerra, de la forma de gobierno, y de la cuota de los impuestos: allí rendian sus cuentas, y hacian reglamentos para la administra-

cion de la justicia. La existencia y las pretensiones de este cuerpo aristocrático fueron siempre un obstáculo para la emancipacion completa y el rápido desarrollo del destino de la Servia. La unidad es la condicion vital de un pueblo armado en presencia de sus enemigos; la independenciam necesita un déspota para plantearse; la libertad civil no se consigue sin cuerpos deliberantes. Mejor inspirados entónces, los servios elevando a Kara Jorge á mayor altura que á sus rivales, habrian concentrado todos los poderes en una sola mano. Bien conocian los hospodares que esta unidad era necesaria; pero cada uno de ellos deseaba que el gefe elegido fuese débil para poderle dominar, y de esta secreta idea se resintieron siempre las elecciones de los senadores. Estos esperaban que los hospodares les servirian para derribar á Kara Jorge, mientras él contaba con el senado para acabar con los hospodares. Así empezó la lucha sorda entre los libertadores de la Servia.

Mladen Milowanowitsch, el mas elocuente de los senadores, habia adquirido, por el ascendiente de su palabra, el derecho de discusion en los principales negocios del Estado. Rico desde el saqueo de Belgrada, y dueño del comercio exterior por las aduanas del Danubio, de que era arrendatario, equilibraba el influjo de Kara Jorge y de sus partidarios. Instigado por estos, el senado se conju-

ró contra Milowanowitsch, que lleno de ideas de venganza, se retiró á Doligrad, desde donde denunció á Jorge los sordos manejos que tramaban contra él los griegos y los rusos. Creyólo Kara Jorge, y volviéndole á llamar á Belgrada, resolvió hacer la guerra á los bosnios, en cuyo territorio entró, abriendo la campaña de 1809.

El mismo canto nacional esclavon que celebra el principio de la insurreccion, predice las desgracias que han desobrevener el dia en que se intente el paso del Drina y la invasion de la Bosnia. La prediccion del poeta fuè el oráculo de la Providencia; aquella campaña de Kara Jorge fuè una série de faltas, de desastres y de horrores. En vano, ayudado por los rusos, peleó Kara Jorge con su acostumbrado heroismo: sus soldados desanimados cedieron, y batido por los turcos en Komenitza, tuvo que ir á cubrir á Lagodina y la orilla izquierda del Morawa, y solo á un hábil movimiento de los rusos debió la conservacion de esta parte de su territorio.

Estos reveses aumentaron el celoso rencor de los weyvodes, que se atrevieron á atentar contra su poder el dia en que dejaron de verse sostenidos por el prestigio de la victoria. Jacob Nenadowitsch fuè el que dió el primer golpe á la fortuna de Kara Jorge, presentándose, el dia 1.º de Enero de 1810, á la cabeza de seiscientos jóvenes á caba-

llo, en el senado de que fué nombrado presidente. La influencia de la Rusia mantuvo sola durante algun tiempo la decadente autoridad de Kara Jorge, que avanzando entre tanto contra Churchid, bajá de Niza, que tenia á su mando treinta mil hombres, dió en la llanura de Warwarin una sangrienta batalla, en que tres mil servios, animados por la voz y por el ejemplo de su caudillo, arrollaron aquella inmensa multitud de turcos, obligándolos á replegarse y aun á meterse de nuevo en Niza. Desde allí, dirigiéndose hácia Lonitza, que sitiada por cuarenta mil otomanos y una formidable artillería, iba á sucumbir al poder de los sitiadores, logró con su denuedo y el de su gente obligar al ejército turco á levantar el sitio y a volver á pasar el Drina. Aquel momento fué el del apogeo de la gloria de Kara Jorge: gracias á él, la Servia, enteramente libre, estendia sus fronteras desde la isla de Poretsch, sobre el Danubio, hasta la confluencia de este rio sobre el Timok; pero la paz, mas funesta siempre que la guerra para los libertadores de un pais, vió pronto fermentar nuevos manejos y nuevas disensiones entre los gefes que el peligro comun reunia: Los hospodares quisieron debilitar el poder de Kara Jorge, con el objeto de destruirlo enteramente despues. Enterrado él a tiempo de la trama, la reprimió con energía y aprovechó aquella ocasion para promover en la dieta de 1811 una reaccion definitiva en su favor

La influencia de los hospodares y de los weyvodes recibió un golpe mortal, con la subdivision y la multiplicacion de sus gefes, que demasiado débiles para obrar aislados, quedaron reducidos á meros instrumentos fáciles de manejar, y que envidiosos por otra parte de la antigua superioridad de los weyvodes, se apoyaron, para echarlos abajo, en la autoridad del gefe supremo, á cuya fortuna unieron la suya propia.

Alteráronse, pues, las atribuciones del senado, que en lugar de concentrar todos los poderes, se dividió en dos asambleas, de las cuales una, compuesta de los individuos ménos influyentes, formó una especie de magistratura judicial, mientras la otra, asumiendo las funciones administrativas, quedó, digámoslo así, de ministerio de Kara Jorge. No es posible dejar de admirar en este grande hombre un instinto político tan hábil, como vasto y seguro era su golpe de vista militar. Llamando así y fijando á su lado, por medio de destinos honoríficos y lucrativos, aun á sus contrarios, los separaba de las poblaciones acostumbradas á obedecerlos y destruía por este medio su sediciosa oligarquía. ®

Una ley que condenaba á la pena de destierro á todo servio que se opusiese á esta constitucion de los poderes, obligó á Dobrinyas y á Milenko á refugiarse en Rusia. El casamiento de su hija con Miladen, uno de los mas poderosos partidarios de

Kara Jorge, atrajo á Nenadowitsch al partido del dictador.

Propuso por entónces el sultan á Kara Jorge reconocerle como hospodar de la Servia bajo la garantía de la Rusia, y en virtud de aquel reconocimiento, los turcos conservarían las fortalezas y las armas de los servios. Estas complicadas negociaciones duraron hasta 1813, época en que, no habiendo podido entenderse con la Puerta, Kara Jorge volvió á llamar á las armas á sus compatriotas.

—“Durante nueve años, les dijo, habeis vencido conmigo á vuestros enemigos; durante nueve años, habeis combatido sin armas y sin plazas fuertes; hoy sois dueños de ciudades, de murallas, de rios que os separan de los turcos; hoy teneis ciento cincuenta piezas de artillería, cuarenta puertas fortificadas y vuestras selvas, asilo inespugnable de vuestra libertad; teneis el apoyo de la Rusia; ¿podeis titubear?”

Mandados por el capitán Bajá de Widin se ponían en tanto los turcos en movimiento y aprovechándose de la victoria ganada por los franceses en Lutzen, acosaba el gran-visir á los bajás para que terminasen de una vez aquella larga lucha tan humillante para la Puerta. En Negotin diez y ocho mil turcos tenían sitiado á Welikó, á quien una bala de cañon dejó tendido sin vida en presencia de sus tropas, que dispersas y azoradas huían

por los pantanos hasta la isla de Potesch. Por el Sud, Curchid Bajá, al frente de un ejército numeroso, despues de poner en fuga á Mladen y á Sima, dos generales servios, iba á acamparse hasta al pié de los muros de Schabatz: nunca se habia visto la Servia reducida á tan grande aprieto. El entusiasmo de la independencía parecia ahogado bajo el peso de tantos reveses, y quizá tambien bajo el de tres años de paz y de disensiones intestinas. Su nacionalidad y su gloria se vieron eclipsadas á la vez y olvidando su fortuna y su patria el mismo Kara Jorge, sea que previendo una catástrofe tratase de conservarse para mejores tiempos, sea que agotado su heroismo, pensase en salvar su vida y sus riquezas, Kara Jorge mismo, digo, pasó al territorio austriaco con su secretario Jainki y tres de sus confidentes. Así se eclipsó para siempre aquel héroe de la Servir, para ir á morir en una ciudadela austriaca, en vez de encontrar entre su gente y en el suelo de su patria, que él habia sido el primero á sacar de su letargo, una muerte que hubiera inmortalizado su nombre! A la nueva de su fuga, se desbandó su ejército, y Esmeraderewo y Belgrada volvieron á caer en manos de los turcos. La Servia quedó convertida en bajalato, de que se hizo bajá y dueño su conquistador. Los senadores todos huyeron, y un solo hombre, un niño casi, el weyvode Milosch Obrenowitsch, fiel á la desesperada causa de la independencía, su-

blevó los distritos del Norte y trató de apoderarse de Osehiza; pero, abandonado por sus tropas, se vió en la necesidad de aceptar las proposiciones de los turcos. Los servios desarmados, se vieron reducidos á levantar con sus propias manos las fortificaciones que debian servir para oprimir al pais. La tiranía de los *spahis* desposeidos, se vengó de los nueve años de destierro á que los habia condenado el valor de los servios, aumentando para con ellos su insolencia y despotismo. El carácter nacional volvió sin embargo á templarse en aquella dura y vergonzosa esclavitud: el fuego de la insurreccion ardia entre las cenizas, y Milosh, que aguardaba con ansiedad el momento favorable, que no creia llegado aún, reprimia por sí mismo enérgicamente las prematuras tentivas de sus partidarios. La perfidia y la deslealtad del Kaya de Soliman Bajá pudieron mas sobre él en fin, que los consejos de la prudencia. Obtenida por Milosch una amnistía en favor de los insurgentes de Yagodina, los turcos, en vez de cumplir su palabra, hicieron acudir a Belgrada á los gefes de esta insurreccion, mandaron fusilar á ciento y cincuenta y empalar á treinta y seis de ellos. Milosch, presente á aquella bárbara ejecucion, sintió un profundo dolor y vió levantarse y oyó clamar contra él la sangre de las víctimas. Aperciéndose los turcos de su furor, y temiendo su venganza, le hicieron prisionero; pero no bien le prendieron, se escapó, salió de la ciudad fué á re-

fugiarse á los montes de Rudnick, donde reunió de nuevo á sus partidarios y la insurreccion cundió con la rapidez de la llama, por todos los bosques de la Servia.

Milosch, nacido en 1780, tuvo por madre á Wischnia, la cual estuvo casada dos veces, primero con Obren, de quien tuvo un hijo llamado Milan, y despues con Tescho, de quien tuvo varios, uno de los cuales fué Milosch. La pobreza de sus padres le obligó á pasar su niñez apacentando las vacadas que enviaban á los mercados de Dalmacia los comerciantes ricos del pais, y á entrar en seguida al servicio de su hermano materno, Milan, que comerciaba en ganados. Amábanse tan tiernamente estos dos hermanos, que Milosch tomó tambien el apellido de Obrenowitsch, hijo de Obren. El comercio de los dos hermanos prosperó, y ricos é influyentes en el momento de la primera insurreccion, tomaron parte en ella cada uno segun la naturaleza de su carácter. Sosegado y apacible, Milan se quedaba en la casa, y se ocupaba en la administracion del distrito, miéntras que, intrépido y bullicioso, Milosch peleaba á las órdenes de Kara Jorge.

Cuando cambió Kara Jorge la constitucion del pais, Milan, acusado de haber tomado partido contra él, fué fusilado por orden suya. A esta muerte de su hermano debió Milosch en gran parte su

fortuna y su actual nombradía. Lanzado por el deseo de vengarse en las filas de los descontentos, no quiso seguir á los caudillos que huyeron en 1813, y la atención se fijó naturalmente entónces en el único que habia quedado en el país.

El domingo de Ramos de 1815, Milosch, fugitivo de Belgrada, entrándose en la iglesia del Takowo, donde se hallaba reunido un considerable gentío, empieza á arengarle con aquella elocuencia natural que posee el esclavon, y con la omnipotencia de un sentimiento de desesperacion de que ya de antemano participan los que le escuchan. Empezaron las hostilidades y Milosch á la cabeza de algunos jóvenes de la caballería de su distrito y de mil montañeses, se apodera de una puerta defendida por los spahis, á quienes coge ademas dos piezas de artillería. A la primer noticia de esta victoria, vuelven los emigrados, los fugitivos salen de los bosques, los heiducks bajan de los montes, y todos atacan al kaya del bajá, que al frente de 10,000 turcos, habia ido imprudentemente á acamparse en los llanos del Morawa: el kaya muere en el combate, y su muerte siembra el terror en su campamento: los turcos huyen hácia Zienitza: Milosch les presenta una nueva batalla y obtiene una nueva victoria: el botin, las mugeres y la artillería del kaya quedan en poder de los servios. Alí Bajá sale de Belgrada con las tropas que le quedan y

marcha al encuentro de Milosch; pero pronto derrotado, se retira á Kiupra, protegido por una escolta que le da el mismo vencedor. Adem Bajá capitula tambien ignominiosamente, y encerrándose en Novibazan, recibe presentes de Milosch. El bajá de Bosnia, bajando de sus montes con un numeroso ejército de refresco, envía á Alí Bajá uno de sus generales, para atacar á Milosch en el Matschwai. Alí Bajá, cogido prisionero, es enviado por Milosch cargado de regalos para el gran visir. Los servios se mostraban ya dignos por su generosidad de la civilizacion en cuyo nombre combatian, y Milosch, tratando á sus enemigos como amigos futuros, bien veia que no habia llegado todavia para su patria el momento de aspirar á una independencia completa, y trabajaba por ajustar tratados que le fuesen favorables, en vez de deshonrarla con sangrientas ejecuciones de muerte.

Maraschli Alí Bajá se adelantaba hácia las fronteras de la Morawa. La division que felizmente reinaba entre este general y Curchid Bajá, gran visir ántes y á la sazón bajá de Bosnia, hacia que no concertas en sus planes, y que cada uno de ellos desease en secreto que fuese derrotado el otro para atribuirse á sí solo los honores de la victoria. Noticioso de aquellas desavenencia, no dejó Milosch de aprovecharse de ellas, y dirigiéndose en persona al campo de los turcos, tuvo con Curchid una entrevista, en la cual no pudieron avenirse. Milosch

queria que la Servia conservase sus armas, y el bajá aceptaba todas las condiciones á escepcion de esta, sin la cual eran las otras eventuales. Irritado Milosch, se levanta y va á montar á caballo, cuando á la voz de Curchid que manda que le prendan, se arrojan los jenizaros sobre él: pero Alí Bajá, á quien Milosch habia vencido y enviado con regalos al visir, se interpone animosamente entre los spahis y Milosch, y hace presente á Curchid que el general á quien quiere prender ha venido al campo bajo la fé de su palabra; que él se ha obligado por juramento á sacarle de allí sano y salvo, y que está resuelto á morir primero que á consentir que se atente contra la libertad del hombre á quien es deudor de la vida. Subyuga Alí Bajá con su entereza al visir y á sus soldados, y conduciendo fuera del campo á Milosch:—guardaos, le dice al despedirse de él, guardaos bien de confiar desde hoy en nadie, ni aun en vos mismo! Nosotros hemos sido amigos, y nos separamos hoy para no volvernos á ver.—Alejóse Milosch; las negociaciones entabladas mas tarde con Maraschli Alí Bajá, tuvieron un éxito mas feliz. Los servios obtuvieron que se les dejasen las armas, y los diputados enviados por ellos á Constantinopla, volvieron al cabo de un mes con un firman de paz, concebido en estos términos: "Así como Dios ha confiado sus súbditos al sultan, el sultan los confia á su bajá." El bajá se volvió á Belgrada, y los gefes servios

fueron á presentarle su sumision por el intermedio de Milosch. Las plazas fuertes quedaban en poder de los turcos. Los servios votaban sus contribuciones por sí mismos: la administracion estaba dividida entre los dos partidos; un senado nacional debia ir á Belgrada a establecerse cerca del bajá. Alí, querido de los servios, reemplazaria en Belgrada a Soliman, su enemigo, llamado a Constantinopla por el gran-señor. Poco duradero por su naturaleza, este estado de cosas debia originar rewertas inevitables. Milosch, que continuaba estando á la cabeza de su nacion, vivia en Belgrado al lado de Alí Bajá, como un vigilante centinela, siempre dispuesto á dar a su pueblo la señal de la resistencia ó del ataque.

Deseoso Alí de obtener con maña lo que no habia podido conseguir por la fuerza, se dirigió á Milosch conjurándole que hiciese que el pueblo depusiese las armas. Respondió Milosch que él y sus amigos estaban prontos á dejarlas, pero que era cosa imposible hacérselas abandonar al pueblo. Indignado el bajá, escitó contra él al presidente de la cancillería servia, llamado Moler, y al metropolitano Nickschitz, pero los guardias de Milosch se apoderaron en pleno consejo de estos dos conspiradores, y obligaron al bajá mismo a condenarlos, en virtud de su poder ejecutivo, a la pena capital. Esta debilidad del bajá aumentó la osadía de

los servios, cuyo gefe salió de Belgrada, y a fin de evitar los lazos de todo género que le tendian los turcos y sus rivales de la Servia, se encerró en el Topsischor, pueblo fortificado á media lagua de su capital. Asi mismo fueron decapitados dos weyvodes que en 1821 hicieron una nueva tentativa contra la autoridad y la vida de Milosch. Las sospechas que se esparcieron por el público de que el bajá habia sido el alma de aquellos manejos, aumentaron la animosidad, que ya ecsistia entre las dos naciones.

Ocupados y enervados los turcos con la represion de los insurgentes de la Albania y de los defensores de la independencia de la Grecia, la coyuntura parecia favorable para la concentracion del poder nacional en Servia. Los pueblos no conquistan su libertad sino personificándose en un caudillo; el interes y la gratitud les hacen mirar naturalmente el poder como una herencia de aquel que ha sabido crearlo y sostenerlo. La monarquía es el instinto de las naciones en su infancia; es como un tutor que dan a su independencia no muy sólida todavia. Este instinto se hacia sentir mas que en ninguna otra parte en Servia, donde no se conocian aun las formas republicanas, y aprovechándose de él, estendió Milosch su autoridad, restableció poco á poco la constitucion de Kara Jorge, y puso, entre el pueblo y él, la aristocracia de los *knevens*, encargados de la administracion del pais. Cada *kneven*

manda un *knev* ó provincia, y la mayor parte de los distritos tienen un *obar kneven*. Milosch los nombra, designándoles a su arbitrio territorio y atribuciones; y para quitar todo pretesto a esacciones injustas de su parte, les da un sueldo del erario público. En todos los pueblos ecsisten tribunales de primera instancia, y en Kraguzewatz un tribunal supremo, cuyos destinos provee Milosch.

La costumbre sirve de ley interin se redacta un código que se está preparando, y el derecho de fallar la pena de muerte reside esclusivamente en el gefe supremo del gobierno.

Por las manos de este, que lo pone en las del bajá, pasa el corto succidio que paga á la Puerta la Servia, y que no es otra cosa que un resto de su rescate, recuerdo de su antigua dependencia. El bajá, sombra vana de una autoridad que ya no ecsiste, no es mas que un centinela perdido de la sublime Puerta, colocado allí para observar la línea del Danubio y dar desde aquel centro sus órdenes á los turcos que ocupan las vecinas fortalezas.

En caso de guerra entre la Turquía y el Austria, los servios deben contribuir con un contingente de cuarenta mil hombres. El clero cuya influencia podia contrarrestar la de Milosch, ha perdido toda la preponderancia, perdiendo la administracion de la justicia, cometida hoy á los tribunales civiles. Los *popes* y los frailes pagan los mismos impuestos

y están sometidos á los mismos castigos corporales que el resto de la poblacion: los bienes de las mitras han sido sustuidos por sueldos fijos:—por estos medios está reconcentrado todo el poder en manos del gefe supremo. La civilizacion de la Servia se parece á la disciplina regular de un numeroso ejército, donde una sola voluntad es el alma de una multitud de hombres de todas clases y graduaciones. Esta actitud es necesaria en presencia de los turcos; el pueblo está siempre alerta y armado; el gefe debe ser un soldado absoluto.

Todavía quieren los turcos disputar á la Servia este estado de semi-independencia. Como el tratado de Akerman, firmado en 1827, no resolvía esta cuestion, se celebró en Kraguzewatz una dieta en que debia tomarse conocimiento de él.

“ Yo sé, dijo Milosch poniéndose en pié, que ha
 “ habido gentes, que descontentas del castigo que
 “ por orden mia se ha impuesto á algunos pertur-
 “ badores, me acusan de escesiva severidad y am-
 “ bicion de mando, siendo así que mi objeto no es
 “ otro que el de conservar la paz y la obediencia
 “ que ante todo ecsigen las dos cortes imperiales.
 “ Tambien se me imputa á crimen el impuesto
 “ que paga el pueblo, sin pensar cuanto cuesta la
 “ libertad que hemos conquistado, y cuanto mas
 “ cara todavía cuesta la esclavitud! Las compli-
 “ caciones de mi situacion habrian acabado ya con

“ un hombre débil, y solo armándome, por salva-
 “ ros, de una justicia inflexible, puedo llenar los
 “ deberes que me he impuesto para con el pueblo,
 “ con los emperadores, con mi conciencia y hasta
 “ con Dios.”

Concluido este discurso, redactó la dieta, presentó á Milosch, y despachó á la Puerta, un acuerdo en virtud del cual los servios, por el órgano de sus gefes, juraban obediencia eterna á su alteza el príncipe de Obrenowitsch y á sus descendientes. La Servia pagó entonces su deuda á Milosch: Milosch le devuelve hoy lo que ella hizo por él, dándole leyes sencillas como sus costumbres; pero impregnadas de las luces de la Europa. Semejantes á los legisladores que creaban pueblos en la antigüedad, Milosch envia jóvenes servios á viajar por todas las capitales de Europa, y á recoger datos sobre la administracion y la legislacion para aplicarlos á su pais: algunos extranjeros que forman parte de su corte le tienen al corriente de las lenguas y las artes de las naciones vecinas. La poblacion, pacificada y vuelta á las faenas de agricultura y del comercio, conoce el precio de la libertad que ha conquistado, y crece en número, en actividad y en virtudes públicas. La religion, única civilizacion de los pueblos que no tienen leyes civilizadoras, ha perdido una parte de sus abusos, sin perder nada de su influencia bienechora, la

educacion popular es el principal objeto de los desvelos del gobierno. El pueblo se presta con un instinto fanático à los esfuerzos de Milosch para hacerle digno de una forma mas adelantada de gobierno; parece como que comprendiendo que los pueblos ilustrados son los únicos que tienen la facultad de ser libres, anhela la ilustracion del suyo. Los poderes municipales preparan en los distritos la libertad de la que son el gérmen. Algunos infelices, desterrados por los turcos despues de la fuga de Kara Jorge, ó por Milosch, por haber conspirado con los turcos contra él, están á la verdad privados de su patria, pero cada dia que pasa, consolidando el órden y confundiendo las opiniones en un patriotismo unánime, vé acercarse el momento en que podrian volver, y reconocer la feliz administracion del héroe contra quien hicieron armas.

Levantándose, como sin duda se levantaria todo el país, á la voz de Milosch, no le seria difícil espulsar de él á los diez mil turcos que todavía ocupan sus plazas fuertes; pero la presencia de estos auxiliares allí, y su co-soberanía nominal, no ejerciendo sobre la Servia ninguna influencia perjudicial, y pudiendo por el contrario preservarla de las agitaciones interiores, y de las revueltas que inevitablemente le suscitarian los estrangeros silla vieses separada del imperio otomano, el príncipe Milosch, hábil político, prefiere este estado de cosas á las consecuencias de una nueva y prematura guerra. El

pueblo le agradece esta paz que le permite desarrollar su civilizacion interior, y nada teme por su verdadera independendencia, pues sus habitantes armados ocupan las ciudades y las aldeas del interior del país. El bajá reside en Belgrada, y Milosch, unas veces en Belgrada otras en su palacio á una milla de esta ciudad, y por lo comun en Kraguzewatz, donde, aislado de los turcos, ocupa el punto mas central de la Servia, y dónde, por su actitud guerrera, y por la naturaleza del país, se halla por otra parte á cubierto de toda sorpresa.

El príncipe Milosch tiene cuarenta y nueve años. El mayor de sus dos únicos hijos no pasa de doce. El futuro destino del imperio otomano decidirá del porvenir de esta familia y de este pueblo, que parece llamado por la naturaleza á tomar parte en los grandes acontecimientos que se preparan tanto en la Turquía de Europa como en el imperio asiático. Las canciones populares que el príncipe difunde por el pueblo, hacen á este entrever como cercana la gloria y la fuerza de la Servia, y de su antiguo y heróico rey Esteban Deschan. Las hazañas y las aventuras de sus *heiduks*, pasando de boca en boca, hacen pensar á los servios en la resurreccion de una nacion esclavona, de que ha conservado el gérmen, la lengua, las costumbres y las virtudes primitivas en las selvas de la Schumadia.

Cual yo, todo viagero se asociará á este deseo, á

esta e-peranza de los servios, y no se alejarà sin sentimiento ni bendiciones de aquellas inmensas selvas vírgenes, de aquellos montes, de aquellos llanos y rios que parecen estar brotando de las manos del Criador, y mezclar á la juventud de un pueblo la lozana juventud de la tierra. Al ver salir de los bosques, elevarse al borde de los torrentes, y estenderse cual largas cenefas amarillas las recién construidas casas de los servios; al oír el ruido de las sierras y molinos mecánicos, el tañido de las campanas nuevamente bautizada con la sangre de los defensores de la patria, y el canto, ora apacible, ora marcial de los mancebos y de las doncellas que vuelven de sus faenas campestres; al ver salir de las escuelas y de las iglesias de madera aun no cubiertas de tejados, largas filas de niños, con el acento de la libertad, de la alegría y de la esperanza en todas las bocas, y la juventud, y el ardor en todas las fisonomias; al considerar las inmensas ventajas físicas que asegura a sus habitantes esta tierra; el templado sol que la alumbra, los montes que le dan sombra y defensa; ese hermoso Danubio, que doblégándose para ceñirla, le permite llevar sus frutos al Norte y al Oriente; y en fin, ese mar Adriático que no tardaría en darle puertos y marina y en abrir por este medio sus relaciones con la Italia; cuando recuerda el viagero que al atravesar este pueblo, no ha recibido mas

que testimonios de benevolencia y saludos de amistad, que ninguna cabaña le ha pedido el precio de su hospitalidad, que por do quiera ha sido acogido como un hermano, escuchado como un sabio, consultado como un oráculo, y que sus palabras recogidas por la ávida curiosidad de los *popes* ó de los *knevens*, deben quedar, como una semilla de civilización en los pueblos por donde ha pasado; al ver, digo, al oír, al considerar, al recordar todo esto, no puede ménos el viagero de echar con amor una última mirada sobre las arboladas orillas, las mezquitas derruidas y las torres afligranadas de que se ve ya separado por el caudaloso Danubio, y de decirse à sí mismo al perderlas de vista:

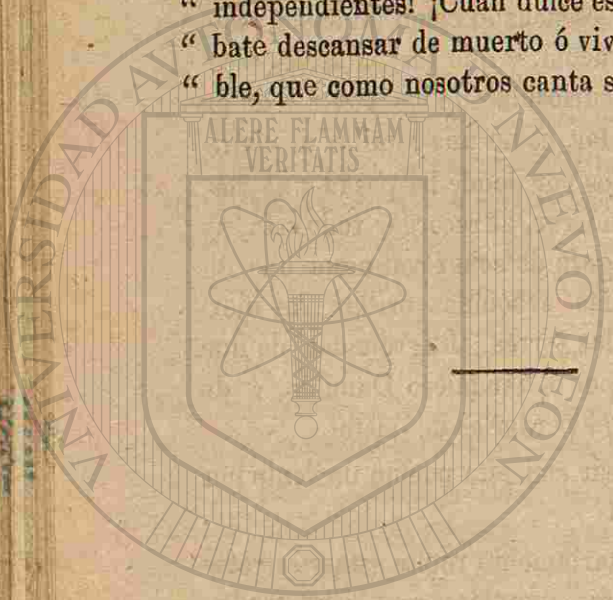
¡Yo quisiera pelear con este pueblo naciente por la fecunda libertad!

• Y luego involuntariamente repite estas estrofas de uno de los cantos populares que le ha traducido su dragoman:

“Cuando brilla el sol de la Servia en las aguas
 “ del Danubio, parece que arrastran las hojas de
 “ las cuchillas y los resplandecientes fusiles de los
 “ montenegrinos. ¡Cuanto es dulce sentarse á las
 “ orillas de este rio de acero que defiende à la Ser-
 “ via, y mirar pasar echas pedazos las armas de
 “ nuestros enemigos!

“El viento de la Albania que baja de los mon-
 “ tes y penetra en las selvas de la Schumadia pro-

“ duce en ellas ecos semejantes á los gritos del
 “ ejército turco en la derrota de la Morawa. ¡Cuán
 “ dulce es este mnrmullo á los oidos de los servios
 “ independientes! ¡Cuán dulce es despues del com-
 “ bate descansar de muerto ó vivo al pié de un ro-
 “ ble, que como nosotros canta su libertad!”



RELACION

DE LA

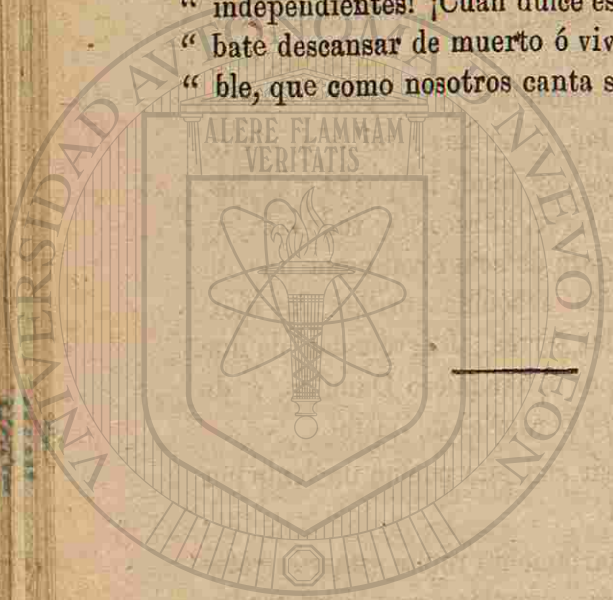
RESIDENCIA DE FATALLA SAYEGHIR

ENTRE LOS ARABES ERRANTES DEL DESIERTO.

Traducida bajo la direccion de M. de Lamartine.

Acampados en medio del desierto que se estien-
 de desde Tiberiade á Nazareth, hablando de las tri-
 bus árabes que habiamos encontrado durante el
 dia, de sus costumbres y de sus relaciones ya entre
 sí mismas, ya con los grandes pueblos que las ro-
 dean, tratábamos de descubrir el misterio de su
 origen, de su destino y de la admirable perseve-
 rancia del espíritu de raza que separa de las demas
 familias humanas á aquellas tribus, y las tiene,
 como á los judíos, no fuera de la civilizacion, sino
 en una civilizacion peculiar y tan inalterable como
 el granito. Cuanto mas he viajado mas me he ido

“ duce en ellas ecos semejantes á los gritos del
 “ ejército turco en la derrota de la Morawa. ¡Cuán
 “ dulce es este mnrmullo á los oidos de los servios
 “ independientes! ¡Cuán dulce es despues del com-
 “ bate descansar de muerto ó vivo al pié de un ro-
 “ ble, que como nosotros canta su libertad!”



RELACION

DE LA

RESIDENCIA DE FATALLA SAYEGHIR

ENTRE LOS ARABES ERRANTES DEL DESIERTO.

Traducida bajo la direccion de M. de Lamartine.

Acampados en medio del desierto que se estien-
 de desde Tiberiade á Nazareth, hablando de las tri-
 bus árabes que habiamos encontrado durante el
 dia, de sus costumbres y de sus relaciones ya entre
 sí mismas, ya con los grandes pueblos que las ro-
 dean, tratábamos de descubrir el misterio de su
 origen, de su destino y de la admirable perseve-
 rancia del espíritu de raza que separa de las demas
 familias humanas á aquellas tribus, y las tiene,
 como á los judíos, no fuera de la civilizacion, sino
 en una civilizacion peculiar y tan inalterable como
 el granito. Quanto mas he viajado mas me he ido

convenciendo de que las razas son el gran secreto de la historia y las costumbres. El hombre no es tan educable como pretenden los filósofos. La influencia de los gobiernos y de las leyes está muy lejos de obrar tan radicalmente como se cree sobre las costumbres y los instintos de un pueblo, al paso que la constitucion primitiva, la sangre de la raza, obra siempre y se manifiesta al cabo de miles de años en las formas físicas ó en los hábitos morales de la familia ó de la tribu. El género humano corre por rios y por arroyos al vasto océano de la humanidad, pero mezclando en él sus aguas lentamente, y á veces no mezclándolas y volviendo á salir, como sale al Ródano del lago de Ginebra, con el gusto y el color de sus aguas. Hé aquí un abismo de ideas y de meditaciones, y un gran descubrimiento para los legisladores. Todas las tentativas de mejoras hechas en el sentido de este espíritu de raza han surtido buen efecto, todas las que se han hecho contra esta predisposicion natural se han malogrado, pues la naturaleza tiene mas poder que ellos. Esta idea que no es la de los filósofos modernos, es sin embargo evidente para el viajero; y mas filosofia se aprende en cien leguas de caravana que en diez años de lecturas y de meditaciones. Contento de errar así á la aventura, sin mas ruta que mi capricho, por medio de desiertos y de países desconocidos, decia yo á mis compañeros y á M. Mazolier, mi dragoman, que á

hallarma solo y sin afecciones de familia, esa seria la vida que á mí me agradaria pasar. Mi deseo seria no dormir jamas dos dias seguidos en el mismo sitio, pasear mi tienda de campaña desde las orillas de Egipto hasta las del golfo Pérsico, no pensar por la noche mas que en la oscuridad, recorrer con la planta, con la vista y con el corazon todas aquellas tiendas desconocidas, todas aquellas castas de hombres tan distintas de la mia, contemplar bajo todas sus formas la obra admirable del Criador, la humanidad. Y para eso, ¿qué se necesita? algunos esclavos ó criados fieles, armas, un poco de oro, dos ó tres tiendas, y otros tantos camellos. El cielo de aquellos países es casi siempre templado y puro, la vida fácil y barata, la hospitalidad segura y pintoresca. Por mí, yo preferiria cien veces los años pasados así bajo diferentes cielos con huéspedes y amigos siempre nuevos, á la estéril y ruidosa monotonía de la vida de nuestras capitales. Mas dura es seguramente la vida de un hombre que vive en las sociedades de Lóndres ó de París que la del viajero que recorre todo el universo. El resultado de estas dos fatigas es sin embargo muy distinto; el viajero perece ó vuelve con un tesoro de ideas y de saber; el hombre sedentario de nuestras capitales envejece sin conocer y sin ver, y muere tan ignorante como el dia en que nació. Yo deseaba, decia yo á mi dragaman, atravesar esos montes, bajar el gran desierto de Siria; llegarme á algunas de

aquellas grandes tribus desconocidas que lo habitan, recibir allí la hospitalidad durante algunos meses, pasar luego á otras, estudiar los puntos de analogía y las diferencias que hay entre ellas, seguirlas desde los jardines de Damasco hasta las orillas del Eufrates, y á los confines de la Persia, descorrer el velo que encubre aun esa civilizacion del desierto, civilizacion de donde ha nacido y donde ha de volverse ha encontrar un dia el espíritu caballeresco; pero el tiempo nos falta; no veremos mas que las orillas de ese océano cuya estension nadie ha recorrido todavía. Ningun viagero hasta este dia ha penetrado en aquellas innumerables tribus que con sus tiendas y sus ganados cubren los campos que cultivaron los patriarcas; el solo hombre que lo intentó no existe ya, y con él se han perdido los apuntes que habia llegado á reunir en los diez años de su residencia entre aquellos pueblos: ese hombre era el señor de Lascaris.

Nacido en el Piamonte, de una de aquellas familias griegas que se trasladaron á Italia despues de la cónquista de Constantinopla, el señor de Lascaris era caballero de Malta cuando se apoderó Napoleon de esta isla. El señor de Lascaris, muy jóven todavía, le siguió á Egipto, se unió á su fortuna, quedó fascinado por su genio, fué uno de los primeros que comprendieron los grandes destinos que reservaba la Providencia á un jóven digno de

los tiempos de Plutarco, en una época en que todos los caracteres se hallaban gastados, debilitados ó corrompidos. Mas diré, comprendió que la grande obra que su héroe tenia que llevar á cabo, no era acaso la restauracion del poder en Europa, obra que la reaccion de las ideas hacia necesaria y por consiguiente fácil; presentia que el Asia ofrecia un campo mas vasto á la ambicion regeneradora de un héroe, que allí habia que conquistar, que fundar, que renovar muy mas en grande que en ninguna otra parte; que el despotismo, de corta duracion en Europa, seria largo y eterno en Asia; que el grande hombre que llevase allí la organizacion y la unidad haria mucho mas de lo que hizo Alejandro, mas que pudo hacer en Francia Bonaparte. Parece que el jóven guerrero de Italia, cuya imaginacion era luminosa como el Oriente, vaga como el desierto, inmensa como el mundo, tuvo con el señor de Lascaris conversaciones confidenciales sobre este particular, y lanzó su pensamiento como un relámpago hácia el horizonte que su destino le habria. No fué mas que un relámpago, y es lástima; es evidente que Napoleon era el hombre del Oriente y no el hombre de la Europa. Acaso se reirán de esto mis lectores, esto parecerá á muchos una paradoja, pero consúltese á los viageros. Bonaparte, de quien se quiere hacer hoy el héroe de la revolucion francesa y

de la libertad, no comprendió nunca esta é hizo abortar aquella. Las páginas todas de la historia lo probarán cuando se escriban bajo otras inspiraciones que las que la dictan hoy. Bonaparte ha sido la reaccion encarnada contra la libertad de la Europa, reaccion gloriosa, estrepitosa, brillante, pero nada mas. En prueba de esto, pregúntese que es lo que queda hoy en el mundo de Bonaparte sino es una página de batallas y otra de una inhábil restauracion. Nada en efecto, nada ha quedado de él mas que su nombre y su gloria militar.

En Asia hubiera removido á los hombres á millones, y hombre de ideas sencillas él tambien, habria con dos ó tres ideas elevado una civilizacion monumental que le habria sobrevivido mil años; pero cometióse el error. Napoleon escogió la Europa; solamente quiso dejar detras de sí un explorador que reconociese lo que allí habia que hacer, y que trazase el camino de la India para cuando se le abriese su fortuna: este explorador fué el señor de Lascaris. Partió con instrucciones secretas de Napoleon y con las sumas necesarias para su empresa, y fué á establecerse en Alepo para perfeccionarse allí en el idioma árabe: hombre de mérito, de talento y de luces, fingió una especie de monomanía para cohonestar su residencia en Siria y su obstinacion en relacionarse con todos los árabes que del desierto llegaban á Alepo, y al cabo de

algunos años de preparativos, acometió por fin su grande y peligrosa empresa. Recorrió con diversa suerte y bajo disfraces sucesivos, todas las tribus de Mesopotamia y del Eufrates, y volvió á Alepo, ufano con los conocimientos que habia adquirido, y con las relaciones políticas que habia preparado á Napoleon.

Pero miéntras llenaba el señor de Lascaris de este modo su mision, la fortuna derribaba á su héroe. Supo aquel la caida de Napoleon el dia mismo en que volvía á llevarle el fruto de siete años de esfuerzos y de peligros: este golpe inesperado fué mortal para él: paso á Egipto y murió en el Cairo, solo y desconocido, dejando por única herencia sus apuntes. Dícese que el cónsul inglés recogió estos preciosos documentos, que podian llegar á ser tan perjudiciales para su gobierno: mas no se sabe si los destruyó ó si los envió á Londres.

¡Qué lástima, decia yo á M. Mazolier, que lástima que se haya perdido para nosotros el resultado de tantos años y de tantos afanes!

—Algo queda de ellos, me respondió; yo conocí en Latakié, mi patria, á un jóven árabe que acompañó al señor de Lascaris en todos sus viages. Cuando murió este, volvió privado de todo recurso á casa de su madre, y ahora vive de lo que le produce un empleillo en las oficinas de un comerciante de Latakié, donde le traté; y recuerdo que mu-

chas veces me habló de un cuaderno de apuntes que escribió á instigacion de su patron en el curso de su vida nómade.

—¿Y cree vd., dije à M. Mazolier, que ese jóven consentiría en vendérmelos?

—Creo que sí, repuso; lo creo tanto mas cuanto muchas veces me ha manifestado deseos de ofrecérselos al gobierno francés, pero nada es tan fácil como cerciorarnos de ello; voy á escribir à Fatalla Sayeghir, que así se llama el jóven árabe. El tártaro de Ibrahim-Bajá le entregará mi carta, y tendremos la respuesta al volver à Saide.

—Hágame vd. el favor de encargarse de ese asunto, y puede vd. ofrecer por el manuscrito dos mil piastras.

Pasaron algunos meses àntes de que me llegase la respuesta de Fatalla Sayeghir, y de vuelta en Berut, envié á mi intérprete à Latakié à negociar directamente la adquisicion del manuscrito; aceptadas las condiciones y pagada la suma, M. Mazolier me trajo las notas árabes. Durante el invierno las hice traducir, con ímprobo afan, en lengua franca, y luego las traduje yo al francés, con lo que puedo ahora hacer disfrutar al público del fruto de un viage de diez años, que ningun viagero habia realizado hasta entónces. La suma dificultad de esta doble traduccion debe hacer disculpar el estilo de estas notas, tanto mas cuanto el estilo

importa poco en esta clase de obras, donde los hechos y las costumbres son todo. Tengo certeza de que el primer traductor no ha alterado cosa alguna, limitándose a suprimir algunas prolijidades y tal cual circunstancia que no era mas que una repeticion ociosa y que nada aclaraba.

Si esta relacion tiene interes para la ciencia, la geografia y la política, una sola cosa me quedará que desear, y es que el gobierno frances, a quien tan largos peligros y prolongados destierros estaban destinados a servir é ilustrar, manifieste una tardia gratitud al desgraciado Fatalla Sayeghir, cuyos servicios podrian hoy serle tan útiles. Lo mismo deseo para el jóven y hábil intérprete M. Mazolier, que ha traducido estos apuntes del árabe y me ha acompañado durante mis viages de un año por la Siria, la Galilea y la Arabia. Versado en el conocimiento del árabe, hijo de una madre árabe, sobrino de uno de los jeques mas poderosos y venerados del Líbano, habiendo recorrido ya conmigo todos estos paises, familiarizado con las costumbres de todas estas tribus, hombre de valor, de inteligencia y de probidad, adicto de corazon à la Francia, este jóven podria ser utilísimo al gobierno en nuestras escalas de Siria.

Hé aquí la relacion literalmente traducida de Fatalla Sayeghir.

RELACION
DE
FATALLA SAYEGHIR.

A la edad de diez y ocho años salí de Alepo, mi patria, con un fondo de géneros para ir à establecerme en Chipre, y como tuve bastante suerte en el primer año en mis operaciones mercantiles, les tomé afición y tuve la fatal idea de hacer para Trieste un cargamento de productos de la isla: al poco tiempo estuvieron embarcadas mis mercancías, que consistían en algodón, seda, vinos, esponjas y coquíntidas. El 18 de Marzo de 1809, mi buque, al mando del capitán *Chefalinati*, dió la vela, y ya calculaba yo los provechos de mi especulación, cuando en medio de mis dulces ilusiones me llegó la funesta noticia de haber sido apresado mi buque por una fragata de guerra inglesa, que lo llevó a Malta. Precisado por tamaña pérdida a declararame en quiebra, tuve que retirarme del comer-

cio, y completamente arruinado, dejé a Chipre para volverme a Alepo.

Pocos dias despues de mi llegada, comí en casa de un amigo mio con varias personas, entre las cuales habia un extranjero muy mal vestido, pero á quien todos sin embargo hacian mucho acatamiento. Despues de comer tuvimos un poco de música, y habiéndose sentado junto a mí aquel extranjero, me dirigió la palabra con afabilidad: hablamos de música, y despues de una conversacion bastante larga, me levanté para ir a preguntar su nombre, y supe que se llamaba el señor *Lascaris* de *Vintimille*, y que era caballero de Malta. Al dia siguiente le ví entrar en mi casa con un violin en la mano.

—“ Hijo mio, me dijo al entrar, ayer noté cuan “ aficionado sois a la música; ya os considero como “ à hijo mio, y os traigo un violin que os ruego “ acepteis.”

Recibí con sumo placer aquel instrumento, que hallé muy de mi gusto, y le dí las mas espresivas gracias; despues de dos horas de una conversacion muy animada, durante la cual me hizo mil preguntas sobre toda especie de cosas, se retiró, pero volvió al dia siguiente, y así continuó sus visitas por espacio de quince dias: luego me propuso que le diese lecciones de árabe, de una hora por dia, por las cuales me ofreció cien piastras mensuales.

Acepté con gusto aquella ventajosa proposicion, y á los seis meses de leccion ya empezaba a hablar y a leer el árabe muy regularmente. Un dia me dijo:

—“ Hijo mio (pues así me llamaba siempre)
 “ veo que teneis una aficion decidida al comercio,
 “ y como deseo pasar algun tiempo con vos, quie-
 “ ro ocuparos de un modo que os sea agradable.
 “ Ahí teneis dinero; comprad algunos géneros de
 “ los mas estimados en Homs, en Hama y en sus
 “ cercanías, los llevarémos a esos puntos adonde
 “ van pocos tratantes, y ya vereis como hacemos
 “ buenos negocios.”

El deseo de no separarme del señor Lascaris, y la persuacion de que aquella empresa nos seria ventajosa, me hicieron aceptar su proposicion sin titubear, é inmediatamente empecé, en vista de una nota que me dió, a hacer las compras, que consistian en los siguientes géneros: lienzo colorado, ambar, corales en rosarios, pañuelos de algodón, pañuelos de seda negra y de color llamados *cafiés*, camisas negras, alfileres, agujas, peines de box y de hueso, sortijas, bocados para caballos, brazaletes de vidrio y otras baratijas de esta materia, a todo lo cual añadimos productos químicos, especias y drogas. Por todos estos géneros pagó el señor Lascaris once mil piastras ó dos mil *talaris*.

Cuantas personas de Alepo me veian comprar

estas mercancías, me decian que el buen Lascaris se habia vuelto loco, y efectivamente su trage y sus modos le hacian pasar por tal.—Llevaba una barba larga y mal peinada, un turbante blanco y muy sucio, un mal balandran ó *gombaz* con una chaqueta por encima, un cinturon de cuero y zapatos colorados, sin medias: cuando se le hablaba, hacia como que no entendia lo que se le decia. Pasaba la mayor parte del dia en el café, y comia en el bazar, cosa que no hacen nunca las personas decentes. Estas extravagancias tenian un objeto, como mas adelante supe, pero los aue no le conocian, le creian tocado de la cabeza. Por lo que a mí toca, me parecia muy cuerdo y sensato; sobre todo discurria bien, y en suma, tenía por un hombre superior. Un dia, cuando todas nuestras mercancías estuvieren encajonadas, me hizo llamar para preguntarme qué decian de él en Alepo.

—“ Dicen, le respondí, que estais loco.

—“ Y a vos, qué os parece? repuso.

—“ A mí me parece que sois muy cuerdo y muy instruído.

—“ Espero probároslo con el tiempo, me dijo; pero para eso es preciso que os obligueis a hacer cuanto os mande, sin replicar ni preguntar-me la razon; obedecerme en todo y por todo; en fin, esijo de vos una obediencia ciega, y creed que no tendréis por qué arrepentiros de ello.”

Luego me dijo que fuese a comprarle mercurio, y así lo hice inmediatamente; mezclóle con grasa y otras dos drogas que yo no conocía, y me aseguró que ciñéndose el cuello con un hilo de algodón empapado en aquella mezcla no había que temer las picaduras de los insectos. Díjeme entre mí que no había bastantes insectos en Homs ó en Hama para escigir semejante preservativo, y que por consiguiente sin duda le destinaba para algun otro país; pero como acababa de prohibirme que le hiciese ninguna observacion, me contenté con preguntarle qué dia partiríamos para ajustar con tiempo à los camelleros.

—“Treinta dias os doy, me respondió, para divertirlos; mi caja está a vuestra disposicion; divertíos bien, gastad cuanto querais,—no os andeis en reparos.”

—Esto es, dije para mi capote, que quiere que me despida de este mundo;—pero el tierno afecto que ya entonces le profesaba pudo mas que esta reflexión; no pensé mas que en lo presente, y aproveché el plazo que me concedia para divertirme bien; pero ¡oh! el tiempo del placer pasa pronto. Cumplióse el plazo, y aprovechando la ocasion de una caravana que iba a Hama, el juéves 18 de Febrero de 1810 salimos de Alepo y llegamos a la aldea de Saarmin, al cabo de doce horas de marcha: al dia siguiente salimos para Nuarat el Nahaman, lindo pueblecito a seis horas de camino,

famoso por la salubridad del aire y la bondad de sus aguas, y patria de un célebre poeta árabe llamado Aboul el Hella el Maari, ciego de nacimiento. Este poeta aprendió a leer y a escribir por un método muy singular: metiase en un baño de vapor mientras que con agua de nieve le trazaban sobre la espalda el dibujo de los caracteres árabes. Cítanse de él muchos rasgos de admirable sagacidad, y entre otros este:—hallándose en Bagdad, en casa de un kalifa a quien siempre estaban ponderando el aire y el agua de su país, hizo traer el kalifa agua del rio de Nuarat, y sin avisarle, se la dió a beber, y habiéndola el poeta reconocido al instante, esclamó:—Esta es en efecto su agua límpida; pero ¿donde está su aire tan puro?... Volviendo ahora à nuestra caravana, detúvose dos dias en Nuarat para asistir a una feria que se celebraba allí todos los domingos; fuimos à pasearnos por ella, y entre el gentío perdí de vista al señor Lascaris; despues de haberle buscado por largo rato, acabé por descubrirle en un rincón apartado del concurso, hablando con un beduino muy andrajoso. Preguntéle con sorpresa qué placer hallaba en la conversacion de semejante personage, no pudiendo ni entender su árabe ni hacerle entender el suyo. “El dia en que tengo la dicha de hablar con un beduino, me respondió, es uno de los mas felices de mi vida.”

—“En ese caso, repuse, muchos dias felices ten-

“ dreis, porque continuamente hallaremos a esa
“ casta de gentes.”

Hízome comprar tortas y queso, y se los dió á Hettal (que así se llamaba el beduino), quien se despidió de nosotros dándonos las gracias. El 22 de Febrero salimos de Naurat el Nahaman, y al cabo de seis horas de camino llegamos á Khrau Chelkhria; luego al dia siguiente, al cabo de nueve á Hama, ciudad considerable, donde á nadie conocíamos y para donde no llevaba el señor Lascaris ninguna carta de recomendacion. Pasamos la primera noche en un café, y alquilamos al dia siguiente un cuarto en el khan de Asshad bajá. Estaba yo abriendo los fardos y preparando las mercancías para la venta, cuando me dijo el señor Lascaris con muestras de vivo enojo:

“ ¡No teneis en la cabeza mas que vuestro miserable comercio! ¡Si supierais cuantas cosas mas útiles é interesantes hay que hacer! En vista de esto, no pensé en vender nada, y me fuí á recorrer el pueblo. Al cuarto dia paseándose solo el señor Lascaris, penetró hasta el palacio que está arruinándose, y habiéndole examinado atentamente, tuvo la imprudencia de empezar á tomar sus dimensiones: cuatro vagamundos que estaban jugando en secreto bajo unos arcos rotos, se precipitaron sobre él, amenazándole con denunciarle como culpado de querer extraer tesoros ocultos é in-

troducir *giaours* en el palacio. Con un poco de dinero todo su hubiera arreglado; pero el señor Lascaris se defendió y escapándose á duras penas, fué á buscarme, y aun no habia acabado de contarme su aventura, cuando vimos entrar dos satélites del gobierno con uno de los delatores. Apoderáronse de la llave de nuestro cuarto, y nos llevaron consigo haciéndonos andar á palos como unos machoches. Llegado que hubimos á presencia del muzlin Selim Beik, conocido por su crueldad, nos interrogó en estos términos: “ ¿De qué pais sois?

—“Mi compañero es de Chipre, le respondí y yo de Alepo.

—“Qué motivo os trae á esta tierra?

—“Hemos venido á comerciar.

—“Mentís; hay quien ha visto á vuestro compañero ocupado en el palacio tomando medidas y levantando planos, y eso no puede tener otro fin que el de apoderarse de un tesoro ó entregar la plaza á los infieles.” Luego, volviéndose á las guardias: “Llevad, ñadió, esos dos perros al calabozo.” No se nos permitió decir una palabra mas; cuando llegamos á la cárcel, nos pusieron gruesas cadenas en los piés y al cuello y nos encerraron en un oscuro calabozo, donde estábamos tan estrechos que ni siquiera podíamos volvernos. Al poco tiempo obtuvimos luz y pan mediante un *talarí*; pero la inmensa cantidad de pulgas y otros

insectos que infestaban la prision nos impidieron pegar los ojos en toda la noche: apenas tenemos alientos para pensar en los medios de salir de aquel horrible sitio. Al fin me acordaré de un escritor cristiano, llamado Selim, á quien conocia de reputacion por hombre servicial; soborné á uno de nuestros sayones, que fué á buscarle, y al dia siguiente Selim arregló felizmente aquel negocio, mediante un regalo de sesenta *talari*s al muzlim y de unos sesenta piastras á sus dependientes: á este precio obtuvimos nuestra libertad. Aquel encarcelamiento nos proporcionó la ventaja de conocer á Selim y á otras muchas personas de Hama, con las cuales pasamos unos veinte dias muy agradablemente. Le ciudad es hermosísima; el Oronte la cruza y la alegra y anima; sus abundantes aguas fertilizan una multitud de jardines. Los habitantes son amables, discretos y vivos; gustan de la poesía y la cultivan con buen écsito: se les ha dado el nombre de pájaros que hablan, nombre que los caracteriza muy bien. Habiendo pedido el señor Lascaris á Selim una carta de recomendacion para un hombre de mediana condicion de Homs, que pudiese servirnos de guía, nos escribió el siguiente billete:

“ A nuestro hermano Yacub, salud. Los dadores
 “ de la presente son buhoneros, y pasan á vuestro
 “ pueblo para vender sus mercancías en las cercanías
 “ de Homs; asistidlos en cuanto podais, y

“ vuestro afan no será perdido, pues son hombres
 “ de bien. Salud.”

Muy contento el señor Lascaris con esta carta, quiso aprovecharse de una caravana que pasaba á Homs. Salimos el 25 de Marzo, y llegamos al cabo de seis horas de camino á Rástain, que ya no es en el dia mas que el resto de una antigua ciudad considerable, donde nada merece particular atencion. Continuamos nuestro camino, y al cabo de otras seis horas estábamos en Homs. Yacub, á quien entregamos nuestra carta, nos recibió perfectamente y nos dió de cenar: su oficio era hacer capas negras, llamadas *machlas*. Despues de cenar, algunos hombres de su condicion vinieron á hacerle compañía, á tomar café y á fumar.

Uno de ellos, cerrajero, llamado Naufal, nos pareció muy inteligente: hablónos de los Beduinos, de su modo de vivir y de guerrear, y nos dijo que pasaba seis meses del año en sus tribus para componerles las armas, y que tenia muchos amigos entre ellos. Cuando nos quedamos solos, el señor Lascaris me dijo que aquella noche habia visto á todos [sus parientes, y como yo le manifestase mi asombro de que hubiese vintimilles en Homs:

—“El encuentro de Naufal, me dijo, es mas precioso todavia que el de mi familia entera.” Ya era tarde cuando se retiró, y el dueño de la casa nos dió un colchon y una manta para los dos. El

señor Lascaris nunca había dormido con nadie; pero por bondad insistió para hacerme dormir con él; por no contrariarle me eché á su lado; pero apenas apagó la luz, me embocé en mi *manchlas* y pasé la noche tendido en el suelo. Al día siguiente al despertarnos, nos hallamos ambos acostados del mismo modo. El señor Lascaris había hecho lo mismo que yo: "Muy buena señal es, me dijo abrazándome, que ambos hayamos tenido la misma idea, hijo mio, pues tengo sumo gusto en darte este título, que no dudo te agrade tanto como á mí." Díle las gracias por el interés que me manifestaba, y salimos juntos para ir á suplicar á Naufal que nos acompañase por todo el pueblo, y nos enseñase todas sus curiosidades, prometiéndole indemnizarle de la pérdida de su jornal. La población de Homs es de 8,000 almas; el carácter de los habitantes es en un todo opuesto al del de los de Hama. La ciudadela, situada en el centro de la ciudad, está medio arruinada; un brazo del Oronte baña las murallas, bien conservadas: el aire es muy sano.

Compramos, por cuarenta piastras, dos pellizas ó zamarras de pieles de carnero semejantes á las de los beduinos, que son impermeables. Para estar con mas libertad, alquilamos un cuarto en el Khan, y suplicamos á Naufal que se quedase con nosotros, obligándonos á darle lo que hubiera ga-

nado trabajando en su tienda, esto es, sobre tres piastras diarias. Utilísimo nos fué: el señor Lascaris le hacia mil astutas preguntas, y obtenia de él cuantos indicios deseaba, haciéndole esplicar las costumbres, los usos y el caracter de los beduinos, su modo de recibir á los estrangeros y de portarse con ellos. Treinta dias nos detuvimos en Homs, para aguardar la época de la vuelta de los beduinos, que por lo comun dejan las cercanías de esta ciudad hácia el mes de Octubre para dirigirse á mediodia, siguiendo siempre el buen tiempo, el agua y los pastos, caminando un dia y descansando cinco ó seis. Unos van así hasta Basora y Bagdad, otros hasta Chatt el Arab, donde se reunen el Tigris y el Eufrates. En el mes de Febrero empiezan á volver hácia la Siria, y á fines de Abril se les ve en los desiertos de Damasco y de Alepo. Naufal nos dió todos estos informes y nos dijo que los beduinos hacian gran uso de pellizas semejantes á las nuestras, de *machlas* negros, y sobre todo de *cafiés*; por lo tanto el señor Lascaris me hizo comprar veinte pellizas, diez *machlas* y cincuenta *cafiés* de que hice un fardo: esta compra ascendia á 1.200 piastras.

Habiéndonos propuesto Naufal ir á visitar la ciudadela, el temor de una aventura como la de Hama nos hizo titubear al principio; pero mediante su palabra de que no nos sucederia ningun fracaso y de que respondia de nosotros, aceptamos y

fuimos con él á ver aquellas ruinas situadas en la cumbre de un cerro, en medio de la ciudad. Este castillo ó alcázar está mejor conservado que el de Hama; en él observamos una gruta escondida y profunda, de la cual salia un caudaloso manantial; el agua se escapa por un boquete de cuatro pies sobre dos, y se precipita por entre barras de hierro, por un segundo boquete. Esta agua es excelente:—contáronnos una antigua tradicion que dice que habiéndose cerrado una vez el paso de aquellas aguas, llegó seis meses despues una diputacion de Persia, que mediante una crecida suma dada al gobierno, obtuvo que se destaparia la abertura y no podria volverse á obstruir en lo sucesivo. Ahora está prohibido y es muy dificil entrar en esa gruta.

De vuelta en la posada, preguntóme Jeque Ibrahim si tomaba apuntes de lo que habiamos visto y de lo que nós habia sucedido desde nuestra salida de Alepo, y habiéndole respondido que no, me pidió que le hiciese y procurase recordar lo pasado, llevando un diario puntual de todo, en árabe, para que él pudiese luego traducirlo al francés. Desde entónces empecé á tomar apuntes que él copiaba todas las noches, y me devolvía al dia siguiente: ahora los reuno con la esperanza de que puedan ser útiles algun dia y proporcionarme una ligera compensacion de mis afanes.

Habiéndose decidido el señor Lascaris á salir para la aldea de Sadding, instè á Naufal á acompañarnos, y reuniéndonos á algunas otras personas, salimos de Homs con todas nuestras mercancías. Al cabo de cinco horas de camino, atravesamos un ancho arroyo que corre del Norte al Mediodía hacia al castillo de Hasné: este castillo mandado por un agá, sirve de punto de parada á la caravana de la Meca cuando viene de Damasco. El agua de este arroyo es excelente, y de ella llenamos nuestras odres, precaucion necesaria, porque no vuelve á hallarse agua en las siete horas de camino que hay que andar para llegar á Sadding, á donde llegamos al anochecer. Naufal nos llevó á casa del jeque Hassaf-Abou-Ibrahim, anciano venerable, padre de nueve hijos, todos casados, y que habitan bajo el mismo techo. Recibiéonos perfectamente, y nos presentó toda su familia, que se componia de sesenta y cuatro personas. Habiéndonos preguntado el jeque si queriamos establecernos en el pueblo, ó viajar por otros países, le dijimos que éramos comerciantes; que, como la guerra entre las potencias habia interrumpido las comunicaciones por mar con Chipre, habiamos querido establecernos en Alepo; pero que habiendo hallado en esta ciudad comerciantes mas ricos que nosotros, nos habiamos decidido á llevar nuestras mercancías á puntos menos frecuentados, esperando así sacar

mejor partido de ellas. Cuando supo en qué consistían nuestras mercancías:

“Esos objetos, nos dijo, no sirven mas que para los árabes del desierto; siento decíroslo; pero os será imposible llegar hasta ellos, y aun cuando pudiérais lograrlo, correríais riesgo de perderlo todo y aun la vida, porque los beduinos son codiciosos y muy osados; querrán apoderarse de vuestras mercancías, y si oponéis la menor resistencia, os asesinarán de cierto. Sois personas de honor y delicadeza, y os será imposible soportar su grosería; os hablo así por puro interés por vosotros, porque yo tambien soy cristiano. Creedme, abrid aquí vuestros fardos, vended cuanto podíais y volvedos en seguida á Alepo, si quereis conservar vida y hacienda.”

Acababa apenas de decirnos esto, cuando los principales vecinos del pueblo, reunidos en su casa para vernos, empezaron a contarnos historias tremendas: uno nos dijo que un buhonero, que venia de Alepo é iba al desierto, fué saqueado por los beduinos y se volvió en cueros: otro supo que un mercader de Damasco habia sido asesinado: todos estaban acordes sobre la imposibilidad de penetrar entre las hordas de los beduinos, y procuraban, por todos los medios posibles, disuadirnos de tan arriesgada empresa. Ya veia yo al señor Lascarís irse turbando; volvióse hácia mí y me dijo en italiano, para que no lo entendieran los otros:

—“*¿Cosa dite di questa novità, che mi ha molto scoragito (1)?*”

—“No creo, le respondí, en todas esas historias, y aun dado que fueran ciertas, todavía deberíamos perseverar en nuestro proyecto. Desde que me habeis anunciado vuestra intencion de ir entre los beduinos, he renunciado á la esperanza de volver á ver mi patria, considerando los treinta dias que me concedísteis en Alepo para divertirme, como mi despedida del mundo. Considero nuestro viage como una verdadera campaña, y el que parte para la guerra, si está bien resuelto, no debe pensar en la vuelta. No nos desalentemos; aunque Hasaf es un jeque (2), tiene esperiencia y entiende bien los intereses del gobierno de su pueblo, no puede tener ninguna idea de la importancia de nuestros asuntos, por lo cual soy de parecer de que no se le vuelva á hablar de nuestro viage al desierto, y de que pongamos nuestra confianza en Dios, que es el gran protector del universo.”

Estas palabras produjeron su efecto en el señor Lascarís, quien me dijo abrazándome tiernamente:

—“Querido hijo, pongo toda mi esperanza en Dios y en tí; veo que eres hombre resuelto; es-

(1) ¿Qué decis de esa novedad, que me ha desanimado mucho?

(2) Anciano.

“ toy contentísimo de tu entereza de carácter, y espero conseguir mi objeto con ayuda de tu valor y de tu constancia.”

En seguida fuimos á acostarnos, igualmente satisfechos uno de otro. Empleamos el dia siguiente en recorrer el pueblo, que contiene sobre doscientas casas y cinco iglesias: los vecinos, cristianos siriacos, fabrican *machlas* y *abas* negros, y se ocupan muy poco en el cultivo de la tierra, para el cual les falta agua; en todo el pueblo no hay mas que una fuentecilla, que apenas basta para regar los jardines, cosa absolutamente necesaria donde la lluvia es tan rara:—hay años en que no llueve ni una sola vez. Las cosechas del territorio bastan apenas para seis meses, y lo restante del año los vecinos tienen que recurrir á Homs. En medio del pueblo se alza una torre antigua de una altura prodigiosa, y que data de la fundacion de una colonia, cuya historia nos contó el jeque: sus fundadores eran oriundos de Trípoli de Siria, donde todavía ecsiste su iglesia. En los tiempos mas florecientes del imperio de Oriente, los griegos, llenos de orgullo y rapacidad, tiranizaban á los pueblos conquistados: el gobernador de Trípoli ejercia contra los habitantes todo linage de insultos y atrocidades; y estos, poco numerosos para resistir, y no pudiendo ya tolerar aquel yugo, se concertaron en número de trescientas familias,

y habiendo reunido en secreto cuantos objetos de valor podian llevarse, partieron con sigilo á media noche, fueron á Homs, y de allí se dirigian hácia el desierto de Bagdad, cuando los alcanzaron las tropas griegas que el gobernador de Trípoli habia enviado en su seguimiento, y contra las cuales sostuvieron un reñido y sangriento combate; pero harto inferiores en número para vencer, y no queriendo á ningún precio sufrir de nuevo la tiranía de los griegos, entraron en negociacion y obtuvieron el permiso de construir una aldea en el sitio mismo del combate, obligándose á ser tributarios del gobernador de Trípoli. Estableciéronse pues en este sitio, que está á la entrada del desierto, y llamaron á su aldea Saddad (obstáculo.)

Esto es cuanto dice la crónica siriaica.

Los habitantes de Saddad son valientes y mansos de condicion. Abrimos nuestros fardos y pasamos algunos dias con ellos para probar que éramos verdaderamente mercaderes:—las mugeres nos compraron mucho lienzo de algodón colorado para hacer camisas; no nos ocupó mucho la venta; pero tuvimos que aguardar la llegada de los beduinos á los cercanías. Un dia, habiendo sabido que ecsistia á cuatro horas del pueblo, una ruina considerable y muy antigua en la que se hallaba un baño de vapor, nuestra curiosidad, y deseoso el señor Lascaris de visitarla, suplicó al jeque que nos diese

una escolta. Despues de cuatro horas de camino hácia el sudeste, llegamos al centro de una gran ruina donde ya no hay mas que una sola estancia habitable: su arquitectura es muy sencilla; pero las piedras son de un tamaño prodigioso. Al entrar en aquella estancia, vimos una abertura de dos pies cuadrados de donde salia un denso vapor; tiramos por ella un pañuelo, y en un minuto y medio, con el reloj en la mano, volvió á salir y cayó á nuestros pies. Hicimos el mismo experimento con una camisa, y al cabo de diez minutos, volvió á subir como el pañuelo; nuestros guias nos aseguraron que un *machlas*, que pesa diez libras, saldria del mismo modo.

Nos desnudamos, nos pusimos al redeedor del boquete, y á pocos instantes ya estábamos cubiertos de un abundante sudor que nos corría por el cuerpo; pero el olor de aquel vapor era tan insoporable, que no pudimos aguantarle por mucho tiempo: al cabo de media hora nos volvimos á vestir, experimentando un indecible bienestar. Dijéronnos que aquel vapor era efectivamente muy saludable y curaba un gran número de enfermedades:—de vuelta en el pueblo, cenamos con gran apetito y no me acuerdo de haber disfrutado nunca un sueño mas delicioso.

Como nada nos quedaba por ver en Saddad ni en las cercanías, resolvimos ponernos en camino

para la aldea de Corietain, y cuando hablamos de esto á Naufal, nos aconsejó que mudásemos de nombres, pues los nuestros podrian hacernos sospechosos á los beduinos y á los turcos: desde entónces el señor Lascaris tomó el nombre de jeque Ibrahim el Cabressi (el Chipriota) y me dió el de Abdalla el Knatib, que significa el escritor.

Diónos el jeque Hasaf una carta de recomendacion para un cura siriano, llamado Mousi, nos despedimos de él y de nuestros amigos de Sabdad, y nos pusimos en camino muy de madrugada. Al cabo de haber andado cuatro horas, llegamos entre las dos aldeas Mahin y Haurin, situadas á diez minutos una de otra; no tienen cada cual mas que unas veinte casas, la mayor parte arruinadas por los beduinos, que vienen de cuando en cuando á talarlas. En el centro de estas aldeas se halla una alta torre de construccion antigua: los vecinos todos musulmanes, hablan el lenguaje de los beduinos y se visten como ellos. Despues de haber almorzado y llenado nuestras odres, continuamos nuestra marcha por espacio de seis horas, y hácia el anochecer llegamos á Carietain, á casa del cura Mousi, que nos ofreció la hospitalidad:—al dia siguiente nos llevó á casa del jeque Selim-el-Dahase, sugeto muy apreciable, que nos recibió perfectamente, y que cuando supo el motivo de nuestro viaje, nos hizo las mismas observaciones que el jeque de Saddad. Respondímosle que conociendo

toda la dificultad de nuestra empresa, habiamos renunciado á avanzar hasta el desierto, contestándonos con ir hasta Palmira á vender nuestras mercancías.

“Eso es todavía mas difícil, repuso, por que los “beduinos pueden encontrarnos y saquearnos,” y entónces empezó á contarnos mil cosas tremebundas de los beduinos; y como el cura confirmaba lo que nos decia el jeque, estábamos á punto de desanimarnos, cuando sirvieron el almuerzo, con lo que se mudó la conservacion y tuvimos tiempo para reponernos de nuestra pavora.

El jeque Selim es uno de los que están obligados á proveer á las necesidades de la caravana de la Meca, juntamente con el jeque de Palmira; su contingente consiste en doscientos camellos y en provisiones de boca. De vuelta en nuestra casa, jeque Ibrahim me dijo:

“Y qué piensas, hijo mio, de todo lo que acaba de decirnos jeque Selim?”

“No hay que hacer mucho caso, le respondí, de lo que cuentan los vecinos de estos pueblos, siempre en guerra con los bēduinos, pues no deben ser muy amigos. Nuestra posicion es muy distinta; nosotros somos comerciantes, vamos á vender nuestras mercancías á los beduinos y no hacerles la guerra; portándonos bien con ellos, no veo el menor riesgo para nosotros.” Estas palabras le tranquilizaron un poco.

Pocos dias despues de nuestra llegada, para sostener nuestro papel de mercaderes, abrimos nuestros fardos en la plaza, en medio del pueblo, delante de la puerta del jeque, y vendí algunos objetos á las mugeres, que me pagaron en dinero. Los ociosos se reunian al rededor de nosotros para hablar; uno de ellos, muy jóven, llamado Hesaisoun-el-Kratib, me ayudaba á recibir el dinero y á ajustar las cuentas con las mugeres y los muchachos, mostrando el mayor celo por mis intereses. Un dia, hallándome solo, me preguntó si era capaz de guardar un secreto.

“Mirad á lo que os obligais, me dijo; se trata “de un secreto que no hay que confiar á nadie, “ni aun a vuestro compañero.” Díle mi palabra de guardarle, y me dijo que a una hora del pueblo, habia una gruta en la que se hallaba una tinaja llena de zequies, y me dió uno de ellos asegurándome que no podia servirse de aquella moneda que no corria en Palmira.—“Pero vosotros, continuó, “que vais de pueblo en pueblo, podreis cambiarla fácilmente; vosotros teneis mil medios, que á mí me faltan, de aprovecharos de ese tesoro; sin embargo, no quiero daros el total, aunque deo el repartimiento a vuestra generosidad. Vendreis conmigo a reconocer los sitios, trasportaremos ese oro poco a poco en secreto, y me daréis mi parte en moneda corriente.”

En vista del zequí dí crédito a lo que me decia, y le cité fuera del pueblo para la mañana siguiente muy temprano.

Levántome ántes de rayar al alba y salgo como para pasearme. A pocos pasos del pueblo hallo á Hesaieoun que me estaba aguardando, armado con una escopeta, un sable y dos pistolas.

Yo no llevaba por única arma mas que mi larga pipa; anduvimos cosa de una hora; ¡con qué impaciencia buscaba yo con los ojos la gruta! Al fin la veo, y pronto entramos en ella; miro por todos lados buscando la tinaja, y como no la veo, me vuelvo á Hesaieoun:

—“¿Dónde está la tinaja?” le dije.

Púsose muy pálido y me respondió:

—“Sánete que ya ha llegado tu última hora: ya hubieras muerto si no hubiera temido manchar con sangre tus vestidos. Antes de matarte quiero despojarte; con que así desnúdate y dame tu saco de dinero, pues sé que le traes contigo, debe contener mas de mil doscientas piastras que yo mismo he contado, que es el precio de las mercancías que has vendido. De aquí no saldrás vivo.

—“Perdóname la vida, le dije con ademán suplicante, y te daré una suma mayor que la que contiene mi saco, y te juro que a nadie hablaré de lo que aquí ha pasado.

—“No puede ser, me respondió; esta gruta ha de servirte de sepultura; no puedo dejarte la vida sin esponer la mia.”

Juréle mil veces que callaria, le propuse firmar un pagaré de la suma que él mismo fijase; pero nada pudo disuadirle de su horrible intento. En fin, cansado de mi resistencia, deja sus armas junto á la pared y se arroja sobre mí como un leon para robarme ántes de matarme. De nuevo le suplico diciendo:

—“¿Qué daño te he hecho? ¿qué enemistad existe entre nosotros? ¿No sabes que está cercano el dia del juicio? ¿que Dios pedirá cuenta de la sangre inocente?

Pero su empedernido corazon nada escucha.... Pienso entónces en mi hermano, en mis parientes, en mis amigos; creo ver presentes a todos los objetos de mi amor, y, desesperado, no pido proteccion mas que a mi Criador. ¡Oh Dios mio! ¡protector de los inocentes! ¡Dadme fuerzas para resistir!.....

Mi asesino, impaciente, me arranca mis vestidos..... Aunque era mucho mas alto que yo, Dios me dió fuerzas paea luchar contra él durante cerca de media hora; la sangre corria por mi rostro; mis vestidos estaban hechos pedazos. El infame, viéndome en aquel estado, toma el partido de ahogarme, y levanta el brazo para asirme el cue-

llo; aprovecho el momento de libertad que me deja aquel movimiento para darle, con los dos puños un golpe en el estómago, tiro boca arriba, y cogiendo sus armas, salgo de la gruta corriendo a todo correr; apenas creía en la dicha de verme salvo pocos momentos despues oí correr detras de mí;— era mi asesino, que me llamaba rogándome que le aguardase con tono muy pacífico. Como yo llevaba todas las armas, no temí pararme un momento y volviéndome hácia él:

—“Malvado, le dije, ¿qué me quieres? Has intentado asesinar me en secreto, y tú eres el que vas á ser ahorcado públicamente.”

Respondióme, asegurándolo con juramento, que todo aquello no habia sido mas que una broma, que habia querido probar mi valor y ver como me defenderia.

—“Pero, añadió, veo que eres un niño, pues tanto te formalizas.”

Respondí, apuntándole con la escopeta, que si daba un paso mas le disparó un tiro: viéndome resuelto á hacerlo, huyó con direccion al desierto, donde el jeque Ibrahim, el cura y Naufal empezaban á estar cuidadosos por mi ausencia: el primero, sobre todo, sabiendo que yo no solia alejarme sin avisarle, fué, despues de haberme esperado dos horas, á casa del jeque, quien, participando de su inquietud, puso á todo el pueblo en mi busca. En fin, Naufal, viéndome esclama:

—¡Aquí está!

Selim cree que se engaña, y aun cuando me acerqué á ellos, apenas me conocian. El señor Lascaris vueia hácia mí y me abraza llorando; casi no puedo hablar; me llevan a casa del cura, me lavan las heridas y me meten en la cama; al cabo cobré aliento para contar mi aventura. Selim envió unos cuantos ginetes en persecucion del asesino, dando a su negro el cordon con que debia ahorcarle; pero volvieron sin haber podido alcanzarle, y pronto supimos que habia entrado al servicio del bajá de Damasco. Desde entonces no volvió á parecer por Corietain.

Al cabo de pocos dias mis heridas empezaban á cerrarse, y pronto recobré las fuerzas. Jeque Selim, que me habia cobrado mucho cariño, me trajo un catalejo descompuesto, diciéndome que seria hombre muy hábil si lograba componérsele. Como todo lo que habia que hacer para ello era poner un vidrio, le compuse sin dificultad, y tan contento quedé de mi maña que me dió el dictado del industrioso.

Poco tiempo despues, supimos que los beduinos se acercaban á Palmira y ya se veian algunos hasta por las cercanías de Corietain. Un dia llegó uno llamado Selame Hasan: en casa de Selim estábamos cuando entró; trajeron el café y mientras

le tomábamos, varios vecinos vinieron á ver al jeque y le dijeron:

—“Hace ocho años, en tal sitio, Hasan mató á un pariente nuestro; venimos á pedir justicia contra el matador.”

Hasan negaba el hecho y preguntaba si habia testigos.

—“No los hay, respondieron; pero se te ha visto pasar solo por tal camino y poco despues hallamos muerto en él á nuestro pariente; sabemos que mediaban entre vosotros motivos de rencor, luego es seguro que tú eres su asesino.”

Hasan seguía negando, y el jeque, que temia mucho á los beduinos, y que ademas no tenia pruebas positivas contra él, cojió un pedazo de palo y dijo:

—“Por el que creó esta vara, jura que no has matado á su pariente.”

Cogió Hasan el palo, le estuvo mirando algunos instantes y bajó los ojos; luego levantando la cabeza hacia los acusadores:

—“No quiero, dijo, tener dos crímenes sobre el corazón, uno el de ser matador de este hombre, y otro el de jurar en falso delante de Dios. Yo he sido el homicida de vuestro pariente: ¿qué quereis por precio de su sangre? (1)” El jeque

(1) Segun las leyes árabes, el homicidio se redime con dinero, fijándose la suma con arreglo á las circunstancias.

El jeque, por consideracion á los beduinos, no quiso proceder con todo el rigor de las leyes, é interesándose en la negociacion de los presentes, decidióse que Hasan pagaria trescientas piastras á los deudos del muerto. Cuando se le pidió esta suma respondió que no la llevaba consigo; pero que la traeria á los pocos dias, y como no querian dejarle salir sin fianza:

—“No tengo fianza que dar, añadió; pero aquel cuyo nombre no he querido profanar con un juramento en falso, responderá por mí.”

Partió y á los cuatro dias volvió trayendo quince carneros que valian mas de veinte piastras cada uno. Este rasgo de buena fé y de generosidad nos encantó y nos sorprendió al mismo tiempo. Deseamos trabar conocimiento con Hasan; jeque Ibrahim le convidó á ir á su casa, le hizo algunos regalos y por este medio nos hicimos amigos íntimos. Díjonos que era de la tribu El-Amur, cuyo caudillo se llama sultan el Brrak: esta tribu, compuesta de quinientas tiendas, se considera como parte de la poblacion del pais, porque no deja las orillas del Eufrates cuando emigran las otras tribus. Vende carneros, camellos y manteca en Damasco, Homs, Hama, &c. Los vecinos de estos diferentes pueblos suelen tener un interés en sus rebaños.

Un dia dijimos á Hasan que queriamos ir á Palmira á vender los géneros que nos quedaban,

pero que nos habian atemorizado con los peligros del camino, y habiéndose él ofrecido à conducirnos, estendió delante del jeque un billete por el cual salia responsable de cualquier accidente que pudiera ocurrirnos. Persuadidos de que Hasan era hombre de honor, aceptamos su proposicion.

Ya habia llegado la primavera; el desierto, poco antes tan árido, se habia cubierto repentinamente de una alfombra de verdura y flores. Este espectáculo encantador nos movió à acelerar nuestra partida: la víspera depositamos en casa del cura Mousi una parte de nuestras mercancías, para no escitar la atencion ni la codicia. Naufal deseaba volverse à Homs, por lo que el señor Lascaris le despidió dándole una buena recompensa, y al dia siguiente, despues de haber ajustado à algunos camelleros con sus camellos, nos despedimos de los vecinos de Corietain, y habiéndonos provisto de agua y víveres para dos dias, salimos muy de mañana, llevando una carta de recomendacion del jeque Selim para el jeque de Palmira, llamado Ragial el Oruk.

Al cabo de diez horas de camino, en la direccion del Levante, nos paramos junto à una torre cuadrada, muy alta y de construccion muy maciza, llamada Caser el Surdan, en el territorio de Dawh. Esta torre, construida en tiempo del imperio griego, servia de puesto avanzado contra los persas

que venian à llevarse cautivos à los habitantes de este pais: este antemural del desierto ha conservado su nombre hasta nuestros dias. Despues de haber admirado su arquitectura, que es de una buena época, nos volvimos à pasar la noche en nuestro pequeño Khan, donde pasamos mucho frio. Por la mañana, cuando nos disponiamos à partir, el señor Lascaris, poco acostumbrado todavia à los movimientos de los camellos, monta sin cautela en el suyo, que levantándose de improviso, le tira al suelo.

Acudimos à él y nos pareció que se habia deslocado un pié; pero como no queria detenerse, despues de habérsele vendado lo mejor que pudimos, volvimos à ponerle en su cabalgadura y proseguimos nuestro camino. Dos horas hacia caminábamos, cuando vimos alzarse à lo léjos una polvareda que venia hácia nosotros, y pronto pudimos distinguir seis ginetes armados. Apenas los divisó Hasan, se quita la pelliza, coje su lanza y echa à correr hácia ellos, gritándonos que nos estemos quedos: cuando los alcanzó, les dijo que éramos unos mercaderes que íbamos à Palmira, y que se habia comprometido delante del jeque de Selim y de todo el pueblo, à llevarnos hasta ese punto con seguridad; pero aquellos beduinos, de la tribu El Hasné, sin querer escuchar nada, se precipitan sobre nosotros; Hasan parte à escape para cortarles el camino;

ellos quieren rechazarle y se traba la pelea. Nuestro defensor era conocido por su denuedo; pero sus adversarios eran igualmente animosos. Por espacio de media hora sostuvo su choque; pero al cabo, herido de una lanzada que le atraviesa el muslo, se retira hácia nosotros, y pronto cae de su caballo. Los beduinos quieren despojarnos; entónces Hasan, tendido en el suelo, chorreándole la sangre de su herida, los apostrofa en estos términos:

—“¿Qué haceis, oh amigos míos? osais violar los
 “ derechos de los árabes, los usos de los beduinos?
 “ Esos hombres á quienes despojais son mis her-
 “ manos, les he empeñado mi palabra, he respon-
 “ dido de cuanto pudiera sucederles, y los robais!
 “ Es eso obrar con honor?”

—“¿Por qué te has comprometido á llevar á unos
 “ cristianos á Palmira? le respondieron: ¿no sabes
 “ que Mehanna el Fadel (el jeque de su tribu) es
 “ el gefe del país? ¿Cómo no le has pedido per-
 “ miso?”

—“Ya lo sé, repuso Hasan, pero estos mercade-
 “ res tenían prisa, y Mehauna está lejos de aquí.
 “ Les he empeñado mi palabra; conocen nuestras
 “ leyes y nuestras usanzas, que nunca cambian.
 “ ¿Es digno de vosotros violarlas, despojando á
 “ esos estrangeros, ydejándome herido de este mo-
 “ do?”—Al oír esto, cesaron los beduinos en sus
 violencias y respondieron:

—“Todo lo que dices es cierto y muy justo, y
 “ pues es así, no tomaremos á tus protegidos mas
 “ que lo que quieran darnos.”

Apresurámonos á ofrecerles dos machlas, una pelliza y cien piastras, con lo que se contentaron y nos dejaron proseguir nuestro camino. Hasan sufría mucho de su herida, y como no podía volver á montar á caballo, le dí mi camello y tomé su yegua. Todavía caminamos cuatro horas; pero cuando se puso el sol, tuvimos que hacer alto en un sitio llamado Waddi el Nahr (valle del rio), pero en el que sin embargo no se hallaba ni una gota de agua, y nuestras odres estaban vacías; el ataque de por la mañana nos habia retrasado tres horas, y era imposible ir mas léjos aquel dia. A pesar de lo mucho que teníamos que sufrir, todavia nos considerábamos muy dichosos de haber escapado de manos de los beduinos y haber conservado nuestros vestidos, que nos guarecian un poco de un viento frio que se hacia sentir de un modo harto desagradable: en fin, divididos entre la alegría y el dolor, aguardamos con impaciencia las primeras horas del dia. Jeque Ibrahim sufría de su pié, y Hasan de su herida; por la mañana, despues de haber acomodado á nuestros enfermos lo mejor que pudimos, proseguimos nuestro camino, siempre hácia el Levante. A cinco cuartos de hora de Palmira, hallamos un arroyo subterráneo, cuyo manan-

tial es enteramente desconocido, igualmente que el sitio donde se pierde: se ve correr el agua por unos boquetes de sobre cinco piés, que forman unas especies de estanques. Escusado es decir el placer con que bebimos: el agua nos pareció escelente.

A la entrada de un desfiladero formado por la conjuncion de dos montañas, vimos en fin la célebre Palmira. Este desfiladero forma por espacio de un cuarto de hora un ingreso á la ciudad; á lo largo de la montaña, por el lado de medio dia, se estiende, cosa de tres horas, una muralla antiquísima. En frente, á la izquierda, se ve un antiguo castillo llamado *Co Lat Ebn Maaen*, construido por los turcos antes de la invencion de la pólvora. Este *Ebn Maaen*, gobernador de Damasco, en tiempo de los califas, construyó este castillo para cerrar á los persas la entrada en Siria. Luego llegamos á una espaciosa plaza llamada Waddi el Cabuur (valle de las sepulturas): los sepulcros que le cubren aparecen de léjos como torres: cuando nos acercamos, vimos que en él habian dispuesto nichos para recibir á los muertos: cada nicho está cerrado por una losa, en el que está grabado el retrato del que le ocupa. Las torres tienen tres y cuatro pisos, que comunican entre sí por una escalera de piedra, generalmente muy bien conservada. Desde allí entramos en un espacioso recinto habitado por los árabes, que le llaman el castillo, y que

encierra las ruinas del templo del sol. Doscientas familias habitan en estas ruinas.

Inmediatamente fuimos á ver al jeque Ragial el Oruk, anciano venerable que nos recibió muy bien y nos hizo cenar y dormir en su casa. Este jeque, como el de Corietain, suministra doscientos caballos a la gran caravana de la Meca.

Al dia siguiente, habiendo alquilado una casa, desempaquetamos nuestras mercancías. Vendé el pié de Jeque Ibrahim, que en efecto estaba dislocado, y le dió que sufrir por mucho tiempo. Hasan halló en Palmira amigos que le asistieron, y habiéndose restablecido en breve, vino a despedirse de nosotros y se fué contentísimo del modo como le recompensamos.

Precisados á no salir de casa durante algunos dias, á causa del pié de jeque Ibrahim, empezamos á vender algunos objetos para confirmar nuestra calidad de mercaderes; pero ápenas el señor Lascaris se halló en estado de andar, fuimos á visitar el templo muy detenidamente. Otros viajeros han descrito sus ruinas, y así no hablaremos mas que de lo que se ha escapado á sus observaciones sobre el pais.

Un dia vimos en una plaza mucha gente ocupada en rodear de madera una hermosísima columna de granito, y nos dijeron que lo hacian para quemarla, ó mas bien para derribarla á fin de extraer

el plomo que se hallaba en las junturas. Jeque Ibrahim, lleno de indignacion, exclamó dirigiéndome la palabra:

—“¿Qué dirían los fundadores de Palmira si viesen á estos bárbaros, destruir de ese modo su obra? Pues que la casualidad me ha traído aquí, quiero oponerme á ese acto de vandalismo.”

Y habiéndose informado de lo que podia valer el plomo, dió las cincuenta piastras que e pedian, y la columna quedó por nuestra:—es del mas hermoso granito rojo, jaspeado de azul y blanco; tiene sesenta y dos piés de altura sobre diez de circunferencia. Los palmiranos, viendo nuestra afición á los monumentos, nos indicaron un sitio curioso, y á hora y media de camino, donde antiguamente se labraban las columnas, y donde todavia se hallan bellísimos fragmentos, tres árabes se ofrecieron á llevarnos á él por tres piastras. El camino está salpicado de hermosas ruinas, descritas, segun creo, por otros viajeros. Por nuestra parte, observamos una gruta en la que había una magnífica columna de mármol blanco, labrada y cincelada, y otra solamente empezada á labrar, como si el tiempo, que h destruido tan grandes magnificencias, hubiese faltado para colocar la primera y acabar la segunda.

Despues de haber recorrido varias grutas y visitado las cercanías, volvimos por otro camino. Nues-

tros guías nos enseñaron una hermosa fuente atestada de grandes piedras, llamado *Ain Ournus*, nombre que llamó mucho la atención de Jeque Ibrahim, quien fué pensando en él todo el camino; al fin me llamó y me dijo:

—“Ya he descubierto lo que quiere decir el nombre de *Ournus*. Aureliano, emperador romano, vino á sitiar á Palmira y á apoderarse de sus riquezas; probablemente él haría labrar esta fuente para las necesidades del ejército durante el sitio, y la fuente tomaría su nombre que por corrupcion se habrá convertido en *Ournus*.”

En mi humilde opinion, no es infundada la conjetura de Jeque Ibrahim.

Los habitantes de Palmira no se ocupan de cultivar la tierra; su principal trabajo es beneficiar una salina, cuyos productos envían á Damasco y á Homs. Tambien hacen mucha sosa; la planta que la suministra es muy abundante; la queman y envían igualmente las cenizas á dichas dos ciudades para hacer jabon: a veces las mandan hasta Trípoli de Siria, que tiene numerosas fábricas de jabon y despacha para el Archipiélago!

Un dia nos hablaron de una gruta curiosísima, pero cuya angosta y oscura entrada estaba casi cerrada, á tres horas de Palmira; deseamos visitarla, pero mi aventura con Hessaisoun estaba demasiado recientes para que nos arriesgásemos á

a ella sin buena escolta; por lo que rogamos a Jeque Rugial que nos hiciese acompañar por personas seguras. Admirado de nuestro proyecto:

— “Muy curiosos sois, nos dijo: ¿qué os importa esa gruta? En vez de ocuparos en vuestro comercio, empleais el tiempo en esas fruslerías! Nunca he visto comerciantes como vosotros.”

“ El hombre gana siempre en ver las bellezas; de la naturaleza,” le respondí. Díonos el jeque seis hombres armados, me proveí de un manojo de bramante, de un gran clavo y de hachas, y salimos muy de mañana; al cabo de dos horas de camino, llegamos al pié de una montaña; un gran boquete que nos enseñaron formaba la entrada de la gruta, hincé mi clavo en un sitio escondido, até á él la cuerda por una punta, y llevando en la mano el lio, seguí á Jeque Ibrahim y á los guias que llevaban las hachas. Ya andábamos hácia la derecha, ya hácia la izquierda, ora subíamos, ora bajábamos; la gruta es tan grande que podría servir de cuartel á un ejército entero. Hallamos en ella gran cantidad de alumbre; la bóveda y las paredes estaban llenas de azufre, y el suelo cubierto de nitro. Observamos una especie de tierra rojiza, muy menuda que tiene un gusto ácido: Jeque Ibrahim se guardó un puñado de ella en el pañuelo. Esta gruta está salpicada de cavidades labradas á cincel, de donde se sacaron antiguamente metales. Nuestros guias

nos contaron que varias personas se habian extraviado y habian muerto en aquella gruta: un hombre anduvo por ella dos dias buscando en vano la salida, cuando vió un lobo, y ahuyentándole á pedradas, le siguió, y de esta suerte llegó al boquete. Cuando se me acabó la cuerda nos volvimos atras: sin duda el atractivo de la curiosidad nos habia allanado el camino, pues nos costó sumo trabajo llegar á la entrada: apenas salimos, almorzamos á la ligera y nos volvimos á Palmira. El jeque, que nos aguardaba, nos preguntó qué habíamos ganado en nuestra escursion: “Hemos reconocido, le dije, que los antiguos eran mucho mas hábiles que nosotros, pues por sus trabajos se ve que entraban y salian con facilidad y nosotros lo hemos conseguido á duras penas.”

Echóse á reir y le dejamos para ir á descansar. Por la noche Jeque Ibrahim se halló el pañuelo donde habia guardado la tierra roja todo agujereado y como podrido; la tierra se le habia derramado en el bolsillo; metióla en una botella, (1) y me dijo, que probablemente los antiguos habian sacado oro de aquella gruta; los experimentos químicos prueban que donde se halla azufre suele haber oro, y ademas los grandes trabajos que habíamos observado no podian haberse hecho únicamente para extraer azufre y alumbre, sino para sacar algo mas

(1) En Egipto perdió esta botella con todo lo demas.

precioso. Si los árabes hubieran podido sospechar que íbamos a buscar oro, nuestra vida hubiera corrido peligro.

Por días se iba hablando mas de que se acercaban los beduinos, cosa de que ese alegraba Jeque Ibrahim, cual si hubiera esperado á unos compatriotas; así tuvo la mayor satisfaccion cuando le anuncié la llegada de Mahanna el Fadel gran príncipe beduino. Al instante quiso salir á recibirle, pero le hice presente que seria mas acertado aguardar una ocasion favorable de ver á alguno de la familia del emir (príncipe). Yo sabia que generalmente Mahanna enviaba un mensajero al jeque de Palmira para anunciarle su llegada, y en efecto ví llegar un día once ginetes beduinos, y supe que entre ellos se hallaba el emir Nasser, el hijo mayor de Mahanna, noticia que llenó de gozo á jeque Ibrahim. Al instante fuimos á casa de jeque Ragial para hacernos presentar al emir Nasar, que nos recibió muy bien.

—“Estos extranjeros, le dijo Ragial, son unos honrados comerciantes que traen de venta varios géneros para uso de los beduinos; pero los han atemorizado de suerte que no se atreven á ir al desierto á menos de que los tomeis bajo vuestra droteccion.

El emir Nasser volviéndose hácia nosotros:

“Esperad, nos dijo, toda especie de prosperida-

“des; sereis muy bien venidos, y os prometo que nada os sobrevendrá mas que la lluvia que cae del cielo.”

Dímosle muchas gracias, diciéndole:

—“Pues hemos tenido la dicha de hacer conocimiento con vos, y pues teneis la bondad de ser nuestro protector, es preciso que nos hagais el honor de comer con nosotros.”

Los árabes en general, y particularmente los beduinos, miran como un empeño de fidelidad inviolable haber comido con alguno, y aun solo el haber partido el pan como él. Convidámosle, pues, con toda su comitiva, igualmente que al jeque; hicimos matar un carnero, y nuestra comida, preparada al modo de los beduinos, les pareció excelente; á los postres, les presentamos higos, pasas, almendras y nueces, lo que fué para ellos un gran regalo. Despues del café, cuando empezamos a hablar de cosas indiferentes, contamos a Nasser nuestra aventura con los seis ginetes de su tribu; queria castigarlos y hacernos restituir nuestros efectos y nuestro dinero; pero le rogamos que no lo hiciese, asegurándole que teniamos por muy bien empleado lo que habiamos dado. Hubiéramos querido salir con él el día siguiente; pero nos instó a aguardar la llegada de su padre, que todavia estaba con su tribu á ocho dias de distancia: prometió enviarnos una escolta y camellos para llevar nuestras mercancías; para mayor seguridad le rogamos que

nos hiciese escribir por su padre, y así nos lo prometió.

Dos dias despues llegó á Palmira un beduino de la tribu el Hassné, llamado Bani, y pocas horas despues otros siete beduinos de la tribu el Daffir, que está en guerra con la de Hassné. Noticiosos estos de que se hallaba en la ciudad uno de sus enemigos, resolvieron ir a esperarle fuera de Palmira para matarle. Prevenido Bani, vino a nuestra casa, ató su yegua a nuestra puerta y nos pidió que le prestásemos un fieltro de los varios que teniamos para envolver nuestras mercancías. Dile uno que tuvo metido en agua media hora, y luego le puso mojado sobre los lomos de su yegua, echándole la silla por encima; dos horas despues tuvo el animal una furiosa diarrea que duró toda la noche, y al dia siguiente parecia que no tenia nada en el cuerpo: entonces Bani le quitó el fieltro, que nos devolvió, cinchó muy bien a su yegua y partió.

A cosa de las cuatro de la tarde, vimos volver sin botin á los beduinos de la tribu el Daffir, y habiéndoles preguntado uno qué habian hecho de la yegua de Bani:

—“Voy a contaros, dijeron, lo que nos ha sucedido. Por no hacer agravio a Ragial, tributario de Mehana, nos abstuvimos de atacar a nuestro enemigo en el pueblo; hubiéramos podido aguardarle en un paso estrecho, pero éramos sie-

“te contra uno y resolvimos quedarnos en campo raso. Apenas le divisamos, nos precipitamos sobre él; pero apenas se halló en medio de nosotros, lanzó un grito diciendo á su yegua:

—*Jak Hamra!*

“Hoy te toca á tí,—y partió como un rayo. Hasta su tribu le perseguimos sin poder alcanzarle, asombrados de la velocidad de su yegua que parecia un pájaro cortando los vientos.”

Entonces les conté la historia del fieltro, que les admiró mucho, pues no tenian, a lo que dijeron, ninguna idea de semejante brujería.

Ocho dias despues tres hombres vinieron á buscar nos parte de Mehanna el Fadel, trayéndonos camellos y una carta de él, concebida en estos términos:

¡Mehanna el Fadel, hijo de Melkhgem, á Jeque Ibrahim y á Abdalla el Kratib, salud! ¡La misericordia de Dios sea con vosotros! A la llegada de nuestro hijo Nasser, hemos tenido noticia del deseo en que estais de visitarnos; sed muy bien venidos; vuestra llegada derramará la bendicion sobre nosotros. Nada temais, pues teneis la proteccion de Dios y la palabra de Mehanna, nada os eocará mas que la lluvia del cielo.

Firmado, MEHANNA EL FADEL.

Junto á la firma habia un sello. Esta carta causó la mayor satisfaccion á Jeque Ibrahim:—pronto despachamos nuestros preparativos, y á la

madrugada siguiente ya estábamos fuera de Palmira. Llegado que hubimos á un pueblecillo que riega un abundante manantial, llenamos en él nuestras odres para lo restante del camino. Este pueblo, llamado Arak, está á cuatro leguas de Palmira; continuamente encontrábamos beduinos, que despues de haber hablado con nuestros conductores, proseguian nuestro camino. Despues de diez horas de marcha, la llanura nos apareció cubierta de mil quinientas tiendas, que eran las de la tribu de Mehanna. Entramos en la tienda del emir, que nos hizo servir café tres veces seguidas, lo que entre los beduinos, es la mayor prueba de consideracion. Despues de la tercera tasa, nos sirvieron la cena, que nos fué preciso comer á la turca, y como era la primera vez que tal cosa nos sucedia, nos quemamos los dedos. Conociólo Mehanna y nos dijo:

—“No estais acostumbrados á comer como nosotros.

—“Es verdad, respondió Jeque Ibrahim, pero ¿por qué no os servis de cucharas? siempre es posible tenerlas, aunque no sean mas que de palo.

—“Nosotros somos beduinos, replicó el emir, y tenemos empeño en conservar los usos de nuestros mayores, que nos parecen muy buenos. La mano y la boca son partes de nuestro cuerpo que Dios nos ha dado para que se ayuden una á otra, ¿pues por qué nos hemos de servir de un objeto

“ estraño de metal ó de palo para llegar á la boca, cuando la mano está hecha para eso?”

No tuvimos mas arbitrio que aprobar estas razones, y observé á Jeque Ibrahim que Mehanna era el primer filósofo beduino que habiamos hallado.

Al dia siguiente el emir hizo matar un camello para nosotros, y supe que esto era una gran señal de estimacion, porque los beduinos miden segun la importancia del estrangero, el tamaño del animal que matan para recibirle. Aquella era la primera vez que comiamos camello, y nss pareció algo insípido.

El emir Mehanna era hombre de unos ochenta años, pequeño, flaco, sordo y muy desarrapado. Su alta influencia entre los beduinos proviene de su noble y generoso corazon y de que es cabeza de una familia muy antigua y numerosa. Está encargado por el bajá de Damasco de escoltar su gran caravana hasta la Meca, mediante veinticinco bolsas (12,500 piastras) que se le pagan ántes de la salida de Damasco. Tiene tres hijos, Nasser, Kasseff y Hamed; los tres están casados y viven en la misma tienda que su padre. Esta tienda tiene setenta y dos piés de largo sobre igual anchura; es de lienzo de serda negra y está dividida en tres partes. En el fondo están las despensa y la cocina y duermen los esclavos; en el centro están las muge-

res y es donde se retira por la noche toda la familia; la delantera está destinada á los hombres, y es donde reciben á los extranjeros; esta parte se llama Rabha.

Al cabo de tres dias consagrados á disfrutar de la hospitalidad, abrimos nuestros fardos y vendimos muchos objetos, sobre la mayor parte de los cuales perdiamos mas ó ménos; y como no alcanzaba yo las ventajas de este modo de comerciar, se lo previne á jeque Ibrahim:—“¿Has olvidado nuestras condiciones?” me dijo. Disculpéme entónces y seguí vendiendo como quisio.

Un dia vimos llegar cincuenta ginetes bien montados, que parándose fuera de las tiendas, se apearon y se sentaron en el suelo. El emir Nasser, encargado de todos los asuntos desde que su padre se ha quedado sordo, salió á hablarles, acompañado de su primo jeque Zamel, y tuvo con ellos una conferencia de dos horas, acabada la cual partieron los recién llegados. Jeque Ibrahim, inquieto de aquella misteriosa entrevista, no sabia como componerse para saber sobre qué habia girado. Como ya habia yo estado varias veces en el cuarto de las mugeres, cogí un rosario de coral, y fuí á ver á Naura, la muger de Nasser para ofrecérsele; aceptóle ella, me hizo sentar á su lado, y me dió, á su vez, dátiles y café. Despues de todas estas atenciones recíprocas, entré en el objeto de mi visita y le dije:

“Perdonad, os ruego, mi importunidad, pero los extranjeros son curiosos y desconfiados; las pocas mercancías que tenemos aquí son el resto de un caudal considerable que por desgracia hemos perdido. El emir Nasser estaba en conferencia ha poco con unos extranjeros, y quisiéramos saber qué se decian, pues estamos con cuidado.

—“Voy, respondió Naura, a satisfacer vuestra curiosidad, pero á condicion de que me guardéis el secreto y fingiréis que no sabeis nada. Sabed que mi marido tiene muchos enemigos entre los beduinos, porque humilla su orgullo nacional ponderando el poder de los turcos. La alianza de Nassar con los osmanlis disgusta mucho a los beduinos, que los aborrecen, y aun es contraria á los consejos de su padre y de los principales de la tribu, que murmuran contra él. El objeto de esa asamblea era concertar un plan de ataque: mañana pieasan asaltar á la tribu El-Daffir para cogerle sus ganados y hacerle todo el daño posible. El dios de las batallas dará la victoria á quien quiera; pero lo que es vosotros, nada teneis que temer.” Dí las gracias á Naura, y me retiré satisfecho de haber obtenido su confianza.

Jeque Ibrahim, instruido por mí de cuanto me habia confiado la muger del emir Nasser, me dijo que le pesaba de ello en extremo.

—“Yo queria, me dijo, relacionarme con una tribu enemiga de los osmanlis, y me hallo junto á un caudillo aliado de ellos.”

No me atreví á preguntarle el sentido de estas palabras; pero me dieron mucho que discurrir.

Hácia el anochecer, trescientos ginetes se reunieron fuera de las tiendas y salieron muy de mañana, llevando á su cabeza á Nasser, á Hamed y á Zamel. Tres dias despues, un mensagero vino á anunciar su vuelta, á cuya noticia salieron á recibirlos una multitud de hombres y de mugeres, quienes apenas los alcanzaron, prorumpieron, lo mismo que los otros, en grandes clamores de alegría, y de esta suerte hicieron su entrada triunfal en el campamento, precedidos por ciento y ochenta camellos cogidos al enemigo; luego que echaron pié á tierra les pedimos que nos contasen sus proezas.

—“Al dia siguiente de nuestra partida, nos dijo Nasser, llegamos, al rededor de medio dia, al sitio adonde los pastores llevan á pacer los ganados de Daffir, y precipitándose sobre ellos, les quitamos ciento ochenta camellos; pero como los pastores fueron coriendo á dar aviso á los suyos, destaqué una porcion de mi gente para llevar nuestro botin al campamento por otro camino, y cuando vino *Araud-Ebn-Motlac* (1), á ata-

(1) Caudillo de la tribu El Daffir.

“carnos al frente de trescientos ginetes, tuvimos una refriega que duró dos horas. La noche nos separó, y cada cual se volvió á su tribu; el enemigo perdió un hombre y nosotros tuvimos dos heridos.”

La tribu de Nasser aparentó que estaba muy contenta de aquel triunfo, al paso que en el fondo le pesaba mucho de una guerra injusta, hecha contra sus amigos naturales por servir á los osmanlis. Nasser, visitando á todos los gefes para contarles su triunfo, fué á ver á jeque Ibrahim y le dirigió la palabra en turco, y habiéndole dicho aquel que no hablaba mas que el griego, su lengua natal y un poco de árabe, Nasser empezó á ponderarle el language y las costumbres de los turcos, diciendo que no se podia ser verdaderamente grande, poderoso y respetado sino estando bien con ellos. “Yo, por mi, añadió, soy mas osmanli que beduino.

“No os fieis en las promesas de los turcos, le respondió jeque Ibrahim, como tan poco en su grandeza y magnificencia; os favorecen para ganaros é indisponeros con vuestros compatriotas, á fin de emplearos en guérrear contra las otras tribus. El interés del gobierno turco es destruir á los beduinos, y como no es bastante fuerte para hacerlo por sí mismo, quiere armaros á unos contra otros. Cuidado, no tengais que arrepentiros de ello algun dia; os doy

“este consejo como un amigo que se toma por vos
“vivo interés, y porque he comido vuestro pan y
“recibido vuestra hospitalidad.”

Poco tiempo despues, Nasser recibió de Soliman, bajá de Acre y de Damasco, un mensaje convidándole á ir á recibir la investidura del mando general de todo el desierto, con el título de príncipe de los beduinos. Este mensaje le colmó de alegría é inmediatamente partió para Damasco, acompañado de diez ginetes.

Dió órden Mehanna para la partida de la tribu, y al día siguiente al salir el sol no se vió ya una sola tienda en pié; todas estaban dobladas y cargadas, y la partida empezó con el mayor órden. Unos veinte ginetes escogidos formaban la vanguardia y servian de exploradores; luego venian los camellos sin carga y los rebaños; luego los hombres armados, montados en caballos ó camellos; detras las mugeres,—las de los gefes, metidas en unos *haudags*, (1) puestos sobre el lomo de los camellos mas altos: estos *haudags* son muy ricos, están muy bien forrados, cubiertos de paño escarlata, y adornados con franjas de varios colores: contienen cómodamente dos mugeres ó una muger y varios niños. Las mugeres y los muchachos de inferior calidad seguian inmediatamente, sentados en rollos

(1) Especie de silla de mano .

de lana de tienda muy bien dispuestos encima de los camellos; detras iban los camellos con las acémilas, cerrando la marcha el emir Mahanna montado en un dromedario á causa de su mucha edad, y rodeado de sus esclavos, del resto de los guerreros y de sus servidores, que iban á pié. Son admirables la prontitud y buen órden con que se efectúa así la partida de ocho á nueve mil personas. Jeque Ibrahim y yo íbamos á caballo, ya adelante ya en el centro, ya junto á Mahanna. Diez horas seguidas caminamos; á cosa de las tres de la tarde se interrumpe de pronto la marcha; los beduinos se dispersan por un hermoso llano, echan pié á tierra, clavan sus lanzas y atan á ellas sus caballos; las mugeres corren por todos lados y levantan sus tiendas, cada cual junto al caballo de su marido: así, como por encanto, nos hallamos en una especie de pueblo tan grande como Hama. Las mugeres solas están encargadas de levantar y recoger las tiendas, cosa que ejecutan con una habilidad y una rapidez sorprendentes. Generalmente ellas hacen todos los trabajos del campamento: los hombres conducen los ganados, matan las reses y las despojan. El traje de las mugeres es sencillísimo; llevan una gran camisa azul, un *machlas* negro y una especie de banda de seda negra, que despues de cubrir la cabeza, les da dos vueltas á la garganta y les cae sobre la espalda: todas van

descalzas, excepto las mugeres de los jeques, que llevan unos borceguies amarillos. Su ambicion y su lujo consisten en llevar muchos brazaletes de vidrio, de monedas de coral y de ámbar.

El llano donde hicimos alto se llama El-Makram, y está poco distante de Hama. Es un sitio bastante apacible y que ofrece abundantes pastos.

El cuarto dia, á cosa de las cuatro de la tarde, acudieron muy asustados los pastores gritando: "¡A las armas! ¡el enemigo se ha apoderado de nuestros rebaños!" En efecto, la tribu de El Daffir, espiondo una ocasion de vengarse de Nasser, habia enviado mil ginetes para robarle sus ganados al anochecer, á fin de que no pudiese aquel perseguirlos. Los nuestros, esperando algun ataque, estaban preparados; pero era preciso descubrir de qué lado se hallaba el enemigo. Luego que anoheció, apeáronse cuatro hombres, tomaron direcciones opuestas, y tendiéndose de brucees, pegado el oido á la tierra oyeron así á gran distancia las pisadas de los robadores. Pasóse la noche sin que fuese posible alcanzarlos; pero á la mañana habiéndolos divisado la gente de Hasné (1) cargó sobre el os, y al cabo de cuatro horas de pelea, recobró la mitad de los rebaños; unos quinientos camellos quedaron en poder de la tribu El Daffir, y

(1) Nombre de la tribu de Mehanna.

ademas tuvimos diez muertos y muchos heridos. A la vuelta, la afliccion fué general; los beduinos murmuraban, achacando al capricho y a la vanidad de Nasser cuanto habia sucedido. Envió Mehanna un correo a su hijo, que inmediatamente volvió de Damasco acompañado de un chokredar (1) para imponer respeto a los beduinos, y apenas llegó, leyó una carta del bajá, coucebida en estos términos:

"Hacemos saber a todos los emires y jeques de las tribus del desierto, grandes y pequeñas, acampadas en el territorio de Damasco, que hemos nombrado á nuestro hijo Nasser Ebn Mehanna emir de todos los anazés (2), mandándoles que le obedezcan.—La tribu que tenga la desgracia de declararse rebelde será destruida por nuestras tropas victoriosas, y para servir de escarmiento, sus rebaños serán degollados, y sus mugeres entregadas a los soldados. Tal es nuestra voluntad.

"Firmado,

"SOLIMAN, bajá de Damasco y de Acre."

Nasser, ufano con su nueva dignidad, afectaba leer a todos aquel decreto, y hablar en turco con el ministro del bajá, lo que aumentaba mas y mas el

(1) Ministro del bajá.

(2) Beduinos del desierto.

enojo de los beduinos. Un dia en que estábamos junto a él, llegó un mancebo muy bizarro llamado Zarrak, caudillo de una tribu vecina. Nasser, como de costumbre, le habla de su nombramiento, encarece la grandeza y el poderío del visir de Damasco y del sultan de Constantinopla, que tiene el *sable largo* (1),—y Zarrak, que le escucha con impaciencia, muda de color, se levanta y le dice:

—“Nasser Agá (2), sábetete que todos los beduinos te aborrecen; si te dejas deslumbrar por la magnificencia de los turcos, vete a Damasco, éñete la frente con un *caruk* (3), sé el ministro del visir, habita su palacio, y acaso entonces inspirarás terror a los damasquinos; pero nosotros, beduinos, no hacemos mas caso de tí, de tu visir y de tu sultan que de una boñiga de camello. Me voy al territorio de Bagdad, donde hallaré al drayhy (4) Ebn Chahllan, y a él me uniré.”

Nasser, pálido de cólera, transmitió esta conversacion en turco al chokredar, quien creyó atemorizar a Zarrak con violentas amenazas; pero este, mirándole con altivez, le dijo:

(1) Espresion árabe para designar una dominación muy estensa.

(2) Título de un oficial turco; denominacion de *essarni* para un beduino.

(3) Turbante de ceremonia de los turcos.

(4) El destructor de los turcos.

—“Basta, aunque tengais a Nasser al lado, puedo, si quiero, impedirlos volver a comer pan.”

A pesar de estas injuriosas palabras, los tres conservaron su sangre fria, y Zarrab, montando á caballo, dijo á Nasser:

—“*Las salam aleik* (yo te saludo;) despliega todo tu poder; yo te aguardo.”

Esta provocacion affigió mucho a Nasser, pero no por eso dejó de perseverar en su alianza con los turcos.

Al dia siguiente supimos que Zarrak habia partido con su tribu para el pais de Geziri, y por todas partes no se hablaba mas que de la reunion de los beduinos contra Nasser. Noticioso Mehanna de lo que pasaba, llamó a su hijo y le dijo:

—“Nasser, ¿quieres por ventura romper los pilares de la tienda de Melkghem?”

Y asiéndose la barba con la mano:

—¿Quieres, añadió, hacer despreciable esta barba al fin de mis dias, y manchar la reputacion que yo habia ganado? ¡Infeliz! No has invocado el nombre de Dios. Lo que yo preveía ha sucedido. Todas las tribus van á reunirse al drayhy. ¿Qué será entonces de nosotros? No nos quedará mas arbitrio que humillarnos delante de Ebn Sihoud (1), de ese enemigo de nues-

(1) Ebn Sihoud manda á millon y medio de beduinos: reina

“tra raza, que se titula rey de los beduinos; él solo podrá defendernos del terrible Drayhy.”

Procuró Nasser tranquilizar a su padre asegurándole que no iban tan mal sus cosas como él temía. Entre tanto los beduinos empezaban a tomar partido por uno ó por otro, pero los mas daban la razon al padre, que entendia sus verdaderos intereses.

Jeque Ibrahim estaba muy descontento: deseaba internarse mas en el desierto, y avanzar hasta Bagdad, y se hallaba ligado a una tribu que se quedaba entre Damasco y Homs, con lo que perdía todo el verano, sin poder alejarse mas que con riesgo de la vida. Encargóme que tomase informes acerca del drayhy, me enterase de su carácter, averiguase en qué sitios pasa el verano, adonde se retira en invierno, si admite a los estrangeros, y otras mil particularidades; en fin, me dijo que tenía el mayor interes en recibir estos informes.

Difícil era obtener estos pormenores sin escitar sospechas: era preciso hallar á alguno que no fuese de la tribu de el Hassné. Al fin logré relacionarme

sobre el pais de Derhié, de Medyde, de Samarcand, de Hygias y de Zamos ó Zamen. Estos pueblos se llaman los Wahabi.

Los beduinos de la Persia, mandados por el emir Sahid el Fehrabi, son mas de un millen, lo que unido á las tribus de Bagdad de Basora, de la Mesopotamia y del Horan, da una poblacion errante de cuatro millones de almas.

con un tal Abdallah el *Chaher* (el poeta), y sabiendo que estos suelen estar en avor con los grandes, le hice varias preguntas sobre todas las tribus que habia visitado, y supe con placer que habia vivido mucho tiempo con el drayhy. Por él obtuve cuantas noticias necesitaba.

Un dia Nasser me hizo escribir al jeque de Sadding y al de Corietain para pedirles a cada uno mil piastras y seis machlas. Este derecho se llama derecho de fraternidad, y es un convenio entre los jeques de las aldeas y los mas poderosos gefes de beduinos para ser protegidos de los estragos de las otras tribus. Esta contribucion es anual.—Estos infelices pueblos se arruinan por contentar a dos tiranos,— los beduinos y los turcos.

Mehanna tiene una fraternidad con todas las aldeas de los territorios de Damasco, Homs y Hama, lo que le produce una renta de sobre cincuenta mil piastras. El bajá de Damasco le paga doce mil quinientas, y las ciudades de Homs y Hama le dan ademas cierta cantidad de trigo, de arroz, de arropo y de telas; las pequeñas tribus le traen manteca y queso. A pesar de esto, nunca tiene dinero y con frecuencia se halla entrampado, sin tener gasto alguno que hacer, lo que nos admiró mucho, hasta que supimos que todo se lo regalaba a los guerreros mas famosos, así de su tribu como de las otras, y que así se habia hecho un partido

poderoso. Siempre va muy mal vestido, y cuando recibe de regalo una hermosa pelliza ó algun otro objeto, se lo da al que a la sazón tiene al lado. El refran beduino que dice que la *generosidad cubre todos los defectos*, se halla verificado en Mehanna, cuya liberalidad es lo único que hace llevaderos los defectos de Nasser.

Poco despues de este suceso fuimos a acamparnos a tres horas del Oronte, en un terreno llamado el Zididi, donde se hallan varios pequeños manantiales.

Habiendo ido un dia Mehanna con diez ginetes a hacer una visita al agá de Homs, volvió cargado de regalos de todos los comerciantes, que quieren tenerle contento, porque cuando no lo está, intercepta el comercio despojando a las caravanas. Inmediatamente despues de su vuelta, salió Nasser para una expedición contra la tribu Abdelli, mandada por el emir el Dogniani, y acampada junto a Palmira en dos cerros de forma igual, llamados Eldain (los pechos), y a los tres dias volvió, trayéndose ciento cincuenta camellos y doscientos carneros. En esta ocasion perdimos tres hombres y a Zamel le mataron la yegua que montaba; en revancha, cogimos tres yeguas, matamos diez hombres y herimos a unos veinte. A pesar de este triunfo, los beduinos estaban indignados de la mala fé de Nasser, que no tenia ningun motivo de odio contra aquella tribu.

Por todas partes se concertaban las tribus con el Drayhy para destruir á la tribu El Hassné, y habiendo llegado esta noticia al emir Douhi, jefe de la tribu Would Ali, pariente y amigo íntimo de Mehanna y que, como él está obligado á escoltar la gran caravana, llegó un dia con treinta ginetes, á avisarle del peligro que le amenazaba. Los principales de la tribu salieron al encuentro de Douhi; cuando este entró en la tienda, pidió Mehanna el café, pero el emir le detuvo y le dijo:

—“¡Mehanna, ya está bebido tu café! No vengo aquí á beber ni á comer, sino á prevenirte que la conducta de tu hijo Nasser Bajá (título que le dababa por escarnio) trae la destruccion sobre tí y los tuyos; sábeta que todos los beduinos han formado una liga y van á declararte una guerra á muerte.”

Mehanna mudando de color, exclamó:

—“¡Mira! ¿estás contento, Nasser? ¡tú serás el último de la raza de Melkghem!”

Nasser, lejos de ceder respondió que haria frente á todos los beduinos y tendria el auxilio de 20,000 osmanlis, lo mismo que el de Mola Ismael, jefe de la caballería curda que lleva el chacó. Douhi pasó la noche procurando disuadir á Nasser, de sus proyectos sin poder conseguirlo; al dia siguiente partió, diciendo:

—“Mi conciencia me prohíbe unirme á vosotros.

“ El parentesco y el pan que hemos comido juntos
 “ me prohíben declararos la guerra; ¡adios! os dejo
 “ con sentimiento.”

Desde aquel momento empezamos á pasarlo muy mal con los beduinos, y no podíamos dejarlos porque todos los que se alejaban de las tiendas eran asesinados.

Todo era ataques por una y otra parte, cambios de campamento imprevistos, para ponerse mas en seguridad;—alarmas, represalias, continuas disputas entre Mehanna y su hijo; pero el anciano era de un carácter tan bondadoso y crédulo que Nasser acababa siempre por persuadirle que tenia razon.

Mil rasgos nos contaron de su sencillez, y entre otros, que estando en Damasco mientras que Yousouf Bajà, gran visir de la Puerta, tenia allí su corte de vuelta de Egipto, despues de la partida de los franceses, Mehanna se presentó á él comb todos los grandes; pero poco al corriente de la etiqueta turca, se llegó á hablarle sin ceremonia, haciéndola el saludo de los beduinos, y se sentó en el divan á su lado sin esperar á que se le invitase á ello.

Yousouf, igualmente, poco acostumbrado á las costumbres de los beduinos, é ignorando la dignidad de aquel viejecito mal vestido que le trataba tan familiarmente, mandó que le echasen á la calle y le cortasen la cabeza.

Preparábanse ya los esclavos á ejecutar esta órden cuando exclamó el bajà de Damasco:

—“¡Teneos! ¿qué vais à hacer? Si cae un pelo de
 “ su frente, nunca podreis, con todo vuestro poderío,
 “ enviar una caravana á la Meca.”

Inmediatamente dió contraórden el visir y le sentó á su lado; dióle el café, le hizo poner un turbante de cachemira, un rico gombaz (ropon), una pelliza de honor, y le presentó mil piastras.

Mehanna, sordo y sin entender el turco, no sabia que era aquello que pasaba; pero quitándose sus lujosas ropas, se las dió á tres de sus esclavos que le habian acompañado.

Hízole preguntar el visir por el dragoman si no estaba contento de su regalo, á lo que respondió Mehanna:

—“Decid al visir del sultan que nosotros los beduinos no procuramos distinguarnos por la buena ropa; yo voy mal vestido, pero todos los beduinos me conocen, y saben que soy Mehanna el Zadel, hijo de Melkghem.”

El bajà, por no enojarle, afectó reir y estar muy contento de él.

En fin se pasó el verano. En el mes de Octubre, la tribu se halló en las cercanías de Alepo.

Mi corazon latia de gozo de hallarme tan cerca de mi patria; pero con arreglo á nuestras condiciones ni aun podia dar noticias mias á mis amigos.

Jeque Ibrahim deseaba ir à pasar el invierno á Damasco, y ningun beduino se atrevia á condu-

cirnos á esta ciudad; con sumo trabajo conseguimos hacernos escoltar hasta un pueblo á dos dias de Alepo, llamado Soghene (*la caliente*). Los hospitalarios vecinos se disputaron el placer de recibirnos; un baño caliente natural ha dado su nombre al pueblo, y la hermosura de sus habitantes debe atribuirse a la bondad de sus aguas termales.

De allí pasamos á Palmira, con un trabajo de que nos indemnizó el placer de volver a ver a jeque Ragial. Despues de pasar quince dias con nuestros amigos, salimos de nuevo para Corietain donde jeque Selim y el cura Moussi nos recibieron con un verdadero interes; no se cansaban de escuchar nuestras historias sobre los beduinos.

Jeque Ibrahim respondia á su amistoso desvelo por nuestros asuntos, diciendo que nuestra especulacion iba á las mil maravillas, que habiamos ganado mas de lo que esperábamos, — miétras que verdaderamente, entre las pérdidas y los regalos, no nos quedaba ya nada mas que las mercancías en depósito en casa de Mousai.

Treinta dias perdimos en Corietain organizando nuestra partida.

El invierno avanzaba rápidamente, y nadie se atrevia a darnos cabalgaduras, convencidos de que seriamos despojados en el camino: en fin, jeque Ibrahim compró un mal caballo, yo alquilé un burro, y con un tiempo detestable y un viento glacial,

salimos acompañados de cuatro hombres á pié para la aldea de Dair Antie. Al cabo de algunas horas, llegamos a un desfiladero entre dos montañas, llamado Beni el Gebelain: en este punto llegaron sobre nosotros veinte ginetes beduinos: nuestros conductores, lejos de defendernos, esconden nuestras escopetas y permanecen inmóviles espectadores de nuestro desastre; los beduinos nos roban y no nos dejan mas que la camisa. — Imploramos la muerte mas bien que el que nos dejen de aquel modo expuestos al frio: al fin, compadecidos de nuestra situacion, tuvieron la generosidad de dejarnos a cada uno un gombaz; por lo que hace a nuestros rocines, eran harto malos para tentarlos, pues como apenas podian andar, los hubieran retrasado inútilmente en su carrera. — Continuamos tristemente nuestro camino; la noche se echaba encima, y el frio que era excesivo, pronto nos hizo perder el uso de la palabra: teniamos los ojos encendidos y el cutis azul; al cabo de poco tiempo caí al suelo desmayado y helado. Jeque Ibrahim hacia ademanes de desesperacion a los guias, sin poder hablarles; uno de ellos, siriano cristiano, se compadeció de mí y de la afliccion de Jeque Ibrahim, tira al suelo el caballo medio muerto tambien de frio y de cansancio, le mata á palos, le abre el vientre y me mete sin sentido en su piel, no dejándome mas que la cabeza fuera. Al cabo de media hora, volví en mí, muy asombrado de sentirme resucitar y de verme en se-

mejante postura: el calor me volvió el uso de la palabra y dí las mas espresivas gracias a jeque Ibrahim y al buen árabe; cobré brios y saqué fuerzas para andar. Poco despues nuestros guías gritaron:

¡El pueblo! ¡el pueblo! y entramos en la primera casa, que era la de un herrero, llamado Hanna el Bitar, quien se tomó el mas vivo interes por nuestra situacion, se dió prisa a cubrirnos a ambos de estiércol de camello, y nos dió, gota a gota un poco de vino; habiendo reanimado así en nosotros la fuerza y el calor, nos sacó de nuestro estercolero nos metió en la cama y nos hizo tomar una buena sopa.

Despues de un descanso indispensable, tomamos prestadas doscientas piastras para pagar a nuestros guías y pasar a Damasco, adonde llegamos el 23 de Diciembre de 1810.

M. Chabassan, médico francés, el único Franco que habia en Damasco, nos dió la hospitalidad; pero como debiamos pasar allí el invierno, nos establecimos mas adelante en el convento de los lazaretos, que estaba abandonado.

No describiré la célebre ciudad Scham (1) (Damasco), la puerta de la gloria (Babel Cahbé) como la llaman los turcos. Nuestra larga residencia nos ha facilitado el conocerla á fondo; pero la han vi-

(1) Scham significa sol.

sitado y descrito demasiados viajeros para ofrecer un interés nuevo. Vuelvo à mi relacion.

Un día, estando en el bazar, pasando el tiempo á la usanza turca, vemos llegarse á nosotros un beduino que nos abraza diciendo: ¡No reconoceis á vuestro hermano Hettal que ha comido vuestro pan en Nouarat-el-Nahman?

Contentísimos del encuentro, le llevamos á nuestra casa, y habiéndole obsequiado é interrogado bien, supimos que las cosas de la tribu Hassnéban muy mal, y que la liga contra ella se estendia cada dia mas. Hettal nos contó que era de la tribu de Would Alí, á cuyo gefe Douhi conociamos. Esta tribu pasa el invierno en los territorios de Sarka y de Balka, se estiende desde el pais de Ismael hasta el mar Muerto y vuelve al Horan a la primavera. Propúsonos visitarla, respondiendo de nosotros, y prometiéndonos un buen despacho de nuestras mercancías, y habiendo nosotros aceptado, quedamos convenidos en que vendria hácia el mes de Marzo.

Jeque Ibrahim, habiendo recibido de Alepo, por conducto de M. Chabassan, un *group* de mil *talaris*, me hizo hacer nuevas compras; hechas que fueron se las enseñé preguntándole si nos quedaria algo á la vuelta.

“Querido hijo, me respondió, el conocimiento de cada caudillo de tribu me produce mas que to-

“ das mis mercancías; tranquilízate, tú también
 “ obtendrás tu beneficio en dinero y en reputacion,
 “ serás famoso en tu siglo; pero es preciso que yo
 “ conozca à todas las tribus y á sus caudillos.
 “ Cuento contigo para llegar hasta el Drayhy, y
 “ para eso es preciso absolutamente que pases por
 “ beduino. Déjate crecer la barba, vístete como
 “ ellos é imita sus usos. No me pidas ninguna
 “ explicacion; acuérdate de nuestras condiciones.”
 “ Denos Dios fortaleza,” fué mi sola respuesta

Veinte veces estuve à punto de abandonar una empresa cuyos peligros todos veia sin conocer su objeto. Aquel silencio impuesto, aquella obediencia ciega, me eran insoportables; sin embargo, el deseo de llegar al resultado y mi cariño al señor Lascaris me hicieron armarme de paciencia.

Habiendo llegado Hetall en la época convenida con tres camellos y dos guias, partimos el 15 de Marzo de 1811, un año y veintiocho dias despues de nuestra primera salida de Alepo. Hallábase entónces la tribu en un sitio llamado Misarib, à tres jornadas de Damasco. Nada notable nos sucedió en el camino; pasamos las noches a cielo raso, y el tercer dia, al ponerse el sol estábamos en medio de las tiendas de Would Ali, que presentaban un golpe de vista encantador. Cada tienda estaba rodeada de caballos, camellos, cabras y carneros, con la lanza del ginete clavada a la entrada; la del emir Douhi

se elevaba en el centro. Recibiéronos este con el mayor agasajo, y nos hizo cenar con él; es hombre de mucha cabeza, igualmente temido y querido de los suyos. Tiene bajo su dominio cinco mil tiendas y tres tribus que se han unido a él, —a saber, la de Benin Sakhrer, la de El Serham y la de El Sarddié. Ha dividido a sus guerreros en compañías ó destacamentos, mandados cada uno por uno de sus parientes.

Los beduinos gustan mucho de oír historias y cuentos despues de cenar: he aquí una que nos contó el emir, y que pinta bien el sumo cariño que tienen a sus caballos y el amor propio que les causan sus buenas cualidades.

Un hombre de su tribu, llamado Giabal, tenia una yegua muy afamada. Hassad-Bajá, que era a la sazón visir de Damasco, le hizo por ella en varias ocasiones todas las ofertas imaginables, pero inútilmente, porque un beduino quiere tanto a su caballo como a su muger. Hizo el bajá amenazas que tampoco sirvieron de nada, y entonces se le presentó otro beduino llamado Giafar, quien le preguntó cuánto daria á quien le llevase la yegua de Giabal.

—“Llenaré de oro tu morral de cebada,” respondió Hassad, [que miraba como una afrenta no haber logrado su propósito.

Y como se descubriese esta conversacion, Giabal ataba su yegua de noche por el pié con una argolla

cuya cadena entraba en su tienda, sujeta a una estaca hincada en el suelo debajo del fieltro que les servia de cama a él y a su muger. A media noche penetra Giafar a rastras en la tienda, y deslizándose entre Giabal y su muger, empuja suavemente ya a uno ya a otro: el marido se creia empujado por la muger, y la muger por el marido, y ambos se hacian à un lado.

Entonces Giafar, con un cuchillo bien afilado, hace un agujero en el fieltro, saca la estaca, suelta a la yegua, monta en ella, y cogiendo la lanza de Giabal, le pincha levemente con ella, diciendo:

—Yo, Giafar, soy quien se lleva tu hermosa yegua; te lo aviso con tiempo,—y parte.

Giabal se precipita fuera de la tienda, llama à sus amigos, toma la yegua de su hermano, y por espacio de cuatro horas persiguen a Giafar. La yegua del hermano de Giabal era de la misma sangre que la suya, aunque menos bella.—Dejando atras a todos los otros ginetes, estaba ya a punto de alcanzar à Giafar, cuando grita a este:

—“Pellízcale la oreja derecha y métele el es-
“tribo.”

Giafar obedece y parte como un rayo, con lo que se pierde toda esperanza de alcanzarle. Los otros beduinos echan en cara à Giabal que él mismo es causa de la pérdida de su yegua (1).

(1) Cada beduino acostumbra à su caballo à una seña que

—“Prefiero perderla, respondió, à manchar su reputacion. ¿Queriais que dejase decir en la tribu Would-Alí (1), que otra yegua ha dejado atras à la mia? Me queda a lo menos la satisfaccion de que ninguna otra ha podido alcanzarla.”

Volvióse a su tienda con este consuelo, y Giafar recibió el galardón de su destreza.

Otro nos contó que en la tribu de Neggde, habia una yegua tan famosa como la de Giabal, y por cuya posesion estaba como loco un beduino de otra tribu, llamado Daher; despues de haber ofrecido en vano por ella sus camellos y todas sus riquezas, discurrió teñirse la cara con zumo de yerba, vestirse de andrajos, atarse el cuello y las piernas como un mendigo estropeado, é ir así à esperar à Nabec, el dueño de la yegua, à un camino por donde sabia que habia de pasar. Cuando le vió cerca, le dijo con voz desfallecida:

—“Soy un pobre extranjero; tres dias hace que no he podido moverme de aquí para ir à buscar mi sustento. Voy a morir; socorredme, y Dios os premiará.”

le hace desplegar toda su velocidad. No hace uso de ella mas que en un grave peligro, y no se la confia ni aun à su hijo.

(1) Tribu cuyos caballos son los mas famosos entre los beduinos.

El beduino le propone que suba a las ancas y le llevará a su pueblo; pero el bellaco responde:

—“No puedo levantarme, no tengo fuerzas.”

El otro, lleno de compasion, se apea, acerca su yegua y le monta en ella con muchísimo trabajo;—pero apenas se halla firme en la silla, Daher mete a la yegua los talones en los hijares y parte diciendo:

—“Yo, Daher, soy quien te la he quitado y me la llevo.”

El dueño de la yegua le grita que escuche; seguro de no poder ser perseguido, el otro se vuelve y se para a cierta distancia, porque Nabeç iba armado con su lanza. Este le dice:

—“Me has robado mi yegua. Pues Dios lo ha querido así, te deseo prosperidad; pero te ruego no digas á nadie como la has obtenido.

—“¿Y por qué? pregunta Daher.

—“Porque otro podria estar realmente enfermo y quedarse sin socorro; tú serias causa de que nadie volviese a hacer una sola obra de caridad, por miedo de ser burlado como yo.”

Conmovido por estas palabras, Daher reflexiona un momento, se apea de la yegua y se la vuelve á su dueño abrazándole. Este le llevó á su casa, pasaron juntos tres dias, y se juraron fraternidad.

Jeque Ibrahim estaba embelesado con estas historias, que le hacian conocer el carácter y la generosidad de los beduinos.

La tribu de Douhi es mas rica y menos rapaz que la de Mehanna; sus caballos son mas hermosos. Quince dias pasamos entre ellos. Jeque Ibrahim hizo regalos a todos los gefes, y vendió algunos artículos a las mugeres para sostener nuestro papel de mercaderes; luego partimos para visitar á los tres jeques tributarios del emir Douhi.

Jeque Ibrahim me dijo que no tenia otro interes en quedarse entre los beduinos que el de darme ocasion de estudiar mejor su lengua y costumbres;—que era preciso, *para su comercio*, llegar hasta el drayhy,—pero que era preciso que yo tomase apuntes esactos de sus nombres y de su número, que le era importante conocer.

Su modo de hablar es muy difícil de adquirir, aun para un árabe, aunque en el fondo es la misma lengua: Dedicuéme a este estudio y no sin éxito: tambien obtuve en el discurso de nuestros largos viages el nombre de todos los jeques, y la estadística de todas sus tribus, cosa que nunca habia podido hacerse hasta entonces: al fin de mi viage daré su lista.

Las tribus numerosas tienen muchas veces que dividirse en destacamentos de doscientas y quinientas tiendas, y que ocupar un gran espacio para

proporcionarse agua y pastos para sus ganados.— Recorrimos sucesivamente todos los campamentos esperando hallar los medios de hacernos conducir cerca del drayhy que estaba en guerra con todos los del territorio de Damasco. En todas partes nos recibieron perfectamente.

En una tribu, quien nos ofreció la hospitalidad, fué una pobre viuda. Para obsequiarnos, mató su último carnero y pidió pan prestado: díjnos que su marido y sus tres hijos habian muerto en la guerra contra los wahabi, tribu muy terrible de las cercanías de la Meca. Habiéndole manifestado nuestro asombro de que se despojase por nosotros:

—“El que entra en casa de un vivo, nos dijo, y no come en ella, es como si visitase a un muerto.”

Una tribu ya considerable se habia formado recientemente del modo siguiente: un beduino tenia una hija hermosísima, que el jefe de su tribu le pidió en matrimonio, pero él no quiso concedérsela, y para sustraerla á sus tentativas de seducción, huyó en secreto con toda su familia. Preguntando el jeque qué habia sido del uno, le respondió: *Serhan* (se ha ido).

Serhan, repuso (es un lobo), queriendo expresar así que era áspero de condicion, y desde entonces la tribu, de que aquel beduino llegó á ser cabeza, se ha llamado siempre la tribu El Serhan (la tribu del lobo).

Cuando un beduino es valiente y tiene buenos caballos, en poco tiempo se hace poderoso.

En fin, supimos que habia llegado el Drayhy á Mesopotamia. Por entonces Jeque Ibrahim tuvo que ir á Damasco á buscar mercancías y dinero, de que careciamos igualmente. Allí trabamos conocimiento con un beduino de una tribu de las orillas del Eufrates que se habia conservado neutral en el asunto de Nasser. Este beduino, llamado Gazens el Hamad, habia pasado á Damasco con algunos otros á vender manteca: se obligó á cargar nuestros géneros en sus camellos y á llevarnos á la tienda del Drayhy; pero ¡ah! no debiamos conseguirlo tan fácilmente.

Apenas llegamos á Corietain para recoger nuestras mercancías, que habiamos dejado allí depositadas, recibimos la noticia de una victoria de Zahér, hijo del Drayhy sobre Nasser, victoria que renovó la guerra con doble violencia: todas las tribus se pronunciaron por uno ú otro partido; la del Salkeh, tribu de nuestro conductor, habia sido atacada por el Drayhy, que llevaba adelante sus triunfos con encarnizamiento, y nadie se atrevia á atravesar el desierto. El señor Lascaris se desesperaba; no podia ni comer, ni beber, ni dormir; en fin, ecsasperado hasta el extremo de verse detenido en sus proyectos la pegó conmigo. Entonces le dije:

—“Ya es tiempo de esplicarnos. Si quereis lle-

“gar adonde está el Drayhy para comerciar, la
 “empresa es insensata y renuncio á seguirs: si
 “teneis otros proyectos y motivos suficientes para
 “exponer la vida, decídmelo y me hallaréis pron-
 “to á sacrificarme por vos.”

—“Pues bien, hijo mio, me respondió, voy á
 “confiarme á tí; sábete que el comercio no es mas
 “que un pretexto para ocultar una mision que se
 “me ha dado en Paris: estas son mis instrucciones,
 “divididas en diez puntos:

1. Salir de Paris para Alepo.
2. ° Buscar en este pueblo un árabe fiel y tomarle á su servicio en calidad de dragoman.
3. ° Perfeccionarme en su lengua.
4. ° Ir á Palmira.
5. ° Penetrar entre los beduinos.
6. ° Conocer á todos sus jefes y ganar su amistad.
7. ° Reunirlos á todos en una misma causa.
8. ° Hacerles romper todo pacto con los osmanlis.
9. ° Reconocer todo el desierto, las paradas, los sitios donde se hallan agua y pastos hasta las fronteras de la India.
10. ° Volver á Europa sano y salvo despues de haber cumplido mi mision.”

—¿Y despues? le dije....

Pero me impuso silencio y me dijo:

—“Acuérdate de nuestras condiciones; de todo
 “te iré instruyendo á medida que vaya siendo
 “necesario. Bástete ahora saber que quiero lle-
 “gar á la tienda del Drayhy aunque me cueste
 “la vida.”

Esta media confianza me turbó como era natu-
 ral y ahuyentó el sueño de mis ojos: hallar difi-
 cultades casi insuperables y no entrever mas que
 muy confusamente las ventajas de mi sacrificio, era
 situacion harto dura mas con todo tomé la resolu-
 cion de ir hasta el fin, pues me habia obligado á
 ello, y no pensé mas que en los medios de salir ai-
 roso de mi empeño. Mi barba habia crecido, esta-
 ba perfectamente versado en el lenguaje de los be-
 duinos, y determiné ir solo y á pié á ver al Drayhy,
 pues este era el único medio de conseguirlo. Fuí á
 ver á mi amigo Wardi, el que me habia vuelto á la
 vida metiéndome en el vientre del caballo, y le co-
 muniqué mi proyecto. Despues de haber procura-
 do disuadirme de él, previniéndome que las fatigas
 serian grandes, que tendria diez dias de penoso ca-
 mino, que tendríamos que escondernos de dia, que
 no podriamos llevar con nosotros mas que lo estricta-
 mente necesario, viendo que no podia hacerme
 retroceder, se obligó á servirme de guía mediante
 una crecida suma de dinero. Cuando comuniqué
 mis proyectos al señor Lascaris, me hizo tambien
 amistosas objeciones sobre los peligros á que me

esponia; pero sin embargo ví que en el fondo estaba muy contento de mí.

Arreglamos todos nuestros asuntos, quedé en escribirle por la vuelta de mi conductor apenas llegase adonde estaba el drayhy, y ya estaba muy entrada la noche cuando nos acostamos. Yo estaba muy agitado y de ello se resintió mi sueño, tanto que desperté al señor Lascaris. Soñaba yo que hallándome en la cima de una escarpada peña, á cuyo pié corria un rápido rio que no podia atravesar, me tendí a la orilla del precipicio, y que de repente un árbol echó raíces en mi boca; que crecía y estendia sus ramos como una tienda de verdura; pero creciendo me desgarraba la garganta, sus raíces penetraban en mis entrañas, y el dolor me arrancaba violentos alaridos. Cuando conté mi sueño á Jeque Ibrahim, se admiró, y me dijo que era de excelente agüero, y que me anunciaba un gran resultado despues de muchos afanes.

Era preciso que me cubriese de andrajos para no escitar ni las sospechas ni la codicia si llegaban á vernos. Voy a describir mi arreo de camino:— una camisa de algodón muy tosca, toda remendada; un gombaz sucio y roto, un café muy viejo con un pedazo de lienzo, que fué blanco, por turbante; una capa de piel de carnero que habia perdido la mitad de su lana, y unos zapatos que á fuerza de piezas y composturas pesaban cuatro libras; a mas

un cintaron de cuero, del que pendia un cuchillo de dos filos; avios de echar yescas, un poco de tabaco y una pipa: me tizné toda la cara, y cuando me presenté con esta facha a Jeque Ibrahim para despedirme de él, se echó a llorar y me dijo:

—“Dígnese el Señor darte fuerzas para llevar a cabo tu generoso intento! Todo lo deberé á tu perseverancia. El Todopoderoso te acompañe y te guarde de todo peligro; ciegue á los malos y te traiga con bien para que yo pueda recompensarte!”

No pude entónces contener mis lágrimas, pero pronto la conversacion tomó un giro menos triste, y Jeque Ibrahim me dijo que si iba á Paris en aquel equipaje, fácilmente podria ganar la vida enseñándome por dinero. Cenamos, y al anocheecer me puse en camino. Hasta media noche anduve sin cansarme; pero entonces empezaron a hincharseme los piés, y como los zapatos me hacian daño, me los quité, pero entónces me lastimaban cruelmente los guijarros y las espinas de la planta que pastan los camellos.

Quise volverme a calzar, pero no pude, y aunque con gran trabajo, caminé hasta la mañana. Una pequeña gruta nos ofreció un abrigo para el día: vendéme los piés, envolviéndolos en un giron que arranqué de mi vestido, y me dormí sin tener fuerzas para tomar ningun alimento. Todavía estaba

durmiendo cuando me llamó mi guía para partir; pero como tenia los piés tan hinchados, y me faltaba el ánimo, quise esperar al día siguiente.—Mi conductor me echaba en cara mi debilidad.

—“Ya sabia yo, me dijo, que érais demasiado delicado para un viage como este; bien os lo anuncié. Es imposible que nos quedemos en este sitio; si pasamos aquí la noche, tendremos que pasar tambien el día de mañana; se nos acabarán las provisiones y nos morirémos de hambre en el desierto.—Mas vale renunciar a nuestra empresa y volvernos mientras es tiempo todavía.”

Estas palabras me reanimaron y partí; arrastréme á duras penas hasta cerca de media noche, y llegado que hubimos á un llano donde la arena formaba grandes ondulaciones, descansamos allí hasta el amanecer. La primera claridad nos hizo ver á lo lejos dos bultos que nos parecieron camellos; mi guía muy asustado, abrió un agujero en la arena para escondernos, y en él nos enterramos hasta el cuello. En esta penosa situacion estábamos, con los ojos fijos en los supuestos camellos, cuando hácia el mediodia exclamó Wardi:

—“¡Loado sea Dios! no son camellos, sino avestruces.”

Entonces salimos muy contentos de nuestro agujero, y por primera vez desde nuestra partida co-

mí un poco de torta y bebí una gota de agua. Allí nos quedamos hasta la noche, aguardando al instante de ponernos en camino; como estábamos entonces en medio de los arenales, sufría menos el andar. Pasamos el día siguiente durmiendo; nos hallábamos en frente de Palmira, al mediodia. El amanecer, despues de la cuarta noche, nos sorprendió en la orilla de un gran río llamado el Rabib, que corria del mediodía al Norte; mi guía se desnudó y me llevó a costas hasta la otra márgen y volvió á recoger sus vestidos. Quise descansar, pero me dijo que no seria prudente pararse en un sitio donde el río era vadeable, y en efecto, no habíamos caminado media hora, cuando vimos acercarse al río quinientos beduinos bien montados que iban de Levante á Poniente. Habiendo encontrado unas matas, allí nos detuvimos hasta el anochecer.

La sexta noche nos llevó á algunas horas del Eufrates, y el séptimo día ya estaba hecho lo mas difícil; si no me hubieran atormentado tanto los pies, hubiera podido olvidar todas mis fatigas en vista del magnífico espectáculo de la salida del sol en las orillas de aquel hermosísimo río. Unos beduinos hospitalarios, cuyo oficio es hacer pasar de una orilla á otra, nos llevaron á sus tiendas, donde por primera vez comimos muy bien: allí tomamos informes acerca del Drayhy, que se hallaba á tres días de distancia entre Zaité y Zauer.

Acababa de ajustar la paz con el emir Fahed, imponiéndole un tributo; me hablaron mucho de su talento guerrero y de su formidable valor, de su intencion de acabar con Mehanna y Nasser y de volver á su desierto junto a Bassora y Bagdad. Estas noticias eran las que yo mas podia desear, é inmediatamente hice mi plan.

Pedí un guía para llevarme adonde estaba el Drayhy, diciendo á los beduinos que era un comerciante de Alepo, que tenia un corresponsal en Bagdad que me debía veinticinco mil piastras y que acababa de quebrar; que como la guerra entre los beduinos habia interceptado las comunicaciones, no habia tenido mas recurso que aventurarme solo, é ir á ponerme bajo la proteccion del Dayhy para llegar á Bagdad, donde estaba comprometido todo mi caudal. Aquellos buenos beduinos hacian votos porque Alá me hiciese recobrar mi dinero, y el mismo Wardi se tomó mas interés en mi viage desde que comprendió toda su importancia. Despues de haber pasado el dia examinando la tribu Beny-Tay, partimos al dia siguiente bien escoltados, y nada interesante nos aconteció en nuestra marcha. El tercer dia, al ponerse el sol, vimos las cinco mil tiendas del Drayhy, que cubrian el llano hasta cuanto alcanzaba la vista, rodeadas de camellos, de caballos y de rebaños que ocultaban el suelo; jamas ví semejante espectáculo de poderío y riqueza.

La tienda del emir, en el centro, tenia ciento sesenta pies de longitud.

Recibióme muy cortesmente, y sin hacerme ninguna pregunta, me propuso que cenase con él.

Despues de cenar me dijo:

“¿De dónde venís? ¿A dónde vais?” Respondile como habia respondido á los beduinos del Eufrates:

“Seais bien venido, repuso entónces; vuestra llegada derrama mil bendiciones. Si Dios quiere lograreis vuestro intento; pero con arreglo á nuestra costumbre, no podemos hablar de negocios hasta despues de conceder tres dias á la hospitalidad y al descanso.” Díle las gracias y me retiré.

Al dia siguiente despaché á Wardi con una carta para el señor Lascaris.

El Drayhy es hombre de unos cincuenta años, alto y de hermosa presencia, con poca barba y muy blanca: su mirada es altiva; pasa por el mas capaz de todos los caudillos de tribus: tiene dos hijos, Zaer y Sahdoun, ambos casados, y que habitan la misma tienda que él. Su tribu, llamada El Dualla, es numerosa y muy rica.

La casualidad me favoreció maravillosamente desde los primeros dias de mi llegada: el emir necesitaba un secretario; yo me ofrecí á serlo por el pronto, y no tardé en ganar su confianza con mis consejos, y con los informes que podia darle sobre

las tribus que habia estudiado. Cuando le hablé de mi asunto, manifestó tanto sentimiento de verme partir, que hice como que cedia á sus instancias.

Entonces me dijo:

“Si quereis quedaros conmigo, seréis como mi hijo: cuanto digais se hará.”

Aprovechéme de su confianza para instarle pasar el Eufrates, con el fin de acercarle á Jeque Ibrahim, manifestándole lo mucho que podia ganar su influjo sobre las tribus del pais, separándolas de Nasser; representéle los muchos regalos que tendrían que hacerle, el terror que inspiraría á los osmanlis, y el daño que causaria á sus enemigos consumiéndoles sus pastos. Como aquella era la primera vez que salia del desierto de Bagdad para pasar á Mesopotamia, mis consejos y mis informes le eran muy provechosos y los siguió. La partida ofrecia un espectáculo soberbio; los ginetes iban delante en caballos de raza, las mugeres en *hau-dags* cubiertos de ricas telas, encima de los dromedarios, rodeadas de esclavas negras. Hombres cargados de provisiones recorrriun toda la caravana gritando: “¿Quién tiene hambre?” y distribuyendo pan, dátiles, &c. De tres en tres horas hacíamos alto para tomar café, y por la noche se levantaban las tiendas como por encanto. Seguíamos las orillas del Eufrates cuyas transparentes

aguas brillaban como plata; yo iba caballero en una yegua de pura sangre árabe, y todo el viage me pareció como una marcha triunfal que contrastaba grandemente con el que acababa de hacer recorriendo el mismo pais, cubierto de harapos y con los piés ensangrentados.

El cuarto dia, el emir Zahed nos salió al encuentro con mil ginetes, y hubo toda especie de juegos, a caballo y con la lanza: por la noche, el Drayhy, sus hijos y yo, fuimos a cenar a la tribu de Zahed.

Al dia siguiente atravesamos el rio y nos acampamos en el territorio de Damasco, caminando siempre hácia poniente, y nos acampamos en El Jaffet, en el bajalato de Alepo. Estendiose rápidamente la voz de la llegada del Drayhy y recibió este una carta de Mehanna que empezaba por sus títulos respectivos y proseguia así: “¡En nombre del Dios muy misericordioso salve! Hemos sabido con sorpresa que habeis pasado el Eufrates y que os entráis por las provincias que nos han dejado nuestros progenitores. ¿Habeis creído que vos solo podriais devorar el pasto de todos los pájaros? Sabed que tenemos tantos guerreros que no podemos conocer su número; ademas nos sostendrán los valientes osmanlis á quienes nada puede resistir; por tanto os aconsejamos que os volvais como habeis venido, ó de lo contrario, todas las

“desgracias caerán sobre vos, y el arrepentimiento llegará tarde.”

Al leer esta carta, vi al Drayhy palidecer de cólera; sus ojos vibraban llamas. Después de un momento de silencio:

“Kratib, exclamó con voz terrible, tomad la pluma y escribid à ese perro.”

He aquí su respuesta:

“Hemos leído vuestras amenazas que no pesan un grano de mostaza. Yo humillaré vuestra bandera y purificaré la tierra de vuestra presencia y de la de vuestro renegado hijo Nasser. Por lo que hace al territorio que reclamais, el sable decidirá esta cuestión: pronto me pondré en camino para esterminaros. Apresurados, la guerra está declarada.”

Entonces dirigiéndome al Drayhy:

“Tengo un consejo que daros, le dije; sois extranjero aquí y no sabéis qué partido tomarán las tribus del país. Mehanna cuenta con el afecto de los beduinos y el apoyo de los turcos, y vos vais á emprender la guerra sin conocer el número de vuestros enemigos. Si sufris una primera derrota, todos se coligarán contra vos y no tendréis fuerzas para resistir; con que así lo que tenéis que hacer es enviar mensajes á los jeques de las cercanías para anunciarles que venís á destruir las tiendas de Melkghem, para libertarlas del yugo de los osmanlis y pedirles que se

“pronuncien. Conociendo así vuestras fuerzas, podreis compararlas con las suyas y obrar en consecuencia.”

“Verdaderamente sois hombre de buen consejo,” respondió el Drayhy encantado de mi idea.

“Yo no soy nada por mí mismo, repuse, y si algo sé es gracias a mi patron, hombre lleno de sabiduría y de esperiencia, muy versado en los negocios, y el único capaz de daros consejos. Quedariais encantado de él si le conocierais: estoy seguro de que si estuviera a vuestro lado, con ayuda de su sagacidad, llegariais á ser el gefe de todos los beduinos.”

“Ahora mismo voy á enviar cien ginetes á buscarle,” repuso al punto el Drayhy.

“Todavía estamos muy lejos, le dije: el viage sería demasiado dificultoso; cuando estemos mas cerca de Corietain, yo os lo haré conocer.”

Temiendo por jeque Ibrahim algun mal encuentro, queria yo estar junto á él para conducirle, pues le tenia tanto cariño que me hubiera sacrificado mil veces por servirle.

Volvamos á nuestro consejo de guerra. El Drayhy me dió una lista para escribir á diez de los principales jeques de las tribus: he aquí el tenor de su carta.

“He dejado mi país por venir á libertaros de la tiranía de Nasser, que quiere subyugaros con la fuerza de los turcos, cambiar vuestros usos y so-

“ meteros à los osmanlis. Yo vengo á declararle
 “ la guerra; decid con franqueza si estais por él ó
 “ por mí, y que los que quieran ayudarme vengan
 “ á reunirse conmigo.

“ ¡Salve!”

Despues de despachar diez caballeros con estas cartas, al dia siguiente avanzamos hasta el vasto y hermoso territorio de Chaumeric, á treinta horas de Hama. Despues de una breve ausencia, volvieron nuestros mensajeros: el emir Douhy y el jeque Salleme respondieron que se conservarian neutrales; el jeque Cassem, deudo de Mehanna, se declaró por él; las otras siete tribus vinieron á acamparse al rededor nuestro, prometiendo sus jeques al Drayhy dividir con él sus peligros hasta la muerte. Por nuestras espías supimos que Mehanna atemorizado habia enviado á Nasser á Hama, para pedir socorros á los osmanlis. El Drayhy reunió inmediatamente su ejército, compuesto de ocho mil hombres, seis mil caballos y mil *deloulmardoufs*, es decir, mil camellos, montados cada uno por dos hombres armados con fusiles de mecha, y partió el cuarto dia, dejando orden á las otras tribus de que le siguiesen dentro de dos dias, à fin de escitar mas el valor de los guerreros en el combate con la proesimidad de sus mugeres y de sus hijos. Quedéme con estos últimos y fuimos à acamparnos en El Jamié, á una hora de la tribu El Hassné, y á dos jornadas de Hama. Al quinto dia el Dray-

hy nos anunció que habia alcanzado una gran victoria, y poco despues llegaron los camellos, carneros, caballos, armas y demas botin cogido al enemigo. Los hombres que se habian quedado en las tiendas guardando el bagage, salieron al encuentro de los vencedores á pedir la parte de botin á que tienen derecho y pronto vimos llegar al ejército triunfante.

El Drayhy habia sorprendido á Mehanna algo de improvisó, durante la ausencia de Nasser; pero como la tribu de Hassné lanzó su clamor de guerra, los combatientes se hallaron casi iguales en número, y la batalla duró hasta la noche. Nuestros guerreros, despues de haber perdido veintidos de los suyos, y de haber hecho perder doble número al enemigo, se habian apoderado de sus ganados: Zaher cogió la yegua de Farés, hijo de Mehanna, lo que es entre los beduinos gloriosísima hazaña.

Despues de su derrota, pasó Mehanna el Oronte, al norte de Hama, y fué à acamparse junto á Homs, (para esperar á los osmanlis y volver con ellos à tomar su revancha. Efectivamente, al quinto dia, acudieron los pastores gritando que los turcos, conducidos por Nasser, se habian apoderado de los rebaños: al punto todos nuestros guerreros se lanzan en su seguimiento, los alcanzan y les dan una batalla mas terrible que la primera, durante la cual el enemigo hizo pasar à su campamento una gran parte de nuestros ganados. La

victoria quedó por los nuestros, que cogieron numerosos despojos á los turcos; pero la pérdida de nuestros rebaños era considerable. Solo perdimos doce hombres, entre los cuales se hallaba el sobrino del Drayhy Alí, cuya muerte fué universalmente llorada. Su tio pasó tres dias sin comer y juró por el Dios todopoderoso que daría muerte á Nasser, para vengar la de Alí.

Diariamente se repetían los ataques; los osmanlis de Damasco, de Homs y de Hama estaban consternados y procuraban reunir á todos los árabes del Horan y de la Idumea. Llegaron varias tribus del desierto, unas para reforzar al Drayhy y otras á Mehanna. Ninguna caravana podia pasar de un pueblo á otro: en casi todas las refriegas, el Drayhy sacaba la mejor parte. Un dia por una coincidencia singular, Farés nos arrebató ciento veinte camellos que estaban pastando á dos leguas de las tiendas, mientras que en el mismo instantes Zaher les arrebatava igual número de los suyos: esta expedicion simultánea fué causa de que ni uno ni otro fué perseguido, y así pudieron ambos llevarse su presa; pero aquella guerra de represalias, de botin y de rebaños, debia tomar en breve un carácter de ferocidad y esterminio. Dieron la señal de esta terrible mudanza los turcos dallatis, al mando de Nasser, que, habiendo arrebatado á la tribu Beny Kraleb dos matronas y una doncella, se las llevaron á la aldea Zany el Abedin; Nasser entregó las

matronas á los soldados y dió al agá la doncella que, en mitad de la noche, vengó su honor dando de puñaladas al turco dormido. Su vigoroso brazo le traspasó el corazon dejándole muerto en el acto, luego saliendo cautelosamente, se volvió á su tribu y por todas partes difundió la indignacion contra los beduinos que juraron morir ó dar muerte á Nasser, y llenar jarros con su sangre para distribuírseles á las tribus en memoria de su vengauza.

No tardó mucho en llegar el castigo: habiéndose trabado una refriega entre una partida al mando de Zaher, y otra al de Nasser, estos dos caudillos, que se aborrecian, se arremetieron uno a otro con el mayor encarnizamiento, quedando los beduinos de ambos bandos meros espectadores de aquel combate entre dos guerreros iguales en denuedo y destreza. Larga y terrible fué la lid; al cabo Nasser, rendido de cansancio su caballo, no pudo esquivar una lanzada de Zaher que le atravesó de parte a parte, con lo que cayó ecsánime; sus ginetes huyen ó entregan sus caballos (1). Zaher dividió en trozos el cuerpo de Nasser, le metió en una *cufa* (2) y le envió al campamento de Mehanna por medio de un prisionero a quien cortó las

(1) Cuando un beduino abandona voluntariamente su caballo al enemigo, este no puede matarle ni hacerle prisionero.

(2) Especie de canasto de junco.

narices:—en seguida se volvió á su tribu, contentísimo de su venganza.

Envió Mehanna a pedir socorro a los beduinos de Chamma (Sâmarcandia), de Negdde y a los wahabi, quienes prometieron acudir en el año siguiente, pues ya había llegado la ocasion de retirarse hácia el Oriente. Como estábamos acampados muy cerca de Corietain, propuse ir a buscar á Jeque Ibrahim, á lo que accedió gustoso el drayhy, y para ello me dió una buena escolta. No puedo pintar el placer que tuve en volver a ver al señor Lascarís, que por su parte me recibió con los brazos abiertos; yo le quería como a un padre, pues nunca conocí al mio, que perdí siendo muy niño.

Empleé la noche en contarle cuanto había pasado; al día siguiente, despidiéndonos de nuestros amigos, el cura Moussi y el jeque Selim, me llevé a Jeque Ibrahim que fué recibido por el drayhy con los mayores agasajos: el día de nuestra llegada nos dió un gran festin de carne de camello, que nos pareció menos mala que la primera vez, pues ya empezaba yo a acostumbrarme a los alimentos de los beduinos. Los camellos destinados para la matanza son blancos como la nieve, y nunca los cargan ni los fatigan; su carne es roja y muy crasa; las camellas tienen mucha leche; los beduinos la beben continuamente y dan el sobrante a sus caballos de raza, a quienes esta bebida fortifica

mucho; así consumen toda la leche porque no sirve para hacer manteca. Al fin acabamos por hallarla mas sabrosa que la de cabra ó de oveja.

Un ataque de los wahabi, a poco de la llegada del señor Lascarís, hizo perder al drayhy algunos ginetes y muchas cabezas de ganado. Al día siguiente, Jeque Ibrahim me llamó aparte y me dijo:

—“Estoy contento del drayhy: éste es seguramente el hombre que necesito; pero es indispensable que llegue a ser el gefe general de todos los beduinos, desde Alepo hasta las fronteras de la India; a tí te toca negociar este asunto por amistad, por amenazas ó por astucia, pues es preciso que se lleve á cabo.”

—“Difícil encargo me dais, le dije; cada tribu tiene su gefe: los beduinos son enemigos de la dependencia, y nunca se han sometido a ningun yugo; temo, si os empeñais en semejante negocio, que os suceda algun percance.”

—“Pues ello es absolutamente preciso, repuso el señor Lascarís, con que, usa aquí de toda tu capacidad; sin eso nada podremos conseguir.”

Mucho tiempo discurrí en los medios de entablar esta negociacion. El primer punto era inspirar á los beduinos una alta idea de Jeque Ibrahim, y para conseguirlo, como son supersticiosos y crédulos con exceso, preparamos algunos experimentos quí-

micos con fósforo y pólvora, esperando dejarlos pasmados. Efectivamente, por la noche, cuando los principales de la tribu estuvieron reunidos bajo la tienda del Drayhy, jeque Ibrahim, con ademan majestuoso y suma destreza, produjo efectos que los dejaron estupefactos: desde entonces fué para ellos un hechicero, un mago ó, mas bien, una divinidad.

Al dia siguiente me llamó el Drayhy y me dijo:

— ¡Oh Abdalla! tu patron es un Dios.

— “No, le respondí, no es mas que un profeta; lo que habeis visto ayer no es nada en comparacion del poder que ha adquirido con su profunda sabiduría; es un hombre único en este siglo. Sabed que, si él se empeña, es capaz de haceros rey de todos los beduinos: ha reconocido que el cometa que se apareció hace algun tiempo era vuestra estrella que es superior à las de todos los árabes, y que si seguís en un todo sus consejos, llegareis á ser poderosísimo.”

Esta idea le agradó sobre toda ponderacion: el deseo del mando y de la gloria se despertó con vehemencia en su alma y por una coincidencia verdaderamente extraordinaria, yo habia adivinado el objeto de su supersticion, pues exclamó apenas hube acabado: “Oh Abdalla! veo que dices la verdad y que tu patron es realmente un profeta; yo tuve un sueño hace algun tiempo en el que un reguero de fuego, desprendido de un co-

“meta, cayó sobre mi tienda y la consumió y tomé aquel fuego en mi mano y no me quemó. Aquel cometa era seguramente mi estrella.”

Entonces llamando á su muger, le dijo que me repitiese ella misma aquel sueño cual él se lo habia contado al despertarse. Aprovechéme de aquella circunstancia para dejar mas y mas asentada la superioridad de Jeque Ibrahim, y el Drayhy me prometió seguir en lo sucesivo todos sus consejos. El señor Lascaris, encantado de estos felices principios, eligió entre sus mercancías un bellissimo regalo para el Drayhy, que lo aceptó con el mayor placer, y vió en él la prueba de que no le hacíamos la corte con la mira de enriquecernos. Desde entonces nos hizo comer con su muger y sus nueras en el interior de la tienda, en vez [de comer en] el *rabha* con los forasteros. Su muger, descendiente de una gran familia y hermana de un ministro de Ebn Sihoud, se llama Sugar, y goza de una alta reputacion de valor y generosidad.

Mientras establecíamos nuestra influencia sobre el Drayhy, un enemigo subalterno trabajaba en la sombra en echar por tierra nuestras esperanzas y perdernos. En cada tribu hay un buhonero que vende á las mugeres géneros que trae de Damasco; el de la tribu, llamado Absi, ocupaba ademas el empleo de amanuense de l Drayhy; pero desde que nosotros llegamos, perdió juntamente su empleo y

sus parroquianos, por lo que naturalmente nos cobró mucho rencor y procuró por todos los medios posibles calumniarnos en el concepto de los beduinos, empezando por las mugeres, á quienes persuadía de que éramos unos mágicos, que queríamos llevarnos á las doncellas á un pais lejano, y echar un sortilegio á las casadas para que no tuviesen mas hijos; que de este modo se acabaria la raza de los beduinos, y los francos irian á conquistar y tomar posesion del pais. Pronto vimos el efecto de sus calumnias, sin conocer la causa; los doncellas huian cuando nos acercábamos; las casadas nos decian denuestos; las viejas se propasaban hasta el punto de amenazarnos: entre aquellos pueblos ignorantes y crédulos, donde las mugeres tienen sumo crédito, el peligro era inminente para nosotros.

Al cabo descubrimos los amaños de Absi, y se los declaramos al Drayhy, que quiso darle muerte inmediatamente, y no poco trabajo nos costó obtener que solo se le echaria de la tribu, con lo que no logramos mas que estender á otro punto su enojo contra nosotros. Una aldea, llamada Mohadan, tributaria en otro tiempo de Mehanna, habia llegado á serlo el Drayhy desde sus últimas victorias, y habiendo este enviado á pedir á dicho pueblo mil piastras que le debia, los vecinos, á instigacion de Absi, maltrataron al mensajero del emir, quien tomó venganza de aquel desafuero arrebatándole sus ganados. Persuadió Absi á los je-

fes del pueblo que fuesen con él á Damasco á declarar al Capidji Bashi que dos espías francos se habian apoderado de la confianza del Drayhy, le hacian cometer todo linage de injusticias y procuraban apartar á los beduinos de su alianza con los osmanlis. Esta delacion fué llevada á oidos de Soliman Bajá, que envió un *chokredar* al Drayhy con una carta amenazadora que acababa por mandarle que entregase los dos infieles á aquel enviado, quien los llevaria maniatados á Damasco, donde serian ajusticiados para escamiento.

Furioso el Drayhy de la insolencia de aquella carta, dijo al ministro musulman:

—“Por el que creó el cielo y la tierra, que si
“no estuviérais bajo mi tienda os cortaria la ca-
“beza y la ataria á la cola de mi caballo, que lle-
“varia la respuesta al visir. En cuanto á los dos
“extrangeros que están conmigo, no los entregaré
“sino con la vida: si los quiere, que venga á qui-
“tármelos por fuerza de armas.”

Llamé entonces aparte al Drayhy y le rogué que se calmara y me dejase arreglar aquel asunto. ®

Yo sabia que el señor Lascaris tenia relaciones de amistad con Soliman-Bajá, y que una carta suya produciria un efecto á que no se esperaba el Drayhy. El señor Lascaris, mientras estuvo con la expedicion francesa en Egipto, se casó con una georgiana, llevada por las mugeres de Murat Bey,

que resultó ser sobrina de Soliman-Bajá: con el tiempo tuvo ocasion de ir á Acre, su muger se hizo reconocer por parienta del bajá y este la colmó de atenciones y de regalos, igualmente que á su marido.

Escribió, pues, el señor Lascarisá Soliman Bajá, esplicóle que los supuestos espías eran él y su dragoman Fatalla Sayeghir; que cuanto le habian dicho contra el Drayhy era falso, y que era, por el contrario, muy del interés de la Puerta tenerle por amigo y favorecer su preponderancia sobre los demas beduinos. El *chokredar*, que temblaba por su vida, se dió prisa á llevar esta carta á Damasco, y volvió dos días despues con una respuesta de las mas amables para el Jeque Ibrahim, y una segunda carta para el Drayhy, cuyo contenido era el siguiente: despues de muchos cumplimientos al emir, añade:

“Hemos recibido una carta de nuestro querido
 “ amigo el gran Jeque Ibrahim que destruye las
 “ calumnias de vuestros enemigos y da los mejores
 “ testimonios de vos. Vuestra sagacidad nos
 “ es notoria; en lo sucesivo, os autorizamos á mandar
 “ en el decierto á vuestro arbitrio. No recibireis
 “ de nuestra parte mas que proceder de
 “ amigo; os recomendamos nuestros muy amados
 “ jeque Ibrahim y Abdalla. Su contento acrecentará
 “ nuestra amistad hácia vos, &c.”

El Drayhy y los otros gefes se admiraron mucho del gran crédito del jeque Ibrahim sobre el bajá y este incidente llevó al extremo su consideracion hácia nosotros.

Ya he dicho que al Drayhy le llamaban por sobrenombre el esterminador de los turcos: pregunté el origen de esta calificacion y he aquí lo que me contó el jeque Abdalla. Un día, habiendo robado el drayhy una caravana que iba de Damasco á Bagdad, el bajá sumamente irritado, pero no atreviéndose á vengarse abiertamente, disimuló segun la costumbre de los turcos, y le instó con lisongeras promesas, á ir á Bagdad. El Drayhy, franco y leal, no sospechando ninguna traicion, fué á ver al bajá con su ordinario séquito de diez hombres, é inmediatamente le cogieron, le ataron, le sepultaron en un calabozo y le amenazaron con cortarle la cabeza si no daba por su rescate, mil bolsas (un millon de piastras), cinco mil carneros, veinte yeguas de raza kaillan y veinte dromedarios. Dejó el Drayhy sus hijos en rehenes, fué á buscar aquel enorme rescate, y apenas le hubo pagado, no pensó mas que en la venganza. Reunió entonces el bajá sus tropas y salió con un ejército de 30,000 hombres y alguna artillería contra el Drayhy que, apoyado por algunas tribus aliadas, sostuvo la batalla por espacio de tres días seguidos, pero viendo este que no alcanzaba ninguna ventaja decisiva, se

retiró de noche en silencio, flanqueó el ejército del bajá, y colocándose entre él y Bagdad, le atacó de improviso por muchos puntos á la vez. Sorprendido de noche por el lado donde se hallaba sin defensa, apoderóse el terror del campo enemigo; desbandóse el ejército osmanli y el Drayhy hizo en él gran carnicería, apoderándose además de un inmenso botin; el bajá solo se escapó á duras penas y se encerró en Bagdad. Tal espanto inspiró esta proeza á los habitantes que, aun despues de la paz, su nombre siguió siendo un objeto de temor para ellos. Otros muchos triunfos del Drayhy me contó Abdalla, y acabó diciéndome que le gustaba mucho la grandeza y las dificultades y queria someterlo todo á su dominio.

Estas eran cabalmente las cualidades que Jeque Ibrahim queria hallar en él, por lo cual se afanzó mas y mas en su proyecto de hacerle dueño de todas las otras tribus; pero los Wahabi eran para él terribles adversarios que, pocos dias despues, cayeron sobre la tribu de Would Alí y se extendieron por el desierto para obligar a todos los beduinios a pagarles un diezmo. Atemorizadas por la procsimidad de aquellos formidables guerreros, varias tribus iban a someterse, cuando Jeque Ibrahim persuadió al Drayhy que su honor estaba empeñado en salir a campaña y declararse protector de los oprimidos. Alentadas por su ejemplo, todas las

tribus, escepto las de El Hasené y de Beni-Sakrer, hicieron alianza con él para rsistir a los Wahabi. Salió el Drayhy con un ejército de cinco mil ginetes y de dos mil *mardouffs*, y en diez dias no recibimos noticias suyas, con lo que estaba el campamento en suma inquietud, y aun empezaban a manifestarse síntomas de gran descontento contra nosotros, los instigadores de aquella peligrosa expedicion: probablemente hubiéramos pagado con la vida nuestra temeridad si hubiera durado mas tiempo la incertidumbre. El onceno dia a las doce, llegó un ginete a rienda suelta, tremolando su faja blanca en la punta de su lanza y gritando:—"Dios nos ha dado la victoria."

Jeque Ibrahim hizo magníficos regalos al portador de aquella feliz nueva, que venia a sacar a la tribu de una angustia mortal, y a nosotros de un gran peligro; todas las mugeres imitaron su ejemplo, cada cual segun sus facultades, y luego se entregaron á bulliciosos regocijos. Clamores y danzas al rededor de las hogueras encendidas por do quiera; matanzas de reces y preparativos de festines para recibir á los guerreros, ponian al campamento en insólita agitacion, y todo aquel movimiento ejecutado por mugeres, ofrecia el aspecto mas original que puede imaginarse. Al anochecer, todos salieron al encuentro del ejército victorioso, cuya polvareda se veia alzarse á lo lejos.

Apenas le encontramos, redoblaron los gritos; justas, carreras y todas las manifestaciones de júbilo posibles le acompañaron hasta el campamento. Después de la comida, nos hicimos contar las proezas de los guerreros.

Mandaba a los Wahabi un tremendo negro, medio salvaje, llamado Abó-Nocta. Cuando se prepara al combate, quítase el turbante y las botas, se arremanga los brazos hasta los hombros, y deja casi desnudo su cuerpo que es de un tamaño y de una fuerza muscular prodigiosos; tiene la cara casi cubierta por una larga y crespa cabellera y una barba que nunca se ha afeitado; sus ojos flameantes bajo aquel velo y todo su velludo cuerpo hacen tan extraño como espantoso su aspecto. Alcanzó el Drayhy á tres días de Palmira, en un terreno llamado Heroualma: el combate fué muy encarnizado por ambas partes, pero acabó con la fuga de Abó-Nocta, que partió para el país de Neggde dejando doscientos de los suyos en el campo de batalla. El Drayhy hizo buscar entre los despojos todo lo que habia sido robado á la tribu Would-Alí, y se lo devolvió; acto de generosidad que le concilió mas y mas el afecto de las otras tribus, que diariamente acudian a ponerse bajo su proteccion. Por todas partes cundió la fama de aquella victoria alcanzada sobre el terrible Abó Nocta: Soliman-Bajá envió al vencedor una pelli-

za de honor y un magnífico sable. Poco después de aquella batalla fuimos a acamparnos en la frontera del Horan.

Llegó un día á ver al drayhy un *mollah* turco, con el ancho turbante verde que distingue a los descendientes de Mahoma, un ropon blanco rozagante, los ojos tiznados y una barba inmensa; llevaba varias sertas de rosarios y el tintero en forma de puñal en el cinto. Iba montado en un burro y llevaba una flecha en la mano; el objeto de su venida era fanatizar á los beduinos y escitar en ellos un gran celo por la religion del profeta, con el fin de adherirlos á la causa de los turcos. Los beduinos son estremadamente sencillos y francos; no comprenden las diferencias de religion, y no llevan á bien que les hablen de estas materias: son deístas, invocan la proteccion de Dios en todas las circunstancias de la vida, y le atribuyen sus triunfos y sus reveses con humilde sumision; pero no tienen ninguna ceremonia obligatoria de culto, y no se pronuncian entre las sectas de Omar y de Alí que dividen á los orientales. Nunca nos preguntaron cuál era nuestra religion; cuando les dijimos que éramos cristianos nos respondieron:

—“Todos los hombaes son las criaturas de Dios, y son iguales delante de él; nadie debe informarse de la creencia de los demas.”

Esta discrecion de su parte convenia mas á nues-

tros proyectos que el fanatismo de los turcos; así fué que la llegada del *mollah* dió alguna inquietud á Jeque Ibrahim, que pasó á la tienda del drayhy, donde halló ya entablada la conferencia, ó mas bien empezada la predicacion, predicacion que los gefes escuchaban con ademan descontento. Como al llegar nosotros se levantaron para saludarnos, el *mollah* preguntó quiénes éramos, y cuando supo que éramos cristianos:

—“Está prohibido, dijo, por las leyes de Dios
“ levantarse para infieles; todos seréis malditos
“ por tener comercio con ellos; vuestras mugeres
“ seran ilegítimas y vuestros hijos serán bastar-
“ dos. Así lo decretó nuestro señor Mahoma,
“ cuyo nombre veneran los siglos.”

Sin esperar el fin de su discurso, levántase furioso el Drayhy, le coge por la barba, le tira al suelo y desenvaina su sable; Jeque Ibrahim se precipita à él, le detiene el brazo rogándole que se modere, y al fin el emir consiente en cortarle la barba en vez de la cabeza y le echa ignominiosamente.

Atacó el Drayhy á la tribu de Beni-Sakrer, la única que todavía se le oponia en el pais, y la batió completamente:

Llegado que hubo el otoño, empezamos á volver hácia el Levante. Al acercarnos á Homs, envió el gobernador al Drayhy cuarenta camellos carga-

dos de trigo, diez *machlas* y una pelliza de honor. Un dia Jeque Ibrahim me llamó á un lado, y me dijo:

—“Vamos al desierto y se nos han acabado las
“ mercancías; ¿qué harémos?”

—“Dadme vuestras órdenes, le respondí. Iré
“ en secreto á Alepo á buscar lo que nos haga falta, y me comprometò à no hacerme conocer ni
“ aun de mi familia.”

Convenimos en que me reuniria con la tribu en Zour, y fuí á Alepo, donde me hospedé en un khan poco frecuentado y distante de todas mis relaciones. Envié á un extranjero á cobrar quinientos talarís en casa del corresponsal del señor Lascaris, lo que era un exceso de precaucion, porque con mi larga barba, mi vestido y mi lenguaje beduinos, ningun riesgo corria de ser conocido, de lo cual me convencí yendo a comprar yo mismo las mercancías al bazar; en él encontré a varios amigos míos, y me divertí en tratarlos con groseria; pero a aquellos momentos de alegres bromas sucedieron otros harto amargos. Continuamente pasaba yo y repasaba por delante de la puerta de mi casa, esperando ver a mi hermano ó a mi pobre madre: mis deseos de ver a esta última sobre todo, eran tan vivos, que veinte veces estuve a punto de quebrantar mi palabra; pero la conviccion de que no me permitiria volver con el señor Lascaris, fortifi-

caba mi valor, y al cabo de seis dias tuve que arancarme de Alepo sin haber obtenido noticia alguna de mis parientes:

Reuníme con la tribu en las orillas del Eufrates enfrente de Daival-Chahar, donde todavia existien hermosas ruinas de una antigua ciudad. Hallé a los beduinos ocupados, antes de atravesar el rio, en vender reses ó en cambiarlas por mercancías con los buhoneros de Alepo. Los beduinos no tienen ninguna idea del valor del metálico, ni quieren recibir oro en pago, por no conocer mas que los *talarís* de plata: prefieren pagar demasiado ó no recibir bastante, á contar por quebrados, y los mercaderes, que conocen esta manía, abusan de ella con mucha maña. Ademas de los trueques, la tribu vendió por valor de 25,000 *talarís*, y cada cual metió su dinero en un costal de harina para que no sonase al cargar y descargar.

Al pasar el Eufrates ocurrió un suceso trágico, y fué que la corriente se llevó a una muger y dos niños montados en un camello, sin que fuese posible socorrerlos. Hallamos la Mesopotamia cubierta de tribus de Bassora y de Bagdad; todos los dias venian sus gefes a cumplimentar al Drayhy por su victoria y a hacer conocimiento con nosotros, porque la fama de Jeque Ibrahim habia llegado a su noticia, y le agradecian el haber aconsejado la guerra contra los wahabi, cuya codicia y

rapiña les eran insoportables. Su rey, Ebn Sihoud, tenia la costumbre de enviar un *mezakie* á contar los rebaños de cada individuo, y a recaudar el diezmo, enidando siempre de llevarse lo mejor: luego hacia registrar las tiendas desde la del jeque hasta la del último infeliz, para hallar el dinero escondido, del que tambien pretendia el diezmo: era sobre todo odioso a los beduinos, porque, fanático hasta el extremo, escigia las abluciones y las oraciones cinco veces al dia, y castigaba de muerte á los infractores. Cuando habia obligado á una tribu á hacer la guerra por él, léjos de repartir con ella las ganancias y las pérdidas, se apoderaba del botin y no dejaba a sus aliados mas que los muertos que llorar: así fué como poco a poco los beduinos iban siendo esclavos de los wahabi, por falta de un gefe capaz de hacer frente á Ebn Sihoud.

Acampámonos en un terreno llamado Nain el Raz, á tres jornadas del Eufrates, donde el emir Farés el Harba, gefe de la tribu el Harba del territorio de Bassora, vino á hacer alianza ofensiva y defensiva con el drayhy. Cuando los gefes tienen que tratar de algun negocio importante, salen del campamento y tienen su conferencia en un sitio apartado, que es lo que se llama *dahra*, asamblea secreta. Jeque Ibrahim, habiendo sido llamado al *dahra*, manifestó alguna desconfianza de Farés, temiendo que fuese el espía de los Wahabi.

El Drayhy le dijo:

“Vos juzgais á los beduinos como á los osmanlis; sabed que el caracter de ambos pueblos es enteramente opuesto. La traicion no es conocida entre nosotros.” Despues de esta declaracion, todos los jeques presentes al consejo se dieron mutuamente su palabra.

Jeque Ibrahim se aprovechó de aquella disposicion de los ánimos para proponerles ajustar un tratado por escrito, que seria firmado y sellado por todos los que sucesivamente quisiesen entrar en la alianza contra Ebn Sihoud, lo que era dar un gran paso en el interés de Jeque Ibrahim, y en consecuencia redacté el empeño en estos términos:

“En el nombre del Dios de misericordia que con su fuerza nos ayudará contra los traidores.

“Le damos gracias por todos sus beneficios; le damos gracias por habernos hecho conocer el bien y el mal, por habernos hecho amar la libertad y aborrecer la esclavitud; reconocemos que es el Dios todopoderoso y único y que él solo debe ser adorado.

“Declaramos que nos hemos reunido por nuestra propia voluntad y sin ningun apremio; que todos estamos sanos de cuerpo y de espíritu, y que hemos resuelto por unanimidad seguir los consejos de Jeque Ibrahim y de Abdalla El Kratib en el interés de nuestra prosperidad, de

“ nuestra gloria y de nuestra libertad. Los artículos de nuestro tratado son:

- “1.º Separarnos de los osmanlis.
 - “2.º Hacer una guerra á muerte á los wahi.
 - “3.º No hablar nunca de religion.
 - “4.º Obedecer á las órdenes dadas por nuestro hermano el gran Drayhy Enb Chabllan.
 - “5.º Obligar á todo Jeque á responder de su tribu, y á guardar el secreto sobre este convenio.
 - “6.º Reunirnos contra las tribus que no subscriban á él.
 - “7.º Acudir todos en auxilio de los que firman el presente tratado, y reunirnos contra sus enemigos.
 - “8.º Castigar de muerte á los que infrinjan la alianza.
 - “9.º No dar oido á ninguna calumnia contra Jeque Ibrahim y Abdalla.
- “Nosotros los infrascriptos aceptamos todos los artículos de este tratado, y los sostendremos en nombre del Dios todopoderoso y de sus profetas Mahoma y Alí, declarando por la presente que estamos decididos á vivir y morir en esta union.”

FECHADO, FIRMADO, SELLADO.

Fecha el 12 de Noviembre de 1811.

Todos los presentes aprobaron y firmaron.

Poco tiempo despues, estando acampado en la hermosa y vasta llanura de El Rané, el Drayhy envió correos à las otras tribus para invitarlas à firmar este tratado: varios gefes vinieron à poner en él sus sellos, y los que no los tenían hicieron en él una señal con el dedo. Entre aquellos gefes, me llamó la atencion un maucebo que, desde la edad de 15 años gobernaba la tribu El Ollama: los que la componen son muy superiores à los otros beduinos, cultivan la poesia y son en general instruidos y muy elocuentes. Aquel gefe nos contó el origen de su tribu.

Un beduino de Bagdad gozaba de gran reputacion de sagacidad. Un dia fué un hombre à verle y le dijo: "Hace cuatro dias que ha desaparecido mi muger y que la estoy buscando en vano; tengo tres hijos que lloran, estoy desesperado y vengo à rogaros que me ayudeis con vuestros consejos." Aliaony consuela à aquel desgraciado le escita à quedarse con sus hijos y le promete buscar à su muger y llevársela, muerta ó viva. Despues de tomar los mas prolijos informes, averigua que aquella muger era muy hermosa; él tenia un hijo muy libertino y que tambien estaba ausente hacia pocos dias; la sospecha atraviesa su mente como un relámpago; monta en un dromedario y recorre el desierto. Ve à lo lejos unas águilas

reunidas, acude, y halla en la entrada de una gruta el cadáver de una muger. Ecsamina los sitios y ve las pisadas de un camello; halla à sus pies una parte de los flecos de unas alfombras, coge este mudo testigo y se vuelve atras. De vuelta en su tienda, ve llegar à su hijo, en cuyas alforjas desgarradas faltan los fatales flecos. Reprendido à speramente por su padre, el jóven confiesa su crimen; Aliaony le corta la cabeza, envia buscar al marido y le dice: "Mi hijo es quien ha dado muerte à vuestra muger; le he castigado y ya estais vengado; tengo una hija y os la doy en matrimonio." Este rasgo de bárbara justicia aumenta la fama de Aliaony, que fué elegido gefe de su tribu, y de su nombre se formó el de El Ollama, que significa sabio, denominacion que la tribu continúa justificando.

A medida que avanzábamos hácia Bagdad, nuestro tratado se cubria diariamente de nuevas firmas.

Cuando salimos de El Rané fuimos à acamparnos en Ain El Oussada, junto al rio El Cabour. Durante nuestra residencia en este punto, un correo despachado al jeque Giaudal, gefe de la tribu El Wualdi, habiendo sido muy mal recibido, volvió portador de palabras ofensivas para el Drayhy. Sus hijos querian tomar venganza inmediatamente; pero à ello se opuso Jeque Ibrahim, haciéndoles presente que siempre estarian à tiempo para hacer

la guerra, y que era preciso antes tentar la via de la persuasion. Propuse al emir ir yo mismo à buscar à Giaudal para esplicarle el caso, y aunque empezó por negarse à ello, al cabo cedió á mis argumentos y partí acompañado de dos beduinos. Giaudal me recibió con enojo, y cuando supo quién yo era me dijo:

“Si os hubiera encontrado en cualquiera parte que no fuera en mi tienda, no hubierais vuelto à comer pan; agradecead à nuestros usos, que me prohíben daros muerte.”

“Las palabras no matan al hombre, le respondí; soy vuestro amigo, no deseo mas que vuestro bien y vengo à pedir os una conferencia secreta. Si lo que tengo que deciros no os satisface, me volveré sin tardanza.” Viéndome tan sereno, se puso en pié, llamó à su hijo mayor, y me llevó fuera de las tiendas; sentámonos en el suelo en corro y empecé en estos términos:

—“¿Qué preferís? la esclavitud ó la libertad?”

—“¡La libertad sin duda!”

—“¿La union ó la discordia?”

—“¡La union!”

—“La grandeza ó la humillacion?”

—“¡La grandeza!”

—“¿La pobreza ó la riqueza?”

—“¡La riqueza!”

—“¿La derrota ó la victoria?”

—“¡La victoria!”

—“¿El bien ó el mal?”

—“¡El bien!”

—“Nuestro objeto es proporcionaros todas estas ventajas; queremos libertaros de la esclavitud de los wahabi y de la tiranía de los osmanlis, reuniéndonos todos à fin de hacernos fuertes y libres. ¿Pór qué os resistis à ello?”

“Lo que decís es plausible, me respondió; pero nunca serémos bastante fuertes par resistir à Ebn Sihoud.”

“Ebn Sihoud es un hombre como vosotros, le dije; es ademas un tirano, y Dios no favorece à los opresores; lo que da la superioridad no es el número, sino la inteligencia; no es el sable el que corta la cabeza, sino la voluntad que le dirige.”

Todavía duró largo rato nuestra conferencia; pero acabé por convencerle y persuadirle à que me acompañase à la tienda del Drayhy, que quedó muy contento del resultado de mi negociacion.

Fuimos en seguida à acamparnos junto à los montes de Sangiar, que están habitados por adoradores del espíritu malo. La principal tribu del pais, mandada por Hammoud El Tammer, está establecida junto al rio Sagiour y nunca viaja como las demas. Hammoud se resistió mucho tiempo à entrar en la alianza, con cuyo motivo seguí una larga correspondencia con él, y habiénoale persua-

dido en fin que se uniese á nosotros, hubo en esta ocasion grandes fiestas y regocijos por ambas partes. Hammoud convidó al Drayhy á ir à verle y le recibió magníficamente; mataron cinco camellos y treinta carneros para la comida, que se sirvió en el suelo fuera de las tiendas. Las fuentes estañadas parecian de plata; cada una de ellas, que era la carga de cuatro hombres, contenia una montaña de arroz de seis pies de altura, coronada por un carnero entero ó un cuarto de camello. En otras fuentes menores iba un carnero asado ó una pata de camello; una multitud de dátiles y otras frutas secas, llenaban los intervalos. Su pan es excelente: sacan el trigo de Diabekir y el arroz de Marbach y de Mallatia. Cuando estábamos sentados al rededor de aquel festin, no podiamos distinguir las personas que teniamos en frente. Los beduinos de esta tribu van vestidos mas ricamente que los demas; las mugeres son muy bonitas; llevan vestidos de seda, muchos brazaletes y pendientes de oro y plata, y un anillo de oro en la nariz.

Despues de algunos dias pasados en las fiestas, proseguimos nuestro viage y nos acercamos á un rio, ó mas bien á un brazo del Eufrates que le une al Tigris. En aquel punto nos llegó un correo que, montado en un dromedario, habia cruzado una distancia que ecsige treinta jornadas al paso de caravana, venia del pais de Neggde, y le enviaba un jeque amigo para prevenir al Drayhy del furor

Ebn Sihoud, de sus proyectos y de las alianzas que formaba contra él: desesperaba de verle nunca en hacer cara en la tempestad y le instaba con empeño á hacer la paz con los Wahabi. Escribí en nombre del Drayhy, que no hacia mas caso de Ebn Sihoud que de un grano de mostaza, poniendo su confianza en Dios, que es el único que da la victoria; luego con diplomática astucia, insinué que los ejércitos del Gran-Señor apoyarian al Drayhy, que queria sobre todo abrir el camino para las caravanas y libertar á la Meca del dominio de los Wahabi. Al dia siguiente atravesamos el gran brazo del rio en barcas, y fuimos á acamparnos al otro lado, en la inmediacion de la tribu El Cherarab, famosa por su valor; pero tambien por su ignorancia y su obstinacion.

Habiamos previsto la suma dificultad que habria para captarnos su voluntad, no solo á causa de estos defectos, mas tambien á causa de la amistad que ecsiste entre su gefe Abed y Abdallah, primer ministro del rey Ebn Sihoud. En efecto, se negó á entrar en la alianza, y el Drayhy consideró inútil toda negociacion, diciendo que el sable lo decidiria todo. Al dia siguiente, Sahen, con quinientos ginetes, fué á atacar á Abeld, y volvió al cabo de tres dias, habiéndole cogido ciento cuarenta camellos y dos yeguas de gran valor, sin perder mas que ocho hombres; pero por ambos lados hubo muchos

heridos. En aquella ocasion fuí testigo de una cura extraordinaria: un jóven, pariente de Sahen, volvió sobre unas andas con la cabeza abierta de un tajo, con siete sablazos en el cuerpo y una lanza metida en las costillas. Inmediatamente se procedió á extraerle la lanza, que le salió por el lado opuesto; durante la operacion se volvió á mí y me dijo:

—“No tengas pena por mí, Abdalla, que de esta no moriré.”

Y alargando la mano cogió mi pipa y empezó á fumar tranquilamente, como si las nueve heridas abiertas estuviesen en otro cuerpo.

Al cabo de veinte dias estaba completamente curado y montaba á caballo como ántes; por único medicamento le habian dado á beber leche de camella mezclada con manteca fresca, y por único alimento algunos dátiles, igualmente mezclados con manteca.

De tres en tres dias le lavaban las heridas con orina de camello. —Dudo que un cirujano europeo con todo su aparato hubiese obtenido una cura tan completa en tan poco tiempo.

De dia en dia iba siendo mas seria la guerra; Abedd reunia a sus aliados para rodearnos, lo que nos obligó a ir a acamparnos en las arenas de Caférié, donde no hay agua: las mugeres tenian que ir a buscarla al rio, en odres cargadas en camellos.

La gran cantidad necesaria para abreviar los ganados, hacia sumamente penoso este trabajo.

Al cabo de tres dias vinieron muy asustados los pastores á decirnos que los guerreros de Abedd se habian llevado ochocientos camellos, mientras los conducian al rio. El drayhy, para vengarse de este ultrage, mandó levantar el campo y avanzar rápidamente sobre la tribu el Chararah, resuelto a atacarla con todas sus fuerzas reunidas. Un dia y una noche anduvimos sin detenernos, y levantamos diez mil tiendas a media legua del campamento de Abedd. Una sangrienta y general batalla era entonces inminente, y así me aventuré á hacer una última tentativa para evitarla, si todavia era tiempo.

Los beduinos profesan el mayor respeto a las mugeres, y las consultan para todo. En la tribu el Chararah su influencia es todavia mas lata, pues en ella las mugeres mandan verdaderamente, y en lo general tienen mucho mas talento que sus maridos: Arquie, esposa de Abedd, pasa sobre todo por una muger superior.

Decidíme á ir á verla, y discurrí llevarle regalos de arracadas, brazaletes, collares y otras frioleras, y procurar de este modo ponerla en nuestros intereses. Habiendo tomado secretos informes para dirigir mis pasos, llegué á su tienda mientras se hallaba ausente su marido, que estaba celebrando

un consejo de guerra con uno de sus aliados. A fuerza de cumplimientos y de regalos, la reduje á sacarme ella misma la conversacion de la guerra, verdadero objeto de mi visita, que no manifesté, y entonces le esplicé las ventajas de la alianza con el drayhy, únicamente como que salia de mí y sin darme por autorizado á hablarle de ellas; díjele que el objeto de mi visita era la curiosidad muy natural de conocer á una muger tan célebre, que gobernaba á guerreros temibles por su valor; pero que necesitaban de aquella inteligencia superior para dirigir una fuerza brutal.—Durante nuestro coloquio, volvió su marido al campamento, supo mi llegada y envió á decir á Arquí que echase ignominiosamente al espía que estaba con ella, y que ya que los deberes de la hospitalidad contenian su brazo y le impedian vengarse en el dintel de su tienda, no entraria en ella hasta que saliese el traidor.

Arquí respondió con mucha altivez que yo era su huésped y que no se dejaria imponer la ley.

Púseme en pié y quise retirame, pidiéndole perdon del disgusto que le ocasionaba; pero sin duda tenia empeño en probarme que no le habia atribuido gratuitamente una influencia que no poseia, pues me retuvo por fuerza y salió para hablar con su marido. Volvió á poco, seguida de Abedd que me trató cortesmente, me dijo que le explicase las

intenciones del Drayhy, y, con aynda de su muger, logré ganar su confianza, tanto, que antes de acabarse el dia, él era quien me solicitaba para que le permitiera acompañarme á la tienda del Drayhy, cosa á que yo me resistia diciéndole que no me atrevia á presentarle al emir sin avisarle antes, porque estaba muy irritado contra él; pero le prometí abogar por su causa y enviarle en breve una respuesta.

Invitado por el Drayhy, pocos dias despues vino Abedd á poner su sello al pié del tratado, y á cangear los camellos que recíprocamente se habian cogido en la guerra. Terminado este arduo asunto de un modo tan satisfactorio, dejamos los arenales para ir á pasar ocho dias en el terreno Atterié, á tres horas del Tigris, junto á las ruinas del Castillo El Attera, donde hay abundantes pastos.

Luego continuamos nuestra marcha hácia el levante.

Encontramos un dia á un beduino montado en un hermoso dromedario negro: los jeques le saludaron con muestras de interés y le preguntaron cual habia sido el resultado de su desgraciada aventura del año anterior. Híceme contar su historia que me pareció bastante interesante para insertarla en mi diario. Aloain (que así se llamaba el beduino), habiendo salido á caza de gacelas, llegó á un terreno donde multitud de lanzas rotas,

de sables ensangrentados y de cuerpos muertos indicaban una reciente batalla:—un son lastimero que llegaba apenas á sus oídos le atrajo hácia un monton de cadáveres en medio del cual respiraba todavía un mancebo árabe. Aloain se da prisa á socorrerle, le monta en su dromedario, le lleva á su tienda, y con sus paternales desvelos le vuelve á la vida. Despues de cuatro meses de convalecencia, Farés, (este era el nombre del herido) habla de irse; pero Aloain le dice:

—“Si es preciso absolutamente que nos separemos, te llevaré hasta tu tribu y te dejaré en ella, con sentimiento; pero si quieres quedarte conmigo, serás como mi hermano; mi madre será tu madre, mi muger será tu hermana; reflexiona sobre mi proposicion y decide con detenimiento.”

—“Oh mi bienhechor, responde Farés, ¿dónde hallaré parientes como los que me ofreces? Sin tí yo no viviria a estas horas; las aves de rapina se habrian comido mis carnes, las fieras habrian devorado mis huesos; pues quieres que me quede contigo, me quedaré, pero será para servirte toda mi vida.”

Un motivo ménos puro, que no se atrevió á confesar, habia decidido á Farés, y era el amor que empezaba á inspirarle Hafza, la muger de Aloain, que le habia asistido en su enfermedad y que no tardó en corresponder a su amor.

Un día Aloain, que no abrigaba la menor sospecha, encargó á Farés que escoltase a su madre, á su muger y á sus dos hijos, hasta un nuevo campamento, mientras él iba á caza. No pudo Farés resistir á aquella funesta ocasion, cargó la tienda en un camello, colocó en ella á la madre con los dos niños, y los envió adelante, diciendo que pronto los seguiria con Hafza á caballo,—pero en vano volvió la cabeza muchas veces la vieja; porque Hafza no llegó.

Farés se la habia llevado en una yegua velocísima á su tribu.

Por la noche llegó Aloain rendido de la caza: buscó inútilmente su tienda entre las de su tribu; la anciana madre no habia podido levantarla sola, y así la encontró sentada en el suelo con los dos niños.

—“¿Dónde está Hafza?” preguntó.

—“No he visto ni á Hafza, ni á Farés, respondió la madre, y desde esta mañana los estoy aguardando.”

Entonces por primera vez sospechó la verdad, y habiendo ayudado á su madre á levantar la tienda, partió en su dromedario negro y corrió dos días hasta llegar á la tribu de Farés.

A la entrada del campamento, paróse en la tienda de una vieja que vivia sola.

—“¿Por qué no vais á ver al jeque? le dijo esta

hoy hay gran funcion; Farés Ebn Mihidi, que quedó hace tiempo por muerto en un campo de batalla, ha vuelto trayéndose una muger muy hermosa y esta noche se celebra la boda.

Disimuló Aloain y aguardó á que cerrase la noche; cuando todos estuvieron dormidos, se introdujo en la tienda de Farés, le corta la cabeza de un sablazo y saca el cadáver de la tienda; vuelve en seguida atrás, encuentra á su muger dormida y la despierta diciéndole:

—“Aloain es quien te llama, sígueme.”

Levántase ella temblando y le dice:

—“¡Imprudente! Farés y sus hermanos van á matarte, huye!”

—“¡Pérfida! repuso el ultrajado marido. ¿Te he dado nunca el menor disgusto? ¿Te he dirigido la menor reconvencion? ¿Has olvidado el amor que siempre te he tenido? ¿Te has olvidado de tus hijos? Ea, levántate, invoca á Dios, sígueme y maldice al diablo que te ha movido á hacer esta locura.”

Pero Hafza, en vez de dejarse enternecer por la dulzura de Aloain, le repite:

—“Sal de aquí, vete, ó llama á Farés para que te mate.”

Viendo que nada podia obtener de ella, la coge, le cierra la boca y se la lleva a viva fuerza en su dromedario.

Al rayar el dia, el cadáver de Farés y la desaparicion de su muger ponen al campamento en gran confusion: el padre y los hermanos del muerto persiguen y alcanzan á Aloain, que se defiende con heroico brio; Hafza logra desasirse, se une á los agresores, y le enviste á pedradas, una de las cuales le da en la cabeza; cubierto de heridas, Aloain logra sin embargo rendir á sus adversarios: mata á los dos hermanos y desarma al padre, diciendo que seria una vergüenza para él matar á un viejo; despues de devolver á este su yegua, coge de nuevo á su muger, prosigue su camino y llega á su tribu sin haber hablado con ella una sola palabra: entonces reúne á todos sus deudos, y colocando á Hafza en medio del corro, le dice:

—“Cuenta tú misma todo lo que ha pasado; me remito al juicio de tu padre y de tu hermano.” Hafza contó la verdad, y su padre, lleno de indignacion, le cortó la cabeza de un sablazo.

Llegado que hubimos de etapa en etapa á unas cuatro horas de Bagdad, el señor Lascaris pasó secretamente á esta ciudad para ver al cónsul de Francia, M. Adriano de Correncé, y negociar con él el préstamo de una crecida suma.

El dia siguiente, despues de haber atravesado el Tigris en Machad, íbamos á establecernos junto al rio El Cahaun, cuando supimos que habia una encarnizada guerra entre los beduinos que toma-

ban partido por ó contra nuestra alianza: Entónces jeque Ibrahim instó al Drayhy á no detenerse, y le aconsejó que fuésemos á reunirnos cuanto antes con nuestros aliados. A consecuencia de este consejo, fuimos á acamparnos junto á varias fuenteillas en El Darghuan, á veinte horas de Bagdad, y el dia siguiente cruzamos una gran cordillera; como teníamos que andar mucho por unos ardientes arenales donde no se hallan aguas ni pastos, tomamos la precaucion de llenar nuestras odres. Cuando llegamos á las fronteras de Persia, encontramos un mensagero de la tribu El Achgaha, portador de una carta del gefe Dehass que reclamaba la asistencia del *padre de los heroes, del caudillo de los temibles guerreros, el poderoso Drayhy*, contra sus enemigos, dueños de quince mil tiendas. Hallábamonos entónces a seis jornadas de aquella tribu, y habiendo dado órden el Drayhy de continuar la marcha, atravesamos esa distancia en tres veces veinticuatro horas, sin pararnos ni aun para comer. La mayor fatiga de aquella marcha forzada caia sobre las mugeres, encargadas de hacer el pan y de ordeñar las camellas andando.

La organizacion de esta cocina ambulante era bastante curiosa; a distancias determinadas se hallaban unas mugeres que se ocupaban en ella sin tregua; la primera montada en un camello cargado de trigo, tenia delante de sí un molino de mano;

una vez molido el trigo, pasábale la harina a la que tenia inmediata, que la amasaba con el agua que llevaba en las odres colgadas de su camello, la pasta pasaba a manos de otra muger, que la hacia cocer en forma de bollos en un escalfador con leña y paja, y ella misma distribuia estos bollos a la division de guerreros que estaba encargada de mantener, y que iban, de minuto en minuto, a reclamar su racion. Otras mugeres iban junto a las camellas para ordeñar la leche en *cadahs* (cuencos de madera que contienen dos azumbres), y que iban pasando de mano en mano. Los caballos comian andando, en unos morrales que llevaban pendientes del cuello; cuando queria alguno dormir, se tumbaba a la larga en su camello, metidos los piés en las alforjas para no caerse; el lento y compasado paso de los camellos convida al sueño, como el vaiven de una cuna, y nunca he dormido mejor que durante aquel viage. La muger del emir Farés parió, en su handag, un hijo, que llamaron Harma, del nombre del sitio por donde pasábamos cuando nació, que era el punto de union del Tigris y el Eufrates. Poco despues se nos reunieron tres tribus, el Harba, el Suallemé y el Abdellé: siete mil tiendas teníamos cuando salió Dehass a recibirnos. Este imponente auxilio le tranquilizó: dimosle una cena magnífica, y en seguida puso su sello al pié de nuestro tratado.

Todavía estaba el enemigo a una jornada de dis-

tancia y como nuestros caballos y nuestra gente tenían gran necesidad de descanso, el Drayhy mandó que nos detuviésemos dos días; pero no nos concedieron los agresores esta deseada tregua. Apenas les llegó la noticia de que nos acercábamos, pusieronse en marcha, y al día siguiente, treinta mil hombres estaban acampados a una legua de nosotros. Inmediatamente hizo el Drayhy avanzar su ejército hasta la orilla del río, temeroso de que quisiesen interceptarnos el agua, tomamos posición junto a la aldea El Hutta.

Al día siguiente envió el Drayhy una carta de conciliación a los caudillos de las cinco tribus que venían a atacarnos, (1) pero esta tentativa de nada sirvió; la respuesta fué una declaración de guerra cuyo estilo nos probó claramente que nuestras intenciones habían sido calumniadas y que aquellos caudillos obraban movidos por una mano estrangera.

Jeque Ibrahim propuso enviarme cerca de ellos, con regalos, para ver de obtener una explicación, y tan bien habían salido hasta entonces mis embajadas, que acepté con placer, y salí con un solo guía; pero apenas llegué delante de la tienda del

(1) Las tribus El Fedhay, caudillo Douockhry; El Modiann, caudillo Saker Ebn Hamed; El Sabha, caudillo Mohdi Ebn Hud; Monayegé, caudillo Bargiass; Mehayede, caudillo Amer Ebn Noggies.

Mahdi, que se hallaba la primera, la vanguardia de los beduinos se arrojó sobre nosotros como fieras, nos despojó de nuestros regalos y de nuestros vestidos, nos puso grillos en los piés y nos dejó desnudos sobre la ardiente arena. En vano supliqué que me dejasen explicarme, pues me amenazaron con matarme en el acto si no me callaba. Pocos momentos despues ví llegarse a mí al pérfido Absi, el buhonero, y entonces comprendí la causa de aquel inaudito tratamiento; el malvado había viajado de tribu en tribu para suscitarnos enemigos, Su vista me inflamó de una cólera tal, que sentí renacer mi abatido aliento, y me hallé pronto á morir valerosamente si no podía vivir para vengarme. Acercóse a mí, y [escupiéndome en la cara:

—Perro infiel, ¿de qué modo quieres que separe tu alma de tu cuerpo?

—Mi alma, le respondí, no está en tu poder; mis días están contados por el Dios grande; si deben acabar ahora, poco me importa de qué modo han de acabar; pero si debo vivir aún, ningun poder tienes para hacerme morir.

Retiróse de nuevo para ir a escitar a los beduinos contra mí, y en efecto, todos, hombres y mugeres, vinieron a mirarme y a llenarme de vituperios; unos me escupían en la cara, otros me tiraban arena a los ojos; algunos me pinchaban con sus djerids; en fin, veinticuatro horas me tuvieron sin

comer ni beber, pasando un martirio imposible de describir. Hacia el anochecer del segundo dia, un jóven, llamado Lahour, se acercó a mí y ahuyentó a los muchachos que me martirizaban; ya habia yo reparado en aquel mozo, porque de cuantos ví durante el dia, él solo no me habia dicho injurias. Ofrecióme traerme pan y agua despues de ya entrada la noche.

—El hambre y la sed me importan poco, le respondí dándole gracias; pero si podeis sacarme de aquí, os recompensaré generosamente.

Prometióme intentarlo, y en efecto, a media noche vino a verme, provisto de la llave de mis grillos, de que tuvo bastante maña para apoderarse mientras cenaban los gefes. Abriólos con mucho tiento, y sin detenerme siquiera a vestirme, me volví corriendo a nuestra tribu.

Todos dormian en el campamento, escepto cuatro negros que estaban de centinela a la entrada de la tienda del Drayhy; lanzaron un grito al verme y fueron a toda prisa a despertar a su amo, que vino con Jeque Ibrahim: ambos me abrazaron llorando, y recompensaron ámpliamente a mi libertador. El Drayhy se manifestó muy affigido del trato que me habian hecho sufrir; aquella violacion del derecho de gentes le indignaba. Inmediatamente mandó hacer los preparativos del combate, y al amanecer echamos de ver que lo mismo habia hecho el

enemigo. El primer dia, la victoria estuvo indecisa; Auad, caudillo de la tribu Suallemé, perdió su yegua, por la que habia rehusado veinticinco mil piastras. Todos los beduinos tomaron parte en su afiecion, y el Drayhy le dió uno de sus mejores caballos, muy inferior sin embargo á la yegua que le habian matado. Al dia siguiente continuó la batalla con mas encarnizamiento que la víspera, y perdimos mas gente que el enemigo. Como no teniamos mas que quince mil hombres que oponerles, fuerza era proceder con suma prudencia; cuarenta de los nuestros habian caido en su poder, y nosotros no habiamos cogido mas que quince prisioneros; pero entre ellos se hallaba Hamed, hijo del caudillo Saker. En ambos bandos se pusieron esposas y grillos á los cautivos.

Despues de aquellos dos dias de combate, hubo una tregua tácita de tres dias, durante la cual los ejércitos estuvieron uno enfrente de otro sin hacerse ninguna manifestacion hostil. El tercer dia, el jeque Saker, acompañado de un solo hombre, vino a nuestro campamento, inquieto por la suerte de su hijo, valeroso mancebo, adorado de toda su tribu, venia a ofrecer un rescate. Hamed habia sido muy bien tratado entre nosotros; yo mismo le habia vendado las heridas. Recibió el Drayhy á Saker con mucha cortesía, y este, despues de las atenciones de costumbre, habló de la guerra, manifes-

tó lo que le admiraba el ardor del Drayhy por aquella coalicion contra los Wahabi, y dijo que no podia creer en tan gran desinterés, y que precisamente debia tener motivos secretos ó miras personales.

No podeis estrañar, añadió, que no me comprometa con vosotros sin saber con qué fin; ponedme en vuestra confianza, y os ayudaré con todo mi poder. Respondimosle que no teniamos por costumbre admitir en nuestros secretos á aquellos de cuya amistad no estábamos seguros; que si queria firmar nuestro tratado, nada tendriamos oculto para él. Pidió entónces que le dejáramos enterarse del testo del empeño, y despues de haber oido leer diferentes artículos, de que pareció muy contento, nos aseguro que le habian presentado las cosas bajo un aspecto muy distinto, y nos contó las calumnias que Absi habia propalado contra nosotros: acabó por estampar un sello al pié del tratado, y luego nos instó para que le declarásemos el fin á que aspiráramos. Jeque Ibrahim le dijo que nuestro intento era abrir un paso, desde las costas de Siria hasta las fronteras de las Indias, á un ejército de cien mil hombres al mando de un poderoso conquistador que queria libertar á los beduinos del yugo de los turcos, volverles la soberanía sobre todo su territorio y abrirles los tesoros de la India; aseguróle que este proyecto no ofrecia ningun in-

conveniente y sí muchísimas ventajas, y que su logro dependia de la union de las fuerzas y de la armonía de las voluntades: prometióle que se pagarían á muy subido precio los camellos para el trasporte de los bagages de aquel inmenso ejército, y le hizo entrever otras mil ventajas á cual mas lisongeras.

Entró Saker completamente en nuestras miras; pero todavia fué preciso explicarle que el Wahabi (1) podia contrariar nuestros planes, pues su fanatismo religioso debia necesariamente oponerse al paso de un ejército cristiano, y su espíritu de dominacion, que ya le hacia dueño del Yemen, de la Meca y de Medina, debia estender sus pretensiones hasta la Siria, donde no podian los turcos oponerle ninguna resistencia formal: que por otra parte, una gran potencia marítima, enemiga de aquel á quien queriamos favorecer, haria infaliblemente alianza con él, y enviaria fuerzas por mar para cortarnos el camino del desierto. Al cabo de muchas contestaciones, en las que Saker manifestó tanta sensatez como sagacidad, cedió enteramente á nuestros argumentos, y prometió usar de todo su influjo sobre las otras tribus. Acordóse que él seria el gefe de los beduinos del pais en que estábamos, como el Drayhy lo era de los de Siria y Mesopotamia, y se obligó á reunir bajo sus órdenes las diversas tri-

(1) Asi se suele designar á Ebn Siohud, rey de los Wahaby.

bus, en el término de un año, mientras nosotros proseguíamos nuestro camino, y prometió que á nuestro regreso, todo estaria allanado. Separámonos, encantados unos de otros, despues de haber colmado de regalos á su hijo y puesto en libertad á los otros prisioneros: él por su parte nos envió nuestros cuarenta ginetes. Al dia siguiente, Saker nos escribió que Mohdiy Douackrh y no se oponian ya á nuestros proyectos y que salian para ir á conferenciar con Bargiass, á tres horas de allí: efectivamente levantaron el campo y lo mismo hicimos nosotros, porque la aglomeracion de tan gran número de hombres y de rebaños habia cubierto la tierra de inmundicias y hecho intolerable nuestra residencia en aquel sitio.

Fuimos á acamparnos á seis horas de distancia en Maytal el Ebbed, donde estuvimos ocho dias y donde fué á vernos Saker; acordóse que él solo se encargaria de reunir á los beduinos de aquellas comarcas, mientras que nosotros nos volveriamos á Siria, por miedo de que abandonando por demasiado tiempo nuestra primera conquista se aprovecharan nuestros enemigos de nuestra ausencia para embrollar nuestros asuntos y separar á algunas tribus de nuestra alianza.

Ademas, la primavera estaba ya adelantada, y debiamos darnos prisa á llegar, por miedo de que ocupasen otros los pastos de la Siria y de la Mesopotamia; por tanto dejamos para el año siguiente

el proyecto de llevar adelante nuestro reconocimiento hasta las fronteras de la India. Para aquella época, ya habria tenido tiempo Saker para preparar los ánimos á nuestro favor, porque, decia, "por una rama se arranca un árbol."

En pocos dias de marcha llegamos á Mesopotamia; dos empleamos en atravesar el Eufrates, junto á Mansouri, y en salir del desierto llamado El Hamad. Acampámonos en un sitio donde no hay agua potable, y que se llama Halib el Dow, porque no se apaga en él la sed mas que con leche.

De allí pasamos á El Sarha, sitio muy abundante de agua y pastos, y donde esperábamos desquitarnos de nuestras privaciones; pero una circunstancia particular nos hizo tomarle pronto ojeriza. El terreno en aquel sitio está cubierto de una yerba llamada *el khraffour*, que los camellos devoran con ansia y que tiene la propiedad de emborracharlos, á punto de enloquecerlos; entonces corren á derecha é izquierda, rompiendo cuanto topan al paso, derribando las tiendas y persiguiendo á los hombres.

Por espacio de cuarenta y ocho horas, nadie pudo cerrar los ojos: los beduinos estaban constantemente ocupados en calmar el furor de los camellos y en sujetarlos. Una verdadera guerra me hubiera parecido preferible á aquella lucha continua, con unos animales cuya prodigiosa fuerza, ecsaltada por

el delirio, presentaba peligros incalculables; pero parece que el triunfo de la destreza sobre la fuerza tiene grandes encantos para estos hijos de la naturaleza, porque cuando fuí a ver al Drayhy para lastimarme con él de aquella revolucion de nueva especie, se rió de mis palabras, y me aseguró que aquella era una de las mayores diversiones de los beduinos. Mientras estábamos hablando, un camello de los mas corpulentos se vino derecho a nosotros, con la cabeza erguida y levantando una nube de polvo; entonces el Drayhy, cogiendo una de las estacas de su tienda, aguardó al furioso animal y le descargó un recio trancazo en el cráneo, con lo que se rompió la estaca y se volvió el camello para ir a llevar a otra parte sus estragos. Suscitóse entonces una disputa sobre quién era mas fuerte, el camello ó el jeque: este sostenia que si la estaca hubiera resistido, hubiera abierto la cabeza a su adversario, y los asistentes proclamaban la superioridad del animal que habia roto el obstáculo que se le oponia. Yo por mi parte decidí que ambos eran igualmente fuertes, pues ninguno habia vencido: este fallo puso de buen humor a todo el auditorio.

Al dia siguiente levantamos el campamento. Llegónos en el camino un mensajero de Saker, que venia a darnos cuenta del malogro de su negociacion cerca de Bargiass. Absi, el buhonero, goza-

ba de toda su privanza y le animaba mas y mas contra nosotros; habíale decidido a buscar à Me-hanna y a reunirse con los wahabi, que debian enviar un ejército para destruirnos. El Drayhy respondió que no habia que alborotarse, que Dios era mas fuerte que ellos, y sabia muy bien hacer triunfar al que tuviese razon. Despues de este incidente continuamos nuestro camino.

Poco despues supimos que la tribu el Calfa estaba acampada en Zuelma. El Drayhy juzgaba importante asegurarnos de la cooperacion de aquella poderosa y valiente tribu: su jeque Giassem era un antiguo amigo del Drayhy; pero no sabia leer ni escribir, y era por lo tanto muy peligroso dirigirle una carta, que le seria leida por un turco, lo que podria perjudicar esencialmente a nuestros asuntos, como nos lo habia enseñado a nuestras espensas el ejemplo del amanuense Absi. Yo fuí tambien entonces el encargado de ir a verle, y para ello salí con una escolta de seis hombres, todos montados en dromedarios. Al cabo de dos dias llegamos al sitio designado; pero vimos con gran disgusto que ya la tribu habia levantado el campo, y no pudimos hallar indicio del camino que habia tomado. Pasamos la noche sin comer ni beber, y al dia siguiente deliberamos sobre lo que debiamos hacer; lo mas urgente era ir a buscar agua, porque, como todos saben, la sed es todavia mas intolerable que el hambre, y era regular que hallásemos las fuen-

tes de la tribu. Tres días enteros rondamos sin hallar agua ni alimento; yo tenia la boca tan seca que ya no podia mover la lengua, ni articular ningun sonido; ya habia agotado todos los medios de engañar la sed, metiéndome guijarros y balas de plomo en la boca; la cara se me habia puesto negra y las fuerzas me abandonaban. De pronto mis compañeros esclaman: ¡Gioub-el-Ghamin! (1) y echan á correr.

Estos hombres, avezados á la fatiga, soportan las privaciones con una constancia inconcebible, y distaba mucho del miserable estado á que yo me veia reducido. Viéndolos correr, la irritacion de mis nervios, escitados por el estremado cansacio, me hizo desesperar de llegar hasta el pozo donde se me figuraba que no dejarian ni una gota de agua para mí, y me tiré al suelo llorando. Viéndome en aquel estado se volvieron atras y me animaron á hacer un esfuerzo para seguirlos. Cuando llegamos junto al pozo uno de ellos, apoyándose en el brocal, desenvainó su sable diciendo que cortaria la cabeza al que osase acercarse.

Dejaos gobernar por mi esperiencia, añadió, ó perecereis. Su tono de autoridad nos impuso respeto y obedecimos en silencio: fueros llamando uno á uno, y nos hizo vencernos á la orilla del po-

(1) Nombre de un pozo conocid en el desierto.

zo para aspirar primeramente la humedad; luego cogió una pequena cantidad de agua y nos la arrimó á los labios con los dedos, empezando por mí; poco á poco nos permitió beber media taza, luego una taza entera; así nos fué poniendo á racion por espacio de tres horas y al fin nos dijo:

“Bebed ahora, pues nada arriesgais en ello; pero si no me hubierais escuchado, todos hubierais perecido, como les sucede á cuantos beben sin tasa despues de una larga privacion.”

Pasamos la noche en aquel sitio, bebiendo continuamente, tanto para suplir el alimento como para apagar la sed, y cuanto mas bebiamos, mas gana teniamos de beber. Al dia siguiente subimos a lo alto de un cerro para descubrir mas horizonte. pero ¡ah! ningun objeto se presentaba a nuestra vista en aquel inmenso desierto. Al fin sin embargo, uno de los beduinos creyó ver un bulto a lo lejos, y declaró que era un handag, cubierto de paño escarlata y llevado por un camello muy alto. Sus compañeros nada veian; pero como no teniamos otro indicio mejor que seguir, nos dirigimos hacia el lado que indicaba, y en efecto, poco despues vimos una gran tribu y reconocimos el handag que nos habia servido de faro; afortunadamente era la tribu que buscábamos.

Giassem nos recibió muy bien y procuró hacernos olvidar nuestras fatigas. Cuando despaché

con él, dictó una carta para el Drayhy, en la que se obligaba à poner sus hombres y sus bienes à su disposicion, diciendo que la alianza entre ellos debia ser de las más íntimas, à causa de su antigua amistad. Púseme en camino, provisto de aquel importante documento; pero al mismo tiempo muy inquieto con la noticia que me dió de la llegada de una princesa, hija del rey de Inglaterra, à Siria, donde desplegaba un lujo regio y habia sido recibida con toda pompa por los turcos: habia colmado de regalos magníficos à Mehanna-el-Fadel, y se habia hecho escoltar por él hasta Palmira, donde habia derramado sus larguezas con profusion y formándose un partido formidable entre los beduinos que le habian proclamado reina (1). Jeque Ibrahim, a quien comuniqué esta noticia, quedó aterrado, creyendo ver en aquel suceso una trama para echar por tierra nuestros proyectos.

El Drayhy, notando nuestra inquietud, nos serenó diciendo que se sembrarian talegos de oro desde Hama hasta las puertas de la India sin lograr desprender à ninguna tribu amiga de la solemne alianza pactada.

—“La palabra de un beduino es sagrada, añadió; proseguid vuestro proyecto, sin apuraros por nada. Yo por mí, ya he hecho mi plan de cam-

(1) Esta supuesta princesa no era ni mas ni ménos que lady Ester Stanhope.

“paña: voy à partir para el Horan con el fin de vigilar los pasos de Ebn Sihoud; él solo es de temer para nosotros; luego volveré a acamparme en las cercanías de Homs.”

Jeque Ibrahim, que no tenia ya ni dinero ni mercancías, se decidió a enviarme inmediatamente a Corietain, de donde despacharia un mensajero a Alepo a cobrar un grupo de talaris. Partí muy alegre, encantado de volver a ver a mis amigos y de descansar algun tiempo entre ellos. El primer dia de mi viage no ocurrió novedad, pero al dia siguiente, à cosa de las cuatro de la tarde, en un sitio llamado Cankoum, caí en medio de una tribu que creia amiga, y que luego resultó ser la de Bargiass. Ya no era tiempo de retroceder, y así me dirigí hacia la tienda del jeque, precedido de mi negro Fodda; pero apenas echó pié à tierra, le mataron à mi vista y ví todos los sables levantados sobre mi cabeça. Tan sobrecogido quedé, que no sé lo que pasó en seguida; solo me acuerdo de haber gritado:

—“¡Teneos! reclamo la proteccion de la hija de Hedat,” y de haberme desmayado.

Cuando abrí los ojos estaba tendido en una tienda, rodeado de unas veinte mugeres que se esforzaban por hacerme volver en mí, dándome à respirar cerdas chamuscadas, vinagre y cebollas, mientras que otras me inundaban de agua é introducian

mantequilla derretida en mis labios secos y apretados, apenas recobré el sentido, la muger de Bargiass me cogió la mano diciéndome: “Nada temais, Abdalla; estais en la tienda de la hija de Hedall; nadie tiene derecho para tocaros.”

Poco despues, habiéndose presentado Bargiass, à la entrada de la tienda, para hacer, decia, la paz conmigo: “Por la cabeza de mi padre, exclamó su muger, que no entrarás en mi tienda hasta que Abdalla esté del todo curado!”

Tres dias pasé en la tienda de Bargiass, asistido del modo mas afectuoso por su muger, que entre tanto estaba negociando mi reconciliacion con su marido. Guardábale yo tanto rencor por su brutalidad, que se me hacia muy duro perdonarle; al fin, sin embargo, consentí en olvidar lo pasado, à condicion de que firmaria el tratado con el Drayhy, abrazámonos y nos juramos fraternidad. Bargiass me dió un negro: “He sacrificado vuestro dinero, y os debo en cambio una alhaja,”—juego de palabras sobre los nombres de los negros,—Fodda, dinero, y Giauhar, alhaja: luego hizo disponer un festin para celebrar nuestra reconciliacion. En medio de la comida, llegó à todo escape un correo del Drayhy, trayendo à Bargiass una declaracion de guerra à muerte, llena de insultantes epítetos: .

“¡Oh tú! traidor, que quebrantas la ley sagrada de los beduinos, le decia: ¡Oh tú! infame que asesinás á tus huéspedes; osmanlí de negro rostro,

“sábete que toda la sangre de tu tribu no bastará à redimir la de mi amado Abdalla. Prepárate à la pelea; mi corcel no probará el descanso hasta que no haya esterminado al último de tu raza.” Díme prisa à partir para evitar todo choque y tranquilizar à jeque Ibrahim y al Drayhy, quienes me recibieron con indecible alegría; apénas podian creer el testimonio de sus ojos; tan milagrosa les pareció mi presencia. Contéles todo lo que habia pasado.

Al dia siguiente me puse en camio para Corietain, donde me detuve veinte dias, aguardando la vuelta del mensajero que envié à Alepo. Gran necesidad tenia yo de descanso y de aquella ocasion de renovar mi vestimenta, que se me caia del cuerpo à pedazos; pero estuve à pique de detenerme allí mas de lo que hubiera querido, pues corrió la voz de que el ejército de los wahabi habia invadido el desierto de Damasco y talado varias aldeas, matando los hombres y à los niños hasta el último, y perdonando nada mas que las mugeres, pero despues de haberlas robado. El jeque de Corietain, incapaz de oponer la menor resistencia, hizo cerrar las puertas de la ciudad, prohibió salir de ella y aguardó temblando los resultados. Pronto supimos que habiendo atacado el enemigo à Palmira, los habitantes, retirados en el recinto del templo, se habian defendido denodadamente, y que los wahabi, no pudiendo reducirlos, se habian contentado

con matar á los camelleros y robar los ganados. De allí pasaron á saquear la aldea de Arack, y se estendieron por las cercanías. Mucho me atemorizaron estas siniestras nuevas por la suerte de mi mensajero, que llegó sin embargo sano y salvo, con el dinero de jeque Ibrahim; habíase refugiado algun tiempo en Sadding, cuyos vecinos, habiendo ya pagado una fuerte contribucion, nada tenían que temer por el momento. Aprovechéme de esta circunstancia, y quitándome mi traje de beduino, me vestí como un cristiano de Sadding, y pasé á aquella aldea, donde obtuve noticias del Drayhy, que estaba acampado en Ghaudat el Cham con la tribu Bargiass. Trasladéme á su lado lo mas pronto que pude y allí supe con sentimiento que se había formado una temible coalicion entre Mehanna el Fadel y la tribu del pais Samarcanda: habian entablado relaciones con los gobernadores de Homs y de Hama, reuniéndose así turcos y beduinos contra nosotros. En aquella crítica situacion, acordéme de nuestro amigo el bajá Soliman, é insté á jeque Ibrahim á ir á Damasco á conferenciar con él. Inmediatamente nos pusimos en camino, y nos apeamos en casa de su primer ministro, Hagim, quien nos dijo el nombre de la supuesta princesa de Inglaterra y nos notificó que merced á la influencia y á los regalos de lady Stanhope, se habia formado Mehanna un poderoso partido entre los

turcos. Estos pormenores nos confirmaron en la idea de que la Inglaterra, noticiosa de nuestros proyectos, pagaba por una parte á los wahabi, miéntras que por otra procuraba reunir á los beduinos con los turcos por medio de lady Stanhope: apoyaba ademas nuestras congeturas que tuvimos en casa de M. Chabassan de un inglés que tomaba el nombre de jeque Ibrahim, y que procuraba sondearnos, aunque estábamos demasiado alerta para caer en el garlito. Habiendo obtenido de Soliman bajá lo que deseábamos, nos dimos prisa á volver á nuestra tribu.

El valor del Drayhy no flaqueaba, antes cada dia estaba mas animado. El *bouyourdi* que nos concedió Soliman Bajá mandaba a los gobernadores de Homs y de Hama que respetasen a su fiel amigo y querido hijo el Drayhy Ebn Challan, que debia ser obedecido como gefe supremo del desierto de Damasco, y decia que toda alianza contra él era opuesta a la voluntad de la Puerta. Provisto de este importante documento, nos adelantamos hácia Hama, y pocos dias despues, Jeque Ibrahim recibió una invitacion de lady Ester Stanhope para pasar a verla con su muger, madama Lascaris, que se habia quedado en Acre. Esta invitacion le contrariaba tanto mas cuanto hacia tres años que no habia dado noticias suyas a su muger, para que no supiese por donde andaba, ni su intimidad con los beduinos, y sin embargo era preciso contestar a lady

Stanhope. Escribióle que tendria el honor de pasar a verla apenas se lo permitiesen las circunstancias, y al mismo tiempo despachó un correo a su muger diciéndole que rehusase por su parte el convite; pero ya era tarde. Inquieta por la existencia de su marido, madama Lascaris habia pasado inmediatamente a Hama, a verse con lady Stanhope, esperando por aquel conducto descubrir su paradero, y así se vió obligado el señor Lascaris a ir a reunirse con ella.

Acercábase entre tanto Mehanna mas y mas, creyéndose seguro de la cooperacion de los osmanlis, y el Drayhy, creyendo que era llegado el momento de presentar el bouyourdi del Bajá, envió a su hijo Saher a Homs y a Hama, donde fué recibido con los mayores agasajos. En vista de la orden de que era portador, ambos gobernadores pusieron sus tropas a su disposicion, declarando a Mehanna traidor, por haber llamado a los wahabi, los mas encarnizados enemigos de los turcos.

Convidó lady Ester Stanhope a Saher a pasar a su casa, le colmó de regalos, así para él como para su muger y su madre, dió un *mackla* y un par de botas á cada ginete de su comitiva, y anunció el proyecto de ir en breve a visitar su tribu. No fué tan feliz el señor Lascaris en la visita que le hizo; habiendo intentado en vano con astutas preguntas sonsacarle en punto a sus relaciones con los bedui-

nos, acabó por tomar un tono de autoridad que dió al señor Lascaris un pretesto para romper con ella: envió a su muger a Acre, y se separó de lady Stanhope, completamente reñido con ella.

Mehanna se preparaba a empezar la lucha, pero viendo que el Drayhy no estaba en manera algun intimidado, juzgó prudente asegurarse un refuerzo de osmanlis, y envió a su hijo Farés a Homs, a reclamar la promesa del gobernador; pero este, en vez de darle el mando de una division, le hizo cubrir de cadenas y meter en un calabozo. Mehanna consternado por aquella fatal nueva, se vió en un momento derribado del mando supremo y reducido á la triste y humillante necesidad, no solo de someterse al Drayhy, mas tambien de solicitar su proteccion contra los turcos. Aquel pobre anciano, abrumado por tan inesperado revés, se halló precisado a ir a implorar la mediacion de Assaf, caudillo de Sadding, que le prometió negociar la paz: partió este efectivamente con cien ginetes para ir á acompañarle y dejándole con su escolta á alguna distancia del campamento, se adelantó solo hasta la tienda del Drayhy, que le recibió como á amigo, pero rehusó al principio la sumision de Mehanna: entonces nos interpusimos en su favor. Jeque Ibrahim hizo valer la hospitalidad que nos habia dispensado cuando llegamos al desierto; y Saher, besando dos veces la mano de su padre, unió sus

instancias a las nuestras. Acabó, en fin, por ceder el Drayhy, y los principales de la tribu se pusieron en marcha para ir a recibir a Mehanna con las atenciones debidas a su edad y a su clase. Luego que echó pié a tierra, el Drayhy le hizo sentarse en el asiento de honor y mandó traer el café: entonces Mehanna poniéndose en pié:

—“No beberé tu café, le dijo, hásta que estemos completamente reconciliados y hayamos enterado las siete piedras.”

Al oír esto, levantóse igualmente el Drayhy, ambos desenvainaron sus sables y se los presentaron mutuamente para besarlos, hecho lo cual se abrazaron, lo mismo que todos los presentes. Mehanna hizo con su lanza en medio de la tienda un hoyo en la tierra, de un pié de profundidad, y habiendo elegido siete piedrecitas, dijo al Drayhy:

—“En el nombre del Dios de paz, para tu fianza y la mia, de este modo enterramos para siempre nuestra discordia.”

A medida que iban echando las piedras en el hoyo, los dos jeques las cubrian con tierra y las pisaban, mientras que las mugeres prorumpian en atronadores gritos de alborozo. Terminada esta ceremonia (1), volvieron a sus asientos y se sirvió el café; desde entonces ya no era lícito recordar lo pasado ni hablar de guerra: me aseguraron

(1) Esta ceremonia se llama *kasnat*.

que para que una reconciliacion se hiciese en regla, debia celebrarse de aquel modo. Despues de una copiosa comida, leí el tratado en el que pusieron sus sellos Mehanna y otros cuatro gefes de tribus (1). Sus fuerzas reunidas ascendian a siete mil seiscientas tiendas, y lo que todavia era mucho mas importante, el Drayhy se hacia de este modo gefe de todos los beduinos de la Siria, donde no le quedaba un solo enemigo. Saher fué a Homs con objeto de solicitar la libertad de Farés, a quien en efecto trajo consigo, vestido con una pelliza de honor, para tomar parte en la general alegría; despues de esto las tribus se dispersaron ocupando todo el pais desde el Horan hasta Alepo.

Solo esperábamos ya el fin del verano para regresar al Levante, y terminar los negocios que habíamos entablado el año anterior con las tribus de Bagdad y Bassora. Este tiempo de calma y ocio se ocupó en los preparativos de un casamiento entre Giarah, hijo de Farés, gefe de la tribu el Harba, y Sabha, hija de Bargiass, la mas hermosa doncella del desierto. Yo me interesaba particularmente en la boda, por haber conocido a la novia

(1) Estos caudillos eran: Zarack Ebn Fahrer, caudillo de la tribu el Gioullan; Giarah Ebn Meghiel, caudillo de la tribu el Giamha; Ghaleb Ebn Hamdoun, caudillo de la tribu el Bellahiss; y Faress Ebn Nedged, caudillo de la tribu el Masleker.

durante mi permanencia al lado de su madre. Farés rogó al Drayhy que le acompañase a la tienda de Bargiass para hacer la demanda matrimonial, y las personas mas notables de la tribu, ataviadas con sus vestidos de mas lujo, los acompañaron. Llegamos a la tienda de Bargiass sin que nadie saliese a recibirnos; ni aun el mismo Bargiass se puso de pié cuando entramos; tal es la costumbre en semejantes circunstancias; la menor atencion se consideraria como una falta de decoro. Pasados algunos momentos el Drayhy tomó la palabra:

—“Por qué, dijo, nos recibís de tan mala manera? Si no quereis darnos de comer nos volverémos à nuestras tiendas.” Durante este tiempo Sabha, retirada en la parte de la tienda reservada à las mugeres, miraba à su novio por la abertura de la lona. Antes de dar principio à la negociacion es preciso que la jóven haga seña para manifestar que acepta al que se presenta; porque si despues del secreto ecsámen de que acabo de hablar dice à su madre que el futuro no le gusta, la cosa no pasa adelante; pero en aquella ocasion, como el que se presentaba era un bizarro mozo, de noble y altiva presencia, Sabha hizo la seña de adhesion à su madre, que respondió entónces al Dray:

—“¡Seais bien venidos! No solo os daremos de comer con mucho gusto, mas os concederémos cuanto pidais.

—“Venimos, replicó el Drayhy, à pedirnos vuestra hija en matrimonio para el hijo de nuestro amigo; ¿cuánto quereis por su dote?

—“Cien *nackas* (1), respondió Bargiass, cinco caballos de la raza de Nedgde, quinientas ovejas, tres negros y tres negras para servir à Sabha; y para el regalo, un *machlah* bordado de oro, un vestido de seda de Damasco, diez brazaletes de ámbar y coral; y unas botas amarillas.”

El Drayhy hizo algunas observaciones sobre una exigencia tan eshorbitante, diciendo.

—“Veo que quereis justificar el refran árabe: *Si no quieres casar à tu hija, ponla muy cara.* Sé mas razonable si quieres que se efectue esta boda.”

Ajustóse el dote definitivamente en cincuenta *nackas*, dos caballos, doscientas ovejas, un negro y una negra. El regalo quedó como le habia pedido Bargiass, y aun se añadieron algunos *machlash* y unas botas amarillas para la madre y otras personas de la familia. Despues de haber estendido el convenio, le leí en voz alta; luego los circunstantes recitaron la oracion *Falíha*, el *Padre nuestro* de los musulmanes, que da, por decirlo así, la sancion al contrato; luego se sirvió leche de camella, como se hubiera servido agua de limon en una ciudad de

(1) Hembras de camellos, de la mas hermosa especie.

Siria, y concluida la comida, montaron á caballo todos los jóvenes para dedicarse á los juegos del djerid (1) y otros. Giarah se distinguió, por agradar á su futura, que observó con gusto su agilidad y gracia. Nos separamos cuando entró la noche, pensando cada cual en los preparativos de la boda.

Al cabo de tres dias, el dote ó mas bien el precio de Sabha, estaba preparado; un inmenso acompañamiento se puso en marcha, observando el orden siguiente: á la cabeza iba un ginete con una bandera blanca en la punta de su lanza y diciendo á grandes voces: Llevo el honor sin mancilla de Bargiass. Detras seguian los camellos adornados con guirnaldas de flores y acompañados de sus conductores; luego el negro á caballo perfectamente vestido, rodeado de hombres á pié que iban entonando canciones populares. Detras de ellos iba una porcion de guerreros, armados con fusilés que continuamente disparaban: seguialos una muger que llevaba un brasero encendido en el que iba quemando incienso: luego iban las ovejas, conducidas por los pastores cantando, como cantaba Chibouk, el hermano de Antar, hace dos mil años, porque las costumbres de los beduinos no cambian jamas.

(1) Ejercicio ecuestre con palos que se lanzan como dardos. Estos palos se llaman *djerids*.

Venia luego la negra asimismo á caballo y rodeada de doscientas mugeres á pié, grupo que no era ciertamente el mas silencioso, porque los gritos de alegría y los cantos nupciales de las mugeres árabes son de lo mas agudo que se puede imaginar. El camello que llevaba el regalo cerraba la marcha, los machalabs bordados de oro se veian estendidos por todas partes cubriendo el animal. Las botas amarillas pendian á los lados, y los objetos de valor dispuestos en festones y arreglados con arte, formaban el conjunto mas suntuoso. Un muchacho de la principal familia, montado en aquel camello, decia en alta voz: "¡Ojalá quedemos siempre victoriosos!" ¡Ojalá se apague para siempre el fuego de nuestros enemigos!" Otros muchachos le acompañaban gritando: "Amen." Yo por mi parte iba corriendo de un lado á otro para disfrutar mejor de aquel vistoso espectáculo.

Bargiass nos salió entonces á recibir con los hombres y las mugeres de su tribu, y entonces fué cuando los gritos y los cantos fueron verdaderamente atronadores; luego los caballos, lanzados en todas direcciones, pronto nos envolvieron en una nube de polvo.

Dispuestos en orden los regalos al rededor de la tienda de Bargiass, se hizo el café en una gran caldera y todos le tomaron, esperando el festin.

Diez camellos, treinta carneros, y una inmensa

cantidad de arroz formaba el fondo de la comida, despues de la cual se apuró una segunda caldera de café. Aceptado el dote, terminóse la ceremonia, recitando de nuevo la oracion, y se convino en que Giarah iria á buscar á su novia dentro de tres dias. Antes de partir, fuí á la estancia de las mugeres para que conociese mas particularmente á Jeque Ibrahim la muger de Bargiass, y para darle gracias de nuevo por los desvelos que me habia prodigado. Respondióme que queria aumentar mi deuda de gratitud dándome á su sobrina en matrimonio; pero Jeque Ibrahim remitió al año prócsimo la ejecucion de aquel proyecto.

La víspera del dia fijado para la boda; estendióse la voz de que un formidable ejército de wahabi habia asomado por el desierto; los correos volaban de tribu en tribu, escitándolas á reunirse de tres en tres, ó de cuatro en cuatro, á fin de que, en todos los puntos, pudiese hallarlas el enemigo prontas á recibirle, y poco faltó para que empezase la boda por un combate á muerte, en lugar de un combate fingido, como es costumbre.

Salieron el Drayhy y los otros gefes muy de mañana con mil ginetes y quinientas mugeres para ir á conquistar á la hermosa Sabha. A corta distancia del campo se paró la comitiva; los ancianos y las mugeres echan pié á tierra y esperan el resultado de un combate entre los mozos que vienen á robar á la

novia, y los de la tribu que se oponen á este intento; estas peleas suelen tener malas resultas; pero no le es permitido al esposo tomar parte en ellas porque podrian poner su vida en peligro las asechanzas de sus rivales. En aquella ocasion, todo se redujo á unas cuantas heridas, y la victoria, como era regular, quedó por los nuestros; que robaron á la novia y se la entregaron á las mugeres de nuestra tribu. Sabha iba acompañada de unas veinte doncellas y seguida de tres camellos cargados: el primero llevaba su handag, cubierto de grana, guarnecido de franjas y borlas de lana de varios colores, y adornado con plumas de avestruz; festones de conchas y tiras de vidrios de color adornaban la parte interior, y servian de marco á unos espejitos, que colocados de trecho en trecho, reflejaban la escena por todos lados. El segundo camello llevaba su tienda, y el tercero, sus alfombras y su ajuar de cocina. Sentada la novia en su handag, y rodeada de las mugeres de los caudillos, montadas en sus camellos y de las mugeres á pié, empezó la marcha; varios ginetes, caracoleando á la cabeza, anunciaban su llegada á las tribus que debiamos encontrar al paso, y que salian á recibirnos quemando incienso y matando carneros bajo los piés de los camellos de la novia. Nada puede dar una idea esacta de aquella escena, ni de la que duró todo el dia y toda la noche: imposible seria pintar las danzas, los cantos,

las hogueras, los banquetes, los gritos de toda especie y el alboroto que siguieron á su llegada. Dos mil libras de arroz, veinte camellos y cincuenta camellas se devoraron, en el festin de los caudillos, ocho tribus enteras se hartaron, merced á la hospitalidad de Farés, y todavía se oía gritar á media noche: "El que tenga hambre, que venga á comer." Tenia yo tan gran reputacion entre ellos, que Giarah me pidió un talisman para asegurar la felicidad de aquel enlace:—escribí su cifra y la de su muger, en caracteres europeos, se las dí con solemnidad, y nadie dudó de la eficacia de aquel hechizo, viendo el contento de ambos esposos.

Pocos dias despues, noticioso que los wahabi, en número de diez mil combatientes, tenían sitiada á Palmira, dió orden al Drayhy de salirles al encuentro y los alcanzamos en El Dauh; allí hubo algun tiroteo hasta el anochecer, pero sin que se trabase seriamente la lid. Entónces tuve ocasion de apreciar las ventajas de los *mardoufs*, en estas guerras del desierto en las que es preciso provisiones para el ejército para mucho tiempo. Estos camellos, montados por dos hombres, son como unas fortalezas ambulantes, provistas de cuanto necesitan para su sustento y su defensa; un barril de agua, un costal de harina, otro de dátiles pasos, un cántaro de manteca de oveja, y las municiones de guerra, forman como una torre cuadrada sobre el lomo del animal. Los hombres, cómodamente colocados á ambos lados en

asientos de cuerdas, no tienen que recurrir á nadie: cuando tienen hambre, amasan un poco de harina con manteca, y se la comen sin hacerla cocer; unos cuantos dátiles y un poco de agua completan le comida de aquellos hombres sobrios; para dormir no hacen mas que tenderse en el camello como ya he dicho.

Mas serio fué el combate el dia siguiente: nuestros beduinos pelearon con mas encarnizamiento que sus adversarios, porque tenían detras de sí a sus mugeres y a sus hijos, al paso que los wahabi, lejos de su país, y ansiosos solamente de pillage, estaban poco dispuestos a arriesgar sus vidas cuando nada habia que ganar. La noche separé a los combatientes, pero al amanecer volvió a empezar la lucha con nueva furia; en fin, al anochecer, la victoria se decidió a nuestro favor; les matamos sesenta hombres, les cogimos veinte prisioneros, catorce hermosas yeguas, y sesenta camellos; el resto del ejército huyó, y nos dejó dueños del campo de batalla. Esta victoria aumentó la fama del Drayhy, y colmó de alegría a Jeque Ibrahim, que exclamó:

—"Gracias a Dios, nuestras cosas van bien."

Como ya no teniamos mas enemigos que temer en el desierto de Siria, Jeque Ibrahim se separó por algun tiempo del Drayhy, y pasó a Homs á comprar mercancías y a escribir a Europa. Durante nuestra permanencia en esta ciudad, me dejó

en plena libertad para divertirme y descansar de todas mis fatigas; todos los dias hacia partidas de campo con algunos jóvenes amigos amigos míos, y gozaba doblemente de aquella vida de placeres por el contraste que formaba con la que habia pasado entre los beduinos; pero, ¡ah! ¡mi alegría debia ser de corta duracion y convertirse pronto en amarga tristeza! Un mensajero que habia ido a Alepo a buscar dinero para el señor Lascaris, me trajo una carta de mi madre, que se hallaba sumergida en la mayor afliccion de resultas de la muerte de mi hermano mayor, víctima de la peste. Su carta parecia insensata a fuerza de dolor; la infeliz madre no sabia qué era de mí hacia cerca de tres años, y me suplicaba, si aun vivia, que fuese a reunirme con ella. Esta terrible nueva me privó del uso de mis sentidos, y tres dias pasé sin saber donde me hallaba, y sin querer tomar ningun alimento; gracias a los desvelos del señor Lascaris, fuíme restableciendo poco a poco; pero todo lo que pude obtener de él, fué que me dejase escribir a mi pobre madre, y aun hasta la víspera de nuestra partida no pude enviarle mi carta, por miedo de que viniese a verme; —pero paso por alto los pormenores de mis sentimientos personales, que no pueden interesar, y vuelvo a la narracion de mi viage. Habiéndonos prevenido el Drayhy que pensaba salir pronto para el Levante, nos dimos prisa a ponernos en camino para alcanzarle; habia puesto a nuestra

disposicion tres camellos, dos yeguas y cuatro guias. El dia de nuestra partida de Homs, sentí una opresion de pecho tan extraordinaria, que estuve a punto de tomarla por un funesto presentimiento: pareciame que caminaba a una muerte prematura; pero venciendo mi flaqueza, acabé por persuadirme de que lo que experimentaba era el resultado del abatimiento en que me habia sumergido la dolorosa carta de mi madre; en fin, nos pusimos en camino, y despues de haber andado todo el dia, nuestros guias nos instaron a continuar de noche el viage, pues no teniamos mas que veinte horas de marcha. Nada de particular nos sucedió hasta media noche, y ya empezaba a adormecernos el monótono movimiento de nuestras cabalgaduras, cuando el guia que iba delante nos gritó:

—“Abrid bien los ojos, y tened cuidado, porque estamos en la orilla de un hondo precipicio.”

El camiuo no tenia mas que un pié de ancho; a derecha habia una montaña tajada perpendicularmente, y a izquierda el precipicio llamado Wadi-el-Hail. Despertéme sobresaltado, me froté los ojos y cogí la brida que habia dejado caer sobre el cuello de mi yegua; pero esta precaucion, que debia salvarme, fué cabalmente lo que estuvo a punto de costarme la vida, porque habiendo tropezado el animal en una piedra, el miedo me hizo tirar de las riendas demasiado fuerte, con lo que perdió el

terreno y cayó rodando conmigo en el fondo del precipicio. Ignoro lo que pasó despues de aquel momento de angustia; pero he aquí lo que luego me contó Jeque Ibrahim. Lleno de terror, apéose de su caballo y procuró distinguir la sima en que yo habia desaparecido, pero la noche era demasiado oscura, tanto que solo el ruido de mi caída le advirtió de ella, y nada vió mas que un negro abismo bajo sus piés; entonces se echó a llorar y empezó a suplicar a los guias que bajasen al precipicio; pero lo juzgaron impracticable en la oscuridad, y aseguraron ademas que era trabajo escusado, pues no solo debia yo haberme matado, mas debia haberme hecho pedazos en las puntas de las peñas; entonces declaró que no queria moverse de aquel sitio hasta que la luz del dia permitiese hacer nuevas pesquisas, y prometió cien talaris al que le trajese mi cuerpo, por mas mutilado que estuviese, no pudiendo, decia, consentir en dejarle para pasto de las fieras; luego se sentó en la orilla del abismo, aguardando, en una sombría desesperacion los primeros albos de la mañana.

Apenas amaneció, bajaron los cuatro hombres, no sin dificultad, y me hallaron sin sentido, colgado por la cintura, con la cabeza hácia abajo; la yegua yacia muerta a algunas toesas mas abajo, en el fondo del barranco. Diez heridas tenia yo en la cabeza, el brazo izquierdo enteramente descar-

nado; las costillas hundidas y las piernas desolladas hasta los huesos; cuando me tendieron à los piés de Jeque Ibrahim, no daba ninguna señal de vida; echóse sobre mí el buen viejo llorando; pero como tenia algunas nociones de medicina, y nunca viajaba sin llevar consigo un botiquin, no se abandonó mucho tiempo à un dolor estéril. Cercioróse primeramente, acercándome à la nariz no sé que espíritus, de que aun vivia, me puso con mucho tiempo sobre un camello, y volvió conmigo à la aldea El Habedin; entretanto mi cuerpo se hinchó prodigiosamente, sin dar otra señal de vida; el jeque del pueblo me hizo tender en un colchon y envió à buscar un cirujano à Homs. Nueve horas enteras estuve sin dar la menor señal de sensibilidad; al cabo de este tiempo abrí los ojos, sin tener ninguna percepcion de lo que pasaba en derredor de mí, ni el menor recuerdo de lo que habia sucedido: hallábame como bajo la influencia de un sueño, sin experimentar ningun dolor. Así estuve venticuatro horas, y no salí de aquel letargo sino para sufrir inauditos dolores; mas me hubiera valido cien veces quedarme en el fondo del precipicio. ®

Jeque Ibrahim no se separaba de mí un instante, y se deshacia en ofertas de recompensas al cirujano si lograba salvarme. Hacia este por su parte cuanto podia; pero no era muy hábil, y al cabo de treinta dias, mi situacion empeoró, en térmi-

nos que se temió la gangrena. El Drayhy vino á verme apenas tuvo noticia de mi desgracia, y tambien la lloró y ofreció ricos presentes al cirujano para activar su celo; pero en sus mayores extremos de afliccion por mí, no podia menos de lamentar la pérdida de su yegua Abaige, que era de pura sangre árabe, y valia diez mil piastras. Por lo demas, lo mismo que á Ibrahim, el dolor le ponía fuera de sí; ambos temian, no solo perderme, pues me querian de veras, sino tambien ver malograrse todas sus operaciones, de resultas de mi muerte. Procuré tranquilizarlos, diciéndoles que no creia morirme de aquella hecha; pero nada me anunciaba que estaria en situacion de viajar en mucho tiempo, aun dado que no sucumbiese.

Tuvo el Drayhy que despedirse de nosotros para continuar su emigracion hácia el Oriente, adonde iba á pasar el invierno. Jeque Ibrahim se desesperaba viéndome empeorar por dias; en fin, sabiendo que habia un cirujano mas hábil que el mio en El Dair Attié, le hizo llamar; pero se negó á venir, ecsigiendo que se llevase el enfermo a su casa: por consiguiente me hicieron una especie de litera lo mejor que se pudo, y me llevaron allá á riesgo de verme espirar en el camino. Aquel nuevo cirujano mudó enteramente los vendages de mis heridas, y las lavó con vino caliente; tres meses pasé en su casa, sufriendo un verdadero martirio, y echando

de menos mil veces la muerte de que habia escapado; luego me trasportaron á la aldea de Nabek, donde estuve en cama otros cinco meses. Solo al cabo de este tiempo empezó realmente mi convalecencia, y aun todavia tuve algunas recaidas; cuando veia un caballo, por ejemplo, perdía el color, y caia desmayado; este estado de irritacion nerviosa duró cerca de un mes. En fin, poco á poco logré vencerme en este punto; pero debo confesar que siempre me ha quedado un estremecimiento desagradable á la vista de ese animal, y que tengo hecho juramento de nunca montar á caballo sin una absoluta necesidad.

Mi enfermedad le costó cerca de quinientos talarís á Jeque Ibrahim; pero ¿cómo evaluar sus desvelos y paternales intenciones? seguramente le debo la vida.

Durante mi convalecencia supimos que nuestro amigo, el bajá de Damasco, habia sido reemplazado por otro, Soliman Selim, noticia que nos apesadumbró mucho, haciéndonos temer perder nuestro crédito entre los turcos.

Diez meses habian trascurrido, nos hallábamos en primavera, y aguardábamos con impaciencia la llegada de nuestros amigos los beduinos, cuando vino un correo a anunciarnos que se acercaban. Dimonos prisa a enviarle al Drayhy, que le dió muy buenas albricias por la nueva de mi restable-

cimiento, que tambien causó grande alegría en toda la tribu, donde me creían muerto hacia mucho tiempo. Todavía aguardamos algunos dias a que se acercase mas la tribu, y en ellos llegó a mi noticia una anécdota singular, y que me parece digna de referirse como estudio de costumbres.

Un tratante de la Anatolia, escoltado por cincuenta hombres, llevaba diez mil carneros para venderlos en Damasco. En el camino tomó conocimiento con tres beduinos, y se hizo muy amigo de uno de ellos; en el momento de separarse, este le propuso qué entablase fraternidad con él. No veía el tratante de que le serviría tener un hermano entre unos pobres beduinos, a él que se veía dueño de diez mil cabezas de ganado y escoltado por cincuenta hombres; pero como insistiese el beduino, llamado Chatti, consintió por desembarazarse de su importunidad, en darle dos piastras y un puñado de tabaco en prendas de fraternidad. Chatti repartió las dos piastras entre sus amigos, diciéndoles:

“Sed testigos de que este hombre es ya mi hermano.” Luego se separaron, y el tratante no volvió a acordarse de semejante fraternidad. Llegado que hubo a un sitio llamado Ain El Alak, una partida de beduinos, superior en número, atacó a su escolta, la derrotó, se apoderó de sus reses y le despojó enteramente, no dejándole mas que la camisa, con la que llegó á Damasco en la mayor mi-

seria, renegando de los beduinos y de su supuesto hermano Chatti, á quien acusaba de haberle vendido.

Difundióse entre tanto por el desierto la nueva de aquella rica preseña, y llegó á oído de Chatti, quien despues de buscar á sus dos testigos, se presentó con ellos á Sultan el Brak, caudillo de la tribu El Amour, le declaró que era hermano del tratante robado, y le intimó que le hiciese justicia, á fin de que pudiese cumplir los deberes de la fraternidad. Sultan, recibida la deposicion de los dos testigos, tuvo que acompañar á Chatti á la tienda del caudillo de la tribu El Nahimen, que se habia apoderado de las reses, y que reclamárselas con arreglo á sus leyes. No tuyo el jeque mas arbitrio que devolvérselas, y Chatti, despues de haberse cerciorado de que no faltaba ninguna, se puso en camino para Damasco con los pastores y los rebaños.

Dejólos fuera de la ciudad, y entró en ella en busca de su hermano, á quien halló sentado delante de un café del bazar. Fuése derecho á él; pero este se volvió indignado, y no le costó á Chatti poco trabajo hacerse escuchar y sobre todo persuadirle de que sus carneros le aguardaban fuera de las puertas, pues temia una nueva asechanza y no queria seguir al beduino. En fin, convencido en vista de sus rebaños, se echó en los brazos de Chatti, y despues de haberle manifestado toda su gratitud, pro-

curó en vano hacerle aceptar una recompensa proporcionada á tamaño servicio; el beduino nunca quiso recibir mas que un par de botas y un *café* (pañuelo), que valia á lo mas un talari, y despues de haber comido con su amigo se volvió á su tribu.

Nuestra primer entrevista con el Drayhy fué verdaderamente patética; él mismo vino, con los principales de su tribu, á buscarnos á la aldea de Nabek, y nos llevó, por decirlo así, en triunfo al campamento: en el camino nos contó las guerras que habia sostenido en Samareanda, y la dicha que habia tenido de vencer á cuatro de las tribus (1) y de reducirlas luego á firmar el tratado. Era muy importante haber separado á tiempo á aquellas tribus de la alianza de los wahabi, de quienes eran tributarias, porque corrian voces de que nuestros enemigos preparaban un formidable ejército y esperaban señorearse de toda la Siria. Poco despues supimos que aquel ejército estaba en marcha, y que por todas partes iba sembrando terror y estragos.

Envió orden el Bajá de Damasco á los gobernadores de Homs y de Hama para que estuviesen sobre las armas dia y noche y preparasen sus tropas

(1) La tribu El Krassa, caudillo Zahauran Ebn Houad; la tribu El Mahalac, caudillo Nabac Ebn Habeb; la tribu El Merakrt, caudillo Roundan Ebn Abeb; en fin, la tribu El Zeker, caudillo Metlac Ebn Fayhan.

al combate. Los habitantes corrian hácia la costa, huyendo de los sanguinarios Wahabi, cuyo nombre solo bastaba para hacerles abandonar sus hogares.

Recibió el Drayhy una invitacion del bajá para pasar a Damasco a conferenciar con él; pero temiendo alguna traicion, se escusó, so pretexto de no poder dejar su puesto en aquel crítico instante, y le pidió algunas tropas como auxiliares, esperando poder con ellas hacer cara al enemigo. Mientras llegaba aquel refuerzo, hizo el Drayhy anunciar solemnemente la guerra, segun la costumbre de los beduinos en las grandes ocasiones, y he aquí como: eligióse una camella blanca, que tiznaron enteramente con olin y aceite; pusieronle un ronزال de cerda negra, é hicieron que montase en ella una doncella vestida de negro, con la cara y las manos igualmente tiznadas. Diez hombres la condujeron de tribu en tribu, y al llegar a cada una de ellas gritaban tres veces:

—“¡Refuerzo! ¡Refuerzo! ¡Refuerzo! ¡Quién de
“vosotros blanqueará esta camella? Un peda-
“zo de la tienda del Drayhy amenaza ruina;
“¡acudid, acudid, grandes y generosos defensores!
“El wahabi va a llegar, y os robará vuestros alia-
“dos y vuestros hermanos; vosotros todos los que
“me oís, dirigid vuestras oraciones a los profetas
“Mahoma y Alí, el primero y el último.”

Esto diciendo, distribuía puñados de cerda negra, y cartas del Drayhy que indicaban el punto de reunion en las orillas del Oronte. En poco tiempo se reforzó nuestro campamento con treinta tribus reunidas en una misma llanura; las cuerdas de las tiendas se rozaban unas con otras.

Envió el bajá de Damasco a Hama seis mil hombres al mando de su sobrino Ibrahim Bajá, para esperar allí otras tropas que debían aprontar los bajás de Acre y Alepo: Acababan apenas de reunirse, cuando se supo la llegada de los wahabi a Palmira, por los habitantes que acudían a refugiarse en Hama; Ibrahim Bajá escribió al Drayhy, que pasó á verle y concertaron juntos su plan de defensa. El Drayhy, que me había llevado consigo como consejero, me comunicó sus convenios, y yo le hice observar que el que reunía a los beduinos y a los turcos en un solo campamento era muy peligroso; por no tener estos últimos, en el momento de la pelea, ningún medio de distinguir a sus amigos de sus enemigos. Con efecto, todos los beduinos, igualmente vestidos, no se reconocen entre sí en los encuentros, mas que por sus gritos de guerra: cada tribu repite continuamente el suyo: Khrail Allia Doualli, Khrail el Biouda Hassny, Kraíl el Hamro Daffir, &c. Kraíl significa ginete; Allia, Biouda, Hamra, indican el color de alguna yegua favorita; Doualli, Hassny, Daffiry, son

los nombres de la tribu, es como si dijese: *Ginete de la yegua torda de Daffir, &c.* Otros invocan a su hermana ó a alguna otra hermosura, así el grito de guerra del Drayhy es Ana Akhron Rabdayo, el hermano de Rabda; el de Mehanna: yo el hermano de Tiodda; uno y otro tienen hermanas célebres por su belleza. Los beduinos dan suma importancia a su grito de guerra, y tratarían de cobarde al que no se atreviese a pronunciar el suyo en el momento del peligro. Conoció el Drayhy la fuerza de mis razones, é hizo consentir, aunque con dificultad, a Ibrahim Bajá en una division de sus fuerzas.

Al día siguiente volvimos al campamento, seguidos del ejército musulman, compuesto de dalatis, de albaneses, de mogrebinos, de houaras y de árabes, en número total de quince mil hombres, provistos de cañones, morteros y bombas, y levantaron sus tiendas á media hora de las nuestras; la arrogancia de su porte, la variedad y riqueza de sus trages, sus bauderas, formaban un cuadro magnífico; pero á pesar de su bizarra apariencia, los beduinos se burlaban de ellos, y decían que serían los primeros en huir.

En la tarde del segundo día, vimos, por la parte del desierto, una gran polvareda que se extendía como una densa niebla hasta cuanto alcanzaba la vista; poco á poco se disipó aquella nube, y vimos aparecer el ejército enemigo.

En aquella ocasion llevaban sus mugeres, sus hijos y sus rebaños. Establecieron su campamento á una hora del nuestro, y se componia de cincuenta tribus, que formaban un total de 75,000 tiendas; al rededor de cada una estaban atados numerosos camellos y carneros, que unidos á los caballos y á los guerreros, formaban una muchedumbre formidable; tanto, que atemorizado Ibrahím-Bajá envió á toda prisa á llamar al Drayhy, quien despues de haberle dado algun ánimo, volvió al campamento á mandar hacer las trincheras necesarias. A este fin reunieron todos los camellos, los amarraron unos á otros por las rodillas y los dispusieron en dos hileras delante de las tiendas: para completar aquel baluarte, se abrió un foso detras de ellos. Lo mismo hizo por su parte el enemigo, y en seguida mandó el Drayhy preparar el Hatfé.

Hé aquí en qué consiste esta singular ceremonia. Se elige la mas hermosa de las doncellas entre los beduinos, y se la coloca en un handag ricamente engalanado, puesto en una gran camella blanca. La eleccion de la doncella que debe ocupar este puesto honroso, pero arriesgado, es muy importante, porque casi siempre depende de ella el écsito de la batalla;—colocada en frente del enemigo, rodeada de la flor de los guerreros, debe escitarlos á la lid; la accion principal pasa siempre al rededor de ella y la defienden prodigios de valor. Todo se perde-

ria si el Hatfé cayera en poder del enemigo; así es que para evitar esta desgracia, debe siempre rodearle la mitad del ejército; los guerreros se suceden en aquel punto, donde es mas reñido el combate, y todos van á beber el entusiasmo en sus miradas. Una doncella, llamada Arkié, que reunia en alto grado el valor, la elocuencia y la hermosura, fué elegida por el Hatfé; tambien el enemigo preparó el suyo, y poco despues empezó la batalla. Los wahabi se dividieron en dos cuerpos; el primero y mas considerable, mandado por Abdalla Hedál, su general en gefe, estaba delante de nosotros; el segundo al mando de Abó Nocta, hacia frente á los turcos. El caracter de estos y su modo de pelear son diametralmente opuestos á los beduinos: el beduino, prudente y muy sereno, empieza con suma cachaza; luego va animándose poco á poco, y pronto se enfurece y es irresistible. El turco, por el contrario, orgulloso y arrogante, arremete con ímpetu al enemigo y cree que no tiene que hacer mas que presentarse para vencer, con lo que toda la fuerza se le va en la primera embestida.

El bajá Ibrahím, viendo a los wahabi atacar friamente, se creyó bastante fuerte para dispersar él solo su ejército entero; pero antes del anochecer aprendió á sus espensas á respetar á su adversario, pues tuvo que replegar sus tropas y dejarnos todo el peso de la accion.

La noche puso fin al combate; pero por ambas partes hubo gran mortandad.

El día siguiente recibimos un refuerzo con la llegada de la tribu El Hadidi, compuesta de cuatro mil hombres, todos montados en borricos y armados con fusiles. Hecha la cuenta de nuestras fuerzas, resultó que ascendían á ochenta mil hombres, y como los Wahabi tenían ciento cincuenta mil, el combate del día siguiente les fué favorable, y la fama de nuestra derrota, ecsagerada como sucede siempre en semejante caso, se extendió por Hama y atemorizó a sus habitantes. Al otro día ya se les pasó el susto, y por espacio de veinte días pusieron a prueba nuestra constancia, continuas alternativas de buena y mala fortuna. Cada día eran mas terribles los combates; el décimo quinto tuvimos que luchar con un enemigo mas temible que los wahabi,—el hambre. La ciudad de Hama, la única que podia suministrar víveres a ambos ejércitos, se agotaba ú ocultaba sus recursos; los turcos huían; nuestros aliados se dispersaban para no morir de hambre; los camellos que formaban el baluarte del campamento, se devoraban unos a otros. En medio de aquellas calamidades, no flaqueó un momento el valor de Arkié; nuestros mas denodados guerreros se dejaban matar a su lado, y ella no cesaba de animarlos, de escitarlos y de aplaudir sus esfuerzos; alentaba a los viejos alabando su va-

lor y esperiencia, y a los mozos prometiéndoles casarse con el que le entregase la cabeza de Addalla el Hedál. Como yo estaba siempre junto a su handag, veía a todos los guerreros presentarse a ella para obtener algun estímulo, y abalanzarse en seguida a la pelea, entusiasmados por su elocuencia. Confieso que prefería oír sus cumplimientos a recibirlos, porque casi siempre eran los precursores de la muerte. Un día ví a un gallardo mancebo, uno de nuestros mas valerosos ginetes, presentarse delante del hándag:

“¡Oh Arkié! esclamó ¡oh la mas hermosa entre las hermosas, déjame ver tu rostro; pues voy á pelear por tí!”

Arkié le respondió:

“Aquí me tienes, ¡oh el mas valiente entre los valientes! Ya sabes que mi precio es la cabeza de Abdalla.”

El jóven blandió su lanza, aguija á su caballo y se precipita en medio de los enemigos: antes de dos horas, ya habia sucumbido, cubierto de heridas.

“Dios os conserve! dije á Arkié, el valiente ha perecido.”

“No es él el solo que no ha vuelto,” respondió la doncella tristemente.

En aquel momento se presentó un guerrero armado de piés á cabeza; hasta sus botas estaban

guarnecidas de acero, y su caballo cubierto de una cota de malla (los wahabi tenían veinte de estos guerreros entre los suyos; nosotros no teníamos mas que doce). Adelantóse hácia nuestro campamento, llamando al Drayhy á singular batalla, uso antiquísimo entre los beduinos; el que de esta suerte es desafiado no puede sin deshonor rehusar el combate. El Drayhy, al oír su nombre, se dispónia á responder á aquella provocacion; pero sus parientes se reunieron á nosotros para contenerle: su vida era demasiado importante para esponerla con tanta ligereza, y su muerte hubiera acarreado la ruina total de nuestra causa, y la destruccion de los dos ejércitos aliados.

Siendo inútil la persuasion, tuvimos que emplear la fuerza; atámosle con cuerdas de piés y manos á unas estacas clavadas en el suelo, en medio de su tienda; los gefes mas influyentes le sujetaban y le eeshortaban á calmarse, haciéndole presente la imprudencia de esponer al ejército por responder á la insolente bravata de un brutal wahabi. Este, entretanto no cesaba de gritar:

—“¡Venga, venga el Drayhy! Ya ha llegado el su último dia; yo voy á terminar su carrera.”

El Drayhy, que lo oía, cada vez mas furioso, echaba espumarajos de cólera y bramaba como un leon; los ojos encendidos como dos ascuas, se le saltaban de la cara, y se revolvía entre sus cuerdas con

terrible fuerza. Aquel tumulto atraía un numeroso gentío al rededor de su tienda, cuando de pronto un beduino, abriéndose paso, se pone delante del Drayhy; una camisa sujeta con un cinturon de cuero, y un *cafté* en la cabeza formaba su única vestimenta. Montado en un caballo alazan, y sin mas armas que una lanza, iba á solicitar licencia para pelear con el wahabi en lugar del jeque, recitando los versos siguientes:

“Hoy, yo Tehaisson, me he apoderado del caballo Hadidi, que deseaba hácia mucho tiempo, deseoso de recibir *en su lomo* las alabanzas debidas á mi valor. Voy á atacar y á vencer al wahabi por los hermosos ojos de mi amada, y para ser digno de la hija de aquel que siempre ha vencido al enemigo.”

Dice y se lanza á la pelea contra el guerrero enemigo: nadie creía que pudiese resistir media hora á su terrible adversario á quien su armadura hacia invulnerable; pero si no le descargó golpes muy homicidas, supo con maravillosa destreza evitar los suyos durante las dos horas que duró la lid. Todos estaban suspensos y llenos del mas vivo interés, lo mismo en uno que en otro bando; al cabo nuestro campeón vuelve la rienda y parece que huye;—toda esperanza está perdida; el enemigo va á proclamar su triunfo;—el wahabi le persigue, y con firme mano le arroja su lanza; pero Tehaisson, previendo el golpe, se agacha has-

ta el arzon de su silla, y el arma pasa silbando por encima de su cabeza; entónces volviéndose de improviso, clava su acero en la garganta de su enemigo, aprovechándose del instante en que este, obligado á parar de pronto su caballo delante del de su contrario, levanta la cabeza.

Como este movimiento dejó un hueco entre el casco y la coraza, debajo de la barba la lanza el atravesó de parte á parte, y le mató en el acto, pero sostenido en la silla por su armadura, el caballo se llevó el cadáver en medio de los suyos, y Tehaisson volvió triunfante á la tienda del Drayhy, donde fué recibido con entusiasmo. Todos los gefes le abrazaron colmándole de elogios y de regalos, y Jeque Ibrahim no fué uno de los últimos en manifestarle su gratitud.

Continuaban entretanto la guerra y el hambre; dos dias estuvimos en la tienda del Drayhy sin probar bocado. Al tercero recibió tres canastos de arroz que le enviaba de regalo Mola Ismael, caudillo de los Dallatis. En vez de economizarle como nu último recurso, mandó cocerle todo y convidó á cenar á todos los que estaban presentes. Su hijo Sahed no quiso sentarse á la mesa; pero instado por su padre, pidió que le diesen su racion y se la llevó á su yegua, diciendo que preferia sufrir él á verla carecer de alimento.

Treinta y siete dias hacia que habia empezado la

guerra: el trigésimo octavo fué terrible el combate. Tomó y saqueó el enemigo el campamento de los osmanlis, y á duras penas pudo el bajá volver á Hama, perseguido por los wahabi, que pusieron sitio á esta ciudad.

La derrota de los tarcos nos era tanto mas funesta, cuanto dejaba al segundo cuerpo de ejército del enemigo, mandado por el famoso negro Abó Nocta, en libertad para unirse á Abdalla para atacarnos á la par. Al dia siguiente empezó una terrible lid; tan mezclados estaban los beduinos, que no se distinguian unos de otros. Atacábanse con el sable cuerpo á cuerpo; todo el llano estaba cubierto de sangre; jamas acaso hubo semejante batalla; ocho dias duró sin cesar. Los vecinos de Hama, persuadidos de que todos estábamos esterminados, ya no nos enviaban aquellas raras provisiones que de tan estremados apuros nos habian sacado algunas veces. En fin, el Drayhy viendo el mal en su colmo, reunió á los gefes y les dijo:

—“Amigos míos, es preciso hacer un último esfuerzo: mañana es forzoso vencer ó morir:—mañana, si Dios lo permite, destruiré el campamento enemigo; mañana nos hartaremos de sus despojos.”

Una sonrisa de incredulidad acogió su arenga: sin embargo, algunos mas animosos respondieron:

—“Proseguid; os obedeceremos.

—“Esta noche, continuó, es preciso que hagais

“ pasar cautelosamente al otro lado del Oronte
 “ vuestras tiendas, vuestras mugeres y vuestros hi-
 “ jos; es menester que todo haya desaparecido ántes
 “ de salir el sol, sin que lo advierta el enemigo. En
 “ seguida, libres de todo cuidado caerémos sobre él
 “ con el arrojó de la desesperacion y le estermina-
 “ remos ó pereceremos todos. Dios nos protegerá
 “ y venceremos.”

Todo se ejecutó como él habia dicho, con un órden, una presteza y un silencio increíbles: al dia siguiente no quedaban mas que los guerreros. El Drayhy los dividió en cuatro cuerpos, mandando atacar al campamento enemigo por cuatro puntos á la vez; todos se arrojaron sobre su presa como leones hambrientos. Aquel choque impetuoso y simultáneo, tuvo todo el éxito que podia esperarse de él; la confusion y el desórden penetraron entre los wahabi, que echaron á huir, abandonando sus mugeres, sus hijos, sus tiendas y sus bagages. El Drayhy, sin dar tiempo á los suyos para apoderarse del botin, los obligó á perseguir á los fugitivos hasta Palmira, y no los dejó descansar hasta despues de la total dispersion del enemigo.

Apenas se declaró la victoria por nosotros, partí con Jeque Ibrahim para anunciar á la poblacion de Hama esta feliz nueva; pero nadie quiso creerla, y poco faltó para que nos tratasen como á fugitivos. Estaba el pueblo en la mayor agitacion; unos corrian á las alturas, desde donde no veian

mas que nubes de polvo; otros preparaban sus machos para huir hácia la costa; pero pronto, confirmandose la derrota de los wahabi, el mas estravagante alborozo sucedió á aquella gran consternacion. Enviaron un tártaro á Damasco que volvió trayendo euarenta cargas de trigo, veinticinco mil piastras, un sable y una pelliza de honor para el Drayhy, que hizo su entrada triunfal en Hama, escoltado por todos los gefes de la tribus aliadas; el gobernador, los agás, el bajá y toda su corte le recibieron de un modo espléndido.

Despues de cuatro dias de regocijos, salimos de Hama para reunirnos con nuestras tribus y conducir las al levante al acercarse el invierno. El Drayhy partió con doce de ellas; las otras, reunidas en grupos de cinco ó seis, se dispersaron en el desierto de Damasco.

Nuestra primera residencia fué en Tall el Dehab, en el territorio de Alepo, donde hallamos cuatro tribus que no habian tomado parte en la guerra: los gefes salieron al encuentro del Drayhy, penetrados de respeto por sus recientes proezas, y solicitando el favor de ser admitidos a firmar nuestro tratado de alianza (1). De allí marchamos sin

(1) Farés Ebn Aggib, gefe de la tribu el Bechakez, quinientas tiendas; Cassan Ebn Unkban, gefe de la tribu el Chiamssi, mil tiendas; Selamé Ebn Nahssan, gefe de la tribu el Fuahez, seiscientas tiendas; Mohanna el Saneh, gefe de la tribu el Salba, ochocientas tiendas.

detenernos para reunirnos con nuestro amigo el emir Taher, que nos recibió con las mas vivas manifestaciones de júbilo. Atravesamos el Eufrates con él y con otras muchas tribus que entraban como nosotros en Mesopotamia, é iban, unas del lado de Hamad, otras del desierto de Bassora.

Recibimos en el camino una carta de Farés el Harba, anunciándonos que seis de las grandes tribus que habian peleado contra nosotros con los wahi, se habian acampado en la Hebassia, cerca de Machadali, que estaban dispuestas a aliarse con nosotros, y que si el Drayhy queria enviarme a su lado con plenos poderes para tratar, se creia seguro del logro. No perdí un momento en acudir a su llamamiento, y al cabo de seis dias de camino, llegué a su tienda sin accidente. Farés el Harba haciendo al punto levantar su campamento, me condujo a una jornada de aquellas tribus (1): entonces escribí en su nombre al emir Douackhry, caudillo de la tribu el Fedhan, instándole a hacer alianza con el Drayhy, y prometiéndole el olvido de lo pasado. Douackhry pasó en persona a ver a Farés el Harba, y pronto estuvimos de acuerdo; pero nos dijo que no podia responder mas que de

(1) La tribu el Redhan, cinco mil tiendas; la del Sabha cuatro mil; la de el Rekaka, mil quinientas; la de el Messahid, tres mil quinientas; la de el Salca, tres mil; en fin, la de Benni Dehabb, cinco mil.

su tribu, mirando como muy difícil convencer a las otras cinco; propúsome sin embargo que le acompañase a su campamento, ofreciéndome reunir a los caudillos y usar de todo su influjo sobre ellos. Acepté y partí con él; llegado que hubimos en medio de lo que debia ser un campamento, ví con sentimiento innumerables hordas de beduinos tendidos al sol, pues como habian perdido sus tiendas y sus bagages en la batalla, no tenian mas cama que el suelo, ni mas manta que el cielo: algunos andrajos, colgados de unas estacas, daban un poco de sombra a aquellos infelices, que se habian despojado de su única vestimenta para proporcionarse aquel triste abrigo contra el ardor del sol, y que yacian desnudos sobre la arena, espuestos a las picaduras de los mosquitos y a las espinosas puntas de la planta que pastan los camellos: muchos ni aun tenian un miserable trapo que los guardase del calor del dia y del fresco de la noche, cuyo contraste es mortal en aquella estacion, en que ya empezaba a dejarse sentir el invierno.

Jamas tuve idea de una miseria tan completa. Aquel triste espectáculo me oprimió el corazon y me arrancó lágrimas.

Al dia siguiente Douackhry reunió los gefes y los ancianos, en número de quinientos. Solo en medio de ellos, desesperaba yo de hacerme escuchar, y sobre todo de reunirlos en un mismo parecer. Aquellos hombres, de caracter y costumbres

independientes, escasperados por la desgracia, presentaban todos pareceres diferentes, y si ninguno esperaba hacer prevalecer el suyo, a lo menos tenía empeño en sostenerle obstinadamente, dejando a cada cual en libertad de hacer otro tanto. Unos querían ir al país de Nedgde, otros retirarse a Samarcanda; estos vociferaban imprecaciones contra Abdalla, caudillo del ejército de los wahabi; aquellos achacaban al Drayhy todos sus desastres. En medio de aquella division, me armé de valor y traté de refutar á unos y a otros. Empecé por alabar su confianza en los wahabi, diciéndoles que Abdalla se habia vuelto necesariamente su enemigo desde que le abandonaron el día del último combate, y que procuraria vengarse de ellos: que yendo al Negdge, se precipitaban voluntariamente bajo el dominio de Ebn Sihouh, que los abrumaria con contribuciones, y trataria de hacerles soportar todo el peso de una guerra desastrosa; que habiendo una vez desertado su causa y libres ya de sus garras, no debían ser como el pájaro que, habiendo escapado de la escopeta del cazador, va a caer en la red del pajarero. Ocurrióseme en fin, la fábula del haz, creyendo que esta sencilla demostracion produciria efecto sobre aquellas almas cándidas, y me determiné á explicárselas. Habiéndolos eshortado á reunirse para resistir à toda opresion, cogí de manos de los jeques

unos treinta djerids, y presenté uno al emir Farés diciéndole que le rompiera, lo hizo sin dificultad: presentéle sucesivamente dos, y luego tres, que rompió igualmente porque era hombre de mucha fuerza muscular: luego le presenté todo el haz, que no pudo romper ni doblar.

—“Machalla, le dije, no tienes fuerza,” y pasé el haz a otro, que no fué mas feliz: entonces se alzó en la asamblea un murmullo general.

—“¿Quien podria romper tamaño haz,” esclamaban todos?

—“Os cojo la palabra,” respondí, y en el lenguaje mas enérgico les hice la esplicacion del apólogo, añadiendo que me habia afligido tanto verlos sin hogar y desnudos, que me obligaba à solicitar del Drayhy la restitucion de sus bagages y de sus tiendas, y que conocia bastante su magnanimidad para responder del logro de mi peticion si entraba francamente en la alianza cuyas ventajas acababa de probarles. Y todos á una voz esclamaron:—“Venciste, Adbdalla; tuyos somos en vida y en muerte,” y todos vinieron á abrazarme; luego se convino en que darian cita al Drayhy en la llanura de Halla para poner su sello en el tratado.

Al día siguiente atravesé de nuevo el Eufrates, y á los cinco me reuní con mi tribu. Mis amigos estaban cuidadosos de mi larga ausencia, y la relacion de mi feliz negociacion los colmó de alegría.

Tantas veces he contado las reuniones, las comidas y los regocijos de toda especie usados entre los beduinos, que no describiré de nuevo lo que pasó con ocasion de formarse el tratado de paz. El emir Douackhry enterró las siete piedras, y consumó así su alianza. Despues de la comida, hubo una ceremonia que aun no habia yo visto, la de prestar juramento de fidelidad sobre el pan y la sal; luego el Drayhy declaró que estaba pronto á cumplir el empeño que yo habia tomado en su nombre, devolviendo el botin cogido á las siete tribus que acababan de reunirse á él; pero no bastaba tener esta generosa voluntad, era preciso ademas, hallar el medio de ejecutarla. En el saqueo del campamento de los wahabi y de sus aliados, los despojos de cincuenta tribus estaban confundidos, y no era cosa fácil reconocer la propiedad de cada uno. Decidióse que las mugeres solas podian lograrlo, y sería imposible formarse una idea del afan de los cinco dias que se emplearon en hacerles reconocer los ganados, las tiendas y los bagages de las diversas tribus. Cada camello y cada carnero tiene en una pata dos cifras hechas con un hierro incandescente, la de la tribu y la del dueño; pero por poco que se parezcan las cifras, ó estén medio borradas, como siempre sucede, la dificultad es inmensa; así fué que estuve tentado de arrepentirme de mi rapto de compasion y de mi imprudente promesa.

En aquella época, pasó una gran caravana que

iba de Bagdad á Alepo y fué despojada por los Fedans y los Sabhas; llevaba un rico cargamento de añil, café, especias, alfombras de Persia, telas de cachemira y otros objetos preciosos, que avaluamos en diez millones de piastras. Apénas corrió la voz de aquella presa, llegaron varios mercaderes, algunos de muy léjos, para trocar ó comprar aquellas riquezas de los beduinos, que las vendian ó mas bien las daban casi por nada; así, por ejemplo, cambiaban una medida de especias por una de dátiles; una pieza de cachemira por un *machlah* negro; una caja de añil por un vestido de lienzo; piezas enteras de pañuelos de la India por un par de botas. Un mercader de Moussoul compró por una camisa, un *machlah* y un par de botas, mercancías de valor de mas de quince mil piastras; y una sortija de diamantes se dió por un *rotad* de tabaco. En aquella ocasion pude hacerme rico; pero el Sr. Lascaris me prohibió comprar cosa alguna, ó recibir regalos, y obedecí escrupulosamente.

Diariamente nos llegaban del pais de Nedgde, tribus que abandonaron á los wahabi para reunirse á nosotros,—unas atraidas por la gran reputacion del Drayhy, otras de resultas de sus desavenencias con el rey Ebn Siohud: una circunstancia de este género nos trajo de una vez cinco tribus. El emir de la tribu de Beni Tay, tenia una hija hermosísima llamada Camare (Luna). Fehrab, hijo del caudillo de una tribu vecina y pariente de

Wahabi, se enamoró de ella y fué correspondido; habiéndolo notado el padre de la doncella, prohibióle hablar al príncipe, y se negó á recibirle y aun á escuchar sus proposiciones de matrimonio, por estar destinada Camare á su primo Famer. Es costumbre entre los beduinos, — costumbre que recuerda la que nos ha trasmitido la Biblia, — que el pariente mas cercano sea preferido cuando hay que casar á una doncella; pero Camare, sin curarse de esta costumbre de su pais, ni dejarse intimidar por las amenazas de su padre, se negó rotundamente á casarse con su primo, y aumentando su amor en razon de los obstáculos que se le oponian, aprovechó todas las ocasiones de corresponder con su amante. Este, perdida toda esperanza de obtenerla de sus padres, resolvió robarla, é hizo que se lo propusiese una vieja á quien habia logrado sobornar; obtenido su consentimiento, introdújose en la tribu Beny Tay, disfrazado de mendigo, y concertó con ella la hora y las circunstancias del rapto. A media noche, salió la doncella cautelosamente de la tienda de su padre, y se reunió con el príncipe, que la aguardaba á la entrada del campamento; sentóla en la grupa de su yegua, y se lanzó al llano; pero la celeridad de su fuga, no pudo sustraerla á los celosos ojos de Famer que, enamorado de su prima y determinado á sostener sus derechos, vigilaba hacia mucho tiempo los pasos de su rival y hacia centinela todas las noches junto á la tien-

da de Camare. Apénas los vió huir, echó á correr en su seguimiento. La yegua de Fehrab, que tenia la velocidad natural á la raza Nedgdíé, aceleró todavía mas en aquella ocasion su carrera, aguijoneada por la impaciencia de su amo; pero cargada con el peso de dos personas, llegó un momento en que ya no tuvo fuerzas para obedecer á los redoblados golpes del estribo, y cayó sin aliento en tierra. Fehrab vé á Famer próximo á alcanzarle, y dejando en el suelo á su amante, se prepara á defenderse. Terrible fué el combate cuanto trágico el resultado: Famer vencedor, mata á Fehrab y se apodera de su prima; pero rendido de cansancio y lleno de seguridad, se duerme un momento junto á ella; Camare, que espia su sueño, coge el sable teñido en sangre de su amante, corta la cabeza á su primo, y se traspasa el corazon con la lanza: así fueron hallados los tres por los que salieron en su busca. Siguió á este triste suceso una mortífera guerra entre las dos tribus; la de Nehrab, sostenida por los wahabi, obligó á la retirada á la de Beni Tay, que vino con otras cuatro tribus aliadas (1) á pedir proteccion al Drayhy, cuyo poderío ya no tenia rival. Quinientos mil Beduinos, reunidos á nuestra causa, no formaban mas que un solo cam-

(1) La tribu Beni Tay, compuesta de 4,000 tiendas, la de El Hamarnid, 1,500; la de El Daffir, 2,500; la de El Hagiager 800; en fin, la de El Khresahel, 3,000.

pamento, y cubrian la Mesopotamia como una nube de langostas.

Miéntas estábamos en las cercanías de Bagdad, otra caravana de Alepo fué despojada por nuestros aliados; iba cargada de productos de fábricas de Europa, paños, terciopelos, rasos, ambar, coral, &c. Aunque el Drayhy no tomó parte ninguna en aquel saqueo, estaba demasiado en las costumbres de los beduinos para que pensase en oponerse á él.—El bajá de Damasco pidió satisfaccion, pero no la obtuvo; y viendo que necesitaria un ejército de cincuenta mil hombres por lo ménos para hacerse justicia, renunció á sus pretensiones, resuelto á conservarse amigo de los beduinos á toda costa.

Jeque Ibrahim veia realizarse así sus esperanzas aun mas allá de sus mas brillantes previsiones; pero miéntas aun quedaba algo por hacer, no queria tomar un punto de reposo; así fué que, habiendo pasado el Tigris en Abou el Ali, continuamos nuestra marcha y entramos en Persia. Allí tambien habia precedido al Drayhy su reputacion, y continuamente venian á fraternizar con nosotros tribus del pais; pero en nuestro vasto plan no eran bastantes aquellas alianzas parciales, y necesitábamos ademas, asegurarnos la cooperacion del gran príncipe, gefe de todas las tribus persas, el emir Sahid el Bokhrari, que manda hasta las fronteras de la India. La familia de este príncipe es, hace muchos siglos, soberana de las tribus errantes de

Persia, y pretende descender de los reyes Beni el Abas, que conquistaron la España, y cuyos descendientes se llaman todavia los Bokhranis. Supimos que se hallaba en una provincia muy distante, y habiendo el Drayhy convocado á todos los gefes en un consejo general, se decidió que cruzariamos la Persia, pasando lo mas cerca posible de las costas, para evitar las montañas que erizan lo interior del pais, y hallar pastos, aunque precisamente el agua debia escasearnos. En el itinerario de una tribu, es mas importante hallar en el camino yerba que agua, porque esta puede trasportarse, y nada basta á suplir la falta de alimento para los ganados, de que depende la existencia misma de la tribu.

Cincuenta y un dias duró aquel viage, durante los cuales no encontramos ningun obstáculo por parte de los habitantes; pero sufrimos bastante, sobre todo, á causa de la escasez del agua. En una de aquellas ocasiones, Jeque Ibrahim, habiendo observado la naturaleza del terreno y la frescura de la yerba, aconsejó al Drayhy que hiciese cavar la tierra para buscar agua. Los beduinos del pais se rieron de aquella tentativa, diciendo que nunca la habia habido en aquel sitio, y que era preciso enviar por ella á seis horas de camino; pero el Drayhy insistia, diciendo:

—“ Jeque Ibrahim es un profeta y es preciso “ obedecerle en todo.”

Cavóse en muchos puntos á la vez, y efectivamente, á cuatro piés de profundidad se halló una agua escelente; en vista de este feliz resultado, los beduinos proclamaron con aclamaciones, verdadero profeta á Jeque Ibrahim, y milagro su descubrimiento, y poco faltó para que, en el esceso de su gratitud, le adorasen como á un Dios.

Despues de haber recorrido las montañas y los valles del Karman durante muchos dias, llegamos al rio de Karassan, rápido y profundo; habiéndole atravesado, nos dirigimos hácia las costas donde el camino es menos áspero. Hicimos conocimiento con los beduinos del Agiam Estan, que nos recibieron muy bien, y á los euarenta y dos dias de marcha, despues de nuestra entrada en Persia, llegamos á El Hendouan, donde estaba acampada una de sus mayores tribus, mandada por Hebiek el Mahdan. Esperábamos que nuestro viage llegaba á su término; pero el jeque nos dijo que el emir Sahid estaba todavía á nueve jornadas de allí, en Merah-Famés en las fronteras de la India; y nos ofreció guías para conducirnos hasta allá é indicarnos los sitios donde se debia hacer aguáda. Sin esta precaucion hubiéramos estado espuestos á perecer en aquella última marcha.

Enviarnos correos para avisar nuestra llegada al gran principe y anunciarle nuestras intenciones pacíficas. El nono dia salió á nuestro encuentro,

al frente de un ejército de formidable apariencia, de modo que no sabiamos en el primer momento si aquel alarde de fuerza tenia por objeto hacernos honor ó intimidarnos, y el Drayhy empezaba á arrepentirse de haberse aventurado tan léjos de sus aliados.—Sin embargo, no mostró ningun temor, colocó á las mugeres y los bagages detras de las tropas, y se adelantó con la flor de sus guerreros, acompañado por su amigo el jeque Saker (aquel á quien el año anterior dió el mando en el desierto de Bassora y que habia preparado todas nuestras alianzas durante nuestro viage á Siria).

Pronto se tranquilizaron en punto á las intenciones del príncipe, que separándose de los suyos, se adelantó con algunos ginetes hasta enmedio del llano que separaba á los dos ejércitos. Lo mismo hizo el Drayhy, y ambos gefes se encontraron á mitad de camino, se apearon y se abrazaron con muestras de la mas cordial amistad.

Si no hubiera descrito tantas veces la hospitalidad del desierto, mucho tendria que contar del recibimiento que nos hizo el emir Sahid, y de los tres dias que empleamos en festines; pero para evitar las repeticiones lo pasaré por alto, y solamente diré que los beduinos de Persia, mas pacíficos que los de Arabia, entraron fácilmente en nuestras miras, y comprendieron perfectamente la importancia de los resultados mercantiles que queriamos esta-

blecer con la India;—esto es cuanto teníamos que decirles acerca de nuestra empresa. El emir prometió la cooperacion de todas las tribus de Persia que están bajo su dominio, y ofreció su influencia para conciliarlos las de la India, que le profesan gran consideracion à causa de la antigüedad de su raza y de su reputacion personal de cordura y generosidad. Hizo con nosotros un tratado particular concebido en estos términos:

“ En nombre del Dios clemente y misericordioso, yo, Sahid, hijo de Bader, hijo de Abdalla, hijo de Barakat, hijo de Alí, hijo de Bokhrani, de feliz recordacion, declaro que he dado mi palabra sagrada al poderoso Drayhy Ebn Chahllan, al Jeque Ibrahim y à Abdalla el Kratib.—Me declaro su fiel aliado, y acepto todas las condiciones que se especifican en el tratado general que está en sus manos.—Me obligo à ayudarlos y sostenerlos en todos sus proyectos, y à guardarles un secreto inviolable.—Sus enemigos serán mis enemigos; sus amigos mis amigos.—Invoco al grande Alí, el primero entre los hombres y el amado de Dios, en testimonio de mi palabra.—Salve.

“Firmado y sellado.”

Seis dias pasamos aún con la tribu de Sahid, y tuvimos ocasion de observar la diferencia que existe entre las costumbres de estos beduinos y las

de los nuestros. Los persas son mas mansos, mas sobrios, mas sufridos; pero menos valientes, menos generosos, y sobre todo, menos respetuosos con las mugeres; tienen muchas preocupaciones religiosas y siguen los preceptos de la secta de Alí. Ademas de la lanza, el fusil y el sable, llevan una hacha cuando van à la guerra.

El príncipe Sahid envió al Drayhy dos hermosas yeguas persas, conducidas por dos negros, y éste, en cambio, le regaló una yegua negra de la raza de Nedgdíé, llamada Houban Heggín, presente de sumo valor, al que añadió algunos adornos para sus mugeres.

Estábamos acampados no lejos de Menouna, la última ciudad de Persia, à veinte leguas de la frontera de las Indias orientales, en la orilla de un rio que los beduinos llaman el Gitan.

El séptimo dia, habiéndonos despedido de Tahid, nos pusimos en marcha para volver à Siria ántes de los calores del verano. Caminábamos rápidamente y sin precauciones, cuando un dia, en la provincia de Karman, nos fueron arrebatados nuestros ganados, y al siguiente nos atacó una poderosa tribu, mandada por el emir Redaini, que se intitula el guarda del califado de Persia, hombre imperioso y celosísimo de su autoridad. Aquellos beduinos, muy superiores en número, nos eran muy inferiores en valor y en táctica, y nuestras tropas

ademas tenian mucho mejores gefes. La posicion del Drayhy era sin embargo muy crítica, pues si el enemigo alcanzaba la menor ventaja éramos perdidos; todos aquellos beduinos del Karman nos hubieran rodeado, de suerte que no hubiéramos podido escaparnos. Vió, pues, la necesidad de imponerles respeto con una victoria decisiva que les quitase en lo sucesivo la gana de medirse con nosotros, y tomó las mas hábiles y mejor combinadas disposiciones para hacer triunfar al valor sobre el número; desplegó todos los recursos de su ingenio militar y de su larga esperiencia, é hizo personalmente prodigios de valor; nunca habia estado mas sereno en el mando ni mas impetuoso en el combate; así fué que el enemigo vencido tuvo que retirarse, dejándonos en libertad de proseguir nuestro camino. Empero el Drayhy, creyendo que no seria prudente dejar á sus espaldas una tribu hostil aunque batida, suspendió su marcha y envió un correo al emir Sahid, noticiándole lo que acababa de pasar. Volvió á los pocos dias el mensagero trayendo al Drayhy una carta muy amistosa, en que venia inclusa otra para Redaini concebida en estos términos:

“En nombre de Dios, el Criador supremo, diríjanse homenages y respetuosas preces al mas grande, potente, glorioso, sabio y hermoso de todos los profetas, al valiente de los valientes, al

“ grande de los grandes, al califa de los califas, al Señor del sable, al rubí rojo, al convertidor de las almas, al Iman Alí. Esta carta es de Sahid el Bokhrani, el grande de los dos mares y de las dos Persias, y va dirigida á su hermano el emir Redaini, el hijo de Kroukiar: os hacemos saber que nuestro hermano el emir Drayhy-Ebn-Chahllan, del pais de Bagdad y de Damasco, ha venido desde lejos á visitarnos y á contraer alianza con nosotros. Ha caminado por nuestro territorio y comido nuestro pan; le hemos concedido nuestra amistad y ademas hemos contraido empeños particulares con él, de los que resulta un gran bien y una tranquilidad general.—Deseamos que hagais lo mismo;—guardaos de no hacerlo, porque perderiais nuestro aprecio, y obraríais contra la voluntad de Dios y del glorioso Iman Alí.”

Luego seguian varias citas de sus libros sagrados, el Giaffer-el-Giameh y los saludos de costumbres.

Enviamos esta carta al emir Redaini, que vino á vernos, acompañado de quinientos ginetes; todos ricamente vestidos de paños recamados de oro, sus armas eran riquísimas. Despues de algunas amistosas esplicaciones, Redaini copió de su puño el tratado particular del emir Sahid y le firmó; en seguida tomó el café; pero no quiso comer con noso-

tros, por la razon de que á los fanáticos de la secta de Alí no les es lícito comer ni con cristianos ni con turcos. Para ratificar el contrato, prestó juramento sobre el pan y la sal, y luego abrazó al Drayhy con grandes protestas de fraternidad; su tribu, llamada El Mehaziz, contiene diez mil tiendas. Habiéndonos despedido de él, continuamos nuestro camino à marchas forzadas, andando quince leguas por dia sin pararnos; en fin, llegamos en frente de Bagdad, donde entró Jeque Ibrahim para tomar dinero; pero como el invierno se nos echaba encima, perdimos el menos tiempo posible. En Mesopotamia tuvimos nuevas del wahabi. Ebn Sihoud habia recibido muy mal á su general Hedál despues de su derrota, y hecho juramento de enviar un ejército mas poderoso que el primero al mando de su hijo, para tomar venganza del Drayhy y esterminar á los beduinos de la Siria; pero despues de haberse informado mejor de los recursos que podia oponerle el Drayhy, y sobre todo de su reputacion personal, mudó de lenguaje, y resolvió atraerle à sí para ajustar una alianza. Los sucesos esteriore, que se iban complicando, daban mucha probabilidad á estas voces, porque el bajá de Egipto, Mehemet-Alí, preparaba una expedicion para invadir la Arabia Petrea, y apoderarse de las riquezas de la Meca que estaban en manos de Ebn-Sihoud. Sumo placer nos causó la

esperanza, ya de hacer la paz con él, ya de verle debilitado por una potencia estrangera. Continuamente hallábamos en nuestro camino tribus que no habian tenido todavía ocasion de firmar el tratado y que se apresuraban á firmarle (1). Apenas llegamos á Siria, recibimos un correo del rey de los wahabi que nos traia un pedacito de papel como de tres dedos de ancho y seis de largo, pues afectan emplear la forma mas diminuta para contrastar con los turcos, que escriben sus decretos y tratados en grandes pliegos. Los caracteres árabes ocupan tan poco espacio que en aquel papelillo estaba escrita una larga carta y bastante imperiosa; empezaba por una especie de profesion de fé ó declaracion de que Dios es el único y sin par; luego seguian todos los títulos del rey, á quien Dios ha dado un sable para sostener su unidad contra los idólatras (los cristianos) que dicen lo contrario, y continuaba así:

“Nos, Abdalla, hijo de Abdel Ariz, hijo de Abdal Wahabs, hijo de Sihoud. Os hacemos saber
“ oh hijo de Chahllan (¡díguese el Dios solo adora-

(1) En Maktal El Abed, encontramos dos tribus, la de Berkaje, mandada por Sahdoum Ebn Wuafi, de 1,300 tiendas, y la Mahimen, mandada por Fabad Ebn Salche, de 300 tiendas. Cuando cruzamos el Eufrates, delante de Haif, hicimos igualmente alianza con Alayan Ebn-Nadjen, caudillo de la tribu Bouharba, compuesta de 500 tiendas.

“ble dirigiros por el camino recto) que si creis
 “en Dios, debeis obedecer à su esclavo Abdalla,
 “à quien ha trasmitido su poderío, y venir à ver-
 “nos sin temor.”

“Sereis nuestro amado hijo, os perdonaremos lo
 “pasado y sereis tratado como uno de nosotros.

“Pero guardaos de la obstinacion y de la resis-
 “sistencia à nuestro llamamiento, porque el que
 “nos escucha es contado en el número de los mo-
 “radores del paraiso.

“Salve.

“Firmado.

“EL MANHOUD MENALLA, EBN
 “SIHOUD ABDALLA.”

Recibida esta carta celebramos un gran consejo de guerra, y despues de haber pesado maduramente todos los peligros del viage y todos los peligros de viage y todas las ventajas de la alianza con Ebn Sihoud, el Drayhy resolvió acudir a su llamada. Habiéndome preguntando jeque Ibrahim si me sentia con aliento para ir à ver à aquel fanático:

“Bien sé, le dije, que aventuro mas que otro
 “cualquiera, à causa de su odio contra los cristia-
 “nos; pero pongo mi confianza en Dios; como al
 “cabo he de morir y ya hecho el sacrificio de mi
 “vida, estoy pronto à hacerle de nuevo por llevar
 “hasta el fin la empresa que he empezado.” El
 deseo de ver un pais tan curioso y à aquel hombre

extraordinario, aguijaba tambien mi valor; y así, habiendo recomedado mi pobre madre al señor Lascaris para el caso de mi muerte, partí con el Drayhy, su segundo hijo Sadhoud, su sobrino, su primo, dos de los principales caudillos y cinco negros, todos montados en dromedarios. Durante la ausencia de su padre, Saher debia mandar la tribu, y conducirla al Horan, al encuentro del Drayhy, que se proponia volver por el Hegiar. Hicimos nuestra primera parada entre los beduinos Beny Toulab, que no possen, por único caudal, mas que algunos borricos, y viven de la casa de gacelas y avestruces; se visten de pieles de gacelas groseramente cosidas unas à otras, con el pelo hácia fuera, lo que les hace parecer fieras: nunca he visto un aspecto mas rústico que el suyo. Diéronnos la diversion de una cacería de avestruces, que me interesó mucho. La hembra del avestruz pone sus huevos en la arena, y se instala à corta distancia con la vista fija en ellos, incubàndolos por decirlo así, con los ojos, que nunca aparta del nido, y así se està inmóvil la mitad del dia, hasta que el macho vieue à relevarla: entonces va à buscar su sustento, mientras aquel hace centinela à su turno. El cazador, cuando ha descubierto un nido forma una especie de parapeto de piedra para esconderse detras de él y aguarda el momento favorable. Cuando la hembra està sola, y se halla el macho bastante distante para no oir el tiro, dispara sobre ella,

corre á levantar el pájaro herido mortalmente, limpia la sangre, y le vuelve á colocar en la misma postura junto á los huevos. Cuando vuelve el macho, se acerca sin desconfianza para relevarla, y entonces el cazador le mata del mismo modo. Si el macho se ha maliciado la asechanza, se aleja corriendo con rapidez, y entonces se le persigue; pero se defiende tirando piedras hácia atrás, á distancia de una bala de fusil y con gran fuerza: seria además peligroso acercarse á él cuando está furioso, pues entonces se tira sobre el cazador. Cuando ha pasado la estación de la caza de los avestruces, los beduinos montan en burros, y van á vender sus plumas á Damasco y hasta Bagdad.

Quando uno de ellos quiere casarse, promete la mitad de su caza del año al padre de su novia para pagar su dote. Estos beduinos tienen en gran veneración la memoria de Antar, de quien se dicen descendientes; pero no sé hasta qué punto puede darse crédito á esta pretension.

Nos recitaron varios fragmentos de su poema.

Luego que nos despedimos de ellos, caminamos á todo el andar de nuestros dromedarios y fuimos á acamparnos en las orillas de un lago de grande estension, llamado Raam Beni Hellal, que recibe sus aguas de una colina que habiamos costado.

Al dia siguiente llegamos en medio de un árido desierto, y vimos un bosquecillo (*oasis*) formado

por un arbusto llamado *jorfé*, y no distábamos ya de él mas que algunos pasos, cuando se pararon de pronto nuestros dromedarios; creimos al principio que querian descansar en un sitio donde un poco de vegetacion parecia anunciarles agua, pero pronto reconocimos que su repugnancia procedia de un espanto instintivo que se manifestaba con todas las señales de un invencible terror; ni halagos, ni amenazas podian hacerlos avanzar. Escitada mi curiosidad en el mas alto punto, eché pié a tierra para conocer la causa de su espanto; pero apenas entré en el bosque, retrocedí involuntariamente. La tierra estaba cubierta de millares de pieles de serpientes de todos tamaños y de todas especies, unas gordas como cables de navíos; y otras delgadas como anguilas; alejámonos precipitadamente de aquel sitio, dando gracias a Dios de no haber hallado mas que las pieles de aquellos venenosos reptiles. Como no hallábamos á la noche ningun abrigo, tuvimos que pasarla a cielo raso; pero confieso que mi imaginacion, acalorada por el horrible espectáculo del bosque, me impidió cerrar los ojos; á cada instante se me figuraba ver una serpiente deslizarse bajo mi tienda y alzar junto a mi manta su enorme cabeza.

Al dia siguiente llegamos a una tribu considerable, tributaria de los wahabi, que venia de Samarcanda; al instante escondimos nuestras pipas,

porque Ebn Sihoud prohíbe severamente el fumar, y castiga de muerte toda infracción a sus órdenes. El emir Medjioun nos dió la hospitalidad; pero no pudo contener su sorpresa de que tuviésemos valor para ponernos así a merced del Wahabi, cuyo carácter feroz nos pintaba en términos tremendos, y nos aseguró que corriamos grandes peligros, pues Ebn Sihoud no se hacia el menor escrúpulo de emplear falsas promesas para obrar luego con infame traición. El Drayhy, que lleno de honradez, se habia adelantado sobre la fé del llamamiento del rey, sin imaginarse que fuese posible faltar a su palabra, empezó a arrepentirse de su crédula confianza; pero como su altivez le impedia el retroceder, proseguimos nuestro viage. Pronto llegamos al Nedgdé, país cortado por valles y montañas, y cubierto de ciudades y aldeas, amen de una multitud de tribus errantes. Las ciudades parecen mas antiguas y atestiguan una población primitivamente mas numerosa y rica que la que actualmente las ocupa. Las aldeas están pobladas de beduinos labradores; el terreno produce en abundancia trigo, verduras y sobre todo dátiles. Dijeronnos que los primeros moradores de aquel país le abandonaron para ir a establecerse en Africa, al mando de uno de sus príncipes, llamado Beni Hetal.

En todas partes hallamos una franca hospitalidad; pero en todas tambien oimos interminables

quejas de la tiranía de Ebn Sihoud: solo el temor retenia á aquellos pueblos bajo su dominio. En fin, despues de catorce dias de camino al paso de los dromedarios, lo que supone una distancia triple de la de una caravana en el mismo tiempo, llegamos a la ciudad de los wahabi;—la ciudad está rodeada de un bosque de dátiles; los árboles se tocan y dejan apenas entre sus troncos paso para un hombre á caballo; así es que la ciudad se oculta enteramente detras de aquel baluarte, llamado las Palmas de Darkisch. Luego que cruzamos aquel bosque hallamos una segunda trinchera de montones de huesos de dátiles, que parecia un dique de piedrecitas, y detras, la muralla de la ciudad que seguimos para llegar á una puerta que nos condujo al palacio del rey. Este palacio, muy grande y de dos pisos, es de hermosas piedras blancas de silleria. Noticioso de nuestra llegada, Ebn Sihoud nos hizo llevar á una de sus habitaciones, elegante y bien amueblada, donde nos sirvieron una copiosa comida. Este principio nos pareció de buen agüero, y nos alegramos de no haber cedido á los recelos que querian inspirarnos; por la tarde, despues de habernos aseado un poco, fuimos á presentarnos al rey, en quien vimos un hombre de unos cuarenta y cinco años, de ojos feroces, de tez atezada y barba muy negra; llevaba un gombaz ceñido á la cintura con una faja blanca, un turbante listado de rojo y blanco en la cabeza, un machalab negro so-

bre los hombros, y tenia en la mano la varita del rey de Mahlab, insignia de su autoridad; estaba sentado en el fondo de una gran sala de audiencia, bastante ricamente amueblada con esteras, alfombras y almohadones, y rodeado de los grandes de su corte. Los muebles, lo mismo que los trages, eran de algodón ó de lana del Yemen, por estar prohibida la seda en sus Estados, igualmente que todo lo que recuerda el lujo y los usos de los turcos. Tuve tiempo para hacer mis observaciones, porque luego que Ebn Sihoud hubo respondido brevemente y con tono glacial á los cumplimientos del Drayhy, nos sentamos y aguardamos en silencio á que entablase la conversacion. Sin embargo, al cabo de media hora, viendo el Drayhy que no pedia el café ni descogia el ceño, tomó la palabra y dijo:

—“Veo, joh hijo de Sihoud! que no nos recibís como teniamos derecho á esperar. Hemos caminado por vuestras tierras y entrado por vuestro techo convidados por vos: si algo teneis contra nosotros, hablad; nada nos oculteis.”

Ebn Sihoud, lanzándole una mirada de fuego:

—“Sí, ciertamente, respondió, muchas quejas tengo de vos; vuestros crímenes son imperdonables. Os habeis rebelado contra mí y habeis rehusado obedecerme: habeis talado la tribu de Sahrer, en Galilea, sabiendo que me pertenecia.

“Habeis corrompido á los beduinos y reuníolos contra mí y contra mi autoridad.

“Habeis destruido mis ejércitos, saqueado mis campamentos y sostenido á mis mortales enemigos los turcos, idólatras, profanadores, malvados y libertinos.”

Luego, animándose y acumulando invectivas sobre invectivas, su rabia rompió todos los diques de la prudencia, y acabó por mandarnos que saliésemos de su presencia para aguardar sus órdenes.

Veia yo inflamarse los ojos del Drayhy é hincharse las narices; á cada instante temia una explosion de cólera que no hubiera servido mas que para acarrearnos desgracias; pero viéndose enteramente sin defensa se contuvo y levantándose con dignidad, se retiró lentamente para reflexionar sobre lo que debia hacer. Todos temblaban ante el furor de Ebn Sihoud, y nadie osaba oponerse á su voluntad. Dos dias y dos noches pasamos en nuestra estancia sin oír hablar de nadie, pues nadie se atrevia á vernos; los que mas fiesta nos habian hecho cuando llegamos, huian de nosotros ó se burlaban de nuestra crédula confianza en la fé de un hombre tan conocido por su caracter pérfido y sanguinario. A cada instante nos esperábamos á ver llegar los satélites del tirano para asesinarlos, y en vano buscábamos algun medio de escapar de sus garras. Al tercer dia, el Drayhy, diciendo

que preferia la muerte á la incertidumbre, envió á llamar á uno de los ministros del wahabi, llamado Abou El Sallem, y le dijo:

“Id á llevar de mi parte estas palabras á vuestro amo: *“Lo que queráis hacer, hacedlo pronto; no os acusaré y solo me acusaré á mí mismo de haberme puesto en vuestras manos.”*

Obedeció el Sallem, pero no volvió, y por única respuesta, vimos a veinticinco negros armados colocarse junto a nuestra puerta, lo que indicaba que decididamente estábamos presos.

¡Cuánto maldije la insensata curiosidad que me habia metido en un peligro tan gratuito!

El Drayhy no temia la muerte, pero la sujecion le era insoportable; paseábase de arriba abajo a pasos agigantados, como un leon enjaulado; al fin me dijo:

—“Es preciso que esto acabe; voy a hablar a Ebn Sihoud y a echarle en cara su perfidia; veo que la mansedumbre y la paciencia son inútiles, y quiero a lo menos morir con dignidad.”

De nuevo mandó llamar á el Sallem, y apenas le vió:

—“Volved cerca de vuestro amo, le dijo, y anunciadle que por la fé de los beduinos reclamo el derecho de hablar; siempre estará a tiempo para obrar como le plazca, despues de haberme oido.”

Habiéndonos concedido el Wahabi una audiencia, nos introdujo el Sallem, y llegado que hubimos a su presencia, dejónos el rey en pié, y nos dijo bruscamente sin responder al saludo de costumbre:

—“¿Qué quereis?”

El Drayhy, levantando la frente con dignidad, respondió:

—“He venido a veros, oh hijo de Sihoud, fiado en vuestras promesas y sin mas séquito que diez hombres, yo que mando a millares de guerreros! Estamos indefensos en vuestras manos; vos estais en el centro de vuestro poderío y podeis conculcarnos como á la arena; pero sabed que desde la frontera de la India hasta la de Nedgdé, en Persia, en Bassora, en la Mesopotamia, en Hemad, las dos Sirias, la Galilea y el Horan, todo hombre que ciñe el café os pedirá cuenta de mi sangre y tomará venganza de mi muerte. Si sois rey de los beduinos, como pretendéis, ¿cómo descendéis a la traicion? La traicion es el vil oficio de los turcos; la traicion no es para el fuerte, sino para el flaco ó el cobarde. Vos que ponderais vuestros ejércitos y que decís haber recibido del mismo Dios vuestro poderío, dejadme volver a mi pais y pelead conmigo en campo raso, porque, abusando de mi buena fé os deshonrais, os haceis objeto del comun desprecio y

“causaréis la ruina de vuestro reino.—He dicho; ahora haced lo que gustéis, algun dia os llegará el arrepentimiento. Yo no soy mas que uno —en tre mil; mi muerte no enflaquecerá à mi tribu, ni extinguirá la raza de los Challan. Mi hijo Sahen me reemplazará; él conducirá a mis beduinos y vengará mi sangre. — Estad, pues, prevenido y abrid los ojos a la verdad.”

Durante este discurso, el rey manoseaba su barba y se serenaba poco a poco. En fin, despues de un breve silencio:

—“Id en paz, dijo; nada malo os sucederá.”

Retirámonos entónces; pero todavia seguimos guardados con centinelas de vista.

Aquel acto de clemencia tranquilizó à los cortesanos, que habian oido con terror las atrevidas palabras del Drayhy, y se admiraban de la paciencia con que las habia escuchado el tirano; empezaron à irse llegando à nosotros y Abou el Sallem nos hizo comer en su casa. Yo sin embargo no estaba muy tranquilo por mí; creia en verdad que Ebn Sihoud no se atreveria à llevar las cosas al extremo con el Drayhy, pero temia que achacase todas sus culpas à mis consejos, y me sacrificase, à mí, oscuro *giaour*, à su resentimiento. Comunicué mis temores al Drayhy, que me sosegó jurándome que no llegarían à mí sino hollando su cadáver, y que o saldria el primero por las puertas de Darkise h.

Al dia siguiente nos llamó Ebn Sihoud, nos recibió con mucho agrado y nos mandó servir café; luego empezó à hacer preguntas al Drayhy acerca de las personas que le acompañaban.

Ya llegó la mia, dije entre mí, y el corazon me latió un poco; pero sin embargo me repuse y cuando me nombró el Drayhy, me dijo el rey:

—“¿Luego vos sois Abdalla el cristiano?”

Y oida mi respuesta afirmativa:

—“Ya veo, añadió, que vuestras acciones son mas grandes que vuestra persona.

—“La bala de un fusil es pequeña, le dije, y mata à hombres muy grandes.

—“Dificil se me hace, repuso ronriendo, creer todo lo que cuentan de vos. Quiero que me respondais francamente. ¿Cuál es el objeto de esa alianza en que trabajais hace tantos años?”

—“Ese objeto es muy sencillo, le respondí. Hemos querido reunir à todos los beduinos de Siria bajo el mando del Drayhy para resistir a los turcos; ya veis que así formábamos una impenetrable barrera entre vos y vuestros enemigos.

—“Muy bien, dijo; pero si así es, ¿por qué habeis procurado destruir mis ejércitos delante de Hama?”

—“Porque érais un obstáculo para nuestros proyectos, repuso; no era para vos sino para el Drayhy para quien trabajábamos; una vez consoli-

“ dado su poder en la Siria, en la Mesopotamia y
 “ hasta en la Persia, queriamos aliarnos con vos,
 “ y hacernos de esta suerte invulnerables en la po-
 “ sesion de nuestra libertad absoluta. Hijos de
 “ la misma nacion, debemos defender la misma
 “ causa; a este fin hemos venido aquí para formar
 “ con vos una union indisoluble. Nos habeis re-
 “ cibido de un modo injurioso, y el Drayhy os lo
 “ ha echado en cara, en términos injuriosos tam-
 “ bien; pero nuestras intenciones son francas y os
 “ lo hemos probado viniendo sin armas á ponernos
 “ en vuestras manos.”

Ibase despejando el semblante del rey á medida
 que yo hablaba; y cuando acabé me dijo:

—“Estoy contento.”

Luego, volviéndose á sus esclavos pidió tres ca-
 fés y yo di gracias á Dios interiormente de haber-
 me inspirado: el resto de la visita se pasó muy
 bien, y nos retiramos muy satisfechos. Por la no-
 che nos convidó á una gran cena en casa de uno
 de sus ministros, llamado Adramouti, que nos
 habló en confianza de las crueldades de su amo
 y de la execracion con que generalmente se le mi-
 raba: hablónos tambien de sus inmensas riquezas;
 las que allegó en el saqueo de la Meca son incal-
 culables. Desde los primeros tiempos de la Egi-
 ra, los principales musulmanes, los califas, los sul-
 tanes y los reyes de Persia envian todos los años

á la sepultura del profeta grandes regalos de jo-
 yas, lámparas, candelabros de oro, piedras precio-
 sas, &c., ademas de las ofrendas del vulgo de los
 fieles. El trono solo, regalo de un rey de Persia,
 de oro macizo, embutido de perlas y diamantes,
 era de incalculable valor. Cada príncipe envia un a
 corona de oro, guarnecida de piedras preciosas pa-
 ra suspenderla de la bóveda de la capilla, y eran
 innumerables las que habia cuando Ebn Sihoud la
 despojó:—un solo diamante del tamaño de una
 nuez, puesto sobre la sepultura, valia inmensas su-
 mas. Cuando se considera lo que los siglos habian
 acumulado en aquel punto único, no sorprende que
 el rey se llevase cuarenta camellos cargados de pe-
 drerías, amen de los objetos de oro y de plata ma-
 ciza. Calculando aquellos inmensos tesoros, y los
 diezmos que recauda todos los años de sus aliados,
 creo que se le puede considerar como el monarca
 mas rico de la tierra, sobre todo si se atiende á que
 no tiene casi ningun gasto que hacer, á que prohí-
 be severamente el lujo, y que en tiempo de guerra
 cada tribu provee á la subsistencia de sus ejércitos
 y soporta todos los gastos y pérdidas, sin obtener
 jamas la menor indemnizacion.

Al dia siguiente me sentí tan contento de haber
 recobrado mi libertad, que fuí á pasearme todo el
 dia, y á visitar despacio á Darkisch y sus cercanías.
 La ciudad, construida toda de piedra blanca, con-

tiene siete mil habitantes, casi todos parientes, ministros ó generales de Ebn Sihoud. No hay entre ellos ningun artesano; los únicos oficios que ejercen son de armero y herrador, y aun de estos menestrales son muy pocos: no se encuentra nada que comprar, ni aun para comer. Cada cual vive de lo que tiene, es decir, de un huerto ó unas tierras que producen trigo, verduras y frutas y mantienen algunas gallinas, sus numerosos rebaños pastan en el llano y todos los miércoles los habitantes de Yemen y de la Meca acuden á trocar sus mercancías por cabezas de ganado: esta especie de feria es el único comercio del pais. Las mugeres salen sin velo, pero se echan su machalah negro sobre la cabeza, lo que les hace poquísima gracia, prescindiendo de que generalmente son muy feas y morenas en demasía. Los huertos situados en un gracioso valle junto á la ciudad, hácia el lado opuesto á aquel por el que habíamos llegado, producen las mas esquisitas frutas del mundo, bananas, naranjas, granadas, higos, manzanas, melones, &c., entre la cebada y el maiz. Los riegan con particular esmero.

Habiéndonos llamado de nuevo el rey al dia siguiente, nos recibió muy bien y me hizo muchas preguntas acerca de los diversos soberanos de Europa, particularmente sobre Napoleon, á quien profesaba una veneracion sin límites. La relacion

sus conquistas hacia sus delicias; por fortuna mis frecuentes conversaciones con el señor Lascáris me habian puesto en situacion de darle muchos pormenores. A cada batalla esclamaba:

—“Seguramente ese hombre es un enviado de Dios; estoy persuadido de que está en comunicacion íntima con su Criador, pues que éste tanto le favorece.”

Luego, mostrándose cada vez mas afable conmigo y mudando de conversacion.

—“Abdalla, prosiguió, quiero que me digais la verdad: ¿Cuál es la base del cristianismo?”

Conociendo las preocupaciones del Wahabi, temblé al oír esta pregunta, pero despues de rogar a Dios que me inspirase:

—“La base de toda religion, oh hijo de Sihoud, le dije, es la creencia en Dios; los cristianos creen, como vos, que no hay mas que un Dios, Criador del universo, que castiga a los malos, perdona a los arrepentidos y premia a los buenos; que él solo es grande, misericordioso y omnipotente.”

—“Bien está, dijo, ¿pero cómo haceis oracion? Recitéle el *Padre nuestro*, que hizo que le escribiese un secretario, le leyó y se le metió en la chaqueta; luego prosiguiendo mi interrogatorio, nos preguntó a qué lado nos volviámos para orar.

—“A cualquiera, respondí, porque en todos está Dios.”

—“En eso os apruebo enteramente, dijo; pero
“debeis tener preceptos como teneis oraciones.”

Recitéle los diez mandamientos dados por Dios a su profeta Moises, que no le eran desconocidos, y prosiguiendo sus preguntas:

—“Y a Jesucristo ¿cómo le considerais?”

—“Como a la palabra de Dios encarnada, como
“al Verbo divino.”

—“Pero ¿fué crucificado?”

—“Como verbo no pudo morir, pero como hombre padeció por culpa de los malos.”

—“Perfectamente; ¿y respetais el Libro sagrado
“que Dios inspiró a Jesucristo? ¿Seguis puntualmente su doctrina?”

—“Le conservamos con el mayor respeto y obedecemos en todo sus preceptos.”

—“Los turcos, dijo, han hecho un Dios de su profeta, y oran en su sepultura como unos idólatras. ¡Malditos sean los que dan al Criador un igual! ¡Ojalá los esterminen el sable!”

Y prorumpiendo cada vez con mas violencia en invectivas contra los turcos, censuró el uso de la pipa, del vino y de las carnes impuras. Estaba yo harto contento de haber salido tan bien de su peligroso interrogatorio, para atreverme a contradecirle en puntos insignificantes; y le dejé creer que despreciaba la mala yerba (que así llamaba él al tabaco), cosa que hizo sonreír al Drayhy, quien

sabia muy bien que el mayor sacrificio para mí era la privacion de fumar, y que aprovechaba todos los instantes en que podia impunemente sacar de su escondite mi amada pipa:—aquel dia sobre todo la deseaba con mas ahinco que nunca, por haber hablado mucho y tomado café muy fuerte.

Pareció el rey encantado de nuestra conversacion y me dijo:

—“Veo que siempre se aprende algo. Yo siempre habia creido que los cristianos eran los hombres mas supersticiosos del mundo; y ahora estoy convencido de que se acercan a la verdadera religion mucho mas que los turcos.”

Todo bien considerado, Ebn Sihoud es hombre instruido y muy elocuente, pero fanático en sus opiniones religiosas; tiene una muger legítima y una esclava, dos hijos casados y una hija doncella. No come mas que alimentos preparados por sus mugeres, de miedo de que le envenenen; la custodia de su palacio está confiada a un batallon de mil negros bien armados; pero puede reunir en sus estados un millon y quinientos mil beduinos capaces de salir a campaña. Cuando quiere nombrar un gobernador de provincia, manda llamar al que destina a este cargo y le convida a comer con él; despues de la comida, hacen juntos las abluciones y la oracion; luego el rey, armándose con un sable, le dice:

—“Te he elegido por orden de Dios, para go-
 “bernar a sus esclavos; sé humano y justo; recauda
 “puntual el diezmo, y haz cortar las cabezas de
 “los turcos é infieles que dicen que Dios tiene un
 “igual; no permitais a ninguno de ellos estable-
 “cerse en nuestro territorio. ¡Dígnese el Señor
 “dar la victoria a los que creen en su unidad!” —
 En seguida le entrega un papelito en que se man-
 da á los habitantes que obedezcan en todo al go-
 bernador, so pena de severos castigos.

Al dia siguiente visitamos las cuabras del rey: es
 imposible, creo, para un aficionado a caballos, ver
 nada mas hermoso. Reparé primeramente en
 ochenta yeguas blancas, puestas en una sola hile-
 ra, todas de incomparable hermosura, y tan esacta-
 mente iguales, que no se podian distinguir una de
 otra; eran tan blancas y relucientes que deslum-
 braban. Otras ciento de diversos colores, pero igual-
 mente hermosas, ocupaban otra caballeriza, y á
 pesar de mi aversion a los caballos desde el cruel
 accidente que estuvo a pique de costarme la vida,
 no acierto a espresar la admiracion que me cau-
 saron.

Aquella noche cenamos en casa del general en
 gefe Hedal, que se reconcilió con el Drayhy; tam-
 bien estuvo muy cortés con nosotros el famoso Abó
 Nocta, que se hallaba presente. Varios dias estu-
 vimos reunidos en asambleas secretas para tratar

de nuestros asuntos con Ebn Sihoud; pero dejo a
 un lado, por superfluos, los pormenores de aquellas
 juntas; baste decir que ajustó una alianza con el
 Drayhy y que declaró que *ya no dirigia mas que
 una sola alma sus dos cuerpos*. Terminado el trá-
 tado, hízonos por primera vez comer con él, y pro-
 bó cada plato ántes de ofrecérselo. Como nunca
 habia visto comer mas que con los dedos, hice una
 cuchara y un tenedor de palo, estendí mi pañuelo
 a guisa de mantel, y empecé a comer al uso euro-
 peo, lo que le divirtió mucho.

—“Gracias a Dios, dijo, cada pueblo cree que
 “sus usos son los mejores, y así todos están con-
 “tentos con su suerte.”

Fijada nuestra partida para el dia siguiente, el
 rey nos envió de regalo siete de sus mas hermosas
 yeguas, conducidas del freno por otros tantos esclavos
 negros, montados en camellos *negú*, y cuando
 cada uno de nosotros eligió la suya nos presenta-
 ron un sable, cuya hoja era muy hermosa; pero
 cuya vaina no tenia ningun adorno: igualmente hi-
 zo dar á nuestros servidores sables mas ordinarios,
machlas y cien *talarís*. Despedímonos de Ebn
 Sihoud con las ceremonias de costumbre, y nos
 acompañaron hasta fuera de las murallas todos los
 grandes de su corte: cuando llegamos á la puerta,
 el Drayhy se paró, y volviéndose hácia mí, me di-
 jo que pasase el primero, pues queria, añadió son-
 riendo, cumplir su promesa,—y, lo confieso, á pe-

sar de todos los agasajos que habíamos recibido en los últimos días, las angustias que pasé al principio me habían hecho tal impresión que salí de la ciudad retozándome de gozo el corazón.

Tomamos el camino de Heggias, durmiendo cada noche en las tribus que cubrían el desierto. El quinto día, después de haber pasado la noche bajo las tiendas de El Henadi, nos levantamos con el sol y salimos para ensillar nuestros dromedarios, á quienes con grande asombro hallamos con la cabeza enterrada en la arena, de donde nos fué imposible hacérselas sacar. Llamamos en nuestra ayuda á los beduinos de la tribu, quienes nos dijeron que el instinto de los camellos los movía á esconderse de aquella suerte para evitar el *simoun*; que aquello era un presagio de ese terrible viento del desierto, que no tardaría en romper, y que no podíamos ponernos en camino sin volar á una muerte segura. Los camellos, que sienten con dos ó tres horas de anticipación que se acerca ese terrible azote, se vuelven al lado opuesto al viento, y se meten en la arena, siendo imposible hacerles mudar de postura para comer ó beber durante toda la tempestad, aunque no cese en muchos días: la Providencia les ha dado este instinto de conservación, que nunca los engaña. Cuando supimos lo que nos amenazaba, participamos del terror general, y nos apresuramos á tomar todas las precauciones

que nos indicaron. No basta poner los caballos á cubierto; es preciso además cubrirles al cabeza y taparles las orejas, pues de lo contrario los sofocarían los torbellinos de una arena menuda y sutil que el viento impele con furor. Los hombres se reúnen bajo las tiendas, tapan las aberturas con sumo cuidado, después de haberse provisto de agua que ponen al alcance de su mano, y luego en el suelo, cubierta la cabeza con su *machla*; así se están todo el tiempo que dura el huracán asolador.

Aquella mañana todo el campamento estuvo alborotado; todos ponían en seguridad sus ganados y luego iban con toda prisa á refugiarse en sus tiendas. Apenas habíamos tapado la cabeza á nuestras hermosas yeguas *nedgdis*, empezó la tormenta; furiosas ráfagas traían nubes de una arena roja y ardiente que se arremolinaba con ímpetu y derribaba cuanto hallaba al paso; hacinándose en colinas, enterraba cuanto tenía fuerza para resistirle. Si en aquellos momentos toca la arena alguna parte del cuerpo, la carne se inflama como al contacto de un hierro incandescente. El agua que debía refrescarnos estaba abrasando, y la temperatura de la tienda era mas alta que la de un baño turco. Diez horas duró la tempestad en su mayor furia, y luego fué disminuyendo gradualmente durante seis horas; si dura una hora mas, todos perecemos sofocados. Cuando nos resolvimos á

salir de nuestras tiendas presenciarnos un horrible espectáculo; cinco niños, dos mugeres y un hombre yacian muertos sobre la arena todavía ardiente, y muchos beduinos tenían la cara ennegrecida y enteramente tostada, como por la boca de un horno encendido. Cuando el viento del *simoun* hiera à un infeliz en la cabeza, la sangre le sale à chorros por la boca y las narices, se le hincha la cara, se pone negro y pronto muere ahogado. Dimos gracias al Señor de que nos hubiese libertado de aquella terrible plaga cuando nos hallábamos en medio del desierto, en cuyo caso nuestra muerte era segura, y cuando el tiempo nos permitió salir del campamento de Henadí, en doce horas de camino llegamos à nuestra tribu, donde abracé à Jeque Ibrahim con un verdadero amor filial; pasamos algunos dias contándonos nuestras aventuras, y cuando reposé enteramente de mis fatigas, me dijo el señor Lascaris:

—“Hijo mio, ya nada tenemos que hacer aquí
 “ gracias à Dios, todo està terminado, y el resultado de mi empresa ha sobrepujado à mis esperanzas; ahora es preciso que vayamos à dar cuenta de nuestra mision.”

Separámonos de nuestros amigos con la esperanza de volverlos à ver muy en breve al frente de la expedicion à que habíamos abierto el camino y allanado la senda. Pasando por Damasco, Alepo

y la Caramania, llegamos à Constantinopla el mes de Abril al cabo de noventa dias de marcha, muchas veces entre nieves. En aquel fatigoso viage perdí mi hermosa yegua nedgdié, regalo de Ebn Sihoud, que pensaba vender lo menos en treinta mil piastras; pero aquello no era mas que un preludio de las desgracias que nos esperaban. La peste asolaba à Constantinopla;—el general Andreosi nos hizo alojarnos en Keghat-Kani donde pasamos tres meses haciendo cuarentena, y entonces supimos la funesta catástrofe de Moscou y la retirada del ejército francés sobre Paris. El señor Lascaris estaba desesperado y no sabia qué partido tomar; despues de dos meses de incertidumbre, se resolvió à volver à Siria à aguardar el resultado de los sucesos. Embarcámonos en un buque cargado de trigo; una furiosa tempestad nos arrojó à Chios, donde volvimos à hallar la peste: M. de Bourville, cónsul de Francia, nos proporcionó un alojamiento donde estuvimos encerrados dos meses. Habiendo perdido casi todos nuestros efectos en la tempestad, y no pudiendo comunicar con el pueblo, à causa del contagio, nos hallamos desnudos y expuestos à grandes privaciones.

En fin volvieron à abrirse las comunicaciones. El señor Lascaris, habiendo recibido una carta del cónsul general en Esmirna que le invitaba à ir à conferenciar con los generales Lallemand y Savari, se decidió à ir allá, y me permitió que fuese à

pasar una temporada con mi pobre madre, á quien no habia visto hacia seis años.

Como mis viages no tienen ya nada que sea interesante, paso por alto el intervalo que trascurrió desde mi separacion del señor Lascaris hasta mi vuelta a Siria, y llego al triste desenlace.

Hallándome en Latakié al lado de mi madre y aguardando de un día á otro un buque que pudiese llevarme á Egipto, donde me habia citado el señor Lascaris, veo llegar un bergantín de guerra francés; voy á recoger mis cartas y recibo la cruel noticia de la muerte de mi bienhechor en el Cairo. Nada puede dar una idea de mi desesperacion; yo queria al señor Lascaris como á un padre, y perdía ademas con él todo mi porvenir. M. Drovetti, cónsul de Francia en Alejandría, me escribia que acudiese sin demora á verle:—cuarenta dias pasé sin poder hallar ocasion de embarcarme, y cuando llegué á Alejandría, M. Drovetti habia partido para el Alto Egipto; seguíle, le alcancé en Asscut, y me dijo que como el Sr. Lascaris habia llegado á Egipto con pasaporte inglés, M. Salt, cónsul de Inglaterra, se habia apoderado de todos sus efectos: instóme á dirigirme á él para que se me pagasen los sueldos (quinientos talaris anuales) que se me debian hacia seis años, y me recomendó sobre todo, que insistiese con empeño en obtener el manuscrito del viage del Sr. Lascaris, documento de suma importancia.

Volví inmediatamente al Cairo, donde M. Salt me recibió con mucha frialdad y me dijo que como el señor Lascaris habia muerto bajo proteccion inglesa, habia enviado sus efectos y sus papeles á Inglaterra. Todos mis pasos fueron vanos: pasé mucho tiempo en el Cairo con la esperanza de lograr que se me pagasen mis sueldos y de obtener los papeles del señor Lascaris, hasta que al cabo M. Salt me amenazó con hacerme prender por las autoridades egipcias, y solo merced á la generosa proteccion de M. Drovetti escapé de aquel peligro. Por último, cansado de aquella lucha infructuosa salí de Egipto y volví á Latakié al lado de mi familia, mas desdichado y ménos rico que cuando la dejé al salir de Alepo por la primera vez.

NOTA DEL AUTOR.

Habia pensado incluir aquí la traducción de algunas poesías árabes modernas, para dar siquiera una idea de este género à mis lectores; pero he sabido que una mano mas jóven y mas ejercitada que la mia, se ha ocupado ya en este trabajo. Dentro de pocos dias va à publicarse un tomo intitulado: *Miscelánea de literatura oriental y francesa*, á cuyo autor conocí, jóven poeta de las mayores esperanzas, arrebatado prematuramente á su familia y á la gloria habia nacido en Egipto, y se habia criado en Francia; y así se halla en los fragmentos originales que ha dejado, como se hallará sin duda en las traducciones, aquel color ardiente y profundo del cielo de su patria, unido á la pureza del gusto francés. Sus obras, publicadas por su viuda, son la única herencia que deja à su familia y á su patria.

He insertado aquí algunos fragmentos sacados de la publicacion que anuncio y no dudo que inspirarán deseos de conocer mas.

A. DE LAMARTINE.

15 de Abril, 1835.

MAOUALS,

6

ROMANCES VULGARES DE LOS ARABES MODERNOS.

SACADOS DE LA COLECCION TITULADA:

Miscelanea de literatura oriental y francesa,

POR J. AGOUB.

Hoy que tu cuerpo como una airosa palma, es tan esbelto y gracioso, concédeme tus caricias, oh amada mia, y aprovechemos el tiempo que huye. No cierres al amor la secreta puerta de tus favores. Creeme, la hermosura es pasajera y su imperio no ha durado todavía para ningun mortal.

Te han comparado al astro de la noche, pero cuánto se engañan en su language! ¡Tiene acaso

TOMO II.

55

la luna esos hermosos ojos negros y esas vivaces pupilas? Las cañas se doblegan y se inclinan al menor soplo del céfiro; tú, que te asemejas á ellas por tu flexible talle, ves inclinarse delante de tí á todos los hombres.

Si el tormento de mi corazon te hace feliz, atormentame, porque mi felicidad es la tuya, salvo que la tuya me es mas dulce todavia. Si quieres robar-me la vida, si este sacrificio te es necesario, toma mi vida, ¡oh tú que eres mi única vida, y no te enojés conmigo!

¿Qué mal habria, hermosa niña, en que me tratasés con mas justicia? Tú curarias mi dolorosa enfermedad con un remedio que me dispensaria de recurrir al kanon de Avicena (1). Siempre que contemplo tus hermosas cejas, creo reconocer en ellas el gracioso contorno de la *noun* (2), y tu voz es mas dulce en mis oídos que los sonidos del arpa y del *senthir* (3).

(1) El célebre tratado de medicina de Ebn Sina.

(2) Letra árabe cuya forma es arqueada.

(3) Instrumento de cuerda.

Cuando pasó la amada, la rama del vecino sauce tuvo envidia de su airoso talle; la rosa se inclinó de vergüenza, cuando vió el carmin de su mejilla y yo exclamé: ¡Oh tú que has cautivado mi alma para siempre, tus miradas han abierto en mi pecho una herida de que nunca sanará!

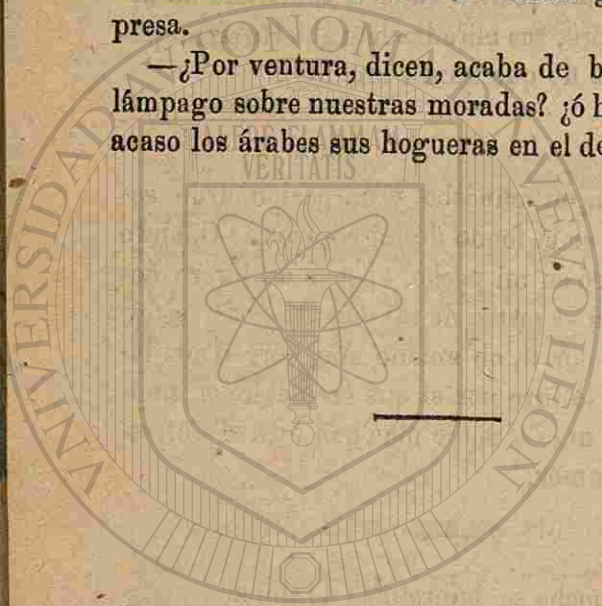
Amo, amo á un mancebo, y mi pasión arde como una llama en el fondo de mi corazon. Cuando el amor penetró en mi pecho, apenas un ligero bozo apuntaba en el rostro de mi amante. Sí, estoy enamorada, y por tí, oh amado mio, corren mis lágrimas; pero, lo juro por el que creó el amor, nunca mi corazon amó á nadie mas que á tí. Te ofrezco mi primer amor.

Cuando la noche se cubre mas de tinieblas, imita la negrura de tus rizados cabellos; cuando el día resplandece con sus mas vivas claridades, recuerda el brillo de tu rostro deslumbrador; el áloe en sus suaves ecshalaciones, no esparce mas que tus propios perfumes, y el amante prendado de tus encantos pasará su vida cantando tus loores.

La amada se acerca, pero su rostro está velado y su vista pasma y confunde á todos. El lige-

ro ramo del valle de las Nakas tiene envidia de su flexible y delicioso talle. De pronto levanta con su mano el envidioso velo que la oculta, y los moradores de la comarca lanzan gritos de sorpresa.

—¿Por ventura, dicen, acaba de brillar un relámpago sobre nuestras moradas? ¿ó han encendido acaso los árabes sus hogueras en el desierto?



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

RESUMEN POLITICO.

En diez y ocho meses de viages, de vicisitudes y de momentos de reposo, el entendimiento trabaja, aun involuntariamente: sin ningun esfuerzo suyo, los innumerables hechos que tiene a la vista le ilustran. Los diferentes aspectos bajo los cuales se le presentan las cosas humanas, las agrupan y las iluminan; en historia, en filosofia, en religion, el hombre raciocina instintivamente sobre lo que ha sentido, sobre las consecuencias que ha sacado; se forman en él verdades instintivas, y cuando se consulta a sí propio, se halla, bajo ciertos conceptos, que no es el mismo hombre que antes. El mundo le ha hablado y él ha comprendido; si así no fuera, ¿de qué le servirían al viajero los afanes, los peligros, los largos sinsabores de las separaciones, la ausencia de los amigos y de la patria? Los viages serían una brillante ilusion, y no lo que son en realidad, la educacion del pensamiento por medio

de la naturaleza y de los hombres. Empero el hombre, viajando, no se separa de sí mismo; los pensamientos que agitaban a su siglo y a su patria, cuando salió del techo paterno, le siguen y le agitan durante el camino. Como la política es la obra del día para la Europa, y sobre todo para Francia, yo he pensado mucho en Oriente sobre la política. En esto, como en historia, en filosofia y en religion, han resultado para mí apariencias mas exactas, mas grandiosas y mas verdaderas del examen y de la eleccion de los hechos y de los sitios en el órden político; he hecho un resumen en mi cabeza y voy a esponerle aquí. Esta es la única página de estos apuntes de un viajero que yo quisiera dar a leer a la Europa, porque contiene una verdad al uso del día, una verdad que es preciso comprender mientras es evidente y está madura, y puede fecundizar el porvenir. Si se comprende y practica, salvará a la Europa y al Asia, y multiplicará y mejorará la raza humana: formará una época en la laboriosa y progresiva existencia de la humanidad; si se desconoce y rechaza entre los sueños impracticables por algunas ligeras dificultades de ejecucion, las pasiones buenas y malas de Europa estallarán en ella, y el Asia seguirá siendo lo que es, una rama muerta y estéril de la humanidad.

Las ideas humanas han traído a la Europa a una de aquellas grandes crisis orgánicas, de las

que solo ha conservado una ó dos la historia en sus anales; épocas en que una civilizacion gastada cede el paso a otra, en que lo pasado no se sostiene, en que el porvenir se presenta a las masas con todas las incertidumbres, con todas las oscuridades de lo desconocido; épocas terribles en que no son fecundas; enfermedades climatéricas del espíritu humano, que le matan para siglos ó le vivifican para una nueva y larga existencia. La revolucion francesa fué el toque de a rebato del mundo; muchas de sus frases se han cumplido, pero aun no está acabada; nada acaba en esos movimientos lentos, intestinos, eternos, de la vida moral del linage humano: hay tiempos de parada, pero aun durante esas paradas, los pensamientos maduran, las fuerzas se acumulan y se preparan a una nueva accion. En la marcha de las sociedades y de las ideas, el fin nunca es mas que un nuevo punto de partida. La revolucion francesa que algun dia se llamará la revolucion europea, porque las ideas toman su nivel como el agua, no es solamente una revolucion política, una trasformacion del poder, una dinastía en lugar de otra, una república en lugar de monarquía; todo esto no es mas que accidente, síntoma, instrumento, medio. La obra es a tal punto mas grave y alta que podria efectuarse bajo todas las formas de poder político, y que se podria ser monárquico ó republicano, adieto a una dinastía ó a otra, partidario de tal ó cual combi-

nacion constitucional, sin ser por eso menos sincera y profundamente republicano. Se puede preferir un instrumento a otro para remover el mundo; a esto se reduce todo; pero la idea de revolucion, es decir, de mudanza y de mejora, no deja por eso de iluminar el entendimiento y de calentar el corazon. ¿Quién es entre nosotros el hombre pensador, el hombre de corazon y de seso, el hombre de religion y de esperanza, que poniendo la mano en su conciencia é interrogándose delante de Dios en presencia de una sociedad que se cae de anomalía y decrepitud, no se responde: ¿yo soy revolucionario? El tiempo se lleva a los que le resisten, como a los que se le adelantan y le ayudan con sus votos; tan rápida é invencible es su corriente, que los que mas vigorosamente reman y creen subirla ó neutralizar el empuje de sus olas, se hallan insensiblemente arrastrados muy léjos del horizonte en que tenian los ojos y el corazon, y quedan pasados un dia al medir el camino involuntario que han andado.

Hace cerca de medio siglo que esa revolucion, madura en las ideas, estalló en los hechos. Al principio no fué mas que un combate, luego fué una ruina: el polvo de esa refriega y de esa ruina lo oscureció todo por mucho tiempo; nadie supo por qué, ni en qué terreno, ni bajo qué bandera peleaba. Cada cual hacia fuego, como en las tinieblas, sobre sus amigos y sus hermanos; las reacciones si-

guieron á la accion; grandes escesos mancharon todos los colores; muchos se retiraron con honor de la causa que el crimen pretendia servir, y que perdía, como las pierde todas; se pasó de un esceso á otro; nada se comprendió de los tumultuosos movimientos, de las vicisitudes de la batalla, pues aquello, en efecto, era una batalla, es decir, confusion y desórden, triunfo y derrota, entusiasmo y abatimiento. Actualmente se empieza á comprender el plan providencial de aquella grande accion entre las ideas y los hombres; el polvo ha caido, el horizonte se despeja. Se ven las posiciones tomadas y perdidas, las ideas que han quedado en el campo de batalla, las que están heridas de muerte, las que viven todavía, las que triunfan ó triunfarán; se comprende lo pasado, se comprende el siglo, se entrevé una parte del porvenir;—magnífico y raro momento para la mente humana, que tiene la conciencia de sí misma y de la obra que está consumando;—casi es de dia en el horizonte de su porvenir. Cuando se comprende en fin una revolucion, ya está acabada; el triunfo puede ser lento; pero no es dudoso. La idea nueva, si no ha conquistado su terreno, ha conquistado á lo menos su arma infalible. Esta arma es la imprenta;—la imprenta, esa revelacion cuotidiana y universal de todos por medio de todos, es para el espíritu de innovacion y de mejora lo que fué la pólvora para los primeros que se sirvieron de ella; es la victoria

asegurada en una facultad poderosa. Para los filósofos políticos no se trata, pues, ya de pelear sino de moderar ó dirigir el arma invencible de la civilizacion nueva. Lo pasado está desmoronado, el terreno está libre, el espacio está vacío, la igualdad de derecho está admitida en principio, la libertad de discusion está consagrada en las formas gubernamentales; el poder ha vuelto á su origen; el interés y la razon de todos se reasumen en instituciones que tienen mas que temer de la debilidad que de la tiranía; la palabra hablada y escrita tiene derecho para apelar en todas partes y siempre á la inteligencia da todos; ese gran tribuniciado de la razon domina y dominará cada vez mas todos los demas poderes emanados de él; él agita y agitará todas las cuestiones sociales, religiosas, políticas, nacionales, con la fuerza que le irá prestando la opinion á medida que se vaya convenciendo, hasta que la razon humana, iluminada por el rayo que le place á Dios prestarle, haya entrado en posesion del mundo social todo entero y satisfecho de su obra lógica, diga como el Criador: “Lo que he hecho, bueno es,” y descansen algunos dias, si es que hay descanso en el cielo y en la tierra.

Pero las cuestiones sociales son complejas. La solucion de las cuestiones de política interior necesitan la solucion en el mismo sentido en el exterior. Todo se liga en este mundo, y siempre un hecho

obra por reaccion sobre otro; veamos pues, relativamente al Oriente, cuáles deben ser lógicamente el plan y la accion de la política europea; digo europea, porque aunque el sistema constitucional, ó mejor dicho, racional, no prevalece todavía en las formas, mas que en Francia, en Inglaterra, en España y en Portugal, prevalece en todas partes en las ideas; donde quiera los pensadores son de su partido; los pueblos están poseidos de su espíritu; y la revolucion, principiada ó consumada en las costumbres, lo estará muy pronto en los hechos; solo se necesita una ocasion, y la cuestion no es mas que de tiempo. La Europa tiene formas diversas; pero no tiene ya mas que un mismo espíritu, el espíritu de renovacion y de gobierno de los hombres con arreglo á la razon. La Francia y la Inglaterra son los dos paises de esperiencia, encargados, en estas últimas épocas, de promulgar y de probar las ideas.

Gloriosa y fatal mision! La Francia, mas atrevida, ha tomado la delantera; muy adelante está ya hoy, con que así hablemos primero de ella.

La Francia tiene una gran gloria y grandes peligros delante de sí; guia á las naciones; pero tantea el camino, y puede hallar el abismo donde busca la senda social: por una parte, todos los odios de lo pasado que resisten en Europa están amotinados contra ella. En religion, en filosofía, en

política, todo lo que mira con horror á la razon, mira con horror á la Francia; todos los secretos votos de los hombres retrógrados ó asidos á lo pasado son por su ruina; la Francia es para ellos el símbolo de su decadencia, la prueba viva de su impotencia y de la mentira de sus profecías; si prospera, desmiente sus doctrinas; si sucumbe, las verifica; todas las tentaciones de mejora de las instituciones humanas sucumben con ella:—álzase un grande aplauso; el mundo queda en posesion de la tiranía y de la preocupacion. Los hombres de preocupacion y de tiranía desean, pues, vehementemente su subversion: á cada movimiento que hace, la anuncian; á cada ocasion, la esperan; pero la Francia es fuerte, mucho mas por el espíritu de vida que la anima que por el número de sus soldados.

Solo ella tiene fé y un instinto claro y generoso de la gran causa porque lidia; se le oponen belicosas máquinas y ella arroja mártires en la arena. Una conviccion es mas fuerte que un ejército; la Francia, dividida, arruinada, tiranizada, ensangrentada en lo interior por verdugos, atacada en lo exterior por sus propios hijos y por las armas de la Europa entera, demostró al mundo que no pereceria por los peligros de fuera: los de dentro son mas graves, y estos resultan de su situacion nueva; una transicion es siempre una crisis, y las consecuencias previstas ó imprevistas de un principio orgánico nuevo ocasionan inevitablemente fenóme-

nos inesperados en la vida social de un gran pueblo. Las consecuencias inmediatas de la revolución de Francia y las consecuencias accidentales de la crisis por que acaba de pasar son numerosas:—no hablaré mas que de las principales.

La igualdad de derecho ha producido la igualdad de pretensiones y de ambiciones en todas las clases; la aspiracion al poder, la competencia indefinida a todos los empleos, la obstruccion de todas las carreras, la rivalidad, las envidias entre tantos hombres apiñándose a la vez en las mismas salidas; un perpetuo choque de las capacidades, de las codicias, de los amores propios, a la puerta de todos los servicios públicos; la inestabilidad, por consiguiente, en todos los cargos públicos, y una multitud de fuerzas rechazadas y enconadas refluyendo sobre la sociedad y siempre prontas a vengarse de ella.

La libertad de discusion y de ecsámen, constituida en la prensa libre, ha producido un espíritu de controversia y disputa sin buena fé, una oposicion de oficio y de actitud, un cinismo de palabras y de lógica que asusta é indigna á la verdad y á la moderacion, que estravia y alborota a la ignorancia, que considera a la primera necesidad de los pueblos, el poder, cualquiera que sea, que aterra a los hombres honrados, pero tímidos, y da armas a todas las malas pasiones del tiempo y del pais.

La instruccion difundida entre las masas,—esa primera necesidad de las poblaciones, que por tanto tiempo han estado privadas de ella, les produce en el primer instante, una especie de deslumbramiento de ideas no comprendidas todavia, un vértigo del entendimiento que recibe demasiada luz a la vez; están como el hombre a quien se saca de las tinieblas, en las que ha gemido mucho tiempo, y a quien no se hace ir familiarizándose con la luz por grados, como el hombre hambriento a quien se le da demasiado alimento de una vez; el uno se siente deslumbrado y queda ciego por un momento, el otro perece a veces por el alimento mismo que debe volverle a la vida; pero no se infiere de aquí que el pan y la luz sean cosas funestas; lo malo es la transicion. Lo mismo sucede con la instruccion de las masas; produce, en el primer momento, una superabundancia de capacidades que piden un empleo social; una falta de nivel entre las facultades y las ocupaciones, que puede y debe por algun tiempo, causar una grave perturbacion en la armonía política, hasta que el nivel, elevado por todos, se restablezca para cada uno, y que esas capacidades multiplicadas se creen a sí mismas sus propios medios de accion.

El movimiento industrial,—arranca a las poblaciones, á las costumbres y a los hábitos de familia, á los pacíficos y moralizadores trabajos de la tierra; sobreescita el trabajo por medio del lucro, que

eleva de repente, y que luego deja caer de pronto; acostumbra al lujo y a los vicios de las ciudades a hombres que ya no pueden volver a la sencillez y a la medianía de la vida rural; de aquí esas masas, hoy insuficientes, mañana sin empleo, y que la miseria hace ser presa de la sedición y el desorden.

Los proletarios, clase numerosa, inapercibida en los gobiernos teocráticos, despóticos y aristocráticos, donde viven al abrigo de uno de los poderes que poseen el suelo, y tienen sus garantías de existencia; a lo menos en su patrocinio; clase que, en el día, entregada a sí misma por la supresión de sus patronos, y por el individualismo, se halla en una condición peor que nunca, pues ha reconquistado derechos estériles, sin poseer lo necesario, y agitará la sociedad hasta que el *socialismo* haya sucedido al odioso individualismo.

De la situación de los proletarios ha nacido la cuestión de propiedad que se ventila hoy en todas partes, cuestión que se resolverá por la fuerza material si no la resuelven pronto la razón, la política y la *caridad social*. La caridad es el socialismo;—el egoísmo es el individualismo. La caridad, como la política, manda al hombre que no abandone al hombre a sí mismo, sino que acuda en su auxilio, que forme una especie de seguro mutuo bajo condiciones equitativas entre la sociedad poseyente; ella dice al propietario:—tú conservarás tu propiedad, porque a pesar del hermoso sueño de la

comunidad de bienes, intentado en vano por el cristianismo y por la filantropía, la propiedad parece hasta ahora la condición *sine qua non* de toda sociedad; sin ella, ni familia, ni trabajo, ni civilización. Pero ella le dice también: No olvidarás que tu propiedad no ha sido solamente instituida para tí, sino para la humanidad toda entera, no la posees sino bajo condiciones de justicia, de utilidad, de repartición, de accesión para todos: es preciso, pues, que des a tus hermanos, de lo superfluo de tu propiedad, los medios y los elementos de trabajo que les son necesarios para poseer su parte a su vez: es menester que reconozcas un derecho superior al de propiedad, el derecho de humanidad!—Tales son los preceptos de la justicia y de la política, que son una misma cosa.

De todos estos hechos del orden nuevo, una necesidad incontestable resulta para la Francia y para la Europa,—la necesidad de expansión;—es preciso de absoluta necesidad, que la expansión al exterior esté en relación con la inmensa expansión al interior producida por la revolución que se efectúa en las cosas.

Sin esa expansión al exterior, ¿cómo hacer frente á los peligros que acabo de señalar? ¿Cómo consagrar la igualdad del derecho y negarla en los hechos? ¿cómo admitir el escámen, y resistir á la razón y á su órgano, la imprenta? ¿cómo difundir la

instruccion, y rechazar las capacidades que ella multiplica? ¿cómo activar la industria y proveer á las aglomeraciones de poblaciones y á las súbitas suspensiones de trabajo y de salario que acarrea? ¿Cómo, en fin, contener á esas masas de proletarios que aumentan sin cesar, armadas, indisciplinadas, que tienen que luchar entre la miseria y el saqueo? ¿cómo salvar á la propiedad de las agresiones de doctrinas y de hechos que cada dia la embisten con mas brio? Y si esa piedra angular de toda sociedad llegase á faltar ¿cómo salvar á la sociedad? ¿Y qué refugio habria contra una segunda barbarie?

Estos peligros son tales, que si la prevision de los gobiernos de Europa no halla preservativos para ellos, la ruina del mundo social conocido es inevitable en un tiempo dado.

Ahora bien, por efecto de una admirable prevision de la Providencia, que nunca crea necesidades nuevas sin crear al mismo tiempo medios de satisfacerlas, sucede que en el momento mismo en que la gran crisis civilizadora se verifica en Europa, y en que las nuevas necesidades que de ella resultan se revelan á los gobiernos y á los pueblos, una crisis de un orden inverso se verifica en Oriente y en Asia, y que un gran vacío se ofrece allí á la superabundancia de las poblaciones y de las facultades europeas. El exceso de mi vida que va á rebosar entre nosotros, puede y debe

fluir sobre aquella parte del mundo; el exceso de fuerza que nos trabaja, puede y debe emplearse en aquellas regiones donde la fuerza está agotada y dormida, donde las poblaciones vegetan y se consumen miserablemente, donde la vitalidad del linage humano espira. El imperio turco se desmorona, y va á dejar, de un dia á otro, un vacío en la anarquía, á la barbarie desorganizada; territorios sin pueblos, y poblaciones sin guias y sin señores, y esa ruina del imperio otomano, no hay que provocarla; es inútil empujar con el dedo al coloso: ella se efectúa por sí misma providencialmente, por su propia accion, por la necesidad de su naturaleza; se consuma como las cosas fatales, sin que se pueda acusar de ello á nadie, sin que puedan evitarla ni los turcos, ni la Europa. La poblacion, flaca y estenuada, espira por su propia impotencia de vivir, ó mas bien ya no existe. La raza musulmana está reducida á nada en las sesenta mil leguas cuadradas de que se compone su inmenso y feraz territorio; salvo en una ó dos capitales, casi no hay turcos. Recorramos con la vista esas ricas y admirables playas, y busquemos el imperio otomano; en ninguna parte le hallarémos: la estúpida administracion, ó mas bien la letal inercia de la raza conquistadora de los hijos de Osman ha hecho un desierto de cada espacio de tierra ó ha dejado por do quiera multiplicarse y crecer las ar-

zas conquistadas, al paso que ella disminuía y se apagaba por días.

El Africa y su litoral no se acuerdan ya siquiera de su origen y de la dominación turca. Las religencias berberiscas son independientes de hecho, y ni aun tienen con la Turquía aquella fraternidad, aquella simpatía de la religión y de las costumbres, que constituye todavía una sombra de nacionalidad. El golpe dado en Navarino no tiene ni un eco en Tunez; el golpe dado á Argel no resuena en Constantinopla; la rama está separada del tronco; el litoral de Africa no es ni turco ni árabe, sino una colonia de bandoleros puestos sobre la tierra y que nunca echan raíces en ella; no tiene ni título ni derecho, ni familia entre las naciones; no pertenecen mas que al cañon; son como un navío sin pabellon sobre el cual todo el mundo puede hacer fuego: la Turquía no está allí.

El Egipto, poblado de árabes, dominado sucesivamente por todos los señores de la Siria, acaba de separarse de hecho del imperio. Mehemet-Alí intenta la resurrección del imperio de los califas; pero el fanatismo de un dogma nuevo, que brillaba en derredor del alfanje de aquellos, no brilla ya al rededor del suyo. La Arabia dividida en tribus, sin cohesión, sin uniformidad de costumbres y leyes; la Arabia, acostumbrada hace siglos al yugo de todos los bajás, dista mucho de ver un liber-

tador en Mehemet Alí; ni aun vé en él un civilizador que la sacará de la barbarie y de la impotencia, y sí solo un esclavo afortunado y rebelde, que quiere ensanchar el lote que le ha dado la fortuna, enriquecerse él solo con los productos del Egipto y de la Siria y morir sin amo. Muerto él, sabe que volverá á caer bajo un yugo cualquiera, poco le importa.

Bagdad, en los confines del desierto de Siria, no contiene mas que una población compuesta de judíos, de cristianos, de persas y árabes; algunos millares de turcos mandados por un bajá á quien se espulsa ó que se rebela de tres en tres ó de cuatro en cuatro años, no bastan para constituir la nacionalidad turca en aquella ciudad de doscientas mil almas. Bagdad es por su naturaleza una ciudad libre, un mercado perteneciente á toda el Asia, para el depósito de su comercio interior; es una Palmira del desierto. Entre Bagdad y Damasco se estienden los vastos desiertos de la Siria y de la Mesopotamia, cruzados por el Eufrates, donde no hay reinos, ciudades ni dominios,—donde no hay mas que tiendas, que las tribus desconocidas é independientes trasladan de uno á otro confín de aquellas llanuras; tribus que no tienen mas nacionalidad que sus caprichos, que no reconocen ni patria, ni señor; hijos del desierto, que tienen por enemigos á todos los que quieren someterlos, ayer

á los turcos, hoy á los egipcios.... Esos no son turcos.

Damasco, grande y magnífica ciudad, ciudad santa, ciudad donde el fanatismo musulman prevalece todavía, tiene una poblacion de ciento á ciento cincuenta mil almas; en este número hay treinta mil cristianos, siete ú ocho mil judíos y mas de cien mil árabes. Un puñado de turcos reina todavía por el espíritu de conquista y de coreligion sobre el país; pero Damasco, ciudad díscola é independiente, se rebela á cada instante, asesina á su bajá y espulsa á los turcos. Lo propio sucede en Alepo, ciudad infinitamente menos importante, de donde se retira el comercio, y que espira bajo las ruinas de sus terremotos. Las ciudades de la Siria propiamente tal desde Gaza hasta Alejandreta, contando las dos ciudades de Homs y de Hama, están igualmente pobladas de árabes, de griegos siriacos, de judíos, y de armenios; la totalidad de los turcos de este hermoso y vasto territorio no asciende arriba de veinte á cuarenta mil. Los maronitas, nacion sana, vigorosa, despejada, guerrera y mercantil, ocupan el Líbano y desdeñan ó desafian á los turcos. Los drusos y los metualis, tribus independientes y valerosas, forman, con los maronitas, bajo el gobierno federal del emir Beschir, la poblacion dominante en realidad de la Siria y aun de Damasco el día en que todo esté desmembrado y abandonado á la

naturaleza: allí hay el gérmen de un gran pueblo nuevo y civilizable; la Europa no tiene que hacer mas que incubarle con los ojos y decirle:—¡Levántate!

Luego vienen el Monte Tauro, y esa inmensa Caramania (Asia Menor) cuyas provincias eran siete reinos, cuyas playas eran ciudades independientes ó florecientes, colonias griegas y romanas. Yo he recorrido todas sus costas; yo he entrado en todos sus golfos, desde Tarson hasta Tcheshmé; y solo he visto playas fértiles; pero desiertas y algunas miserables aldeas habitadas por griegos; el interior encierra la indomable tribu de los turcomanos, que pastorean sus rebaños en los montes y se acampan el invierno en las llanuras. Aduana, Konia, Kutaya, Angora, sus principales ciudades, están pobladas cada cual de algunos millares de turcos: solo Esmirna es un vasto centro de poblaciones, pues tiene sobre cien mil almas; pero mas de la mitad se compone de cristianos, de griegos, de armenios y de judíos. Si subimos las riberas del Asia Menor, hallamos las hermosas islas griegas de Chio, Rodas y Chipre. Chipre es ella sola un reino; tiene ochenta leguas de longitud sobre veinte de anchura; ha sustentado y sustentaria muchos millones de habitantes; tiene el cielo de Asia y el suelo de los trópicos; está poblada por sobre treinta mil griegos, y sesenta turcos, encerrados en una fortaleza ruinosa, representan en ella la nacio-

lidad otomana; lo mismo sucede en Rodas, en Stanchio, en Samos, en Chío, en Mitilene. Hasta aquí ¿dónde están los turcos?

Esta es sin embargo la mas hermosa mitad del imperio.

La orilla del mar de Mármara y el canal de los Dardanelos están poblados igualmente de algunas ciudades pequeñas, medio turcas, medio griegas, poblacion rara y pobre, diseminada á grandes distancias, por costas sin profundidad. No se puede evaluar la poblacion turca de estas partes en mas de cien mil almas, contando á Brusa.

Constantinopla, como todas las capitales de un pueblo en decadencia, es la única que ofrece una apariencia de poblacion y de vida; a medida que la vida de los imperios se aleja de las estremidades, se concentra en el corazon: tambien hubo tiempo en que todo el imperio griego estuvo en Constantinopla, y en que tomada la ciudad, ya no hubo imperio. No se sabe de cierto cuál es la poblacion de Constantinopla, y los cálculos varian desde trescientas mil almas a un millon, pues como falta la estadística, cada cual juzga sobre datos particulares. Los míos no son mas que la ojeada echada sobre el inmenso desarrollo de la ciudad, comprendida Scutari, sobre las riberas del Cuerno de Oro, del mar de Mármara, y de las costas de Asia y Europa: todo esto lo comprendo bajo el nombre

de Constantinopla, porque no hay interrupcion de casas. Las denominaciones de cuarteles, de ciudades y de aldeas son arbitrarias, y en realidad todo ese espacio forma un solo cuerpo de ciudad, un solo centro de poblacion; la serie de casas, kioskos, palacios ó aldeas, sobre una anchura a veces considerable, a veces de una ó dos casas solamente, es de sobre catorce leguas. Creo que el conjunto de esta poblacion puede calcularse en seis ó setecientas mil almas. Una tercera parte solamente es turca; lo restante se compone de armenios, judíos, cristianos, francos, griegos y búlgaros. — La poblacion turca de Constantinopla asciende, pues, segun mi cálculo, á unas dos ó trescientas mil almas. No he visitado las orillas del Ponto-Euxino, pero si hemos de dar crédito al escelente y concienzudo viage de M. Fontanier, publicado en 1834, las poblaciones indígenas predominan, y la poblacion turca está allí en decadencia, como en las partes del imperio que he recorrido.

En la Turquía de Europa, la única gran ciudad es Andrinópolis, y puede tener de treinta á cuarenta mil turcos; Filipópolis, Sofia, Nisa, Belgrado y las pequeñas ciudades intermedias, otro tanto. Añado doscientos mil turcos por la parte de la Turquía que no he visitado, y tendrémos un total de trescientos mil. En la Servia y la Bulgaria apenas hay un turco por aldea, y supongo que lo mismo sucede en las demas provincias de la Tur-

guía de Europa. Tomando en cuenta los errores que he podido cometer y atribuyendo al interior del Asia Menor una poblacion turca muy superior à la que manifiestan el testimonio de los ojos y las relaciones de los viajeros, no creo que en realidad el total de aquella ascienda en el dia á mas de dos ó tres millones de almas, y aun dudo mucho que llegue á este número. He aquí, pues, la raza conquistadora, venida de las orillas del mar Caspio y derretida al sol del Mediterráneo; he aquí la Turquía poseida por un tan corto número de hombres, ó mas bien perdida ya por ellos, porque mientras que el dogma de la fatalidad, la inercia, que es su consecuencia, la inmovilidad de instituciones y la barbarie de administracion, reducen casi a nada à los vencedores y a los señores del Asia, las razas esclavas, las razas cristianas del Norte y del Mediodia del imperio, las razas armenias, griegas, maronitas y la raza árabe conquistada, crecen y se multiplican por efecto de sus costumbres, de sus religiones y de su actividad. El número de los esclavos supera inmensamente al de los opresores: los griegos de la Morea, flaca y miserable poblacion, han echado ellos solos, en un momento de energía, à los turcos del Peloponeso; la Moldavia y la Valaquia han sacudido el yugo; las islas estarían todas emancipadas, a no ser por el tratado europeo que garantiza todavia su posesion al sultan; la Arabia toda entera está disecada en familias de

hombres, desconocidas unas de otras, aliadas sucesivamente con los turcos y con los egipcios, y trabajada, en su parte mas enérgica, por el gran cisma de los wahabi. Los rusos y los persas han arancado al dominio musulman dos terceras partes de los armenios; los georgianos son rusos; los maronitas y los drusos serán dueños de la Siria y de Damasco el dia en que lo intenten seriamente; los búlgaros son una numerosa y sana poblacion, tributaria todavia, pero que ella sola, mas numerosa y mas organizable que los turcos, se emancipará cuando quiera: los servios se han emancipado ya, y sus magníficas selvas empiezan a estar surcadas de caminos reales y a cubrirse de ciudades y aldeas; el príncipe Milosch, su gefe, no admite a algunos turcos en Belgrado mas que como a aliados, y no como a señores. El espíritu de conquista, alma de los osmanlis, se ha estinguido; el espíritu de proselitismo armado se ha desvanecido en ellos hace mucho tiempo; su fuerza de impulsion no ecsiste en parte alguna; su fuerza de conservacion, que residiria en una administracion uniforme, ilustrada y progresista, no reside mas que en la cabeza de Mahmud; el fanatismo popular ha muerto con los genízaros, y si los genízaros renacen, la barbarie renacerá con ellos; se necesitaria un milagro de genio para resucitar el imperio, y Mahmud no es mas que un hombre de corazon; el genio le falta; asiste en vida a su ruina, y halla obstáculos

donde una inteligencia mas vasta y firme hallaria instrumentos; so ve reducido, en fin, a buscar un apoyo en los rusos, sus enemigos inmediatos. Esta política de desesperacion y debilidad le pierde en el ánimo de su pueblo; Mahmud no es mas que la sombra de un sultan, asistiendo al desmembramiento sucesivo del imperio; apremiado entre la Europa que le protege y Mehemet-Alí que le amenaza, si resiste a la humillante proteccion de los rusos, Ibrahim llega y le derriba con solo presentarse; si hace la guerra a Ibrahim, la Francia y la Inglaterra confiscan sus escuadras y van a acamparse en los Dardanelos: si contrae alianza con Ibrahim, se hace el esclavo de su esclavo y halla la prision ó la muerte en su propio serrallo; una energía heróica y una tentativa de sublime desesperacion son lo único que puede salvarle y restaurar por algun tiempo la gloria otomana; cerrar por ambos lados los Dardanelos y el Ponto-Euxino; hacer un llamamiento a la Europa meridional y a lo que queda del islamismo, y marchar en persona contra Ibrahim y los rusos;—pero, suponiendo el triunfo, el imperio, cubierto de gloria por un momento, no por eso dejaria de descomponerse inmediatamente despues, con la sola diferencia de que una aureola de heroismo, iluminaria su caida,—y la raza de Osman acabaria, como empezó, en un triunfo.

Ahora que hemos visto el estado de Europa y el

del imperio otomano, ¿qué debe hacer una política previsora, una política de humanidad, y no de ciego y estúpido egoismo? ¿Qué debe hacer la Europa?

La rutina diplomática que repite sus axiomas, una vez recibidos, mucho tiempo despues que ya no tienen sentido y que tiembla de tener una verdadera y grave cuestion que tratar porque no tiene ni la energía, ni la inteligencia necesarias para resolverla, dice que es preciso apuntalar por todas partes el imperio otomano, contrapeso necesario en Oriente al poder ruso. Si hubiera un imperio otomano, si hubiera turcos capaces de crear y organizar, no solamente ejércitos, sino un Estado que pudiese valer sobre el imperio ruso, é inquietarle seriamente mientras le hiciese la guerra la Europa meridional, acaso esa política seria conservadora. Muy atrevido ó muy insensato seria preciso ser para decir á la Europa: Borra del mapa un imperio ecsistente y lleno de vida; quita un peso inmenso de la balanza tan mal equilibrada ya del mundo político; el mundo no lo advertirá;—pero el imperio otomano no ecsiste ya mas que de nombre, su vida se ha estinguido, su peso en la balanza es nulo;—no es mas que un vasto espacio vacío que vuestra política antihumana quiere dejar vacío en vez de ocuparle, en vez de llenarle de poblaciones sanas y vivas que la naturaleza ha sembrado ya en él y que vosotros sembraréis y multiplicareis mas y mas. No precipiteis la ruina del

imperio otomano, no usurpeis el papel del destino, no tomeis la responsabilidad de la Providencia; pero no sostengais con una política ilusoria y culpable, ese fantasma al que nunca podreis dar mas que la apariencia y la actitud de la vida, porque está muerto. No os hagais los auxiliares de la barbarie y del islamismo contra la civilizacion, la razon y las religiones mas adelantadas que aquellos oprimen: no seais los cómplices de la servidumbre y de la despoblacion de las mas hermosas partes del mundo; dejad que se cumpla el destino; mirad, aguardad, teneos prontos.

El día que se desmorone por sí mismo el imperio, zapado por Ibrahim ó por un bajá cualquiera, y caiga pedazo á pedazo al norte ó al mediodía, tendreis que decidir una cuestion muy sencilla:

¿Es preciso hacer la guerra á la Rusia para impedirle que herede las orillas del mar Negro y la ciudad de Constantinopla? ¿Es preciso hacer la guerra al Austria para impedirle que herede la mitad de la Turquía de Europa? ¿Es preciso hacer la guerra á la Inglaterra para impedirle que herede el Egipto y su camino para las Indias por el mar Rojo? ¿A la Francia para impedirle que colonice la Siria y la isla de Chipre? ¿A la Grecia para impedirle que se complete con el litoral del Mediterraneo y con las hermosas islas que tienen su poblacion y su nombre? ¿A todo el mundo, en fin, de miedo de que alguno se aproveche de

esos magníficos despojos? ¿O conviene mas ponernos de acuerdo y repartirlos entre la raza humana, bajo el patrocinio de Europa, para que la raza humana se multiplique y crezca en ellos y los fecundice la civilizacion? Tales son las dos cuestiones que tendrá que examinar un congreso de las potencias de Europa, y ciertamente que no es dudosa la respuesta.

Si baceis la guerra, tendreis la guerra con todos los males y todas las ruinas que acarrea; causareis la desgracia de la Europa y del Asia, y la vuestra tambien,—y acabada la guerra por efecto del cansancio, no habreis impedido nada de lo que queriais impedir; la fuerza de las cosas, la irresistible pendiente de los sucesos, la influencia de las simpatías nacionales y de las religiones, el poder de las posiciones territoriales, producirán su inevitable efecto. La Rusia ocupará las orillas del mar Negro y la ciudad de Constantinopla; el mar Negro es un lago ruso cuya llave es Constantinopla. El Asia ocupará la Servia, la Bulgaria y la Macedonia para seguir el paso á la Rusia; y la Francia, la Inglaterra y la Grecia, despues de haberse disputado algun tiempo el camino, ocuparán el Egipto, la Siria, Chipre y las islas. El efecto será el mismo; la sola diferencia será que se habrán derramado torrentes de sangre en tierra y en mar, se habrán sustituido divisiones forzadas, arbitrarias, hechas por el azar de las batallas, á divisiones

racionales de territorios; colonizaciones útiles habrán perdido años, y durante estos años, acaso largos, la Turquía de Europa y el Asia habrán sido presa de la anarquía y de incalculables calamidades:—mas desiertos hallareis todavía en esas regiones que los que dejarán en ellas los turcos. La Europa habrá retrocedido en vez de seguir su movimiento acelerado de civilización y de prosperidad, y el Asia habrá quedado mas tiempo muerta en su sepulcro. Si la razón preside al destino de Europa ¿puede titubear? Y si titubea, qué dirá la historia de sus gobiernos y de sus guías? Dirá que la locura y el egoísmo suicida han dirigido el mundo político en el siglo XIX, y que los gabinetes y los pueblos han desdeñado el mas magnífico presente que jamás ofreció la Providencia á las necesidades de una época y á los progresos de la humanidad.

He aquí lo que se debe hacer. Reunir un congreso de las principales potencias que lindan con el imperio otomano ó tienen intereses en el Mediterraneo; establecer, en principio y de hecho, que la Europa se retire de toda acción ó influencia directa en los asuntos interiores de la Turquía, y que la abandona á su propia vitalidad y á los azares de su propio destino, y convenir de antemano en que, dado el caso de la caída de este imperio, sea por una revolución en Constantinopla, sea por un desmembramiento sucesivo, las potencias europeas

tomarán cada cual, á título de protectorado, la parte del imperio que se les asigne por las estipulaciones del congreso; que estos protectorados, designados y asimilados en cuanto á los territorios, con arreglo á la seguridad de las fronteras, la analogía de religiones, de costumbres y de intereses, no menoscabarán en nada las soberanías locales, preexistentes en las provincias protegidas, y no consagrará mas que el señorío de las potencias. Esta especie de señorío así definido, y consagrado como derecho europeo, consistirá principalmente en el derecho de ocupar tal ó cual parte del territorio ó de las costas, para fundar en él, bien sea ciudades libres, bien sea colonias europeas, ó bien puertos y escalas de comercio. Las diversas nacionalidades, las clasificaciones de las tribus, los derechos preexistentes de toda especie, serán reconocidos y conservados por la potencia protectora. Cada potencia no ejercerá sobre su protectorado mas que una tutela armada civilizadora; garantizará su existencia y sus elementos de nacionalidad bajo la bandera de una nacionalidad mas fuerte; preservará de las invasiones, de los desembramientos, de las revueltas y de la anarquía; le suministrará los medios pacíficos de desarrollar su comercio y su industria.

Establecido esto, el modo de acción y la influencia de los protectorados sobre las partes del Orien-

te que les toquen en suerte, variarán según las localidades y las costumbres; y emanarán de las circunstancias especiales; he aquí como procederán por sí mismas las cosas.

Se empezará por fundar una ó varias ciudades libres europeas, en uno de los puntos de la costa ó del territorio mas favorecidos por la naturaleza y las circunstancias. Estas ciudades abiertas igualmente que su territorio, á todas las poblaciones protegidas, serán regidas por la legislación de la madre patria ó por legislaciones coloniales; entrando en ellas, los protegidos adquirirán el derecho de ciudadanía; cesarán de estar sometidos á las legislaciones opresivas y bárbaras de su tribu ó de su príncipe; disfrutarán la consagración del derecho de propiedad y de trasmisión que les falta casi en todas partes, y que es la primera palanca de toda civilización; gozarán las inmunidades de comercio, de industria, de milicia que tenga á bien conferirles la política del Estado protector.

Las relaciones mercantiles entre estos principales centros de libertad, de propiedad y de civilización, se extenderán inevitablemente de uno á otro; las ciudades, las tribus, no tardarán en pedir á una voz la nacionalidad y los derechos sociales que de ella resulten. El país protegido pasará en pocos años, todo entero, á los cuadros de la nación protectora: la uniformidad de leyes y ventajas políticas y sociales pronta y libremente, y cuenta que ya esos

pueblos aprecian y anhelan vivamente esas ventajas. Cansados ya de la tiranía, y de la bárbara y opresiva administración que los diezma, sedientos sobre todo de libertad individual, de propiedad y de comercio, no hay duda alguna que las primeras ciudades abiertas se llenarán inmediatamente. El contagio del ejemplo y la próspera seguridad de que disfrutarán aquellas ciudades y sus territorios, arrastrarán á las poblaciones enteras: solo dos cosas hay que respetar, la religion y las costumbres, y esto es fácil porque la tolerancia es la ley de la razón y de la Europa y el inveterado hábito del Oriente. Todos los cultos deben continuar viviendo reunidos en toda su franquicia y su mutua independencia: solo podrán imponerse algunas condiciones puramente civiles á los que se establezcan en las ciudades europeas; pero respetando siempre las creencias. La ley municipal y protectora no reconocerá ni la pluralidad de las mugeres, ni la esclavitud; pero no prohibirá nada de lo que entra en la jurisdicción de la vida privada de la familia, ó de la conciencia.

Habrà especies de legislaciones en cada protectorado,—una legislación general y en cierto modo feudal, que establecerá las relaciones generales de los pueblos y de las tribus protegidas, entre sí y con la nación protectora,—legislación modelo, ofrecida sin cesar como ejemplo y objeto de emulación á la legislación atrasada y bárbara de

las tribus vecinas. Es indispensable dejar subsistir, de derecho y de hecho, las separaciones; únicamente se debe en el pacto comun vigilado por el protectorado, obligado á vivir en paz entre sí á esas razas de hombres divididas en naciones, en tribus, en religiones y costumbres distintas, que existen en Oriente; es preciso acostumbrarlas á la comunidad de intereses, reunir las para ciertos objetos en asambleas deliberantes por nacion y por tribu; luego hacerles nombrar en su seno mandatarios, elegidos entre los mas ilustrados, que deliberarán á su vez con los mandatarios de las otras naciones y tribus sobre intereses comunes á todo el protectorado, á fin de ir las acostumbrando poco á poco á tener entre sí relaciones amistosas y á establecer una verdadera fusion entre ellas por la fuerza de las costumbres y no por la fuerza de las leyes. El Oriente está tan preparado por sus hábitos municipales y por la inmensa diversidad de sus razas á semejante estado de cosas, que la nacion protectora no hallará ninguna dificultad, escepto en una ó dos grandes capitales, como Damasco, Bagdad, el Cairo y Constantinopla. Estas dificultades no deberán resolverse con la fuerza, sino solo por medio de la incomunicacion temporal con el resto de los territorios, protegidos. La cesacion del comercio es para el Oriente la cesacion de la vida; el arrepentimiento producirá muy luego la reconciliacion.

La posibilidad, mas diré, la facilidad suma de la semejante organizacion, está demostrada para toda servidumbre, de la ruina, de la despoblacion, de la ausencia del derecho de propiedad y de trasmision legal; la arbitrariedad de un bajá que pesa sin cesar sobre la hacienda y sobre la vida, han desnacionalizado hasta tal punto á esos hermosos paises, que cualquiera bandera que se plantee en ellos bajo estas condiciones reunirá inmediatamente la mayoría de las poblaciones bajo su sombra. La mayor parte de esas poblaciones están maduras para una gran mudanza; todas las poblaciones griegas, armenias, maronitas y judías, son laboriosas, cultivadoras, traficantes y no piden mas que propiedad, seguridad y libertad para multiplicarse y cubrir las islas y los dos continentes. En veinte años, la medida que propongo habrá creado naciones florecientes y millones de hombres que marcharán, bajo la proteccion de la Europa, á una civilizacion nueva.

Pero, se me dirá, ¿qué hareis de los turcos? y yo preguntaré, ¿dónde están los turcos? Una vez desmoronado, dividido y desmembrado el imperio, los turcos, rechazados de todas las poblaciones levantadas, ó se confundirán con ellas, ó huirán á Constantinopla y á algunas partes del Asia Menor, donde estarán en mayoría. Serán tan poco numerosos, se hallarán rodeados de tantos enemigos implacables, quedarán tan sobrecogidos del azote de la fatali-

dad, que no tendrán aliento para reconquistar sus inmensos dominios, y formarán una de esas naciones garantizadas y protegidas por la potencia europea que acepte el señorío del Bósforo, de Constantinopla ó del Asia Menor, harto dichosos de que ese escudo los proteja de la venganza y las agresiones de los pueblos que les estuvieron sometidos.

Conservarán sus leyes, sus costumbres, su culto, hasta que el contacto de una civilizacion mas adelantada, los traiga insensiblemente a la propiedad, al trabajo, al comercio y a todos los beneficios sociales que de él emanan: su territorio, su independencia relativa y su nacionalidad, quedarán bajo la tutela de la Europa hasta su completa fusion en las otras naciones libres del Asia. Si el plan que concibo y propongo debiera acarrear la violencia, la espatriacion, la espropiacion forzada de ese resto de una grande y generosa nacion, yo mismo miraria este plan como un crimen. Los turcos, por efecto de un vicio incorregible de su administracion y de sus costumbres, son incapaces de gobernar la Europa y el Asia, ó uno ú otro de estos paises: ellos han despoblado su territorio y se han suicidado a sí mismos con el suicidio de su gobierno; pero como raza de hombres, como nacion, todavía son, en mi concepto, los primeros y los mas dignos entre los habitantes de su vasto imperio; su caracter es el mas noble y el mas grande, su

valor está intacto; sus virtudes religiosas, civiles y domésticas, deben inspirar a todo hombre imparcial aprecio y admiracion. Su nobleza está escrita en sus frentes y en sus acciones; si tuvieran mejores leyes y un gobierno mas ilustrado, serian uno de los primeros pueblos del mundo. Todos sus instintos son generosos: el pueblo turco es un pueblo de patriarcas, de contempladores, de adoradores, de filósofos; y cuando Dios ha hablado para él, ha sido un pueblo de héroes y de mártires. ¡Libreme Dios de provocar el esterminio de una raza de hombres que en mi opinion, honra á la humanidad! Pero ya no existen, ó pronto no existirán, como pueblo. Es preciso salvarlos como raza de hombres y como nacion, salvando tambien a los que oprimen ó impiden nacer; tomando en el momento decisivo, la tutela de su destino y del de Asia. ¿Con qué derecho? se dirá. Con el derecho de humanidad y de civilizacion. No es el derecho de la fuerza lo que yo invoco; la fuerza no confiere derecho, pero la fuerza confiere una facultad. La Europa, reunida con un objeto conservador y civilizador de la especie humana, tiene incontestablemente la facultad de regir la suerte de Asia; a ella le toca consultarse a sí misma y preguntar si esa facultad no le da tambien un derecho, y aun si no le impone un deber. Yo por mí, estoy por la afirmativa. No hay que disparar un cañonazo, uo hay que autorizar ni una violencia, ni una espropia-

cion, ni una violacion de religion ó de costumbres. No hay mas que una resolucion que tomar, una proteccion que promulgar, una bandera que enviar; y si no lo haceis, veinte años de guerras inútiles le esperan a Europa, y al Asia anarquía, ruina, estancacion y despoblacion sin término. ¿Ha ofrecido Dios al hombre ese magnífico dominio de la mas hermosa parte del mundo, para dejarla estéril, inculta ó talada por una eterna barbarie?

Por lo que hace á la Europa, su estado convulsivo, revolucionario, ecesuberante de poblacion, de industria y de fuerzas intelectuales sin empleo, debe hacerle bendecir á la Providencia, que le abre á propósito una carrera tan inmensa de pensamientos, de actividad, de noble ambicion, de proelitismos civilizadores, de trabajo industrial y agrícola, de empleos y de retribuciones de todo género; escuadras y ejércitos que conducir, puertos y ciudades que crear, colonias interiores que fundar, desiertos fértiles que beneficiar, industrias nuevas que organizar, brazos novicios que emplear, caminos que abrir, alianzas que intentar, poblaciones sanas y jóvenes que guiar, legislaciones que estudiar y probar, religiones que profundizar y racionalizar, fusiones de costumbres y pueblos que consumir:—el Africa, el Asia y la Europa que acercar una á otra y unir por medio de comunicaciones nuevas que pongan á las Indias á un mes de Marsella y al Cairo en relacion con Calcuta. Los mas

hermosos climas del universo, los rios, los llanos de la Mesopotamia, ofreciendo sus olas y sus caminos á la multiplicada actividad del comercio universal; las montañas de la Siria, ofreciendo un inagotable depósito de carbon de piedra, en la orilla del mar, á innumerables barcos de vapor; el Mediterraneo, convertido en el lago de la Europa meridional, como el Ponto Euxino es el lago ruso, como el mar Rojo y el golfo Pérsico van siendo lagos ingleses; naciones sin territorio, sin patria, sin derechos, sin leyes, sin seguridad, repartiéndose al abrigo de las legislaciones europeas, los sitios donde ahora se acampan, y cubriendo el Asia Menor, el Africa, el Egipto, la Arabia, la Turquía de Europa y las islas, de pueblos laboriosos y sedientos de las luces y de los productos de Europa. ¡Qué cuadro, qué porvenir para los tres continentes! ¡Qué esfera ilimitada de actividad nueva para las facultades y las necesidades que nos corroen! ¡Qué elemento de pacificacion, de orden interior y de progresos regulares para nuestra época tan borrascosa! Pues bien! Ese cuadro no es mas que la verdad, la verdad infalible, fácil, positiva. No necesita la Europa mas que una idea justa y un sentimiento generoso para realizarlo; no tiene mas que pronunciar una palabra, y se salva á sí misma preparando un grandioso porvenir á la humanidad.

No entraré aquí en la discusion de los limites de los protectorados de Europa y de Asia, y de

las compensaciones que esas limitaciones podrian ocasionar en la misma Europa; esta es la obra de un congreso secreto entre los agentes de las principales potencias solamente. Las nacionalidades establecidas son en cierto modo la individualidad de los pueblos; es preciso tocar á ellas lo menos posible en las negociaciones; la guerra sola toca à ellas y basta. Esas compensaciones serian, pues, poca cosa, y no ocasionarian esas interminables discusiones y esas multiplicadas contiendas que se objetan. Poco antes lo dije, en ciertos casos las facultades son un derecho. Las grandes potencias de Europa no deben curarse de las pequeñas, pues tienen de hecho voto preponderante y sin apelacion en el gran consejo europeo. Cuando la Rusia, el Austria, la Inglaterra y la Francia se hayan promulgado una decision firme y unánime, ¿quién les impedirá ejecutar lo que su dignidad, sus intereses y el bien del mundo les hayan inspirado? Nadie. Las pequeñas diplomacias murmurarán, maniobrarán, escribirán; pero la obra quedará consumada y la fuerza de Europa se habrá renovado.

FIN.

